# NUEVA HISTORIA ARGENTINA

DIRECCIÓN DE TOMO

Myriam N. Tarragó

## LOS PUEBLOS ORIGINARIOS Y LA CONQUISTA



Editorial Sudamericana

Proyecto editorial: Federico Polotto
Coordinación general de la obra: Juan Suriano
Asesor general: Enrique Tandeter
Investigación iconográfica: Graciela García Romero
Diseño de colección: Isabel Rodrigué

# NUEVA HISTORIA ARGENTINA

TOMO 1

# LOS PUEBLOS ORIGINARIOS Y LA CONQUISTA

Directora de tomo: Myriam Noemí Tarragó

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

IMPRESO EN ESPAÑA

*Queda hecho el depósito*
*que previene la ley 11.723.*

*Humberto I° 531, Buenos Aires.*

ISBN 950-07-1792-1
ISBN O.C. 950-07-1385-3

# COLABORADORES

Carlos A. Aschero
Director del Instituto de Arqueología y Museo. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto M. Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. CONICET

Gustavo G. Politis
Facultad de Ciencias Sociales (Olavarría), Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires y Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, Universidad Nacional de La Plata. CONICET

Carlos N. Ceruti
Director del Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas Antonio Serrano, Departamento de Investigaciones en Ciencias Antropológicas, Paraná. CONICET

Mirta Bonnin
Directora del Museo de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba

Andrés Laguens
Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. CONICET

María Ester Albeck
Instituto Interdisciplinario Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires y Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy. CONICET

José Antonio Pérez Gollán
Director del Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. CONICET

Myriam Noemí Tarragó
Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti y Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. CONICET

Luis R. González
Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti y Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Miguel Ángel Palermo



# ÍNDICE



# PRÓLOGO

La inclusión, en la colección de la Nueva Historia Argentina, de un tomo que trata el pasado prehispánico es un suceso relevante que, esperamos, produzca una serie de hechos beneficiosos. En el ámbito teórico implica un propósito explícito de eliminar la ruptura epistemológica y disciplinar entre la historia y la arqueología. A pesar de que existen varios intentos previos, la brecha que se abrió en el siglo XVI en distintas regiones de lo que hoy es la nación argentina ha producido, en el abordaje de los procesos históricos, una serie de cortes artificiales con el tratamiento de los respectivos objetos de estudio como si fueran de naturaleza diferente y, de alguna manera, inconexos. Sin duda esto no está desprendido de la forma en que se produjo el fenómeno colonial en estas regiones y de las bases sobre las que luego se constituyó el Estado-nación, en la segunda mitad del siglo XIX. La expresión "conquista del desierto", ampliamente arraigada en nuestro país, no es casual sino que muestra la postura dominante de desconocer la existencia de pueblos originarios en los territorios indígenas y, por ende, afirmar la legitimidad de la ocupación de la tierra.

Otro de los aspectos se relaciona con el hecho de que el pasado criollo y americano muy raramente es considerado como parte de las raíces culturales y, por lo tanto, de la historia nacional; a diferencia de otros Estados, como México y Perú, donde el aporte indígena fue tan fuerte y evidente, que fue utilizado como aspecto primordial y fundacional del sentido nacional. Esta falencia ha producido consecuencias no deseadas en la educación y en la valoración de nuestro patrimonio cultural. Por estas razones, tanto en el título del tomo "Los pueblos originarios y la conquista" como en su estructura, se ha privilegiado un enfoque que ponga de relieve el poblamiento y la ocupación de los diversos territorios, desde al menos 13.000 años, por poblaciones nativas que desplegaron un aprovechamiento creativo de ambientes y recursos, generando modalidades y formas diversas de los que dan cuenta los distintos capítulos del tomo. También se pone el énfasis en la época de cambio en las formas de vida que representó la incorporación, entre 4.000 y 2.000 años atrás, de la producción de alimentos en vastas regiones del norte y centro de nuestro país, así como las situacio-

nes de complejidad social creciente que se dieron en los últimos mil años antes de la entrada europea. La conquista se refiere especialmente a la penetración y dominación europea a partir del siglo XVI, pero también alude a la conquista previa de los territorios norteños por parte del Inca, el gran estado andino que se expandió por las tierras de Chile y la Argentina hasta la altura de Mendoza y Santiago. Por último, toma en cuenta el proceso colonial que poco a poco fue avanzando sobre los pueblos nativos hasta incorporarlos a su sistema económico, con todos los efectos de desestructuración y cambio que esto implica. Por estas razones es que hemos optado por finalizar el tomo de arqueología con un capítulo que destaca el dinamismo y la creatividad de la sociedad y la economía indígenas a través de la frontera, esta vez abordándolas fundamentalmente a partir de documentos escritos.

El intento no ha sido fácil. La forma de trabajo y el tipo de evidencias que utilizan los arqueólogos para reconstruir la vida de las sociedades antiguas es de naturaleza muy diferente a la modalidad de trabajo y el discurso de los historiadores. Compatibilizar estas dos vertientes implicó guiar a los autores en el empleo de un lenguaje comprensible para el público en general, y a que procuraran dar una visión del estado de la cuestión, sin entrar en las múltiples discusiones que se suscitan en el campo arqueológico al presentar los datos, desde la apropiada utilización de las fechas que se obtienen por métodos radiométricos, y su equivalencia en años, hasta las diversas interpretaciones a las que los investigadores pueden arribar según el marco teórico desde donde parten. No obstante esta forma de expresión, no se dejó de lado la rigurosidad científica en el tratamiento de los temas. Otro problema endémico de la arqueología es la escasez de evidencias materiales acerca de muchos aspectos de la sociedad y, sobre todo, de la participación individual de los actores en los procesos históricos prehispánicos. A veces es muy difícil elevarse a esos niveles desde tan sólo residuos materiales dejados en la tierra, como resultado de la vida diaria y del trabajo de esas sociedades. A medida que vamos hacia atrás en el tiempo, más escasos y sutiles son los rastros de la gente en el espacio. Por otro lado, la investigación arqueológica ha tenido por razones históricas, a veces muy dolorosas, diverso y desigual desarrollo en las distintas regiones del país. Inicialmente, en la primera mitad del siglo, tuvo un auge la exploración del Noroeste argentino y Cuyo. El énfasis ha pasado en los últimos trein-

ta años a la Patagonia y a La Pampa, lo que ha producido un desarrollo del conocimiento en esas zonas, aunque en la última década han vuelto a resurgir los trabajos en la primera. Otras áreas han recibido menos atención de las instituciones y los investigadores, como las Sierras Centrales y el Nordeste, deuda que deberá ser saldada en los próximos años.

La organización de los capítulos ha tratado de que la historia prehispánica de las distintas regiones esté representada y que siga un orden cronológico, desde los más antiguos cazadores hasta la dominación hispánica, para que se destaquen los procesos de cambio. El primer capítulo, a cargo del reconocido investigador Carlos Aschero, trata en una apretada síntesis, de la conquista del territorio y su paulatina ocupación por parte de grupos de economía cazadora recolectora en la Patagonia continental y en los Andes de Argentina.

El capítulo II es responsabilidad de Gustavo Politis, otro investigador que ha contribuido en gran medida al desarrollo actual de la arqueología pampeana. Seguir a las poblaciones en su largo proceso de desarrollo en las sierras, en la pampa seca, y en la llanura que rodea a lo que hoy es Buenos Aires, creo que puede resultar de sumo interés para muchos lectores.

El tema de los pueblos del Litoral fluvial y del Nordeste ha estado a cargo de Carlos Ceruti, uno de los esforzados estudiosos de esta región tan postergada en las últimas décadas. Del mismo modo que en los dos capítulos iniciales, abarca un lapso de al menos 10.000 años de ocupación y trae a discusión ciertos conceptos que se generaron en los estudios e interpretaciones históricas.

Dos investigadores jóvenes de la Universidad Nacional de Córdoba, Mirta Bonnin y Andrés Laguens, aceptaron el reto de realizar una síntesis de la problemática de las Sierras Centrales y Santiago del Estero, en las distintas instancias de su pasado precolombino.

El tema agrario es de sumo interés a escala americana, porque implicó intrincados procesos de cambio en la forma de vida cazadora recolectora que imperó, durante miles de años, a nivel mundial y del continente. La posibilidad de conocer y valorar la tecnología aplicada en el uso de los suelos y del agua por las sociedades del pasado ha estado a cargo de María Ester Albeck, una investigadora pionera en este tema dentro de la arqueología nacional y sobre el cual queda mucho por investigar. Veremos en el capítulo V cómo numerosas sociedades de carácter aldeano poblaron distin-

tos ambientes del Norte argentino produciendo una diversidad cultural que, desde hace tiempo, ha llamado la atención de estudiosos de la cultura y el arte, como las conocidas obras de Condorhuasi, Ciénaga y Tafí.

El capítulo VI, a cargo de José Antonio Pérez Gollán, recorre un tema de gran interés como lo es la religiosidad andina y los procesos de jerarquización social que estuvieron implicados en el surgimiento y la evolución del complejo social conocido como La Aguada.

El capítulo VII, de mi responsabilidad, se acerca a los procesos de desarrollo de las sociedades andinas tardías, cuyos descendientes se enfrentaron a los incas primero y, a continuación, a los españoles. Son escasas las referencias escritas sobre la dinámica de la época, pero en cambio es enorme la cantidad de vestigios que cubren los valles y mesetas del Noroeste y que atestiguan su existencia y la intensidad de la ocupación del espacio.

El capítulo sobre los incas ha sido abordado por Luis R. González, quien desde hace varios años investiga los vestigios del valle de Santa María que tienen que ver con la penetración y la dominación del Estado cuzqueño, en particular la relación entre la tecnología y los procesos de cambio que se produjeron en las sociedades locales.

Finalmente, el capítulo IX es el cierre que procura zanjar la brecha entre las disciplinas a partir de la cuidadosa recuperación e indagación de Miguel Ángel Palermo sobre la rápida y creativa incorporación, por parte de los pueblos indígenas, de plantas y animales del Viejo Mundo, así como las pautas y costumbres que les resultaban apropiadas y cuya adopción no fue ni azarosa ni casual. Seguir las modalidades y el comportamiento de los pueblos en las tierras bajas, a través de cuatro siglos, es fascinante y nos permite comprender más profundamente la conformación del "criollo" en los distintos ámbitos de la Argentina.

Toda síntesis supone selección y recorte de los datos. Somos conscientes de algunos temas que no están presentes, por problemas de espacio y por el tratamiento que pudieron realizar los autores en los respectivos capítulos. Sin embargo, quiero destacar aquí el esfuerzo colectivo que se puso en juego y que exigió un considerable trabajo, tanto del coordinador general como de cada uno de los participantes, por lo cual quiero agradecer expresamente la creativa colaboración. Esperamos que la línea elegida responda a

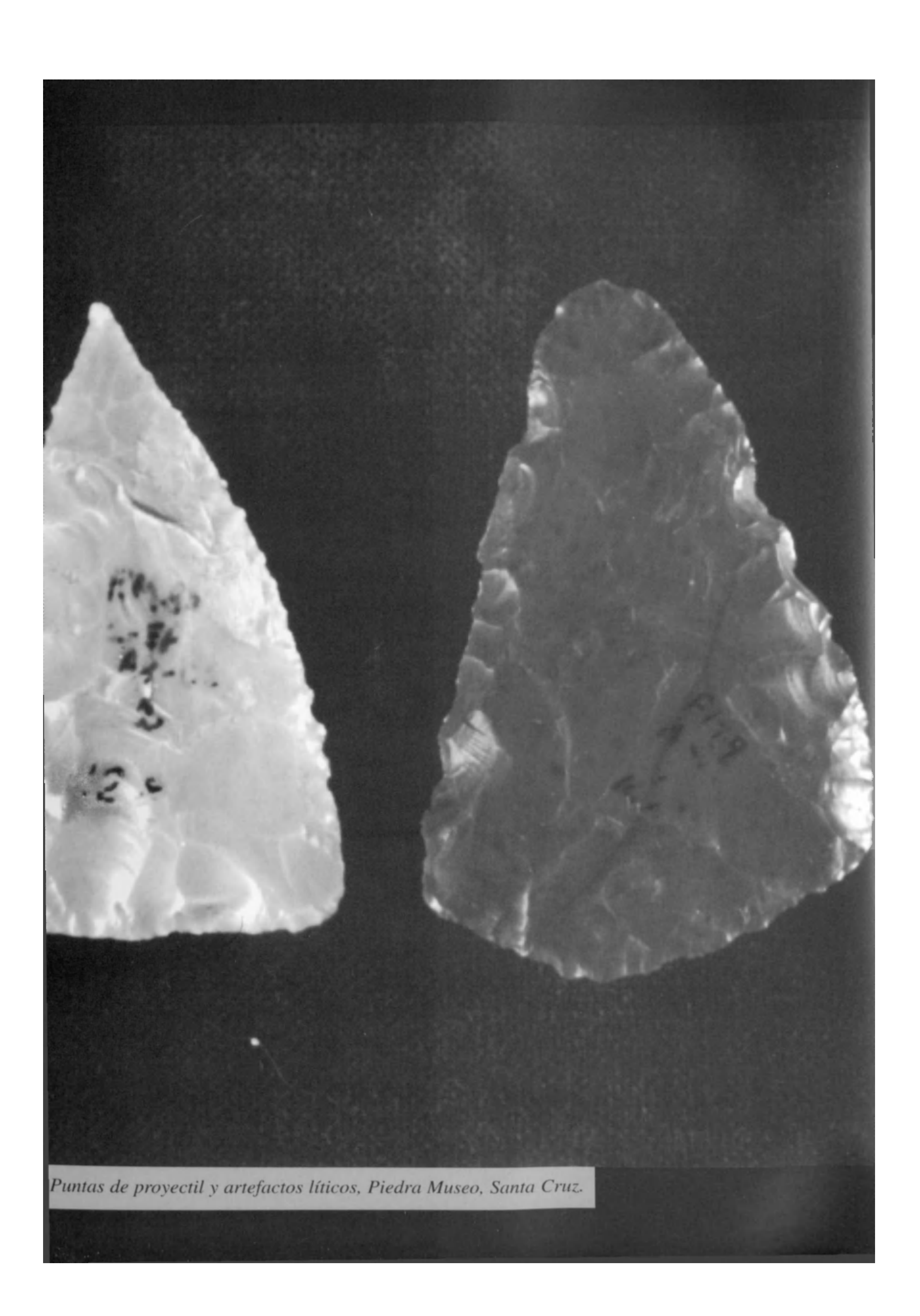
las expectativas de los lectores, permitiéndoles acercarse de otra manera a la historia de nuestro país y que su lectura los conduzca, en último término, a nuevas preguntas y abordajes.

MYRIAM NOEMÍ TARRAGO

# I

## El poblamiento del territorio

por CARLOS A. ASCHERO



*Puntas de proyectil y artefactos líticos, Piedra Museo, Santa Cruz.*



La arqueología ha demostrado la existencia de poblaciones indígenas en el actual territorio argentino hacia fines del Pleistoceno. Desde hace unos 13.000 a 10.000 años en la Patagonia, así como en el borde oriental de la Puna, diversos sitios en reparos rocosos o a cielo abierto muestran vestigios materiales dejados por sociedades de economías cazadoras-recolectoras. Los diferentes ambientes en que se enmarcan estos hallazgos arqueológicos estaban sujetos a condiciones climáticas y bióticas distintas de las actuales, imperantes hacia fines de esa época caracterizada por la actividad de los glaciares. Los hallazgos inscriptos en ese lapso constituyen nuestros datos más antiguos, pero no todos ellos han de ser tomados como evidencia fehaciente de las *primeras poblaciones* ya que el ritmo de avance de las investigaciones en ambas regiones sugiere que podrían esperarse antigüedades más altas en los próximos años. En efecto, el uso y la explotación de materias primas líticas, la complementación funcional de los sitios y su reutilización en el tiempo, sugieren cierta estabilidad en el uso de los recursos de determinados espacios y ello indica que esta-

mos frente a una fase de colonización ya iniciada, donde el comienzo de esa estabilidad estaba ligado a una movilidad muy acentuada y a una muy baja densidad de población. Bajo estas circunstancias es factible esperar evidencias más antiguas, aunque escasas y esporádicas; una expectativa coincidente con lo que denominaría una fase de exploración, previa a la colonización[1].

Una primera afirmación es que el ingreso de esas primeras poblaciones a nuestro territorio habría ocurrido durante o antes del lapso indicado, por distintas zonas geográficas y siguiendo distintas direcciones. Esto se apoya en la información arqueológica disponible para ocupaciones humanas del fin del Pleistoceno, en el área andina ecuatoriana y peruana, en la del Bajo Amazonas y del Planalto brasileño, indicando que tanto la vía de las tierras altas andinas como la de las sierras y tierras bajas del Este y Nordeste sudamericano pudieron permitir el acceso de tales poblaciones, antes de los 10.000 años de antigüedad.

## EL POBLAMIENTO AMERICANO VISTO DESDE EL TERRITORIO ARGENTINO

Buena parte de los arqueólogos están de acuerdo en que el poblamiento de América ha tenido como puerta original de entrada la zona del actual estrecho de Behring, desde Siberia, y que esas primeras poblaciones fueron ocupando gradualmente los espacios, desde el norte al sur de ambos subcontinentes; pero respecto del cuándo de ese primer poblamiento existen posiciones encontradas. Esas posiciones tienen en cuenta no sólo la interpretación de las evidencias arqueológicas sino también los lapsos en que existían corredores libres de hielo, en las zonas heladas del noroeste de Norteamérica, permitiendo el paso de esos primeros pobladores. Las posturas más conservadoras —generalmente basadas en las evidencias más abundantes y las menos discutidas del ámbito norteamericano— aceptan antigüedades máximas de 12.000 a 13.000 años antes del presente (AP), con las que varios sitios de la Argentina y Chile mostrarían un sincronismo demasiado ajustado para poder ser aceptados. Posiciones más extremas hablan de fe-

[1] Borrero, 1989-90, véase también Miotti y Salemme, 1995, para el uso del concepto de fase de colonización cazadora-recolectora.

chas superiores a 40.000 AP, apoyándose en evidencias arqueológicas muy discutidas tanto en Norteamérica como en Sudamérica —por ejemplo los niveles más profundos de sitios como Monte Verde en Chile o Pedra Furada en Brasil, con dataciones de Carbono 14 próximas o superiores a los 30.000 años AP—, hechos que ahondan las discrepancias. Frente a estos extremos, una actitud prudente, que daría suficiente cuenta de la diversidad de situaciones ambientales y adaptativas que se observan a fines del Pleistoceno, es aceptar el acceso a América por Behringia, entre los 15.000 a 20.000 años AP.

Este lapso estaría acorde con un avance gradual de ocupación del espacio. Un avance que no implica una dirección norte-sur constante sino múltiples direcciones posibles, dependientes de la saturación de población en los espacios circundantes. En tal sentido también la información etnográfica sobre cazadores-recolectores llama a cautela respecto a la rapidez con que puedan darse las migraciones hacia otros territorios cuando se trata de poblaciones pequeñas ya que estos procesos dependen en grado extremo de factores vinculados con la intensidad de uso de esos espacios y la presión demográfica, aun aceptando la existencia de territorios vacíos aptos para colonizar. Esta etapa inicial de la historia indígena de América ha sido llamada —entre otras designaciones vigentes— *Paleoindio,* un término originado en América del Norte, de uso actualmente muy extendido entre los arqueólogos, y cronológicamente equivalente a las etapas finales del *Paleolítico Superior* de Eurasia. Ambas designaciones hacen referencia a sociedades cuya economía de subsistencia, pautas de consumo y movilidad dependían en buena parte de la caza de distintas especies de una fauna que se extinguió en las regiones de referencia hacia el final del Pleistoceno o comienzos del Holoceno. En la pampa bonaerense y en el extremo sur patagónico hay buenos ejemplos de la interacción de estos primeros pobladores con esa fauna. El equipamiento técnico para la caza de algunas de las especies de megamamíferos extintos tenía como característica el uso de puntas de proyectil de piedra tallada cuya manufactura incluía una prolija terminación por retoque a presión de bordes y caras, logrado con una varilla de hueso de punta roma llamada *retocador*. En algunas regiones también se daba el diseño de un pedúnculo con extremos proximales expandidos, que permitía asegurar la atadura de la parte basal de la punta a un elemento intermediario que se

unía —pero se desprendía fácilmente— al astil. Según los lugares y circunstancias, este pedúnculo era a veces adelgazado mediante una acanaladura lograda con procedimientos técnicos específicos. Frente a otros artefactos de piedra tallada esas puntas poseían una mayor inversión de trabajo manual y eran utilizadas como cabezales de dardos o de lanzas para la caza.

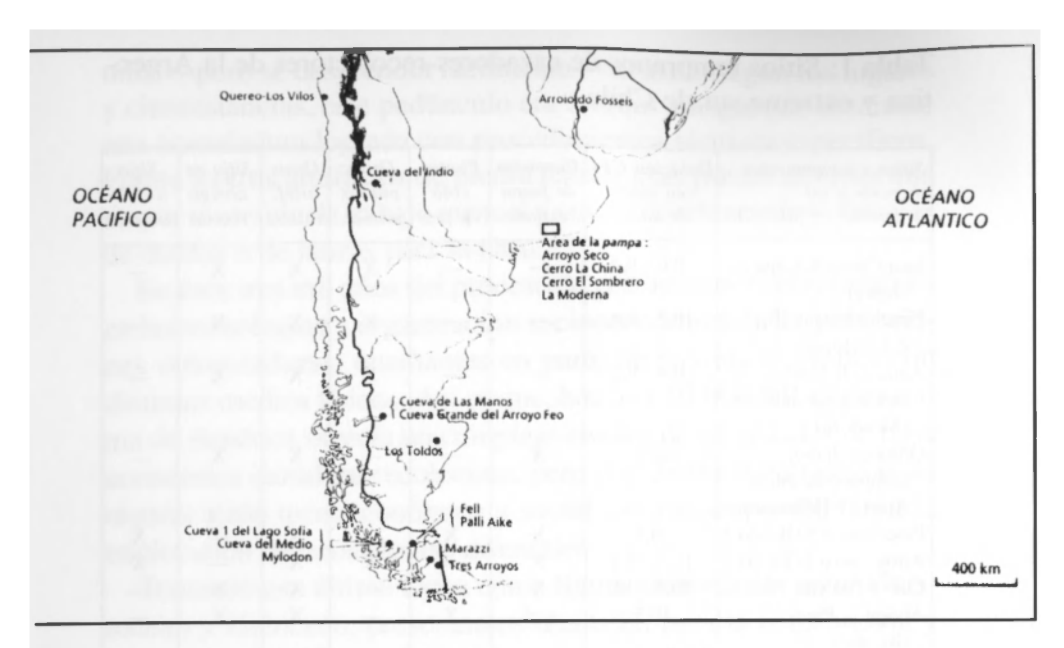
En esos tres mil años del proceso de poblamiento hubo cambios en las tecnologías y organización socioeconómica de las poblaciones colonizadoras, resultantes en parte de sus interacciones con distintos medios físicos. Así es que, hacia el 10.000 AP, el panorama de América ofrecía un complejo cuadro de sociedades de base económica cazadora-recolectora, pero con distintas estrategias de organización tecnoeconómica y social, las cuales posibilitaron la explotación de ecosistemas diferentes.

Tomando esa última fecha como límite promediado entre Pleistoceno y Holoceno, presentamos una tabla para la zona andina y pampeano-patagónica de la Argentina que incluye la mayoría de los sitios —o componentes estratificados de un mismo sitio— con ocupaciones tempranas de cazadores-recolectores pleistocénicos. De los 22 tabulados, hay 18 casos con dataciones radiocarbónicas superiores a 10.000 AP; 12 que presentan asociaciones con faunas extintas y 8 casos que muestran el uso de esas puntas de proyectil, llamadas *puntas cola de pez* por la forma particular de su pedúnculo.

En la tabla hemos agrupado la información argentina con la de sitios chilenos del extremo sur patagónico para observar el comportamiento de la zona andina y pampeano-patagónica en su conjunto. Si bien no los trataremos en particular, estos sitios chilenos nos interesan ya que su ocupación debió haberse realizado desde el actual territorio argentino, dentro de la amplia zona de circulación delimitada por la vertiente oriental de los Andes y la costa del Atlántico, evitando la zona con hielos permanentes del oeste cordillerano, al sur del paralelo de 46° S. Un hecho notable es que la mayoría de las asociaciones arqueológicas con fauna extinta reconocidas para la Argentina ocurren al sur del paralelo de 35° S, concentrándose en la pampa bonaerense y la Patagonia meridional. El componente inferior de la Gruta del Indio en Mendoza constituye un caso en el que se plantea la contemporaneidad de uso del sitio y posible consumo de fauna extinta por grupos humanos que dejaron evidencias de fogones y escasos artefactos líticos. No muy

Tabla 1: Sitios tempranos de cazadores-recolectores de la Argentina y extremo sur de Chile.

| *Sitios y componentes de norte a sur Argentina y Chile (Ch)* | *Datación C14 (en miles de años)* | *Consumo de fauna extinta* | *Puntas cola de pez* | *Otras puntas provec.* | *Otros artef. líticos* | *Sitio en abrigo rocoso* | *Sitio a cielo abierto* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| Inca Cueva 4, Capa 2 (Jujuy) | 10,6 - 9,2 | — | — | X | X | X | — |
| Huachichocana III, c. E3 (Jujuy) | 10,2 - 8,6 | — | — | X | X | X | — |
| Agua de la Cueva, componente inferior (Mendoza) | 10,9 - 9,2 | — | — | X | X | X | — |
| Gruta del Indio, componente inf. o Atuel IV (Mendoza) | 10,1 | X | — | — | X | X | — |
| Paseo Otero 5 (Bs. As.) | 10,1 | X | X | — | X | — | X |
| Arroyo Seco 2 (Bs. As.) | 11,7 - 7,3 | X | — | X | X | — | X |
| Cueva Tixi (Bs. As.) | 10,3 - 10 | X | — | — | X | X | — |
| Abrigo L. Pinos (Bs. As.) | 10,5 | s. d. | X | — | X | X | — |
| Cueva Burucuya (Bs. As.) | 10 | s. d. | — | — | X | X | — |
| Cueva La Brava (Bs. As.) | 9,9 | s. d. | — | — | X | X | — |
| Cerro La China (Bs. As.) | 11,6 - 10,7 | — | X | — | X | X | — |
| Cerro El Sombrero, Cumbre (Bs. As.) | — | — | X | — | X | — | X |
| Cerro El Sombrero, Abrigo (Bs. As.) | 10,8 - 10,2 | — | X | — | X | X | — |
| Los Toldos, cueva 3 (Santa Cruz) | 12,6 | X | — | — | X | X | — |
| Los Toldos 3, capa 10 (Santa Cruz) | — | X | — | X | X | X | — |
| Piedra Museo AEP1, u. 5, (Santa Cruz) | 10,4 - 10,3 | X | X | — | X | X | — |
| Piedra Museo AEP1, u. 6, (Santa Cruz) | 12,8 - 12,8 | X | — | — | X | X | — |
| Cueva Las Buitreras (Santa Cruz) | — | X | — | — | X | X | — |
| Cueva Lago Sofía, capa 2a (Magallanes, Chile) | 11,5 | — | — | — | X | X | — |
| Cueva del Medio (Magall., Ch.) | 12,3 - 9,5 | X | X | — | X | X | — |
| Cueva Fell, Per. I (Magall., Ch.) | 11 - 8,1 | X | X | X | X | X | — |
| Tres Arroyos I, c. Va-Vb (Tierra del Fuego, Chile) | 11,8 - 10,2 | X | — | X | X | X | — |




*Mapa con sitios del extremo sur de América.*

lejano de este sitio del Sur mendocino se ubica, al oeste de la cordillera, el de Tagua-Tagua, en Chile central, donde se cazó fauna extinta utilizando *puntas cola de pez*, entre 11.000 y 10.000 años atrás. Por el contrario en otros tres sitios ubicados al norte del paralelo de 35° S, Agua de la Cueva (Mendoza), la Cueva III de Huachichocana e Inca Cueva 4 (Jujuy), con niveles de ocupación datados entre 10.700 y 10.000 años AP, no muestran consumo de especies de fauna extinta con las que, sin embargo, convivieron. A estos tres se ha agregado recientemente el Alero de las Circunferencias (Jujuy), muy próximo a Inca Cueva 4, con ocupaciones ubicadas dentro del rango mencionado y con las mismas características de consumo.

Puede verse en dicha tabla que la información para esos cazadores-recolectores tempranos proviene, en su gran mayoría, de cuevas y aleros bajo roca donde son más altas las posibilidades de ubicación y conservación de vestigios arqueológicos. Pero la Pampa bonaerense ha comenzado a aportar sitios a cielo abierto que permiten entender algo más sobre la variabilidad espacial de las actividades, de sus modalidades de asentamiento, subsistencia o de sus prácticas tecnológicas. Esta nueva información del área pampeana sobre sitios en abrigos rocosos y sitios a cielo abierto, ubi-

cados entre 11.000-10.000 AP, que tienen diferencias en los conjuntos de artefactos pero que comparten áreas comunes de aprovisionamiento de ciertas materias primas (canteras de cuarcita), permite superar la posición que planteaba que esos conjuntos arqueológicos —sin puntas de proyectil— correspondían a una modalidad socioeconómica distinta, de grupos recolectores con caza poco especializada. Aquí, como en la Puna jujeña o en la Patagonia meridional, la mayor o menor tosquedad del material lítico o la ausencia de puntas de proyectil debe entenderse como aspectos diferentes de la producción de artefactos según las necesidades a las que se aplican, la actividad que los requiere o las etapas seguidas en su manufactura, en uno u otro sitio. Las diferencias corresponden a la variedad de trabajos realizados por sociedades que tenían en común el estar técnicamente equipadas y organizativamente capacitadas para la caza de grandes herbívoros; sociedades que podían también hacer uso de estrategias eventuales de carroñeo (aprovechamiento de carne en carcasas de animales muertos), caza oportunística de animales enfermos o debilitados, así como compensar su dieta con el aprovechamiento de fauna menor y prácticas intensivas de recolección.

Por último puede indicarse que el total de los sitios o componentes tabulados se distribuye en distintas zonas geográficas: Puna, Andes áridos del centro-oeste, Serranías y Zona Interserrana de la pampa húmeda bonaerense, Altiplanicie central santacruceña, extremo meridional de Patagonia continental (Magallanes) e Isla Grande de Tierra del Fuego; estas últimas consideradas como zonas unitarias, sin barreras de circulación entre los actuales territorios argentino y chileno. Esta distribución espacial muestra la diversidad de ecosistemas dentro de los que esas tempranas poblaciones interactuaron. También indica que el extremo sur de América, la Patagonia meridional y Tierra del Fuego, estaban pobladas entre 13.000 y 10.000 años AP por cazadores de fauna extinta que utilizaban otras formas de puntas de proyectil distintas de las conocidas, para la misma época y períodos posteriores, en el *Paleoindio* de las llanuras o planicies de América del Norte. Es importante insistir en esto ya que tiene que ver con condiciones de diversidad y heterogeneidad, temporalmente profundas, que caracterizan la complejidad y riqueza de soluciones adaptativas —en lo ambiental y lo social— que muestra el poblamiento del continente americano.

Resumiendo: el acceso de esas primeras poblaciones cazado-

ras-recolectoras a nuestro actual territorio ocurrió en distintos momentos, entre 14.000 y 12.000 años AP o entre 12.000 y 10.000 AP según las zonas; siguiendo vías distintas y con desplazamientos graduales en variadas direcciones. En ese entonces ya disponían de un equipamiento técnico apto para ocupar zonas ecológicas tan diferentes como las antes mencionadas.

En los siguientes acápites nos centraremos en la comparación de los datos disponibles para cazadores-recolectores del oeste de la Patagonia meridional y de la Puna argentina. La elección de estos dos ambientes y sociedades, distantes y distintos, ha sido orientada a la ejemplificación de dos diferentes programas y estrategias de organización socioeconómica. Cuentan dos historias regionales diferentes que llevan a distintos grados de complejidad en cazadores-recolectores.

## *CAMBIOS AMBIENTALES Y COLONIZACIÓN DEL TERRITORIO: 13.000–7.000 AP.*

El lapso que incluye el final del Pleistoceno y la parte inicial del Holoceno marca, en la Patagonia meridional y la Puna, los tiempos de una fase de colonización en los que las poblaciones se estabilizaron en la explotación de aquellos recursos de sus ecosistemas que habrían de perdurar durante gran parte del Holoceno, en particular en la caza de los dos camélidos silvestres: guanacos y vicuñas. Para entender algunos aspectos de la economía y la tecnología de estas poblaciones cazadoras-recolectoras, debemos hacernos una primera imagen de los cambios ambientales y procesos naturales que modelaron los ambientes en que aquéllas transitaban. Las glaciaciones, las erupciones volcánicas con importantes acumulaciones de cenizas, los ascensos o descensos del nivel del mar así como la variación de las precipitaciones actuaron durante ese lapso modificando las formas del relieve y limitando o ampliando los espacios disponibles para la explotación de distintos recursos. Asimismo los cambios en la temperatura y humedad, medidos en escalas temporales amplias, afectaron la distribución en el espacio de algunas comunidades vegetales, como las praderas y los bosques andino-patagónicos, o la vegetación del *pajonal* y el *tolar* en la Puna, incidiendo también en la extinción de algunos de los grandes mamíferos pleistocénicos.

La disponibilidad de recursos naturales constituyó una situación crítica para esas primeras poblaciones. El éxito en la caza y la recolección dependía de una programación adecuada de la movilidad estacional, maximizando la obtención de recursos y minimizando la probabilidad de competencia con otros grupos u otros predadores (grandes carnívoros, por ejemplo). Esa necesaria movilidad fue un elemento clave en la organización social, en la toma de decisiones, en el acceso, producción o distribución de dichos recursos. Se requerían programas de acción para operar en el largo plazo y también estrategias alternativas para el corto plazo, que tomaran en cuenta la forma en que esos recursos se distribuían en el espacio y las circunstancias que pudieran dificultar o impedir su acceso. Necesarios ajustes o cambios en programas y estrategias ocurrieron durante esos cambios ambientales. En este sentido la baja demografía —la dificultad de reproducirse y crecer para sobreponerse a condiciones críticas de desnutrición y mortalidad— hacía más frágil a estas poblaciones frente a las vicisitudes ambientales. El impacto del medio sobre ellas era fuerte pero, en todos los casos, existió una respuesta. Hubo un modelado humano del medio físico en el que esa gente actuaba, que adquirió distintas intensidades según la organización particular de cada sociedad. Para esas épocas, sin embargo, nuestra posibilidad de conocer estos distintos *paisajes arqueológicos* depende de la intensidad con que actuaron los procesos naturales que afectaron la conservación y la visibilidad de los vestigios arqueológicos y de la probabilidad de descubrirlos.

En las dos áreas que hemos de comparar, los ambientes del Pleistoceno final y del Holoceno temprano mostraban condiciones climáticas diferentes de las actuales, más rigurosas y frías primero y luego algo más benignas o más cálidas y secas. Empezaremos por el extremo meridional patagónico.

## Patagonia meridional

Durante el lapso comprendido entre 16.000 y 11.000 AP, comenzó la retracción de los glaciares y un ambiente de tundra y estepas herbáceas predominaba en el extremo sur y centro oeste de la Patagonia meridional. La expansión del bosque de *Nothofagus* (principalmente *lengas*) habría comenzado, según los estudios de

Markgraf a los 50° Sur, hacia los 12.500 años AP, manteniéndose una vegetación de pastizales abiertos en las partes más bajas y más áridas. Otros estudios de polen en sitios arqueológicos y en turberas permitieron plantear, para la zona de las cuevas habitadas de Última Esperanza (Chile), una situación de cambio en las condiciones de temperatura y humedad posterior a 11.000 AP. Con anterioridad a 11.570 AP imperaba un ambiente de estepa con bosquecillos aislados de *Nothofagus*, matorrales y cierta proporción de helechos. Posteriormente se dieron condiciones de mayor temperatura y humedad, con avance del bosque, hecho que habría ocurrido aquí hace unos 9.000 años.

Una fisonomía distinta mostraba también la costa marítima. El ingreso del mar en la actual zona del estrecho de Magallanes habría ocurrido después de los 12.000 AP. Entre esa fecha y 10.000 AP, puede sostenerse la existencia de un puente terrestre que unía Tierra del Fuego con el continente correspondiendo a un nivel de las aguas del mar a 60 m por debajo de la actual. Esto es coincidente con las dataciones de Carbono 14 —de 11.800 y 10.200 años AP— para el sitio con fauna extinta de Tres Arroyos 1, en el sector chileno de la Isla Grande de Tierra del Fuego. En la zona costera de Patagonia continental esos bajos niveles de las aguas habrían permitido la existencia de una amplia franja de tierras habitables, actualmente sumergidas. Para estas épocas, ocurrieron también cambios en la dirección de los vientos predominantes y una importante erupción del volcán Reclus —cercano a Puerto Natales— hacia los 12.480 ± 470 años AP, cuyas cenizas se habrían esparcido hacia el SE, en distancias superiores a 330 km.

En el lago Cardiel —una de las grandes cuencas cerradas de la Patagonia extraandina— se demostró la existencia de modificaciones del nivel de las aguas entre el Pleistoceno final y el Holoceno temprano. Entre 10.100 y 9.700 años se indican 50 m sobre el nivel actual —el más alto nivel alcanzado después del 16.000— correspondiendo a mayores condiciones de humedad que irían declinando progresivamente. Un período seco, con un marcado descenso de los niveles del lago Cardiel, se dio entre 7.690 y 5.950 AP. Se debe concluir entonces que, algo antes del 10.000 AP, el clima de la zona extraandina de Patagonia meridional comenzaba un ciclo con condiciones de humedad y temperatura más benignas que las imperantes anteriormente.

Algunos de estos factores —la expansión del bosque sobre pra-

deras y estepas, el impacto puntual de la acumulación de cenizas volcánicas y el paulatino ascenso del nivel del mar invadiendo antiguas líneas de costas— se conjugaron disminuyendo la diversidad de hábitats para la fauna de grandes herbívoros y otros megamamíferos ahora extintos. Esto ayudó a que la presión selectiva de la caza sobre las especies más afectadas por el cambio ambiental contribuyera a su extinción. Entre esas especies se encuentran uno de los caballos americanos, el *Hippidion Saldiasi*, uno de los grandes edentados, el *Mylodon (?) listai* y una especie de camélido, la *Lama (vicugna) gracilis*, distinta y más pequeña que el guanaco actual. Aparte de éstas, había otras especies que se extinguieron en la región hacia fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno: un camélido de porte mayor que el guanaco actual, la *Lama owenii*, el ñandú norteño o *Rhea americana*, un zorro de gran tamaño, el *Canis (Dusicyon) avus* —todas ellas presas potenciales de los cazadores— y dos félidos, el *Smilodon* sp. y la *Panthera onca mesembrina*, sin evidencias de que hayan sido cazados.

La información arqueológica disponible en las áreas tratadas proviene de la excavación de abrigos bajo roca; pero, seguramente, como ocurre en la pampa bonaerense o en Chile central, los asentamientos debieron incluir el uso de campamentos y lugares para faenar las presas a cielo abierto, que resultan actualmente difíciles de localizar. Muchos de estos abrigos seleccionados como viviendas son denominados "cuevas" pero son sitios que, aun en los sectores de más reparo, tienen iluminación natural. No son *cavernas* con sectores de total oscuridad como las utilizadas en el Paleolítico europeo. Tales abrigos representaban una opción importante para la vivienda humana ante la rigurosidad climática y es por ello que las que presentaban un tamaño adecuado, factible de calefaccionar con fogones a leña, han sido frecuentemente ocupadas, de tiempo en tiempo. Esta reutilización de los sitios en el largo plazo nos provee de una importante información comparativa para observar cambios ocurridos en lo que se produjo e introdujo dentro de esos espacios de habitación e intentar una aproximación a la vida de los grupos humanos, ya que de su aspecto físico nada podemos decir aún.

Cuatro de estos abrigos han proporcionado distinta información arqueológica sobre las primeras ocupaciones dentro del actual territorio argentino. En Cueva de Las Buitreras, en la costa sur del Río Gallegos, se encontraron niveles que contenían huesos de fau-

na extinta de *Mylodon, Hippidion y Dusicyon avus*, a los que asocian con la presencia de actividad humana en la cueva. Las primeras evidencias incluyen marcas de corte sobre algunos restos faunísticos y luego suman lascas de retalla o retoque de artefactos líticos, fragmentos de huesos y rocas caídas de la pared o techo de la cueva, factiblemente utilizadas. En este segundo momento se agrega la presencia de huesos de guanaco (*Lama guanicoe*) seccionados longitudinalmente. No hay dataciones de C14 de estos niveles, pero se ha estimado una edad más antigua que 9.000 AP. por la existencia de una capa de ceniza volcánica que los cubre y que habría sido anterior al 8.000 AP. Estos vestigios sugieren que se trataría de ocupaciones de poca actividad, en las que se podrían haber introducido algunas partes para consumo y realizado trabajos sumarios de producción o mantenimiento de artefactos de piedra tallada. Asumiendo la primera alternativa cronológica —dada por los investigadores— sería posible integrar la Cueva de Las Buitreras como un sitio de refugio transitorio, con actividades



*Vista de una unidad de la excavación de Laura Miotti en Piedra Museo, Santa Cruz.*

restringidas, dentro de un radio de movilidad que incluiría sitios como Fell o Palli Aike (Chile), a unos 50 km de distancia lineal, también con registros de fauna extinta, pero con una mayor diversidad de instrumental lítico y restos faunísticos.

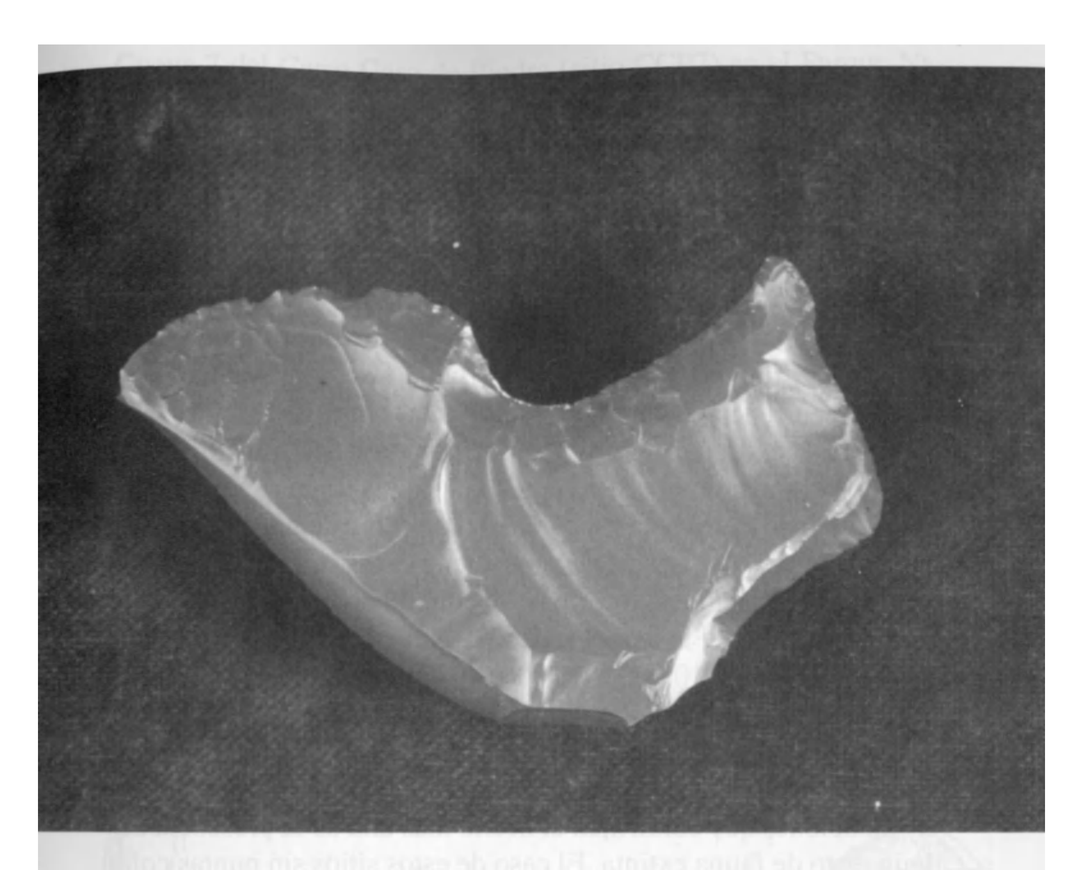
Otros tres importantes sitios se ubican al este del meridiano de 72°, dentro de la altiplanicie central de Santa Cruz: el nivel 11 de la Cueva 3 de Los Toldos, la capa 12 de la Cueva 7 de El Ceibo y abrigo AEP11 de la localidad de Piedra Museo. Los tres sitios forman parte de promontorios o acantilados rocosos que rodean "bajos" o antiguas cuencas lagunares, caracterizados por numerosos abrigos o cuevas que fueron ocupados sincrónica o diacrónicamente en distintos períodos y que presentan numerosas representaciones rupestres, pinturas o grabados. El emplazamiento de estos sitios de la altiplanicie dista de ser casual; sigue criterios de selección mantenidos a través del tiempo que tienen que ver con distintas posibilidades de abrigo en múltiples reparos naturales, con recursos de agua potable (lagunas o aguadas), disponibilidad de fuentes próximas para el aprovisionamiento de rocas aptas para la talla y con la concentración de recursos faunísticos en relación con espejos lagunares o aguadas.

El tamaño de estos abrigos es muy variable; el de Los Toldos es el de mayor tamaño y reparo. Estas diferencias de tamaños importan en términos del área con reparo efectivo, el número potencial de ocupantes y de los espacios de actividad disponibles. El nivel 11 de Los Toldos correspondería a ocupaciones temporarias, un lugar de habitación de un número muy reducido de personas. Esto ha sido inferido del consumo de las presas, pues se ha observado la existencia de un bajo número mínimo de animales cazados a partir de las partes óseas introducidas al sitio. Pero estas partes corresponden a las que poseen mayor cantidad de carne, por lo que se infiere que se trata de un campamento donde se realiza el consumo final de las presas de caza. Esto se refuerza por la presencia de fogones que se han ubicado en el sector más iluminado del abrigo y concentran la mayor cantidad de restos óseos y de artefactos de piedra tallada. Tanto este sitio como el nivel 12 de El Ceibo proporcionaron variados artefactos líticos retocados en sus bordes (retoque marginal) sobre grandes lascas y plaquetas de ópalos, calcedonias u otras rocas de excelente calidad para la talla. Entre ellos no se recuperaron piezas trabajadas por retalla o retoque en ambas caras de la lasca o soporte (retalla o retoque bifacial),

ni puntas de proyectil, pero algunas lascas presentan retoque marginal a presión que es el utilizado en la terminación de las piezas bifaciales. El estudio sobre el microdesgaste de los filos de una muestra de artefactos líticos del nivel 12 demostró que aquí se realizaron trabajos sobre cuero o piel seca, sobre piel fresca, raspado de madera y corte de carne. Apoyándose también en la escasa y fragmentaria muestra de restos faunísticos, los investigadores de El Ceibo han sugerido que esas actividades indicarían tareas domésticas, de procesamiento de los productos de la caza posterior a la captura y trozamiento de las presas.

En relación con estos dos niveles, el originalmente denominado *componente inferior* de AEP-1 estaría caracterizado por artefactos sobre lascas de retoque marginal y otras utilizadas con sus filos naturales, vinculadas con tareas de procesamiento de fauna extinta y actual. Si bien éste sería actualmente el nivel de mayor antigüedad datado en la Patagonia —en 12.800 años AP— tomando en cuenta el margen de error de esta datación y la del nivel 11 de Los Toldos (12.600 ± 600 años AP) es posible plantear que los niveles tempranos de los tres sitios aludidos ejemplifican casos de complementación funcional, de lugares distintos en los que esas poblaciones tempranas habrían realizado actividades diferentes dentro de un mismo sistema de asentamiento, subsistencia y organización tecnológica. Un lugar de residencia temporaria (Los Toldos, nivel 11), otro de actividades de procesamiento secundario de los derivados de la caza (El Ceibo, nivel 12) y otro de procesamiento primario, desollado y trozamiento de animales cazados en la proximidad del sitio (AEP-1). Con respecto a la subsistencia, se ha sugerido una estrategia de caza de tipo generalizada, basándose en una mayor diversidad de especies representadas que las que ocurren en ocupaciones posteriores de estos sitios, pero debe destacarse que, desde ese entonces, el guanaco era ya la presa preferencialmente explotada frente a otras posibles, incluidos los otros dos camélidos ahora extintos *Lama (vicugna) gracilis* y *Lama Owenii.* Esta preferencia indica la capacidad técnica de estos grupos humanos para una caza a distancia, dada la rapidez de desplazamiento y otras características etológicas del guanaco. Ello implica algún tipo de proyectil de los que aún no tenemos mayores evidencias pero que, como veremos, no deben ser descartados para estos contextos.

Volviendo al sitio AEP-1 habría otro momento de ocupación,



*Punta de proyectil "cola de pez" fracturada. Piedra Museo, Santa Cruz.*

datado entre 10.400 y 10.300 AP, que estaría representado por el conjunto asociado con una punta cola de pez. El hecho de que esta punta sea la única pieza de adelgazamiento bifacial en un conjunto caracterizado por artefactos de retoque marginal, sugiere precaución en caracterizar a los niveles antes aludidos como "sin puntas de proyectil" o sin conocimiento de las técnicas que permitían adelgazar los artefactos de piedra extrayendo materia del centro de las caras (adelgazamiento bifacial). Es plausible sostener que estos u otros diseños de puntas de proyectil habrían sido elementos altamente conservados y reciclados, en razón del tiempo y trabajo invertido en su producción y la destreza técnica requerida. Frente a esto la probabilidad de su hallazgo en contextos arqueológicos sería en general baja, dependiendo de la función del sitio. En el caso de AEP-1 se trata de un ejemplar fragmentado de una punta cola de pez de gran tamaño cuando lo común es que se trate de piezas de tamaño reducido —la mayoría de ellas con una longi-

tud entre 3,5 a 5 cm— que por su escaso peso debieron ser utilizadas con un elemento intermediario que la conectaba con el astil y balanceaba el peso requerido en el extremo del proyectil armado. Un dato en apoyo de esto lo proporcionó el hallazgo en Chile central, en el sitio Tagua-Tagua 2, de uno de estos intermediarios, decorado con incisiones, confeccionado en un colmillo de marfil de un mastodonte neonato y asociado a las referidas puntas.

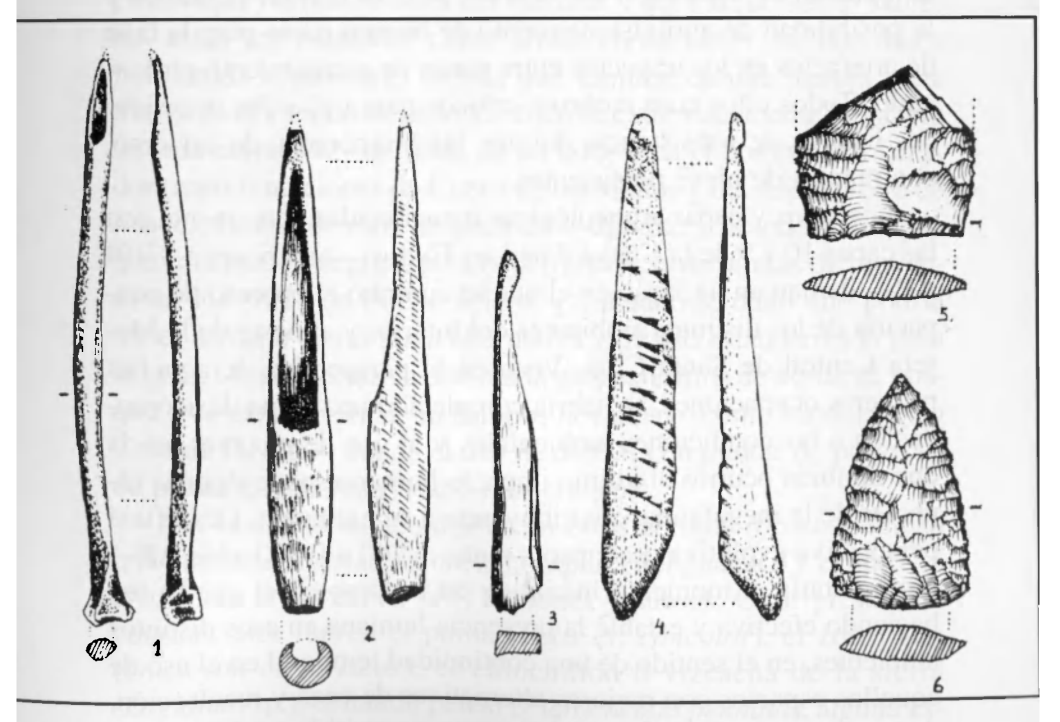
El comportamiento de este diseño en cola de pez es interesante en espacio y tiempo. Si se observa la tabla 1 se verá que hay una notable recurrencia temporal de estas puntas entre 10.100 y 11.600 AP, desde el extremo meridional patagónico hasta la pampa bonaerense y sumando el centro de Chile (Tagua-Tagua 2). Esto habla en favor de la eficacia funcional del diseño y de una tecnología compartida por diversas poblaciones tempranas, muy móviles, en las que la circulación de información cumplía un papel importante en la subsistencia y la tecnología.

Para el lapso de 10.000 a 11.000 AP se carece de mayor información en la Patagonia meridional centro-cordillerana argentina, exceptuando AEP-1. Se ha planteado que la capa 10 de la Cueva 3 de Los Toldos se habría iniciado hacia los 11.000 años AP, pero no hay dataciones que confirmen el hecho más allá de la presencia de algún resto de fauna extinta. El caso de estos sitios sin puntas cola de pez y de esta capa en particular puede ser semejante a los de la Patagonia chilena donde ya indicamos que hay varios sitios datados, con y sin puntas cola de pez, y donde hay por lo menos un caso (Cueva del Medio) en que la fauna extinta aparece asociada a contextos arqueológicos posteriores a los de las puntas cola de pez. Es probable que esta capa de Los Toldos sea contemporánea a las ocupaciones que ocurren entre el 9.700-9.000 AP en el oeste precordillerano próximo, en las zonas del Río Pinturas y el actual Parque Nacional Perito Moreno, que veremos seguidamente.

También al oeste del paralelo de 72° hay varios sitios con dataciones anteriores a los 9.000 AP que pueden ejemplificar casos de complementariedad funcional y movilidad estacional. Cueva de las Manos en el Alto Río Pinturas es uno de los más conocidos por su emplazamiento y la importancia de sus pinturas rupestres, donde hay dos dataciones iniciales del orden de los 9.300 años AP, correspondientes a la zona media de capa 6. La Cueva Grande del Arroyo Feo (sitio AFI) en la misma cuenca del Pinturas, con dataciones de 9.300 y 9.400 AP en la capa 11 base; y la

Cueva 7 del Cerro Casa de Piedra (sitio CCP7) en el Parque Nacional Perito Moreno, con tres dataciones entre 9.700 y 9.100 AP en la capa 17, son los restantes. Fue entonces, entre 9.700 y 9.300 años AP, cuando ocurrieron las ocupaciones en los bordes de los profundos cañadones del Pinturas y de las "pampas" aledañas —caso del Abrigo del Buho, sin dataciones absolutas pero con un componente inferior con tipos de artefactos tecnológicamente semejantes a los de los sitios citados— y en el mismo borde del bosque cordillerano de lengas (*Nothofagus pumilio*), el Alero Cerro Casa de Piedra 7, emplazado por aquel entonces a la orilla de un paleolago, sobre los 900 m snm, que debió tener un clima aun más riguroso que el actual por su altura y ubicación en la proximidad de ventisqueros y frentes glaciares. En los niveles de ocupación iniciales de este sitio, datados entre ca. 9.640 y 10.530 AP y en el de AFI (capa 12, sin datación), hay escasos vestigios arqueológicos, que representarían una etapa previa de exploración de estos ambientes.

Sobre la base de los fechados obtenidos en esos sitios, los ras-



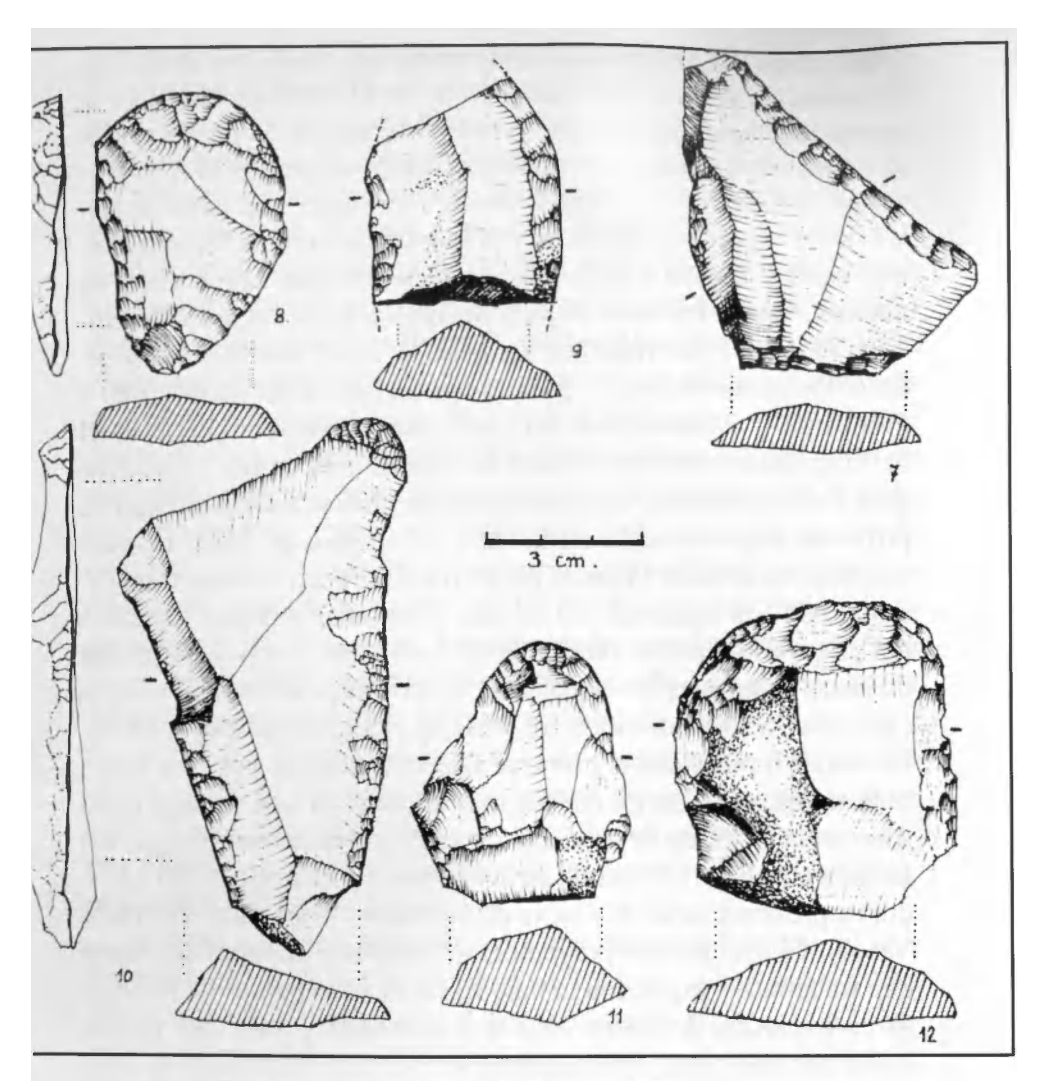

*Artefactos de hueso y puntas apedunculadas de Cueva de las Manos, Río Pinturas, Santa Cruz.*

gos técnicos de los artefactos de piedra tallada allí recuperados, las evidencias sobre el aprovisionamiento de ciertas materias primas líticas como la obsidiana y otras en torno al arte rupestre, puede plantearse una movilidad estacional que habría articulado las mejores zonas con recursos de caza y recolección del ecotono bosque-estepa, de la estepa abierta y de los microambientes formados en el profundo cañón del Río Pinturas. Esto implica una programación de la subsistencia y la movilidad en la que las diferencias de topografía y altitud —que inciden en la disponibilidad estacional de recursos de caza— eran ya conocidas y tenidas en cuenta en la programación de distintas estrategias de acción así como en el establecimiento de itinerarios que conectaran sitios de aprovisionamiento, de residencia, de tránsito y apostaderos de caza. Así, el contraste entre esos ambientes podía ser utilizado en la caza del guanaco cachorro o *chulengo*, aprovechando las distintas épocas de parición reguladas por las condiciones microclimáticas particulares de cada zona. También podía aprovecharse, en cada zona, la calidad y cantidad disponible de leña y maderas para la fabricación de utensilios, de recursos de caza complementarios y la posibilidad de aprovisionamiento de buenas rocas para la talla de artefactos en los trayectos entre zonas de asentamiento prolongado. Todos ellos eran recursos críticos para paliar las necesidades básicas de subsistencia durante las temporadas de invierno, con mantos de nieve persistentes.

Los sitios y capas arqueológicas mencionadas, juntamente con las capas 10 y 9 de la Cueva 3 de Los Toldos —anteriores a 8.750 AP— demarcan un lapso en el que se cumplió el proceso de ocupación de los distintos ambientes del interior y el oeste de la Meseta Central de Santa Cruz. Vista en la perspectiva de aquellas primeras ocupaciones, se habría completado una etapa de acomodación a las condiciones ambientales y al uso de recursos, en la que también ocurrió el último impacto humano sobre algunas especies de la megafauna, contribuyendo a su extinción. Desde una perspectiva evolutiva ese lapso —entre 9.700 a 9.000 años AP— representaría el momento inicial de un proceso en el que se fue haciendo efectiva y estable la presencia humana en esos distintos ambientes, en el sentido de una continuidad temporal en el uso de aquellos espacios con mejores alternativas de caza y recolección. Así, ese espacio de tiempo podría verse, en sentido estricto, como un momento temprano de la etapa de *colonización*.

En el extremo meridional continental, esta franja temporal está representada por los sitios del período II-III de Magallanes, en el que se discute el uso del nuevo diseño de puntas de proyectil, las de contorno subtriangular o sublanceolado, sin pedúnculo, ya presentes en Cueva de las Manos. Éstas van a tener una larga persistencia en la zona cordillerana y precordillerana de la Meseta central, caracterizando a conjuntos artefactuales que, según distintos autores, fueron reunidos bajo la designación de *Toldense, Tradición Toldense, Subtradición Toldense* o *Tradición Río Pinturas*. En la Patagonia chilena —en sitios como Cueva del Medio, Fell y Palli Aike— estos diseños van a ser característicos del Período III de Magallanes, reemplazando a las puntas cola de pez y asociándose recurrentemente al uso de bolas de piedra, como otro tipo de proyectil implementado en la caza. El empleo de bolas ha sido señalado en el sitio Marazzi de Tierra del Fuego —datado en ca. 9.500 AP— y registrado en las más tempranas pinturas rupestres del grupo estilístico A de Cueva de las Manos. Éstas son escenas de cazas colectivas asociadas con los primeros niveles de ocupación. Aquí y en otros sitios del Pinturas y del Parque Perito Moreno, están representadas como armas constituidas por una única bola unida a una larga cuerda que termina en una manija recta transversal, a modo de cruz. La cuerda, extremadamente larga, era llevada enrollada —a modo de un lazo— en el hombro del cazador (representaciones de Cueva de las Manos y del Alero Gorra de Vasco). El uso de esos proyectiles —durante y después del lapso que tratamos— explicaría la baja frecuencia de puntas de proyectil en los sitios de estepa abierta y cañadones, dado que podría haber actuado como arma alternativa y de uso estandarizado para la caza. Una expectativa distinta la proveen sitios de borde de bosque o de caza invernal, en campos nevados —como los del Cerro Casa de Piedra— donde el uso de dardos con puntas de proyectil de piedra tallada habría sido más eficiente.

Los vestigios arqueológicos en estos abrigos rocosos indican una marcada orientación hacia la captura del guanaco y el aprovechamiento de su carne, piel, tendones y huesos. Otras presas circunstanciales fueron el puma (*Felis* cf. *concolor*), el zorro gris (*Dusicyon* cf. *griseus*), el chinchillón o vizcacha de la sierra (*Lagidium* sp.), el ñandú petiso (*Pterocnemia pennata*), alguna especie de peces locales (*Percichthys* sp. o *Diplomystes* sp.) y un caracol terrestre (*Chilina* sp.). El aprovechamiento de huesos de




*Raederas y raspadores, Río Pinturas 1, Santa Cruz.*

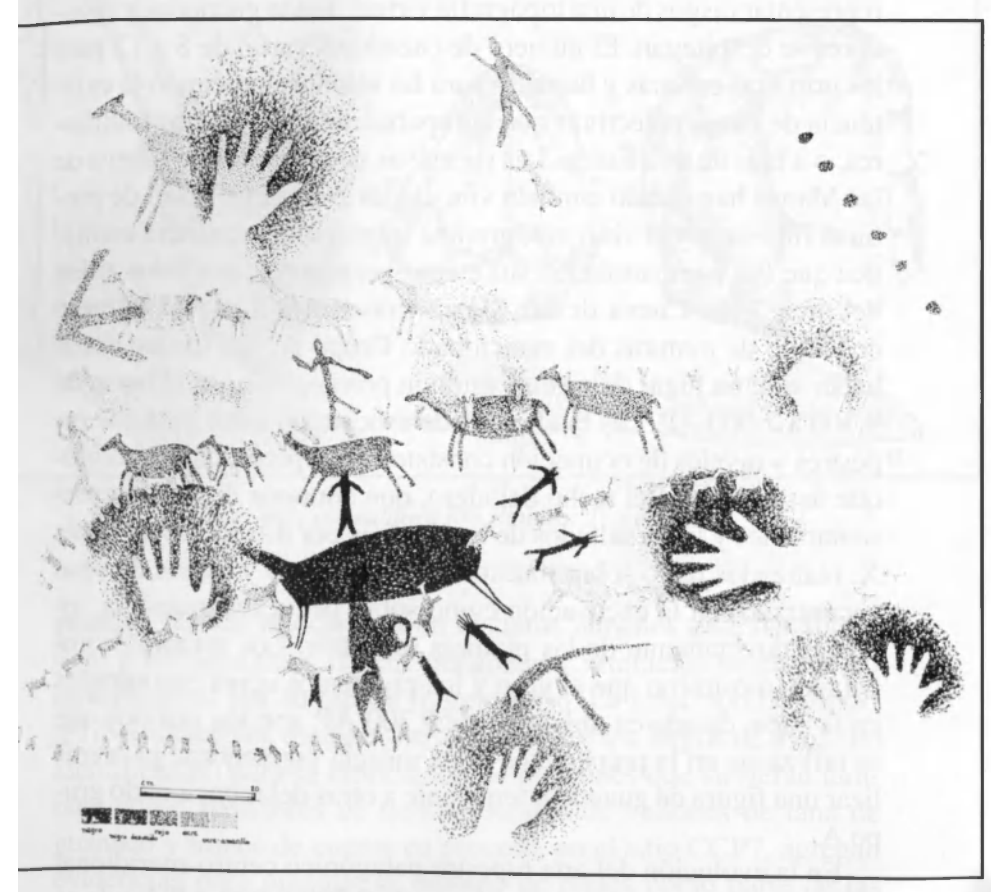
guanaco incluía retocadores de distintos tamaños para dar forma final a los artefactos líticos, punzones y artefactos biselados no identificables por su estado fragmentario. La selección de soportes óseos también recaía sobre algunos huesos largos de aves (no identificadas) para la fabricación de punzones que sirvieran también como pasadores de tientos. Restos de vellones de lana de guanaco y trozos de cueros en proceso, en el sitio CCP7, agregan evidencias para plantear el laboreo de pieles como parte de las tareas realizadas en ambos sitios. En la parte media de la capa 6 de

Cueva de las Manos hay un punzón con la punta acanalada y una madera biselada que presentan distintas series de incisiones, oblicuas y paralelas, a modo de marcas intencionales de ornamentación. Esos primeros indicios de arte mobiliar —en piezas transportables— se dieron también, en el Período II de Magallanes, en Cueva Fell, permitiendo ver relaciones con motivos del arte rupestre local.

En Cueva de las Manos hay evidencias arqueológicas que permiten asociar los niveles más antiguos de ocupación con la ejecución de las pinturas rupestres del Grupo Estilístico A, asociación establecida por las investigaciones de C. J. Gradin. Este grupo se caracteriza por escenas de caza, de gran dinamismo, que se superponen entre sí sugiriendo distintas épocas de realización. Es notable cómo los ejecutores utilizaron la superficie del soporte para representar rasgos de una topografía virtual donde guanacos y cazadores se despliegan. El número de cazadores varía: de 8 a 12 para las primeras escenas y hasta 57 para las últimas, indicando la existencia de cazas colectivas que agrupaban muchos grupos familiares, o a más de una banda. Las sucesivas ocupaciones de Cueva de las Manos han estado también vinculadas con la ejecución de pinturas rupestres y el sitio muestra una importante secuencia estilística que fue compartida, en sus etapas posteriores, por otros sitios del área. Pero Cueva de las Manos concentró el mayor número conocido de pinturas del mencionado Grupo A, por lo que debió haber sido un lugar de visita o reunión privilegiado, en el lapso de 9.300 a 7.000 AP. Las evidencias de asociación entre pinturas rupestres y niveles de ocupación consisten en la presencia de un bloque desprendido del techo del alero, que contiene distintas representaciones y los resultados de los análisis por difracción de rayos X, realizados tanto sobre muestras de pigmentos y trozos de yeso encontrados en la excavación como sobre pequeñas muestras, tomadas directamente de las pinturas rupestres. Los estudios comparados mostraron que el yeso y los pigmentos ocres encontrados en la capa, datada en alrededor de 9.300 AP, son los mismos que se utilizaron en la preparación de la mezcla pigmentaria para realizar una figura de guanaco, semejante a otras del mencionado grupo A.

En la evolución del arte rupestre patagónico centro-meridional importa señalar que fue en ese lapso de 9.700-9.000 AP donde se ubican las primeras evidencias arqueológicas que marcan la aso-

ciación entre capas o niveles de ocupación y manifestaciones parietales. En la Capa 10 de la Cueva 3 de Los Toldos se encontraron también dos fragmentos de corteza de roca desprendidos del techo con pintura roja; los negativos de manos son los únicos motivos rupestres de la cueva. En principio, se ha asociado aquí la realización de esas pinturas con el *Toldense*, pero existen algunos indicios que dejan entrever la posibilidad de un origen anterior, por la presencia de una porción de pintura amarilla en el nivel 11. El otro dato proviene de Cueva Fell, donde pinturas situadas en zonas bajas de la pared guardan relación con las capas asignadas al Período II de Magallanes, entre 9.030 y 9.100 años AP. Es bien interesante recalcar que en Fell, Río Pinturas y Los Toldos, las representaciones están vinculadas con modalidades estilísticas dis-

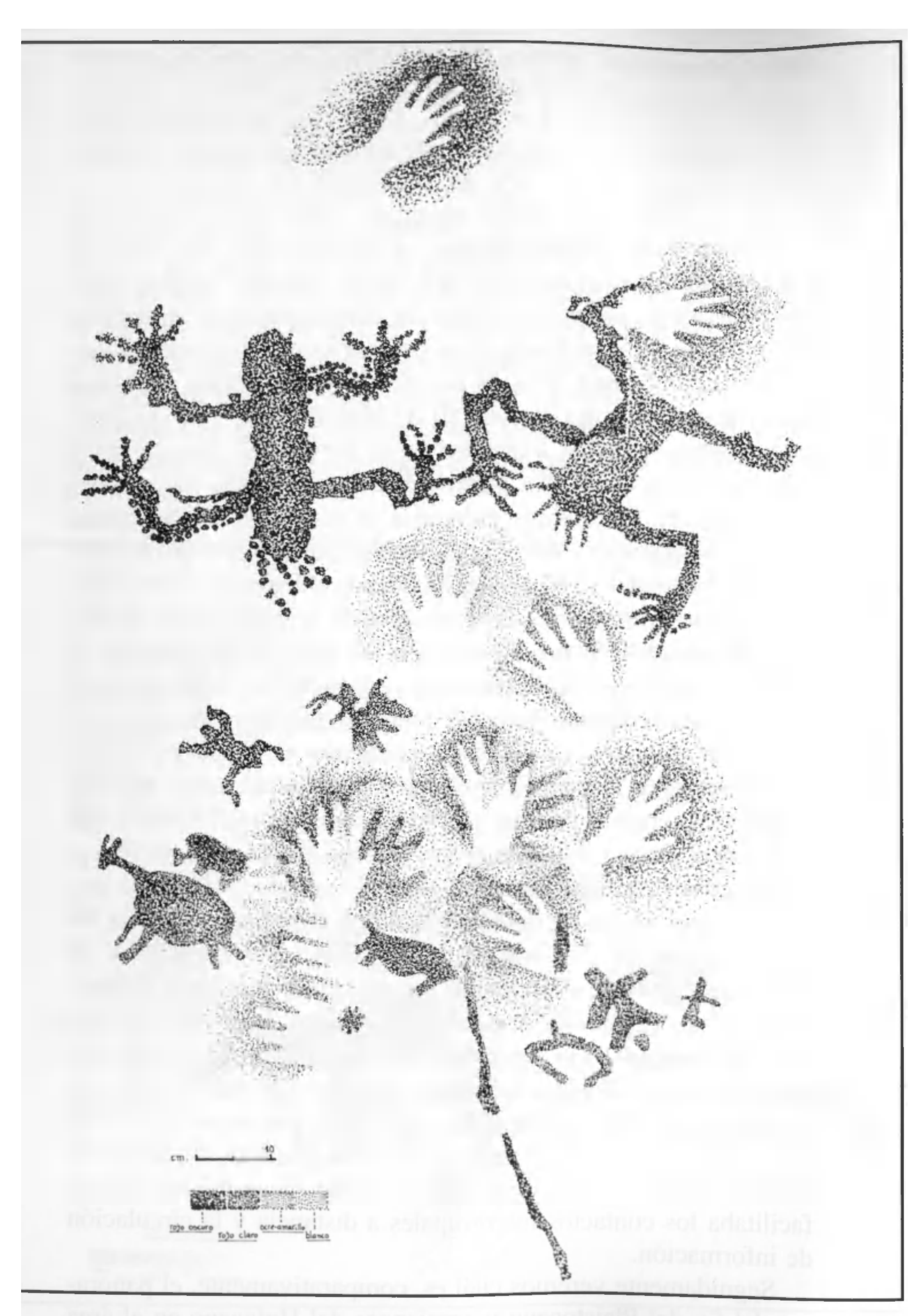


*Escenas de caza y negativos de manos en negro, rojo y ocre. Cueva de las Manos, Río Pinturas, Santa Cruz.*

tintas: geométricas simples del *estilo Río Chico* en Fell, escenas de caza con negativos de mano en Cueva de las Manos; y tan sólo negativos de manos en Los Toldos. Ya en esos momentos existían marcadas diferencias regionales que estaban anticipando trayectorias distintas en la evolución del arte rupestre de ambas áreas.

Las semejanzas de rasgos apuntadas entre Patagonia centro-meridional y Magallanes pueden ser interpretadas más como un flujo de información dado por la suma de múltiples interacciones entre distintos grupos que como una convergencia de soluciones tecnológicas independientes. Los componentes vinculados al lapso que tratamos en Cueva de las Manos y Los Toldos adelantan elementos nuevos del Período III de Magallanes y a la vez comparten algunos de los indicados en el Período II. El caso de la sucesiva aparición de los nuevos diseños de puntas triangulares sin pedúnculo, como rasgo particular, en el área de la Altiplanicie Central, Magallanes y Alto Limay, en Nordpatagonia (Cueva Traful y Cuyín Manzano en Neuquén) ha llevado a distintos investigadores a plantear situaciones de convergencia o un horizonte de rasgos compartidos. Si nos atenemos a las cronologías actuales, es factible sostener que las interacciones que hicieron posible ese flujo de información habrían operado como dos casos distintos, de acuerdo con su dirección, intensidad y momentos de inicio y perduración: entre el área centro-meridional y Magallanes hacia el 9.500-5.000 AP; y entre la primera y el Alto Limay, entre el 8.000-6.000 AP. Para el primer caso, por lo que venimos explicando del proceso de colonización en Patagonia central, no parece plausible sostener la idea de una corriente poblacional nueva para explicar los nuevos rasgos del Período III de Magallanes, ni tampoco la de desarrollos convergentes, como fue planteado por otros autores. Otros rasgos relativos a la tipología y técnica de factura de otros útiles de piedra tallada (raspadores y raederas), la aparición de las bolas de piedra alisada o pulida, los negativos de manos o las piezas de arte mobiliar en Magallanes, sugieren que esto ocurrió en la interacción entre poblaciones situadas en procesos de colonización ya avanzados, pero con un alto grado de movilidad, lo que facilitaba los contactos intergrupales a distancia y la circulación de información.

Seguidamente veremos cuál es, comparativamente, el panorama del fin del Pleistoceno y comienzos del Holoceno en el área circumpuneña.




*Negativos de manos en ocre y blanco; representaciones de animales y figuras antropomorfas, en rojo. Cueva de las Manos, Alto Río Pinturas, Santa Cruz.*

## La Puna y su entorno

En la Puna argentina y en quebradas que acceden a ella, abrigos bajo roca como el de Inca Cueva 4, Alero de las Circunferencias y la cueva III de Huachichocana —en la Puna de Jujuy y su borde oriental— muestran los primeros indicios de ocupación humana, entre 10.800 a 10.200 AP. A diferencia de los sitios patagónicos y pampeanos de esas épocas, aquí no hay asociación con fauna extinta que, sin embargo, coexistía con el hombre en esos mismos ambientes. Estas diferencias en la selección de presas se suman a otras referentes a las tecnologías de asentamiento, caza y recolección, indicando que hacia el final del Pleistoceno, muy distintas estrategias económicas caracterizaron a las poblaciones cazadoras-recolectoras de las áreas referidas. Tales diferencias sugieren también que, en el caso de la Puna y su inmediata periferia, se trata de procesos de poblamiento y manejo económico de espacios y recursos naturales que son, temporalmente, más antiguos de lo que en la actualidad conocemos.

Diversos estudios llevados a cabo en la Puna argentina, en el Altiplano boliviano y en el área atacameña han mostrado que las condiciones de fines del Pleistoceno eran de mayor humedad y frío que las actuales, y que esas condiciones se habrían extendido hasta comienzos del Holoceno, cuando se produjo un marcado cambio hacia condiciones más cálidas y secas —o de extrema aridez— entre 8.500 y 7.500 años AP, según las zonas. Entre 15.000 y 10.400 años atrás, los espejos lacustres altiplánicos y atacameños habrían alcanzado su máxima extensión (fase Tauca), probablemente sujetos a regímenes de precipitaciones vinculados con vientos de la vertiente oriental de los Andes, diferentes a los que actualmente predominan en esa región. Considerando que las zonas más secas de la Puna pueden presentar un promedio de 0 a 200 mm anuales, para esas épocas se estima un promedio superior a los 500 mm, lo que implica también diferencias apreciables en la vegetación existente. Al respecto los estudios polínicos en la Puna jujeña ponen de manifiesto el predominio de gramíneas y especies herbáceas, así como la presencia de polen de pinos y alisos, acarreados por los vientos del este. La menor altura del límite de las nieves permanentes —finipleistocénicas— indica condiciones frías,



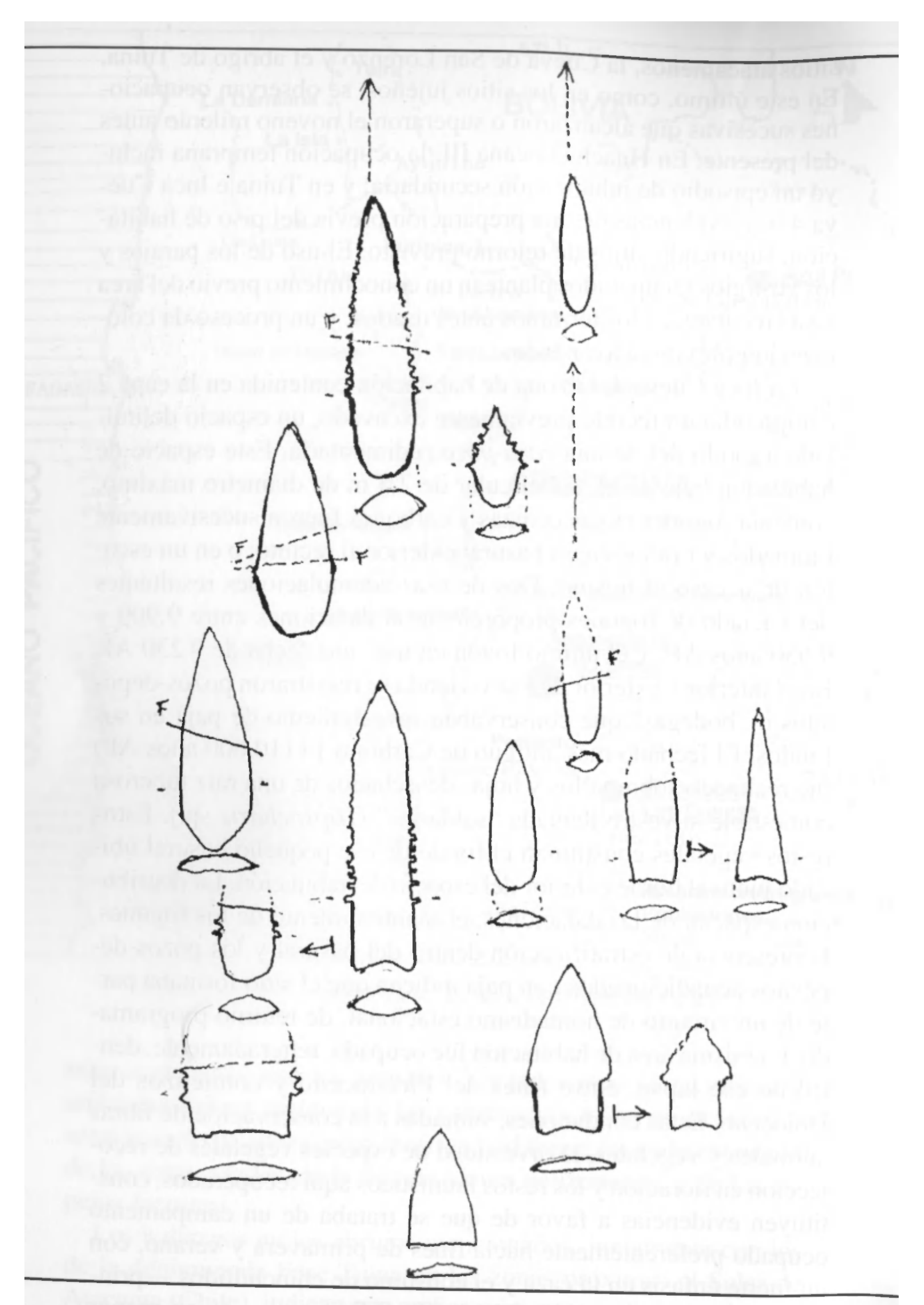

*Mapa con sitios arqueológicos del norte de Argentina y Chile.*

más acentuadas que las actuales. En todas esas situaciones, el ambiente habría mantenido las características de un desierto o semidesierto de altura, pero mostrando diferencias en la extensión de las zonas verdes, de la faja de nieves permanentes y de los espejos lacustres.

Los hallazgos en los abrigos mencionados, juntamente con los de la denominada Fase Tuina en las zonas próximas al Salar de Atacama (Chile), indican que ambas vertientes andinas estaban ya habitadas en el lapso aludido. Las evidencias provienen de dos

sitios atacameños, la Cueva de San Lorenzo y el abrigo de Tuina. En este último, como en los sitios jujeños, se observan ocupaciones sucesivas que alcanzaron o superaron el noveno milenio antes del presente. En Huachichocana III, la ocupación temprana incluyó un episodio de inhumación secundaria; y en Tuina e Inca Cueva 4 hay evidencias de una preparación previa del piso de habitación, sugiriendo sitios de retorno previsto. El uso de los parajes y los vestigios recuperados plantean un conocimiento previo del área y sus recursos en los términos antes usados, y un proceso de colonización previo ya avanzado.

En Inca Cueva 4, la zona de habitación contenida en la capa 2 comprendía un recinto previamente excavado, un espacio delimitado a modo del de una *casa-pozo* rudimentaria. Este espacio de habitación bajo nivel, subcircular de 2,5 m de diámetro máximo, contenía fogones cuyas cenizas y carbones fueron sucesivamente limpiados y tirados en un basural exterior al recinto, o en un escalón de acceso al mismo. Dos de esas acumulaciones resultantes del vaciado de fogones proporcionaron dataciones entre 9.900 y 9.650 años AP; y el último fogón en uso, una fecha de 9.230 AP. En el interior y exterior de esa vivienda se registraron pozos-depósitos o "bodegas" que conservaban revestimiento de paja en sus fondos. El fechado más antiguo de Carbono 14 (10.600 años AP) fue realizado sobre tallos y hojas desechados de una raíz tuberosa comestible silvestre llamada "soldaque" (*Hipsocharis* sp.). Estos restos vegetales constituían el fondo de ese pequeño basural ubicado junto al borde exterior del espacio de habitación. La distribución espacial de las dataciones, el mantenimiento de los fogones, la presencia de estratificación dentro del basural y los pozos-depósitos acondicionados con paja indican que el sitio formaba parte de un circuito de nomadismo estacional, de retorno programado. La misma área de habitación fue ocupada, reiteradamente, dentro de ese lapso, entre fines del Pleistoceno y comienzos del Holoceno. Estas condiciones, sumadas a la conservación de fibras animales y vegetales, la diversidad de especies vegetales de recolección en floración y los restos faunísticos aquí recuperados, constituyen evidencias a favor de que se trataba de un campamento ocupado preferentemente hacia fines de primavera y verano, con un fuerte énfasis en la caza y el consumo de chinchíllidos —principalmente vizcacha de la sierra (*Lagidium* sp.)— y, en menor medida, camélidos y cérvidos (huemul del norte).



*Variación y cambio en puntas de proyectil de Antofagasta de la Sierra, Catamarca.*

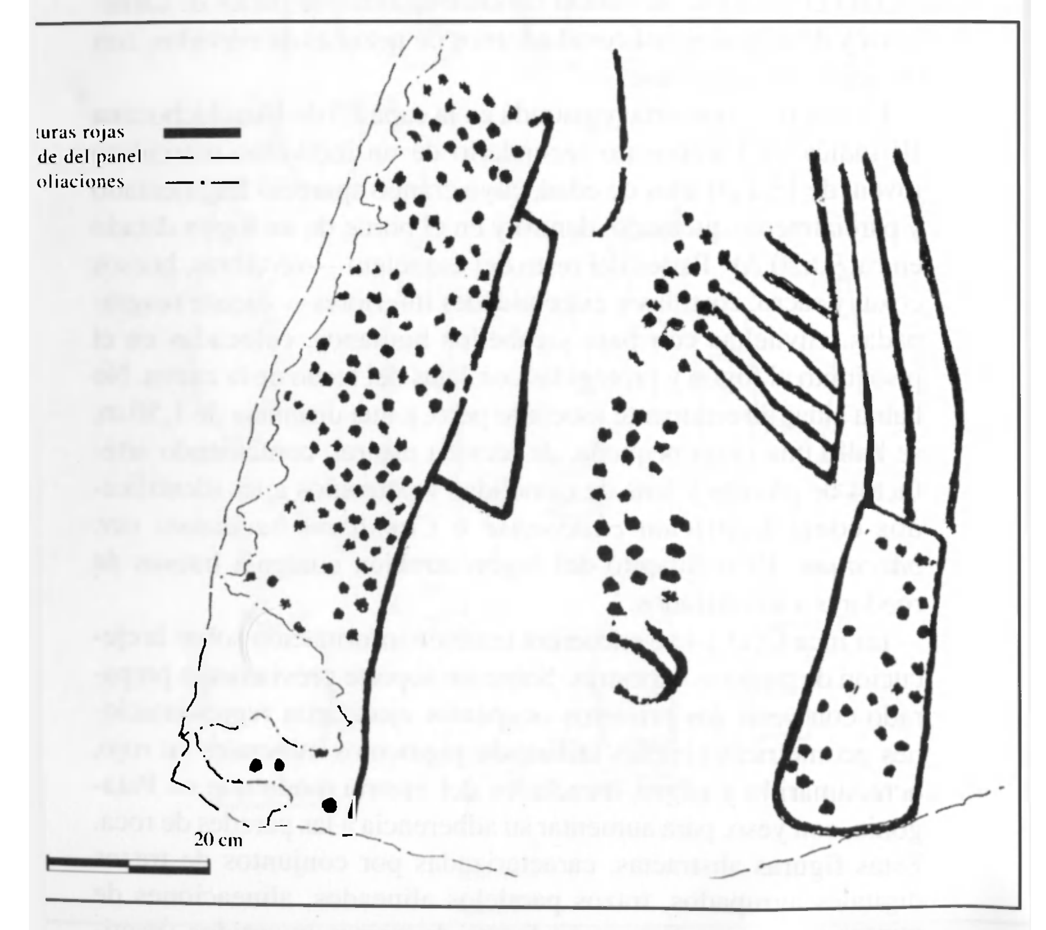
La selección de materias primas líticas en este sitio (cuarcita, ftanita y otras rocas silíceas), las puntas de proyectil triangulares apedunculadas, la morfología de los raspadores y otros artefactos así como las propias técnicas de manufactura, muestran estrechas semejanzas con los niveles, cronológicamente comparables, de los otros sitios mencionados. Con Huachichocana III, capa E3, comparte la presencia de plumas de aves de las tierras bajas; y agrega el uso de cañas macizas (*Chusquea* sp.) y de columelas de un gran caracol terrestre (*Strphocheilus* sp.). También se pueden mencionar el consumo de algarrobo y cactáceas, así como la presencia de técnicas cesteras y la cordelería en lana y fibra vegetal. En Inca Cueva 4, la cordelería en lana y los restos de vellones de lana de camélidos resultan en extremo significativos para inferir su manufactura en el lugar. Se suman también recortes de pieles de camélidos y de cérvidos, así como adornos de pezuñas de cérvidos, con orificios de suspensión.

La práctica funeraria registrada en la capa E3 de Huachichocana III indica un tratamiento secundario de un individuo masculino joven, de 18 a 20 años de edad, cuyo cráneo apareció fragmentado y parcialmente quemado, dentro y en el borde de un fogón datado en ca. 9.620 AP. Partes del resto del esqueleto —vértebras, huesos coxal y sacro, costillas y extremidades inferiores— fueron reagrupadas, envueltas con paja y cabellos humanos, colocadas en el piso junto al fogón y protegidas con lajas del techo de la cueva. No había ajuar directamente asociado pero, a una distancia de 1,50 m, se halló una cesta pequeña, de técnica espiral, conteniendo artefactos de plumas y lana de camélidos y pequeños ajíes identificados como *Capsicum chacoense* o *Capsicum baccatum var. baccatum*. El sedimento del fogón también contenía huesos de roedores carbonizados.

En Inca Cueva 4 se encuentra también información sobre la ejecución de pinturas rupestres. Sobre un soporte previamente preparado con yeso, los primeros ocupantes ejecutaron representaciones geométricas simples utilizando pigmentos minerales en rojo, ocre, amarillo y negro, mezclados del mismo modo que en Patagonia, con yeso, para aumentar su adherencia a las paredes de roca. Estas figuras abstractas, caracterizadas por conjuntos de trazos digitales agrupados, trazos paralelos alineados, alineaciones de puntos y diversas figuras en forma de peines invertidos (pectiniformes), escaleras de mano (escaliformes) y de rectángulos

segmentados o combinados, configuran un repertorio iconográfico particular que no incorpora la figuración biomorfa sino hasta épocas más tardías. Con distintas combinaciones de signos muy simples, constituyó un sistema simbólico compartido por distintos sitios de la Puna hasta ca. de 4.000-3.000 años AP. El arte rupestre, entonces, también forma parte del registro arqueológico conocido para las poblaciones tempranas de la Puna argentina.

El estudio de los restos faunísticos en las capas inferiores de Inca Cueva 4 y Huachichocana permite diferenciar distintas actividades cumplidas en ambos sitios. El primero tuvo que ver con el consumo de chinchíllidos, el procesamiento secundario de unidades anatómicas y la extracción de médula de huesos de camélidos;




*Arte rupestre abstracto. Punta de la Peña 5, Antofagasta de la Sierra, Catamarca.*

el segundo con el procesamiento primario de camélidos cazados en las proximidades del sitio, el consumo local de animales jóvenes y el transporte, a otros sitios, de partes de animales adultos, con buen rendimiento de carne. Se trataría de sitios que cumplieron funciones diferentes, dentro de un modelo de movilidad estacional entre zonas con recursos predecibles. Los pozos de almacenaje en Inca Cueva 4, más la relativa sincronía con las ocupaciones datadas en el cercano Alero de las Circunferencias, indican que esta movilidad estaba programada entre determinados sitios, incluyendo algunos equipados para permanencias prolongadas.

Otros lugares del Holoceno temprano, que se ubicaban en quebradas con buena disponibilidad de recursos dentro del ámbito puneño, son "La Cueva" de Yavi (Jujuy) y los niveles inferiores de Quebrada Seca 3 (Catamarca), fechados entre 10.000 y 9.000 AP.

Es importante insistir en que, fuera de los sitios reseñados en la Puna argentina, no hay aún evidencias, cronológicamente sustentadas, en la zona valliserrana o de las selvas de montaña, de ocupaciones del Holoceno temprano. Sin embargo, en el lapso entre 10.800 a 9.000 AP, los hallazgos puneños demuestran que los recursos de aquellas regiones fueron utilizados, y plantean la cuestión de si éstos fueron obtenidos por intercambio, o por acceso directo. Al respecto, el modelo de movilidad estacional programada, entre zonas con alta disponibilidad de recursos, que contempla diferenciación funcional de sitios, almacenamiento y territorios de explotación extendidos, dentro del ámbito desértico, propone la captación de estos recursos como resultado de interacciones múltiples y de un permanente flujo de información entre las distintas vertientes andinas. En este modelo debería aceptarse que esas regiones —de las cuales carecemos de información arqueológica en estos momentos— debieron haber estado ya habitadas o previamente exploradas (valliserrana, selvas occidentales).

Así como se planteó para Patagonia centro-meridional, la programación estacional, los circuitos de movilidad amplios, la circulación de información en grandes distancias y la existencia de sistemas simbólicos diferenciados serían características compartidas por ambas regiones comparadas, en el período correspondiente al Holoceno temprano. Empero, desde una perspectiva que enuncie las diferencias, éstas pasan por el repertorio de recursos y las prácticas características de esas poblaciones del desierto y semidesierto puneño, que impresionan al arqueólogo por la ri-

queza y diversidad de las tecnologías implementadas en las estrategias de subsistencia. Las mismas deben entenderse a la luz de un manejo muy pautado de la diversidad de recursos existentes en ambientes altamente contrastados —como el desierto y las selvas de montaña—, un conocimiento de las situaciones de riesgo que implicaba la vida en el desierto y un dilatado tiempo de ensayos y errores, capaz de estructurar ese conocimiento tecnológico. Las diferencias señaladas apoyan una mayor complejidad de las estrategias de subsistencia utilizadas en el área circumpuneña, a comienzos del Holoceno. El otro componente fue la capacidad de una programación de largo plazo, capaz de minimizar las situaciones de riesgo ambiental, donde las interacciones a larga distancia con grupos que habitaban esos distintos ambientes fueron estrategias recurrentes para paliar situaciones de carencia de recursos, derivadas de condiciones ambientales adversas, como las que ocurrieron en el Holoceno medio durante épocas prolongadas.

## INTENSIFICACIÓN Y DIFERENCIACIÓN: 7.000-3.000 AP

Hace 7.000 años, la Patagonia centro-meridional precordillerana y la Puna habrían estado sujetas a prolongados períodos de sequía y aridez que afectaron la extensión de las zonas de pastura de los camélidos salvajes, introduciendo un factor de riesgo en la base de estas economías de caza y recolección. En ambas áreas la información arqueológica —para el lapso 8.000-5.500 AP— proviene de sitios vinculados con recursos de agua y vegetación permanentes. En las tierras altas de Atacama, en Chile, se propuso la existencia de una suerte de "silencio arqueológico" para explicar la ausencia de ocupaciones registradas en este lapso. Sitios como Quebrada Seca 3 muestran este repliegue de las ocupaciones a esos sitios que, a modo de oasis, concentraban recursos y alternativas de caza. Intensificar la explotación de los recursos vegetales y faunísticos en estos sectores, sin agotarlos, requirió distintos programas y estrategias de acción. Estas últimas, que debieron ser muy diferentes de región en región, según la forma de distribución de los medios de subsistencia, son importantes para entender los procesos de diferenciación que les siguieron, configurando las distintas fisonomías regionales que

se encontraban en el NOA, cuando se registran las primeras poblaciones agropastoriles, o en la Patagonia meridional, hacia el tercer milenio antes del presente.

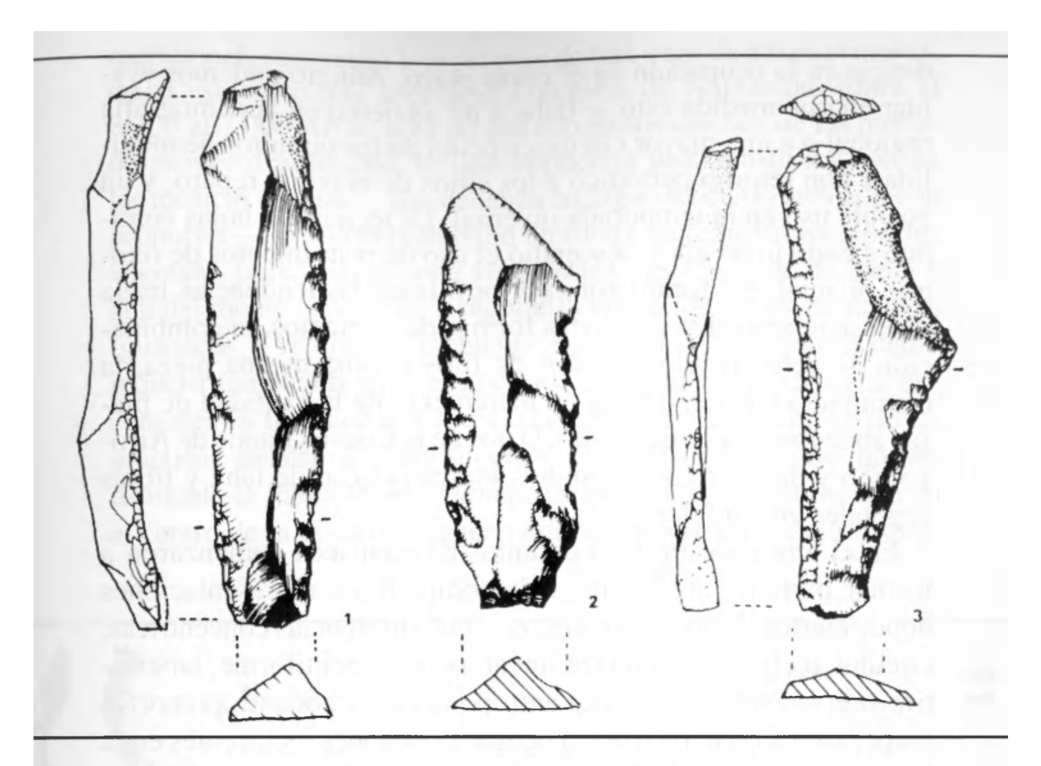
## Patagonia centro-meridional

La zona comprendida al oeste del meridiano de 72°, entre los ríos Deseado y Belgrano-Chico, nos sirve de ejemplo para entender los cambios ocurridos durante el lapso señalado. Un programa que procurara intensificar el uso de recursos, para obtener un máximo provecho de los mismos sin riesgo de sobreexplotación, habría requerido cambios en la movilidad, abriendo circuitos de menor extensión que aprovecharan sitios estratégicos de caza para interceptar los movimientos estacionales ya conocidos de las tropas de guanacos. Así, en la zona del actual Parque Nacional Perito Moreno se puede observar cómo diversos sitios se escalonaban en altitud, utilizando y equipando cuevas de máximo reparo en gradientes bajos; y sitios a cielo abierto, en gradientes más altos, para acompañar esos movimientos. En la cueva 5 del Cerro Casa de Piedra, las ocupaciones datadas entre 6.800 y 6.500 AP muestran la preparación de los pisos de habitación con revestimientos de gramíneas transportadas, varios fogones que estuvieron activos en distintos lugares del espacio utilizado y abundantes restos indicativos del trabajo de preparación de pieles, cueros y otros artefactos. Al igual que en los sitios a cielo abierto, aparecen allí escasos fragmentos de puntas de proyectil, a diferencia de la cantidad de otros artefactos de piedra tallada y retocada, destinados a trabajos manuales (raspadores, raederas, cuchillos). La bola de piedra, simple, continuaría siendo entonces el arma de caza predilecta. El cambio en la tecnología no habría afectado los proyectiles sino las formas-base o soportes líticos utilizados en la preparación de los artefactos de uso manual. La introducción de la técnica de *hojas* ocurrió a partir de esta época y consiste en la utilización de núcleos preparados para la extracción de numerosos de estos soportes o fragmentos, de formas rectangulares alargadas. La forma de estos productos de talla y la cantidad posible de extraer de un mismo núcleo representaron un importante ahorro de materia prima y la posibilidad de estandarizar la producción del instrumento de mayor uso y descarte en los sitios patagónicos: el raspador. En síntesis, esta estra-

tegia puede ser vista, alternativamente, como la respuesta a la necesidad de una mayor producción, más fácil y rápida, de esos tipos de instrumentos y como una economía de materia prima.

El modelo que surge de la distribución de los sitios es el de campamentos de tamaño reducido pero bien equipados, utilizados durante la temporada de otoño a invierno, por grupos familiares que aprovechaban abrigos de buen reparo, fácil aprovisionamiento de leña y buenas posibilidades de caza en los campos nevados. Están emplazados en las cotas más bajas de la microrregión o próximos a relieves topográficos que facilitaban la captura de guanacos y cérvidos. Otros sitios son campamentos a cielo abierto, en hoyadas naturales circundadas por lomadas, arbustos o bosque —o en abrigos amplios de fácil acceso— que habrían agrupado a un mayor número de gente; y que estaban también acondicionados, con fogones preparados, un buen número de raspadores y otros utensilios en condiciones de volver a ser utilizados, y artefactos de molienda. Estos sitios se ubican en cotas más altas y habrían estado destinados a la caza de primavera y verano. En particular, las épocas de la *chulengueada* podrían haber atraído una mayor agregación de familias para obtener pieles útiles para reponer vestimentas. De esta forma, la movilidad podría alternar interacciones y circuitos pero manteniendo cierto control sobre determinada región, coincidente con la de emplazamiento de los campamentos invernales. En ese sentido, habría existido una mayor restricción en la movilidad anual en comparación con épocas anteriores, y una menor continuidad en el acceso a fuentes de materias primas alejadas, lo que justificaría tanto la mayor producción como la economía que implica la adopción de la técnica de *hojas*. El que fuera llamado *Casapedrense* —caracterizado por esos artefactos sobre hojas y como una entidad cultural distinta al *Toldense*, en las secuencias del este del meridiano de 72°— podría entenderse, desde otra perspectiva, como un cambio en las estrategias tecnológicas de las mismas poblaciones originales, para responder a situaciones de riesgo semejantes, que en la zona central de la altiplanicie pudieron ser aun más acentuadas. Sitios como Cerro Casa de Piedra 5 y 7, y Campo Río Roble 1 y 3, en el Parque Nacional Perito Moreno, o Alero Cárdenas y Cueva de las Manos, en el Alto Río Pinturas, serían ejemplos de esas situaciones en el lapso de 7.500 a 6.500 AP.

En el arte rupestre ocurrieron cambios acordes con este panora-




*Láminas con filo lateral retocado. Río Pinturas, Santa Cruz.*

ma. Las escenas de caza fueron reemplazadas por conjuntos de guanacos que no guardan proporción con el modelo vivo. Los cuerpos y extremidades cobran mayor volumen y los vientres se vuelven prominentes. La representación de la tropa con su macho adulto reproductor —el *relincho*— y las hembras con sus crías son ahora lo importante. Las escenas de caza colectiva no se repiten, pero sí algunas de caza individual, sólo el cazador y su presa. La preñez de las hembras, la multiplicación de la tropa, era el tema central. En Cerro Casa de Piedra 5, algunas representaciones de huemules hembras son agregadas a los conjuntos de guanacos, en concordancia con la escasa representatividad que adquieren en los registros arqueofaunísticos.

Posteriormente, en el lapso entre el 6.000 y 3.000 AP, el proceso de intensificación adquirió mayor relevancia en el registro documentado en abrigos bajo roca y sitios a cielo abierto. La coincidencia con el período de mejoramiento de las condiciones de humedad y el aumento del nivel del lago Cardiel es notable. En los abrigos hay una mayor densidad de vestigios y una reinci-

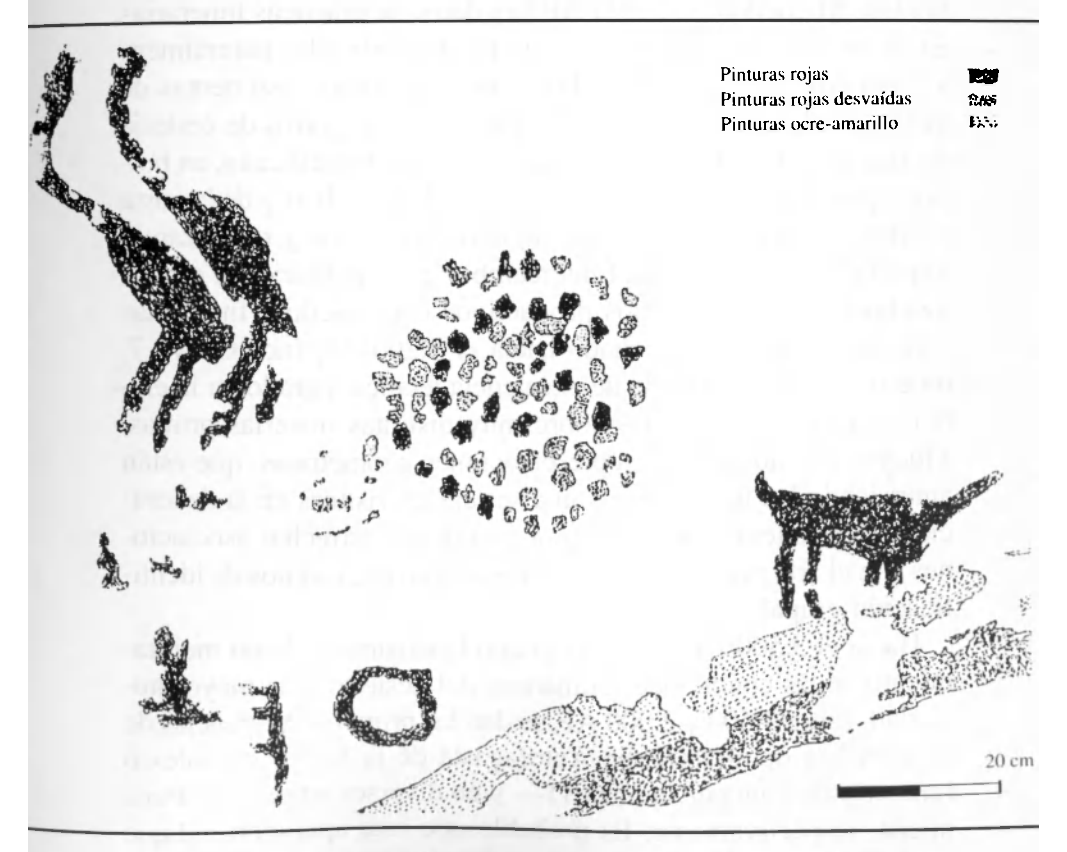
dencia en la ocupación en el corto plazo. Aún no podemos evaluar en qué medida esto se debe a un aumento en la demografía regional o a una mayor circunscripción de los circuitos de movilidad, con retorno periódico a los sitios de máximo reparo, y un posible uso en la temporada invernal. La técnica de hojas continuó siendo utilizada y descendió el uso de instrumentos de retoque bifacial. Se acentuaron, por otro lado, las tendencias hacia una estandarización de ciertas formas de artefactos, la combinación de determinados diseños de filos en una misma pieza, la disminución de tamaños y un incremento de la cantidad de piezas abandonadas en cada sitio. Datos de la Cueva Grande de Arroyo Feo y de Cerro de los Indios indican el uso de lana y fibras vegetales en cordelería.

En el arte rupestre los conjuntos de guanacos comenzaron a formar parte de un sistema más complejo de representaciones donde ciertos signos geométricos —circunferencias concéntricas, círculos o elipses de pintura lineal, plana o puntiforme, laberintiformes— representaciones antropomorfas y zooantropomorfas empezaron a relacionarse y a ocupar posiciones recurrentes en la topografía interna de los abrigos rocosos. La figura del felino hizo su aparición en ese lapso, posiblemente como metáfora del mejor cazador. Conjuntos como los de la Cueva Grande de Arroyo Feo y de Cerro de los Indios 1 sugieren un sistema de símbolos en el que la caza del guanaco —en su reproducción, vida y muerte— se ha configurado bajo la forma de mitograma, donde el cazador vuelve a escena y las paredes rocosas del abrigo se convierten en un completo escenario. Pero cada uno de estos sitios retuvo algo particular en las formas de ejecución y diseño de las figuras. En el modelo que venimos desarrollando esto sería coherente con la circunscripción de los circuitos en torno a ciertos sitios o microrregiones.

## La Puna

Ya se comentó que el aparente "silencio arqueológico", entre 8.000 y 5.000 AP, se resolvía en una concentración de las poblaciones en zonas con agua y recursos permanentes. Las estrategias para maximizar el uso de estos últimos pueden dilucidarse parcialmente. Quebrada Seca 3 es uno de estos sitios que, en la Puna

meridional, aprovechó los recursos de una vega de altura ofreciendo al estudioso una secuencia completa de ocupación. Entre el 8.300 al 7.000 AP se nota un cambio en los diseños de las puntas de proyectil utilizadas, lo que implicaría una transformación en las técnicas de caza —uso de lanza en lugar del dardo arrojado con propulsor—, pero también hubo un fuerte incremento en especies vegetales traídas de la zona valliserrana, las selvas de montaña y aun del monte chaqueño. Asegurar la obtención de presas de caza (guanacos y vicuñas) y mantener intercambios a distancia debió requerir también nuevas estrategias de producción para lograr excedentes factibles de trueque. La cuestión en torno al inicio de las prácticas pastoriles, y del proceso de domesticación que dio por resultado la llama *(Lama glama)*, tal como la conocemos, está en el centro de la discusión arqueológica. Como animal de transpor-




*Representaciones de camélidos, zoomorfos y figuras humanas del Arcaico medio y tardío. Quebrada Seca 2, Antofagasta de la Sierra, Catamarca.*

te, provisión de carne y productor de fibras gruesas —aptas para cordelería resistente en trabajos de tensión y carga— parece tener su origen en el área centro-sur andina, hacia el 4.500 AP, según los datos más seguros. Pero no se descarta un posible inicio más temprano del proceso, en una época donde la presencia de la llama ayudaría a explicar la incorporación de elementos procedentes de largas distancias y el aprovisionamiento constante de materias primas como habría sido, por ejemplo, la caña maciza utilizada para los astiles e intermediarios de dardos o lanzas.

El lapso en que ese proceso de intensificación se volvió más visible fue entre el 5.000 y 3.600 AP. En Antofagasta de la Sierra, este período está presente en los sitios con más alta densidad de vestigios —como Punta de la Peña 4, Peñas Chicas 1, los niveles superiores de Quebrada Seca 3 o Peñas de la Cruz—, algunos ubicados en ambientes de pleno desierto, como el último de los nombrados. Alrededor del 5.300 AP hay datos de prácticas funerarias en Inca Cueva 4, que incluyen cuerpos momificados naturalmente, vestidos con capas de piel de guanaco y finas vestimentas de mallas, realizadas con hilados de fibra vegetal, gorros de cestería decorada y conservación de partes del cuerpo momificado, en bolsas especialmente diseñadas. Elementos de las selvas y de la costa pacífica se integraban en los conjuntos funerarios y refuerzan la importancia que revistió el intercambio entre poblaciones estabilizadas en ciertos espacios productivos con prácticas funerarias complejas. Otro sitio fechado hacia el 4.200 AP, Inca Cueva 7, muestra un grado notable de excelencia técnica logrado en la elaboración de manufacturas sobre muy distintas materias primas. Muchos de ellos poseen representaciones geométricas, que están anunciando las formas que van a ser características en la decoración alfarera temprana. Muestran, asimismo, estrechas asociaciones con el arte rupestre local, sugiriendo posibles signos de identificación grupal.

Hacia el 3.500 AP, se ha postulado la existencia de un mejoramiento en las condiciones climáticas del desierto, con mayor humedad. Entre 3.600 y 2.900 AP, se dan las primeras referencias de la aparición de alfarería en Antofagasta de la Sierra —contexto funerario de Punta de la Peña 11— y en diversos sitios de la Puna jujeña, respectivamente. Es probable que esta aparición indique un definitivo grado de sedentarización, aunque con una dinámica particular, propia de los pueblos pastores. Los circuitos habían al-

canzado, entonces, su grado máximo de restricción pero la caza, como actividad complementaria, seguiría jugando un papel importante en las economías del desierto.

# BIBLIOGRAFÍA

Aguerre, A. M., "Observaciones sobre la industria toldense", *Sapiens* 3: 35-54. Museo Arqueológico Dr. Osvaldo Menghin, Chivilcoy, 1979.

Aschero, C. A., "Tradiciones culturales en la Patagonia central. Una perspectiva ergológica", *Primeras Jornadas de Arqueología de la Patagonia Central*, Trelew (1984), Rawson, 1987.

Borrero, Luis A., "Problemas para la definición arqueológica de sistemas adaptativos", *Actas 45° Congreso Internacional de Americanistas*, págs. 247-262, Bogotá (1985), 1988.

——— "Evolución cultural divergente en la Patagonia Austral", *Anales del Instituto de la Patagonia*, v. 19:133-140, Punta Arenas (Chile), 1989-1990.

Cardich, A., "Las culturas pleistocénicas y post-pleistocénicas de Los Toldos y un bosquejo de la prehistoria de Sudamérica", *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, t. 2: 149-172, La Plata, 1977.

Cardich, A. y Miotti, L., "Recursos faunísticos en los cazadores recolectores de Los Toldos", *Relaciones SAA*, 15: 145-157, Buenos Aires, 1983.

Cardich, A. y Flegenheimer, N., "Descripción y tipología de las industrias líticas más antiguas de Los Toldos", *Relaciones SAA*, 12: 225-242, Buenos Aires, 1978.

Cardich, A.; Mansur, M. E.; Giesso, M. y Durán, V., "Arqueología de la Cueva El Ceibo, provincia de Santa Cruz, Argentina", *Relaciones*, Sociedad Argentina de Antropología, t. 14(2): 173-209, Buenos Aires, 1981-1982.

Clapperton, Ch. M., "La última glaciación y deglaciación en el Estrecho de Magallanes: implicaciones para el poblamiento en Tierra del Fuego", *Anales del Instituto de la Patagonia*, v.21: 113-128, Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 1992.

Clark, G. A., "Migration as an Exploratory Concept in Paleolithic Archaeology", *Journal of Archaeological Method and Theory*, Vol. 1, N° 4, 1994.

Fernández Distel, A., "Las cuevas de Huachichocana, su posición dentro del precerámico con agricultura incipiente del Noroeste Argentino", *Beitrage zur Allgemeinen und Vergleichenden Archaeologie*, band 8: 353-430- Mainz am Rehein, 1986.

Gradín, Carlos J., "Secuencia radiocarbónica del sur de la Patagonia argentina", *Relaciones SAA*. 14(1): 177-194, Buenos Aires, 1980.

Miotti, L. y M. Salemme, "Biodiversity, Taxonomic Richness and Specialists-Generalists during Late Pleistocene/Early Holocene Times in Pampa and Patagonia (Argentina, Southern South America)", *Quaternary International*, 1995.

Núñez, L.; Varela, J.; Casamiquela, R.; Schiappacasse, V.; Niemeyer, H. y Villagrán, C., "Cuenca de Taguatagua en Chile: el ambiente del Pleistoceno superior y ocupaciones humanas", *Revista Chilena de Historia Natural* 67: 503-519. Santiago de Chile, 1994.

Orquera, L., Advances in the Archaeology of the Pampa and Patagonia, *Journal of World Prehistory* 1(4): 333-413, 1987.

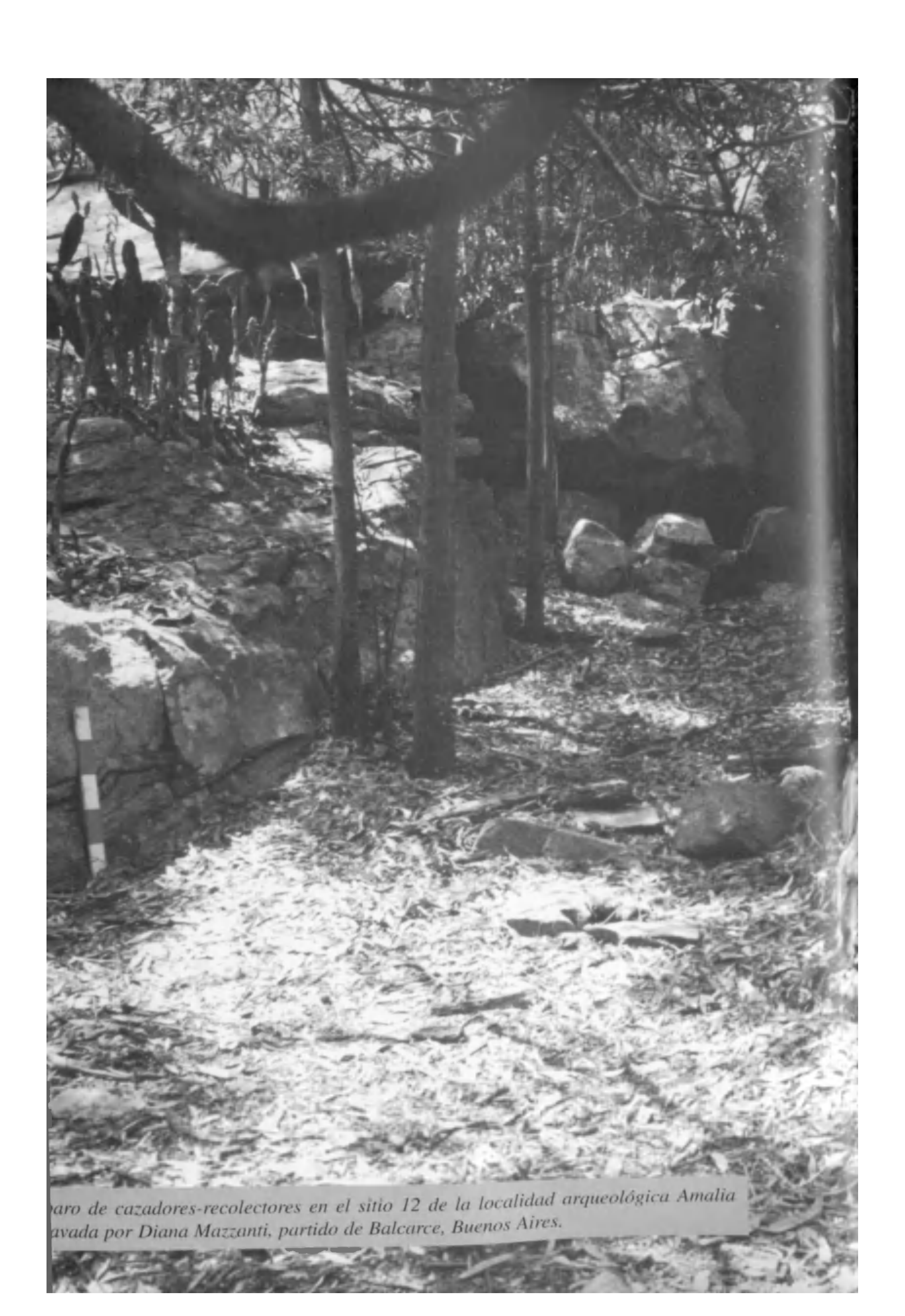
Roosevelt, A. C. y otros, "Paleoindian Cave Dwellers in the Amazon: The Peopling of the Americas", *Science*, v. 272:373-384, 1996.

Stern, Ch. B., "Tefrocronología de Magallanes: nuevos datos e implicaciones". *Anales del Instituto de la Patagonia*, v. 21: 129-141. Universidad de Magallanes, Punta Arenas (Chile), 1992.

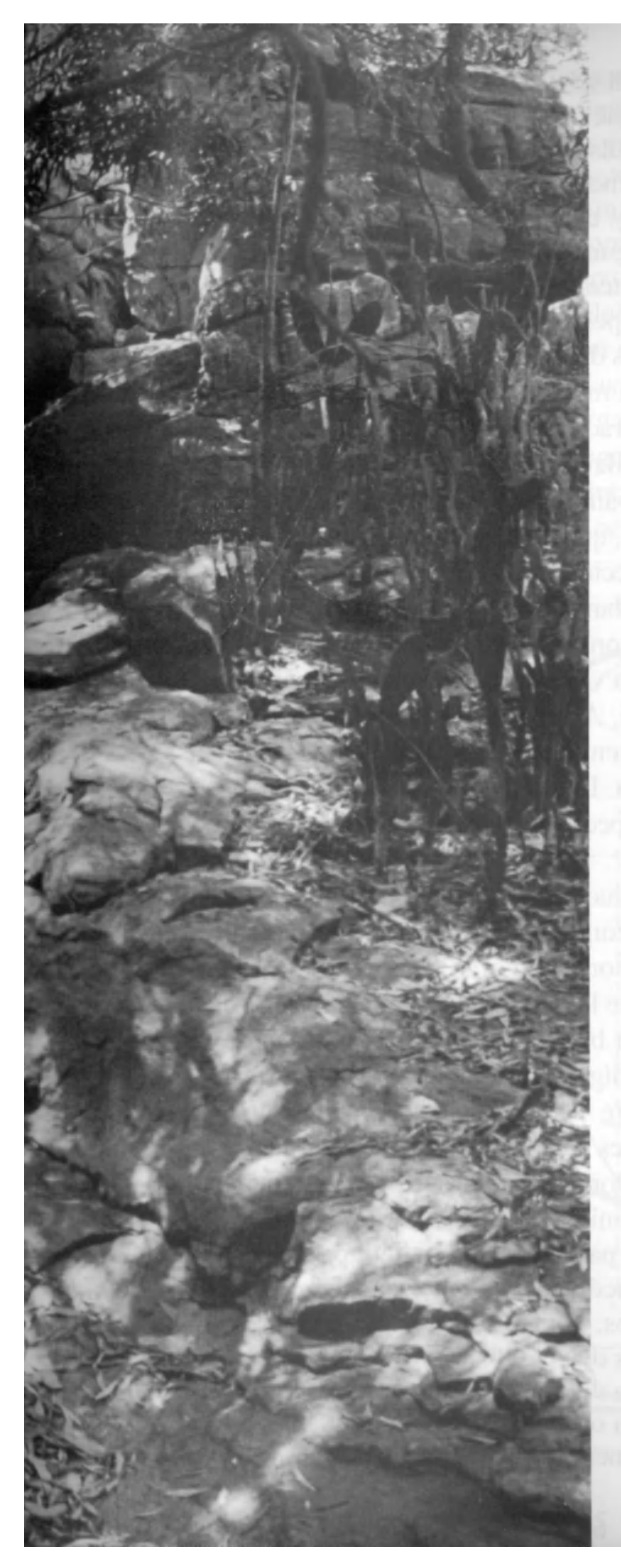
# II

## *Los cazadores de la llanura*

por GUSTAVO G. POLITIS



...aro de cazadores-recolectores en el sitio 12 de la localidad arqueológica Amalia
...avada por Diana Mazzanti, partido de Balcarce, Buenos Aires.



Las dilatadas llanuras que se extienden entre el mar y el pie de monte de las Sierras Centrales y de la precordillera mendocina, entre los 31° y 40° de latitud sur, se conocen con el nombre de pampa o las pampas. Estas extensas planicies fueron habitadas por seres humanos desde hace por lo menos 11.000 años. Las sociedades indígenas que vivieron en las pampas tuvieron una larga historia no escrita, que excede los pocos cientos de años durante los cuales los europeos dejaron relatos acerca de ellos. En ningún caso los indígenas pampeanos escribieron sobre sí mismos, y en consecuencia los escritos que tenemos al respecto no sólo abarcan un corto período sino que están teñidos por la mirada asombrada, y a menudo despectiva, de los europeos. A pesar de los milenios de existencia, el largo proceso cultural pampeano, lamentablemente, terminó de manera abrupta en sólo tres siglos. Su gente, sus tradiciones y sus mitos desaparecieron y lo único que quedó fueron sus restos arqueológicos debajo del suelo pampeano. Este segundo capítulo tratará entonces sobre la vida de las poblaciones indígenas de llanuras pampeanas antes de la

conquista hispánica y se basará sobre todo en la información aportada por las recientes investigaciones arqueológicas.

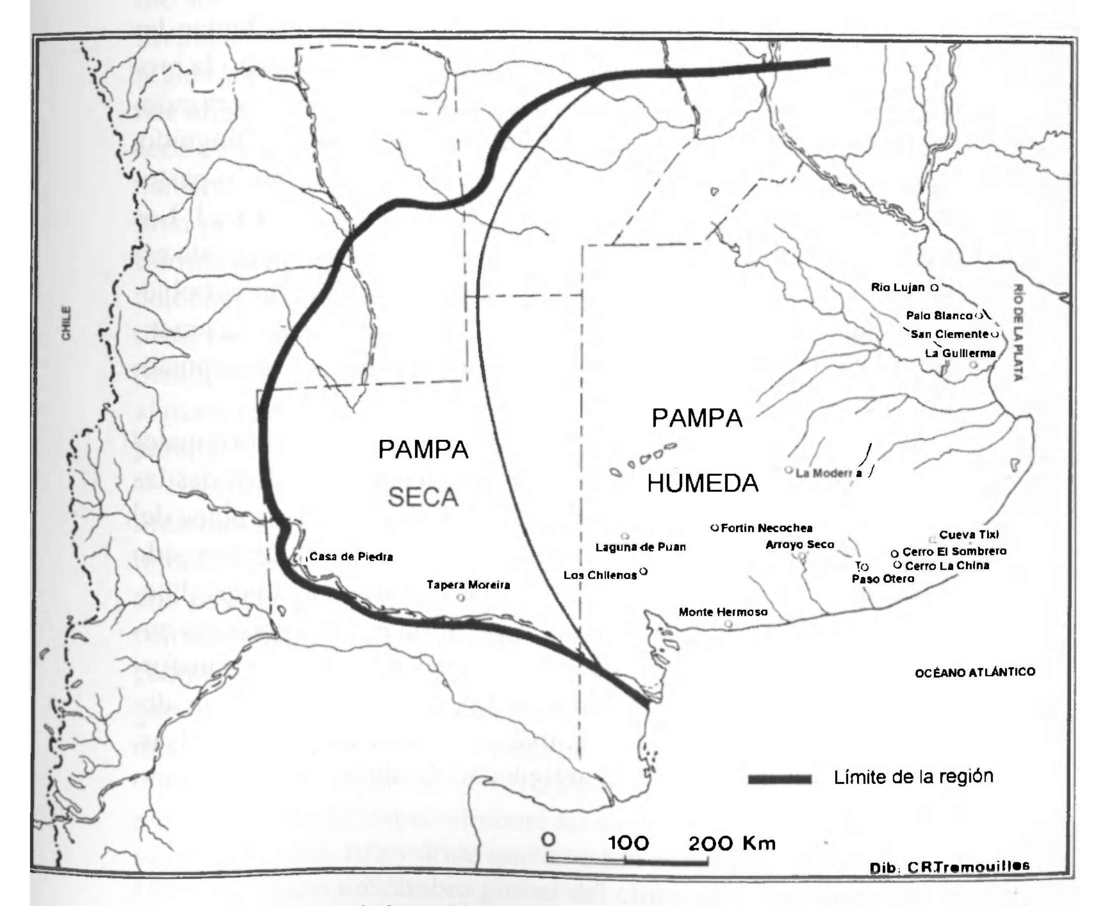
Cuando los primeros conquistadores llegaron a principios del siglo XVI al Río de la Plata encontraron varios grupos indígenas que vivían en ambas orillas y en las islas del Delta del Paraná. Estos indígenas hablaban lenguas distintas entre sí, aunque en algunos casos emparentadas, y tenían diversos modos de vida. Los guaraníes, por ejemplo, eran pescadores, cazadores, recolectores y agricultores y fueron hostiles desde el comienzo de la conquista. Ellos fueron quienes le dieron muerte a Solís y comieron algunos trozos de su cuerpo ante la mirada espantada de la tripulación que espiaba desde los barcos. Las llanuras orientales del Río de la Plata estaban habitadas por las bandas de charrúas, cazadores-recolectores, belicosos y nómades, que ocupaban gran parte de lo que hoy es Uruguay. En la orilla occidental, los querandíes, cazadores-recolectores terrestres, ocupaban un extenso territorio y mantenían un intercambio regular con sus vecinos guaraníes. Entre las islas del Delta del Paraná había varios grupos denominados chanátimbú, chaná-mbegua y timbú. A pesar de la escasez de datos escritos sobre ellos se sabe que tenían canoas y que la pesca era una de las bases de su subsistencia. La caza, la recolección y en algunos casos una horticultura a pequeña escala complementaban la dieta.

Este mosaico étnico, dinámico y diverso, se extinguió entre los siglos XVI y XIX. Las pocas comunidades indígenas que aún persisten en la región pampeana son en su gran mayoría descendientes de mapuches, indígenas que llegaron a las pampas muy tardíamente, atraídos por el ganado bagual y el de las estancias de la frontera. La imagen de los indígenas pampeanos que dejaron los cronistas e historiadores, sobre todo durante los siglos XVIII y XIX, se basaba en los mapuches y en los tehuelches ecuestres y es muy distinta de la de los cazadores-recolectores pedestres que habitaron la llanura en los milenios anteriores.

La palabra pampa evoca un paisaje característico: pastizales altos, interminables; lagunas bucólicas cuyas aguas siempre están reflejando bandadas de pájaros; vientos frescos que al atardecer amainan y, sobre todo, puestas de sol que se extienden muy rojas sobre el horizonte. Esta pintura del paisaje pampeano es muy real, pero sólo representa la porción oriental de las llanuras, lo que conocemos hoy como pampa húmeda. Hay también otra pampa en el

occidente: una planicie árida con pastos ralos y arbustos espinosos esparcidos sobre un suelo polvoriento, con bosques de caldén, algarrobos y chañar, donde el agua escasea. Esta parte de la llanura, surcada por algunos ríos que a veces se pierden entre arenales, se conoce como pampa seca. Además, a pesar de que las extensas y uniformes llanuras son las predominantes, los sistemas serranos de Tandilia y Ventania en la pampa húmeda y las serranías bajas, entre las que se destaca Lihué Calel, en la pampa seca, cortan estos horizontes planos y configuran paisajes más variados.

Los indígenas que vivieron en las pampas durante miles de años se pueden incluir en un tipo de organización socio-política y económica definida por los antropólogos como "cazadores-recolectores". Dentro de esta categoría se incluyen sociedades que, a pesar de presentar cierta variación y de ocupar regiones del mundo muy




*Mapa de la región pampeana con las subregiones.*

diferentes, tienen un modo de vida similar, caracterizado por estar organizadas en bandas autónomas compuestas por pocas decenas de individuos, en donde el poder político recae sobre un líder cuya autoridad es más consensuada que impuesta. Se trata de sociedades igualitarias, sin jerarquías marcadas, con un alto grado de solidaridad, donde los alimentos son compartidos, siguiendo reglas precisas, por todos los miembros del grupo. La economía se basa en la caza, la recolección de productos vegetales silvestres y eventualmente la pesca tanto marina como continental. Algunos cazadores-recolectores practican una horticultura a pequeña escala, pero como un complemento de la subsistencia; o sea que las actividades económicas del grupo giran alrededor de la explotación de los animales y plantas silvestres. Aunque una de las características de estos grupos es la ausencia de animales domesticados, algunas sociedades tienen perros como un ayudante en las cacerías. La forma de vida cazadora-recolectora-pescadora era la que tenían las sociedades humanas en todo el mundo, hasta que comenzó la producción de alimentos. Actualmente, ya casi no existen los cazadores-recolectores tradicionales, ya sea porque se han extinguido, porque han sido absorbidos por sus vecinos agricultores o pastores o, en la mayoría de los casos, por la sociedad occidental. Los grupos que habitaron en las pampas mantuvieron siempre este estilo de vida cazador-recolector y, con excepción de algunas poblaciones tardías vecinas al Río de la Plata y al Paraná, nunca practicaron la agricultura ni tuvieron animales domésticos, exceptuando al perro.

Antes de empezar a resumir la vida de los pobladores originales de las pampas es importante aclarar que en este capítulo todas las antigüedades están expresadas en años radiocarbónicos antes del presente (AP; tomado como el año 1950), es decir que han sido obtenidas mediante análisis con C14 de muestras orgánicas (hueso, carbón vegetal, madera, etc.). A pesar de estar expresadas numéricamente, estas edades no son absolutas ni deben ser transformadas automáticamente en años calendáricos. Por el contrario, deben ser consideradas como estimaciones relativamente precisas, pero no exactas, acerca de la antigüedad de algún evento humano en un sitio arqueológico.

Todas las evidencias halladas indican que las primeras poblaciones llegaron a América desde Asia cruzando por Berhingia cuando esta región se había transformado en un puente terrestre debido al descenso del nivel del mar. Sin embargo, aún no está claro cuándo llegaron estos primeros pobladores ni cuál era su modo de vida. Sea cual fuere la edad del poblamiento de América, sí hay acuerdo en que éste se produjo durante el final de una época geológica llamada Pleistoceno. Esta época se caracterizó por importantes cambios climáticos, entre los que se incluyen las glaciaciones. En América del Norte la última de estas glaciaciones cubrió casi la totalidad del actual territorio de Canadá. En América del Sur, los glaciares tuvieron una extensión mucho menor y sólo en el extremo sur y en Tierra del Fuego las masas de hielo llegaron a cubrir las planicies y mesetas que rodean la cordillera de los Andes. En la región pampeana no hubo glaciares porque no existían condiciones climáticas tan crudas, pero sin embargo había un clima más seco y frío que el actual. La parte final del Pleistoceno, aproximadamente entre 20 y 30 mil años atrás, está representada en la región por una unidad geológica llamada Miembro Guerrero de la Formación Luján o Lujanense y es fácilmente identificable por el color verde o verde azulado de los sedimentos que usualmente se observan en la base de las barrancas de muchos arroyos y ríos pampeanos. Durante ese tiempo, la región era una estepa seca, de alguna manera similar a lo que es hoy el sector occidental de la pampa.

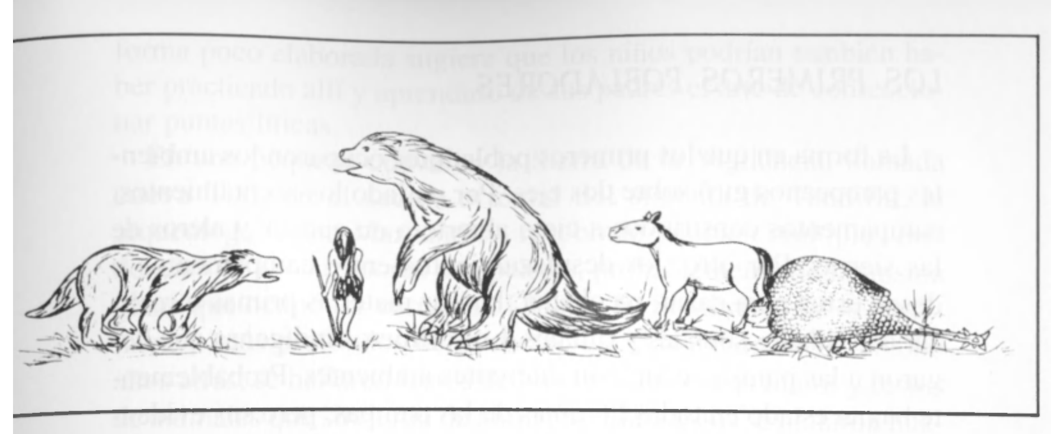
Hace unos 12.000 años, se estaba produciendo un fuerte derretimiento de las masas de hielo como consecuencia de un mejoramiento climático y hace unos 10.000 años ya los glaciares tenían una posición cercana a la actual. Esta última fecha ha sido usada convencionalmente para definir el límite entre el final del Pleistoceno y el inicio de la época siguiente: el Holoceno. Esta época, que llega hasta la actualidad, presenta variaciones climáticas más moderadas, que van configurando las condiciones contemporáneas.

Durante los primeros tres o cuatro milenios del Holoceno, la región pampeana, especialmente en su porción oriental, era todavía un poco más fría y árida que hoy. Sin embargo, a mediados del Holoceno hubo un cambio global del clima que se conoce con el nombre de Hypsitermal, que afectó los ambientes pampeanos.

Aunque este cambio no fue totalmente sincrónico ni tuvo las mismas características, la tendencia mundial fue el aumento de la temperatura y en algunas regiones también de la humedad. Según el geólogo Francisco Fidalgo, esta variación produjo el ascenso mundial del nivel de mar, lo que ocasionó un anegamiento de la zona costera y redujo la porción continental de la llanura. En zonas bajas, como la Depresión del Salado, el mar entró algunas decenas de kilómetros, mientras que en las costas más altas, como las de la llanura interserrana, la penetración marina se restringió a la desembocadura de ríos y arroyos. Espesos depósitos de conchillas marinas han quedado cerca de la costa pampeana como resultado de este nivel más alto del mar. Los estudios geológicos difieren en cuanto al momento en que se produjo el máximo de la ingresión marina, pero la mayoría de los investigadores coinciden en que éste sucedió unos 6.500 a 7.500 años atrás.

Luego de la retirada del mar, la costa tomó su forma actual, hace alrededor de 3.000 años, pero el clima era aún un poco más seco. Esta última parte de la época se conoce como Holoceno tardío. En la medida que nos acercamos a la actualidad las condiciones se van atemperando, y hace aproximadamente unos mil años el clima era casi como lo conocemos hoy en día y se estableció el ecosistema pampeano: al este extensos pastizales con animales característicos de climas templados húmedos y hasta subtropicales (como por ejemplo el cuy, la mulita y el carpincho); al oeste pastizales más ralos, con arbustos y fajas de bosques achaparrados y con una fauna más adaptada a los ambientes secos (por ejemplo el piche y el guanaco).

Ahora bien, ¿qué encontraron los primeros seres humanos que llegaron a las pampas hace por lo menos 11.000 años? El panorama era bastante diferente del actual. No sólo porque el clima era más seco y frío y había una masa continental un poco más extensa (el mar aún no había llegado a su nivel actual), sino que también existía una variedad más grande de animales. Muchos de éstos eran de gran tamaño (varios centenares de kg) y debido a esto se los ha denominado megafauna. Entre los 120 géneros de mamíferos identificados durante todo el Pleistoceno, más de quince superaban la tonelada y casi cincuenta estaban por encima de 100 kg. Sin embargo, los primeros pobladores no se encontraron con todos ellos, ya que una buena parte se había extinguido en milenios anteriores. Los que aún quedaban eran básicamente grandes her-



*Megamamíferos pleistocénicos que habitaban las pampas cuando llegaron los primeros indígenas. De izquierda a derecha: milodonte, megaterio, caballo americano y gliptodonte.*

bívoros y también estaban sufriendo un proceso de extinción: los gliptodontes, los perezosos terrestres, los caballos americanos, los grandes camélidos, la macrauchenia y el toxodonte.

Además de todos estos megaherbívoros, las pampas estaban pobladas por una variedad de animales medianos y pequeños que sobrevivieron hasta nuestros días. Entre los más abundantes estaban el guanaco, el venado de las pampas, el ñandú, los armadillos, el coipo (o nutria), y varias especies de roedores, zorros y felinos (incluyendo el puma y el jaguar). A pesar de que toda esta variedad faunística estaba disponible cuando los primeros pobladores llegaron a las pampas, cada animal participó de manera distinta en la vida de estos indígenas. La mayoría ocupó un lugar en la dieta, con una importancia variable según el grupo y la época, pero algunos tuvieron una significación simbólica y fueron utilizados para rituales funerarios.

En los apartados siguientes se examinará cómo vivieron las primeras sociedades en los distintos ambientes pampeanos y cómo desarrollaron estrategias diferentes a lo largo del tiempo. Veremos cómo el paisaje pampeano fue algo más que una extensa llanura cubierta de pastizales o un bosque de caldenes y algarrobos. Este paisaje fue para ellos su tierra y su ambiente, fue un terreno percibido como propio y modificado sutil pero constantemente durante milenios. Fue, de alguna manera, un paisaje construido física, social y simbólicamente.

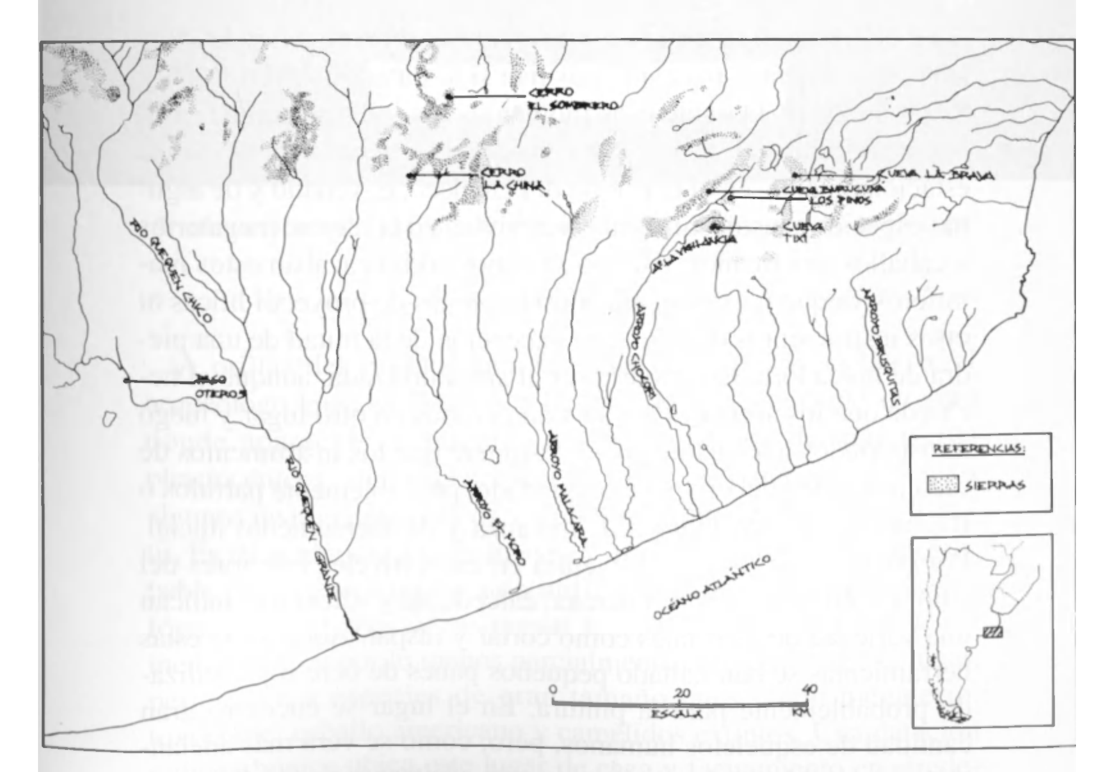
## LOS PRIMEROS POBLADORES

La forma en que los primeros pobladores ocuparon los ambientes pampeanos giró sobre dos ejes. Por un lado los asentamientos: campamentos construidos a cielo abierto o en cuevas y aleros de las sierras. Por otro, los desplazamientos entre campamentos o desde éstos para cazar, recolectar, buscar materias primas o realizar actividades sociales y rituales. Los primeros indígenas que llegaron a las pampas ocuparon diferentes ambientes. Probablemente hayan estado en todas las áreas de las pampas, pero sus evidencias, hasta hoy, se han encontrado sólo en las sierras del sistema de Tandilia y en la llanura interserrana. No se han recuperado aún indicios de cómo eran estos campamentos a cielo abierto en el medio de la llanura, pero, tomando en cuenta los datos históricos y etnográficos del siglo XVI, se supone que serían toldos hechos con pieles de animales, probablemente guanacos o venados, que se asentaban sobre una estructura de postes y travesaños. Como ha sucedido con otros cazadores-recolectores del mundo, estas agrupaciones no serían grandes y los campamentos estarían formados sólo por algunos toldos ocupados por familias.

En las sierras de Lobería, en el sector oriental del sistema serrano de Tandilia, existe un grupo de sitios muy interesantes que han sido estudiados por Nora Flegenheimer. En el cerro La China se encontraron tres aleros con conjuntos de artefactos bifaciales (es decir tallados sobre ambas caras) y algunos pequeños fogones hallados en estos aleros permitieron datar la ocupación indígena de la cueva en cerca de 10.500 años antes del presente. A pocos kilómetros de este lugar, en la cima del cerro El Sombrero, Gesué Noseda y Guillermo Madrazo recuperaron cientos de artefactos líticos y varias puntas de proyectil enteras y rotas mientras que en un pequeño abrigo en la ladera del cerro, las excavaciones de Nora Flegenheimer permitieron hallar materiales similares datados entre 10.200 y 10.800 años AP. Todo parece indicar que el cerro El Sombrero habría sido ocupado en el mismo tiempo que los aleros del cerro La China, aunque de manera distinta. La cima del cerro habría funcionado como un lugar especial para reemplazar las puntas rotas de los astiles por otras nuevas, mientras posiblemente se realizaban otras actividades como por ejemplo avistar las presas. La presencia de puntas de proyectil pequeñas y confeccionadas en

forma poco elaborada sugiere que los niños podrían también haber practicado allí y aprendido de sus padres el arte de confeccionar puntas líticas.

En una pequeña cueva en la Sierra de la Vigilancia, llamada cueva Tixi, en el sector oriental del sistema de Tandilia, la arqueóloga Diana Mazzanti ha recobrado también múltiples evidencias de los cazadores pampeanos, probablemente de la misma gente que ocupó los cerros La China y El Sombrero. En los sedimentos más profundos de la cueva, datados alrededor de 10.000 años atrás, se hallaron restos de fogones, artefactos líticos y restos de animales que sirvieron de alimento. Entre éstos se hallaron huesos de guanaco, venado de las pampas, coypo y del armadillo extinto *Eutatus*. Los artefactos líticos fueron confeccionados con materias primas locales, tales como cuarzo y cuarcita, y con rocas alóctonas como sílices y basaltos. Mazzanti también halló en otras cuevas cercanas evidencias similares de los primeros pobladores, tales como fogones, algunos muy bien definidos en forma de "cu-

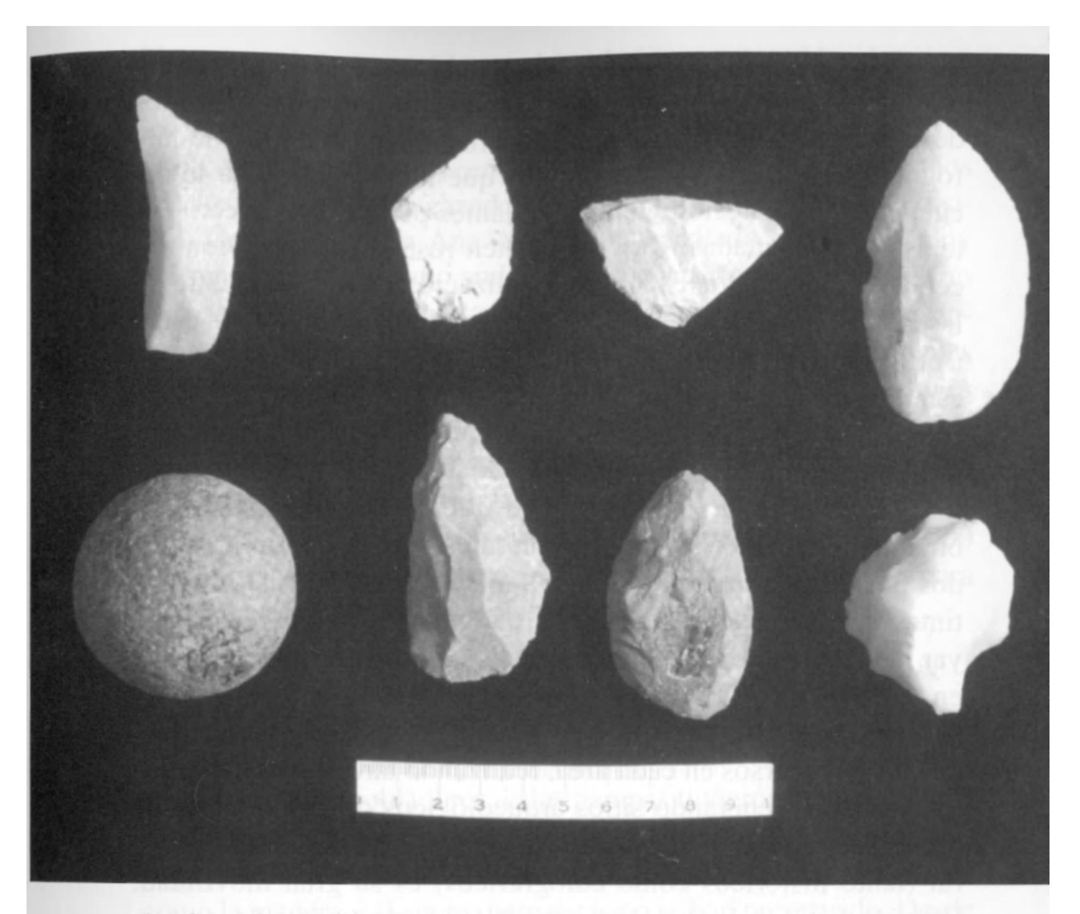



*Mapa con sitios del Pleistoceno final en la sierra de Tandilia y en la llanura cercana.*

beta", herramientas líticas, incluyendo puntas de proyectil, y huesos de los animales consumidos. Estos sitios han sido fechados también entre 10 y 11 mil años.

Todos estos abrigos y cuevas parecen haber sido ocupados por bandas cazadoras-recolectoras que a fines del Pleistoceno se establecieron en el sector oriental de la sierra y es probable que todos hayan formado parte de un mismo circuito de movilidad. Algunos parecen haber sido usados redundantemente, mientras que otros representarían ocupaciones más esporádicas, probablemente de partidas de caza. La selección de estos lugares habría estado vinculada a las posibilidades de protección, las cercanías al agua y las ventajas para visualizar grandes extensiones en las llanuras adyacentes.

Fuera del área serrana, las evidencias de los primeros cazadores de las llanuras pampeanas se encuentran a orillas del primer brazo de los Tres Arroyos (o Arroyo Seco) y del río Quequén Grande. Cerca del Arroyo Seco, en una lomada baja, ubicada entre este curso de agua y una pequeña laguna, se encuentran superpuestos los restos de varios campamentos indígenas, producto del uso del lugar en forma recurrente, pero no continua, durante miles de años. Los asentamientos más antiguos han sido datados entre 11.000 y 8.500 años AP. Durante esos momentos los indígenas que acamparon a orillas del Arroyo Seco basaban su economía, al menos estacionalmente, en el consumo del guanaco, el venado y de algunas especies pleistocénicas que aún vivían en la región: megaterios y caballos americanos. Aún no sabemos cómo cazaban estos mamíferos ya que no se han encontrado puntas de proyectil líticas ni otros instrumentos de caza, con excepción de la mitad de una piedra de boleadora. Ésta podría ser el arma utilizada, aunque el hecho de que los animales hayan sido cazados en otro lugar y luego transportados a los campamentos sugiere que los instrumentos de caza utilizados deberían haber quedado, probablemente partidos o fracturados, en los lugares de matanza y de faenamiento inicial. Por otro lado, lo que se encuentra en estos niveles inferiores del sitio son instrumentos de cuarcita, calcedonia y sílices que indican una variedad de usos tales como cortar y raspar. Además de estas herramientas se han hallado pequeños panes de ocre rojo, utilizado probablemente para la pintura. En el lugar se encontró gran cantidad de esqueletos humanos, pero, como se verá más adelante, corresponden a los indígenas que visitaron el sitio algunos milenios más tarde.



*Artefactos líticos del sitio del Arroyo Seco. Abajo, a la izquierda, se observa la mitad de una bola de boleadora.*

A orillas del río Quequén Grande, cerca del Paso Otero, el arqueólogo Gustavo Martínez ha hallado recientemente un sitio donde aparecen abundantes restos quemados de mamíferos pleistocénicos, algo excepcional en los sitios pampeanos, junto a algunos instrumentos líticos y a un fragmento de punta de proyectil. Es tal la abundancia de huesos y astillas quemados que es probable que algunos hayan sido utilizados para combustible de los fogones. Los restos de las presas recuperadas, cazadas en las inmediaciones y por lo menos parcialmente consumidas en el lugar, pertenecen a especies de gran tamaño tales como megaterio, toxodonte, caballo americano y camélidos extintos. Una datación radiocarbónica ubica este lugar de caza y faenamiento en alrededor de 10.200 años atrás.

Comparando los sitios de la llanura con los de sierra se evidencian varios rasgos diferentes y algunas similitudes. Los sitios de las sierras son en su mayoría aleros o cuevas en donde hay fogones con artefactos y desechos que representan toda la secuencia de producción y hay abundantes puntas de proyectil enteras y fragmentadas. Casi no existen restos de fauna (con excepción de la cueva Tixi) y la localización es independiente de las fuentes de agua. Por el contrario, los sitios de la llanura están a orillas de ríos y lagunas, sin ningún reparo. Los artefactos líticos están en las etapas finales de reducción y casi no se han hallado puntas de proyectil. ¿Son estas diferencias el resultado de grupos indígenas distintos o son sólo variaciones dentro de las mismas bandas producidas por el uso diferente del ambiente? En otras palabras, ¿son los sitios diferentes porque fueron producidos por distinta gente o porque la misma gente hacía cosas distintas? La respuesta es difícil, pero algunas claves parecen apoyar la idea de que, por lo menos en los momentos más antiguos, entre 10.000 a 11.000 años atrás, se trataba de la misma gente habitando de manera diversa la llanura pampeana, aprovechando ciertos recursos en cada área, realizando tareas distintas y por consiguiente generando sitios arqueológicos diferentes. Una de las características de los grupos cazadores-recolectores en general (tanto históricos como etnográficos) es su gran movilidad. Esto implica que las bandas se trasladan por su territorio, en forma planificada y organizada, con diversos objetivos: obtener alimentos, conseguir materias primas, llevar a cabo rituales, etc. Por lo tanto, si estos cazadores-recolectores pampeanos de hace 10.000 u 11.000 años tenían este patrón de conducta, y no hay ninguna razón para suponer lo contrario, eran probablemente grupos móviles que se desplazaban con frecuencia entre las sierras, las llanuras y la costa. Los datos arqueológicos de la región apoyan esta idea.

Entre 11.000 y 10.000 años tenemos varias evidencias de los indígenas que habitaron la llanura pampeana, pero como se ha visto, esto está restringido a una porción muy pequeña: el sector oriental del Tandilia y su llanura adyacente hacia el sudoeste. Una posible explicación es que en los momentos iniciales de ocupación humana de la región los indígenas hayan preferido las áreas con rocas duras, tallables, y las llanuras adyacentes. Si éste fuera el caso, las planicies del norte y del noroeste pampeano a fines del

Pleistoceno habrían tenido una densidad menor de población como consecuencia de la falta de materia prima lítica, sin duda un recurso crucial.

A comienzos del Holoceno, es decir después de los 10.000 años AP, los rastros de los cazadores-recolectores pampeanos se disipan. Carlos Gradín y Ana Aguerre han hallado evidencias muy diferentes en el extremo sudoeste pampeano, a las orillas del río Colorado. Allí han registrado indicios de campamentos representados por algunos fogones circulares, vestigios de postes o ramas clavadas intencionalmente y unos pocos huesos de guanaco, aves y cáscara de huevos de ñandú. Los artefactos más típicos son los raspadores y unos instrumentos sobre guijarros de basalto (la materia prima más frecuente) llamados núcleos-choppers. Estas ocupaciones, cuyos rastros son escasos, han sido datadas entre 7.500 y 8.000 años AP y constituyen los únicos registros disponibles para la pampa seca durante el Holoceno temprano.

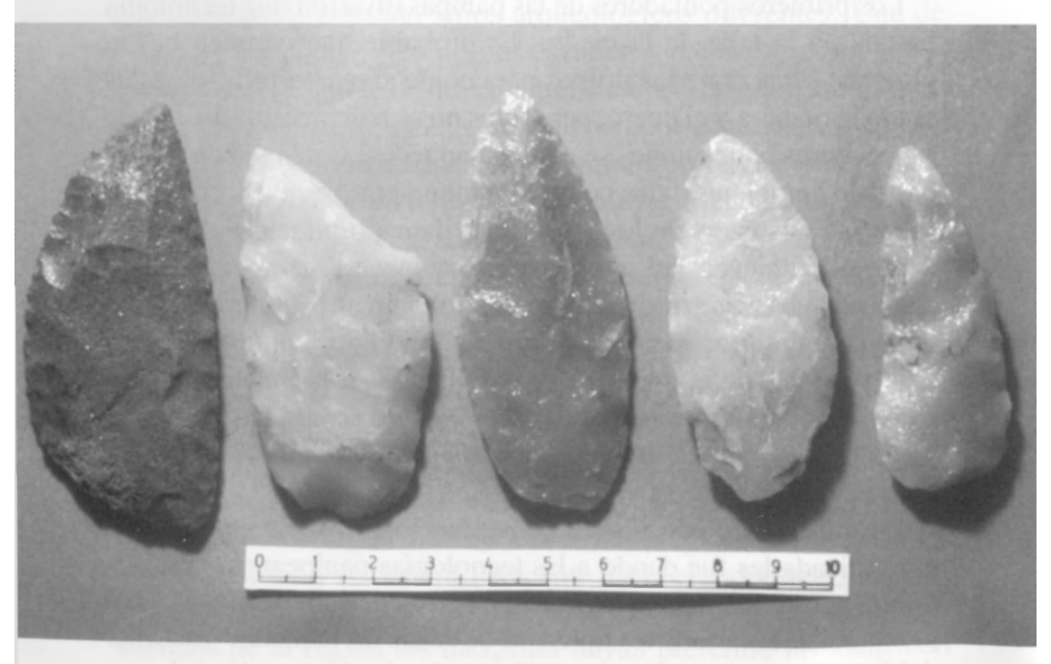
## La tecnología temprana

Los primeros pobladores de las pampas tuvieron una tecnología basada en la talla de la piedra. Es probable que también hayan utilizado otras materias primas para confeccionar artefactos, tales como la madera y el cuero, pero éstas no se han preservado. Desde las primeras ocupaciones se evidencian técnicas de talla en piedra bastante complejas, tales como el retoque por presión y el trabajo sobre las dos caras de los artefactos (llamado bifacial). Además, desde el comienzo del poblamiento pampeano, las rocas utilizadas fueron básicamente las mismas. Hubo un altísimo predominio de la cuarcita (una roca que aflora en Tandilia y Ventania), superando el 90% de la materia prima utilizada en la mayoría de los sitios. También se usaron otras rocas silíceas (como la calcedonia y el sílex), y en mucho menor porcentaje los rodados de la costa marina.

La combinación de técnica de confección, forma y materia prima utilizada les fue dando a las tecnologías pampeanas una fisonomía particular, que ya se manifiesta desde el poblamiento temprano. Entre los artefactos típicos se destacan las llamadas "raederas dobles convergentes de cuarcita": una herramienta unifacial, con filos laterales largos que convergen en una punta roma. Este ins-

trumento fue utilizado para varias funciones aunque probablemente la más frecuente haya sido cortar. Las raederas dobles se han hallado prácticamente en casi todos los campamentos residenciales y probablemente eran artefactos con una vida útil muy larga, ya que a medida que el borde iba perdiendo filo se reavivaba con sucesivos retoques. De esta manera, la herramienta se hacía más angosta, hasta un punto en que no era posible retocarla más pues el borde era demasiado abrupto. Otros artefactos usados con frecuencia eran los raspadores: instrumentos pequeños, probablemente enmangados, que tenían un filo frontal corto y abrupto. La forma era similar a los que usaban los tehuelches y probablemente hayan tenido la misma función: raspar la parte interna de los cueros para ablandarlos y poder trabajarlos más fácilmente.

Hay un elemento que aparece recurrentemente en los sitios más antiguos, no sólo de las pampas sino también en la Patagonia, pero que luego se extingue por completo: las puntas de proyectil "cola de pescado". Estas puntas deben su peculiar nombre a que la forma del pedúnculo se asemeja a esta parte anatómica. El fenómeno de puntas "cola de pescado" es muy interesante ya que se las ha




*Raederas dobles convergentes, de varios sitios del sur de la región pampeana.*

hallado en el sur patagónico y en casi todos los sitios pampeanos antiguos (especialmente en la cima del cerro El Sombrero, donde se han encontrado más de 70 enteras y fragmentadas). En casi todos los casos donde se han datado los niveles con estas puntas, se han obtenido edades de entre 11.000 y 10.000 años AP. La distribución de estas puntas en el Cono Sur sugiere que a finales del Pleistoceno los indígenas que lo habitaban, pertenecieran o no a los mismos grupos, compartían algunos conceptos tecnológicos y estéticos. En otras palabras, tenían un estilo similar para hacer algunos instrumentos.



*Típicas puntas de proyectil "cola de pescad del sitio cerro La China, Buenos Aires.*

## LOS GRANDES CAMBIOS DEL HOLOCENO MEDIO

En el período de transición del Holoceno temprano hacia el Holoceno medio, esto es entre 7.500 y 6.500 años AP, se registran en las llanuras algunos hallazgos que reflejan la manera como se estaban transformando los indígenas pampeanos. Estos momentos son también de intensos cambios climáticos que modificaron la costa de la región pampeana. Sin embargo, la magnitud y la cronología de estos ciclos, como se ha visto anteriormente, está aún en pleno debate.

Ahora bien, ¿qué sucedió con los indígenas pampeanos cuando se estaban produciendo estos cambios? Las evidencias dejadas por ellos se encuentran aún en muy pocos lugares y por lo tanto nuestro conocimiento es muy fragmentario.

A orillas de un antiguo pantano, hoy seccionado por el cauce del arroyo Azul, Floreal Palanca y sus colaboradores hallaron restos de algunos huesos y del caparazón de un gliptodonte de gran tamaño, el *Doedicurus*, asociados a artefactos cortantes de

cuarzo cristalino. Es probable que en el lugar se haya faenado a este animal y que se hayan llevado parte de la presa hacia otro lado, quizás a un campamento residencial. El cuarzo cristalino aflora a pocos kilómetros del sitio y fue la opción más cercana de roca tallable. Por otro lado hay algunos pocos útiles de cuarcita y de ftanita (ambas materias primas afloran a más de 20 km) que, de acuerdo con la forma del desgaste de sus filos, fueron usados para múltiples actividades. La antigüedad de este sitio ha sido estimada entre 7.000 a 7.500 años AP, lo que sugiere que posiblemente la presa faenada a orillas del pantano del arroyo Azul fue uno de los últimos sobrevivientes de los gliptodontes. Sin embargo queda aún el interrogante de si el *Doedicurus* fue cazado con alguna estrategia determinada (como por ejemplo empantanarlo), si fue solamente rematado mientras se encontraba moribundo en el pantano o si fue hallado muerto por los indígenas, quienes sólo tuvieron que faenarlo.

Mientras desaparecían los últimos grandes mamíferos en la llanura, en la costa atlántica se datan en 7.400 años atrás los primeros registros de explotación de una nueva presa: los lobos marinos. En la costa sur de la región pampeana, en las cercanías de Monte Hermoso, un grupo de sitios localizados alrededor de una antigua laguna litoral muestra de qué manera vivían los indígenas pampeanos en las cercanías del mar. En este lugar, Luis Guzmán y Vicente Di Martino hallaron cientos de huesos de lobos marinos que fueron llevados al sitio ya faenados, junto a unos cuarenta artefactos líticos, la mayoría de los cuales tienen caras muy alisadas lo cual sugiere que podrían haber sido utilizados para sobar cueros, moler o machacar vegetales, etc. Curiosamente, los instrumentos cortantes son muy pocos a pesar de que se observan marcas de corte nítidas en los huesos de lobo marino. Dentro de este conjunto hay algunos hallazgos excepcionales por la calidad de la preservación. Entre éstos el más notable es un instrumento de madera alargado, espatuliforme, con una decoración en zig-zag grabada en una de sus caras. Éste es el instrumento de madera más antiguo que se ha hallado en la región pampeana y además es la primera manifestación artística cuya edad puede ser inferida con un alto grado de probabilidad ya que se encontró en los niveles datados entre 7.300 y 6.600 años atrás. La función de este artefacto es aún difícil de saber así como también descifrar el simbolismo de la decoración.

En otro sector de la antigua laguna, Cristina Bayón y el autor han estudiado varios niveles de antiguas superficies de la playa lagunar, en las que han quedado las improntas de cientos de pisadas humanas. Estas playas antiguas fueron recorridas por los cazadores pampeanos en varios episodios diacrónicos entre 6.795 y 7.125 años AP. El tamaño de las huellas y las características de los rastros sugieren que el área habría sido una zona cercana a los campamentos, en donde merodeaban niños y los adultos cruzaban en sus salidas o regresos a los campamentos.

En los milenios posteriores los cazadores pampeanos continuaron usando los rodados costeros para confeccionar instrumentos y los caracoles marinos para hacer adornos. Los abundantes artefactos líticos que por miles se han recogido en superficie entre los médanos litorales desde la época de Ameghino y, más tarde, los estudios de los arqueólogos Marcelo Bórmida y Antonio Austral, indican que la costa fue ocupada o visitada con frecuencia, probablemente hasta el momento de la Conquista. Todo esto sugiere que desde hace por lo menos 7.400 años la costa atlántica estaba dentro el circuito de movilidad de los indígenas pampeanos.

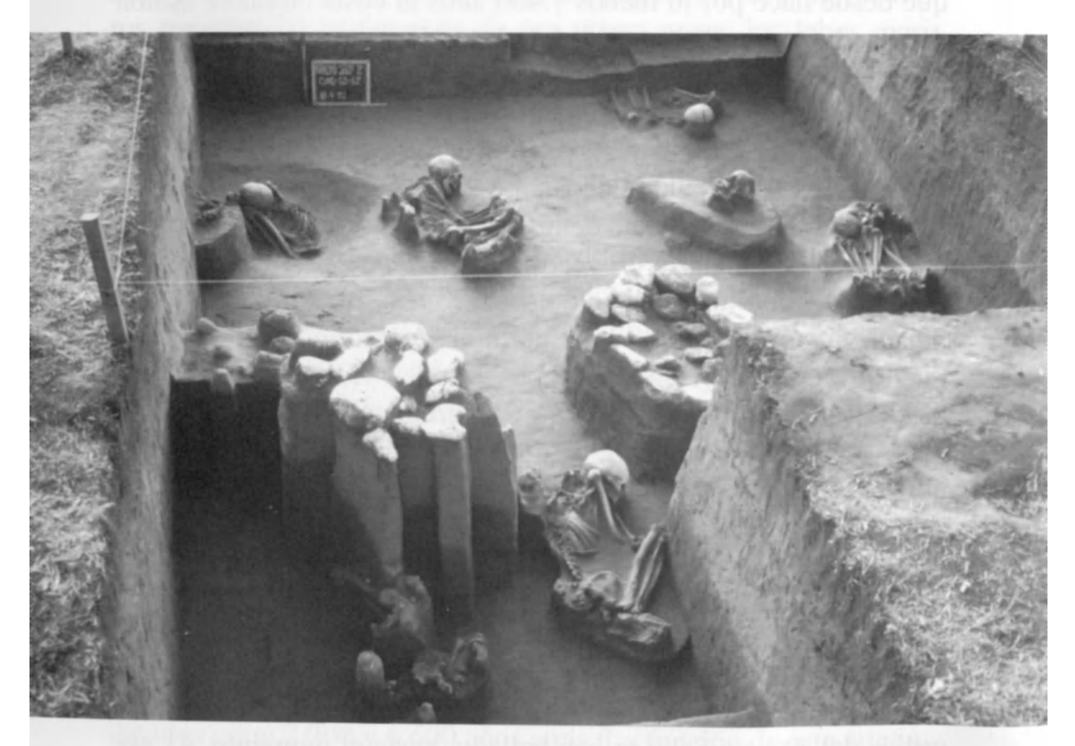
Lejos del mar y en un ambiente más árido, los cazadores de las llanuras dejaron sus rastros en el oeste pampeano, a orillas del río Colorado. Allí, Gradín y Aguerre han recuperado materiales arqueológicos datados alrededor de 7.000 años AP que indican el uso de una mayor variedad de instrumentos, incluyendo un modelo distinto de punta de proyectil: lanceolada, espesa, con bordes aserrados y con un pedúnculo esbozado. En estos niveles se han hallado también fogones bien delimitados, lo que hace suponer que se trataría de ocupaciones más estables. Estos grupos no habrían visitado la costa atlántica y sus circuitos de desplazamiento incluyeron otros territorios, algunos bastante más áridos como el norte de la Patagonia.

## Entierros humanos y rituales funerarios

A partir del Holoceno temprano tenemos las primeras evidencias de entierros humanos en la región pampeana. En efecto, a orillas del Arroyo Seco se han hallado, hasta el momento, 41 esqueletos humanos en entierros individuales y múltiples (es decir varios individuos en la misma fosa). Con excepción de dos, todos

estos entierros son primarios, lo que implica que los individuos habían sido enterrados allí por única vez, inmediatamente después de su muerte. Estas inhumaciones no son sincrónicas; tienen una amplitud cronológica de varios miles de años y representan por lo menos cuatro episodios distintos.

El grupo de entierros más antiguo (7.800 a 7.600 años AP) es enigmático porque está integrado por cuatro esqueletos que tienen varias puntas de proyectil líticas clavadas entre los huesos, las que habrían causado la muerte de los individuos. En total han quedado 11 puntas de proyectil, enteras y fragmentadas, entre los esqueletos, incluyendo uno que tenía 5 puntas clavadas en distintas partes del cuerpo. El grupo está integrado por hombres adultos, enterrados en posición flexionada, y en algunos casos la tumba estaba marcada con círculos de piedra (la típica "tosca" que aflora muy frecuentemente en la llanura pampeana) encima o alrededor de los esqueletos. Las puntas, triangulares largas y lanceoladas, son muy



*Grupo de entierros humanos de Arroyo Seco 2. Se observan entierros simples de adultos y algunas tumbas marcadas con una acumulación circular de "toscas".*

raras en la región y son diferentes de las que se han hallado en los niveles medios y superiores del sitio.

El segundo episodio es un poco más moderno, se ubica alrededor de 7.000 años AP y está integrado por entierros de adultos, casi sin ajuar funerario, a veces con varios esqueletos en la misma tumba. En uno de estos entierros se ha hallado un elemento interesante: unas valvas articuladas de Amiantis, un molusco marino que fue recogido poco tiempo antes del entierro.

El tercer grupo está representado por entierros múltiples de adultos y de niños con un rico ajuar funerario formado por collares de colmillos de cánidos (probablemente varias especies de zorros actuales y extinguidos), cuentas circulares de valvas marinas y abundante ocre rojo con el cual se pintaron los cuerpos o eventualmente los cueros que los cubrían. Estos ajuares nos indican un elaborado ritual funerario basado en dos elementos: los dientes de zorro, un animal que debería haber tenido alguna connotación mítica en la cosmología indígena, y el ocre rojo, una sustancia tradicionalmente vinculada en la América precolombina a las ceremonias mortuorias. Este grupo de inhumaciones ha sido datado entre 6.300 y 6.500 años atrás.

El esqueleto más moderno es un entierro secundario (sólo estaban los huesos largos acomodados alrededor del cráneo) que no ha sido datado pero que posiblemente corresponda a los últimos milenios del Holoceno. Este tipo de entierro refleja una concepción de la muerte diferente ya que es el producto de un complejo tratamiento del cadáver. En este caso, el cuerpo fue probablemente inhumado en otro lugar luego de su muerte. Eventualmente podría también haber sido descarnado. Al cabo de un tiempo fue desenterrado y parte de sus huesos fueron luego depositados en otro lugar, formando así el entierro secundario. Esta práctica funeraria ha estado muy difundida entre los indígenas de la Patagonia y en la región pampeana se la ha encontrado en otros sitios de la costa y de la llanura.

Durante la última parte del Holoceno, la existencia de lugares formales de entierro sugiere la existencia de verdaderos "cementerios". A orillas de la laguna de Los Chilenos, Fernando Oliva y Gustavo Barrientos han excavado entierros secundarios múltiples formados por más de dos mil huesos humanos, muchos pintados de amarillo o rojo, que representan por lo menos 14 individuos. En algunos esqueletos se han identificado marcas de corte que

indican que los cuerpos fueron descarnados, posiblemente con artefactos líticos, antes de ser transportados y depositados en las tumbas colectivas. Una datación de 470 años AP indica que este gran entierro secundario se formó muy pocos años antes de la conquista hispánica. Una situación similar se dio a orillas del arroyo Claromecó, en donde se han hallado también cientos de huesos humanos, varios de ellos pintados con ocre rojo, que corresponden a por lo menos 10 individuos. Estos sitios, junto con algunos otros del sudeste pampeano, sugieren un comportamiento mortuorio distinto de los del Holoceno temprano y medio, pues habrían funcionado como lugares específicos destinados a la inhumación de cadáveres, lo que indica que el paisaje era entonces concebido y percibido de otra manera y se sacralizaban lugares para el depósito final de los muertos.

Hay dos aspectos de las poblaciones pampeanas que han entregado información muy interesante para comprender su forma de vida. Uno de ellos es el estudio de las deformaciones artificiales del cráneo y el otro es el de la salud y la nutrición. La deformación craneana es una antigua práctica muy difundida en América que consiste en la modificación de la morfología del cráneo mediante la aplicación de vendas, tablillas, etc. durante la edad de desarrollo del individuo. Estas deformaciones estaban vinculadas a la necesidad de hacer evidente la diferenciación étnica o de reflejar distintos status dentro del grupo. Funciones estéticas y de otra índole pueden también haber servido de causales.

En la región pampeana, Gustavo Barrientos ha registrado tres tipos de deformación craneana. La primera es la deformación circular que es la más antigua y persistente. Se evidencia en el segundo y tercer momento de las inhumaciones del Arroyo Seco, entre 7.000 y 6.300 años y llega hasta hace unos 2.600 a 2.900 años atrás en el paraje Tapera Moreira, en la pampa seca. La deformación tabular oblicua se registra en varios esqueletos datados en el Holoceno tardío, hace unos 2.000 años, mientras que la tabular erecta es la más difundida y llega por lo menos hasta el siglo XV.

Los estudios realizados por Barrientos en series de esqueletos pertenecientes a indígenas pampeanos (básicamente del Holoceno temprano y medio) indican que el estado de nutrición y la salud en general de éstos fueron relativamente buenos si se comparan con otros cazadores-recolectores de distintas partes del mundo. Esto se sustenta en que el análisis de distintos indicadores (líneas de

Harris, hiperostosis porótica, hipoplasia dental, etc.) han entregado valores que están por debajo de la media de otras poblaciones de cazadores-recolectores. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que se han identificado en los esqueletos humanos de distintos momentos del Holoceno niveles moderados a altos de trastornos metabólicos durante los primeros años del período de crecimiento y desarrollo posnatal. Esto sugiere que, a pesar de tener una dieta rica en proteínas y relativamente variada, las poblaciones pampeanas podrían haber pasado algunos períodos de estrés nutricional, que se vería reflejado en la estructura ósea de los individuos que aún están en crecimiento.

Analizando la composición de la dieta desde una perspectiva bioarqueológica, los estudios de C13 efectuados en los esqueletos del Arroyo Seco sugieren que los cazadores del sudeste pampeano consumían principalmente alimentos de origen continental (tanto animales como plantas) y ocasionalmente recursos marinos.

## *GUANACOS, PUNTAS Y MORTEROS: LA CONSOLIDACIÓN DE UNA FORMA DE VIDA*

Alrededor de 5.000 años atrás el nivel del mar ya estaba en franco retroceso como consecuencia de un restablecimiento de condiciones más frías y secas. Para el 3.000 AP la línea de la costa era casi como la actual y las condiciones climáticas se mantenían sin grandes transformaciones. La región pampeana, en sus aspectos fisiográficos, iba definiendo el perfil que la caracteriza.

Luego de la extinción de la fauna pleistocénica y del comienzo del uso de los recursos costeros, el asentamiento, la economía y la tecnología afianzan una forma de vida en las llanuras. El guanaco se consolida como la principal presa de caza y el venado, el ñandú, los armadillos y posiblemente algunos roedores completan una dieta rica en proteínas animales. Los indígenas pampeanos continúan produciendo sus artefactos típicos, tales las “raederas dobles convergentes” y los raspadores cortos. Estos instrumentos se hacen populares y forman un instrumental básico y versátil. También se comienza a producir un tipo distinto de punta de proyectil: en forma de triángulo isósceles y de mediano tamaño (4 o 5 cm de largo). Los morteros, que aparecen con cierta frecuencia en los sitios de este período, sugieren el procesamiento de algunos vegetales.

Los restos dejados por indígenas pampeanos de mediados del Holoceno son relativamente abundantes y se encuentran en ambientes diversos. Aunque las cuevas de las sierras de Tandilia y Ventania son ocupadas con periodicidad, durante este tiempo los restos arqueológicos se hallan básicamente en los bordes de lagunas y a orillas de ríos y arroyos. Las investigaciones de Mario Silveira y Eduardo Crivelli efectuadas a orillas de varias lagunas de la llanura interserrana han permitido reconocer secuencias de varios campamentos indígenas. Durante algunos miles de años, entre 6.000 y 3.600 años atrás, estas lagunas fueron ocupadas en forma discontinua por cazadores-recolectores que mantenían una forma similar de adaptación a los ambientes pampeanos. Aquí se han hallado abundantes restos de guanaco, venado, ñandú y otros animales que fueron consumidos en el lugar. Los artefactos, de variada forma y tamaño, indican actividades tales como el trabajo en cuero y otras relacionadas con el procesamiento de las presas.

## Las canteras y los escondrijos o cómo conseguir y guardar las piedras

Uno de los mayores problemas que debieron enfrentar los indígenas pampeanos fue obtener materia prima para confeccionar sus instrumentos. Como no trabajaban los metales y la madera era escasa y no siempre eficaz, la piedra fue la materia prima por excelencia para la manufactura de una variedad de artefactos, desde puntas de proyectil hasta raspadores y desde boleadoras hasta morteros. En la región pampeana, la piedra no escasea, por el contrario, hay mucha y variada pero está concentrada en pocos lugares: los sistemas de Tandilia y Ventania en la pampa húmeda y las sierras de Lihué Calel y los mantos de rodados del oeste en la pampa seca. Hay otros lugares en la llanura donde se puede obtener algo de roca dura y también en la costa marina, pero en general son de mala calidad para la talla. Por lo tanto, los indígenas pampeanos debieron ingeniárselas para tener siempre a mano algo de roca dura de buena calidad con la cual poder confeccionar tanto las armas de caza (puntas de proyectil y boleadoras) como los instrumentos necesarios para faenar las presas (cuchillos y raederas), trabajar los cueros (raspadores) y procesar los vegetales (morteros y molinos).

En primer lugar, la movilidad de las bandas de cazadores-recolectores tuvo en cuenta esta heterogénea distribución de las materias primas. De esta manera, es probable que las decisiones con respecto a cuándo y hacia dónde se desplazaban estuvieran fuertemente influidas por la disponibilidad y el acceso a la materia prima. Esto era crucial: de nada servía ir a zonas con abundantes presas si no se disponía del instrumental apropiado para cazarlas y faenarlas. Es así como los indígenas pampeanos desarrollaron una serie de estrategias para poder disponer de rocas de buena calidad en sus desplazamientos a lo largo y a lo ancho de la llanura pampeana. Una de éstas fue la explotación de algunos lugares de la sierra donde la materia prima de alta calidad aflora en abundancia y es fácil de extraer. La recurrencia en el uso de estos sitios formó verdaderas canteras que fueron usadas durante milenios. Otra estrategia fue acarrear rocas a algunos lugares durante mucho tiempo de manera de generar una acumulación secundaria de materia prima. La tercera fue llevar bloques e instrumentos a medio tallar (sin definir aún la forma) y enterrarlos, en una suerte de escondrijos, para ser usados más tarde, cuando hiciera falta.

La cuarcita fue la materia prima más usada y su frecuencia es dominante en todos los sitios. En general tiene buena fractura y es muy apropiada para confeccionar cualquier instrumento lítico ya que con ella se pueden obtener filos agudos y duraderos. Se encuentra en abundancia en los sistemas serranos de Tandilia y Ventania, pero la de buena calidad sólo aflora en algunas sierras en el flanco sudoeste del sistema. Es probable que las canteras indígenas halladas por Nora Flegenheimer en Tandilia se hayan estado utilizando desde por lo menos el Holoceno medio. Una de estas canteras, que también funcionó como lugar de talla inicial de los artefactos, está formada por toneladas de nódulos de cuarcita de buena calidad. Los núcleos y las grandes lascas se encuentran en bancos en el cauce del arroyo Diamante y en los afloramientos de las márgenes, en donde se han identificado paredones canteados. La enorme cantidad de desechos en un área aproximada de 2 km² indica que esta cantera fue visitada intensamente por los aborígenes pampeanos durante milenios.

Otra materia prima utilizada fue la calcedonia o ftanita. Ésta es una materia prima mucho más escasa que la cuarcita pero de mejor calidad de talla. En aquellos lugares en donde había afloramientos cerca, como el extremo occidental del sistema de Tandilia

en el cerro Aguirre, esta roca fue usada intensamente. Pero en los sitios de la llanura la calcedonia ocupa porcentajes bajos dentro de la totalidad del conjunto lítico. En general los artefactos de calcedonia han sido reactivados y reutilizados, y formaban parte del equipo básico con el cual se movían los cazadores pampeanos. Ésta era también la materia prima preferida para confeccionar los raspadores.

La necesidad de rocas duras de las sierras o de mantos de rodados fue una constante en los cazadores pampeanos, pero a la vez desarrollaron varias estrategias para amortiguar esta dependencia. A orillas del río Quequén Grande se han hallado grandes núcleos y lascas de cuarcita que podían ser aún útiles para seguir tallándolos. Es decir que no están "agotados" y que de ellos se pueden seguir extrayendo lascas grandes con las cuales confeccionar instrumentos. ¿Por qué se transportaba esta materia prima en grandes cantidades por decenas de kilómetros y se abandonaba si aún se podían obtener instrumentos diversos? El arqueólogo Gustavo Martínez propone que hubo una planificación tecnológica, ya que se habría "litificado" el paisaje con el objeto de disminuir la dependencia de los viajes a las sierras. De esta manera, a lo largo de generaciones los indígenas pampeanos habrían distribuido en lugares estratégicos de su territorio núcleos y lascas de rocas de buena calidad para tenerlas disponibles en la llanura cuando fuera necesario.

Otra estrategia usada para reducir los viajes en busca de materia prima era la de los escondrijos de rocas. Es decir, pozos en donde se depositaron núcleos y grandes lascas de buena calidad, con el objeto de guardarlos y usarlos más tarde. Por algún motivo imprevisto, aquellos indígenas que hicieron los escondrijos no pudieron regresar a buscarlos y entonces éstos quedaron como testimonios de esta estrategia de manejo de la materia prima. Cabe también la posibilidad de que estos escondrijos fueran depósitos rituales y que hayan sido enterrados con el fin de que quedaran allí para siempre, pero esto es difícil de contrastar arqueológicamente. Un interesante escondrijo de riolita, una materia prima de buena calidad que aflora en el sistema de Ventania, fue hallado por Fernando Oliva en la isla de la laguna de Puán y su antigüedad ha sido estimada en aproximadamente 3.300 años.

A pesar de estas distintas maneras de amortiguar la distribución heterogénea de materia primas, en el noroeste de la llanura este

problema fue difícil de resolver. Los afloramientos más cercanos estaban a más de 300 km al sur, cruzando la depresión del río Salado, en las sierras de Tandilia o más lejos aún en las sierras de Córdoba. El afloramiento de granito cercano de la isla Martín García podría haber sido usado pero había dos problemas. Uno es que el granito es apropiado para confeccionar algunos instrumentos por picado y pulido, tales como boleadoras y morteros, pero no sirve para tallar instrumentos cortantes o punzantes como raederas o puntas de proyectil. El otro problema es que para llegar a estos afloramientos había que tener canoas, un medio de transporte que no usaban los indígenas de las llanuras pampeanas. De esta manera, la ausencia de rocas duras podría haber condicionado una ocupación constante y estable en esta parte de las pampas durante principios y mediados del Holoceno. Había seguramente abundantes presas de caza, desde guanacos hasta venados y una variedad notable de aves, pero escaseaba la materia prima para cazarlas y faenarlas.

Obviamente no se puede descartar que desde el Pleistoceno final hasta el Holoceno tardío haya habido poblaciones en el nordeste pampeano que periódicamente viajaran a buscar material a las sierras o que hayan generado una tecnología basada en la madera o el hueso. Sin embargo, su existencia no ha dejado rastros claros y los primeros indicios evidentes de los indígenas pampeanos en esa área corresponden al Holoceno tardío, a los últimos 2.000 años. Es posible entonces que a partir de ese momento hubieran existido redes sociales que permitían el acceso a las materias primas, ya sea en forma directa o mediante sistemas de intercambio entre las bandas. Sea cual fuere el caso, estas redes podrían haber permitido la circulación por los territorios de las bandas cercanas a los afloramientos de materia prima o habrían generado circuitos de intercambio de roca que involucraban a los grupos más lejanos de las canteras.

## Las grandes cacerías

A mediados del Holoceno comienzan a aparecer restos que indican grandes matanzas de guanaco en la llanura aluvial de los ríos pampeanos. A orillas del río Quequén Grande se han descubierto pilas de huesos de guanaco que quedaron allí como resulta-

do de cacerías exitosas y de un faenamiento de las presas muy cerca del lugar de matanza. En dos lugares han aparecido varias de estas pilas en diferentes eventos, pero con similares características: huesos de guanaco agrupados y seleccionados, abandonados en la planicie de inundación del río. En un sitio la cantidad de huesos (enteros y fragmentados) de guanaco recuperados es asombrosa: 4.100 correspondientes a, por lo menos, 38 animales. Los estudios de la arqueóloga María Gutiérrez indican que estos huesos estaban en cuatro pilas de dos momentos distintos: tres son sincrónicas entre sí y fueron depositadas hace alrededor de 4.800 años, otra es más moderna y su origen data de hace 2.700 años. En el sitio hay muy pocos residuos líticos, lo que plantea una duda: ¿Donde están los restos de los artefactos con los cuales faenaron las decenas de presas representadas en las pilas? Una explicación parcial es que los animales cazados habrían sido explotados muy por debajo de su potencial. Esto implicaría que de cada animal sólo se fileteó un poco de carne, quizás se extrajeron las vísceras y



*Vista del sitio Paso Otero 1, a orillas del río Quequén Grande, donde se observan en la base de la excavación las pilas de huesos de guanaco.*

probablemente fueron cuereados. En otro sitio en los bordes del río, Gustavo Martínez halló una pila rodeada por un variado conjunto de instrumentos, lo que sugiere que además del faenamiento de las presas se estaban llevando a cabo otras actividades. Estos eventos de despostamiento y apilamiento de huesos de guanaco en las orillas río Quequén Grande muestran una conducta reiterada a través de miles de años y el uso de los valles de los ríos como sitios preferenciales de caza.

## Las poblaciones en el oeste árido de las pampas

Como hemos visto, el valle del río Colorado fue ocupado por lo menos desde comienzos del Holoceno, sin embargo parece que el resto de la parte árida de la región pampeana fue efectivamente ocupada recién a mediados del Holoceno. Esto indicaría que a partir de ese momento los indígenas pampeanos diversificaron su forma de vida y se adaptaron a ambientes diferentes.

Hacia el oeste, la arqueóloga Mónica Berón ha estudiado a orillas del río Curacó, en un paraje llamado Tapera Moreira, distintas evidencias arqueológicas a orillas de ese río que permiten comenzar a entender la vida de los indígenas en estos ambientes áridos. La margen del río ofrecía algunas ventajas interesantes ya que cerca había un ojo de agua y estaba rodeada de bosques de chañar, un árbol que provee de frutos comestibles. Esta combinación de recursos, frecuente también en otros sectores de la pampa seca, hicieron que el lugar fuera ocupado con frecuencia. Los primeros indicios de campamentos se remontan hacia 4.500 años atrás y llegan hasta aproximadamente 2.200 años AP. Durante este período los habitantes del lugar usaron morteros para moler pigmentos minerales rojos, probablemente para pinturas, y raspadores, que pudieron haber sido utilizados para procesar cueros. Curiosamente, no se han hallado en estos niveles puntas de proyectil ni bolas de boleadora. Lo que sí se recuperó fue un pequeño rodado grabado con motivos geométricos, la única pieza que habría sido usada como un adorno colgante.

La materia prima más utilizada por los indígenas de la cuenca del Curacó durante este período es el basalto, que aflora en mantos aislados en el oeste pampeano y es transportado también por los ríos Negro y Colorado; también se talló sílice de buena calidad

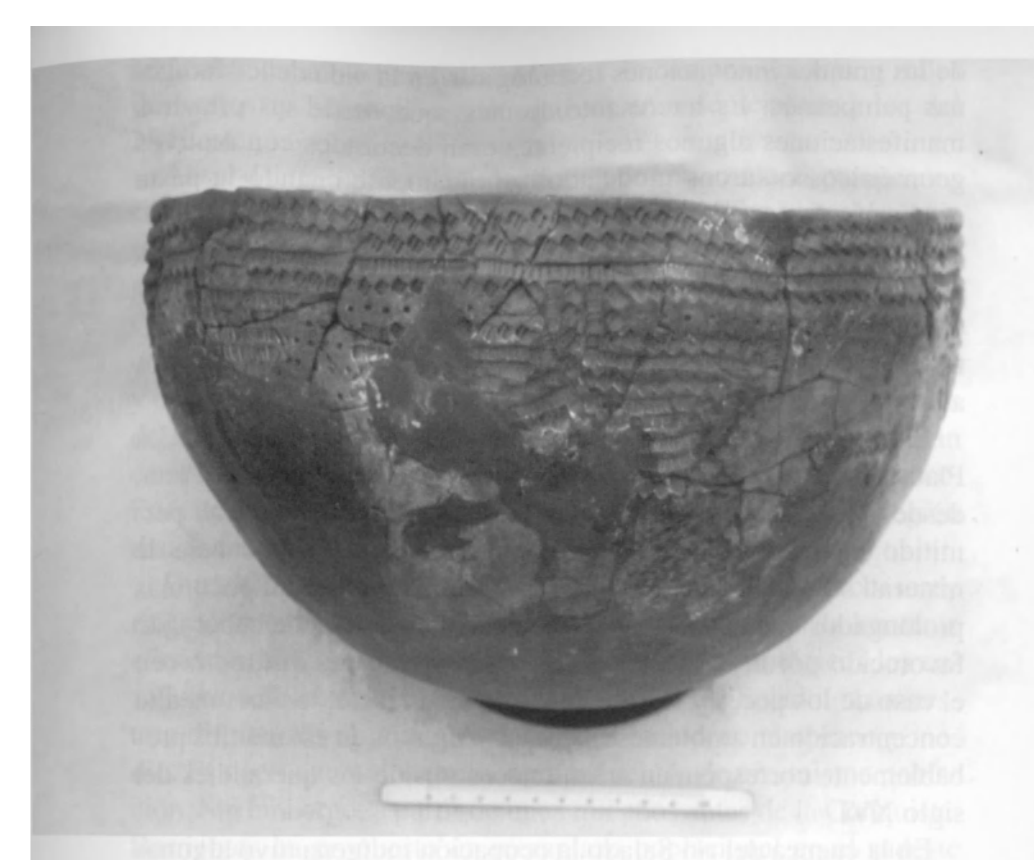
pero era más escaso. El guanaco fue la especie dominante durante estos momentos y seguramente también ocupó un lugar central en la dieta. Pero la presencia de morteros y la abundancia actual de bosques de chañar en los alrededores sugiere que los frutos de este árbol debieron ser utilizados.

Como se ha expresado, durante casi 4.000 años los indígenas pampeanos vivieron en los diferentes ambientes de la región. El guanaco, las puntas de proyectil y los morteros fueron los elementos claves sobre los cuales se asentó la forma de vida de estos cazadores, tanto en el este húmedo como en el oeste árido.

## *LOS ÚLTIMOS MILENIOS ANTES DE LOS ESPAÑOLES*

En el Holoceno tardío, especialmente unos dos milenios antes de la llegada de los españoles al Río de la Plata, los cazadores pampeanos dejaron abundantes registros, quizás como consecuencia de una ocupación más intensa del territorio. Sus evidencias se encuentran en casi todos los ambientes de la región, desde las zonas que bordean el Delta del Paraná hasta la desembocadura del río Negro. En este tiempo, los indígenas diversificaron su forma de vida y probablemente para estos momentos ya se pueden reconocer diferentes etnias coexistiendo en la región.

En el Holoceno tardío los cazadores pampeanos ya estaban instalados en el nordeste de la llanura, a orillas del Río de la Plata y habían desarrollado un estilo de vida diferente del resto de las pampas. Utilizaron frecuentemente instrumentos de hueso, y quizás también de madera, aunque no han perdurado, y los artefactos líticos, tales como raspadores, cuchillos y puntas de proyectil, eran pequeños y altamente conservados. La subsistencia incluía la caza de los dos venados que vivían en la zona por aquellos tiempos. Uno, el más abundante, era pequeño y habitaba los pastizales abiertos: el venado de las pampas; el otro, más grande y escaso, característico de la selva de galería que bordea los grandes ríos, era el ciervo de los pantanos. Ambos mamíferos, junto con el coipo, integraban una parte importante de la subsistencia. Durante los primeros momentos del Holoceno tardío también cazaron guanacos pero este animal se fue haciendo cada vez más escaso en el nordeste de la llanura. La dieta aborigen no se basaba sólo en la caza de los animales terrestres sino que se complementaba con la



*Vasija hallada en los alrededores de Trenque Lauquen. Éste es uno de los pocos recipientes de alfarería pampeana que se ha podido reconstruir casi completamente.*

pesca y la recolección de algunos moluscos de agua dulce. Ambos recursos fueron adquiriendo importancia, especialmente en aquellos lugares, como las orillas del Delta del Paraná, donde abundaban.

La alfarería llegó a esta área en algún momento del Holoceno tardío, y probablemente no fue una invención local. Esto significó un avance importante en la tecnología prehispánica pampeana ya que se disponía de recipientes para conservar líquidos que podían ser sometidos al fuego y además era posible una nueva manera de cocinar los alimentos: hervidos. Esta forma de cocción tiene muchas ventajas, una de las cuales es que permite recuperar en el caldo componentes alimenticios que de otra manera se perderían durante el asado o el ahumado. Sin duda, la incorporación de la técnica de fabricar, decorar y usar recipientes de alfarería fue una

de las grandes innovaciones tecnológicas en la vida de los indígenas pampeanos. Es interesante destacar que desde sus primeras manifestaciones algunos recipientes eran decorados con motivos geométricos o surcos modelados rítmicamente cuando la pasta estaba aún fresca. Esta técnica de incisión, aplicada a formas globulares abiertas sin asas, caracterizó a la alfarería de las llanuras orientales hasta la conquista española. No sabemos aún el significado de esa decoración, pero seguramente tenía un contenido estético y conllevaba un mensaje simbólico que para nosotros es aún indescifrable.

En las últimas décadas varios investigadores del Museo de La Plata han estudiado sitios en la zona costera del Río de la Plata, desde el río Luján hasta la bahía de Samborombón, lo que ha permitido entender mejor la arqueología del área. La abundancia de material sugiere lapsos de ocupación probablemente un poco más prolongados que en otras áreas pampeanas. Esto puede haber sido favorecido por la explotación de recursos variados que, como en el caso de los peces y los moluscos de agua dulce, tenían una alta concentración en ambientes ribereños. Algunos de estos sitios probablemente correspondan a los antecesores de los querandíes del siglo XVI.

En la cuenca del río Salado la ocupación indígena tuvo algunas características diferentes. En esta área la arqueóloga María Isabel González de Bonaveri ha hallado sitios que se encuentran en lomadas no anegadizas a orillas de ríos y lagunas con una densidad de ocupación que sugiere también estadías más prolongadas o la reutilización más frecuente. Éstos indican una subsistencia basada en los pescados y el coipo. No se han detectado las técnicas de pesca, pero sobre la base de datos etnográficos se ha planteado que podrían haber utilizado redes, las que permiten la obtención de abundante pescado. El coipo es un roedor de ambientes acuáticos que fue muy abundante en la zona durante el Holoceno tardío (aún hoy lo sigue siendo) y era cazado sobre todo en invierno, período en el cual el cuero es de mejor calidad. También explotaban el venado de las pampas y varias aves. La dieta de los indígenas del río Salado parecería haber sido bastante variada, pues se han hallado además algunos restos de semillas comestibles. La tecnología estaba basada en una explotación muy intensa de la materia prima lítica, debido a la lejanía de los afloramientos naturales, en artefactos de hueso y probablemente de madera. La alfa-

ría abundaba (se han hallado restos de campamentos con miles de tiestos) y los motivos decorativos eran semejantes a los del Nordeste.

Al sur del río Salado el modo de vida de los cazadores pampeanos fue bastante distinto. En los sistemas serranos de Tandilia y Ventania y en la llanura interserrana, el guanaco siguió siendo la principal presa de caza hasta bien avanzado el Holoceno. A orillas del río Quequén Grande se halló una especie de pozo de desechos que contenía varios miles de fragmentos óseos junto a unas pocas lascas y esquirlas. Este depósito, datado en alrededor de 1.000 años antes de la Conquista, fue probablemente un lugar de desechos de un campamento y estaba integrado por un 99% de huesos de guanaco. En este lugar se ha hallado la alfarería más antigua de la región datada en 3.000 años AP.

Durante el Holoceno tardío se produjo también un proceso de migración en el sudeste pampeano que afectó las áreas de Ventania e interserrana. Según recientes estudios bioantropológicos los cazadores-recolectores pampeanos, al sur del río Salado, no muestran diferencias importantes durante el Holoceno temprano y medio. Es decir que se los puede agrupar dentro de una misma población. Sin embargo, a partir de unos mil años antes de la Conquista, Barrientos ha propuesto un reemplazo poblacional en el sudeste pampeano que involucró a grupos indígenas provenientes del norte de Patagonia. Esto coincide con la postulación de Rodolfo Casamiquela acerca de filiación tehuelche septentrional de las poblaciones pampeanas del siglo XVI.

Pocos siglos antes de la llegada de los españoles el guanaco comenzó a retraerse hacia el sur y hacia el oeste como consecuencia de un mejoramiento climático. Simultáneamente otros animales de "estirpe" subtropical, tales como el cuy y la mulita, avanzaron hacia el sur y al oeste y comenzaron a ser más abundantes en la región. Es posible que al sur del río Salado, en los siglos anteriores a la conquista hispánica, los cazadores pampeanos explotaran más intensamente el venado de las pampas, el ñandú y otros mamíferos pequeños para tratar de suplantar la ausencia del guanaco, hasta esos momentos su recurso principal.

## Las armas indígenas

Como hemos visto, las puntas de proyectil fueron utilizadas por los indígenas pampeanos desde finales del Pleistoceno. Primero se confeccionaron las llamadas "cola de pescado" y más tarde otras triangulares largas (las que estaban clavadas en los esqueletos del Arroyo Seco); a mediados del Holoceno eran triangulares, medianas y sin pedúnculo. En todos estos casos, las puntas eran fijadas a astiles y arrojadas como lanzas o clavadas directamente en el cuerpo de la presa (¡si el cazador era capaz de acercarse lo suficiente!). Eventualmente se podría haber usado un instrumento llamado tiradera o atlalt, que multiplica la fuerza del brazo, pero de esto no hay ningún registro en la región (aunque sí en regiones vecinas). Alrededor de unos dos mil años antes de la Conquista, cambia la forma de las puntas de proyectil: se hacen mucho más pequeñas, la forma se acerca a la de un triángulo equilátero y algunas tienen la base escotada. Estas nuevas puntas estarían indicando una revolucionaria adquisición: el arco y la flecha. Esta innovación tecnológica tiene como gran ventaja la propulsión de proyectiles a mayores distancias y la posibilidad de efectuar disparos más certeros. También siguieron fabricándose las puntas triangulares medianas, aunque de forma levemente diferente, lo que sugiere que las lanzas continuaron en uso, como en los milenios anteriores.

Un elemento típico de los indígenas pampeanos ha sido la piedra de boleadora. No hay campo de la región en el cual no se hayan encontrado varias bolas mientras se araba la tierra y no hay estancia o puesto que no tenga algunas en un rincón de la casa. Esta arma de caza y defensa ha sido intensamente mencionada en los relatos históricos como un instrumento característico de los indígenas ecuestres de las pampas y luego de los criollos. Sin embargo, no está claro desde cuándo se comienzan a utilizar las boleadoras en las llanuras. Una mitad de boleadora hallada en los niveles inferiores de Arroyo Seco sugiere que por lo menos era utilizada desde el Holoceno Temprano, pero la ausencia de boleadoras en otros sitios antiguos indica también que no debió ser un arma muy frecuente. La popularidad de las boleadoras probablemente comienza dos o tres milenios antes de la Conquista. A orillas del río Sauce Grande, la arqueóloga Mónica Salemme halló

un esqueleto humano, datado en 2.075 años AP, que muestra un hundimiento de parietal típico del golpe de boleadora. Cuando llegaron al Río de la Plata en el siglo XVI los primeros españoles rápidamente conocieron el poder letal de esta arma y admiraron la destreza de los indígenas para manejarla.

## Los indígenas del oeste pampeano y sus conexiones más allá de los Andes

En la pampa seca la situación fue un poco diferente durante el Holoceno tardío. En la secuencia de Tapera Moreira se observan características que señalan una adaptación distinta a partir de hace 2.000 años atrás. En principio, el guanaco sigue siendo la presa más importante y, como en el oriente pampeano, la explotación de este mamífero incluye los huesos, que son usados ocasionalmente para hacer instrumentos. Además se utilizaron morteros y manos, algunos de los cuales fueron empleados para moler ocre rojo. Otros podrían haber sido usados para procesar los productos vegetales, probablemente los frutos de los árboles de los montes circundantes, tales como el algarrobo. Los primeros indicios del uso de alfarería en la zona datan de 1.200 años atrás y la forma y decoración de las vasijas tienen algunos diseños comunes con los de la pampa húmeda, pero simultáneamente hay también diferencias. En general, la decoración presenta motivos geométricos y la técnica es la incisión lineal y el surco rítmico. Los mismos motivos se encuentran en dos plaquetas grabadas, halladas en el sitio, similares a las de las Sierras Centrales y raras para la región pampeana.

Para estos momentos tardíos del Holoceno, las evidencias de Tapera Moreira sugieren que los cazadores del oeste pampeano también formaban parte de redes de intercambio muy amplias y complejas que no sólo involucraban a indígenas vecinos, sino también a grupos extrarregionales. Esto implica que algunos objetos, probablemente valiosos y con un alto valor simbólico, pasaban de grupo en grupo, de banda en banda, hasta llegar al oeste pampeano. ¿Cuáles son los elementos que nos sugieren estas complejas redes de intercambio? Uno es la presencia en Tapera Moreira de unos fragmentos de alfarería chilena que se conoce con el nombre de Valdivia pintada. Esta cerámica difiere en cuanto a manufactura y decoración de la cerámica pampeana y de las zonas vecinas y

es típica de Chile central. La datación obtenida en el sitio para los niveles con esta cerámica es de 740 años AP, coincide también con el rango cronológico de la cerámica Valdivia chilena. Otro elemento interesante es un raspador de obsidiana, una materia prima que aflora en la cordillera a varios cientos de kilómetros de Tapera Moreira. Por último, las plaquetas grabadas y una punta de proyectil pedunculada similar a las del norte de Patagonia apoyan también la idea de la circulación de bienes dentro de sistemas regionales amplios. En las orillas del río Salado algunos hallazgos arqueológicos apoyan esta idea. Sorprendentemente allí ha aparecido una cuenta de chrysocolla, un mineral que resulta de la oxidación del cobre y cuyos depósitos más cercanos se encuentran por lo menos a 800 km.

## La llegada de los guaraníes

Poco tiempo antes de la llegada de los españoles al Río de la Plata, se había producido el arribo de los guaraníes, que desde el Alto Paraná y sus afluentes se habían desplazado hacia el sur ocupando las orillas y las islas de los grandes ríos. Los guaraníes se expandieron por la parte oriental de las tierras bajas tropicales de América del Sur, y su idioma fue *linguae franca* incluso en el noreste pampeano. A diferencia de los indígenas del Delta del Paraná y de las llanuras vecinas, los guaraníes eran, además de cazadores-recolectores-pescadores, también horticultores. Esta práctica les permitía manejar una economía mixta que no sólo se integraba con productos silvestres sino también por cultivos como el maíz, la calabaza, y más al norte la mandioca.

Aunque aún no sabemos cuándo llegaron los guaraníes al Río de la Plata, algunas dataciones indican que el arribo podría haber sido muy poco antes de la llegada de los europeos. Los rastros de los guaraníes en la región han quedado sólo en las islas del Delta, en Martín García y en varios sitios de la costa del Río de la Plata. Las evidencias más claras son entierros en urnas y una alfarería con una decoración distintiva: una pintura roja con trazo muy fino sobre un fondo con engobe blanco tiza. Otro tipo de modelado de la superficie de las vasijas con la pasta fresca, conocido como imbricado, es también un rasgo característico (aunque probablemente no exclusivo) de la alfarería guaraní. Por último, se han

recuperado en el fondo fangoso de los riachos del Delta algunas canoas de troncos usadas probablemente por los guaraníes para sus desplazamientos entre las islas.

## COSMOLOGÍA Y SIMBOLISMO

Los aborígenes pampeanos han tenido diversas manifestaciones simbólicas cuyo significado específico ha sido imposible de descifrar. Sin embargo, hay cierta continuidad en algunos motivos que sugiere algún patrón u orden simbólico similar. Esto no implica que motivos iguales o parecidos tengan el mismo significado en distintas sociedades o en momentos diferentes, pero sugiere que la forma de representación, es decir los motivos y los modos de ejecución, eran compartidos por las sociedades pampeanas prehispánicas.

En primer término el uso de pigmentos rojos ha estado ampliamente distribuido entre los indígenas pampeanos, desde por lo menos 7.000 años atrás. Varios de los entierros del Arroyo Seco muestran manchas de ocre rojo en asociación con los esqueletos. En algunos casos parecen indicar que algo orgánico estuvo pintado de rojo, como una bolsa o un cuero, y que se desintegró, quedando sólo el ocre (obtenido de un mineral llamado hematita), que es el componente inorgánico de la pintura. En otros casos, las manchas se disponen alrededor del cráneo o del cuerpo (en el caso de los niños) y sugieren que posiblemente la pintura fue aplicada sobre la piel o sobre alguna prenda que la cubría. El ocre también aparece en los morteros de varios sitios pampeanos y se lo registra como pintura de valvas de moluscos. También hay panes de pintura roja en distintos lugares de las sierras y de la llanura. Este procesamiento frecuente de la hematita sugiere que el rojo fue un color con un alto contenido simbólico, que fue utilizado para expresar o significar varias ideas, algunas de ellas relacionadas con el tránsito de la vida a la muerte. Por último, el rojo es el color más usado en las pinturas rupestres que se hallan en los sistemas serranos de la región pampeana.

Otra forma de representación simbólica fueron los motivos geométricos abstractos que desde por lo menos 7.000 años atrás han sido delineados en la decoración de varios objetos muebles. Los zig-zag paralelos del artefacto espatuliforme de madera halla-

do en la laguna próxima a Monte Hermoso es posiblemente la primera representación conocida de este tipo de motivos. Ya en el Holoceno tardío los encontramos expresados sobre otros objetos como son las placas grabadas, la cerámica y las pinturas rupestres. En todos estos casos los motivos básicos se repiten: líneas rectas paralelas, almenados, escaleras, triángulos, rombos, escaleras y zig-zags de diferente tipo. No se han hallado en estas representaciones líneas curvas o motivos figurativos (con algunas excepciones que ya veremos en pinturas rupestres).

La combinación de los dos elementos centrales del simbolismo pampeano —el rojo y los motivos geométricos— se da en las pinturas rupestres de las sierras. Hasta hace muy poco tiempo en el sistema de Tandilia sólo se habían descubierto pinturas en las cuevas y aleros del sector sudeste. Allí, Diana Mazzanti ha registrado varios sitios con motivos geométricos y en algunos casos figurativos. Entre éstos se destaca la figura de un ser humano con un arma arrojadiza en posición de lanzarla. Recientemente, Patricia



*Motivos geométricos complejos del sitio Cerro Curico, en el extremo noroccidental del sistema de Tandilia.*

Madrid y el autor han estudiado también motivos geométricos complejos, básicamente rectilíneos, en pinturas que se encuentran en varios paredones rocosos en el extremo noroeste de Tandilia. Algunos de estos motivos se asemejan a los diseños que los tehuelches de los tiempos históricos dibujaban en sus quillangos.

En el sistema de Ventania, Fernando Oliva y Patricia Madrid han registrado también motivos predominantemente geométricos y abundan las líneas rectas paralelas. Algunas parecen haber sido hechas con los dedos, deslizando la mano impregnada de pintura hacia abajo sobre una superficie más o menos pareja. Entre estos motivos hay uno que es excepcional, descubierto por María Emilia Pérez Amat y colaboradoras: la impronta de una mano aislada marcada con pintura roja. En la Cueva de los Espíritus a fines del siglo pasado Holmberg describió la representación simplificada de una cara humana, pero esta pintura se halla hoy muy deteriorada.

De acuerdo con comparaciones con representaciones similares del norte de Patagonia, las pinturas de las sierras de Tandilia y Ventania han sido asignadas al Holoceno tardío. Sin embargo esto es muy tentativo pues aún no se ha podido datar ninguna de estas pinturas (algo que por ahora resulta muy difícil y costoso) ni tampoco algún material que esté asociado.

El otro grupo de pinturas rupestres se encuentra en las sierras de Lihué Calel, y en serranías cercanas en el occidente de la región pampeana. En estas sierras Carlos Gradín ha estudiado representaciones que están integradas por motivos geométricos, y se destacan los triángulos. Una particularidad de estas pinturas es que también se utilizaron pigmentos negros. Su antigüedad también ha sido estimada en el Holoceno tardío.

Varios de los animales que coexistieron con los aborígenes pampeanos tuvieron claramente un valor alimentario significativo o sirvieron para obtener cueros para abrigo o huesos para instrumentos. Sin embargo otros estuvieron sólo vinculados a los rituales funerarios y por lo tanto debieron haber sido importantes en la esfera de lo sagrado. Éste sería el caso de las varias especies de zorros que habitaron y aún habitan la región. Los colmillos de estos animales se encuentran en abundancia en los entierros del Arroyo Seco datados entre 6.300 y 6.500 años AP; uno de ellos tiene más de 200 alrededor del cuello, las muñecas y los tobillos. Los datos etnohistóricos acerca de las creencias de los indígenas que habitaban las riberas del río Paraná y el Chaco indican que los

zorros corporizaban espíritus poderosos que además personificaban seres astutos y desconfiados. La presencia de los cánidos desde mediados del Holoceno, en contextos mortuorios, hasta tiempos tardíos, sugiere la persistencia del carácter mítico o sagrado de estos animales.

## EPÍLOGO

Cuando la conquista española irrumpe en el escenario pampeano, la vida de los aborígenes de las llanuras sufre profundos cambios. En primer término se produce la rápida adopción del caballo, y más tarde del ganado vacuno y ovino. Algunos grupos son reducidos y viven en poblados cercanos a Buenos Aires llevando una vida sedentaria, muy diferente de la que tenían anteriormente. Para el siglo XVII ya se los conoce como los "pampas matanceros y magdalenistas". En el capítulo IX de este libro se presenta cómo fue la vida detrás de la frontera y cómo los indígenas pampeanos desarrollaron diferentes estrategias para sobrevivir. En los alrededores de Ezeiza (cerca del Aeropuerto) y en varios lugares al sur del conurbano bonaerense han quedado evidencias de las rápidas transformaciones de los indígenas pampeanos y de cómo fueron lentamente exterminados o absorbidos por la expansión de la población rural.

Más lejos de Buenos Aires, hacia el sur, la política de reducciones no tuvo demasiado éxito y los intentos llevados a cabo por los jesuitas en el siglo XVIII (las reducciones en el río Salado y en la sierra de Los Padres) sólo duraron pocos años. Acosados por las enfermedades europeas, la violencia de la Conquista y la desarticulación de sus sistemas económicos, sociales y políticos, los indígenas pampeanos se fundieron con los mapuches o formaron el estrato más bajo del naciente campesinado criollo. Así perdieron identidad y fueron desapareciendo como etnia.

Al mismo tiempo, basándose en una estrategia militar exitosa y en una organización socio-política más compleja, los mapuches impidieron la expansión colonizadora hasta finales del siglo XX, pero finalmente sucumbieron al avance militar y poblacional de los criollos. Luego de la "Campaña al Desierto", los pocos indígenas autóctonos, ya mestizados y aculturados, que aún quedaban en la región pampeana, prácticamente se desvanecieron dentro de la

vorágine del "progreso" occidental. De esta manera, triste e irremisible, los antiguos habitantes de la región, los primeros pobladores, no dejaron descendientes que puedan mantener aún viva su rica cultura acuñada durante más de 11.000 años de historia en las llanuras pampeanas.

# BIBLIOGRAFÍA

Austral, Antonio, "Investigaciones prehistóricas en el curso inferior del río Sauce Grande (Pdo. de Coronel de Marina Leonardo Rosales)", *Trabajos de Prehistoria* 19:7-123, Madrid, 1965.

Barrientos, Gustavo, *Nutrición y dieta de las poblaciones aborígenes prehispánicas del sudeste de la Región Pampeana*, Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1997.

Bayón, Cristina y Gustavo Politis, "Estado actual de las investigaciones en el sitio Monte Hermoso I", *Arqueología* 6: 83-115, Buenos Aires, 1996.

Berón, Mónica, "Mobility and subsistence in a semidesert environment. The Curacó river basin (La Pampa, Argentina)", *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula* 10: 133-166, 1997.

Berón, Mónica y Gustavo Politis (eds.), *La arqueología pampeana en la década de los '90*, Edición Museo Municipal de San Rafael e INCUAPA, 1997.

Crivelli Montero, Eduardo; Eugenio, Emilio; Pardiñas, Ulyses y Silveira, Mario, "Archaeological investigations in the plains of the Province of Buenos Aires, Llanura Interserrana Bonaerense", *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula*, 10: 167-210, 1997.

Flegenheimer, Nora, "Bifacialidad y piedra pulida en sitios pampeanos tempranos", *Shincal* 3 (2):64-78, Catamarca, 1991.

Flegenheimer, Nora; Kain, Sergio; Zárate, Marcelo y Barna, Alejandra, "Aprovisionamiento de cuarcitas en Tandilia, las canteras del Arroyo Diamante", *Arqueología* 6: 117-141, Buenos Aires, 1996.

González de Bonaveri, María Isabel, "Potsherds," coypo' teeth, and fish bones: Hunter-gatherer-fishers in the Río Salado (Pampa Region, Argentina)", *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula* 10: 255-278, 1997.

Gradin, Carlos, *Contribución a la arqueología de La Pampa. Arte Rupestre*, Dirección Provincial de Cultura, Santa Rosa, 1975.

——— *Investigaciones arqueológicas en Casa de Piedra*, Dirección General de Cultura y Ente Ejecutivo Casa de Piedra, provincia de La Pampa, 1984.

Madrazo, Guillermo. "Los cazadores a larga distancia en la Región Pampeana", *Prehistoria Bonaerense* 11-67, Municipalidad de Olavarría, 1979.

Madrid, Patricia y Oliva, Fernando, "Análisis preliminar de las representaciones rupestres presentes en cuatro sitio del sistema de Ventania, provincia de Buenos Aires", *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie), *Antropología* 73 (tomo IX): 199-223, La Plata, 1994.

Martínez, Gustavo, *Tecnología, subsistencia y asentamiento en el curso medio del río Quequén Grande: un enfoque arqueológico*. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, 1999.

Mazzanti, Diana, "El período Tardío en la arqueología bonaerense". En *Huellas en la Tierra*, R. Mandrini y A. Reguera (eds.), pp. 31-44. IHES: Tandil, 1993.

——— "Excavaciones arqueológicas en el sitio Cueva Tixi, Buenos Aires, Argentina", *Latin American Antiquity* 8 (1): 55-62, 1997.

Pérez Meroni, María M. y Paleo, María C., "Don Gerardo, un nuevo sitio arqueológico en el partido de Punta Indio, provincia de Buenos Aires". *Jornadas Chivilcoyanas de Ciencias Sociales y Naturales*: 187-190, Centro de Estudios Sociales y Naturales de Chivilcoy, 1996.

Politis, Gustavo, *Arqueología del Área Interserrana Bonaerense*. Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, 1984.

Politis, Gustavo y Gutiérrez, María A., "Gliptodontes y cazadores-recolectores de la Región Pampeana (Argentina)", *Latin American Antiquity* 9 (2): 111-134, 1998.

Salemme, Mónica, *Paleoetnozoología del sector bonaerense de la Región Pampeana con especial atención a los mamíferos*. Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1987.

ession General
ampas, 1984.

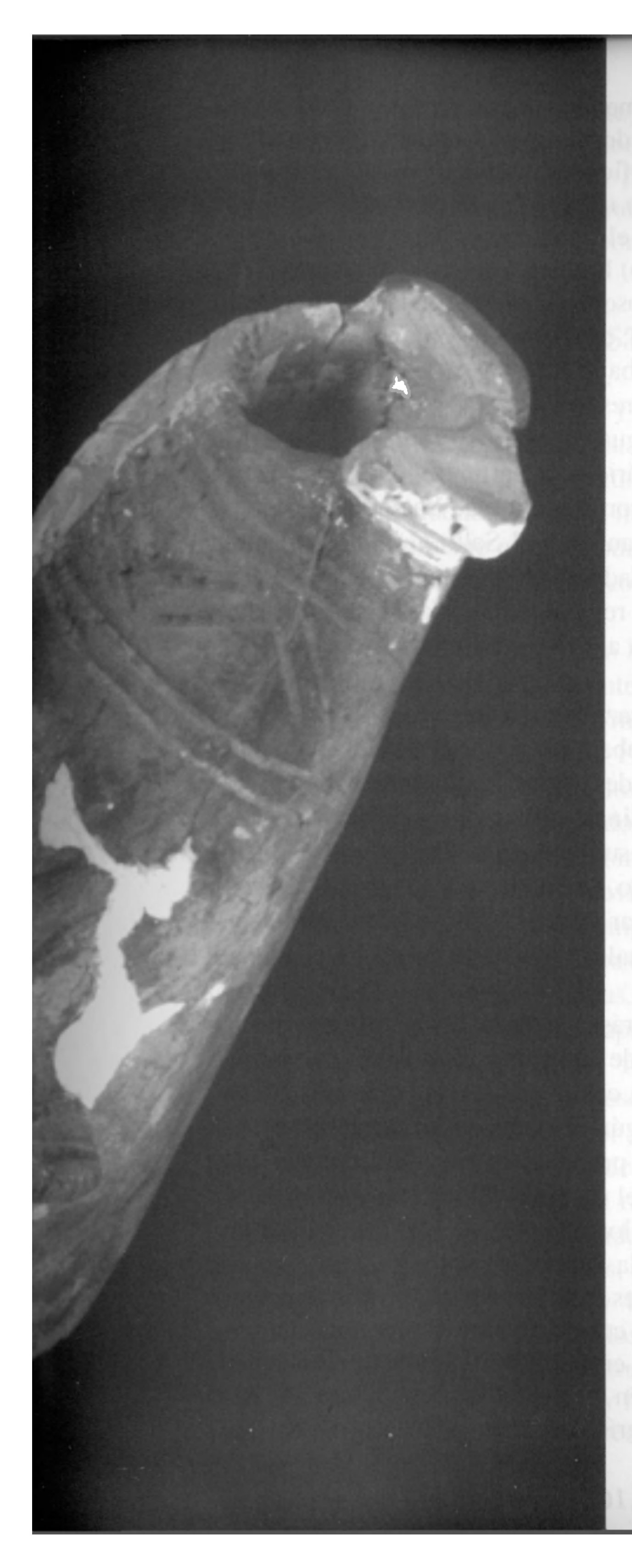
# III

## Ríos y praderas: los pueblos del Litoral

por CARLOS N. CERUTI



*Vaso campana con dos loros modelados. Goya Malabrigo.*



El espacio geográfico denominado tradicionalmente "Litoral" comprende la Mesopotamia argentina (provincias de Misiones, Corrientes y Entre Ríos), la cuenca inferior de los afluentes santafesinos del Paraná, y la margen bonaerense del Río de la Plata. Se lo suele integrar en una unidad fisiográfica mayor, el Nordeste argentino, que incluye también las provincias de Chaco y Formosa. Desde el punto de vista morfogenético y poblacional, está íntimamente vinculado a los procesos producidos en el Paraguay, Uruguay y los estados limítrofes de Brasil (Paraná, Santa Catarina y Rio Grande do Sul), relacionados todos por la enorme cuenca del Plata.

En este amplio territorio se pueden distinguir tres unidades ambientales principales, propicias para la habitación humana desde, al menos, finales del Pleistoceno: 1) las "tierras altas" de Misiones, continuación del planalto brasileño y paraguayo; 2) las "tierras bajas", incluyendo las llanuras aluviales, especialmente importantes en la cuenca del Paraná, y 3) la "llanura pampeana", que penetra en el sur y centro de Santa Fe. Las tres fueron ámbitos propicios para

la habitación humana desde, al menos, finales del Pleistoceno. Estas grandes unidades han servido de soporte a diversas formaciones vegetales, que ocuparon superficies cambiantes durante los últimos 20.000 años, avanzando o retrocediendo de acuerdo con las modificaciones climáticas: a) el bosque frío de araucaria, en la cumbre de las "tierras altas"; b) la selva tropical y subtropical, en las laderas del planalto; c) el bosque en galería, en la costa y planicie aluvial de los ríos y arroyos; d) el bosque xerófilo y los palmares; y e) las sabanas y estepas bajas.

Los primeros grupos cazadores-recolectores se hicieron presentes en el sur de Brasil y Paraguay y el nordeste de la Argentina durante episodios climáticos áridos, a partir de los 11.000 años AP. Siguiendo el Paraná llegaron a la zona de Yacyretá (Corrientes), y por el río Uruguay alcanzaron el Salto Grande, en Entre Ríos. Al aumentar la pluviosidad y la temperatura, algunas de estas poblaciones se retiraron a regiones más frías, en el planalto brasileño, y otras se adaptaron a las nuevas condiciones ambientales.

Hace 3.500 años, pueblos cazadores-recolectores que residían en San Luis, Mendoza y Córdoba incursionaron en la llanura central. Establecidos junto a grandes lagunas que comenzaron a secarse, transformándose en salinas, utilizaron el desplazamiento estacional como estrategia de supervivencia. Por la costa del río Dulce llegaron hasta Río Hondo, en Santiago del Estero. Cruzaron la llanura central hasta alcanzar la depresión de Mar Chiquita y Los Porongos, y luego la actual provincia de Santa Fe hasta las proximidades del río Paraná.

Entre 2.500 y 1.800 años atrás, las poblaciones costeras de los ríos Paraná y Uruguay, y las de la llanura central, accedieron al conocimiento y dominio de la cerámica. A comienzos de la Era Cristiana, coincidiendo con algún pulso húmedo, surgieron en las costas de los grandes ríos los primeros grupos de canoeros, que poco a poco se instalaron en el dominio fluvial. Su presencia se hizo más evidente a partir de los años 800 a 1.000 d.C., cuando alcanzaron el manejo de toda la llanura aluvial.

Por entonces, las poblaciones establecidas en los diversos sectores de la cuenca del Plata se conectaron entre sí y con regiones bastante alejadas. A Misiones entraron horticultores procedentes del planalto de Brasil, y también los guaraníes, agricultores de floresta tropical. Los poblados agrícolas de la serranía cordobesa se

vincularon con el Paraná mediante los cazadores pedestres de la llanura central, utilizando el camino del río Tercero o Carcarañá. El delta inferior fue ocupado por pueblos fluviales del río Uruguay, y luego por los canoeros paranaenses y los guaraníes, en un proceso truncado violentamente por la conquista española.

## CUÁNDO COMIENZA LA HISTORIA

A fines del Terciario, entre 15 y 5 millones de años atrás, las tierras bajas de la Mesopotamia y la llanura central estaban ocupadas por un mar cálido y poco profundo. Sus sedimentos de fondo afloran desde la ciudad de Paraná hacia el norte. Se trata de arcillas verdosas finamente estratificadas, con fósiles característicos: bancos de ostras, restos de crustáceos, corvinas, tiburones, focas y ballenas.

El borde oeste de esta cuenca lo limitaban las Sierras Pampeanas, constituidas fundamentalmente por rocas plutónicas ácidas (granito), filonianas (pegmatita) y metamórficas (gneis, pizarras y esquistos). La costa este del "Mar Paranaense" quedó enmarcada por coladas superpuestas de basalto castaño o negro, originados en grandes derrames de lava vertidos hace 65 millones de años.

El vapor de agua y otros gases contenidos en la masa magmática ascendió en burbujas, formando cavidades. Al enfriarse la lava, el vapor cargado de sílice y otros compuestos minerales se condensó, tapizando los alvéolos con capas concéntricas de silicatos coloreados, que constituyen las ágatas. A veces, dos coladas sucesivas "atraparon" en el medio una capa de arena, que fundieron originando una arenisca vitrificada o "metacuarcita". Estas areniscas y las bochas de ágata dejadas al descubierto por la meteorización del basalto, partidas y pulidas por la acción de los ríos, fueron arrastradas y depositadas cientos de kilómetros aguas abajo, formando los mantos de guijarros del río Uruguay.

Todas estas rocas fueron utilizadas por los pobladores indígenas: las plutónicas y metamórficas, para la confección de instrumentos de molienda, hachas y boleadoras; los basaltos y metacuarcitas para hachas, cuchillos, raspadores, puntas de proyectil y un variado conjunto de instrumentos para el corte, machacado y raspado de madera, cuero y hueso. Las ágatas, más duras, cumplieron la función de percutores y yunques. Para las "placas

grabadas" de la región del Salto Grande se usaron bloques tabulares de basalto, alterado por la meteorización, fáciles de raspar con un buril de metacuarcita.

Durante el Plioceno, entre 6 y 5 millones de años atrás, el clima mundial se enfrió, y se formó el casquete antártico. El agua retenida como hielo provocó un descenso generalizado del nivel de las cuencas oceánicas. El Mar Paranaense se secó, y los grandes ríos de la Mesopotamia comenzaron a extender sus cauces. Especialmente notable fue el caso del Paraná medio. Sumamente caudaloso, lo que indica un clima local cálido y húmedo, erosionó profundamente los terrenos blandos y vírgenes del fondo oceánico, cambiando de curso en cada avenida. Así divagó durante milenios, acarreando arena desde el Macizo de Brasilia hasta la llanura argentina, y conformando bancos estratificados de 2,5 a 150 m de espesor, teñidos de amarillo o rojo, por la presencia de óxidos de hierro. Las huellas de su paso se encuentran en el subsuelo de Chaco, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, y afloran en la costa de Corrientes y Entre Ríos hasta la ciudad de Paraná.

En el contacto entre arenas y arcillas marinas suelen encontrarse fósiles de animales marinos, fluviales y continentales, acarreados por las aguas del río y depositados en bancos de arena y pedregullo, en el fondo de antiguos remansos. También es frecuente el hallazgo de troncos y ramas convertidos en ópalo por la acción de ambientes con óxido de silicio. A veces se localizan planchones tabulares de areniscas amarillentas o rojizas, cementadas por antiguas napas freáticas que transportaban soluciones de óxidos, silicatos y carbonatos.

Estos elementos, disponibles en las barrancas correntina y entrerriana, también fueron utilizados por el hombre. La madera opalizada se empleó para la confección de puntas de proyectil; con las lajas de arenisca se tallaron instrumentos, o se las usó como afiladores para confeccionar artefactos de hueso y madera. Los panes de ocre rojo —mojados— se frotaron sobre la piel para el diseño de pinturas corporales; pulverizados y mezclados con agua, sangre y grasa, sirvieron para decorar la cerámica; algunos fósiles llamativos se colocaron como ofrenda en las tumbas.

Durante el Pleistoceno las temperaturas medias globales descendieron 1 a 2° C, produciéndose las glaciaciones. En la llanura pampeana y la Mesopotamia existen evidencias de, al menos, dos períodos fríos, separados por un intervalo cálido y húmedo: el pri-

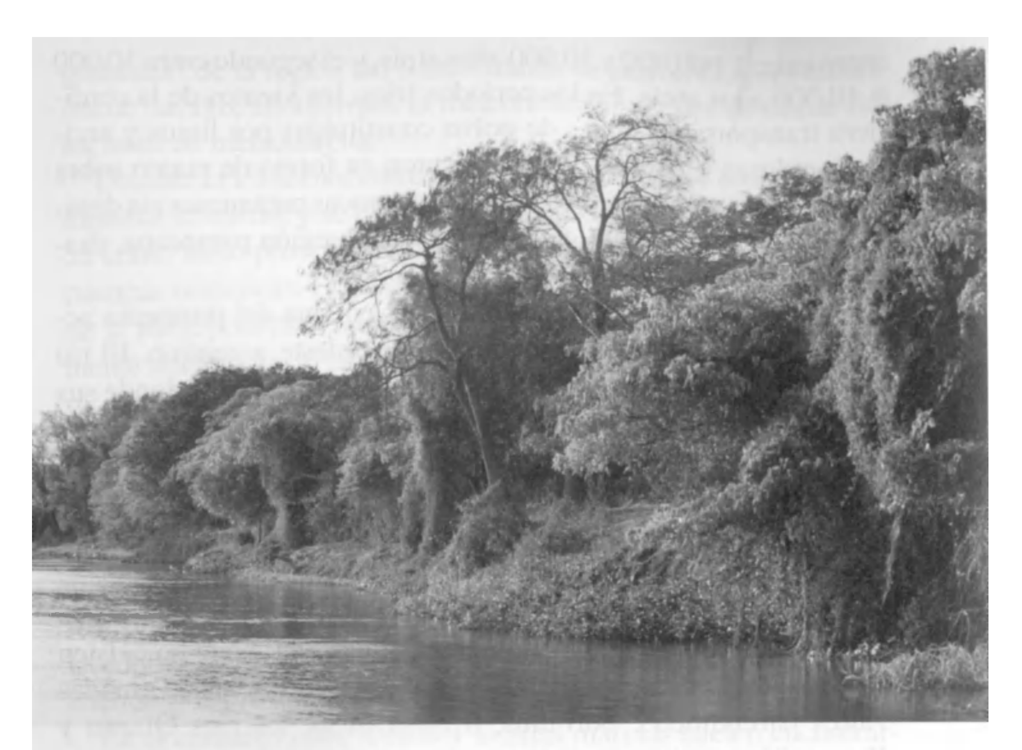
mero entre 1.000.000 y 50.000 años atrás, y el segundo entre 30.000 y 10.000 años atrás. En los períodos fríos, los vientos de la cordillera transportaron nubes de polvo constituidas por limos y arcillas verdosas o pardas, que depositaron en forma de manto sobre áreas desérticas o semidesérticas, o en cuencas pantanosas sin desagüe, conformando el relleno principal de la región pampeana, chaqueña y mesopotámica.

Durante el interglaciar, con 2° C por encima del promedio actual, se formó la red hidrográfica del Nordeste argentino. El río Paraná cruzaba en diagonal la provincia de Corrientes, donde sus cauces abandonados configuran los esteros del Iberá, del Batel, Batelito y Santa Lucía, y penetraba en la provincia de Santa Fe, originando un gran valle. Actualmente lo ocupan los arroyos Saladillo Amargo y Saladillo Dulce, que confluyen en la laguna Setúbal o de Guadalupe. El Paraná y sus tributarios transportaban mucha agua, conformando una terraza por acarreo de sedimentos. En el sur de Santa Fe y este de Córdoba, donde actualmente no existen cursos superficiales, se detecta la presencia de una red de grandes valles parcialmente borrados, tributarios de los ríos Quinto y Carcarañá.

Durante la última glaciación, 20.000 años atrás, el mar descendió más de 100 m, lo que permitió la entrada del hombre al continente americano. Las costas estaban mar adentro; nuestras zonas templado-frías se encontraban cubiertas por el hielo, y las templado-cálidas eran estepas semidesérticas, o desiertos azotados por vientos huracanados.

Los trópicos tampoco permanecieron estables. Los estudios polínicos indican que durante los períodos fríos se extendieron las sabanas, disminuyendo el bosque y la selva tropical. Ésta se contrajo varias veces, quedando reducida a "refugios" de fauna y flora equivalentes al 10% de su superficie actual. La fauna norteña y los primeros pobladores humanos penetraron en Sudamérica por las amplias llanuras costeras, con vegetación abierta y ricas en recursos, y avanzaron hacia el sur y el este aprovechando los corredores de sabanas.

En los períodos más cálidos y húmedos, las relaciones se invirtieron: el bosque subandino ascendió por las laderas montañosas hasta los 3.000 m y se tornó más denso. En las altiplanicies se formaron lagunas y pantanos difíciles de transitar, las costas marinas disminuyeron su ancho y se cubrieron de manglares y esteros,



*Albardón costero con vegetación subtropical. Arroyo Feliciano, Entre Ríos.*

y la selva tropical se transformó en una masa continua, que invadió los espacios antes ocupados por praderas y sabanas.

El derretimiento de los hielos, hace 10.000 años, marcó el comienzo del Holoceno, con un clima típicamente interglacial. Al disminuir de tamaño las calotas polares y retroceder los glaciares cordilleranos hacia sus cabeceras, aumentó el nivel del mar y se atenuó la emisión de vientos fríos y el acarreo de sedimentos. En las llanuras cubiertas por polvo crecieron pastizales y praderas, y se formó un suelo fértil de color negro. Las selvas se extendieron hasta ocupar sus límites actuales, y las poblaciones humanas que utilizaban el corredor de sabanas para desplazarse fueron aisladas por el crecimiento de la flora tropical, lo que favoreció la diversificación lingüística y la transformación cultural.

Durante mucho tiempo se consideró a las tierras bajas de América del Sur como "no deseables" para los primeros pobladores, presumiéndose que éstos solamente habían utilizado en sus desplazamientos los valles y quebradas precordilleranos y costeros. Pero, poco a poco, ante los hallazgos de sitios antiguos, la Améri-

ca tropical y subtropical se manifiesta como una de las áreas potencialmente más ricas y aptas para la ocupación humana.

Los cazadores sudamericanos aprovecharon todas las presas que tuvieron a su alcance, y en sus basureros están representadas tanto especies extinguidas como actuales. En los últimos decenios, los arqueólogos describieron varias tradiciones culturales tempranas, de recolectores y cazadores con o sin puntas de proyectil de piedra, que capturaban animales pequeños y medianos y explotaban diversos ambientes en forma simultánea.

Según la hipótesis más generalizada, una corriente de poblamiento siguió el eje de los valles cordilleranos, y otra se desplazó hacia las tierras bajas inundables de la costa caribe, Colombia y Venezuela. Continuando por la costa, llegaron a las Guayanas y los estados brasileños de Piauí, Goiás y Bahía. El hallazgo de un sitio antiguo (15.000 años) en el estado de Mato Grosso, y otro de 11.000 años en la localidad de Monte Alegre, entre Manaos y Belem, permite abrigar esperanzas de que, en los próximos años, la selva entregue el secreto del derrotero seguido por los primeros americanos en su avance sin pausa, hacia el interior del continente.

## LA CONSTRUCCIÓN DEL MARCO ARQUEOLÓGICO

Los aborígenes del Nordeste argentino, como muchos de los habitantes precolombinos del continente, no poseían sistemas de escritura. Y si algo poseían, la conquista hispano-lusitana y la actividad de los frailes "destructores de idolatrías" se encargó de que no llegara a nosotros. De manera que, lamentablemente, su versión particular de la historia, aquella genuinamente americana, ya nunca estará disponible.

A veces, entresacados del universo mítico, surgen recuerdos remotos que la memoria oral consiguió transmitir a través de innumerables vicisitudes. Suelen referirse a "los españoles" o a "los otros españoles", es decir, a la mal llamada "Conquista del Desierto", las dos grandes catástrofes culturales del pasado indígena. Uno de los ejemplos más extraordinarios fue recogido de una anciana vilela por A. de Llamas, un lingüista correntino. Publicado en 1910 y transcripto por Robert Lehmann-Nitsche, nos permite penetrar en las últimas visiones del Pleistoceno:

> "En los tiempos primitivos, el padre grande y la madre grande de los Vilelas vinieron del lado del agua muy grande que hay allá donde el sol se ahoga. Los dos [antes] andaban gateando [en cuatro pies]; en aquella época, empero, ya andaban erguidos y no tenían más cola, la que ya se les había caído. Los dos se hallaron con tatú-carretas muy grandes, más grandes que los de hoy en día, y otros animales grandes; comieron todos y tenían buena comida. Tenían hartura y abundancia de toda cosa buena para comer".

El relato describe una gran inundación —tal vez el "diluvio" bíblico, tomado de los misioneros; o recuerdos del período húmedo del 1.100 al 1.400 d.C.—; la separación de las tribus chaqueñas (Tonokotéj, Luglék, Ualchiakíj y Uaianíj, las "cuatro hijas" del "padre grande"); un terremoto y erupción volcánica presenciados en las tierras altas del oeste, y las matanzas que siguieron a la llegada de los hombres blancos. Concluye vaticinando la triste situación final, con las tribus aniquiladas por el maltrato y la sífilis.

> "Dios bueno no es amigo de los Vilelas y como son pocos, pronto acabará con ellos; no quiere a los pocos y quiere matar a todos. Por eso la vieja mujer triste llora de día y de noche. Los malos espíritus, porque los Vilelas somos pocos, quieren aniquilar a todos los amigos buenos de los Vilelas, y la vieja mujer llora todo el tiempo, llora día y noche a los Vilelas buenos. Ya no hay remedio para esta vieja y triste mujer Vilela".

La documentación escrita disponible, obra de los escasos letrados que aportó la Conquista, transmite generalmente imágenes escuetas y muchas veces interesadas de los pueblos americanos, teñidas por el prejuicio, la mala comprensión de las lenguas indígenas y el fanatismo religioso.

Los documentos del siglo XVI —el *Diario* de López de Souza, los expedientes del juicio a Gaboto, el relato de Ulrico Schmidl o la *Relación* de Irala— hablan de rutas fluviales, el aspecto general del territorio, las lenguas y físico de sus habitantes, el tipo y calidad de los alimentos, el número de hombres de guerra, armamento, tácticas militares y posibilidades de intercambio. Y, por supuesto, del camino hacia el oro y la plata, donde se mezclan la leyenda, el rumor y muchas veces el engaño, triste represalia indígena al reparto de cascabeles y espejitos.

Dice Ulrico Schmidl, el lansquenete que acompañó a don Pedro de Mendoza:

"Así vinimos el primer día a cuatro leguas de camino a una nación que se llama Corondá; ...viven de pescado y carne y son ellos... aproximadamente cerca de doce mil en gente adulta que se emplea para la guerra y son iguales a los... Timbús. También tienen dos estrellitas en ambos lados de la nariz; ...son gentes garbosas en sus personas pero las mujeres feamente arañadas bajo los ojos y ensangrentadas, jóvenes y viejas; y sus partes están cubiertas con un paño hecho de algodón... Tienen estos indios mucho corambre sobado de nutrias y tienen también muchísimas canoas... [Y] ellos compartieron con nosotros su escasez de pescado y carne y corambre sobado y otras cosas más; nosotros también del mismo modo les dimos cuentas de vidrio, rosarios, espejos, peines, cuchillos y otro rescate más y quedamos con ellos durante dos días. [También] nos dieron dos indios de los Carios que eran sus cautivos para que nos enseñaran el camino y a causa de la lengua".

Recién en el siglo XVIII, con la obra monumental de los padres Paucke y Dobrizhoffer, se accede a informaciones precisas y completas sobre una parte del universo aborigen del Nordeste argentino. Lamentablemente, para entonces, el panorama étnico había cambiado totalmente, y de las tribus costeras del Paraná y el Uruguay que conoció la Conquista, sobrevivía poco más que el recuerdo.

Después, con retazos de información tomada de las crónicas, se armó pacientemente un mapa de tribus y subtribus; y sobre la base de algunos vocabularios o frases, y hasta palabras aisladas, se intentó agrupar las lenguas en familias y perseguir sus orígenes. El resultado, un tapiz colorido y estático, suele utilizarse todavía como base para la interpretación del pasado aborigen. Este marco simplificado pasó de las obras históricas a los manuales escolares, contribuyendo a crear una imagen estereotipada y confusa de nuestra raíz indígena.

En 1864, un hallazgo casual alteró profundamente el mundo científico pampeano: durante la construcción del puente del Ferrocarril Central Argentino sobre el río Carcarañá, se encontraron numerosos restos de fauna fósil, y también partes esqueletarias humanas de cuatro individuos. Los materiales fueron recogidos por el coleccionista y vendedor de fósiles Francisco Séguin, que los presentó en la Exposición Universal de 1867, y los vendió al

Museo de Historia Natural de París. Nunca se conocieron las condiciones exactas del hallazgo, ni la relación entre los restos humanos y la fauna. Germán Burmeister visitó el yacimiento, y Florentino Ameghino estudió los restos en París. Desde entonces y durante casi noventa años fueron publicados hallazgos de "hombres fósiles" procedentes del Litoral, de Río Hondo y la Laguna Mar Chiquita, localizados en terrenos que contenían fauna extinguida, a veces con útiles de hueso o piedra de "aspecto paleolítico".

Los restos humanos estaban cubiertos por una pátina oscura que les daba aspecto fósil, formada por la acción incrustante de las aguas, ricas en carbonatos y otras sales minerales disueltas, pero se trataba de enterratorios modernos, intrusivos en la matriz sedimentaria. Eran, generalmente, entierros secundarios, lo que explica su carácter fragmentario y la mezcla de partes correspondientes a varios individuos. Aunque el "hombre fósil" del Litoral no era tan antiguo como se pensaba, tuvo la enorme virtud de movilizar a los científicos preocupados por el pasado americano, orientándolos hacia la investigación de campo como medio idóneo de acceso al conocimiento, y sentar así las bases de la arqueología del Nordeste argentino.

Algo después de estos primeros hallazgos, en la década de 1870, Burmeister y Lista entregaron a imprenta diversos sitios arqueológicos de la provincia de Entre Ríos y el delta entrerriano-bonaerense, incluyendo descripciones de "cerritos" y noticias sobre enterratorios guaraníes en urnas. En 1894, Juan B. Ambrosetti publicó los primeros materiales cerámicos procedentes de las islas ubicadas frente a Goya, en la llanura aluvial del Paraná.

En los primeros años del siglo XX, Luis María Torres visitó, excavó y dio a conocer numerosos sitios arqueológicos del sur de Entre Ríos, intentando vincularlos con yacimientos de la provincia de Buenos Aires, Uruguay y Brasil. Pero el gran sintetizador de la arqueología del Litoral fue Antonio Serrano. Todas las obras contemporáneas o posteriores a su vasta producción, hasta dos décadas atrás, reprodujeron en mayor o menor medida su modelo interpretativo, hasta que el avance técnico y metodológico así como el creciente aporte de información proveniente de excavaciones permitieron el surgimiento de nuevas corrientes de investigación y una modificación sustancial del conocimiento. Aunque sus trabajos, como toda obra científica, han sido superados en numerosos aspectos, serán considerados siempre como el punto de apoyo firme que permitió el desarrollo posterior de la disciplina.

## LOS PRIMEROS CAZADORES

Las primeras poblaciones humanas llegaron al Nordeste procedentes de Brasil. Hace 15.000 años, una banda de cazadores-recolectores ocupó el Abrigo do Sol, en Mato Grosso. Desde allí dominaron el corredor de sabanas que comunicaba con los territorios del sur, hoy ocupados por la selva tropical. No poseían armas con punta de piedra, pero perfectamente pudieron fabricarlas de madera.

Alrededor de 13.000 años AP, otro grupo ocupó las costas del río Uruguay medio y sus afluentes Ibicui y Touro Passo, en Rio Grande do Sul. Fueron contemporáneos de los últimos mamíferos gigantes del Pleistoceno (toxodontes y glosoterios). No se especializaron demasiado en atraparlos, pero cazaban los que encontraban indefensos, o aprovechaban sus restos si los hallaban muertos. Estos cazadores permanecieron en la zona durante 5.000 años, hasta que un episodio prolongado de sequías y caída de cenizas volcánicas los obligó a abandonarla. Las cenizas formaron un estrato muy resistente a la erosión, conocido localmente como "tabatinga", que cubrió los asentamientos.

Otras bandas de cazadores, en tanto, arribaron a las costas del Uruguay alto y medio y el alto Paraná. Entre 11.500 y 6.000 años atrás, se desplazaron ocupando diversos microambientes de la actual región fronteriza de Brasil, Paraguay, Uruguay y la Argentina. Dado que apenas se conservaron de ellos los instrumentos trabajados en piedra, los arqueólogos los agruparon a partir de la presencia o ausencia de puntas de proyectil, las técnicas de talla de la piedra y el tipo de filo de los instrumentos destinados al corte o el raspado.

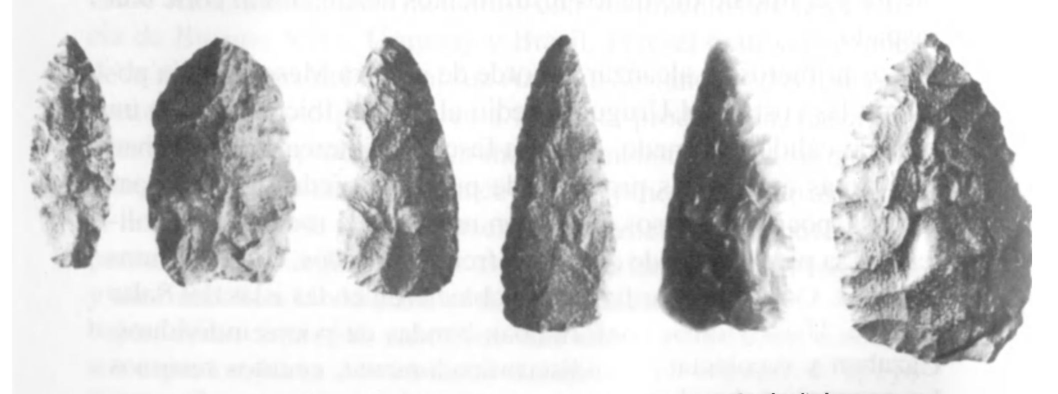
Los primeros en alcanzar el borde de nuestra Mesopotamia poblaron las costas del Uruguay medio al sur del Ibicui, durante un período cálido y húmedo, con una fase seca intercalada. Cazaban con armas arrojadizas provistas de punta de piedra. Los campamentos, poco numerosos, ocuparon una cuenca rodeada por colinas, en la proximidad de canales y frente a rápidos, islas o bancos de arena. Otros, más tardíos, se establecieron en las islas del Salto Grande. Unos y otros conformaban bandas de pocos individuos. Cazaban y recolectaban, indiscriminadamente, cuantos recursos les proporcionaba el ambiente, y acampaban en torno a fogatas,

generalmente en el ángulo formado por un canal y el río. Allí quedaron sus herramientas, huesos con fracturas e incisiones; y también, algunos frutos secos carbonizados.

En basalto y metacuarcita, elaboraron artefactos tallados por percusión y presión, aptos para quitar el cuero de las presas, procesar la carne y romper los huesos para extracción de la médula. Fabricaron machacadores, raspadores de diverso tipo y cuchillos bifaciales. Las puntas de flecha —de calcedonia— eran pequeñas, triangulares y con pedúnculo. Entre los desperdicios quedaron los percutores utilizados para tallar, las lascas y esquirlas sobrantes y también, las "preformas" o "formas-base", matrices elípticas trabajadas en ambas caras, de las que partió el artesano para confeccionar las puntas.

Unos 6.000 años atrás, nuevos contingentes de cazadores, con puntas de piedra, ocuparon las costas del río Uruguay, entre el Paranapanema y el Río de la Plata. Otros se extendieron por el alto Paraná y la costa atlántica de Brasil y Uruguay, desde el nivel del mar a los 1.200 metros de altitud. Los arqueólogos brasileños los llamaron umbú. Conformaron una población 10 a 15 veces más numerosa que sus predecesores, que instaló campamentos de 20 a 6.000 m² de superficie.

En la Argentina, alcanzaron las provincias de Misiones, Corrientes y Entre Ríos, especialmente la zona de Yacyretá, el arroyo Mocoretá y el Salto Grande del río Uruguay, durante una etapa climática más fría y seca que la actual, que gradualmente se transformó en cálida y húmeda. Prefirieron los ambientes abiertos, ocupados por estepas o sabanas, especialmente en las áreas de contac-



*Puntas de proyectil. Tradición Umbú. Rio Grande do Sul.*

to (ecotonos) con otras formaciones vegetales, donde podían disponer de mayor variedad de recursos en distancias relativamente cortas. Se establecieron en la proximidad de ríos importantes, junto a pequeños arroyos, en el borde de lagunas y bañados o en las cercanías de las fuentes de materia prima, donde aún están sus canteras-taller. En las lagunas litorales de Brasil y Uruguay construyeron multitud de "cerritos" sobreelevados, de algunas decenas de metros de diámetro, que les sirvieron para protegerse de las inundaciones. Aprovecharon con éxito casi todas las posibilidades del ambiente. En sus basureros quedaron abundantes restos de mamíferos, peces, reptiles, moluscos y vegetales, como "coquitos" de palmera, piñones de araucaria y diversas semillas.

Confeccionaron artefactos de sílex, cuarcita, calcedonia y basalto, tallados por percusión directa y a veces por presión: abundantes puntas de proyectil, gran variedad de raspadores, cuchillos monofaciales y bifaciales, perforadores, lascas con muescas y lascas con señales de uso, machacadores, bifaces grandes y buriles para grabar. Son características las puntas de proyectil bifaciales, lanceoladas (las más antiguas) o triangulares con pedúnculo, con una gran variedad de tamaños y formas, que indican adaptación del instrumental de caza a distintas presas.

También elaboraron materiales de piedra pulida: bolas de boleadora (con y sin surco), hachas, manos para moler y molinos planos, picos, percutores, alisadores y piedras con hoyuelos. Estos artefactos indicarían tanto la adopción de técnicas de caza para áreas abiertas (las boleadoras), como el aprovechamiento de frutos, nueces y semillas existentes en el borde del bosque y los palmares. Con el tiempo, algunos de estos cazadores adoptaron la cerámica, mientras que otros permanecieron sin utilizarla, hasta épocas históricas.

Entre 7.000 y 3.000 años atrás, poblaciones importantes de cazadores y pescadores que no utilizaban puntas de proyectil de piedra ocuparon la zona de Yacyretá y el Salto Grande. Muy afines a la vida acuática, se desplazaron por la orilla de los ríos con escasos intentos de ocupar el interior. Sus campamentos, de 500 a 5.000 $m^2$, suelen estar sobre islas o en terrazas y albardones, a veces frente a rápidos o "correderas". Otras veces se establecieron sobre lomadas elevadas donde aflora el basamento cristalino, desde las que podían dominar el paisaje costero ocupado por la selva en galería.

Sólo conocemos de ellos el material trabajado en piedra: raspadores, lascas, lascas con muescas, núcleos, raederas y perforadores. Se trata de una industria exclusivamente monofacial elaborada por percusión directa, con retoques poco cuidadosos limitados generalmente al borde activo de los artefactos, que los arqueólogos llamaron Ivaí. En Yacyretá, la materia prima predominante fueron las areniscas silicificadas, que extrajeron de filones aflorantes entre las masas de basalto. En el Uruguay medio, ésta es más variada, porque emplearon los cantos rodados que tapizan las márgenes y el lecho del río. No trataron de elaborar instrumentos con formas definidas, sino solamente obtener o reactivar filos, razón por la cual los artefactos conservan la morfología de la porción de roca utilizada para fabricarlos: núcleos, lascas o cantos rodados. Como la materia prima era muy abundante y el trabajo realizado sumamente expeditivo, fabricaron tantos instrumentos como necesitaban, sin tomarse la molestia de conservarlos y transportarlos en sus desplazamientos. Por esta razón los sitios Ivaí están tapizados de litos, entre los que predominan los residuos de la talla.

Elaboraron abundantes artefactos pulidos, útiles para la caza y la recolección: bolas de boleadora con y sin surco, molinos planos y sus manos, hachas y piedras con hoyuelos o "quiebracocos". En el Salto Grande, dejaron las "placas grabadas", bloques tabulares de arenisca con diseños geométricos, a veces bastante complejos: escalonados, laberintos y rectángulos concéntricos. Utilizadas probablemente con fines rituales, constituyen la única expresión artística que llegó hasta nosotros.

Los arqueólogos brasileños llamaron Humaitá a una industria lítica dejada por grupos que se dedicaron a la caza, pesca y recolección en el alto Paraná, el alto Uruguay y sus afluentes entre 7.000 y 1.000 años atrás. En el sur de Paraguay y en Misiones, recibió el nombre de Complejo Altoparanaense. Al igual que los cazadores Ivaí, no poseían armas con punta de piedra, pero utilizaban las boleadoras. En verano y otoño completaban la dieta con la explotación del bosque de araucaria, que cubría el planalto brasileño y las sierras de Misiones. Humaitá ubicó campamentos de 400 a 4.000 m² de superficie en la cuenca del río Jacuí, el alto Uruguay y un tramo del alto Paraná, hasta la zona de Yacyretá, desde el nivel del mar hasta los 1.200 m de altura. También se instaló en algunas cuevas (como Tres de Mayo, en Misiones) con

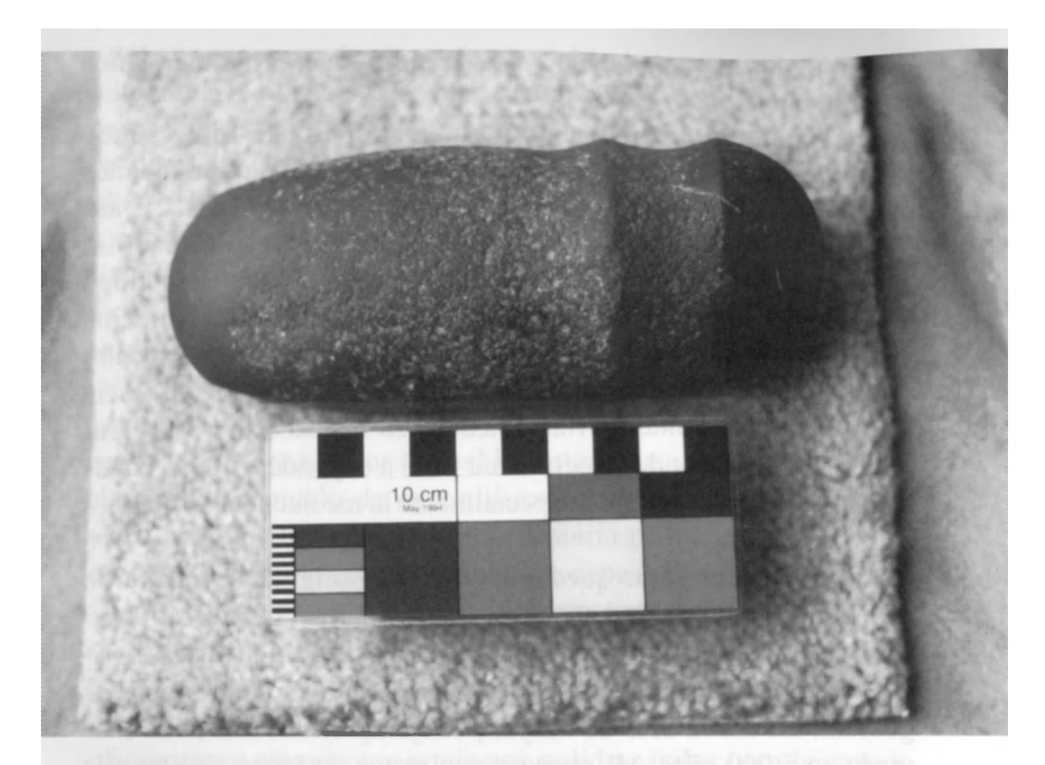
características excepcionales para la conservación de elementos culturales.

A comienzos del Holoceno el clima era bastante frío; es muy probable que las poblaciones Humaitá hayan ocupado ambientes de sabana, en las proximidades del bosque de araucaria. Al aumentar la temperatura, éste se retrajo, quedando confinado al planalto brasileño y las sierras de Misiones y Paraguay, al tiempo que avanzaba la selva subtropical. Los campamentos de Humaitá, que al principio eran abudantes en las costas del alto Paraná y alto Uruguay, gradualmente se fueron desplazando hacia el este, hacia las regiones más altas y frías ubicadas en las cabeceras del Uruguay y el Jacuí, donde su economía pasó a depender cada vez más de los productos forestales, especialmente la recolección de piñones de araucaria.

Las poblaciones que quedaron en el área original se adaptaron en forma creciente al avance de la selva, y permanecieron allí hasta el año 1.000 d.C., cuando llegaron al territorio los primeros agricultores amazónicos, conocidos históricamente con el nombre de guaraní. La cueva Tres de Mayo, por ejemplo, con una edad estimada en 5.000 años AP, proporcionó restos de fauna similar a la actual, especialmente tapir y corzuela, y también tatú, iguana, comadreja, monos, lobito de río, puma, ratones de campo, cuy, carpincho, nutria, pecarí, peces y aves. Sus ocupantes dejaron un rico material trabajado en hueso y cuerno de corzuela, a veces con decoración grabada: anzuelos, perforadores y puntas de proyectil. También elaboraron cuentas de collar y pendientes recortados en valvas de moluscos, y cepillos para madera confeccionados con grandes caracoles terrestres. En las excavaciones se recuperaron cuatro enterratorios humanos, de una población con características sensiblemente similares a los actuales guayaquí.

Tallaron bloques o lascas nucleiformes de rocas volcánicas y también guijarros de metacuarcita, cuarzo, sílex y calcedonia para obtener grandes bifaces toscos, a veces curvados como un búmeran, descriptos con los nombres de "clavas" o "picos". También produjeron machacadores, raspadores de diversas formas, cuchillos, perforadores, lascas con filo natural, con filo retocado y con muescas, pulidores de arenisca y quiebracocos.

En etapas avanzadas, Humaitá produjo elementos de piedra pulida o semipulida: hojas de hacha, bolas de boleadora con y sin surco, molinos planos, manos de mortero y piedras con hoyuelo.




*Hacha con cintura para enmangar. Esperanza. El Lucero, Santa Fe.*

En Rio Grande do Sul se encontraron esculturas, representando figuras de animales o humanas con una depresión en el vientre, interpretadas como recipientes para ofrendas ceremoniales, o como morteros para triturar sustancias alucinógenas.

Los instrumentos de piedra tallada (hachas, clavas, mazas) se utilizaron en la recolección de diversos productos del bosque, como piñones, miel y raíces, en el laboreo de madera y, quizás, en alguna práctica hortícola. En épocas tardías los grupos Humaitá adoptaron la cerámica y, posiblemente, también la agricultura, especialmente el maíz, proveniente de la floresta tropical.

## LOS CAZADORES PEDESTRES DE LA LLANURA CENTRAL

Sobre la cuenca del Paraná medio no se ha registrado, hasta ahora, la presencia de restos arqueológicos tan antiguos como los del alto Paraná o el río Uruguay. Fracasaron los intentos por loca-

lizar restos físicos de un "hombre fósil" en la provincia de Santa Fe, y tampoco fue posible encontrar otros indicios de su presencia, como instrumentos o huellas de cortes, en los numerosos restos de fauna pleistocénica que afloran en las barrancas.

Algunos centenares de años antes de la Era Cristiana, un pueblo procedente del oeste ocupó la cuenca del Salado y de los Saladillos. Venía, probablemente, del borde de las lagunas originadas a comienzos del Holoceno por el derretimiento de los hielos de la última glaciación, transformadas en salinas por los procesos de desecación. Lo constituían bandas de cazadores y recolectores pedestres, cuyos asentamientos más antiguos se encuentran en el subsuelo de la ciudad de Mendoza, en Córdoba, entre las Salinas Grandes y el pie de la serranía, y en algunos parajes de la provincia de San Luis: pampa de las Salinas, sierra de las Quijadas, y salina del Bebedero. El clima había sido benigno en esa región, y los lagos y lagunas albergaban una rica fauna constituida por venados, ñandúes, guanacos y aves acuáticas.

En el Nordeste, por el contrario, predominaban condiciones ambientales frías y secas, marcadamente áridas. Los fuertes vientos procedentes del sur erosionaron el suelo formado durante el Holoceno medio, y lo transportaron convertido en enormes nubes de un polvillo impalpable y gris, que finalmente se depositó, en forma de manto, sobre los accidentes del terreno. En el paisaje faltaba el agua. En los valles abandonados de los ríos, tapados por los sedimentos, el viento se arremolinó labrando depresiones redondeadas, poco profundas, denominadas "hoyas de deflación". En el borde opuesto a la dirección de los vientos dominantes, al amparo de una vegetación de pastizales y arbustos espinosos, se conformaron depósitos de limos y arcillas en forma de media luna. La fauna era parecida a la pampeana o patagónica, con predominio de especies adaptadas al clima seco (armadillos, venados, ñandúes y guanacos), mientras que los animales propios de climas más húmedos (nutrias, carpinchos y aves acuáticas) se refugiaron en el cauce del Paraná y sus afluentes principales.

Durante milenios, estos cazadores recorrieron la llanura central argentina en marchas estacionales, aprovechando los recursos que les proporcionaban los distintos ecosistemas. Desde la cuenca del río Copacabana, y siguiendo el borde de la salina de Ambargasta, alcanzaban el río Dulce, en Santiago del Estero. Y por las travesías cordobesas, tocando la Laguna de los Porongos o la Mar Chi-

quita, podían llegar a la provincia de Santa Fe, donde los primeros hallazgos fueron descriptos en los alrededores de Esperanza; y los principales conjuntos de sitios se encuentran en la cuenca del Salado, en la zona de Reconquista y en la cuenca de los Saladillos.

Fueron maestros en el manejo de los recursos ambientales, y alcanzaron un notable equilibrio entre caza y recolección, estrategia que les permitió sobrevivir durante milenios a las contingencias climáticas. En las inmediaciones del Paraná y sus afluentes agregaron la pesca costera, que practicaban en el invierno, cuando los ríos desbordaban y anegaban el territorio, conformando áreas con lagunas. Al llegar el verano se trasladaban al pie de la serranía, para la explotación de los algarrobales maduros.

Hay áreas ecológicamente privilegiadas, generalmente en las proximidades de fuentes de agua importantes, donde la concentración de restos indica, más que una alta densidad de población, reocupaciones periódicas a lo largo de mucho tiempo: margen norte de la laguna Blanca, en el departamento de San Justo; la cuenca del arroyo Saladillo Arizmendi, o las márgenes del río Salado en los alrededores de Esperanza. Se conocen también sitios pequeños, que podrían evidenciar un episodio migratorio, o la presencia de un grupo de cazadores desprendidos del campamento base en busca de alimentos. Podemos mencionar como ejemplo el sitio San Cristóbal I, en la provincia de Santa Fe, o los sitios Pozo de las Ollas y Laguna de la Sal, en la cuenca inferior del río Dulce, en la provincia de Córdoba. Ocuparon con preferencia las lunetas de arcilla formadas en los bordes de las cuencas de deflación, que a veces se transformaban en lagunas, o los albardones del Salado y otros cauces menores. Desde allí accedían al agua con mayor facilidad, especialmente durante los episodios de sequía.

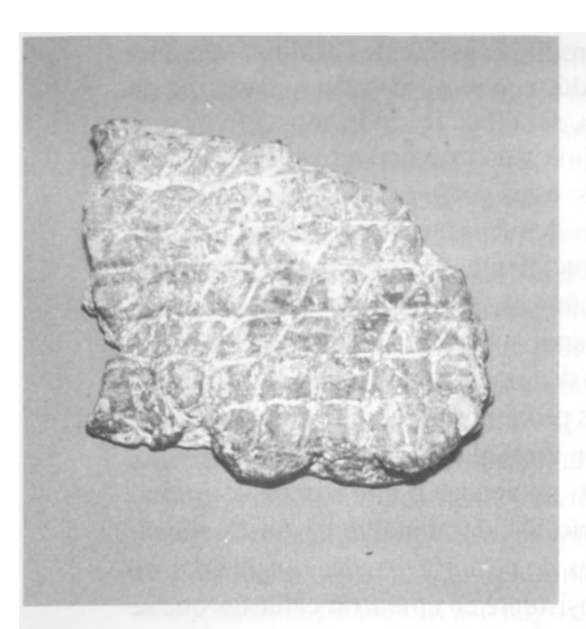
Construyeron hornos subterráneos, en forma de pera o campana —llamados "botijas" en San Luis y Mendoza— que utilizaron para la cocción de alimentos. Sus paredes adquirían, a causa de la temperatura, el color y la textura del ladrillo, y al ser cortadas por la erosión se presentan como anillos rojizos. Se encuentran aislados, reunidos en pequeños conjuntos o conformando agrupamientos de más de un centenar de unidades, con una a siete bocas de 40 cm de diámetro cada una. A veces aparecen por debajo de un suelo enterrado, decapitado por la erosión, con más de 4.000 años de antigüedad, aunque la mayoría de ellos pueden fecharse entre comienzos de la Era Cristiana y la conquista española. En algunos se

recuperaron restos de fauna propia de ambientes áridos a semiáridos: huesos de guanaco, ñandú, venado y peludo, y cáscaras de huevos de ñandú; en Córdoba, semillas de algarrobo.

La incorporación de la cerámica no provocó variaciones fundamentales en el estilo de vida de estas poblaciones, que se mantuvo estable a lo largo de varios miles de años. Con arcilla a la que agregaron trozos molidos de recipientes viejos o rotos, fabricaron piezas semiesféricas o troncocónicas. A veces, las superpusieron y unieron por los bordes, originando un recipiente de mayor capacidad. Tanto las formas como la decoración suelen variar en función de la procedencia: en los sitios próximos al Paraná predominan las bases convexas y la decoración formada por fajas pintadas de rojo, o guardas geométricas incisas, punteadas o con surcos de impresiones rítmicas. Al oeste del río Salado abundan las bases cóncavas o planas y las impresiones de cestería y redes, originadas en una técnica de fabricación consistente en embarrar canastas que se retiraban antes de la cocción, o se quemaban durante la misma.



*Hornito de tierra cocida, con tres bocas para cocinar, de Esperanza. La Pelada, Santa Fe.*



*Fragmento cerámico con impronta de red, de Esperanza. Coronda, Santa Fe.*

Fabricaron instrumentos de piedra tallada y pulida. Entre los primeros, lascas con filo, raspadores, cuchillos y puntas de proyectil triangulares, con pedúnculo y aletas. En los sitios de campamento se los encuentra acompañados de lascas pequeñas, escasos núcleos y los residuos de la talla. La escasez de materia prima en el territorio santafesino los obligó a traerla desde muy lejos: las Sierras Pampeanas, la costa entrerriana o las sierras de Tandilia y Ventania. A veces, obligados por la necesidad, utilizaron materias primas de baja calidad (areniscas, cuarcitas o madera fósil). Algunos instrumentos fueron transformados y reutilizados, como las puntas de proyectil rotas, retocadas para conformar raspadores. Los núcleos fueron utilizados hasta el límite de posibilidades, y solamente se los desechó cuando ya era imposible manejarlos. Entre el material pulido, elaborado en rocas metamórficas de las Sierras Pampeanas, se destacan las hachas con cintura para el enmangado, de tamaño mediano a grande, las piedras de boleadora con o sin surco, los elementos de molienda y los pulidores para confeccionar artefactos de hueso.

En sus desplazamientos, los habitantes de la llanura tenían la costumbre de transportar los restos de los familiares muertos para enterrarlos en las "terminales" del viaje, conformando paquetes compactos que podían incluir restos de varios individuos. A veces el contacto con las aguas del Salado los cubrió con una capa dura y oscura formada por sales calcáreas, lo que enmascaró el hueso y le dio aspecto fósil.

Un paisaje similar al descripto para la llanura central puede observarse en el sur de la provincia de Santa Fe. Las redes fluviales más importantes, desarrolladas hace 30.000 a 50.000 años, son la del río Quinto, que penetraba desde Córdoba con rumbo

oeste-este, y la del Carcarañá, que con rumbo sudoeste llegaba hasta la provincia de Buenos Aires. En la actualidad no existe allí ningún río activo, y los cauces abandonados y colmatados están ocupados por lagunas. Los paleocauces se comportan como acuíferos, permitiendo que el líquido se desplace entre las partículas de sedimento, recogiendo los desbordes del río Quinto y transportándolos, con algunos meses de retardo, desde Córdoba a Santa Fe.

Hace 2.000 a 3.000 años, por los antiguos cauces parcialmente secos, circulaba la única reserva de agua, que afloraba en el fondo de las depresiones cavadas por el viento. Abrevadero obligado de una fauna constituida por especies típicas de la pampa —venados, guanacos, ñandúes, roedores y armadillos—, constituyeron un fuerte foco de atracción para los cazadores provenientes de la pampa y la Patagonia, que recorrieron la estepa sin árboles, hasta épocas históricas.

Estos pueblos obtenían los recursos básicos para la subsistencia mediante la caza a distancia con boleadoras y flechas, complementando la dieta con la recolección y elaboración de productos vegetales. Los pocos instrumentos que componían su ajuar, así como la materia prima para elaborarlos, tenían el peso y volumen apropiados para el transporte durante las largas marchas a pie. Los asentamientos más importantes están en los alrededores de Villa Cañás, sobre médanos semilunares que bordean las antiguas hoyas de deflación.

Confeccionaron artefactos líticos tallados en cuarcitas, ópalo y cuarzo blanco procedentes de las sierras de Tandil-Olavarría, o de las Sierras Pampeanas, especialmente raspadores y perforadores, utilizados en la preparación de cueros y maderas, o puntas de flecha para cazar. Algunos raspadores no son mayores que una uña, lo que hace pensar que se usaron enmangados. La presencia de puntas, en proceso de elaboración, y gran cantidad de pequeñas lascas y esquirlas, permite concluir que traían al campamento los núcleos de materia prima, y allí fabricaban o retocaban los instrumentos. Elaboraron, también, artefactos de piedra alisada o pulida en rocas eruptivas y metamórficas: bolas de boleadora, con o sin surco, morteros aplanados y sus manos para moler semillas, piedras con hoyuelos poco profundos, para triturar frutos y hachas con cintura, chicas a medianas.

Hace años, en la Chacra Burqui de la localidad de Carcarañá, se

encontraron unos 60 artefactos, que estuvieron envueltos en una bolsa de cuero: puntas de flecha de diverso tipo, pequeños bloques de óxido de hierro y grandes lascas talladas de cuarcita metamórfica de color blanco. Descriptas en su momento como "hachas de mano", "raspadores" y "raederas", hoy se las considera núcleos destinados a la elaboración de artefactos más delicados. Se trataba de una valiosa reserva de materia prima de buena calidad, acarreada a lo largo de centenares de kilómetros y enterrada cuidadosamente, con la idea de recuperarla en el futuro.

Estos grupos produjeron escasas piezas cerámicas, con superficies lisas o con decoración incisa, raramente pintadas de rojo. A veces, la pasta presenta granos de arena rojiza, indicando una fabricación local. Los motivos decorativos y la presencia ocasional de caracoles marinos en los campamentos, en cambio, permite establecer relaciones con la costa del Río de la Plata.

Los restos humanos presentan un gran desgaste en algunas piezas dentarias, indicando que se las usó como herramienta para cortar, curtir o sostener cueros o fibras vegetales. En la Laguna del Pedernal fue encontrado un cráneo femenino, con deformación artificial circular, provocada durante la infancia mediante ligaduras apretadas.

Cuando Sebastián Gaboto llegó a la desembocadura del río Carcarañá, tomó contacto con los querandíes, un pueblo "vecino del pie de las sierras", que usaba elementos de piedra y objetos de metal trocados a los "indios barbados" de la serranía cordobesa. En el Carcarañá y el Coronda pescaban, secaban y ahumaban el pescado, y derretían la grasa para hacer "manteca", preparando el excedente para las épocas de escasez. En el verano se alejaban hacia el oeste, siguiendo el curso del Carcarañá, enfrentando una travesía de ocho a diez días, con etapas de hasta tres días sin agua. Entonces bebían la sangre de los venados, que cazaban con boleadoras, después de perseguirlos hasta el agotamiento.

El capitán César, enviado por Gaboto en pos de los querandíes, vagó durante meses por los peladales desiertos, y regresó con historias febriles en que se mezclaban el delirio provocado por el hambre y la sed, las referencias vagas aportadas por los indígenas, y el deseo irrefrenable de riquezas portentosas. Nació así la leyenda de la "Ciudad de los Césares", de techos y pavimentos de oro, buscada desde los Andes al estrecho de Magallanes, espejismo cruel que consumió vidas y haciendas ganadas en la conquista del

Cuzco, el Potosí o Cajamarca. Por ironía del destino, el oro real, arrebatado a los incas por la fuerza, se perdió en la búsqueda de ese otro oro ficticio, reflejo de su propio resplandor dorado en el espejo inmenso de la llanura argentina.

## *CAZADORES Y PESCADORES. EL ECOSISTEMA FLUVIAL*

Entre 1.500 y 1.000 años atrás, las condiciones áridas del Nordeste comenzaron a cambiar. Después de 2.000 años volvieron las lluvias, que aumentaron el caudal de los grandes ríos y sus tributarios; se formaron la selva misionera y el parque chaqueño; en los albardones costeros creció el bosque en galería, y la llanura pampeana se transformó en una estepa graminosa, dando origen a los suelos negros actuales, ricos en humus.

Los recursos disponibles aumentaron en calidad y cantidad, favoreciendo la expansión de los grupos aborígenes y el incremento de la densidad de población. Algunos pueblos se adaptaron gradualmente a los ecosistemas acuáticos, pasando a depender de éstos en forma progresiva. La disponibilidad de árboles, con troncos robustos, permitió la construcción de grandes canoas monóxilas (de un solo cuerpo), lo que posibilitó la navegación de los ríos principales. Con la canoa, el Paraná y el Uruguay dejaron de ser vallas y se transformaron en caminos. A partir de entonces, los pueblos costeros pudieron utilizar indistintamente la orilla derecha o la izquierda, y ocupar toda la llanura aluvial, aprovechando no solamente la fauna ribereña sino también la existente en los riachos y lagunas del cauce principal.

Alrededor de 1.500 años AP, la mayor parte de los pueblos de la cuenca del Plata había aprendido las técnicas de manejo y cocción del barro, procedentes de la boca del Amazonas o el Mato Grosso. El conocimiento de la cerámica pasó gradualmente de un pueblo a otro, mediante procesos complejos que recién empiezan a conocerse, y no afectó a todos por igual. Para algunos grupos, ubicados preferentemente en la selva tropical, significó un cambio fundamental en el modo de vida, al permitirles la utilización de las variedades amargas de la mandioca. Como contienen diversas proporciones de ácido cianhídrico, su ingestión es mortal si no son procesadas adecuadamente, lo que requiere un equipo especial:

ralladores de cerámica, prensas flexibles de fibras vegetales para exprimir la pasta, y grandes fuentes chatas para tostarla, transformándola en harina. Es el caso de los tupí, establecidos entre el Amazonas y la costa atlántica.

Otros pueblos, como los antecesores de los charrúas del Uruguay o los tobas y mocobíes del Chaco, adoptaron la cerámica sin modificar demasiado su modo de vida cazador-recolector. Unos pocos, finalmente, como los guayaquíes, llegaron a épocas históricas sin usarla, cambiando directamente los recipientes de cuero, cestería impermeabilizada con cera o corteza, por las ollas metálicas que trajeron la Conquista y colonización europea.

En la cuenca del río Uruguay medio, especialmente en las proximidades del Salto Grande, los primeros ceramistas se establecieron alrededor de 400 años a.C., y perduraron allí durante 2.000 años. Sus campamentos eran medianos (entre 1.000 y 3.000 m²), y ocupaban las terrazas fluviales más bajas y las islas del cauce, cubiertas por el bosque en galería. Fueron excavados por Amílcar y Jorge Rodríguez y la Misión Internacional de la UNESCO, en una de las primeras experiencias de Arqueología de Rescate de la Cuenca del Plata.

Se encontraron fogones, rodeados por restos de alimentación, y numerosos enterratorios secundarios de adultos y niños de una población de baja estatura. Los familiares habían agrupado los restos descarnados, especialmente cráneos y huesos largos, conformando un paquete que cubrieron con ocre molido. Tras enterrarlos superficialmente, encendieron sobre ellos un fuego, marcando algunas sepulturas con bloques de basalto.

Las condiciones favorables del área permitieron un cierto grado de sedentarismo. Los desplazamientos fueron frecuentes pero de pequeña magnitud, motivados por las crecientes más que por el agotamiento de los recursos alimentarios. Predominaron los movimientos verticales (de la terraza inferior a niveles más elevados) sobre los horizontales. Hacia el sur del Salto Grande, en la zona de Paso Vera, los médanos cubren los restos de extensos campamentos con abundante material cerámico y lítico.

Los pobladores del Salto Grande cazaron y consumieron una rica fauna, que incluye dos especies de ciervo, así como peludo, vizcacha, carpincho, nutria, ñandú, armados, bagres, pacú y boga. Indica una dieta equilibrada, que utilizó recursos provenientes del cauce principal, arroyos afluentes, lagunas y esteros; y también de

áreas abiertas con pastizales, donde incursionaron en algunas oportunidades. Con huesos de mamíferos (especialmente de ciervos) elaboraron diversos tipos de puntas de proyectil, perforadores, punzones y colgantes para adorno. Hacia el 1.100-1.400 d.C. el clima se tornó más templado, permitiendo la proliferación de un caracol de aguas subtropicales, correspondiente al género *Felipponea*. Lo consumieron en el Salto Chico y lugares cercanos, donde sus valvas abandonadas en la orilla conforman concheros de varios centímetros de espesor.

Fabricaron pequeñas vasijas semiesféricas de color gris o sepia, a veces con agujeros de suspensión. Para confeccionarlas usaron barros locales que contenían arena fina, espículas de esponja de río y granos de óxido de hierro o de calcita. Algunas fueron decoradas mediante incisiones de línea llena o puntos, formando guardas paralelas al borde externo con motivos geométricos muy simples: rectas, ángulos, zig-zag, a veces reticulados. En algunas oportunidades trazaron fajas con pintura roja, o pintaron todo el inte-



*Boca de la laguna Blanca, Entre Ríos. Recolección superficial en un taller lítico.*

rior de la pieza. Ocasionalmente, recortaron o modelaron el borde de los recipientes, formando ondas u otros motivos sencillos.

Como sus probables ancestros, los cazadores sin cerámica de Ivaí, también tallaron la piedra, aunque se advierte un decaimiento general en la calidad y variedad de los artefactos. Como núcleos, emplearon pequeños guijarros de cuarcita, calcedonia y ágata, de los que obtuvieron lascas y escasos instrumentos, pequeños y mal trabajados. También produjeron algunos elementos total o parcialmente pulidos, como piedras con hoyuelo, bolas de boleadora medianas y pequeñas, bolas erizadas, piedras lenticulares para arrojar con honda, molinos planos y manos de mortero.

Al otro lado de la Mesopotamia, en las costas del Paraná medio, se han registrado dos entidades principales, correspondientes a pueblos cazadores, pescadores y recolectores con cerámica, cuyas relaciones mutuas no están claras todavía.

La primera, Cancha de Luisa, es obra de una población de baja estatura, que presenta alguna similitud con los grupos ceramistas del Salto Grande. La posición estratigráfica que ocupan sus restos y el tipo de sedimento en que se encuentran permiten estimar un poblamiento temprano, cercano al comienzo de la Era Cristiana, cuando todavía las condiciones ambientales en el Paraná medio eran bastante áridas. Es posible que los asentamientos principales fueran campamentos semipermanentes. Ocupaban las lomadas altas que dominan la desembocadura de los arroyos Hernandarias y Las Conchas, a cubierto de las crecientes. Otros sitios, más pequeños, fueron emplazados en las islas de la llanura aluvial, o en la terraza del Paraná. En la isla Rolón, frente a la actual población santafesina de Cayastá, se conformó un gran cementerio, con entierros secundarios constituidos por huesos largos y cráneos de niños y adultos.

Los restos de animales consumidos parecen indicar un equilibrio entre las especies provenientes del río (numerosas variedades de peces pequeños y medianos, mamíferos acuáticos como la nutria y el carpincho, y valvas de moluscos) y las capturadas en la llanura vecina (ciervos, huevos de ñandú). También se encontraron huesos de jaguar y un cánido grande, quizás un perro doméstico.

Fabricaron piezas cerámicas hemisféricas, lisas o decoradas con pintura roja, a veces con bordes recortados o incisos. Como antiplástico usaron los fragmentos triturados de vasijas rotas, una



*Sitio Las Mulas en bajante, cultura Goya Malabrigo, Entre Ríos.*

característica que se repite en toda la alfarería del Paraná medio. Como las del Salto Grande, las vasijas presentan agujeros en el borde, para colgarlas mediante una tira de cuero o soga.

Aprovecharon núcleos de una arenisca local, de color amarillento, de la que extrajeron lascas medianas o grandes, produciendo pocos instrumentos definidos, especialmente raspadores y raederas de diverso tipo. En sus campamentos se encontraron hachas con cintura para el enmangado, piedras con hoyuelos para romper semillas, y boleadoras. No se localizó ninguna punta de proyectil, lo que indica que cazaban las presas mediante boleo, trampas o el empleo de armas con punta de madera. Casi no fabricaron instrumentos de hueso. Solamente se recuperó un colgante, consistente en media mandíbula de jaguar perforada.

La otra entidad, Goya Malabrigo (denominada "Cultura de los Ribereños Plásticos" en la bibliografía anterior a 1970), presenta mayor vinculación con el ambiente de islas y costas bajas e inundables, del que raramente se apartó. En la zona de Reconquis-

ta fue fechada a comienzos de la Era Cristiana, pero su máxima expansión se produjo alrededor del año 1.000 d.C., coincidiendo con la mejoría de las condiciones climáticas.

Los campamentos pueden tener 100 m² y un débil estrato cultural, indicador de una estadía breve, o hasta 10.000 m² e indicios de reocupaciones sistemáticas durante más de 1.000 años. Están próximos a lagunas y esteros, por lo general sobre pequeñas elevaciones naturales parcialmente incrementadas por la actividad humana. Aparecen dispersos en el Paraná medio y la desembocadura de sus afluentes principales, desde el Bermejo al Delta, y en el río Uruguay hasta las islas del Salto Grande. También se los encuentra en la costa bonaerense del Río de la Plata, y en la costa uruguaya hasta más allá de la desembocadura del río Negro. A veces se instalaron en sitios ocupados previamente por otros pueblos, de los que se diferenciaron por las características peculiares de su cerámica. En casi todos ellos llevaron a cabo múltiples actividades: durmieron, trozaron piezas de caza, cocinaron y consumieron alimentos, confeccionaron y dieron de baja la cerámica, enterraron sus muertos con rituales complejos. Otros, por el contrario, solamente fueron utilizados para alguna actividad específica, especialmente como cementerios. Casi todos están en áreas altamente favorables para la subsistencia, y muchos de ellos son habitados en la actualidad por pescadores y nutrieros.

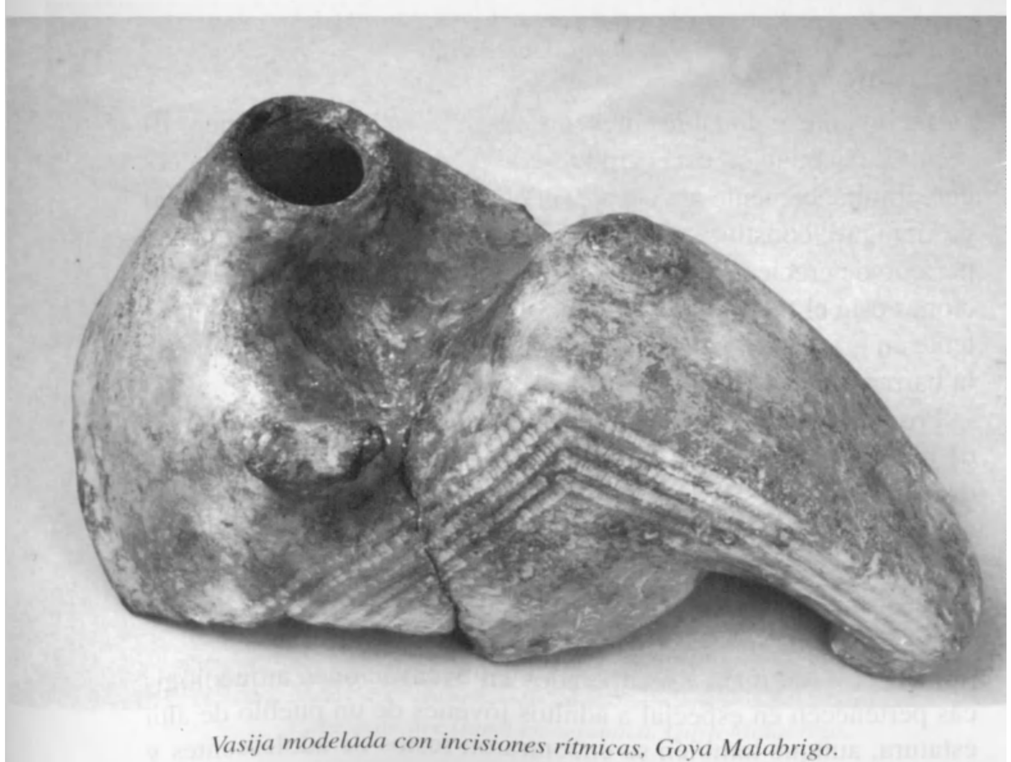
Estos pobladores de las islas pescaron con aparejos compuestos por pequeñas pesas de cerámica o piedra y anzuelos de hueso, o con redes y arpones; y cazaron con arco y flechas de punta de hueso. Ocasionalmente usaron la boleadora. Sus desplazamientos, realizados en canoa, estaban relacionados con los movimientos de la fauna y regulados por los ciclos de crecientes y bajantes del Paraná y sus tributarios. En algunos yacimientos, como Paraná Miní I, en las islas frente a Goya, fueron encontrados huesos de guanaco, lo que indican la presencia de fauna pampeana en las costas del Paraná hasta por lo menos el año 1.000 d.C.

Fueron grandes ceramistas. Elaboraron recipientes semiesféricos o semiovoides abiertos (platos, fuentes) o cerrados (ollas, cántaros), con diversos tipos de asas y tamaños variados, desde miniaturas a piezas de 50 cm de altura. Los pintaron de rojo o trazaron guardas y motivos complejos (combinaciones de triángulos, cuadrados concéntricos, escalonados) con incisión de surco rítmico, líneas llenas, puntos e impresiones de uñas. En los bordes agrega-

ron apéndices recortados o modelados, muy característicos, representando cabezas de animales. Generalmente se trata de loros, pero también hay otras aves (halcones, lechuzas, diversos pájaros), mamíferos (nutrias, carpinchos, monos, felinos, lobitos de río, cánidos, murciélagos, osos meleros y guanacos) y efigies humanas.

Entre las formas más interesantes están las "campanas", de función desconocida: un cuerpo cilíndrico o troncocónico abierto en ambos extremos, con un apéndice modelado en la parte superior, representando una cabeza de loro de estilo naturalista o estilizado, de tamaño proporcional a la pieza. Elaboraron plomadas para redes y para líneas de pesca, contrapesos circulares perforados para el huso de hilar, pendientes y otros tipos de adorno, pipas, cuentas de collar y cucharas.

Confeccionaron artefactos de piedra, que aparecen en los asentamientos en forma irregular. En la laguna Blanca, próxima a la desembocadura del arroyo Feliciano en el Paraná, hay una cantera y un gran taller para elaboración de material lítico. El sitio, aunque



*Vasija modelada con incisiones rítmicas, Goya Malabrigo.*



*Puntas de proyectil y artefactos de hueso. Goya Malabrigo. Las Mulas. Entre Ríos.*

es fácilmente inundable, presenta una ubicación estratégica. El sector de habitación está dispuesto de tal modo que permite acceder simultáneamente al cauce del Feliciano, a la laguna y al canal de desagüe, constituyendo un lugar ideal para la pesca tanto en período de creciente como en bajante del Paraná. En sus inmediaciones está el taller, y al otro lado de la laguna la cantera, consistente en grandes bloques y lajas de arenisca derrumbadas al pie de la barranca.

Produjeron cuentas de collar circulares, recortadas sobre valvas de moluscos, y abundantes artefactos en hueso, a veces con guardas o representaciones zoomorfas grabadas: puntas de flecha huecas y planas, puntas de arpón con cabeza desprendible, anzuelos, tubos y espátulas. También astas de ciervo cortadas y perforadas en el centro, interpretadas como "enderezadores de flechas", o como "bastones de mando".

Los restos humanos recuperados en excavaciones arqueológicas pertenecen en especial a adultos jóvenes de un pueblo de alta estatura, aunque también se encontraron restos de adolescentes y

niños. Hay entierros primarios extendidos, de espaldas o de boca, y paquetes funerarios correspondientes a uno o más individuos, transportados desde sitios lejanos. Todos presentan buena dentición y aspecto saludable, indicador de una dieta balanceada en proteínas, grasas e hidratos de carbono. A veces se enterraron cuerpos mutilados, sin cráneo, o con los pies seccionados. Frecuentemente se hacían ofrendas de comida (peces, mandíbulas de nutria, moluscos) y otros elementos: puntas de flecha de hueso, cuentas de collar, cabezas de loro modeladas en cerámica, etc. En algunas ocasiones se celebraron ceremonias complejas: rompieron vasijas sobre el cadáver, lo pintaron con óxido de hierro, le ofrendaron falanges humanas, y al menos en un caso (La Palmera II), una mano completa. Algunos adornos de carácter excepcional encontrados en sepulturas, como plaquetas de cobre y cuentas de malaquita, indican la existencia de cadenas de intermediación que permitían el intercambio de elementos suntuarios con el Noroeste argentino.

El Paraná desemboca en el Río de la Plata mediante un delta. Se



*Cabeza de ave (loro) en cerámica, Goya Malabrigo.*

trata de una región de geomorfología compleja, que combina rasgos de acción fluvial y marina. Fue poblada tardíamente por el hombre, y presenta características culturales bastante peculiares. El sector norte, ubicado entre las localidades de Diamante y Victoria, es una llanura de inundación muy antigua, de fines del Pleistoceno o comienzos del Holoceno. Estuvo emergido y en condiciones de ser habitado desde por lo menos 10.000 años atrás. Es el menos conocido y resulta interesante la presencia de una cerámica de color negro, fina, con antiplástico de tiestos molidos.

El sector medio fue cubierto por las aguas de la última ingresión marina, que culminó 5.200 años atrás, y dejó cordones litorales de conchillas, en los que de vez en cuando se encuentran restos de ballenas. Es el más complejo: presenta una cadena de médanos, playas marinas y una albúfera o laguna litoral, modificados por las mareas y la acción fluvial. El Delta inferior es el sector más moderno. Comenzó a formarse hace unos 1.000 años, cuando el cambio de las condiciones climáticas aumentó la capacidad de transporte del Paraná, permitiendo la formación de islas. En la actualidad, los depósitos deltaicos crecen, por avance frontal sobre el Río de la Plata, a una velocidad de 70 metros por año.

Las poblaciones del Delta se establecieron sobre los "cerritos", elevaciones elípticas o circulares de 50 a 300 m de diámetro y 1 a 2 m de alto. Suelen tener origen mixto: limos y arcillas depositados por las aguas sobre viejas cadenas de médanos disipados, incrementados en su altura por los pobladores prehispánicos, históricos y actuales. Constituyen apenas el 15 al 20% de la superficie insular, y están concentrados en los albardones perimetrales de las islas, más altos y próximos a los cauces activos. Esta posición favorecía las comunicaciones y el control diario del río. En el interior de las islas existen albardones de menor altura, que pudieron constituir una fuente importante de recursos faunísticos y florísticos, y áreas secundarias de ocupación. En los "cerritos" se realizaron simultáneamente diversas actividades, aunque las áreas de enterratorio y habitación solían estar en sectores diferentes.

En el sitio Lechiguanas I, María A. Caggiano localizó los restos de un campamento temporario de cazadores y pescadores, correspondiente a la primera etapa de ocupación del Delta. Se trata de una lente arenosa muy humificada, ubicada entre dos niveles estériles, constituidos por valvas de caracoles depositados en canales cegados del río Paraná. Contenía abundantes restos fragmentados

de peces (armados y surubís), nutrias, ciervos y guanacos, y algunos artefactos elaborados en hueso: un conjunto de cinco puntas de arpón; tres fragmentos de cornamenta de ciervo con el extremo biselado, y algunos huesos aguzados e incisos. El nivel superior fue fechado entre 790 y 600 años a.C. Debe tomarse con cautela, ya que la muestra estaba constituida por caracoles de agua dulce, un material rechazado por los laboratorios debido a la fácil contaminación con carbonatos antiguos, disueltos en el agua circulante.

Entre los años 800 y 1.000 d.C., todo el Delta inferior y medio, el bajo río Uruguay hasta el río Negro y ambas márgenes del Río de la Plata fueron poblados por grupos humanos relacionados, que fueron caracterizados, por primera vez, en yacimientos ubicados sobre el riacho Ibicuy.

Los restos de alimentación indican una fauna similar a la actual, con predominio de mamíferos vinculados al ambiente acuático, especialmente nutrias, ciervo de los pantanos y corzuela. La dieta incluía también abundantes peces, particularmente bagres y armados. En menor medida se cazó el pecarí, el hurón, el carpincho, el lobito de río, la comadreja colorada y diversas aves. El hallazgo de estratos espesos constituidos por valvas de moluscos, o concentraciones de frutos calcinados de palmera pindó indica que la recolección de determinados productos animales o vegetales constituía un complemento importante.

Produjeron una cerámica con antiplástico de arena fina, que deja superficies ásperas al tacto. Los recipientes característicos son platos, ollas o escudillas sin asas, de paredes finas y bases convexas. Decoraron la cara externa de algunos recipientes mediante guardas angostas paralelas al borde, formadas por la repetición o combinación de motivos geométricos simples (rectas, ondas, zig-zag, escalonados y triángulos) incisos mediante líneas llenas o puntos. A veces, pintaron toda la superficie, o parte de ella, de rojo, y excepcionalmente de blanco crema. En algunos sitios del Paraná Ibicuy se encontraron embudos de cerámica, interpretados como embocaduras de odres de cuero utilizados para contener líquidos. La presencia de torteros (pesos de huso) de cerámica indica en forma indirecta la elaboración de algún tipo de tejido. En las islas Lechiguanas se fabricó una alfarería algo distinta, con antiplástico de tiestos molidos y nódulos de óxido de hierro, y decoración incisa de surco rítmico.

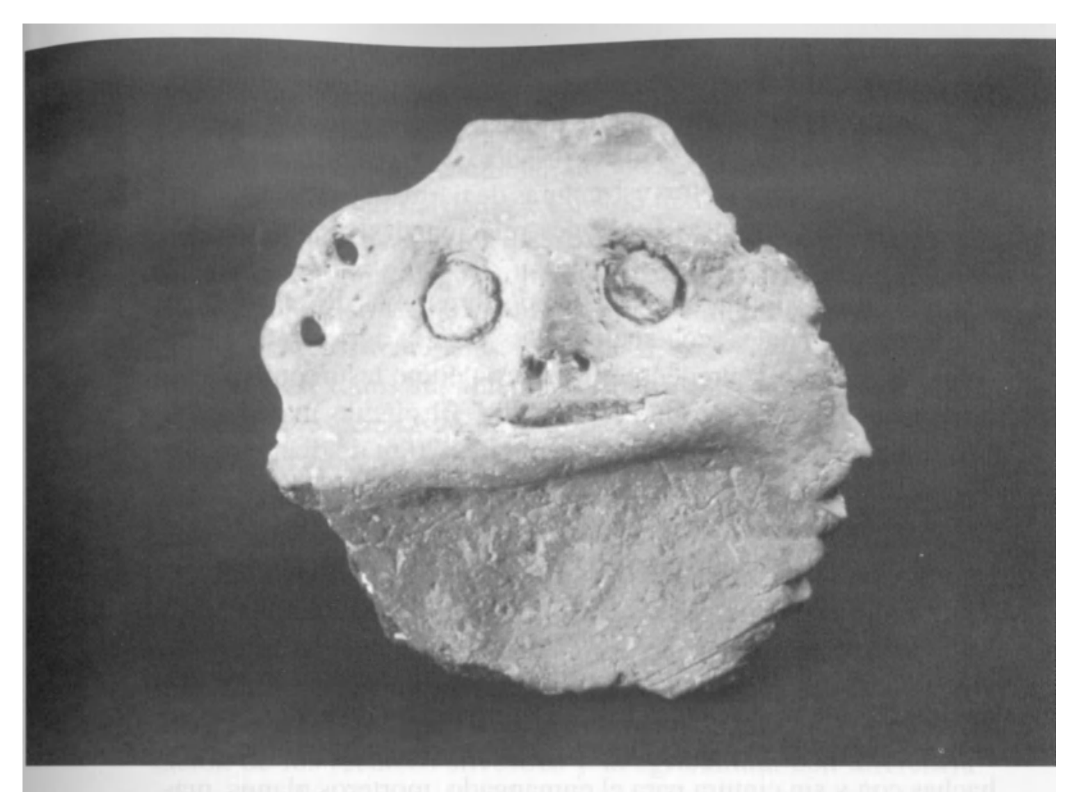
Todos los pobladores del Delta elaboraron variados artefactos

de huesos de aves y mamíferos, en los que a veces grabaron motivos geométricos: tubos, puntas cónicas de proyectil, arpones con base perforada, agujas y punzones. Como los canoeros de Goya Malabrigo, cortaron y perforaron los cuernos del ciervo de los pantanos para confeccionar "bastones de mando", y las astas del guazuncho o corzuela para fabricar punzones. Utilizaron pocos instrumentos de piedra, cuya materia prima suele indicar contactos con la región serrana de la provincia de Buenos Aires, o con el río Uruguay medio: fragmentos de granito y rodados de cuarzo para pulir cerámica, percutores, manos de molino y litos con hoyuelos, algunas puntas de proyectil pedunculadas y con aletas, lascas de ópalo y cuarcita. Conocieron la boleadora y la honda, con las que arrojaban proyectiles ovoides de piedra pulida.

Enterraron a sus muertos, conformando cementerios en sectores separados de las áreas de habitación. En excavaciones arqueológicas se localizaron preferentemente adultos masculinos, en menor medida adultos femeninos y juveniles, y muy escasos restos infantiles. Generalmente se trata de entierros primarios —extendidos o con las piernas flexionadas— rodeados con fragmentos cerámicos y restos de alimentación. A veces, el cadáver fue acompañado por adornos de cobre, indicando una relación directa o indirecta con el Noroeste argentino. En el sitio Ibicuy 1, María A. Caggiano localizó los restos de un individuo masculino adulto, rodeado por fragmentos cerámicos y esqueletos completos de peces, con huesos de un roedor (cuy) en el interior de las órbitas, y un hueso largo de nutria sobre las extremidades inferiores. Estas diferencias en el ajuar fúnebre inducen a pensar en un tratamiento distinto de los individuos, en función de la edad, el sexo y la posición social.

## LA AGRICULTURA COMO FUENTE DE RECURSOS

Los primeros poblados agrícolas se establecieron en la provincia de Misiones hacia fines del primer milenio de nuestra era; el cultivo de vegetales formó parte del patrimonio de dos entidades culturales diferentes: Taquara (o Eldoradense) y Tupí-guaraní. La primera fue datada en Brasil, entre el año 140 y el 1.700 d.C., con una expansión máxima alrededor del 1.000 d.C., coincidente con un pulso climático húmedo. Se trata de una entidad local, origina-



*Apéndice zooantropomorfo, Goya Malabrigo.*

da cuando los cazadores-recolectores de Humaitá adoptaron la cerámica y la agricultura. Sus descendientes históricos, los kaingang, permanecieron en el área sin mayores cambios hasta el siglo XIX.

Ocuparon el planalto meridional, el sur del río Iguazú y la planicie costera adyacente por encima de los 500 m sobre el nivel del mar. La ubicación de sus aldeas les permitía manejar los recursos de tres ambientes: a) la planicie costera, b) las estribaciones del planalto o meseta central, con selva atlántica y pinares, y c) las sabanas del interior, a los que accedían mediante desplazamientos estacionales.

Desde finales del verano permanecían en el dominio del bosque de araucaria, donde recolectaban los piñones, que comían asados o convertidos en harina. Este recurso era predecible y almacenable, y atraía una fauna numerosa y muy variada. Para protegerse de las lluvias del otoño y las nevadas del invierno, construyeron profundas casas semisubterráneas circulares, con techo cónico de paja, a las que se entraba por una escalera tallada en la pared. Cuando

consumían las reservas, ya bien entrado el invierno, se trasladaban a las sabanas o a la selva en galería, donde subsistían mediante la caza, la pesca y la recolección de moluscos y vegetales, y la agricultura de maíz, calabazas y mates (usados como recipientes). Construyeron terraplenes y otras estructuras de tierra, que sirvieron para delimitar huertas y otras funciones relacionadas con la agricultura.

En Misiones, Taquara se estableció sobre lomas de laterita o en sedimentos aluviales, con suelos aptos para la agricultura. En la colonia Eldorado y alrededores quedaron como testimonio nueve terraplenes circulares y uno rectangular. El círculo mayor tenía 176 m de diámetro, y un túmulo central de 20 m de diámetro por 2 m de alto, del que partía una avenida de 400 m de largo.

Fabricaron escudillas pequeñas de cerámica y recipientes de cuerpo globular y cuello alto, con paredes lisas. En las proximidades del círculo mayor de Eldorado se encontraron fragmentos con impresión de cestería, y otros decorados con guardas incisas. Al material lítico tallado, similar al de Humaitá, agregaron instrumentos alisados o pulidos, aptos para actividades relacionadas con la agricultura, la tala y la recolección en ambientes forestados: hachas con y sin cintura para el enmangado, morteros planos, manos de mortero y quiebracocos.

Los tupinambaes de la costa atlántica de Brasil, y los guaraníes de la cuenca del Río de la Plata hablaban lenguas pertenecientes a la familia Tupí-guaraní. Hace 5.000 años sus lejanos antepasados, originarios del Amazonas medio, comenzaron a desplazarse hacia el sur, en un gran movimiento con dos modalidades diferentes: a) desplazamientos radiales, provocados por razones ecológicas, como el agotamiento de los suelos sometidos a la agricultura o las sequías prolongadas, y demográficas; b) migraciones masivas, más lineales, originadas en causas religiosas o conflictos con otros pueblos. Este tipo de desplazamiento se hizo más frecuente a partir de la conquista europea.

Unos y otros compartieron tipos cerámicos similares, con recipientes sin asas y bases cónicas, decorados con tres técnicas diferentes: motivos geométricos finos, pintados en rojo y negro sobre fondo blanco, corrugado por impresiones de dedos, y cepillado. En los sitios tupíes predominó, estadísticamente, la cerámica pintada; y en los guaraníes, la corrugada. Es frecuente el hallazgo de instrumentos de piedra pulida: hachas pequeñas en forma de péta-

lo, bolas de boleadora lisas o con surco, piedras para arrojar con la honda, adornos labiales de cuarzo ("tembetá") y plaquetas perforadas para colgar sobre el pecho.

En su prolongado deambular, las aldeas se dividieron infinidad de veces, quedando aisladas en medio de territorios pertenecientes a otros pueblos, con los que realizaron intercambios. El tronco lingüístico original llegó a diferenciarse en 45 lenguas, y poco a poco se modificó y desmembró el fondo cultural común, integrado por aspectos materiales, simbólicos, sociales y de comportamiento. Casi todos sus integrantes desarrollaron una agricultura adaptada a los suelos de selva tropical y subtropical, denominada "de roza y barbecho", con características particulares en cada caso.

Los tupíes se ubicaron en zonas de clima muy cálido, colonizando San Pablo y el litoral atlántico de Brasil hasta Pernambuco, y basando su economía en el cultivo de las variedades amargas de la mandioca. Los guaraníes prefirieron regiones con clima más templado: la planicie costera atlántica, especialmente en las proximidades de la Laguna de los Patos; y la cuenca del Río de la Plata. Tuvieron una estrategia de subsistencia mixta, basada en la explotación de los recursos silvestres y la agricultura, con diferenciaciones locales que se manifiestan en el tipo de recursos explotados, la importancia atribuida al cultivo y las especies utilizadas. Practicaron una agricultura más generalizada, con predominio del maíz, que también incluía la batata, variedades dulces de la mandioca, zapallos, porotos y maní.

De la pesca, caza y recolección de moluscos obtuvieron proteínas y grasas. De la agricultura y la recolección de plantas y frutos silvestres, hidratos de carbono, vitaminas y minerales, fibras textiles como el algodón y el cháguar, psicoactivos (tabaco, yerba mate, alucinógenos) y plantas mágicas y medicinales. El canibalismo, que tanto atemorizó a los españoles, tenía características fundamentalmente rituales y nunca constituyó una metodología sistemática de apropiación de proteínas.

Los guaraníes llegaron a las nacientes de los ríos Paraná-Uruguay a comienzos de la Era Cristiana. Remontaron el Paraguay hasta Asunción, y descendieron por el Paraná y el Uruguay hasta el Delta, casi sin detenerse en las costas entrerrianas del Paraná y Uruguay medios.

En Misiones establecieron aldeas comunales semisedentarias, cementerios con urnas funerarias y también campamentos en cue-

vas y aleros rocosos. Los sitios suelen estar sobre las costas altas, a cubierto de las inundaciones, o en las islas. Generalmente se encuentran a una distancia de entre 200 y 700 m de los cursos de agua, en las proximidades de pequeños bañados de donde extraían arcillas plásticas ("ñau") para la elaboración de alfarería. Las aldeas estaban constituidas por 2 a 5 viviendas comunales circulares, de 10 a 50 m de diámetro. En el departamento San Javier, María Carlota Sempé excavó parcialmente el sitio Panambí 1, datado en el 900 d.C., donde localizó cerámica vinculada al Delta y evidencias de antropofagia.

En la zona de Yacyretá existen numerosas ocupaciones, y también vestigios aislados, como vasijas o fragmentos de urnas. Se los encuentra en casi todos los ámbitos ecológicos, pero especialmente en las zonas altas, sobre médanos próximos a la costa. Hay un sitio antiguo (San Miguel II), con un fechado de 90 años d.C.; y los restantes son tardíos. Lo mismo ocurre en la costa santafesina, donde la mayor parte de los materiales recuperados procede de las ruinas de Santa Fe la Vieja.

En el Salto Grande, las ocupaciones son esporádicas y aparecen especialmente en las islas, tratándose generalmente de enterratorios o sitios muy pequeños. La ocupación del Delta es muy tardía: 1.500 años d.C. para la isla Martín García. En este ámbito, donde el espacio habitable es menor y las heladas no permiten los cultivos tropicales, las unidades de vivienda fueron más chicas que en Misiones, y la caza y la pesca constituyeron la principal fuente de recursos.

A la llegada de los españoles, el Paraná y el Uruguay eran importantes vías de circulación por las que diversos pueblos se movían en canoas o en balsas, intercambiando bienes y tecnología, e interactuando en diversas formas. En San Javier se encontró una vasija con asas tipo Goya Malabrigo que contenía maíz, cereal que también cultivaban los timbúes de la boca del Carcarañá. Muchas poblaciones costeras usaban paños de algodón provistos por los guaraníes, fumaban tabaco y utilizaban la lengua guaraní para el intercambio. Los guaraníes y payaguaes adoptaban niños y mujeres de los poblados que atacaban, que se convertían en factores activos de aculturación y en lenguaraces calificados. Esta costumbre permitió que se salvara Francisco del Puerto, el grumete de Solís que, ya adulto, fue guía de Sebastián Gaboto desde las costas uruguayas hasta Corrientes y el Pilcomayo.

La conquista ibérica, en sus distintas modalidades, desestructuró a las poblaciones costeras, intensificó las contradicciones intertribales e interétnicas e inició un proceso de etnólisis de carácter irreversible. Si bien en algunos casos sirvió para unir a grupos antagónicos en contra del enemigo común, estas experiencias fueron de carácter limitado en el tiempo y el espacio. A cien años de los primeros contactos, la única manifestación cultural que continuaba expandiéndose en el Nordeste era el idioma guaraní, transformado en "lingua general" por los misioneros jesuitas. Los pueblos sometidos —salvo el guaraní— se consumieron en la miseria y la inacción de las reducciones, y el escenario, en los dos siglos siguientes, fue ocupado por la resistencia heroica de los guaycurúes y los charrúas ecuestres.

# BIBLIOGRAFÍA


Caggiano, María A., "Prehistoria del N.E. argentino y sus vinculaciones con la República Oriental del Uruguay y sur de Brasil", *Pesquisas, Antropología*, 38, Sao Leopoldo, 1984.

Ceruti, Carlos N., "Arqueología". En: *Nueva Enciclopedia de la Provincia de Santa Fe*, Ed. Sudamérica Santa Fe (4): 557-580, Santa Fe, 1993.

Lafón, Ciro René, "El replanteo para la arqueología del Nordeste argentino", *Antiquitas*, 14:1-16, Buenos Aires, 1972.

Lehmann-Nitsche, Roberto, "La astronomía de los vilelas", *Revista del Museo de La Plata*, XXVIII:210-233, Buenos Aires, 1925.

Menghin, Osvaldo, "El poblamiento prehistórico de Misiones", *Anales de Arqueología y Etnología*, XII: 19-40, Mendoza, 1956.

Poujade, Ruth A., "Poblamiento prehistórico y colonial de Misiones", *Estudos Ibero-Americanos*, XVIII (1): 29-70, Porto Alegre, 1992.

Rizzo, Antonia, "Primeras noticias sobre excavación estratigráfica de una gruta en 3 de Mayo. Garuhapé, Misiones", *Anales de Arqueología y Etnología*, XII, Mendoza, 1967.

Rodríguez, Jorge A., "Arqueología del sudeste de Sudamérica". En: Meggers, Betty J. (Ed.) *Prehistoria Sudamericana. Nuevas perspectivas*, Taraxacum, Washington, 1992.

Rodríguez, Jorge A. y Ceruti, Carlos N., "Las tierras bajas del Nordeste y litoral mesopotámico". En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, T.I, Cap. III, Buenos Aires, 1999.

Schmitz, Pedro I., "O mundo da caça, da pesca e da coleta", *Pré-historia do Rio Grande do Sul*, Doc. 05: 9-29. Instituto Anchietano de Pesquisas-UNISINOS, São Leopoldo, 1991.

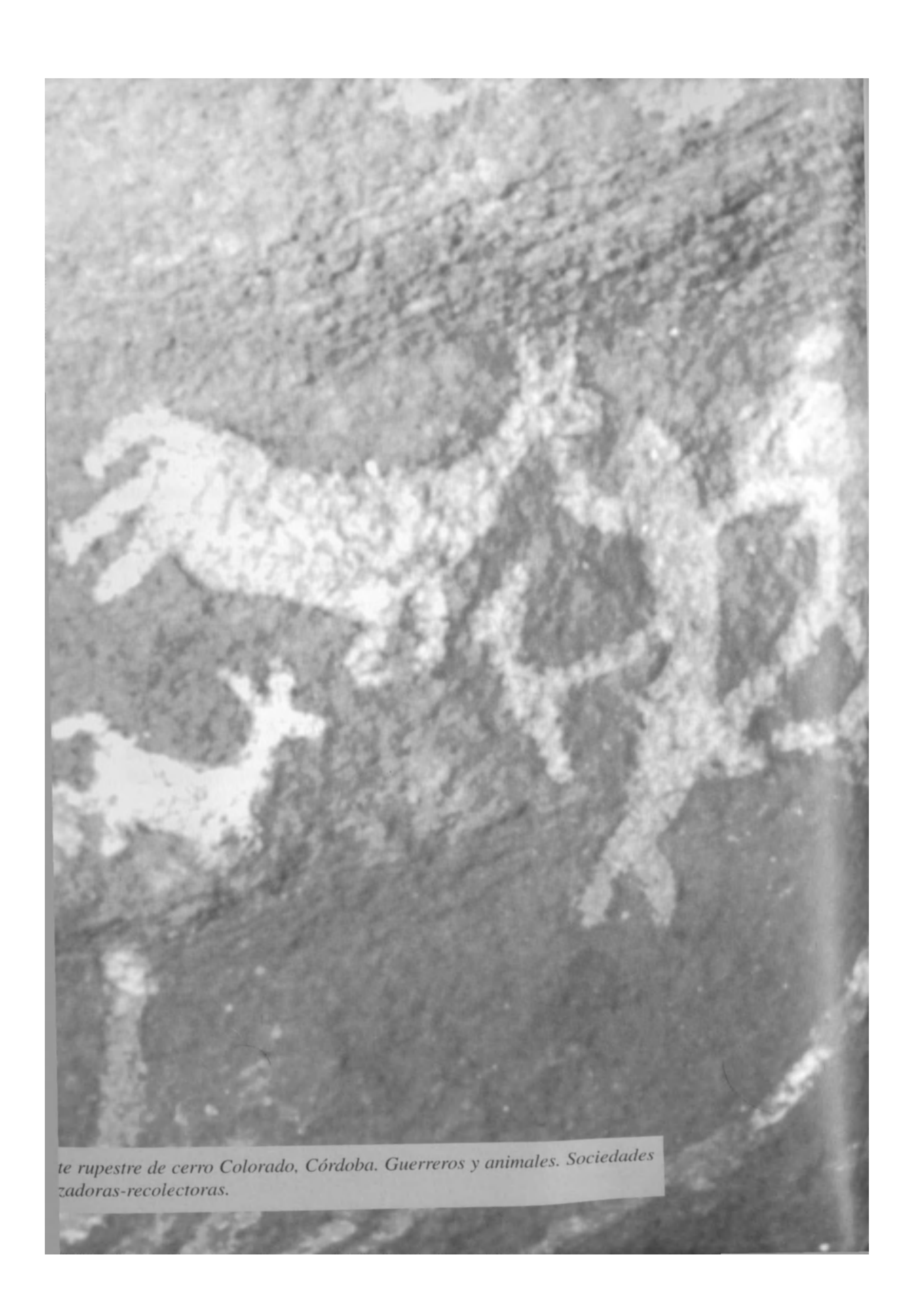
Serrano, Antonio, "Líneas fundamentales de la arqueología del litoral (una tentativa de periodización)", *Publicación del Instituto de Antropología*, XXXII, Córdoba, 1972.

Torres, José María, *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*, Biblioteca Centenaria de la Universidad Nacional de La Plata, IV, Buenos Aires, 1911.

# IV

## Esteros y algarrobales. Las sociedades de las Sierras Centrales y la llanura santiagueña

por MIRTA BONNIN y ANDRÉS LAGUENS



te rupestre de cerro Colorado, Córdoba. Guerreros y animales. Sociedades
zadoras-recolectoras.



Sierras, planicies y bosques. Ríos, arroyos, lagunas y esteros. Sol, calor y aridez. Estas palabras resumen un extenso paisaje que caracteriza hoy al centro de la Argentina, que abarca Córdoba, San Luis y Santiago del Estero y que en el pasado fue lugar de vida y desarrollo de numerosos pueblos indígenas.

Muy tempranamente se establecieron sociedades que, desde unos pocos grupos de cazadores nómades llegaron con el tiempo a poblar densamente todo este vasto y variado territorio, a vivir en comunidades organizadas jerárquicamente y a relacionarse política y económicamente con regiones vecinas. La conquista española interrumpió este largo proceso y hoy lo recuperamos y entendemos a través de la arqueología y la etnohistoria.

## *EL ENTORNO NATURAL*

La región central del país es una extensa llanura de suave pendiente que se ve interrumpida por una serie de cordones serranos longitudinales poco elevados que se erigen en una planicie sin mayores accidentes, más que caudalosos

ríos, la laguna de Mar Chiquita y una gran mancha blanca formada por las Salinas Grandes y la de Ambargasta. En una escala más humana, el territorio muestra diferencias regionales de acuerdo con las características de su vegetación, fauna, topografía o clima.

Córdoba, San Luis y parte de Santiago del Estero abarcan dos clases de fisonomías ambientales, el chaco y el espinal, ambas muy similares, a excepción de algunas especies arbóreas como la familia de los algarrobos en el espinal y los quebrachos en el chaco. Estos bosques son una gran fuente de producción de recursos alimenticios, no sólo para los animales que allí habitan, sino que también lo fueron para los seres humanos, pues la recolección de frutos silvestres fue una de las fuentes principales de su subsistencia. En algunos puntos, las grandes extensiones de bosques se interrumpen por sabanas de pastos o por estepas de arbustos.

El bosque chaquense va cambiando a medida que se asciende en altura por las laderas de los cerros, y adquiere un escalonamiento en pisos horizontales, cada vez con menos árboles y más pastos. En ciertos sectores serranos existen pampas de altura, de suaves ondulaciones cubiertas por pastos aptos para manadas de herbívoros, como las de guanaco, o bandas de ñandúes. Dentro de las sierras, hay pequeños valles y quebradas surcadas por cursos de agua cristalinos, con una rica variedad de rocas, aptas para la fabricación de útiles. Éste es el hábitat de la corzuela, un pequeño ciervo de las sierras, que aún hoy se ve alternando con chanchos del monte y las huellas y el rugir de algún puma.

En Santiago del Estero, la llanura se ve atravesada por dos importantes ríos, el Salado y el Dulce, que con una orientación diagonal desde Tucumán hasta las llanuras pampeanas en Santa Fe, delimitan una franja mesopotámica, asiento de importantes desarrollos de grupos sedentarios. Estos ríos tienen crecidas estacionales, que amplían notoriamente su cauce por un tiempo. Al retirarse las aguas, dejan inundadas las zonas bajas o esteros, un fenómeno natural que fue ingeniosamente utilizado por los indígenas para la pesca y la agricultura en las tierras húmedas y fértiles.

## LOS PRIMEROS INDICIOS DE POBLACIÓN

A lo largo de varios siglos se han producido variaciones en las condiciones ambientales que afectaron la distribución de plantas,

animales y personas, así como sus relaciones mutuas. Si se retrocede en el tiempo, al acercarse al momento en que las primeras comunidades humanas habitaron este territorio en el límite entre el Pleistoceno y el Holoceno —alrededor de 10.000 años atrás— las características geológicas y los restos faunísticos apuntan hacia condiciones ambientales más secas y frías que las actuales. Era un paisaje similar a una estepa, con abundantes pastizales y pocos árboles, atravesados por fuertes y recurrentes vientos cargados de finos sedimentos, que fue el hábitat de animales hoy extinguidos, como gliptodontes, paleolamas, milodóntidos, megaterios y caballos fósiles.

Uno de los problemas sin resolver en esta área geográfica es la coexistencia o no de poblaciones humanas con la fauna extinguida. Los datos no son muy claros al respecto; sin embargo, hay hallazgos sugerentes que iluminan este punto. Se conocen cinco yacimientos arqueológicos y paleontológicos en el área de las Sierras Centrales y Santiago del Estero que podrían ser prueba de la coexistencia de poblaciones humanas con fauna extinguida.

Se trata tanto de asentamientos al aire libre como un caso en un abrigo rocoso, en los que en general se han conservado pocos utensilios. Principalmente son de instrumentos de hueso, cuya manufactura humana se ha puesto en duda, dadas sus formas tan elementales. Junto con ellos se hallaron restos de huesos de animales extinguidos (como gliptodontes, caballos fósiles, paleolamas), otros de la fauna actual (como guanacos, ciervos y ñandú), asociados con restos de carbón y cenizas en especies de fogones. Por lo general, este tipo de asociaciones no se produce de forma natural, lo que hace pensar acerca de su origen humano. En dos casos, también se hallaron con este tipo de conjuntos, restos de huesos humanos: un niño en una gruta y un adulto en los bordes de la laguna de Mar Chiquita, aunque su posición estratigráfica y cronológica no está aún resuelta.

Pese al carácter fragmentario de esta información, se puede intentar reconstruir el panorama que brinda este conjunto de hallazgos en contextos más amplios. En la región central extraserrana se señaló que dominaba un clima seco y frío, que fue tornándose más húmedo y lluvioso; en otros lugares más cerrados, como en los pequeños valles serranos o en bajos naturales, las aguas acumuladas formaban zonas pantanosas o lagunas poco profundas. En este medio, caracterizado por una distribución de la vegetación en par-

ches y por microhábitats semicerrados en las zonas serranas, diversas especies animales ocupaban nichos ecológicos distintos: herbívoros de praderas —como los caballos extinguidos y las paleolamas—, especies arborícolas como los megaterios, alimentándose de las hojas de los árboles, u otros insectívoros como los gliptodontes, hasta animales semiacuáticos como los toxodontes, a los que se les debe sumar gran parte de la fauna actual como ciervos, liebres, vizcachas y otros menores.

Aunque no hay una cronología absoluta para ubicar temporalmente estos hallazgos, se cuenta con asociaciones faunísticas, arqueológicas y estratigráficas análogas en otros sitios de la Argentina donde coexistieron poblaciones humanas con fauna extinguida, tal como en la Patagonia y las pampas (véanse capítulos 1 y 2 en este volumen), por lo que es lógico suponer que al norte de las pampas haya sucedido algo similar.

En este contexto, se va configurando la historia de las primeras sociedades de las Sierras Centrales y la llanura santiagueña. A principios del Holoceno estos grupos comienzan a ocupar tres ambientes distintos: las sierras, con sus valles y abrigos rocosos, los valles abiertos de los amplios ríos de llanura en el centro de Córdoba, y el ambiente lagunoso en la planicie del límite con Santiago del Estero. Estamos frente a un momento de dispersión de poblaciones que ocupan un espectro diverso de situaciones ambientales, con tecnologías y economías similares y, muy probablemente, formas de organización social semejantes. Serían grupos poco numerosos, con un sistema de apropiación de presas grandes de animales con baja capacidad de huida, lo que posibilitó que los hombres se aproximaran lo suficientemente cerca para cazarlos con armas no arrojadizas.

Una de las interpretaciones más atractivas es considerar que se trata de los vestigios de los encuentros de los primeros pobladores con los grandes mamíferos, quienes estaban en una etapa inicial de reconocimiento y colonización, coincidente con los momentos finales de la fauna pleistocénica en vías de extinción, con una densidad de animales en reducción.

El emplazamiento de los sitios sobre ríos marcaría una estrategia de asentamiento basada en una estación central en un lugar tendiente a evitar riesgos y, a su vez, asegurando la provisión de alimentos y agua.

Algo diferente se deduce en cuanto a la forma de vida en grutas

o abrigos rocosos, que se trataron de puestos de avistamiento y procesamiento primario de fauna, existiendo otra clase de sitios contemporáneos que integraban un sistema de asentamiento. Ello implicó una construcción cultural distinta del paisaje a la de las otras formas de vida al aire libre, que denota un mejor conocimiento y apropiación efectiva del medio, superando la etapa de colonización hacia una ocupación más concreta.

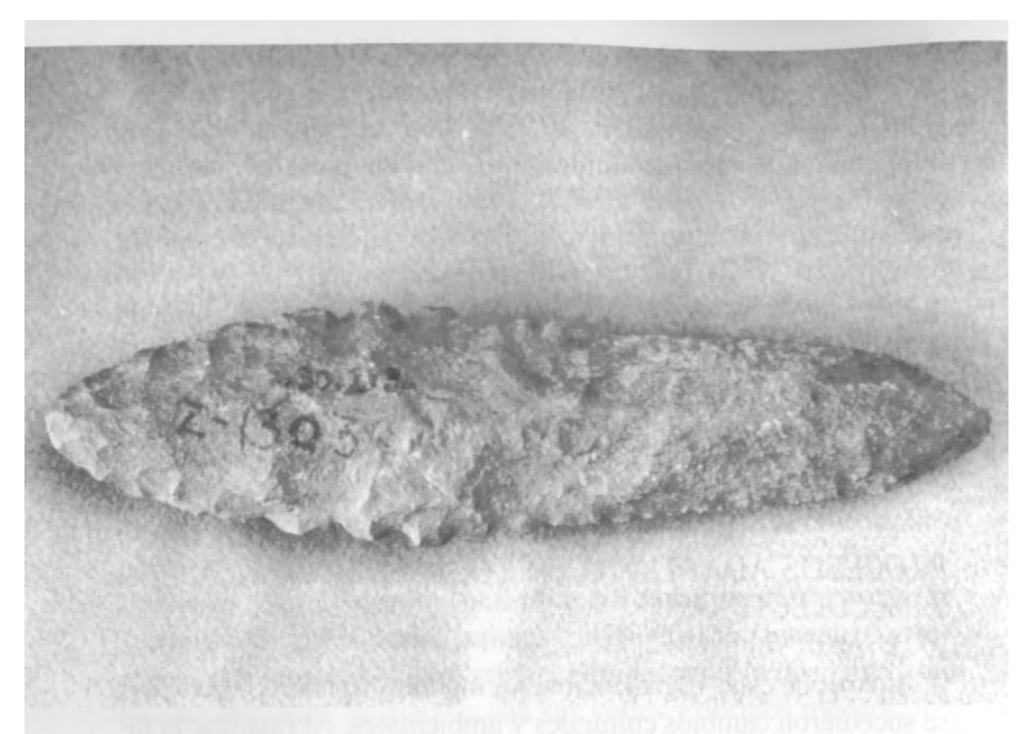
En el sur de las sierras de Córdoba y en las llanuras del norte, la presencia de esta clase de yacimientos tempranos marcó el inicio de un poblamiento efectivo de dichas regiones, ya que a partir de ese momento se multiplicó la cantidad de asentamientos de cazadores-recolectores.

## *PROCESOS ADAPTATIVOS REGIONALES: CAZADORES Y RECOLECTORES*

A partir de estas organizaciones tempranas de hace 10.000 años se sucedieron cambios culturales y ambientales. Al finalizar la última glaciación en el hemisferio norte, las características climáticas crearon nuevas condiciones ambientales, con alternancias de climas secos y húmedos, que resultaron significativas por su incidencia en la distribución de las especies y en el potencial ecológico del área. Al comienzo del Holoceno perduraron las condiciones semiáridas y frías del Pleistoceno tardío, entre los 8.500 y los 3.000 años atrás, y paulatinamente fueron reemplazadas por un clima más húmedo y templado. Uno de los hechos más notorios fue la desaparición de los grandes mamíferos del Pleistoceno, que se fueron extinguiendo en un par de miles de años.

En el primer tercio del Holoceno, sociedades de economía cazadora y recolectora con una tecnología de talla bifacial de la piedra lograron una adaptación eficiente, con una prolongada perduración temporal y una dispersión territorial amplia, cubriendo la mayor parte de las Sierras Centrales y las zonas serranas y el N.O. de Santiago del Estero.

Se produjeron una serie de innovaciones tecnológicas, económicas y sociales con respecto a momentos anteriores. Se fabricaron artefactos especializados dirigidos a la explotación de recursos, tanto para su apropiación como para su procesamiento. Dos elementos tecnológicos se destacan: las puntas de proyectil de pie-



*Sociedades cazadoras-recolectoras. Punta de proyectil Ayampitín, Sierras Centrales.*

dra y los instrumentos de molienda, junto a una rica variedad de artefactos de piedra, hueso y asta. Comenzaron a expresarse conductas simbólicas a través del arte en una escala muy reducida de objetos muebles, y la organización en el espacio respondió a estrategias que explotaban la diversidad ambiental.

Esta forma de vida existió en Intihuasi, una cueva ubicada en el centro de las sierras de San Luis, excavada en la década de 1950 por Alberto Rex González. En realidad, son dos grutas diferentes, una mayor y otra contigua, más pequeña, ambas unidas en un vestíbulo realmente gigantesco que las protege, de más de 30 m de alto.

En las proximidades no existen árboles, la vegetación arbustiva del Espinal se halla sobre el faldeo occidental de las sierras, donde nacen algarrobos, talas, molles, quebrachos blancos y otras especies características. La ocupación humana de la cueva se inició hace 9.000 años, coincidiendo con un mejoramiento de las condiciones ambientales. El grupo asentado allí explotaba el guanaco como recurso principal de subsistencia y poseía una industria de

piedra tallada caracterizada por el trabajo bifacial de puntas de proyectil de forma lanceolada, conocidas como "puntas Ayampitín". Algunas presentan restos del elemento negro adherente o mastic, que junto con ataduras sirvió para sujetar la punta al astil. Por su tamaño, morfología, aerodinamia y mastic se integraban como cabezal de un arma arrojadiza, una lanza o algo más corto.

Este proyectil, que combinaba un cabezal de material durable y reemplazable ante la rotura o desgaste, y un astil que facilitaba la propulsión y estabilizaba la trayectoria, permitió su uso como arma de mano o de enfrentamiento de corta distancia. Esta conjugación de conocimientos, habilidades y estilos conformaron un gran sistema tecnológico, en el que convergieron otros elementos, integrando un conjunto instrumental para la explotación de animales.

Tal es el caso de su interacción con la industria de hueso y asta que, aunque más desarrollada en etapas posteriores, comenzó a diferenciarse en este momento inicial. Se fabricaban perforadores de hueso y de asta de ciervo, agujas y retocadores para dar terminación a los filos de los instrumentos de piedra, punzones y agujas para el trabajo del cuero y de redes.

El sistema se completó con instrumentos tallados en piedra, ligados con la fabricación, el uso y el mantenimiento de otros instrumentos de piedra, el procesamiento de la fauna y la industria ósea. La materia prima predominante era el cuarzo local, aunque se halló material de otras zonas relativamente alejadas, inclusive calcedonias de la Patagonia o la precordillera.

Otro componente del sistema tecnológico lo integra el material de piedra alisada, morteros y manos o moletas, usados para procesar los recursos vegetales recolectados y moler pigmentos colorantes. Se usaban en abundancia y se integraban en una red mayor de obtención de recursos vegetales, como el algarrobo.

En Intihuasi se hallaron las primeras manifestaciones artísticas: placas de piedra con grabados geométricos y abstractos.

La distribución de estos elementos dentro de la gruta brinda una visión de la organización de las actividades durante las primeras ocupaciones. Allí se realizaron actividades de mantenimiento, reparación, reactivación y reciclado de las puntas de proyectil. Se fabricaban cerca de las áreas de aprovisionamiento de la materia prima y en el interior de la cueva se realizaban las tareas de mayor detalle, como el retoque de los filos o su terminación, con los retocadores de hueso y asta. También se reacondicionaban las ar-

mas de caza, reponiendo los cabezales rotos. Los productos cazados eran transportados a la gruta donde, tras el consumo primario como alimento, hacían el aprovechamiento secundario de los mismos, trabajando el cuero, el hueso y los tendones.

Las tareas de procesamiento secundario de los vegetales se llevaban a cabo dentro del espacio doméstico, para lo que usaban un equipo que incluía agujas, puntas de hueso y cuchillos de pizarra, con los que tejían las redes y bolsas.

El recurso animal principal de la economía era el guanaco y, secundariamente, los ciervos y el ñandú. La mayoría de los guanacos eran adultos, aunque cazaban individuos seniles, juveniles y algunos neonatos.

En tanto los ciervos, el conocido como de las pampas era de mayor tamaño que el de las especies vivientes conocidas, y consumían también el huemul o taruca, cuyas formas actuales están confinadas a la región andina. Los huevos de ñandú, después de consumidos eran utilizados como recipientes; algunos estaban pigmentados en su interior.

Estas tres especies más explotadas implican que existió un acceso fácil y generalizado al paisaje de pastizales serranos, su hábitat preferido. Hay algunas diferencias entre las costumbres y los nichos ecológicos de cada uno de ellos, pero el conocimiento de sus hábitos los convierte en animales de comportamiento altamente predecible, lo cual se traduce en recursos con un retorno asegurado en términos de la inversión de tiempo y energía que significa emprender una partida de caza.

Dichos hábitos permitieron la implementación de una estrategia de caza por interceptación, en la cual los cazadores emplean el conocimiento de los factores que condicionan la conducta animal para predecir dónde irán, dadas las condiciones del clima, la estación del año y la hora del día. La organización del espacio de asentamiento involucró puestos de observación, como cuevas más pequeñas o aleros, desde donde los cazadores controlaban gran parte de un área y juntaban información primaria. Éstos suelen ser sitios pequeños, con pocos restos, producto de ocupaciones breves y de poca variedad de actividades; rara vez los animales eran matados allí, sino en sitios de emboscada o sin salida. Estas localizaciones se hallaban diseminadas a cierta distancia de su residencia principal, a la que regresaban diariamente con el producto de la caza.

Por su composición arqueológica, el nivel más antiguo de

Intihuasi puede corresponder a un sitio residencial, centro de las actividades cotidianas para el mantenimiento de la vida, donde se vivía y se procesaban los elementos traídos de localizaciones aledañas. La ocupación inicial no fue muy intensa: la cueva no se habitó en su totalidad y es probable que en los comienzos se tratara de un grupo chico, de alrededor de 25 personas.

Con relativa frecuencia se hallan sitios arqueológicos de grupos que compartían el mismo sistema tecnológico de Intihuasi, en otros lugares de las Sierras Centrales.

En Santiago del Estero son muy escasos los sitios de cazadores-recolectores. Uno de los hallazgos se realizó en la zona de Río Hondo, donde se encontró una punta lítica lanceolada, del tipo Ayampitín, asociada a un esqueleto humano, aparentemente en capas bastante antiguas. En los alrededores de esta misma zona se han hallado yacimientos con puntas lanceoladas, así como en la zona serrana de Guasayán. El sitio mejor conocido es Minguecho, que se halla al sur de la provincia, en estribaciones de las sierras de Sumampa y Ambargasta. Es un yacimiento superficial al aire libre donde se encontraron desechos de talla, lascas retocadas, perforadores, núcleos, raspadores, percutores y muchos artefactos sin terminar. Aquí se destacan las grandes bifaces en forma almendrada de cuarzo, semejantes a las del Noroeste argentino. Sin duda es un taller lítico donde se manufacturaban artefactos y preformas de puntas lanceoladas, que luego eran transportados a otros sitios.

## *NUEVAS ADAPTACIONES CAZADORAS-RECOLECTORAS*

Los ajustes, modificaciones e innovaciones que permanentemente hacen las sociedades pueden configurar una nueva manera de organización. En las Sierras Centrales, aunque los cambios graduales y acumulativos no reemplazaron totalmente lo conocido, una nueva modalidad comenzó alrededor de 7.500 años atrás y se hallaba afianzada unos 5.000 años antes del presente. Abarcó un gran territorio en Córdoba y San Luis y, probablemente, las zonas serranas de Santiago del Estero, y perduró hasta comienzos de la Era Cristiana.

Hay que considerar que dentro de este largo período, hace 3.000

años se produjo un cambio abrupto: el clima cálido y húmedo fue reemplazado por uno cálido y semiárido a árido, con temperaturas más elevadas que las actuales y que duró aproximadamente 2.000 años. Los vientos constantes, las altas temperaturas y las lluvias limitadas generaron déficit de agua. Ello significó un descenso en la oferta ambiental que, sumado a la merma de los caudales de los ríos y a retracciones de las lagunas, fue un factor importante en cuanto a las posibilidades de habitabilidad del medio.

El nuevo modo de vida se manifestó en distintos aspectos, tales como mayor variedad de instrumentos, nuevas tecnologías, otro uso del espacio con mayor cantidad y variedad de sitios, y más recursos explotados. La conducta simbólica cambió y empezó a ser más pública. Hubo más interacciones con regiones aledañas y comenzaron a diferenciarse bienes personales.

Esta forma de vida tuvo continuidad en Intihuasi, pero donde mejor se la halla es en Córdoba, en el abrigo rocoso de Ongamira, un inmenso alero en el medio de las Sierras Chicas, que junto con otros menores y pequeñas grutas, fue ocupado en este momento. Las excavaciones realizadas en la década de 1940 por Alberto Rex González, Osvaldo Menghin y Aníbal Montes permitieron descubrir que los horizontes más antiguos correspondían a grupos de economía cazadora-recolectora, mientras que en los horizontes más recientes hay, además, alfarería.

Un elemento característico son las puntas de proyectil de piedra, con un concepto básico de contorno triangular. Eran cabezales arrojadizos de diferentes tamaños con distintos lados y bases, por ejemplo, lados rectos y base escotada, lados convexos y base recta. La gran mayoría eran de cuarzo; y algunas menos numerosas estaban hechas en sílice y calcedonia, con restos de mastic en su porción basal. Estas variaciones pudieron tener alguna especificidad funcional, como cazar cierto animal con determinada forma, o ser armas defensivas, y su manufactura forma parte de una estrategia más amplia con dos novedades: el uso de la tiradera como medio de propulsión y una nueva organización de la caza, planificada en torno a lugares de propósitos especiales.

La tiradera, o *atlatl*, conjuga un elemento fijo que actúa como propulsor y uno móvil, el proyectil. El primero era una vara de madera o caña con un gancho de piedra o de hueso en un extremo, denominado gancho de propulsor. El proyectil era impulsado por la fuerza aplicada a la vara que funcionaba como extensión del

brazo, en un movimiento similar al de arrojar una piedra. La tiradera permitió cazar sin una aproximación estrecha a la presa, reduciendo la posibilidad de huida y aumentando la probabilidad de éxito. Las puntas lanceoladas siguieron usándose en menor proporción, quizás también arrojadas con propulsor. En este sistema, los recursos eran interceptados por grupos de trabajo que conocían el entorno y los conseguían en lugares específicos. Esto implica una planificación previa, con un conocimiento de las variaciones estacionales y espaciales de los recursos, y tendía a asegurar el éxito de la caza. Como complemento, en los trayectos a los sitios de caza se podían adquirir otros recursos menores, como aves, roedores, o mulitas, o bien materias primas.

El uso del espacio geográfico se ajustó al paisaje mediante una organización sobre la base de asentamientos de distinta jerarquía, dispersos en puntos clave del paisaje que permitían el acceso a determinados recursos, como los animales y las minerales. Son numerosos los sitios arqueológicos que forman parte de este sistema. Los hay de diferente tamaño y en situaciones ambientales di-



*Puntas de proyectil de varias clases: Ayampitín, triangulares y embotantes.*

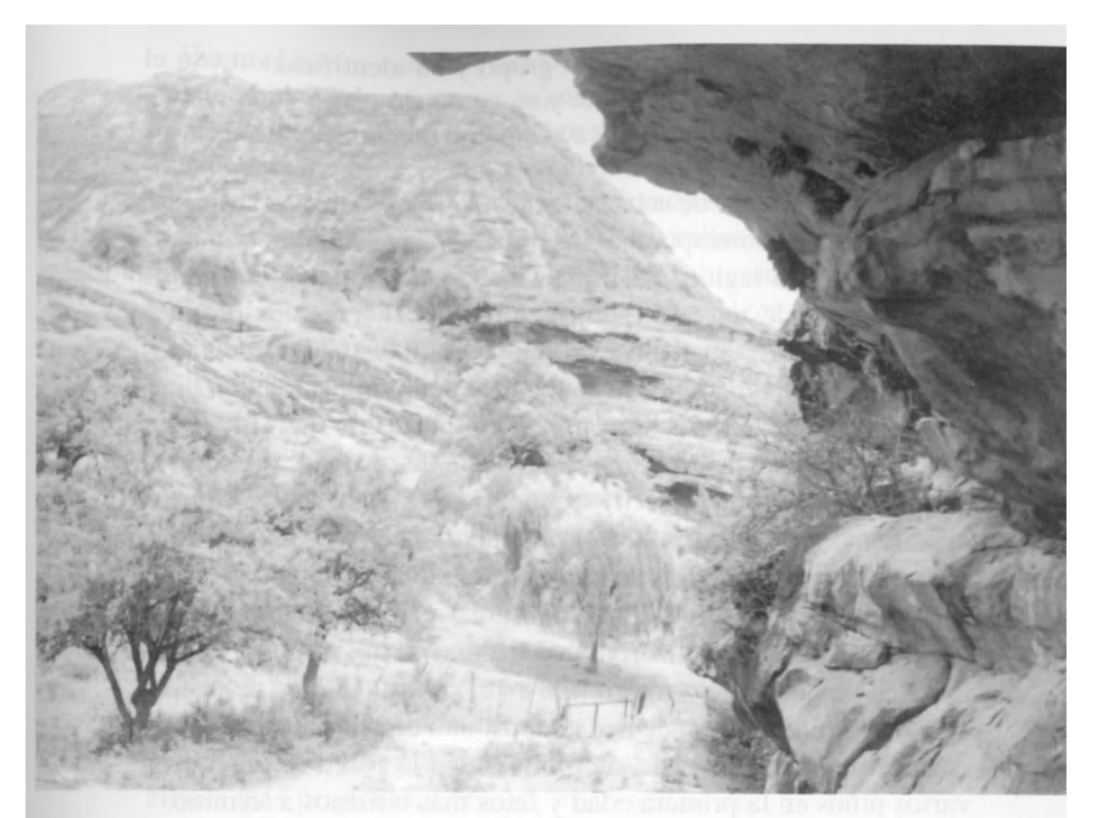
versas, desde pequeños valles serranos, a pampas de altura o los pie de montes de las sierras. Y también de distinta clase: sitios residenciales, de tamaño medio, con restos de actividades múltiples, variedad de recursos y ocupaciones más o menos intensas; o bien sitios de uso temporario, de propósitos restringidos, en general pequeños, muchas veces en reducidos abrigos rocosos, con puntas de proyectiles triangulares, algunas lanceoladas, poco instrumental lítico tallado, desechos líticos y restos de fauna. Otra clase de sitio pequeño son las canteras del recurso lítico.

En Intihuasi el material lítico tallado es más rico que el del momento anterior y su intención de uso son las tareas manuales delicadas con cuero, pieles o maderas. El sistema de producción de material óseo adquirió más importancia que antes, con mayor variedad y cantidad de formas. Se usaron una gran variedad de instrumentos puntiagudos de huesos largos de guanaco y de ciervos, o sus cornamentas, así como de huesos de ñandú o chajá. Se fabricaban puntas largas, punzones y perforadores y también retocadores de asta. Se hallaron huesos vaciados y cortados en sus extremos, muy bien alisados, como tubos de distinto largo. Para esto utilizaban falanges de mamíferos o huesos largos de aves, que pudieron ser usados para beber algo especial. Las distintas formas de las puntas de hueso marcan distintos usos, como fabricación de cestas o perforación de cuero; otras tienen sus extremos bien afilados, como puñales.

Un elemento típico de hueso son las llamadas puntas embotantes: falanges de guanaco, o de ciervo, cuidadosamente recortadas en un extremo, dejando intacta la articulación distal, y a las cuales se les extraía la parte esponjosa, de manera que quedara un hueco donde insertar una vara de madera. Esto formaba un arma arrojadiza para cazar animales vivos, como aves u otras especies pequeñas.

La recolección y molienda de semillas y de pigmentos amarillos y rojos se hizo más importante. El arte se materializó sobre elementos durables y adquirió una nueva dimensión en dos ámbitos distintos: en objetos que podrían considerarse personales, como adornos, colgantes, cuentas de collar y algunas puntas embotantes, y en pinturas rupestres.

El arte rupestre en la región se consideró siempre una manifestación más tardía, pero por el estilo, los motivos, los colores, algunas superposiciones de figuras y los contextos culturales, todo apuntaría a que algunas pinturas corresponden a grupos cazado-



*Alero con arte rupestre de cerro Colorado, Córdoba.*

res-recolectores. Los motivos reproducían guanacos o ñandúes, o simplemente sus huellas, o eran abstractos, representando figuras geométricas, usando sólo color rojo y negro, pintados sobre la roca natural.

Estas producciones materiales estilísticas, tanto personales como públicas, indicarían que algo diferente estaba sucediendo, con significados sociales diversos. El adorno personal marca una posesión y señala una identificación del individuo a través de un objeto. Los objetos convertidos en un bien de prestigio, pueden marcar el inicio de prácticas de diferenciación social. Estas prácticas pueden relacionarse con nuevas formas de organización, al igual que las pinturas rupestres, cuya materialidad las refuerza e institucionaliza.

En particular, el arte rupestre es un medio ideal para el mantenimiento de la comunicación entre quienes lo realizan. Su carácter comunal puede interpretarse como que en ese momento la etnicidad

—la noción de pertenencia a un grupo y su identificación con el mismo— pasó a ser importante y se convirtió en un componente del medio cultural. Ello implica asimismo una nueva forma de organización social, con una mayor conciencia corporativa, coherente con las estrategias de subsistencia y la organización del espacio.

A esta época corresponden los primeros enterratorios humanos conocidos de la región. En Intihuasi se enterraron sólo los restos de un cráneo de un joven, con deformación intencional de tipo circular. Muy próximos a éste se depositaron restos fragmentados y destruidos de un adulto de contextura poco robusta, quien también presentaba deformación circular o pseudo-circular. Estos huesos estaban desordenados, en una especie de pozo, lo que sugiere que se trataba de un entierro secundario. Hay otros restos humanos, en distintos lugares de la gruta, algunos en suaves depresiones y tapados con piedras de molinos, dando la sensación de cadáveres abandonados, distribuidos irregularmente y desarticulados.

En Ongamira se realizaron varios enterratorios, algunos contra la pared del abrigo y otros en fila, en el centro del área de ocupación. Estos últimos son de tres adultos, uno de ellos anciano, enterrados como acostados de cuclillas. Hacia la pared se enterraron varios niños en la primera edad y fetos más o menos a término.

En otros sectores de las Sierras Centrales son muy numerosos los yacimientos con características similares a esta forma de vida y con una organización del sistema de sitios semejante. Por ejemplo, un campamento residencial conocido es el sitio Cementerio, en el valle de Copacabana, aledaño al de Ongamira. Las dataciones radiocarbónicas ubican el inicio y fin de la ocupación entre 6.200 y 5.600 años antes del presente, en un momento de condiciones ambientales más cálidas y húmedas que las actuales.

En la zona de transición entre las sierras y la llanura, en el mismo valle de Copacabana, se halla El Ranchito, otro sitio residencial de propósitos múltiples. Éste fue ocupado por grupos cazadores-recolectores con un sistema tecnológico de puntas de proyectil triangulares y lanceoladas, junto con un conjunto instrumental para el procesamiento de la recolección. El sitio es muy grande, y se aprovecha y controla un afloramiento de ópalo dentro del mismo sitio. Un fechado radiocarbónico de un enterratorio que tenía como ajuar una punta lanceolada y un haz de agujas de asta dio una antigüedad alrededor de 3.300 años antes del presente, que confirmó la vigencia de este modo de vida hasta esa época.

Hacia el sector central y sur de las sierras de Córdoba se registran también varios sitios y conjuntos organizados en relación con las posibilidades del medio. Sobre el pie de monte de la sierra de Comechingones se registra un sistema de asentamiento en torno a sitios aglutinados y aislados, aprovechando los aleros rocosos, de alrededor de 5.000 a 1.800 años atrás. Se hallan sitios de actividades domésticas y otros de producción y manufactura de artefactos, tanto líticos como perecederos de cuero y madera.

En las pampas de altura, como las de Pocho y Achala, son numerosos los abrigos rocosos con evidencias de ocupaciones breves, de poca intensidad, por parte de cazadores recolectores organizados de manera semejante a la descripta. La zona es un ambiente óptimo para la caza de guanacos, y la ausencia de sitios de mayor tamaño, con propósitos múltiples y de carácter residencial, hace pensar que aquéllos son los sitios temporarios de caza.

En las sierras de San Luis, además de Intihuasi, son muy numerosos los asentamientos con tecnología para cazar guanaco y cérvidos, complementada con una recolección intensa. La forma de organización de los asentamientos es análoga, con sitios residenciales más grandes y campamentos estacionales, en localizaciones más pequeñas.

La información sobre Santiago del Estero es muy escasa. En el yacimiento de Minguecho se encontraron restos asignables a esta tecnología de puntas triangulares, por lo cual no es muy riesgoso suponer que haya existido una forma de organización similar.

La combinación de la información que brindan Intihuasi y Ongamira, junto con la de los otros sistemas de asentamiento, dispersos en distintas regiones de las Sierras Centrales y Santiago del Estero entre 7.500 hasta por lo menos 3.000 o 2.000 años atrás, plantea interesantes problemas de índole histórica y antropológica.

La nueva forma de vida cazadora-recolectora resultó efectiva; en tanto las poblaciones crecieron en número, las ocupaciones fueron más intensas y prolongadas, con mayor cantidad de asentamientos. Hubo un incremento en la variedad cultural: pese a que el mundo no se extendió en cuanto a ambientes y recursos explotados, sí se ampliaron las formas en que se los explotó, la diversidad de medios utilizados para ello y el espectro de elementos materiales producidos. A su vez, las propias personas comenzaron a diferenciarse y el paisaje fue marcado intencionalmente a través del arte.

En síntesis, esta nueva forma de vida de economía cazadora-recolectora no fue sólo una sucesión de cambios tecnológicos encadenados en el tiempo, sino también la suma de una serie de factores y procesos, ajustes, conocimientos, tomas de decisiones, prácticas sociales y personas vivas, que cotidianamente fueron logrando un lugar en el mundo.

## LAS FORMAS DE VIDA DE ECONOMÍA AGRÍCOLA

Alrededor de los inicios de la Era Cristiana, o aun quizás un poco más tarde, se registran nuevos cambios en la forma de vida de estos pueblos. Si bien muchas prácticas siguieron vigentes, en conjunto configuraron otro modo de vida adoptado en todo el territorio. En lo económico, se innovó con la incorporación de la agricultura. En lo tecnológico, comenzó la producción de cerámica y el agrupamiento de las casas en poblados.

Para esta época el clima era subhúmedo y templado, con inviernos suaves y precipitaciones abundantes. Los ríos aumentaron sus caudales y se expandieron los lagos, con mejores condiciones para la vida humana, que duraron aproximadamente hasta el siglo XIV.

La agricultura del maíz —y quizá de zapallo y poroto— junto con la alfarería fueron actividades productivas probablemente aprendidas de pueblos del Noroeste argentino, incorporadas a otros aspectos que perduraron, como la tradición tecnológica lítica, el modo de uso del espacio, la caza y la recolección.

A partir de esta combinación se generaron modalidades regionales, vinculadas con procesos de diferenciación étnica, definición de territorialidad y uso de estilos demarcatorios. Cuando la conquista española cortó este proceso, existían entidades culturales muy diferentes en los distintos ámbitos de las Sierras Centrales y de Santiago del Estero.

Fue hace alrededor de 2.000 años cuando entre los vestigios de los grupos cazadores-recolectores de las Sierras Centrales comenzaron a aparecer pequeñas cantidades de fragmentos cerámicos, que se fueron haciendo más frecuentes con el correr del tiempo. Nunca llegaron a ser abundantes y muestran indicios de una manufactura local, sin un manejo acabado de la técnica: tienen defectos de cocción, desgrasantes naturales sin seleccionar y, en su mayoría, carecen de decoración. Son vasijas pequeñas de formas ele-

mentales y algunos fragmentos tienen improntas por usar una cesta como molde.

El resto de los artefactos asociados continuaron con las tradiciones tecnológicas previas: instrumentos de hueso, retocadores de asta, raspadores, raederas, cuchillos, elementos de molienda, puntas de proyectil triangulares y algunas lanceoladas. La idea de conjunto para todo el sector serrano es que recién se estaba incorporando un elemento tecnológico complejo que aún no había modificado sus formas de vida.

## Las aldeas agrícolas

Con la incorporación plena de los cultivos, los pueblos de las Sierras Centrales lograron establecer una forma económica de carácter mixto, donde la agricultura se integró como otra estrategia de subsistencia más a las tradicionales de caza y recolección. Esta forma de vida fue datada con seguridad en el año 900 d.C., pero seguramente se definió un par de siglos antes o más.

Estas estrategias se organizaban en torno al aprovechamiento de las diferencias ambientales regionales y locales, con miras a asegurar un aprovisionamiento anual más o menos constante. El sistema de asentamiento se extendió y se hizo más complejo y, con el aumento de la población producido, comenzaron a utilizarse espacios no explotados previamente.

En el ambiente en pisos de las sierras, los agricultores amortiguaron la variación natural en el espacio y en el tiempo alternando pequeñas chacras en diferentes zonas, mientras recolectaban algarrobo en otros lugares, en función de la maduración progresiva de los frutos por los microclimas locales. Aunque el costo de mantener varias chacras simultáneas fuera mayor, era más seguro ya que los azotes ambientales (plagas, granizos, heladas, nevadas, etc.) afectaban de diferente manera y en distinto tiempo a cada lugar. Los relatos etnohistóricos confirman la tenencia de chacras por parte de los indios en distintos pisos, lejos de los lugares de asentamiento. Además, la incorporación de la agricultura brindó la posibilidad de tener una excelente alternativa y disminuir el riesgo potencial del fracaso de la recolección.

Para la explotación de los animales utilizaban la misma estrategia de caza anterior, organizando partidas que usaban campamen-

tos y puestos temporarios. Principalmente continuaron cazando guanacos, ciervos y ñandúes. La diferencia es que se incorporó una tecnología fundamental: el arco y la flecha, también utilizada para la guerra.

Las puntas de proyectil eran de piedra, más pequeñas que antes, muchas con aletas laterales y pedúnculo en la base para fijar el cabezal en el astil. Las otras formas de puntas también se siguieron utilizando.

Otro elemento novedoso fue la fabricación de los cabezales de las flechas con huesos de animales. Se trata de proyectiles alargados, muy delgados, con dos aletas triangulares pequeñas en la base y un corto pedúnculo rectangular, a veces con estrías laterales, y otras con grabados geométricos o de animales, como una marca identificatoria personal del cazador.

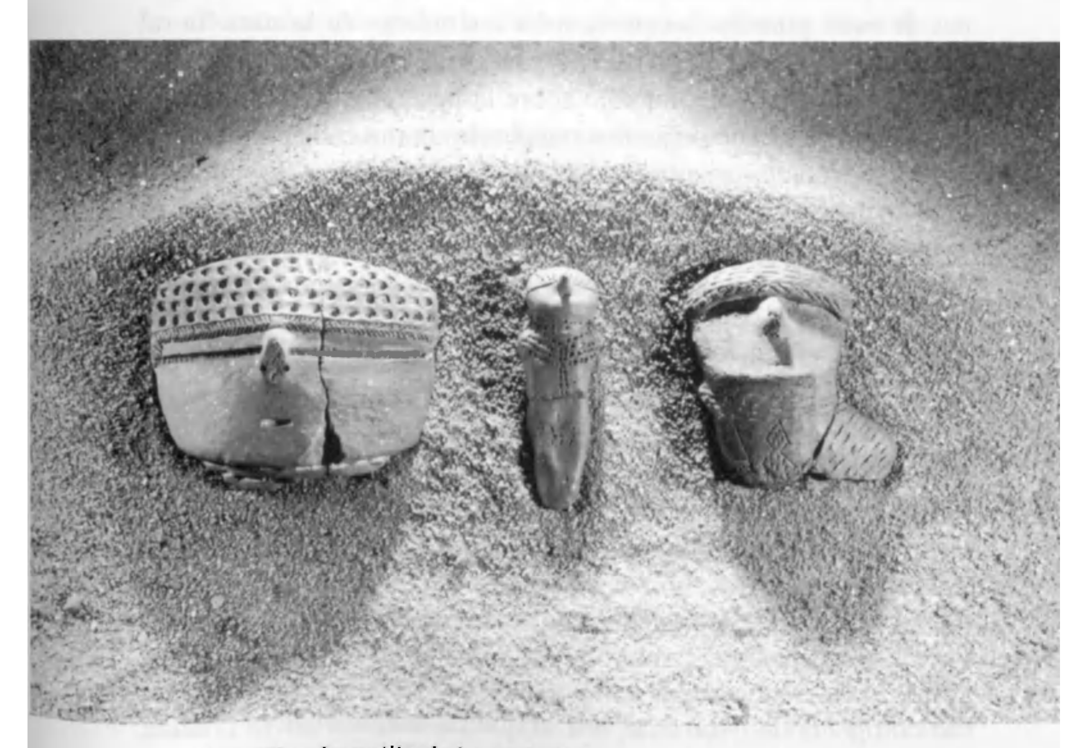
Las puntas de hueso no fueron el único elemento de esta tecnología, ya que otros instrumentos orgánicos tuvieron un grado de maestría que nunca antes habían tenido, como agujas, punzones, elementos para tareas textiles y espátulas, hechos aprovechando huesos largos con superficies naturalmente planas.

Muchos objetos óseos tenían una decoración muy delicada, grabada, en relieve o calada, que denotan una habilidad artesanal desarrollada. Existe una serie de objetos de forma rectangular, con un orifico central, profusamente decorados con un detalle tal que parece trabajo de filigrana. Se los describe como torteros, o pesos de los husos de hilar, aunque son relativamente livianos para esa función y por su alta inversión artesanal no parecieran ser artefactos de uso cotidiano. Quizás formaban parte de un ornamento personal, ya sea en la ropa, o en alguna otra parte del cuerpo, como la cabeza.

Algunos artefactos de hueso eran utilizados en el tejido de redes y de cestas. Éstas no se conservaron, pero el uso de canastos como molde o como base de apoyo para la alfarería ha dejado su huella en las paredes y bases de las vasijas. En otros casos se utilizaban redes en la cara externa. Estas improntas han permitido la reconstrucción de las técnicas de tejido y la determinación de algunas fibras. Se usaban hilos delgados para las redes, con una amplia variedad de nudos y combinaciones. Las técnicas cesteras eran variadas, predominando la conocida como espiral, donde un haz de fibras es cocido con otro mediante una fibra que los enlaza. Los artefactos de huesos sirvieron para coser las fibras, enlazar los cordones, ajustar los haces y otros detalles.

La existencia de tejidos en vinchas, gorros y ropas se puede inferir gracias a un elemento muy característico y propio de estos grupos que son unas estatuillas de cerámica con forma humana. Mediante el modelado se representaba el cuerpo, destacando la cabeza y delineando sintéticamente el resto. Su tamaño varía entre 5 y 12 cm de alto, y en pocos casos se indicó el sexo modelando el busto o el estado de gravidez. Lo más llamativo es el detalle con que se trabajaban el rostro, la vestimenta y los adornos cefálicos y peinados. Se representaban mediante puntos y líneas incisos sobre la pasta fresca, y los peinados o tocados se hacían en relieve mediante la aplicación de pastillajes de arcilla e incisiones.

Aparentemente todas son similares pero en un análisis detenido se perciben la dedicación particular y el detalle puesto en su elaboración, donde no hay dos iguales. Vistas una a una se presentan como personas identificadas: rostros individuales, ojos cerrados (en algunos casos hasta con las pestañas hacia abajo), cuerpos particulares, vestimenta propia, detallados adornos personales, tocados únicos o peinados irrepetibles. Es sugerente pensar que estas



*Estatuillas de arcilla de las sociedades agroalfareras de Córdoba.*

figurillas representen personas concretas, posiblemente muertas, como una forma de tenerlas entre los vivos. Es llamativo que en los sitios de contacto hispano-indígena no se las encuentre y que tampoco los españoles hayan hecho referencia explícita a ellas. Posiblemente fue algo ocultado o bien desterrado obligatoriamente por la catequización.

Es interesante la información que dan estas estatuillas sobre los hábitos de vestimenta. Se pueden distinguir camisetas con adornos, especies de polleras o faldellines, taparrabos y chiripás, todos muy decorados, con guardas, puntos y zigzag. Un detalle destacable son los tocados cefálicos y los gorros, así como su ausencia, que probablemente estén señalando alguna clase de distinción social.

La tecnología alfarera alcanzó mejores niveles de calidad, con mayor selección de las pastas, mejor control de la cocción y el desarrollo de técnicas decorativas. Éstas se caracterizan por motivos geométricos hechos cuando la pasta aún estaba fresca utilizando un instrumento de punta afilada o rectangular, con el que se realizaban escalonados, triángulos invertidos rellenos con puntos, líneas de puntos horizontales y verticales, formando guardas. Algunas de estas guardas hacen recordar a similares de la zona litoral de la Argentina. También hacían cerámica lisa, pulida y poca cantidad de pintada, en color rojo sobre la pasta natural. Las formas eran variadas, desde pequeños recipientes como cuencos y cucharas, hasta grandes urnas para depositar granos o agua. También representaban animales modelados en arcilla, sobre todo camélidos.

La ganadería es un aspecto de la economía de estos pueblos que aún no se ha logrado definir con claridad, ya que algunos elementos apuntan a que la cría de la llama era una práctica habitual y otros, a que era algo excepcional o ausente. No hay técnicas seguras para discernir entre camélidos silvestres y domesticados a partir de los restos óseos y en excavación no se halló otro indicador más que huesos. Hay representaciones rupestres en el cerro Colorado y en otros sitios de Córdoba, donde se ve una persona tirando de una soga a una o más llamas. Asimismo las estatuillas zoomorfas señalarían su existencia. Sin embargo, las representaciones gráficas o plásticas pueden relatar algo conocido en otro lado. Las descripciones españolas hablan de "ovejas de la tierra" y hasta de corrales. Otros documentos mencionan su obtención por intercambio con gente del Noroeste, por lo que las adquirirían ya criadas, sin haber desarrollado una zootecnia específica (ya que las condi-



*Sociedades agrícolas de las Sierras Centrales: torteros de hueso de Los Molinos, alfarería con decoración incisa, puntas de hueso.*

ciones ambientales naturales limitan su reproducción), aunque en algunas zonas altas de las sierras, con pastos y aguadas, se podría haber practicado su cría.

El sistema de asentamiento se integraba con sitios residenciales y sitios para propósitos especiales, como puestos de vigilancia para la caza, de molienda de granos, de recolección de la algarroba, parcelas agrícolas, talleres líticos, canteras y fuentes de arcilla. Los asentamientos más grandes se dividían en sectores para vivienda, almacenamiento, actividades cotidianas, basureros y talleres. Los sitios residenciales se diferencian por su tamaño, desde conjuntos de cuarenta viviendas formando aldeas, sitios con pocas casas, hasta pequeños puestos cerca de las chacras.

La vida cotidiana en las aldeas pasó a desarrollarse alrededor y dentro de casas construidas de una manera muy peculiar. Se las conoce como "casas pozo", ya que para construirlas cavaban un pozo rectangular en la tierra, de 6 a 8 m de largo por 5 de ancho y hasta 1,20 m de profundidad, que servía de habitación. A nivel del piso exterior se colocaba el techo, clavando unos postes y cubrién-

dolo de paja. Estas casas eran frescas en el verano y cálidas en el invierno, gracias a los fogones que se prendían en su interior.

La organización del espacio se completaba con los puestos temporarios. En muchos casos aprovechaban pequeños aleros rocosos naturales donde habitaba un grupo reducido, quienes cuidaban las chacras, cazaban, cocinaban en recipientes chicos, molían allí sus semillas e inclusive hacían tareas de cestería y textilería, tal como se dio en sitios de las pampas de altura y de valles serranos intermedios.

Las relaciones políticas y económicas con grupos vecinos fueron más intensas. Hay collares de moluscos del Atlántico acompañando a algunos muertos; se consumieron alucinógenos de los bosques orientales del Noroeste argentino y, según las crónicas, tenían objetos de metal, cuchillos y adornos cefálicos, intercambiados con el área andina. Grupos de la llanura estarían relacionados con el Litoral, así como otros del norte lo estaban con Santiago del Estero.

La organización de este sistema de relaciones se sustentaba sobre una forma política con por lo menos dos líneas de liderazgo: un cacique principal y uno o dos mandones por debajo de él, según se desprende de las descripciones españolas. Eran liderazgos débiles, ocasionales, pues los jefes sólo mandaban en las guerras, arbitraban en disputas y mantenían las alianzas con otros grupos.

Una forma de mantener relaciones armónicas, afianzar el poder y distribuir recursos era a través de reuniones periódicas, conocidas como "juntas". Los pueblos emparentados se reunían durante varios días en un solo lugar, generalmente en el verano después de la recolección de algarroba, y entre ceremonias, tratos y festejos consumían aloja, la bebida alcohólica obtenida de la algarroba. Fue una tradición que a los colonizadores les costó erradicar, ya que formaba parte de su mundo de creencias.

Una forma de acercarse a estas últimas es a través del tratamiento de los muertos. Se los enterraba directamente dentro de las casas en posición fetal, sin ajuar ni señalamiento superficial; a veces se practicaba un entierro secundario en un paquete, probablemente envuelto en cueros. En raras ocasiones se acompañaban con unos pocos bienes personales, como puntas de flecha de hueso o piedra, o collares de concha. Un hallazgo excepcional se realizó en Potrero de Garay, donde un individuo fue sepultado con un collar de 2.300 cuentas de conchilla y 4 de malaquita. Sólo en

pocos casos se halló señalado el enterratorio con piedras o morteros en superficie. En la zona de Río Tercero y en el norte se encontraron entierros de niños de corta edad en vasijas de barro.

Los hombres y las mujeres eran de estatura mediana alta, ambos de contextura robusta. Algunos individuos tenían deformado el cráneo intencionalmente, de forma tabular erecta. Los españoles los llamaron comechingones y los describieron como gente alta, de piel morena y provistos de barbas como los cristianos. Con esta única denominación abarcaron a todos los grupos étnicos de Córdoba, sin respetar las diferencias regionales y sus identidades, ya que ningún grupo en particular conocido se denominó de esa manera. Esta forma de clasificarlos se perpetuó hasta la actualidad, oscureciendo la variabilidad cultural e ignorando la profundidad histórica de la región. Con el mismo criterio se utilizó la denominación de sanavirones para los grupos del norte de Córdoba y sur de Santiago del Estero, cometiendo el mismo tipo de error conceptual.

Casi todos los muertos encontrados son niños muy pequeños o bien adultos de alrededor de los 40 a 45 años. Estos últimos muestran ciertas patologías óseas, como artritis en la columna, problemas de articulaciones, o rasgos generales equivalentes a un adulto de más de 60 años de nuestra sociedad. Por la forma de las piernas y las marcas de las inserciones de los músculos, hay casos que denotan hábitos de caminatas prolongadas, en lugares con pendientes, y la costumbre de permanecer en cuclillas, seguramente en las labores cotidianas.

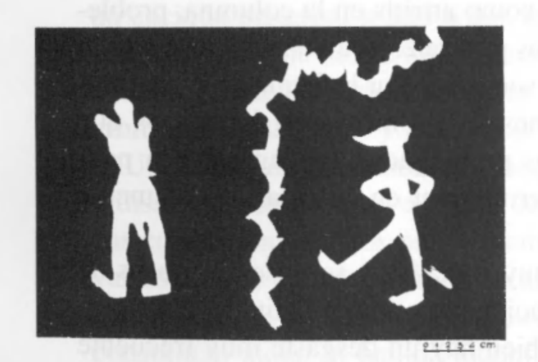
Los dientes suelen estar muy gastados y se observan casos de placa bacteriana y caries, relacionados con una alimentación rica en hidratos de carbono. También hay un desgaste muy frecuente de las muelas, alisadas con un bisel hacia fuera, resultado de alguna actividad hecha con la boca, como trabajo con cueros o fibras. La alimentación con harinas molidas en morteros de piedra podría haber contenido arenilla imperceptible que también desgastó sus dientes.

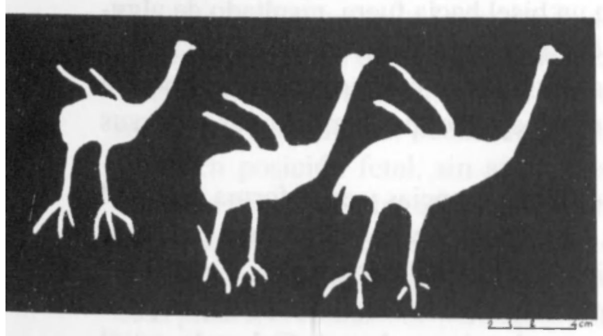
Otra forma de adentrarse en las creencias y en la forma de ver el mundo es a través del arte. En este momento las pinturas rupestres alcanzaron mayor dispersión y un notable desarrollo. En casi todos los sectores de las sierras hay algún abrigo con pinturas, pero el lugar que se destaca por excelencia es el cerro Colorado, en el norte de Córdoba. Allí hay más de cien abrigos y aleros rocosos

donde los indios dejaron millares de figuras pintadas en colores rojo, blanco y negro, en una variedad de motivos y temas. Los motivos aparecen aislados o formando escenas y en la mayoría de los casos son representaciones naturalistas donde se distinguen figuras humanas y animales; también hay geométricas abstractas en menor cantidad.

Los humanos se hallan representados en distintos roles: guerreros, cazadores y chamanes. Los personajes se individualizan por sus atributos y por su contexto: guerreros con adornos de plumas sobre la cabeza y espalda, arco y flecha, como si estuvieran listos para tirar y también, a veces, portan largas lanzas; hay figuras humanas con especies de máscaras o capuchas y largos vestidos o mantos, semejando chamanes. Los cazadores se asocian a rebaños de guanacos, en escenas que insinuarían una emboscada, o con arcos en tensión como si estuvieran amenazando a las presas en huida.

Los animales están representados de una forma muy naturalista, fácilmente identificables. Hay guanacos, siempre en actitud de correr, y las llamas están en largas filas atadas como en caravana de transporte. Hay ciervos, pumas, jaguares, zorros, perros, cóndores con alas extendidas, grupos de ñandúes, chuñas, búhos, y huellas de estos animales.





*Escenas con figuras humanas y ñandúes, cerro Intihuasi, Córdoba.*

Entre las escenas se destacan las de luchas, tanto entre grupos indígenas como con españoles. Las guerras entre ellos se representaban como grupos enfrentados, destacando sus adornos de plumas. El enfrentamiento con los españoles se representó de manera extremadamente realista, con un cuidadoso detalle para

describir a los invasores, desde la ropa, las armas, el caballo y sus riendas y la formación.

En las excavaciones de los abrigos se encontraron restos materiales correspondientes a grupos de Santiago del Estero, algunos de los cuales se remontan hasta alrededor del año 600 d.C. En general no existen en los alrededores del cerro Colorado grandes asentamientos residenciales, sino que la zona tuvo un sentido especial, como lugar de reunión o de intercambio, muy relacionado con otras regiones, sobre todo el Noroeste argentino, como lo señalan algunos motivos rupestres.

Todas las características enumeradas conformaron las bases económicas y materiales sobre las que se organizó la vida típica de estas sociedades de agricultores y alfareros de las Sierras Centrales y que se hallan representadas en una variada serie de sitios arqueológicos.

Esta variedad de sitios tiene que ver con peculiaridades propias de cada grupo, quienes implementaron adaptaciones algo diferentes de acuerdo a su entorno ambiental y a formas de marcar diferencias con otros grupos, concretadas a través de estilos distintos. De este modo, los desarrollos de las sierras y la llanura extraserrana de la zonas centro y sur de Córdoba difieren en algunos aspectos de los de la zona norte y, a su vez, éstos de los de Traslasierra.

En el sur de las sierras el sistema de sitios presenta una modalidad semejante, con viviendas en "casas pozo", y se hallan estatuillas, artefactos de hueso y cerámica con incisiones. Potrero de Garay, un sitio cerca del dique Los Molinos, es un buen ejemplo de ello.

El asentamiento corresponde a una única ocupación tardía y se hallaron casas pozo semienterradas. En su interior se ubicaron pequeñas concavidades como fogones y la mayoría de las actividades de la vida cotidiana se realizaban fuera de la casa. Debajo del piso de las habitaciones enterraban a sus muertos, sin indicación alguna de la tumba a nivel del piso, tanto cuando eran niños como adultos, realizando simplemente un pozo de contorno elíptico en la tierra. Las tumbas eran individuales y se hallaban muy cercanas entre sí.

Las casas, muy próximas unas a otras, formaban una aldea no dispersa en los campos de cultivo. Aunque éstos no se han identificado aún, se piensa que hubo actividades agrícolas debido a que se encuentran azuelas muy desgastadas por el uso.

En la llanura extraserrana oriental, la organización y la forma de hacer las cosas fue semejante. En la región de Río Segundo, por ejemplo, las viviendas eran semisubterráneas y comparten características con las anteriores en cuanto a sus dimensiones y los enterratorios bajo el piso de los recintos, igual que en la región de Traslasierra, pero se diferencian por un patrón de distribución lineal que sigue los cursos principales de agua. Es muy característica la alfarería con improntas de cestería, posiblemente hechas éstas con los juncos y herbáceas de las márgenes de los ríos. En esta zona las figurillas humanas de arcilla están presentes en mayor cantidad y variedad que en otras.

En el sector central de las sierras, había similitudes pero también diferencias en cuanto a las características de las viviendas y del sistema de asentamiento, ya que aquí los sitios en el fondo del valle, en valles tributarios y en las pampas de altura se integraban en un solo sistema. En la cuenca del río San Antonio, al sur del valle de Punilla, hay abrigos emplazados cerca de cursos de agua permanentes y de terrenos aptos para la agricultura, pero que por sus dimensiones no pudieron albergar a más que unos pocos individuos y tienen restos relacionados con múltiples actividades. En este valle existieron también los grandes sitios residenciales como en otros valles, pero las aldeas indígenas han quedado sepultadas bajo las aguas del dique San Roque.

En las sierras de San Luis el panorama es similar al de Córdoba. La agricultura se suma como una estrategia más a la caza y recolección, aprovechando las diferencias en la oferta ambiental por la altitud de los pisos ecológicos, desde la llanura a las sierras. El sistema de asentamiento se organiza también en puestos temporarios en abrigos y sitios residenciales en las sierras, fondos de valle y llanuras, y abrigos con arte rupestre. Hay dataciones radiocarbónicas que al calibrarlas señalan una ocupación por lo menos posterior al año 680 d.C.

En general, en las Sierras Centrales durante este tiempo en que aumenta la incidencia de la agricultura, los cambios producidos en las formas de vida y organización resultaron exitosos. Como una de sus consecuencias, las sociedades fueron definitivamente sedentarias, crecieron en número y se diferenciaron en entidades políticas autónomas, que mantenían con otras relaciones tanto armónicas como de conflicto.

Es interesante ver cómo estas sociedades, que compartieron una

forma de vida en común en un amplio territorio cuando su economía se basaba sólo en la caza y la recolección, hacia los primeros siglos de la Era Cristiana presentan marcadas diferencias en su estilo de vida. Dentro de la región, donde más se manifiestan estas variaciones al comparar las Sierras Centrales con los desarrollos culturales de la mesopotamia de Santiago del Estero.

## Las sociedades agrícolas de Santiago del Estero

Los cazadores-recolectores de Santiago del Estero parecen haberse ajustado a un modo de vida centrado en la explotación del medio serrano, más que del bosque chaqueño de la llanura. Si bien éste era muy rico en recursos, con frondosos bosques de quebrachos y algarrobos, caudalosos ríos con abundantes peces, tierras fértiles y una variada gama de fauna, no habría sido colonizado efectivamente hasta la introducción de prácticas agrícolas.

Inclusive, las primeras formas de vida aldeana, con alfarería y asientos permanentes, fueron poblaciones muy vinculadas con el mundo andino, sobre todo Catamarca y Tucumán. Los cazadores-recolectores pueden haber adoptado esta nueva forma de vida o bien se puede tratar de poblaciones andinas que avanzaron sobre el pie de monte santiagueño, quizás como una extensión natural de sus propios territorios, colonizando tierras bajas, más húmedas y cálidas, en busca de otra clase de recursos. Todo parece apuntalar ambas posibilidades: hasta ahora no se conocen etapas de transición o una fase experimental, sino que aparecen grupos tempranos con tecnología alfarera desarrollada, similar a otras contemporáneas del Noroeste, y que siguieron cazando con puntas líticas triangulares. Alrededor del año 200 d.C., grupos alfareros conocidos hoy como la cultura de Las Mercedes ya estarían poblando estas tierras, sobre las que se expanden hasta casi el año 750 d.C. llegando hasta la llanura mesopotámica.

Los lugares de asentamiento eran sitios chicos y carecían de construcciones. Se ubicaban cerca de los cursos de agua, y denotan una explotación variada e intensiva del medio, que incluyó tanto la fauna del bosque y la llanura circundante (guanacos, ñandúes, carnívoros, quirquincho bola, entre otros) como la del río y sus costas (bagres, dorados y aves). La horticultura de maíz y zapallo complementaba su dieta, así como la recolección. Para la ce-

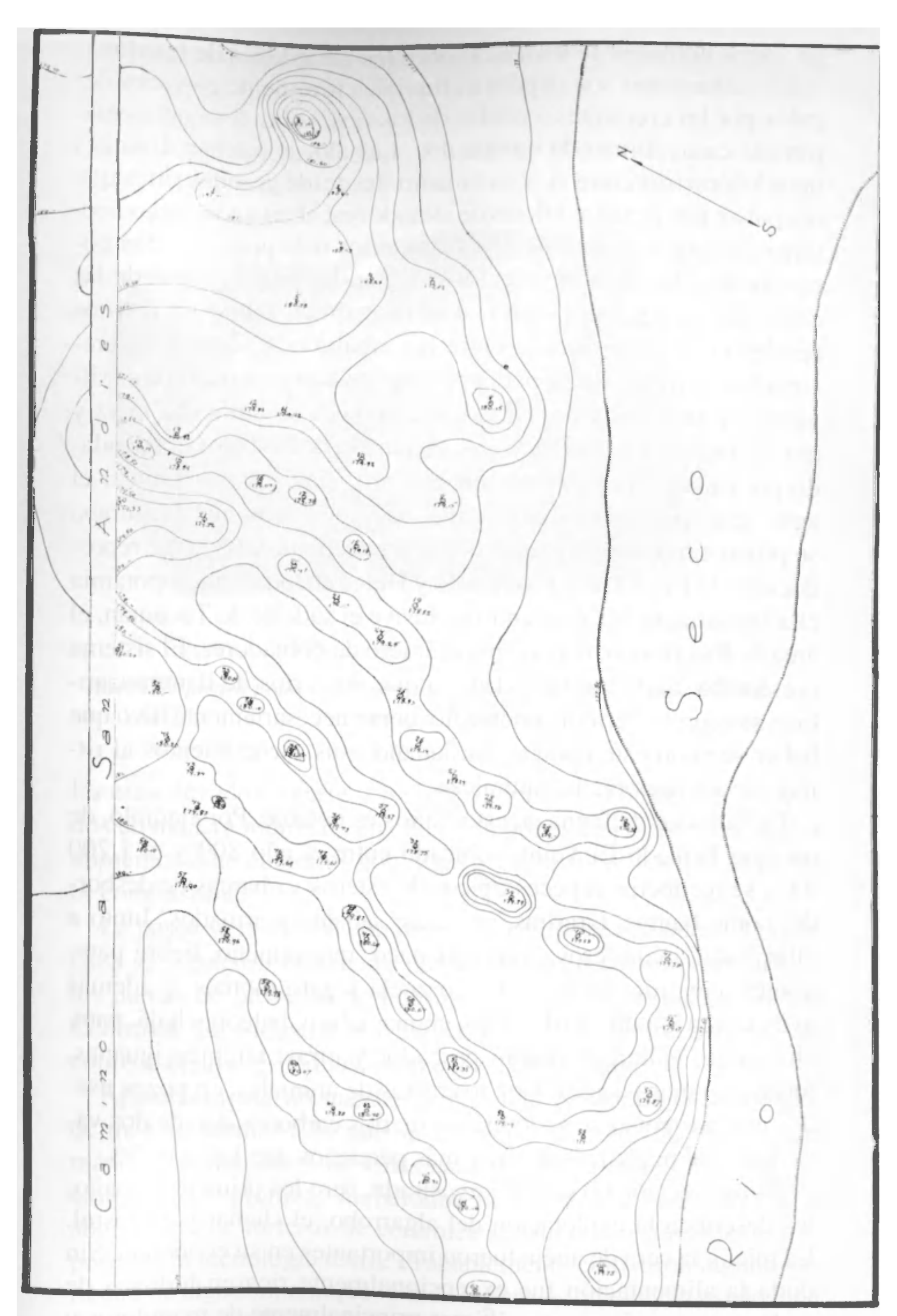
rámica de uso cotidiano utilizaban recipientes pequeños, tipo cuencos o pucos, de color marrón y rojos, que suelen presentar decoración incisa con motivos geométricos. El dibujo se resaltaba tratando el fondo con un cuadriculado muy fino y la figura se destacaba por contraste al quedar lisa. En otros casos, iguales motivos eran pintados en negro y rojo con un borde blanco. Con esta técnica también hacían grandes urnas, en las que enterraban a sus muertos. Utilizaban las cestas como moldes para hacer piezas chicas.

Además del empeño estético puesto en la cerámica, la gente de la cultura de Las Mercedes practicaba el arte de la música. Se halló una ocarina de cerámica y una quena hecha sobre un hueso largo, con cuatro orificios muy bien realizados. La tecnología del hueso también se usó para fabricar punzones, espátulas y tubos.

En algunos sitios hay fragmentos de pipas de cerámica, usadas con tabaco y cebil, una planta alucinógena que crece en la selva tucumana. Las relaciones con pueblos vecinos de la región del Noroeste, sobre todo de los valles preandinos de Catamarca y los bosques orientales de Salta y Tucumán, fueron comunes entre estos grupos, ya como simples relaciones de intercambio o bien participando en un nivel de integración más profundo donde se compartían tradiciones, creencias y formas de vida, tal como se evidencia en algunos estilos cerámicos semejantes hallados en ambas zonas.

Esta forma de vivir cerca de los ríos, aprovechar los recursos circundantes, practicar la agricultura y enterrar a la gente en urnas se convirtió en el estilo tradicional de vida de los grupos de la llanura chaco-santiagueña a partir del año 700 d.C. hasta la conquista española. Así como hay continuidad, también se fueron marcando diferencias, tanto temporales como regionales, y los grupos fueron creciendo en número y en la complejidad de su organización, de lo que resultó un nuevo estilo de vida característico de Santiago del Estero.

Desde ese momento se implementó otra forma de asentamiento, relacionada con prácticas económicas aprovechando ingeniosamente los recursos circundantes, sumamente adaptada a las condiciones y ciclos anuales de la naturaleza. La estrategia se basó en la explotación de la diversidad de recursos en un radio cercano a los asentamientos, combinando recolección, caza, pesca y agricultura de manera complementaria. De este modo no se requerían grandes traslados para la búsqueda de recursos y la organización del espacio se centraba en asentamientos únicos, formando aldeas



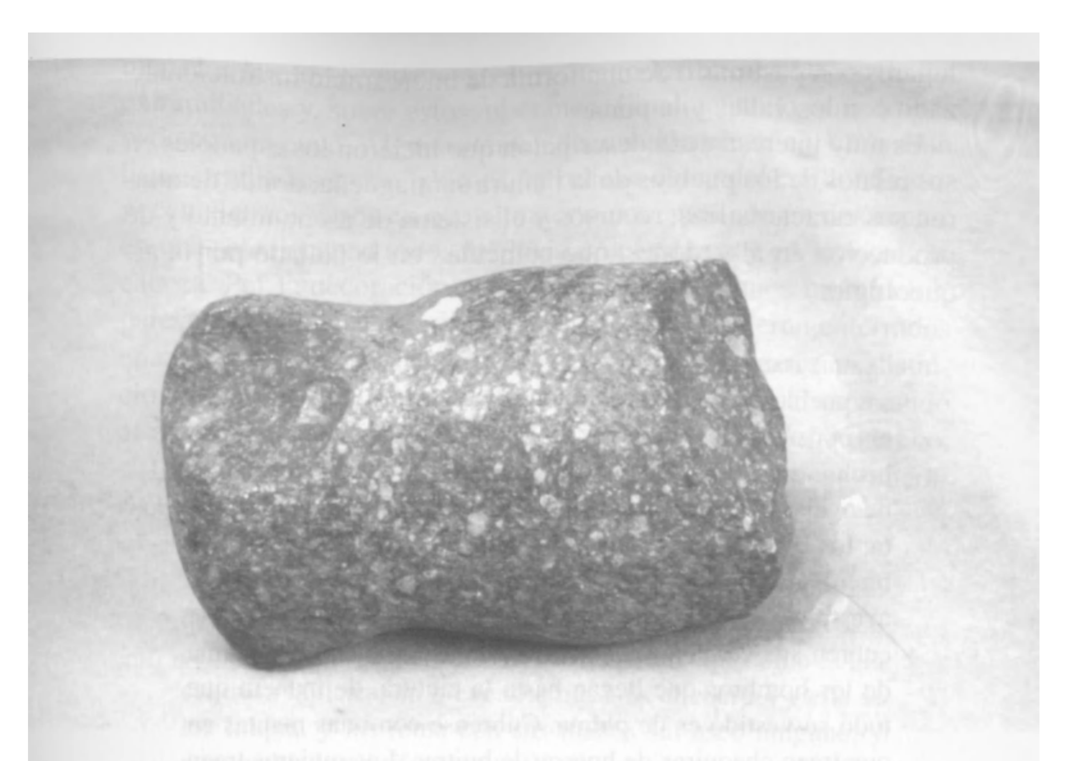

*Plano de sitios de asentamiento en albardones según Hauenschild, Vilmer Norte, Santiago del Estero.*

de varias unidades de vivienda sobre los albardones de los ríos.

Los albardones son depósitos fluviales levemente elevados dejados por las crecientes a orillas de los ríos, sobre los que asentaron sus casas formando montículos. Las aldeas estaban distantes unos kilómetros entre sí, y su tamaño iba desde grandes sitios que ocupaban tres o cuatro hileras de albardones, abarcando varias hectáreas y cientos de montículos, hasta sitios más pequeños con pocos montículos. Los montículos evitaban las inundaciones de las casas y, a su vez, permitían la acumulación de agua y de detritos fértiles en las depresiones entre los albardones. Cuando la creciente se retiraba, allí se podía pescar, cazar aves y mamíferos silvestres y, una vez seco, en la tierra húmeda se cultivaba maíz y quizás zapallo y batata. A veces, el llenado de los bajos era ayudado por canales o realizaban represas artificiales para acumular el agua. Esto permitía un ciclo anual de explotación que aseguraba su provisión continua y resultó altamente eficaz, ya que fue reproducido a lo largo de los ríos Salado y Dulce en toda la mesopotamia chaco-santiagueña, abarcando inclusive el sudeste de Tucumán, el área de Río Hondo, con un gran número de pobladores. El sistema presentaba cierta inestabilidad, ya que estos ríos de llanura cambian sus cursos periódicamente. La gente necesariamente tuvo que haber seguido este divagar, trasladando sus asentamientos al ritmo que les imponía la naturaleza.

La variedad de fauna en estos sitios es notable. Por ejemplo, de un sitio llamado El Veinte, ubicado entre el año 800 y el 1.200 d.C., se recuperaron peces típicos de esteros y charcas de desborde, como bagres, tarariras, anguilas, sábalos y armados. Junto a ellos había mamíferos, como guanaco, quirquincho, liebre patagónica, cuy, tuco-tuco, zorro, corzuela y gato montés; y además aves, como ñandú, perdiz, loro, chuña, jabirú, halcón, chajá, pato, chimango, gallareta, martín pescador y otras; también iguanas, tortugas, ranas y sapos. Con los restos de animales, en pozos usados como fogones se encontraron marlos carbonizados de dos variedades de maíz, más duros y más pequeños que los actuales.

La recolección no se halla registrada, pero los primeros españoles describen la explotación del algarrobo, el chañar y el mistol. La miel y la cera de abeja fueron importantes en su economía. Sin duda la alimentación fue excepcionalmente rica en hidratos de carbono y proteínas, estas últimas principalmente de mamíferos y aves, y secundariamente de peces, anfibios y reptiles. Los anima-



*Hacha de piedra pulida con garganta para la tala de bosques. Río Salado, Santiago del Estero.*

les eran llevados enteros a los sitios, donde se consumían cocinados de manera indirecta, en ollas o en pozos con brasas, donde los alimentos eran cubiertos con hojas y tierra sobre los que se ponía el combustible.

La pesca se realizaba con redes o con arpones de hueso. Para la caza se siguieron utilizando puntas líticas, pero son muy típicas las puntas de proyectil de hueso, semejantes a las de las Sierras Centrales. La industria del hueso tuvo muy buen desarrollo; se confeccionaron espátulas, punzones, tubos, agujas.

Aparentemente no habrían tenido una ganadería desarrollada, de manera similar a lo que sucedió en las Sierras Centrales, sumándose condiciones aun más cálidas para la cría de llamas. Sin embargo, las crónicas mencionan la existencia de corrales y la abundancia de torteros de cerámica señala como sumamente importante la tecnología textil. Probablemente cultivaron alguna variedad de algodón, aunque lo más seguro es que hayan usado lana de camélido, mediante algún tipo de conexión con la región andina. Esto pudo ser a través de una presencia efectiva de puestos en

lugares con pasturas o de una forma de intercambio institucionalizado con los valles y la puna.

Es muy interesante la descripción que hicieron los españoles en sus relatos de los pueblos de la llanura santiagueña, donde detallaron sus características, recursos y el sistema de asentamiento y de producción en albardones, que coincide con lo hallado por la arqueología:

> "...una gran provincia de tierra muy poblada, y a media legua los pueblos unos de otros, de a ochocientas a mil casas puestas por sus calles, cercados los pueblos de palizadas, y tienen hechos sus terrenos donde tirar al arco. Tienen sus corrales de ovejas como las del Perú; es gente limpia y bien dispuesta; los bohíos que tienen son muy grandes. Andan los hombres atados por la cintura con una cuerda llena de plumas de avestruces muy largas que le llegan a las rodillas, con que cubren sus vergüenzas, y otras plumas también por encima de los hombros que llegan hasta la cintura, de manera que todo su vestido es de pluma. Cúbrense con unas mantas en que traen chaquiras de huesos de buitres. Las mujeres traen mantas de la cintura abajo y otra por debajo de un brazo y un ñudo al hombro. La tierra es muy llana, y, porque en tiempo de aguas crece el río, porque no aneguen, tienen hecho los pueblos una hoya muy honda y grande, de anchor de un gran tiro de piedra y el largo más de treinta leguas, de manera que cuando crece el río vacía en esta hoya y al verano sécase y entonces toman los indios de todos los pueblos mucho pescado; y en secándose siembran maíz y se hace muy alto y de mucha cosecha; de suerte que todo el largo desta hoya es chácara de todos los pueblos ribera del río; tienen mucho maíz y algarroba y un fruto como azofeifas de españa (chañar). Tienen mucho pescado, muy bueno, avestruces, liebres muy grandes, perdices y otra mucha diversidad de aves."[1]

Los montículos también eran los lugares de enterratorio, sin formar cementerios. La mayoría de los entierros se hacían en grandes urnas funerarias, tanto para adultos como niños, y hay también entierros directos en el suelo, extendidos. Los de urna son entierros secundarios, con una disposición reiterada: se colocaban pri-

[1] *Historia del Perú*, Diego Fernández, 1571.

mero los huesos pequeños sueltos, luego los huesos largos de las extremidades y, sobre éstos, el cráneo. Finalmente, la urna era tapada con un puco. Algunas tenían decoración pintada y otras eran lisas, cepilladas o con adornos en relieve cerca del cuello. Se conocen algunos casos en que el muerto era enterrado en dos urnas: en una se colocaban todos los huesos del cuerpo y en otra sólo la cabeza. Por la decoración y su ubicación en algunos montículos, parece que había ciertas diferencias entre quienes eran enterrados en cada clase de urna y en qué lugar, como si se marcaran distinciones sociales. Son muy excepcionales los ajuares acompañando al muerto y éstos suelen ser sólo caracoles, algunos del Atlántico.

Las crónicas describen también una de estas prácticas funerarias, de una manera muy detallada:

> "Aquí se vió una cosa admirable que tienen por costumbre: que si una mujer enviuda, tiene el difunto en una barbacoa o cama desnudo y ella le está cada día llorando. Y como es tan calurosa la tierra, en breve cría gusanos el cuerpo, y ella se los limpia, y los toma con sus manos sin asco ninguno, y aunque hiede pestíferamente. Y allí está de noche y de día y no se levanta si no es a cosas necesarias que no las puede excusar. Y si por ventura corre alguna grasa del cuerpo, la toma con sus manos y abuelta los gusanos, y sin pena se unta ella el cuerpo y el rostro. Y desta manera sestá hasta quel cuerpo se seca y se consume. Toma los huesos y los mete en un cántaro, y allí los tiene guardados. Y este es su entierro"[2].

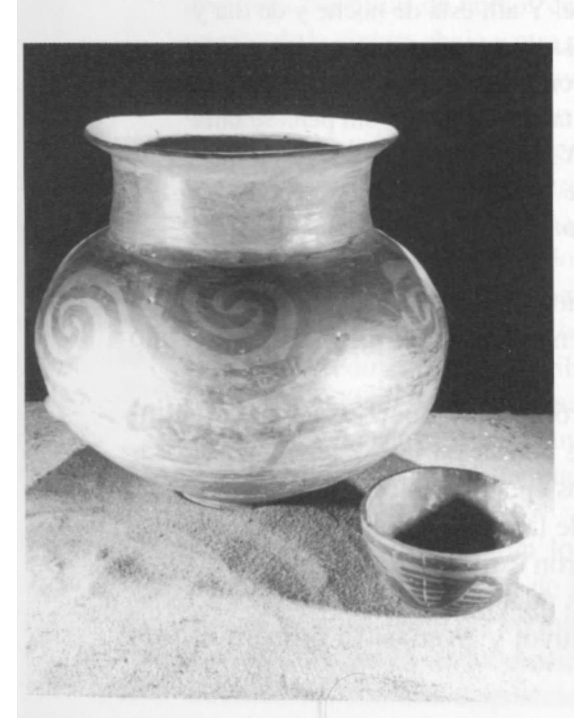
Según varias dataciones radiocarbónicas calibradas, esta forma de vida se hallaba completamente definida y ajustada para el año 1.200 d.C.

La tecnología cerámica logró un muy buen desarrollo, que inclusive en algunos estilos hace pensar en la existencia de artesanos parcialmente especializados en su producción. Con el progresivo conocimiento y dominio de las pastas, de las técnicas de cocción y de la decoración perfilaron estilos que permiten identificar fácilmente la cerámica de estos pueblos. Hay dos muy característicos, conocidos como Sunchituyoj y Averías. El primero es más

[2] Gerónimo de Bibar. "Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile", 1558.

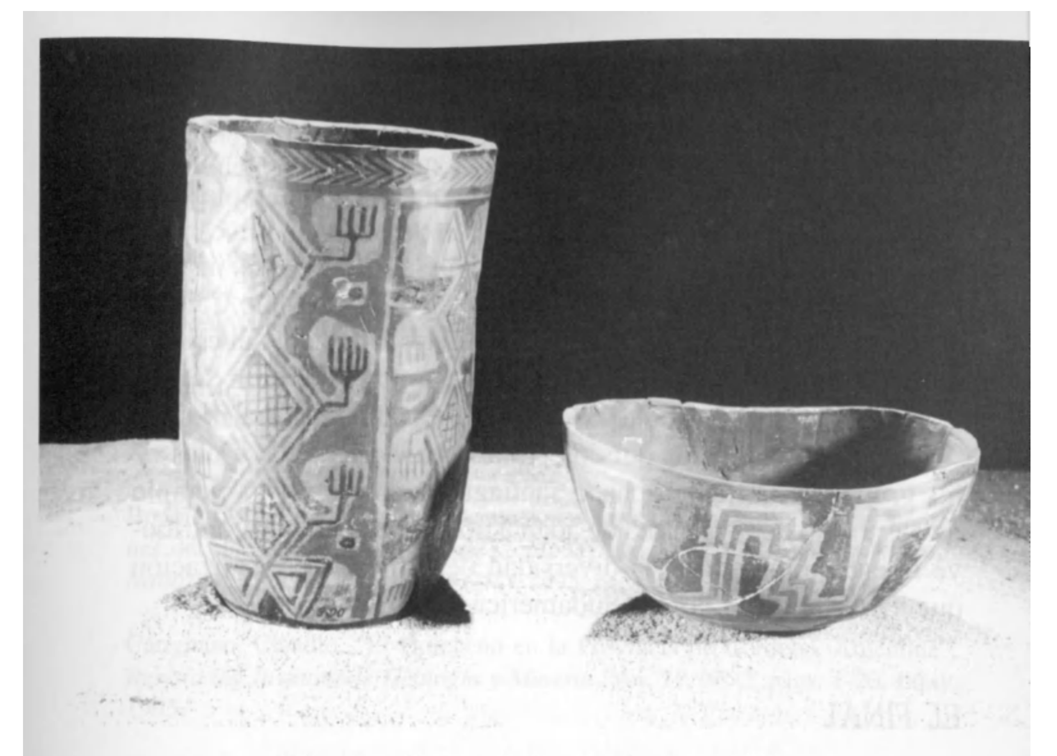
antiguo, existente desde al año 800 d.C., pero posteriormente coexiste con el segundo hasta la conquista.

La cerámica Sunchituyoj se identifica por su decoración pintada sobre superficies muy bien tratadas, brillantes y pulidas. Las vasijas más comunes son las grandes urnas funerarias, de forma globular, casi tan altas como anchas. Hay piezas globulares más pequeñas y pucos. Los motivos están hechos en negro sobre la pasta natural o un suave baño blanquecino, y el tema principal es la representación de un búho de frente. Sus grandes ojos abiertos, la cara redonda, el pico y los penachos laterales están claramente representados, a veces de manera muy naturalista y otras más estilizadas. Sus alas se despliegan a ambos lados en actitud de vuelo, con las patas colgando. Esta figura básica se combina con motivos geométricos o reiterando el ave una y otra vez, formando una guarda (notablemente, pese a la centralidad del motivo del búho, éste no aparece entre la fauna de los sitios arqueológicos). Otro motivo común es una especie de mano con los dedos abiertos, unida a otra en una secuencia en la que el último dedo es la muñeca de la mano que sigue, y así siguiendo hasta formar una guarda.



*Sociedades agrícolas de Santiago del Estero: cerámica Sunchituyoj.*

La cerámica Averías es de muy buena calidad, de pasta fina y delgada. Hay vasijas globulares, pucos y jarros altos, de superficie muy pulida y brillante. La decoración se pintaba sobre un fondo con un baño blanquecino o crema. Los motivos son de extremada delicadeza y precisión, y cubren casi toda la pieza, tanto adentro o afuera, con un total dominio de los espacios, los volúmenes y una clara concepción del diseño jugando entre zonas rayadas y sólidas en color negro y rojo sobre el fondo blanco. El motivo principal sigue siendo un ave: a veces es la estilización del búho, en otros casos es otra especie re-



*Alfarería policroma de Averías, Santiago del Estero.*

presentada de costado, de pico curvo, cuello más largo y alas más grandes. También hay motivos geométricos, escalonados, serpientes, espirales y triángulos.

En cerámica también realizaban estatuillas con formas humanas mezcladas con caracteres de aves. Los torteros de cerámica estaban decorados con incisiones, a veces representaban al buho o motivos geométricos y curvilíneos muy detallados, con un carácter de piezas únicas de arte en miniatura, donde casi no hay una igual a otra.

Cuando hacia el final comienza a producirse la cerámica Averías es probable que estuvieran sucediendo una serie de cambios relacionados con un mayor grado de diferenciación jerárquica en la sociedad. Quizás se trataba de un nuevo grupo de personas conviviendo en aldeas biétnicas. A partir del registro arqueológico y de las fuentes etnohistóricas es claro que estas sociedades alcanzaron un nivel de organización económica y política que les permitió negociar y hacer alianzas con sociedades tan complejas como los incas.

Los grupos de Santiago del Estero siempre habían mantenido

relaciones con el Noroeste. Pero es durante la expansión incaica cuando gente portadora de cerámica santiagueña se hallaba distribuida efectivamente por varios puntos de los valles preandinos de Catamarca. Ello marcaría la presencia de grupos ubicados estratégicamente por el régimen inca para el control y el reemplazo de poblaciones rebeldes. Tenían una relación de vasallaje y, a cambio de su colaboración, los incas les concedieron tierras y los instalaron en los centros estatales incaicos, incluyendo el valle Calchaquí. A su vez, la gente de Santiago del Estero mantenía el control de la frontera oriental del imperio, impidiendo la invasión de grupos nómades del Chaco hacia Tucumán, Catamarca y La Rioja.

En definitiva, vemos que los procesos históricos y sociales de los grupos de la llanura chaco-santiagueña son un buen ejemplo de desarrollo de una forma de adaptación particular, que contribuye al entendimiento de la diversidad de formas de organización que lograron los indios en Sudamérica.

## *EL FINAL*

En el siglo XVI, la conquista española introdujo restricciones e imposiciones legales que iniciaron la desestructuración de las sociedades indígenas. Se les restringió el derecho a sus tierras y se los encomendó a un conquistador; se los obligó a vivir en reducciones o en las ciudades coloniales para cumplir con servicios. Todo hombre de entre 18 y 50 años debió pagar tributo, por lo que debieron alejarse de sus poblados y sus familias con el fin de asalariarse o bien aumentar sus horas de trabajo.

Al inicio trataron de adaptarse por medio de un cambio en los recursos animales, abandonando los autóctonos por ovejas, cabras, vacas y equinos. La alfarería fue perdiendo calidad y el lítico se reemplazó por vidrio y hierro.

Estos ajustes no fueron suficientes: el exceso de trabajo, sumado a nuevas enfermedades y al descenso de ingreso diario de energías con la dieta, causaron una gran disminución de la población y el resultado final fue la desaparición prácticamente total de los pueblos indígenas por aculturación o exterminio directo e indirecto. En definitiva, este terrible impacto cultural terminó con toda identidad, sepultó años de experiencias y conocimientos, y los pocos sobrevivientes fueron marginales a la sociedad estatal.

# BIBLIOGRAFÍA


Ameghino, F., "Informe sobre el Museo Antropológico y Paleontológico de la Universidad Nacional de Córdoba durante el año 1885", *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, Córdoba, 1885.

Austral, A. G. y Rochietti, A. M., "Arqueología de la pendiente oriental de la Sierra de Comechingones", *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, t. XXII (1/2), págs. 61-80, Mendoza, 1995.

Berberián, E. E., "Potrero de Garay: una entidad sociocultural tardía de la región serrana de la Provincia de Córdoba (República Argentina)", *Comechingonia*, Año 2, Nro. 4, págs. 71-138, Córdoba, 1984.

Bonofiglio, M. y Roldán, F., "Ocupaciones agroalfareras tardías en las márgenes del río Xanaes (provincia de Córdoba)", *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, t. XXII (1/2), 1995, págs. 81-87, Mendoza, 1995.

Carignano, Claudio, "El Holoceno en la Provincia de Córdoba, Argentina". *Revista del Instituto de Geología y Minería*, Vol. 11, N° 2, págs. 1-20, Jujuy, 1995.

Castellanos, Alfredo, "Antigüedad geológica del yacimiento de los restos humanos de la Gruta de Candonga (Córdoba)", *Publicaciones del Instituto de Fisiografía y Geología*, XIV, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1943.

Cione, A. L., Lorandi, A. M.y Tonni, E. P., "Patrón de subsistencia y adaptación ecológica en la aldea prehispánica El Veinte, Santiago del Estero", *Relaciones*, Vol. XIII, Buenos Aires, 1979.

Gambier, M., *Arqueología de la Sierra de San Luis*, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Nacional de San Juan, San Juan, 1995.

Gómez, Roque, "El yacimiento precerámico de Minguecho". *1er Congreso de Arqueología Argentina*. Rosario, 1970.

González, Alberto Rex, "La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (Provincia de San Luis) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica", *Revista del Instituto de Antropología*, Vol. I, Universidad Nacional de Córdoba, págs. 1-302. Córdoba, 1960.

González, S. P. E. y Crivelli Montero, E. A., "Excavaciones en el Abrigo de los Chelcos, San Alberto, Córdoba", *Relaciones*, t. XII, págs. 183-206, Buenos Aires, 1978.

Laguens, Andrés, *Arqueología del contacto hispano-indígena. Un estudio de cambios y continuidades en las Sierras Centrales de Argentina*, BAR International Series 801, Oxford, 1999.

Laguens, Andrés y Bonnin, Mirta, "Espacio, paisaje y recursos. Estrategias indígenas alternativas y complementarias en la cuenca del río Copacabana", *Publicaciones,* XLV, Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1987.

Lorandi, A. M., "Tiempo y espacio en la prehistoria santiagueña", *Relaciones,* VIII, Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires, 1974.

Marcellino, A. J., Berberián, E. E. y Pérez, J. A., "El yacimiento arqueológico de Los Molinos (Dpto. de Calamuchita, Córdoba)", *Publicaciones,* XXVI, Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1967.

Mendonça, O. J., Bordach, M. A. y Garro, A. L., "Antropología física del sitio prehistórico Potrero de Garay (provincia de Córdoba)", *Comechingonia*, año 3, Nro. 5, págs. 91-121, Córdoba, 1985.

Menghin, O. y González, A. R., "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira, Córdoba (Rep. Arg.) (Nota preliminar)", *Notas del Museo*, t. XVII, Antropología N° 67, Eva Perón (La Plata), 1954.

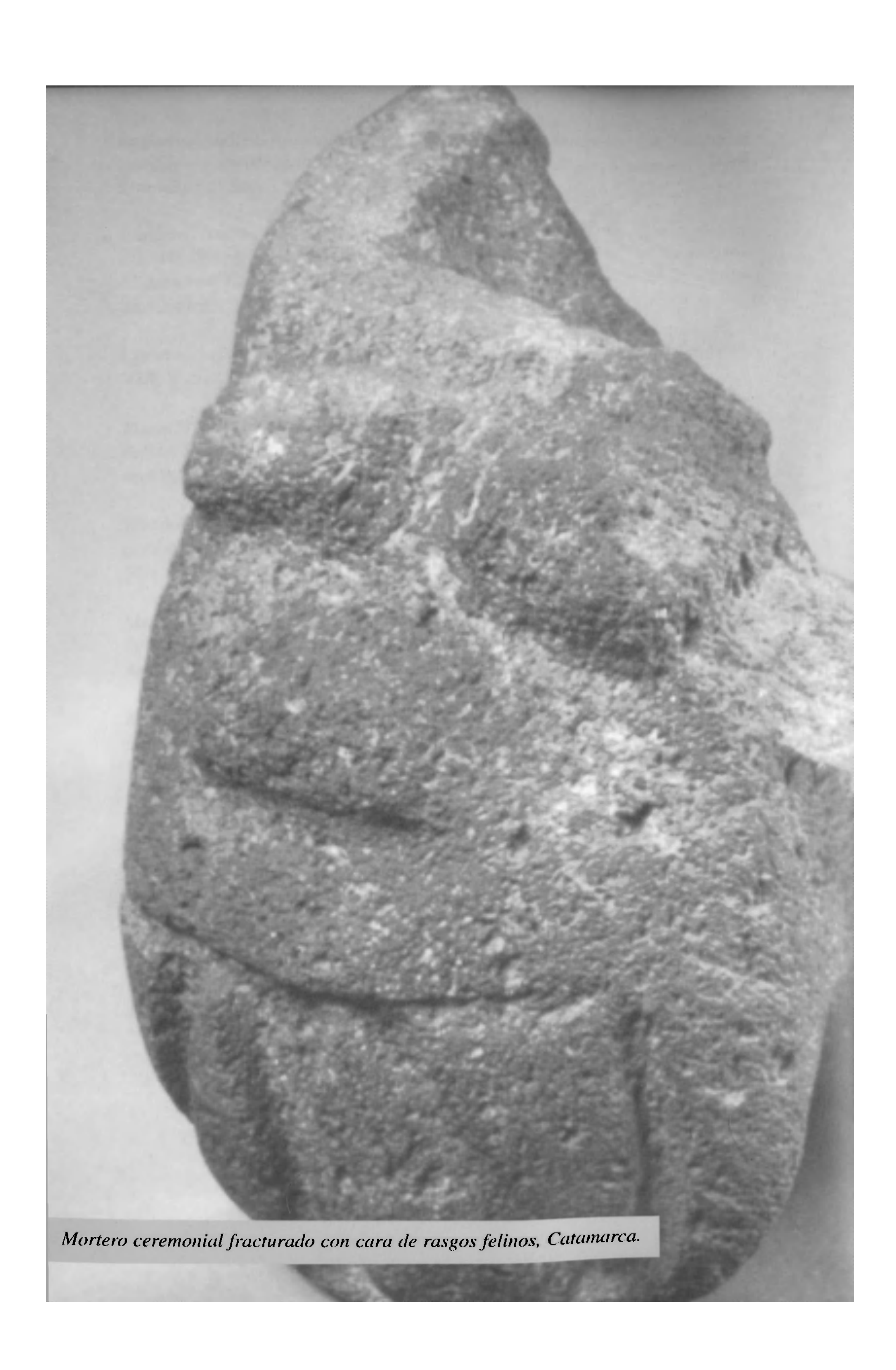
Montes, Aníbal, "El hombre fósil de Miramar (Córdoba)", *Revista de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales,* Año XXI, Nos. 1 y 2, Córdoba, 1960.

Serrano, Antonio, *Los Comechingones,* Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1945.

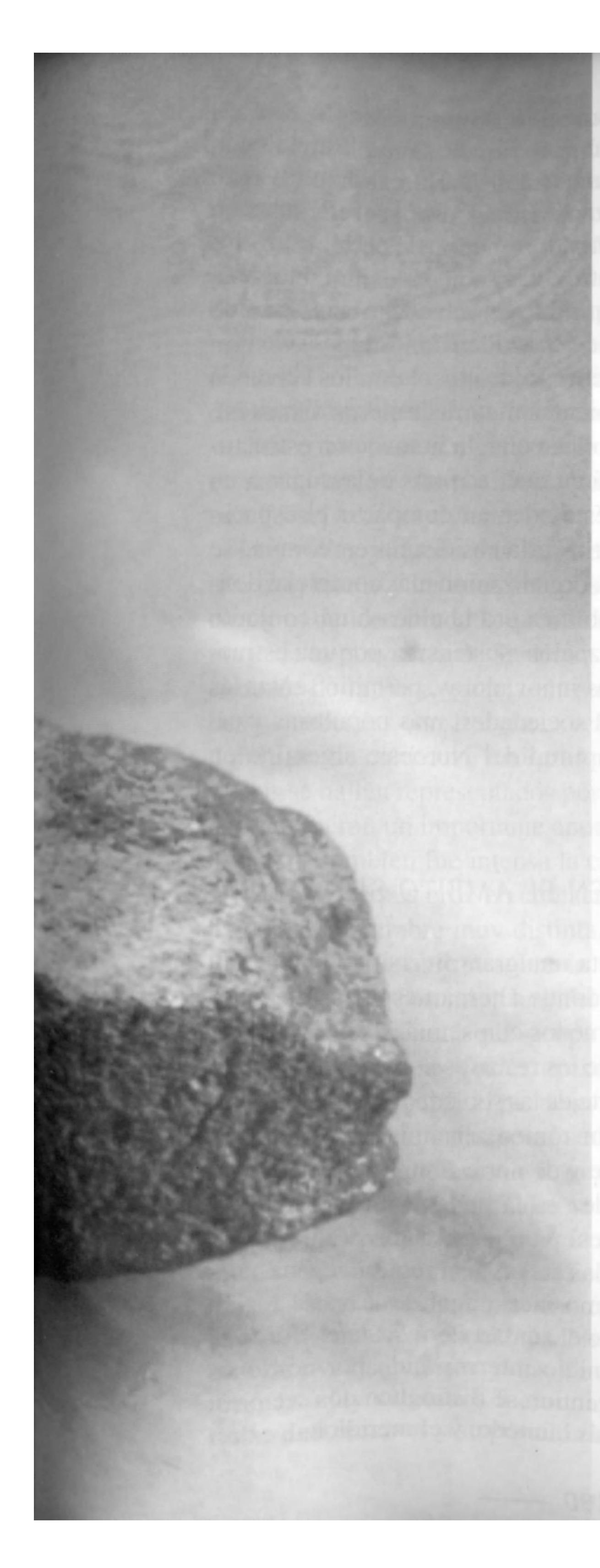



# *La vida agraria en los Andes del sur*

por MARÍA ESTER ALBECK



*Mortero ceremonial fracturado con cara de rasgos felinos, Catamarca.*



La domesticación de plantas y animales, realizada por las comunidades cazadoras y recolectoras andinas, permitió, al cabo de varios milenios, el surgimiento de grupos consolidados dentro de una economía agropastoril. De éstos, algunos se transformaron en sociedades caracterizadas por una vida agraria plena y con una residencia estable. Las primeras aldeas en los Andes del sur se instalaron entre los siglos X y VI antes de Cristo y su estilo de vida perduró por más de 2.000 años.

La vida agraria se organizó en torno a la producción de alimentos vegetales y a la cría y aprovechamiento de los camélidos andinos, principalmente la llama. Las plantas cultivadas, la tecnología agrícola y el manejo ganadero fueron adaptados ingeniosamente a las diferentes condiciones ecológicas y permitieron la expansión de los grupos aldeanos. Estas sociedades ocuparon diversos ambientes del actual territorio argentino, desde la Puna hasta las selvas tucumanas y salto-jujeñas y desde la frontera norte hasta la zona cuyana.

En el seno de estos grupos se desarrollaron tecnologías novedosas como la alfarería, la textilería y la metalurgia,

esta última con un proceso productivo de gran complejidad. El mundo simbólico, notable por su gran riqueza, fue plasmado con mucha fuerza en objetos de una extraordinaria calidad artística. Cada conjunto social poseía características propias reflejadas en los vestigios materiales que han sido recuperados. Hubo un importante flujo de información entre estas sociedades, sin duda fortalecido por el intercambio de productos y bienes. Una serie de artefactos y otros elementos ponen en evidencia los lazos que vinculaban a los diversos asentamientos aldeanos, tanto los cercanos como aquellos ubicados en ambientes muy disímiles y distantes.

En el largo proceso de desarrollo social, la innovación estructural de estas sociedades consistió en que, además de agrupar a un mayor número de individuos, éstos debían compartir el espacio habitacional de la aldea. A partir de la residencia en común, se gestaron los rudimentos para una organización más compleja, donde la máxima unidad social y política era la aldea o un conjunto reducido de ellas. Esta complejización, sustentada por una estructura productiva y por tecnologías innovadoras, permitió sentar las bases para el desarrollo de otras sociedades, más populosas y organizadas, que ocuparon la amplitud del Noroeste argentino en épocas posteriores.

## AMBIENTE Y RECURSOS EN EL ÁMBITO SUDANDINO

El Noroeste argentino presenta una gran diversidad ambiental. Conforma un variado mosaico donde alternan espacios elevados con áreas bajas y ambientes húmedos con semiáridos. Esto se refleja tanto en la disponibilidad de los recursos como en las estrategias de aprovechamiento por parte de las sociedades prehispánicas. Las precipitaciones, de tipo monzónico, disminuyen en una secuencia climática de este a oeste y de norte a sur, manifestándose las condiciones de máxima aridez en la puna catamarqueña. Las principales unidades ambientales, para este sector de los Andes del sur, son la Puna, los valles, las selvas y la región cuyana.

La Puna comprende el extremo meridional de la vasta región altiplánica que se extiende desde el sur del Perú hasta el Noroeste argentino. Es una elevada planicie interrumpida por cordones montañosos. En el territorio argentino se distinguen dos sectores: el septentrional, menos frío y más húmedo, y el meridional, extre-

madamente seco y frío. La agricultura en esta zona sólo se puede practicar en algunas áreas muy favorecidas donde prosperan pocas variedades cultivadas. Las pasturas estacionales en los fondos de cuenca y las vegas permanentes en las áreas serranas permiten el desarrollo de importantes rebaños de llamas. En épocas prehispánicas, además de los recursos agroganaderos, también fueron de interés la sal, los minerales metalíferos y las rocas volcánicas utilizadas en la fabricación de puntas de proyectil y otros instrumentos. La Puna fue una zona de intenso tránsito desde y hacia los diferentes ambientes que la circundan. Esta amplia zona era atravesada como paso obligado entre los oasis del norte chileno, único nexo con la costa pacífica, y los grandes valles que comunican con las selvas y el chaco.

Los valles y quebradas se interponen como una cuña entre el macizo puneño y las zonas boscosas orientales, las selvas y el chaco. Se extienden desde la quebrada de Humahuaca, Jujuy, hasta el norte de la provincia de San Juan y tienen como límite occidental el borde de la Puna y hacia el este el bosque subtropical. Los valles y quebradas constituyen excelentes áreas agrícolas de regadío donde puede cultivarse una gran variedad de vegetales. Otros recursos se hallan representados por los bosques de algarrobo y chañar que fueron un importante aporte para la dieta en el pasado. En esta zona también fue intensa la circulación de hombres, bienes y productos que pusieron en contacto pueblos, tecnologías y simbolismos de raigambre muy distinta.

Las selvas se ubican sobre la vertiente oriental andina extendiéndose desde Colombia hasta el Noroeste argentino. Conforman una unidad ambiental que ocupa también sectores de las sierras subandinas entre las cuales aparecen amplios valles como el de San Francisco, Jujuy, o el pie de monte tucumano, con zonas boscosas menos densas. Éstas permitieron en el pasado el desarrollo de una agricultura itinerante de roza y quema. Así, se cultivaban diferentes especies entre las cuales se destacaba notablemente el maíz. Además, la zona boscosa ofrecía una amplia gama de recursos de interés económico para las sociedades prehispánicas; entre ellos se valoraban las cañas macizas utilizadas para la fabricación de astiles, las maderas para arcos, las nueces de nogal criollo, las plumas de aves selváticas y los alucinógenos como el cebil. Otros recursos muy valorados fueron la miel y las plantas tintóreas. La riqueza en recursos y su posición articuladora entre diferentes gru-

pos sociales hacen de esta zona un sector clave para comprender muchos de los procesos socioculturales del ámbito sudandino.

La zona cuyana abarca la porción central y sur de la provincia de San Juan y la provincia de Mendoza. Es una zona extremadamente seca donde la presencia de cursos de agua o vertientes determinan la formación de verdaderos "oasis". Los valles de altura occidentales tienen abundantes pasturas en verano pero su aprovechamiento es estacional pues las intensas nevadas no permiten la instalación humana durante el invierno. Los valles orientales, más bajos, posibilitan el aprovechamiento invernal de pastos que crecen a expensas de las lluvias del verano y el asentamiento de sociedades que dominan el regadío. Esta región fue escenario de prácticas trashumantes entre valles altos y bajos, patrón compartido con los grupos trasandinos que aprovechaban los mismos valles de altura en la época estival. Esto dio lugar a un espacio de contacto recurrente y de gran antigüedad entre diferentes grupos socioculturales asentados a ambos lados de la cordillera.

## LA DOMESTICACIÓN DE VEGETALES Y ANIMALES

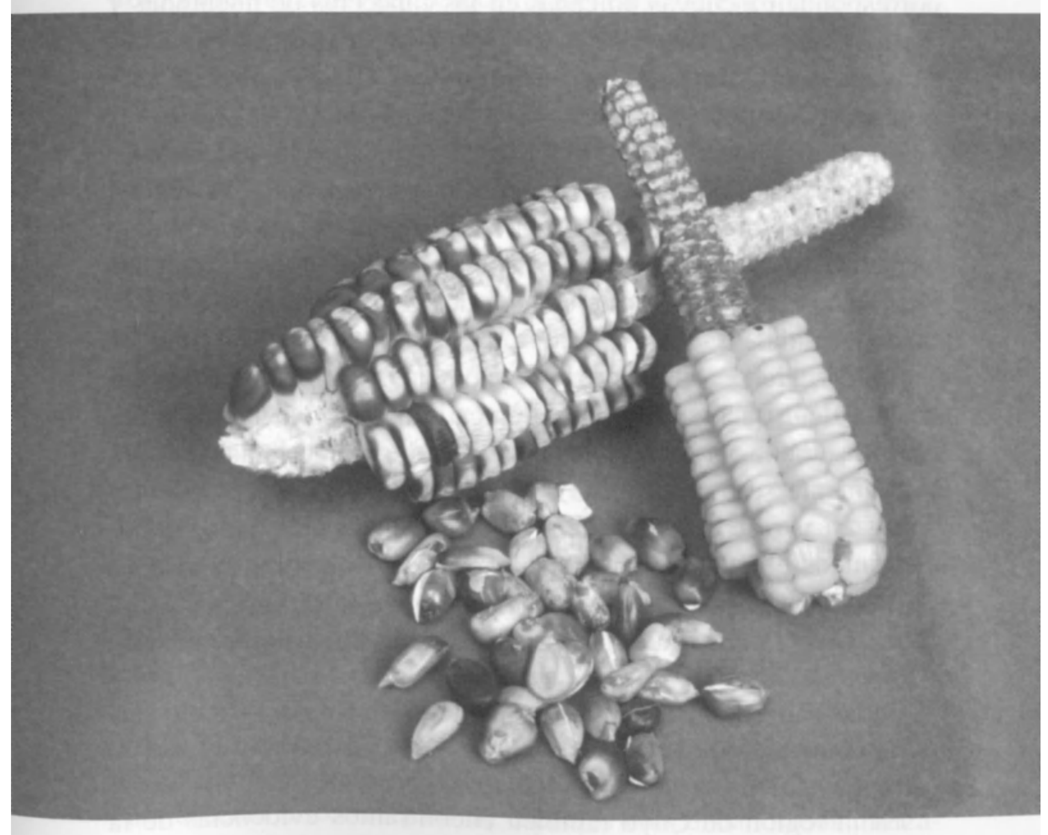
La transición hacia la vida agraria en el seno de las sociedades cazadoras-recolectoras fue un proceso lento, casi imperceptible para los actores de ese incipiente cambio. En ese transcurso surgió la domesticación, que implica modificaciones en los vegetales o animales por la intervención humana al interferir en sus procesos biológicos y genéticos. Así, gradualmente se fue orientando la selección de las especies hasta dar lugar a una variedad diferente: el vegetal o animal "domesticado", por ejemplo la papa y la llama.

Los vegetales silvestres que se intentaron sembrar seguramente ya eran recolectados en sus ambientes naturales. Pasaron varios milenios desde esas primeras siembras hasta el advenimiento de sociedades agropastoriles con una vida agraria plena. Para esos grupos de incipientes agricultores recién se puede determinar el manejo de las técnicas agrícolas cuando ya es manifiesta la domesticación de los vegetales cultivados.

En América del Sur se desarrollaron dos grandes "regiones de domesticación de vegetales": la andina y la de tierras bajas. Por el complejo de plantas domesticadas y las prácticas de cultivo generadas en cada una de esas regiones se conformaron dos sistemas

con tecnologías agrícolas distintivas. Entre ambas hubo intercambios de vegetales cultivados que lograron adaptarse a nuevos ambientes, a veces muy diferentes del de su lugar de origen. En lo que hoy es la República Argentina estuvieron representados los dos sistemas, el andino en el Noroeste, Cuyo y Sierras Centrales y el de tierras bajas en el Litoral, selvas y chaco.

En el área andina se domesticaron varias especies vegetales, entre ellas se destacan la papa y el poroto, que actualmente tienen una amplia difusión a escala mundial. Otras especies, como la quínoa, la oca, el ulluco o papa lisa y el amaranto tienen una distribución más reducida y continúan mayormente restringidas al ámbito andino donde fueron domesticadas. A los cultivos propios del área andina se agregaron algunos vegetales originarios de las tierras bajas sudamericanas como el zapallo, el ají y el maní. Sin embargo el maíz, de amplia distribución y de fundamental impor-



*Vegetales domesticados: maíz.*

tancia para los pueblos agrícolas prehispánicos, aún plantea discusiones sobre su lugar de domesticación.

Alrededor del 2.500 a.C., en el área andina también tuvo lugar el proceso de domesticación de los camélidos como la llama y la alpaca. Esta última tiene poca o nula importancia para el área que tratamos aquí. Por el contrario, la llama como proveedora de carne y lana y como animal de carga cumplió un rol fundamental en la economía de las sociedades prehispánicas del sector andino de nuestro país. Por la intensidad del flujo de bienes y productos entre las diferentes zonas ecológicas, podemos inferir que la importancia de la llama como animal de carga fue equiparable a la que tuvo como proveedora de carne y lana. Otro animal domesticado fue el cuy, conejito de indias o cobayo, un pequeño roedor criado para consumo humano en la zona andina aunque poco frecuente en nuestro territorio.

Las evidencias más antiguas de vegetales cultivados en esta zona corresponden a cuevas ubicadas en las cabeceras de quebradas y valles a más de 3.000 metros de altura. Algunas de estas cuevas tuvieron ocupaciones que se iniciaron hace 10.000 años con grupos cazadores-recolectores.

En Inca Cueva 7, ubicado en las nacientes de la quebrada de Humahuaca a 3.600 m, se recuperaron restos de un solo vegetal domesticado, el mate, que servía como recipiente pero no como alimento humano. Sin embargo, por las condiciones climáticas imperantes en el lugar, este vegetal debió proceder de áreas más bajas y cálidas.

En Huachichocana, ubicada por encima de los 3.000 m en las cabeceras de la quebrada de Purmamarca, subsidiaria de la de Humahuaca, se hallaron restos de otros vegetales domesticados. Aquí, nuevamente se manifiesta la presencia de especies provenientes de las áreas orientales más cálidas. Los primeros fechados radiocarbónicos efectuados para esta cueva asignaron una gran antigüedad a los hallazgos de vegetales cultivados (7.500-6.500 a.C.), entre ellos el maíz, pero nuevos fechados lo ubican entre el siglo VI a.C. y el III d.C.

En las cabeceras del Valle Calchaquí, en Puente del Diablo cerca de la localidad salteña de La Poma, se recuperaron restos de un ejemplar afín al poroto y semillas de zapallo.

En la región de Cuyo también encontramos evidencias de la transición de grupos cazadores-recolectores a sociedades produc-

toras de alimentos. En las cuevas de Los Morrillos en San Juan (1.700 a.C.), se rescataron restos de quínoa y zapallo. A estos cultivos se sumaron maíz y poroto hacia el siglo IV a.C.

Los grupos que hacia el 2.500 a.C. ocuparon Agua de la Tinaja en el valle de Uspallata en Mendoza cultivaron quínoa y calabaza. Posteriormente, en el siglo IV a.C., incorporaron el maíz, sin embargo continuaron siendo de gran importancia para su dieta los vegetales de recolección como algarroba, molle y cactáceas.

La Gruta del Indio en Rincón del Atuel, también en Mendoza, se hallaba habitada por cazadores-recolectores que probablemente cultivaban zapallo en el segundo milenio antes de Cristo. En el siglo III a.C. la agricultura ya se encontraba más desarrollada en ese lugar, con la presencia de maíz, zapallo, porotos y quínoa.

Todas estas evidencias corresponden a grupos que ocupaban cuevas o abrigos como campamentos base o lugares de residencia transitoria. Si bien a su economía cazadora-recolectora habían incorporado vegetales cultivados, la inclusión de éstos en la subsistencia no significó un cambio sustancial en la economía ni en el patrón de asentamiento. La transformación fue gradual, con una paulatina incorporación de diferentes especies domesticadas, y el paso de una economía extractiva a una de naturaleza productiva fue sumamente lento.

Con el correr de los siglos y el progresivo dominio de la tecnología agrícola se lograron desencadenar cambios significativos: la organización social se volvió más compleja, dando lugar a un nuevo patrón de asentamiento representado por la instalación de las primeras aldeas y la consolidación de una vida agraria plena.

Los procesos de domesticación ocurrieron a lo largo de toda la región andina pero las fechas más antiguas se registran para los Andes centrales. Por la presencia de antecesores silvestres, es probable que la domesticación del zapallito de tronco y el maní pudo haber tenido lugar en el actual territorio argentino.

## *LAS ALDEAS Y EL ESPACIO AGROPASTORIL*

Las sociedades aldeanas ocuparon directamente los espacios residenciales y productivos vinculados con su subsistencia básica. Para acceder a los recursos de espacios más distanciados utilizaron otros modos de apropiación, tales como la explotación

temporaria o el intercambio de productos con otras sociedades.

Las aldeas presentaban generalmente dos tipos de instalación. El más común fue el disperso, donde cada vivienda se encontraba rodeada por sus terrenos de cultivo. El otro tipo, el concentrado, fue menos frecuente. En este caso, el asentamiento se organizaba con las viviendas agrupadas formando un pequeño poblado.

La vivienda de planta circular o elíptica tuvo una presencia dominante, sólo en contadas ocasiones la planta fue irregular o rectangular. Cada núcleo doméstico podía estar compuesto por uno o por varios recintos asociados, a veces vinculados con un patio. Los materiales de construcción utilizados variaban de acuerdo con las características climáticas locales y con su accesibilidad.

Cada unidad residencial pudo funcionar también como una unidad de producción. Las áreas agrícolas fueron el espacio económico por excelencia y ocupaban principalmente las llanuras aluviales de los grandes valles y quebradas donde era posible aprovechar el riego. Estos sectores han sido ocupados con cultivos desde hace más de 2.500 años y, por esta razón, son muy escasas las evidencias de áreas agrícolas atribuibles a las primeras sociedades aldeanas.

Los terrenos de cultivo también ocupaban algunos sectores de conos aluviales, de cabeceras de las grandes cuencas o de la parte baja de faldeos serranos. Es decir, donde era factible la irrigación, pues se derivaba el agua desde vertientes o cursos cercanos. Allí, es posible reconocer, aun en la actualidad, las evidencias de las antiguas áreas agrícolas. La forma más común de las construcciones agrícolas asociadas con las aldeas corresponde a lo que se conoce como canchones. Éstos podían ser cuadrangulares o irregulares y se encontraban limitados por paredes de piedra, a veces compuestas por grandes bloques. Los muros perimetrales probablemente hayan cumplido la función de mantener separados a los rebaños de las áreas cultivadas.

Las sociedades aldeanas tenían, en general, una economía mixta agropastoril donde la práctica agrícola era complementada con la cría de la llama. Sin embargo, la caza y la recolección, aunque no fueron desatendidas por estas sociedades, sólo cumplieron un rol secundario en la subsistencia.

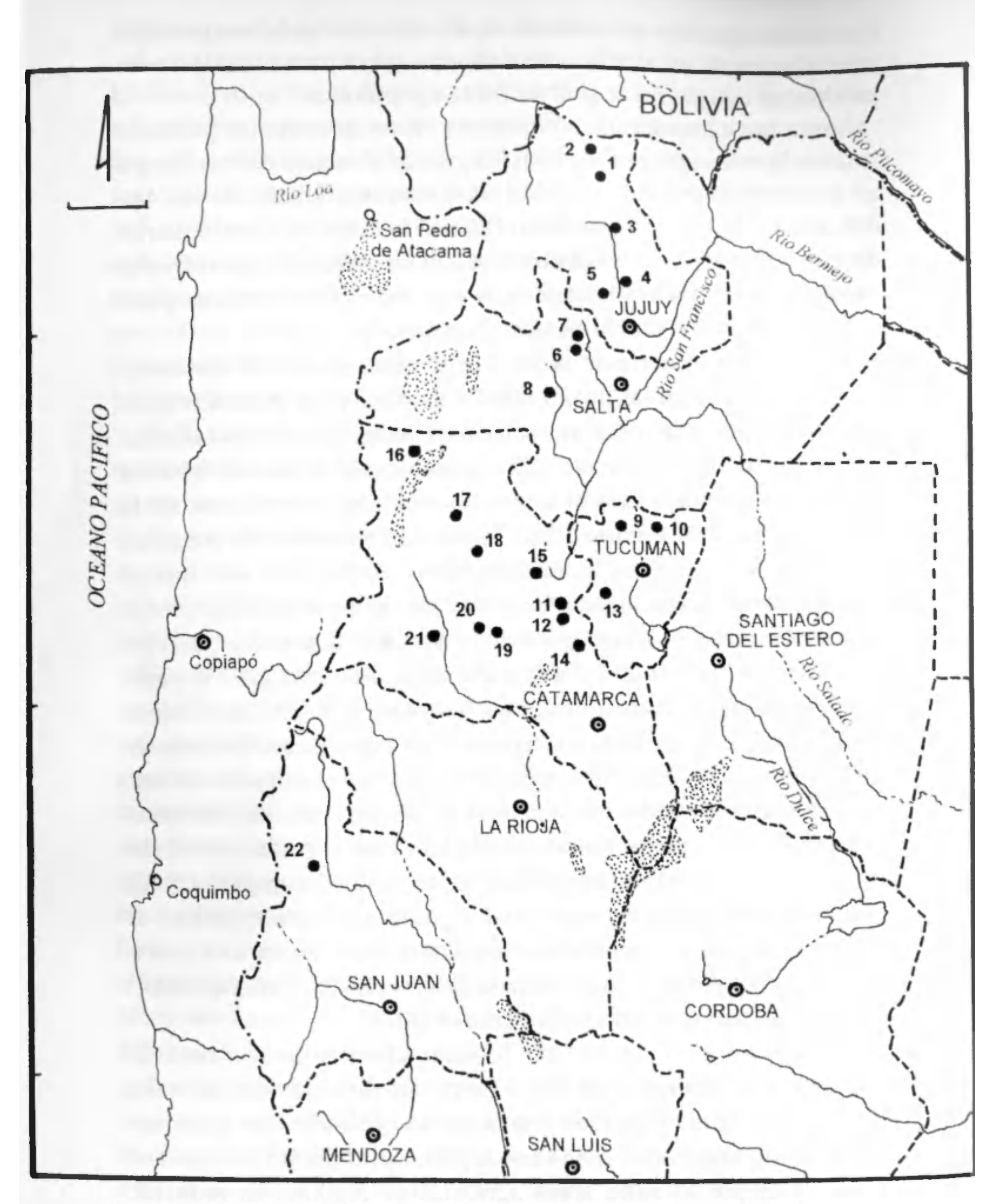
Como parte del manejo pecuario debemos considerar corrales y pasturas adecuadas. Éstas comprendían las especies forrajeras naturales, la mayoría ubicada en los pisos serranos elevados donde se desarrollan favorablemente. En los fondos de valle, la presen-

cia de ciénagas con abundantes pastos naturales también permitía la cría, además los terrenos de cultivo servían para el pastoreo en las épocas en que no se practicaba la agricultura.

Tanto la alternancia de ambientes y recursos como los procesos socioculturales que generaron a los grupos aldeanos dieron lugar a un espectro de gran variabilidad entre estas sociedades de los Andes del sur. Esta diversidad se refleja en la economía, en el patrón de asentamiento y en las distintas prácticas culturales, pero fundamentalmente y en grado superlativo en los estilos artísticos plasmados en la cerámica, la piedra y los metales.

En el extremo norte de la Puna argentina, en cerro Colorado y La Quiaca Vieja en las proximidades de Yavi y La Quiaca respectivamente, se desarrollaron sociedades aldeanas que practicaban la agricultura en pequeños valles. Esta actividad de subsistencia era complementada con el consumo de carne proveniente de la caza y de la cría de camélidos. Tenían la costumbre de construir sus casas con adobes, panes de barro secados al sol, que al desintegrarse dieron lugar a la formación de los montículos. Algo similar ocurrió en Antofagasta de la Sierra, Catamarca, entre los siglos IV a.C. y VII d.C. En la parte central de esta gran hoyada, con abundantes recursos forrajeros, se instaló la aldea Casa Chávez Montículos. Las viviendas, circulares con pisos de arcilla consolidada y cimientos de piedra, tenían por paredes enramadas cubiertas con barro amasado. En la actualidad comprende diez montículos distribuidos en dos grupos alrededor de un espacio central deprimido. La economía fue básicamente pastoril complementada con algo de agricultura, caza y recolección. Las características de los restos óseos de camélidos, descubiertos en las excavaciones, han llevado a plantear la existencia de prácticas de "charqueado", es decir, salado y secado de la carne al sol.

El asentamiento aldeano de Tebenquiche fue dado a conocer por Pedro Krapovickas en 1959. Se desarrolló a la vera del salar de Antofalla, Catamarca, en una pequeña quebrada con agua permanente y comprendía viviendas de planta circular levantadas con piedra y dispersas entre áreas agrícolas de regadío. El reducido grupo aldeano que pudo residir en este inhóspito sector de la Puna tuvo una subsistencia de tipo agropastoril. Es probable que haya servido como nexo de una red caravanera que la integraba con otras partes del ámbito sudandino o que haya constituido un paso obligado para acceder a recursos presentes en las áreas aledañas.




*Localidades arqueológicas: 1. Cerro Colorado, 2. La Quiaca Vieja, 3. Antumpa, 4. Alfarcito, 5. Estancia grande, 6. Las Cuevas, 7. Cerro El Dique, 8. Campo Colorado, 9. Molleyaco, 10. Altos de Medina, 11. Loma Alta, 12. Buey Muerto, 13. Tafí, 14. El Alamito, 15. Yutopián, 16. Tebenquiche, 17. Casa Chávez Montículos, 18. Laguna Blanca, 19. La Ciénaga, 20. Condorhuasi, 21. Saujil, 22. Punta del Barro.*

El bolsón de Laguna Blanca fue asiento de un conjunto importante de comunidades aldeanas. Se encuentra en una posición intermedia entre Antofagasta de la Sierra, el valle del Cajón y las cabeceras del valle de Hualfín. Posee un abundante recurso hídrico, proveniente de los deshielos del nevado de Laguna Blanca. Esto permitió el desarrollo de un importante oasis con múltiples áreas de cultivo ubicadas sobre el pie de monte oriental del nevado. Los núcleos habitacionales de los antiguos ocupantes aldeanos comprendían varios recintos asociados a un patio. La forma de las viviendas fue de tipo circular o elíptico, con cimientos de piedra que debieron completarse con adobes u otro material perecedero. Por su disponibilidad de agua y pasturas naturales, la zona de Laguna Blanca seguramente fue un espacio preferencial para los grupos que la transitaban desde los valles templados de Catamarca hacia las regiones puneñas y trasandinas más septentrionales.

En la quebrada de Humahuaca existieron diversas organizaciones de aldeas. Una de ellas se ubicaba en Antumpa, en las cercanías de Iturbe, y comprendía extensos campos de cultivo ubicados sobre una terraza fluvial cercana al río Grande. En las divisorias y en las esquinas de los canchones de cultivo se emplazaban recintos circulares dispersos construidos con piedras. Presenta condiciones ambientales óptimas para el cultivo de tubérculos y también para un pastoreo adecuado. La ocupación de esta aldea se extendió por lo menos entre comienzos de la Era Cristiana y el siglo VIII d.C.

La zona de Alfarcito se encuentra ubicada al oriente de la localidad de Tilcara e incluye extensas áreas agrícolas que corresponden a diferentes épocas. El asentamiento aldeano ubicado allí ya existía a comienzos de la Era Cristiana y estaba compuesto por viviendas de planta irregular, levantadas con paredes de piedra, distribuidas entre los campos de cultivo. Los grupos que habitaron estas unidades también tenían una economía agrícola complementada con la cría de camélidos y la caza. Alfarcito constituye una sociedad de gran interés porque articula claramente las primeras comunidades agropastoriles de la quebrada de Humahuaca con las sociedades más complejas que las sucedieron.

Otra formación de esta naturaleza fue la de Estancia Grande, ubicada en las cabeceras de la quebrada de Purmamarca en un sector con excelentes condiciones para el cultivo de tubérculos y el pastoreo. Los terrenos agrícolas se disponían en forma de cua-

dros o canchones en las partes más llanas y de terrazas o andenes sobre los faldeos, aunque estas construcciones podrían ser más recientes. Las viviendas se encontraban aisladas y eran de planta circular u oval con paredes de piedra; también se utilizaron silos subterráneos para almacenamiento. Esta sociedad aldeana probablemente sea anterior a la que habitaba el sector de Alfarcito.

En las cabeceras de la Quebrada del Toro, en Salta, se han reconocido varios poblados aldeanos que se desenvolvieron entre el siglo VI a.C. y el V d.C. La aldea de Las Cuevas desarrolló un patrón concentrado que hoy se observa como cuatro grandes montículos ubicados a mayor altura que la franja agrícola del valle. Las viviendas eran de planta circular o elíptica con cimientos de piedra, completadas con materiales perecederos. Algunos recintos de mayores dimensiones pudieron haber sido utilizados como patios. En el predio del sitio también se identificaron muros de contención y basureros. La gran cantidad de huesos recuperados en Las Cuevas ha llevado a plantear la presencia de un patrón económico con énfasis en la ganadería complementado con agricultura y caza. Las Cuevas, una de las aldeas más antiguas registradas en el Noroeste argentino, evidencia, además, una notable perduración en el tiempo.

La aldea de cerro El Dique tenía un patrón de instalación diferente al de Las Cuevas y se lo toma como representativo de los demás asentamientos aldeanos identificados para la quebrada del Toro, que son La Encrucijada, Potrero Grande y Las Capillas. Las viviendas se hallaban dispersas sobre terrenos de poca pendiente, próximas al río y vinculadas con canchones de cultivo arqueológicos. Las habitaciones eran semisubterráneas y de planta circular o elíptica, construidas con lajas clavadas verticalmente en el piso y rellenadas con barro batido y ripio para formar las paredes. Las habitaciones podían disponerse en forma aislada o agrupadas en torno a un patio donde se encontraban tumbas, hornos o fogones y basurales. El consumo de vegetales está confirmado por el hallazgo de restos de vegetales domesticados, morteros y molinos. Las prácticas ganaderas y de caza, por su parte, se hallan atestiguadas por la gran cantidad de huesos, principalmente de camélidos tanto salvajes como domésticos. El patrón de organización de las viviendas es el patrón tipo para muchos asentamientos aldeanos del Noroeste argentino y se lo conoce también como Tafí o de tipo alveolar o celular.

Los valles calchaquíes fueron el escenario natural de varias sociedades aldeanas. En las cabeceras de dicho valle, en las proximidades de la localidad de La Poma, se encuentra el sitio de Campo Colorado, representativo de la vida aldeana de la parte norte del valle. El antiguo asentamiento, ocupado entre el primer siglo antes y el primero después de Cristo, consta de 24 montículos alargados. Éstos estaban limitados por un muro de circunvalación y se ubicaban en cotas superiores a la franja de uso agrícola. Las viviendas circulares tenían las paredes de barro delgado, reforzadas con bloques de piedra en la parte inferior interna, y se encontraban adosadas entre sí generando el patrón de tipo celular o alveolar. Como en el caso de Las Cuevas, esta aldea también tuvo una ocupación recurrente, donde el mismo espacio cumplió diferentes funciones a lo largo del tiempo (basurero, cocina, pasillo). La economía de los grupos que residieron en Campo Colorado se basaba en la agricultura y en el aprovechamiento de la carne de camélidos. Otros sitios aldeanos del norte del valle Calchaquí relacionados con Campo Colorado son Jaime, Salvatierra y Las Pailas.

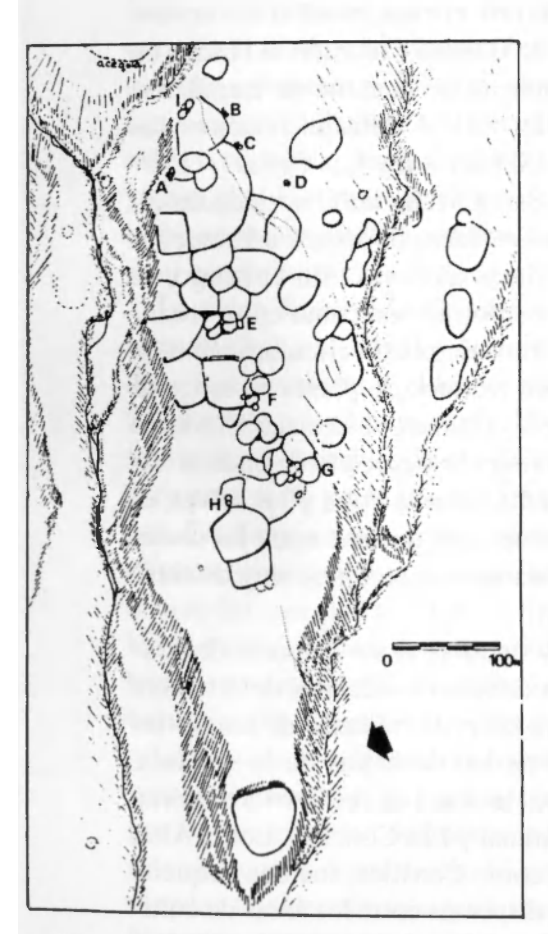
A lo largo de todo el valle de Santa María hubo sociedades aldeanas. En general, presentaban afinidades con las sociedades contemporáneas establecidas en las áreas aledañas. Sin embargo, se observan variaciones tanto en su conformación como en su localización. Así, hubo aldeas con recintos de planta circular, como en Tolombón y Amaicha, y otras con recintos de planta rectangular como en El Bañado. Dentro de estas últimas, se destacó El Morro de las Espinillas, un poblado aglomerado y cercado ubicado al sur del valle. Por su posición intermedia entre la Puna y las selvas, el valle de Santa María seguramente operaba de nexo entre las sociedades que habitaban las áreas aledañas con recursos muy diferenciados.

Sobre la falda occidental del Aconquija, al sur del valle de Santa María, existía una serie de asentamientos aldeanos de diferente magnitud. Estaban distribuidos en las proximidades de los distintos cursos de agua provenientes de los deshielos de la serranía. Los asentamientos más importantes fueron Tesoro, Cerrillos, Loma Alta, Buey Muerto, Ingenio del Arenal y Las Conchas. Loma Alta, ubicada en la localidad conocida como Cerrillos, fue una pequeña aldea con unidades de residencia dispersas entre las áreas de cultivo. Allí se identifican dos tipos de núcleos habitacionales; ambos son de patrón aldeano y se diferencian ligeramente entre sí. Un

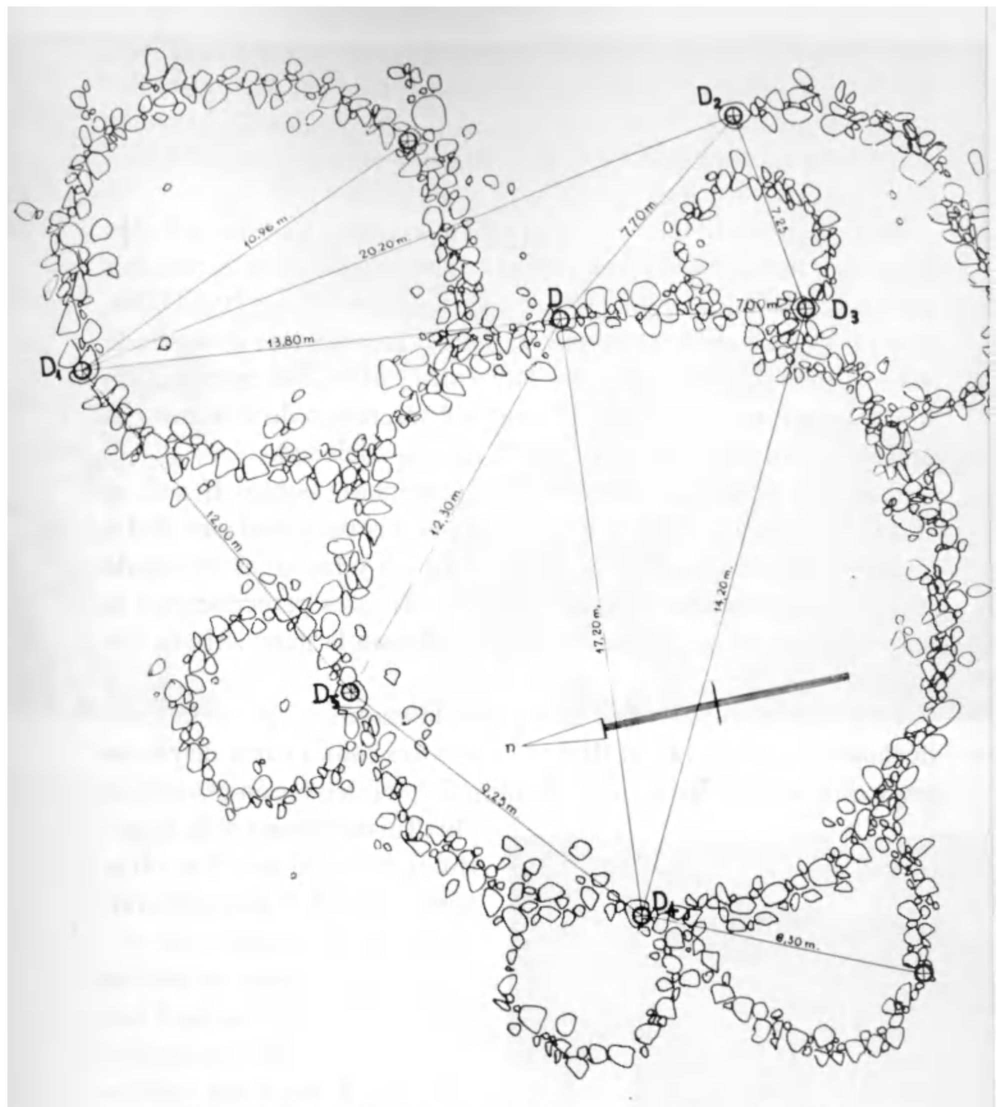
tipo se caracterizaba por canchones limitados por muros curvos de piedra, dentro de los cuales se emplazaban las unidades de vivienda, los patios de planta circular o redondeada y las estructuras de almacenamiento. El otro tipo de unidad residencial se distinguía por una mayor organización del espacio. Aquí las viviendas, si bien dispersas, se encontraban claramente separadas de las áreas de cultivo. Los recintos, de planta redondeada, se vinculaban con un pasillo interno y no disponían de patios.

En el valle del Cajón el sitio de Yutopián fue una aldea de tipo concentrado ubicada sobre una pequeña lomada, separada de las áreas agrícolas. Los recintos, construidos de piedra, se encontraban adosados y eran de diferente tamaño y forma, sin embargo, predominaban los de planta circular. Los de mayores dimensiones sirvieron como patios o plazuelas. También se utilizaron los pozos de almacenaje que eran cavados en la roca de la lomada. Son claras las evidencias de actividad metalúrgica: un fogón construido con arcilla endurecida y quemada, abundantes escorias, un trozo de mineral de cobre y un probable soplador. La metalurgia en Yutopián es indicativa de intrincados procesos de producción que sugieren una organización algo más compleja de esta sociedad aldeana.

El valle de Tafí, en Tucumán, posee una importante ocupación aldeana cuyos asentamientos se encuentran distribuidos en diferentes puntos del valle. El ambiente es húmedo y más frío que las áreas aledañas pero presenta excelentes condiciones para el cultivo de tubérculos y la cría de animales. Las ocupaciones aldeanas identificadas están ubicadas temporalmente entre los



*Plano de la aldea de Loma Alta, falda del Aconquija, Catamarca, según Scattolín.*



*Plano de un conjunto de viviendas de Tafí del Valle, Tucumán.*

siglos I a.C. y el IX d.C. Las habitaciones eran circulares de piedra y ubicadas en número variable en torno a un patio circular mayor. Ocasionalmente estas unidades formaban conjuntos más complejos. Las superficies agrícolas comprendían amplios canchones ubicados sobre conos aluviales o áreas de pie de monte donde, en algunos sectores, se construyeron aterrazados muy rudimentarios. Las prácticas ganaderas y la caza también fueron importantes en la economía de estas sociedades aldeanas. Relacionada con las

áreas residenciales se destacaba la presencia de grandes menhires, muchos de ellos con motivos tallados. En El Mollar existieron estructuras ceremoniales tales como un gran montículo, de unos 30 m de largo, vinculado con numerosos menhires y con vestigios de actividades rituales.

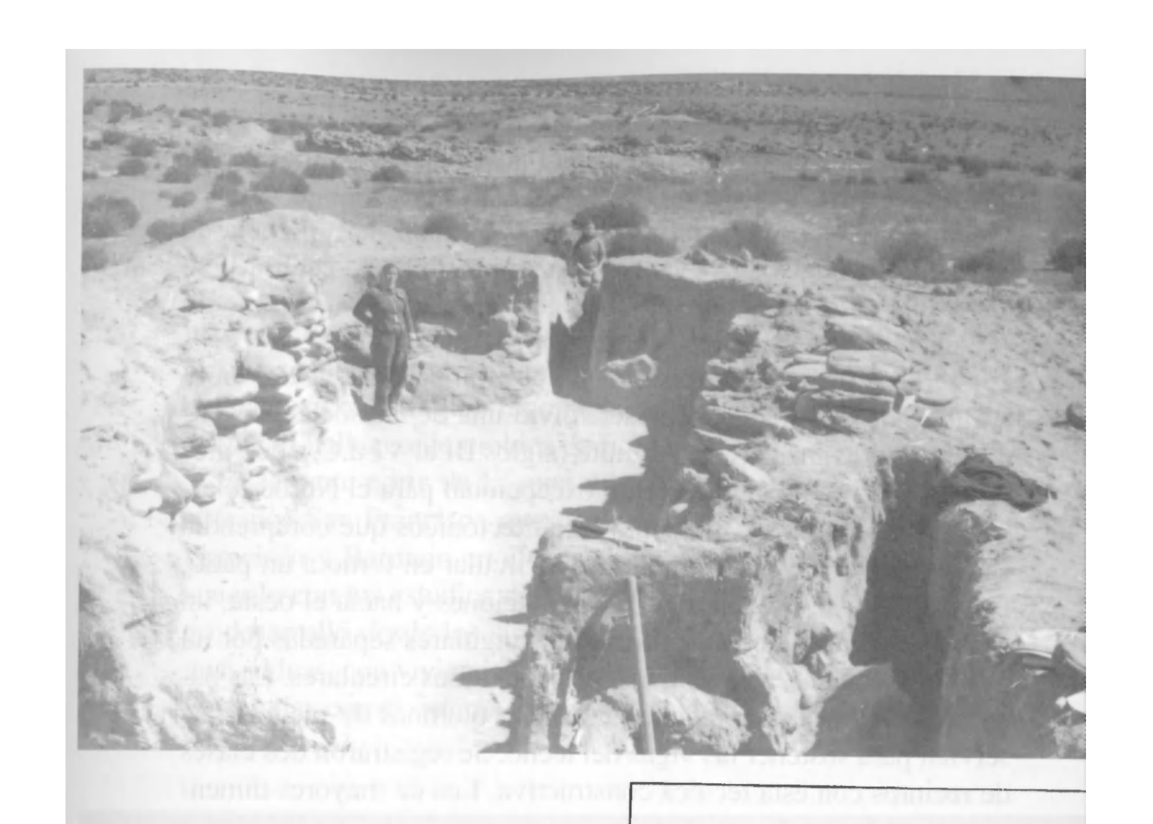
En el valle del Hualfín, Alberto R. González ha estudiado los contextos de tumbas correspondientes a sociedades aldeanas. Por medio de fechados radiocarbónicos y seriación de tumbas, elaboró en la década de los '70 una secuencia maestra que comprende varias fases, caracterizadas por diferentes estilos. Sin embargo, no logra determinar si se trata de grupos diferentes o de distintas expresiones estilísticas dentro de una misma sociedad.

Los asentamientos aldeanos más tempranos (siglos II a.C. al II d.C.) corresponderían a Río Diablo, en las proximidades de La Ciénaga, donde ocuparon la llanura aluvial y las áreas de pie de monte. Las viviendas debieron ser de materiales perecederos y la subsistencia fue agrícola complementada con la ganadería de camélidos.

Los grupos sociales que fabricaron la cerámica de estilo Condorhuasi (siglos II a.C. al III d.C.) son conocidos a partir de piezas arqueológicas recuperadas en tumbas. Las viviendas en el valle de Hualfín debieron ser de materiales perecederos. En otras zonas, como la falda del Aconquija, se han encontrado viviendas circulares de piedra con objetos de filiación Condorhuasi y silos construidos con lajas y barro que indicarían la existencia de prácticas agrícolas. El pastoreo de camélidos se infiere a partir de la identificación en algunas tumbas de llamas sacrificadas. Lo más representativo es la escultura en piedra (morteros, pipas, platos y máscaras) y la alfarería policroma, que evidencia la gran riqueza artística de sus fabricantes.



*Vaso Ciénaga gris inciso, Catamarca.*



*Arriba vista y a la derecha planta de un edificio de El Alamito excavado por Víctor Núñez Regueiro, Unidad D. Catamarca.*

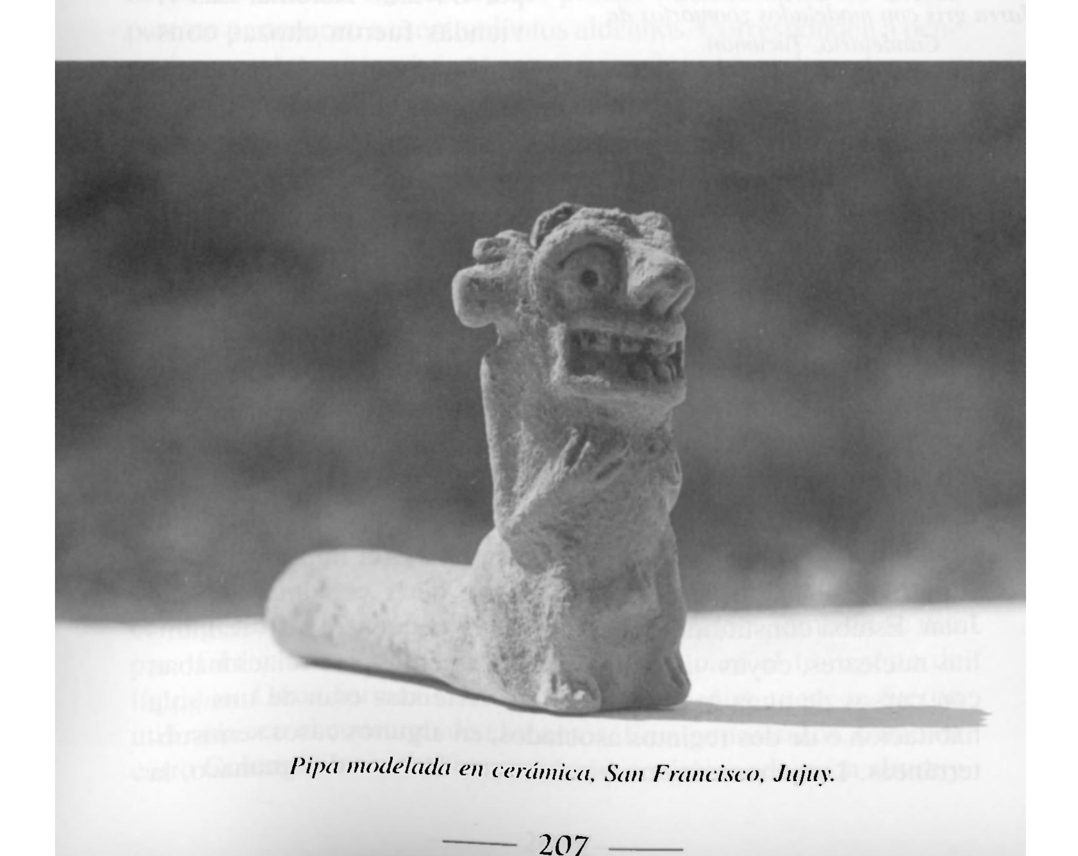
La cerámica de estilo Ciénaga se expande desde el sur de Salta hasta el norte de San Juan. Aquí la información también proviene fundamentalmente de la excavación de tumbas. Sin embargo, en Buey Muerto, ubicado en la falda occidental del Aconquija, se identificaron viviendas de piedra de planta circular con presencia de cerámica Ciénaga. En el valle de Hualfín este estilo cerámico se desarrolló entre fines del siglo II d.C. y el siglo VII d.C., cuando comenzó el apogeo de los señoríos de la Aguada.

Fuera de dicho valle, en la zona de Campo del Pucará, en el nordeste de Catamarca, se desenvolvió una de las sociedades aldeanas más avanzadas, El Alamito (siglos III al VI d.C.), que presenta un patrón de asentamiento excepcional para el Noroeste argentino. Los diversos elementos arquitectónicos que comprendía cada conjunto se ubicaban en forma circular en torno a un patio. Hacia el este se encontraban las habitaciones y hacia el oeste, un gran montículo y dos plataformas rectangulares separadas por un pasillo, asociadas, a su vez, con dos cobertizos circulares. Las paredes de barro de los recintos incluían columnas de piedras que servían para sostener las vigas del techo. Se registraron dos clases de recintos con esta técnica constructiva. Los de mayores dimensiones, en forma de U con un pasillo de entrada, fueron habitaciones. Los recintos menores, en cambio, eran cuadrangulares y posiblemente hayan sido talleres. Se han identificado más de 50 sitios o unidades Alamito que comprenden esta asociación compleja y recurrente de recintos y demás estructuras arquitectónicas. Esto permite percibir una planificación previa de acuerdo con un patrón establecido en forma consciente entre sus constructores. A juzgar por los hallazgos efectuados, la economía debió ser agropastoril. Los talleres aparentemente estuvieron dedicados a la actividad metalúrgica. Inicialmente, Víctor Núñez Regueiro interpretó a estos sitios como unidades residenciales. Sin embargo, en una propuesta más reciente plantea que se trataría de centros ceremoniales de la gente que elaboraba la cerámica de estilo Condorhuasi. Relacionados con los sitios Alamito se encontraron objetos y esculturas en piedra, algunos de una sublime belleza artística como los llamados "suplicantes".

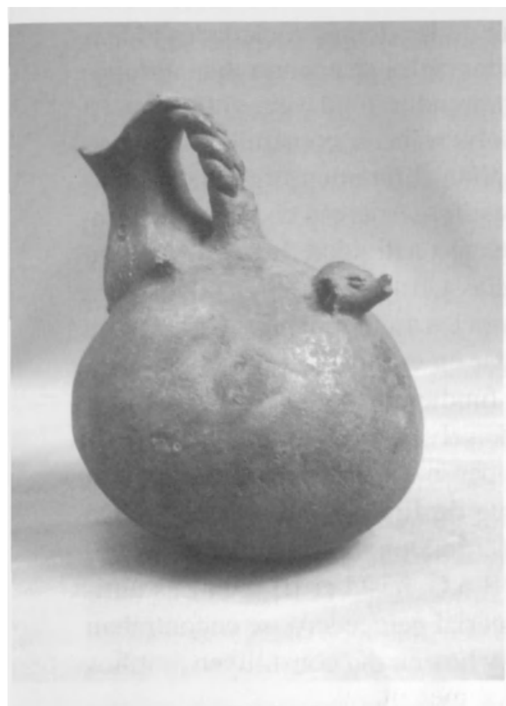
Al sudoeste de Catamarca, en el valle de Abaucán, las comunidades aldeanas conocidas como Saujil tuvieron un largo desarrollo local desde los siglos V a.C. hasta el VII d.C., cuando fueron absorbidas por las sociedades Aguada. El patrón arquitectónico de

estos grupos difería notablemente de las demás sociedades aldeanas conocidas. Las unidades residenciales se encontraban agrupadas de 4 a 5 y cada unidad comprendía, a su vez, entre 4 y 10 habitaciones rectangulares semisubterráneas, construidas con muros de barro. Los recintos cumplían diferentes funciones como habitaciones, patios, cocinas o pasillos. Además de la agricultura, estos grupos desarrollaron una intensa actividad de recolección, a juzgar por gran cantidad de semillas y frutos silvestres (algarrobo, mistol, chañar) que se encuentran en los asentamientos. Cierta parte del proceso metalúrgico tuvo lugar en estas aldeas, si tenemos en cuenta el hallazgo de moldes de fundición.

En la parte norte de la zona de selvas encontramos los grupos aldeanos San Francisco que ocuparon los valles de los ríos San Francisco y Bermejo en el oriente de Jujuy y norte de Salta. De acuerdo con los estudios de Bernardo Dougherty, tuvieron un largo desarrollo desde los siglos VII a.C. hasta el III d.C. Las antiguas aldeas, con viviendas de material perecedero, se encontraban vinculadas con el sistema fluvial y hoy en día constituyen amplios



*Pipa modelada en cerámica, San Francisco, Jujuy.*



*Jarra gris con modelados zoomorfos de Candelaria, Tucumán.*

montículos con acumulación de cerámica en superficie. La economía de estos grupos humanos se basó en la pesca, caza, recolección y agricultura, el énfasis puesto en cada uno de estos tipos de actividad de subsistencia variaba según las características ambientales locales. Elementos comunes en estos asentamientos son las hachas de piedra pulida y los adornos labiales o *tembetá*.

En el extremo meridional de las selvas se ubicaban las aldeas Candelaria, propias del oriente salteño y norte de Tucumán, que fueron estudiadas por Osvaldo Heredia. Las viviendas fueron chozas construidas con materiales perecederos con cimientos circulares de piedra que constituían los fondos de cabaña. En algunos de los asentamientos Candelaria se encuentran menhires lisos como en Altos de Medina y San Pedro de Colalao. Estos grupos aldeanos tuvieron un desarrollo contemporáneo con las sociedades San Francisco, y perduraron desde comienzos de la Era Cristiana hasta cerca del año 1000 d.C. En algunas cuevas hay evidencias de cestos, tejidos, plumas y abundantes restos de vegetales cultivados utilizados por estas comunidades que practicaron la ganadería además de la agricultura. La actividad pastoril probablemente implicaba el aprovechamiento de los prados serranos ubicados por encima de las áreas de bosque.

El grupo aldeano que se identifica con la Fase Punta del Barro ocupó el valle de Iglesia en el noroeste de la provincia de San Juan. Estaba constituido por grupos muy pequeños, tal vez familias nucleares, cuyas viviendas y áreas de cultivo se relacionaban con cursos de agua o vertientes. Las viviendas eran de una sola habitación o de dos recintos asociados, en algunos casos semisubterráneas. La economía combinaba tanto la caza del guanaco, la

recolección de algarroba, chañar y huevos de ñandú como la ganadería de llama y la agricultura. Es probable que hayan mantenido ñandúes en cautiverio para el consumo de carne y aprovechamiento de las plumas. En el ambiente árido donde se asentaron, estos grupos desarrollaron áreas agrícolas con pequeños "canteros" ordenados en rosario y regados con acequias cortas.

## LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

Con la residencia estable en las aldeas y una economía agropastoril que, seguramente, permitía la acumulación de excedentes para épocas de escasez, se hizo común el uso de una serie de tecnologías inéditas hasta ese momento. Se trata de la cerámica, la textilería y la metalurgia. La más interesante es, sin dudas, la cerámica, por su ubicuidad y excelente conservación en los estratos arqueológicos.

Las fechas más antiguas para la cerámica del Noroeste argentino se remontan a los inicios del primer milenio antes de Cristo pero no pertenecen a asentamientos aldeanos. Corresponden a ocupaciones en cuevas y abrigos rocosos emplazados en las cabeceras de la quebrada de Humahuaca o en las zonas puneñas aledañas. Es posible que estos sectores elevados hayan formado parte del manejo territorial de aldeas ubicadas en sectores más bajos de dicha quebrada. También se pudo tratar de ocupaciones de cazadores-recolectores que obtuvieron las piezas cerámicas por intercambio con grupos aldeanos instalados en áreas más distantes.

Las fechas más tempranas para alfarerías vinculadas con un patrón aldeano claro son las de los sitios de Las Cuevas (siglo VI a.C.) y Saujil (siglo V a.C.). En estos dos casos, el hallazgo de cerámica corresponde a asentamientos aldeanos estables asociados con áreas agrícolas, el aprovechamiento de camélidos y otras características propias de un patrón de vida agropastoril pleno.

La cerámica se utilizó principalmente para la fabricación de recipientes de cocina, en especial ollas que servían para cocer y hacer digestibles los granos y tubérculos cultivados. También se usó para fabricar vasijas de almacenamiento y para el transporte de líquidos. Otras formas como jarros y pequeños cuencos fueron utilizadas en el consumo de alimentos. En algunos casos, como en cerro Colorado, se identificaron piezas cerámicas de poca altura y

boca ancha con incrustaciones de cuarzo en el fondo, presumiblemente usados como ralladores. La cerámica también sirvió para el modelado de figuras antropomorfas o zoomorfas, de gran valor simbólico, y para la elaboración de moldes y crisoles utilizados en la metalurgia.

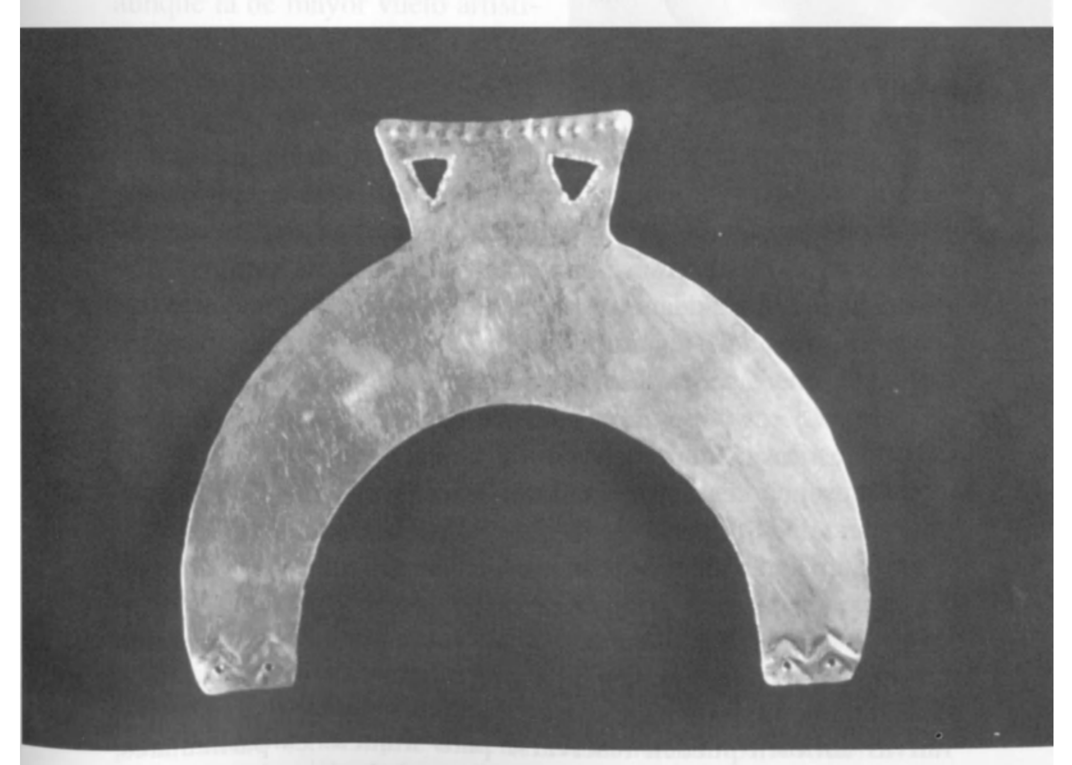
A pesar de la marcada variabilidad existente entre la cerámica de las diferentes sociedades aldeanas, hay una notable recurrencia de formas, tratamientos de superficie, técnicas y motivos decorativos, muchos de los cuales no aparecen entre los grupos sociales que las sucedieron. Un rasgo recurrente fue la fabricación de cerámica pulida de tonalidades grises a negras utilizada para la alfarería de mejor elaboración. Aunque también la hubo en tonos de beige y rojo, la cerámica gris tiene una ubicuidad sorprendente en el seno de las sociedades aldeanas. Entre las piezas más finas son comunes formas que dejan de ser utilizadas en las sociedades posteriores, como los vasos cilíndricos y los jarros con una asa. Estas piezas se encuentran en gran parte de los grupos aldeanos del Noroeste argentino, por ejemplo cerro Colorado, Tebenquiche, La Ciénaga, Las Cuevas, Condorhuasi y muchos otros. Otra forma típica son las ollas asimétricas o calceiformes de carácter utilitario.

Las técnicas decorativas más comunes son las incisiones con motivos geométricos, el pulido en líneas y la decoración con pasta aplicada al pastillaje. También el uso de pintura poscocción o pintura fugitiva que, en el caso específico de Tebenquiche, respondía a la inclusión de piezas cerámicas como ajuar funerario. Los motivos decorativos, tanto incisos como pintados, obedecían a cánones geométricos, que en algunos casos llegaron a ser marcadamente elaborados y de gran complejidad. Las pipas, como parte del universo mágico-simbólico, tuvieron una presencia casi universal en estas comunidades. En su gran mayoría tuvieron forma acodada y fueron fabricadas de cerámica, aunque las que se vinculaban con la cerámica Condorhuasi eran de piedra pulida.

Otra tecnología novedosa fue la textilería que incluía el uso del telar para la confección de telas y mantas. Sin embargo, dada la naturaleza perecedera de la materia prima, se la conoce de manera incompleta. Entre los grupos Ansilta de San Juan se ha verificado el uso de la técnica de semitelar, ya desde el primer milenio antes de la Era Cristiana, en mantas de lana de los fardos funerarios. En el tejido se utilizaba la fibra de la llama y la vicuña como materia prima predominante. Además pudo aprovecharse el algodón, dado

que se usó en Ansilta, donde debió llegar por intercambio, posiblemente desde las tierras más cálidas.

La metalurgia fue la más compleja de las tecnologías que nacen con las sociedades aldeanas andinas. Esto se ponía de manifiesto en los múltiples pasos del proceso productivo desde la identificación, obtención y el transporte de las materias primas. Su posterior procesamiento implicaba la molienda del mineral, la recolección de leña, y requería algunos conocimientos altamente calificados como el manejo de las temperaturas de fundición, la elaboración de moldes y crisoles y el modelado de las piezas. Antes de alcanzar el dominio de los procesos de molido de rocas y fundición, se trabajaban el oro y el cobre nativos para la fabricación de elementos suntuarios. La metalurgia requirió, en el transcurso de su desarrollo, de la articulación de grupos productivos y de artesanos con un buen grado de entrenamiento y dedicación. En Yutopián y en Saujil se encontraron crisoles para fundición y también se observaron algunos talleres de Alamito que estuvieron dedicados



*Pectoral de oro, Tebenquiche, Catamarca.*

a la actividad metalúrgica. En las sociedades aldeanas de Hualfín, es posible que se haya realizado el mismo tipo de actividad, a juzgar por la presencia de objetos de metal hallados en tumbas con cerámica Condorhuasi y Ciénaga.

Las piezas metálicas elaboradas entre los grupos aldeanos fueron de tipo suntuario y tuvieron un alto valor simbólico y tal vez político dentro de la comunidad. Los hallazgos no son abundantes pero han sido registrados en la mayoría de estas sociedades y corresponden a adornos personales como placas, colgantes, aros, anillos, brazaletes, campanillas y narigueras. Algunos pocos objetos de metal podían cumplir funciones utilitarias como hachas, agujas y pinzas para depilar. En todos los casos eran piezas de circulación restringida cuyo valor residía tanto en su carga simbólica como en los altos costos energéticos que significaba su fabricación. Por esta razón, la complejidad manifestada a través de la metalurgia comprende, también, los mecanismos ideológicos que legitimaban la circulación y distribución de estos bienes en el seno de la sociedad.

## ARTE Y SIMBOLISMO

Los grupos aldeanos sudandinos participaron de un importante mundo artístico y simbólico, parcialmente reflejado en ciertos objetos que han logrado perdurar. Sin embargo, la verdadera dimensión de su significado y su importancia en la cosmovisión de los distintos pueblos aldeanos es todavía ininteligible. Los cultos, ritos y creencias de estos grupos seguramente diferían; no obstante, pudieron tener aspectos compartidos. Éstos se reflejan en determinados objetos y representaciones recurrentes, como las pipas y algunos estilos cerámicos de gran dispersión.

La presencia de cierto estilo, que es una manera distintiva de elaborar o decorar los objetos en una sociedad, puede reflejar distintas situaciones dentro de la misma o en su relación con otras. Con frecuencia, se trata de representaciones inconscientes que se originan en una forma tradicional de decorar o elaborar una pieza mientras que en otros casos se busca reafirmar la identidad social o cultural de un grupo frente a otros. Determinadas formas decorativas también pueden reservarse para situaciones particulares como las prácticas funerarias. Los estilos se reconocen en objetos

elaborados en diversos materiales como cerámica, calabaza, madera, piedra o pinturas realizadas sobre soportes rocosos. En el caso de las sociedades aldeanas del Noroeste argentino algunos estilos cerámicos son significativos por su dispersión e interesantes por su calidad artística.



*Figura modelada en cerámica policroma, Condorhuasi, Catamarca.*

El estilo Condorhuasi, tanto por sus formas como por su decoración, es sumamente característico, aparece principalmente en el valle de Hualfín y en el Campo del Pucará pero también en Laguna Blanca y en las provincias de La Rioja y Santiago del Estero. Comprende cerámica incisa y pintada, aunque la de mayor vuelo artístico es la cerámica policroma con el fondo engobado con un rojo muy pulido pintado con diseños geométricos en negro y orlados de blanco. Los motivos más utilizados fueron los aserrados o escalonados, triángulos, líneas y puntos. Las piezas fueron sumamente variadas en su concepción formal. La figura humana era representada desnuda en posición sentada, "gateando" o adosada a otras formas, tanto geométricas como zoomorfas. En estos vasos los cuerpos robustos contrastan con las piernas de forma cónica y los miembros superiores conformados de una manera muy rudimentaria. Ojos, cejas, nariz, boca y orejas se modelaban al pastillaje y eran realzados con motivos pintados, tal vez simulando tatuajes o pinturas corporales. Pequeñas perforaciones en el rostro indicarían el uso de aros, narigueras y adornos labiales o *tembetá*. El cuello de los vasos se ubicaba por encima de la cabeza de la figura. Otras formas cerámicas fueron monocromas o bicromas y presentaban los miembros inferiores de forma globulosa o replegada, pero mantenían la representación elemental de los miembros superiores y el cuello de la vasija por encima de la cabeza. La repre-

sentación de algunos tipos de figuras, en especial los vasos con doble imagen (una antropomorfa en un extremo combinada con una zoomorfa en el opuesto) los vincula con algunos morteros esculpidos en piedra que muestran representaciones análogas.

Vaquerías o "Las Cuevas Tricolor", es un estilo muy interesante porque tiene una gran dispersión. Lo encontramos en muchas sociedades aldeanas del Noroeste argentino, tanto en la zona de selvas, vinculado con San Francisco, como en numerosos asentamientos aldeanos de la zona de valles y en la puna meridional. Del lado chileno alcanza hasta San Pedro de Atacama y el río Loa. Se trata de cerámica de excelente calidad en su manufactura donde se destaca la presencia de motivos geométricos oscuros pintados sobre un fondo claro. En general, la superficie presenta un grueso engobe, bruñido o muy pulido de color crema, blanco amarillento o amarillo rojizo, decorado en rojo y negro mate. Los motivos más comunes comprenden líneas paralelas, triángulos, rombos y escalonados. La estructura decorativa tiende a dividir la pieza en campos separados por líneas rectas y, dentro de cada campo, los elementos



*Vasos con asa pintados, cerro Colorado, Jujuy.*

geométricos se combinan de diferente manera. Las formas corresponden a altos jarros cilíndricos, con o sin asa, botellones, vasijas globulares y figuras humanas modeladas.

Algunos investigadores han sugerido al valle de Lerma como probable lugar de origen del estilo Vaquerías, otros proponen el valle de Hualfín como centro de producción paralelo. La cerámica decorada de cerro Colorado, caracterizada por motivos geométricos oscuros ejecutados sobre un fondo claro, se relaciona con Vaquerías y, a su vez, tendría su contraparte en cierta alfarería del sur de Bolivia. Los motivos y la elaboración de las piezas de cerro Colorado, sin embargo, se diferencian de las piezas Vaquerías típicas, propias de áreas más meridionales.

El estilo Ciénaga tuvo su núcleo en el valle de Hualfín pero también abarcó otros valles. Se lo ha reconocido desde el sur de Salta hasta el norte de San Juan, y por el oeste existe cerámica afín en laguna Blanca, en la hoyada de Antofagasta de la Sierra y en San Pedro de Atacama. Si bien en los contextos Ciénaga aparecen piezas de pasta rojiza con motivos pintados, su manifestación más típica fue la cerámica gris incisa y pulida. Los motivos se realizaban con gruesas incisiones sobre la pasta blanda y eran rellenados con puntos ejecutados con una especie de peine de varios dientes, o por líneas paralelas más finas. Las áreas rellenadas alternaban con otras lisas que eran pulidas y, con frecuencia, daban lugar a un interjuego entre los sectores decorados y los pulidos. Éstos aparecen como positivos o negativos y generan un efecto visual de gran armonía y equilibrio. Los motivos geométricos más comunes eran las cruces, rombos, dameros, grecas y triángulos. Una de las representaciones más complejas tiene la forma de una H que se va sucediendo y enlazando de manera escalonada con otras similares. La forma más común era un jarro de base cóncava y paredes delgadas con un asa vertical donde la decoración se inscribía en dos paneles. Sobre el asa, y en el espacio opuesto entre los dos paneles decorativos, era frecuente colocar un pequeño apéndice al pastillaje.

Las manifestaciones más antiguas del estilo Ciénaga tienen mayor afinidad con Río Diablo, habida cuenta de los motivos decorativos de líneas paralelas, chevrones y punteados. Sin embargo, las líneas incisas de Ciénaga son más delgadas. En las etapas más avanzadas de Ciénaga aparecen representaciones antropomorfas y zoomorfas que, con escasas excepciones, se mantienen den-

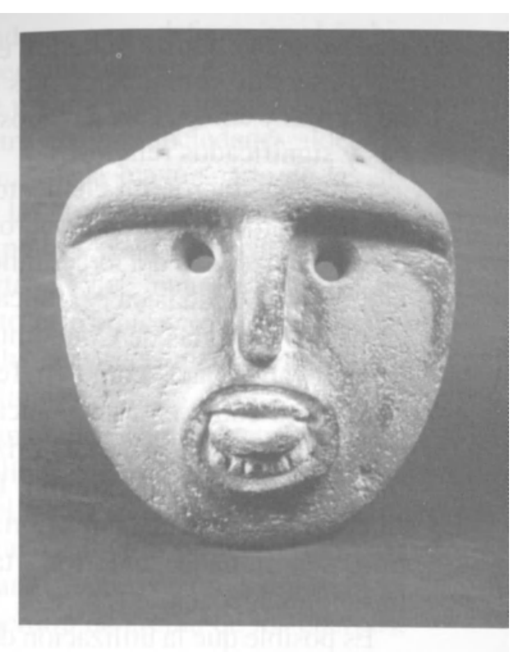
tro de los cánones decorativos geometrizantes de esta sociedad. En el último momento, previo a la eclosión de Aguada, se hace común la incisión de círculos adyacentes al borde de las vasijas.

El estilo Candelaria también cuenta con una importante dispersión, abarca amplios sectores de las selvas meridionales; no obstante, sus influencias se observan en determinada alfarería recuperada en los valles de Hualfín y Calchaquí. La cerámica Candelaria poseía una técnica alfarera de buena calidad y correspondía, casi sin excepción, a tipos grises y negros. Las formas más comunes fueron jarros, escudillas, grandes urnas y vasos modelados que representaban figuras humanas, animales o fantásticas. Desde lo artístico, lo más interesante constituye el sentido plástico de la cerámica modelada. Posee una profusión de formas curiosas que no responden a modelos naturales y donde encontramos una extraña simbiosis entre rasgos humanos y animales. Entre los volúmenes modelados son frecuentes las formas globulares, mamelones y apéndices cónicos, ubicados en sectores próximos a la base. Estos volúmenes ampulosos eran equilibrados con largos cuellos cónicos. A partir del modelado se representaba el rostro humano con ojos almendrados, cejas en relieve, boca recta o circular y nariz aguileña, para realzar estos rasgos anatómicos con frecuencia se recurrió a la incisión. Algunas piezas fueron adornadas con tiras al pastillaje, que a su vez se decoraban con incisiones.

Los grupos aldeanos dejaron su impronta artística en múltiples objetos pero también lo hicieron en el arte parietal o rupestre donde algunos temas, por su afinidad estilística, pueden asimilarse a estos grupos. Esto ocurre en la puna meridional, en lugares como laguna Blanca y Antofagasta de la Sierra y en determinados sitios del valle de Hualfín donde se ha identificado un estilo caracterizado como "Figurativo fantástico". Los principales motivos son figuras de animales (felinos, llamas y simios), asociadas con otros dibujos geométricos como cruces y grecas que se vincularían con Ciénaga y Condorhuasi. Algunos motivos mascariformes, en cambio, han sido relacionados con Tafí. Por otra parte, en Inca Cueva, en las cabeceras de la quebrada de Humahuaca aparece lo que se ha caracterizado como "Grupo Estilístico B" y que estaría relacionado con las primeras sociedades aldeanas de esta parte del Noroeste. Allí se enfatiza la presencia de figuras humanas en agrupaciones simples, alineadas o tomadas de la mano, que con frecuencia exhiben agregados de líneas radiales que podrían representar

tocados cefálicos. Este estilo también ha sido registrado en determinados sectores de la puna septentrional como Casabindo.

El mundo simbólico de las sociedades aldeanas se refleja con mucha fuerza en piezas cuya función trasciende lo meramente utilitario. Lo más frecuente son vasijas con rasgos humanos o de animales como las que caracterizan al estilo Candelaria, o con características monstruosas como las representadas en la cerámica Condorhuasi, donde se combinan elementos de rasgos humanos y de bestias con volúmenes geométricos que no se corresponden con lo biológico. Los vasos de cerámica cilíndricos, de gran valor artístico al igual que otros de piedra pulida, debieron cumplir funciones destacadas en el complejo mágico-ritual de estas sociedades. Indudablemente fueron piezas de circulación restringida y muy valoradas dentro de las comunidades aldeanas. Tanto en las representaciones realizadas en piedra como en la cerámica, existen motivos simbólicos que manifiestan la presencia de conceptos básicos comunes a varios grupos. Uno de ellos sería la simbiosis entre hombres y animales.



*Máscara de piedra pulida del Noroeste argentino.*

Las máscaras elaboradas en piedra provienen de Catamarca y Tucumán pero sólo se conocen las condiciones de hallazgo de dos de ellas. Una corresponde a una tumba de La Ciénaga y otra a un espacio doméstico de Loma Alta, en la falda del Aconquija. Su uso pudo estar vinculado con el ritual o con inhumaciones, donde habrían funcionado como máscaras mortuorias. De piedra aparecen figuras de bulto, figuras chatas con representaciones antropomorfas y zoomorfas, hachas ceremoniales, pipas, ocarinas y miniaturas. Entre ellas, los suplicantes de El Alamito son posiblemente las esculturas líticas más logradas de los grupos prehispánicos del Noroeste argentino. Algunos de los "morteros esculpidos" en piedra pudieron ser utilizados para la molienda de sustancias

psicotrópicas. Otros, tallados en rocas blandas, probablemente hayan servido como recipientes de uso ceremonial. La reiteración de formas y temas representados indicaría la recurrencia de prácticas y significados religiosos.

Las pipas fueron un elemento común en las sociedades aldeanas del Noroeste argentino, pero su uso se remonta a grupos cazadores-recolectores del tercer milenio antes de Cristo. Normalmente fueron fabricadas en cerámica aunque también se las elaboraba en piedra como las de Condorhuasi y algunas de Tafí. A veces se les agregaban patas como en Tebenquiche o modelados antropozoomorfos como en San Francisco. Las pipas presentaban habitualmente una gruesa rama horizontal con el hornillo colocado en forma vertical en un extremo. Una excepción fueron las de San Juan que tuvieron una rama horizontal y hornillo en el centro. Este tipo, denominado "monitor", también era frecuente en la zona trasandina aledaña.

Es posible que la utilización de pipas haya estado vinculada con el consumo del cebil u otras sustancias alucinógenas y probablemente como parte de un culto chamánico. De todas maneras, su uso parece haber estado bastante extendido dentro de la sociedad, dada la frecuencia de fragmentos de pipas en muchos de los sitios arqueológicos excavados. En todo caso, no debieron ser bienes de circulación tan restringida como los metales y los objetos de piedra pulida. Se podría plantear su utilización por parte de un grupo, tal vez formado por los hombres adultos. Las pipas fueron propias de las sociedades aldeanas tempranas y desaparecieron en épocas posteriores. A mitad del primer milenio después de Cristo cambió la modalidad de ingerir las sustancias psicotrópicas, pues de ser fumadas pasaron a ser inhaladas.

## ESPACIOS Y FORMAS DE CULTO

Entre las prácticas sociales vinculadas con el mundo simbólico, las más comunes fueron las inhumaciones. Las modalidades de entierro tuvieron una notable variación entre las diferentes sociedades, estaban reflejadas básicamente en la ubicación y conformación de la tumba, en el tipo de ajuar funerario y en la inhumación, diferenciada o no, de niños y adultos.

La mayoría de los grupos aldeanos enterraba a sus muertos en el

espacio doméstico, patios o viviendas o, en su defecto, en el ámbito de la aldea. La existencia de cementerios, separados espacialmente del lugar de residencia, fue un fenómeno aislado y aparentemente estuvo más difundido entre algunas sociedades aldeanas más meridionales, como Ciénaga. Así, la mayor parte de las aldeas brindaron información sobre las prácticas mortuorias de esas sociedades. Esta particularidad podría estar indicando fuertes vínculos de parentesco y la importancia que mantenían los muertos dentro de la sociedad. El culto a los ancestros es recurrente entre las sociedades aldeanas y se halla estrechamente relacionado con la formación y definición de linajes.

La forma de las tumbas era sumamente variada entre los diferentes grupos. Podían ser hoyos cilíndricos o con forma de bota de montar cavados directamente en el suelo; ocasionalmente presentaban cobertura de piedras o lajas. También podían ser hoyos pircados o con lajas clavadas de canto, tapadas o no, y urnas. Ocasionalmente se efectuaba una cobertura de arcilla de los cuerpos, como la registrada en Saujil.

La variabilidad fue aun mayor en el tipo ofrendas depositadas como ajuar funerario. Entre los objetos no perecederos lo más frecuente fueron piezas de alfarería. Algunas piezas fueron elaboradas expresamente para ser depositadas en la tumba, como se han interpretado muchas de ellas en Condorhuasi y Alfarcito. Para ser incluida como ajuar funerario, la cerámica doméstica ocasionalmente llevaba un tratamiento especial, como por ejemplo la pintura poscocción roja y amarilla presente en Tebenquiche. Lo más común fue colocar la alfarería doméstica directamente en la tumba sin tratamiento aparente. Algunos entierros contaban con elementos metálicos como ajuar, por ejemplo adornos de oro en Laguna Blanca; mientras que en Estancia Grande y cerro Colorado los cuerpos inhumados eran acompañados por palas líticas o puntas de flecha. En Candelaria y Condorhuasi se encontraron tumbas que contenían llamas sacrificadas. Sin embargo, los textiles, que cumplieron siempre una función muy notable entre los pueblos andinos, y los elementos de madera, las cestas y calabazas han desaparecido en la mayor parte de los contextos funerarios aldeanos del Noroeste argentino. En las sociedades del valle de Hualfín, la variación en cantidad y calidad de las ofrendas mortuorias indicaría que probablemente ya hayan existido diferentes *status* sociales.

Algunas sociedades practicaban el entierro diferencial de niños y adultos. Con frecuencia los niños eran enterrados en urnas u ollas de cocina mientras que a los adultos se les daba otro tratamiento como en Campo Colorado y Ciénaga. En Candelaria y algunos casos de San Francisco, en cambio, tanto niños como adultos fueron inhumados en urnas.

En la mayor parte de las sociedades aldeanas el culto probablemente tenía lugar a escala doméstica y no han quedado vestigios. Tampoco las ceremonias que involucraban a todo el grupo social dieron lugar a espacios con construcciones diferenciadas que nos permitan identificarlas desde el registro arqueológico. Las expresiones de arte rupestre, tanto pictografías en cuevas y en aleros como grabados sobre rocas, generalmente estaban en sectores alejados de las aldeas y también cumplieron la función de espacios de culto.

Otros elementos vinculados con las creencias fueron los menhires, a veces relacionados con unidades domésticas o, en su defecto, emplazados en lugares destacados dentro del poblado. Los menhires tuvieron una función relevante entre los grupos Candelaria, Campo Colorado, Alamito y Tafí. En estas dos últimas sociedades, las expresiones más claras del culto estaban dadas por espacios discretos cuya funcionalidad debió ser indiscutiblemente de orden ceremonial.



*Suplicante de Alamito, escultura lítica, Catamarca.*

En el valle de Tafí las prácticas de culto tuvieron lugar tanto a nivel familiar como comunitario. Para el primer caso consideramos los menhires que se encontraban vinculados con núcleos habitacionales compuestos por recintos asociados a un patio. Esto probablemente sea el reflejo de ce-

remonias practicadas a escala de familia extensa, es decir, de un grupo unido por íntimos lazos de parentesco.

En el caso del montículo de El Mollar, en cambio, el espacio de culto fue comunitario. Se trataría del centro ceremonial más antiguo registrado hasta la fecha en nuestro territorio. Tanto la construcción del montículo como la abundancia de menhires vinculados con el mismo, y que en algunos casos llegaban a pesar varias toneladas, son el resultado de un importante trabajo comunitario. En esto debieron participar varios grupos familiares o pequeñas comunidades dentro del valle de Tafí. Asociados con el montículo se han encontrado toscas cabezas de piedra, inhumaciones, cráneos humanos aislados, huesos humanos carbonizados y restos de camélidos. Los cráneos, los restos humanos carbonizados y los huesos de animales tal vez estén indicando la existencia de sacrificios relacionados con el culto.

En el caso de Alamito el espacio dedicado al culto o ceremonial era muy importante dentro de cada conjunto de construcciones. En la planificación de estos sitios es evidente una distribución diferencial de las estructuras, que siempre están orientadas de manera análoga. Aquí el área residencial, con las viviendas en forma de U, se opone al espacio de culto o ritual, compuesto por el montículo, las plataformas separadas por el pasillo y los cobertizos. En el pasillo de uno de los sitios se rescató un menhir tallado y en las inmediaciones de las plataformas se encontraron cabezas de piedra, lo que reforzaría su carácter de espacio de culto.

## SOCIABILIDAD E INTERCAMBIO

La organización de la sociedad aldeana, en general, fue de carácter tribal con relaciones sociales de corte igualitario en las cuales fueron importantes tanto los lazos de parentesco como los vínculos interpersonales. Sin embargo, en algunos sectores dentro de estas comunidades surgió el germen de la diferenciación social que daría lugar a las sociedades complejas posteriores. Otros grupos, en cambio, mantuvieron su forma de organización aldeana hasta el momento de la Conquista.

Los diferentes patrones de asentamiento representados en las aldeas reflejarían la existencia de varias maneras de organizarse. Así, los asentamientos compuestos por unidades aisladas disper-

sas entre los sectores agrícolas, como el caso de Estancia Grande, muestran un sistema muy sencillo de organización del espacio. Otras unidades aldeanas, en cambio, comprendían núcleos habitacionales más complejos, aunque también distribuidos entre los campos de cultivo, como es el caso de Saujil o cerro El Dique. Allí se integraban en un conjunto varios recintos, vinculados o no con un espacio que funcionaba como patio común, mostrando una mayor complejidad en la organización doméstica. Este tipo de sitios posiblemente haya correspondido a la presencia de familias extensas donde convivían varias generaciones de un mismo grupo familiar. Un patrón de instalación similar ocurría también en los sitios de Tafí del Valle donde las viviendas circulares se disponían en torno a un patio central, que tenía carácter ceremonial además de doméstico. Considerando los recintos de diferente tipo y funcionalidad ubicados en torno a un patio y el complejo sector ritual en los asentamientos de tipo Alamito, esta manera de organizarse se diferenció aun más.

En otras sociedades aldeanas existieron poblados nucleados, donde las áreas residenciales se encontraban netamente separadas de las superficies de cultivo, como en los asentamientos de Las Cuevas y Campo Colorado. En este tipo de sitios, la convivencia entre diferentes unidades domésticas fue obligada, obviamente aquí debieron surgir conflictos o desavenencias pero también necesidades de alianza. En Las Cuevas las unidades residenciales posiblemente estuvieron conformadas por familias nucleares porque los recintos son unidades aisladas. Pero en el caso de Campo Colorado las unidades domésticas comprendían varios recintos asociados, tal vez vinculados con familias extensas; este patrón fue registrado también en Yutopián. Sin embargo, estas aldeas, por sus pequeñas dimensiones, debieron comprender grupos de familias necesariamente ligadas por relaciones de parentesco de mayor o menor intensidad.

La producción metalúrgica registrada en Yutopián estaría indicando mayor complejidad en la organización productiva de dicha sociedad. La tecnología empleada, muy especializada, con seguridad era manejada por núcleos restringidos. No obstante, en la organización de la producción metalúrgica, que comprendía una cadena de operaciones sucesivas y simultáneas, participaban varios grupos interdependientes. Esto requería una coordinación muy compleja propia de sociedades con niveles de organización más desarrollados.

El máximo nivel de organización social correspondía a la aldea y en ocasiones a unas pocas aldeas, como sería el caso de Tafí. Dentro de estas sociedades, por el análisis de los contextos funerarios donde algunas tumbas son más ricas que otras, es probable que hayan existido diferencias de rango entre individuos. Éstas son evidencias de determinadas situaciones de poder o prestigio que implicaban el acceso distintivo de algunos individuos o unidades domésticas de estas sociedades a ciertos bienes o productos.

Los bienes de alto valor eran escasos, como los objetos de metal y de piedra pulida. Posiblemente, por su alto costo, compleja especialización para producirlos o por su valor simbólico, eran de circulación restringida. Los objetos de piedra pulida con una fuerte carga simbólica pudieron haber estado vinculados con chamanes o con individuos que manejaban el ritual dentro de la sociedad. En cambio, los adornos de metal pudieron estar relacionados con el papel que cumplieron determinadas personas en el ritual de cada grupo, aunque también pudieron haber reflejado situaciones de prestigio. En este caso, serían los primeros pasos dados hacia la diferenciación social dentro de los grupos aldeanos. Esto ya ocurría en el seno de sociedades como La Aguada en Catamarca y entre los grupos Isla de la quebrada de Humahuaca.

En los Andes del Sur las sociedades aldeanas estuvieron integradas a una compleja red de intercambios por cuyas vías circulaban bienes, productos e información. Los vectores de esas comunicaciones fueron los caravaneros que circulaban en múltiples direcciones transportando en sus llamas bienes y productos provenientes de distintas zonas ecológicas. Este nexo se dio principalmente en sentido oeste-este (costa, oasis, Puna, valles y quebradas, selva) pero también pudo articular las sociedades en sentido norte-sur.

Las relaciones entre los grupos aldeanos se dieron a diferentes escalas. Por una parte, fueron frecuentes los vínculos a corta distancia, entre aldeas que compartían un mismo valle. Esto ocurrió entre Campo Colorado y otros asentamientos aldeanos del valle Calchaquí norte. Otras interacciones tuvieron lugar a escala regional, por ejemplo entre sociedades Candelaria de los bosques tucumanos y aldeas ubicadas en los valles Calchaquíes. Pero los vínculos a larga distancia fueron los más sorprendentes, porque enlazaban espacios tan distantes como la costa pacífica y la selva. Así se conectaban los oasis del desierto de Atacama, la zona sur de

Bolivia y el Norte Chico en Chile, con la Puna, valles y quebradas, y con las selvas de Jujuy y Tucumán.

Estas redes fueron la continuación de antiquísimas vías que, en esta parte de los Andes, unían zonas con diferentes características ecológicas desde tiempos de los cazadores-recolectores. Con el surgimiento de las sociedades agropastoriles, las redes se volvieron más complejas y empezaron a articularse los múltiples espacios ocupados por diferentes grupos aldeanos. Por estas redes circularon bienes y otros productos indispensables o muy preciados por estas sociedades. Así, dentro de los sistemas de subsistencia se dio la difusión de los diferentes vegetales cultivados.

Si bien las sociedades andinas pudieron en buena medida autoabastecerse, existía una serie de productos o recursos indispensables que eran específicos de determinadas zonas, por lo tanto los grupos residentes en otras áreas debieron obtenerlos por intercambio o apropiación directa. Así, la obsidiana y el basalto, empleados en la fabricación de puntas de proyectil e instrumentos líticos, fueron comunes en la gran mayoría de las sociedades aldeanas. Sin embargo, estas rocas de origen volcánico son propias de la Puna y más hacia el oeste también se las encuentra en el norte de Chile. Un caso análogo es el de las palas o azadones líticos, usados para las tareas agrícolas, aunque tuvieron una circulación más restringida. Otro producto de interés económico era la sal, cuya principal fuente de aprovisionamiento se encuentra en la zona de los grandes salares de la Puna.

Del norte de Chile provenían parte de la malaquita y la turquesa, materiales bastante frecuentes como cuentas de collar, también como adornos labiales o *tembetá*, los que fueron identificados en Condorhuasi, y como incrustaciones en piezas de piedra pulida. En otras partes del ámbito sudandino, como San Pedro de Atacama, estas piedras semipreciosas aparecen, además, como incrustaciones en objetos de madera. A través de los oasis del norte chileno también llegaban al Noroeste argentino cuentas elaboradas sobre valvas de moluscos marinos. Los objetos realizados en metales de fundición fueron elaborados principalmente en la zona de los grandes valles y constituyeron, tal vez, uno de los bienes de más alto prestigio dentro de estas sociedades.

El cebil, proveniente de las selvas de Jujuy y Tucumán, fue un producto de mucho valor por su significado mágico-ritual. Su importancia entre los grupos aldeanos hizo posible que circulara

por buena parte del área sudandina. La gran recurrencia de pipas en los asentamientos aldeanos y algunos vasos cilíndricos de piedra cuyo uso habría sido de índole ritual, reflejarían el consumo de alucinógenos como el cebil. Otros productos provenientes de las selvas eran las cañas, las maderas duras, las nueces y las plumas multicolores de aves selváticas. Uno de los nudos de intercambio fue el oasis de San Pedro de Atacama, punto de convergencia obligado para las caravanas que articulaban el Noroeste argentino con el desierto de Chile y la costa pacífica. En las tumbas de San Pedro de Atacama, pertenecientes a grupos aldeanos contemporáneos con los del Noroeste argentino, fue habitual incluir piezas cerámicas propias de los valles y selvas. Éstas constituyen evidencias indiscutibles del flujo de bienes entre estas sociedades.

Por un lado, la gran dispersión de determinados tipos de cerámica, propios de algunas sociedades aldeanas, como Candelaria y San Francisco, originarias de las selvas, estaría indicando rutas de interacción cuyo centro de interés era el cebil. Por otro lado, la amplia distribución de ciertas piezas cerámicas de gran calidad en la manufactura, como los vasos del estilo Vaquerías, sugiere que habrían servido para contener líquidos o sustancias de alto valor entre las diferentes comunidades que las utilizaban. Las piezas Vaquerías, aparentemente, tuvieron una jerarquía mayor que otros estilos contemporáneos y permiten inferir que cumplían alguna función simbólica dentro de las sociedades aldeanas, probablemente vinculada con el consumo de alucinógenos.

La circulación de distintos productos, tales como aquellos indispensables para la subsistencia (sal, obsidiana, productos vegetales), los objetos suntuarios (adornos de diversa índole) y otros asociados con el ceremonial, puso en contacto a individuos de diferentes comunidades aldeanas permitiendo un mayor intercambio de conocimientos e información. Así se difundieron los nuevos cultivos, los conocimientos tecnológicos innovadores, las ideologías y, consecuentemente, las prácticas simbólicas vinculadas con ellas. Todo esto llevó a generar un halo identificador entre las sociedades aldeanas. No obstante las notables diferencias que existían entre ellas, manifestaron una gran permeabilidad para ciertos aspectos simbólicos, que permite reconocer un substrato ideológico propio de las mismas. Esta característica de las comunidades aldeanas es la que, posteriormente, sienta las bases para el surgimiento del fenómeno de culto conocido como Aguada donde ya se

hacen evidentes la complejidad y la desigualdad social. La Aguada se extendió por gran parte de los sectores centrales y meridionales del Noroeste argentino. En la zona de la quebrada de Humahuaca los grupos aldeanos dieron lugar a las sociedades como La Isla, donde también se hizo evidente una mayor complejidad y desigualdad social. Tanto La Aguada como La Isla se hallaban vinculadas con las amplias esferas de interacción de Tiwanaku que era el centro hegemónico en la cuenca del Titicaca.

En esta larga historia de las comunidades aldeanas se debieron originar múltiples experiencias tanto en lo económico y social, como en las normas y estrategias de convivencia. Sin embargo, los conflictos no resueltos debieron influir en el desarrollo de otras formas de organización, más complejas, pero con mayores niveles de desigualdad social. Así, algunas sociedades aldeanas sufrieron modificaciones radicales que les permitieron transformarse en nuevas sociedades. Éstas eran más complejas, con una organización económica, social y política que ya se regía por cánones diferentes. Otras, en cambio, fueron absorbidas por grupos más organizados, desaparecieron o mantuvieron sus formas de organización ancestral a través del tiempo como parece haber ocurrido en la zona de Tebenquiche.

El creciente proceso de complejidad social del ámbito sudandino culminó su desarrollo autóctono con las sociedades que ocuparon los numerosos pucara del Noroeste argentino. La llegada de grupos centroandinos con una organización social de tipo estatal, como los incas, que anexaron estos territorios a su imperio en el siglo XV, y la invasión europea en el siglo XVI, abortaron ese largo proceso de desarrollo local y genuino que articulaba gran parte de los Andes meridionales y centro sur. De todas maneras, los orígenes de este prolongado proceso de desarrollo autóctono deben ser rastreados en los primeros grupos aldeanos que habitaron el Noroeste argentino, 2.500 años antes de la llegada de los incas.

# BIBLIOGRAFÍA

Berberián, Eduardo, *Sistemas de asentamiento prehispánicos en el Valle de Tafí*, Editorial Comechingonia, Córdoba, 1988.

Castro, Victoria y Tarragó, Myriam, "Los inicios de la producción de alimentos en el Cono Sur de América", *Revista de Arqueología Americana* 6 (91-124). Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1992.

Cigliano, Eduardo Mario, Raffino, Rodolfo y Calandra, Horacio, "La aldea Formativa de Las Cuevas (provincia de Salta)", *Relaciones* 10 (73-130), Buenos Aires, 1972.

Dougherty, Bernardo, "Análisis de la variación cerámica en el complejo San Francisco", *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, Antropología 2 (237-252), La Plata.

Gambier, Mariano, *La Fase cultural Punta del Barro*, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Nacional de San Juan, 1988.

García, Lidia, "Las primeras cerámicas en la Puna de Jujuy", *Cuadernos* 5 (95-80), Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy, 1995.

González, Alberto Rex, *Arte precolombino de la Argentina*, Introducción a su historia cultural, Filmediciones Valero, Buenos Aires, 1977.

González, Alberto Rex y Cowgill, George, "Cronología del Valle de Hualfín, Pcia. de Catamarca, Argentina, mediante el uso de computadoras", *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, Rosario (383-395), Buenos Aires, 1975.

Harlan, Jack, "Las plantas y animales que alimentan al hombre". En: *Alimentación y agricultura* (69-81), Libros de Investigación y Ciencia, Editorial Labor, Barcelona, 1978.

Heredia, Osvaldo, "Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales", *Revista del Instituto de Antropología de Córdoba* 5 (73-132), Córdoba, 1974.

Krapovickas, Pedro, "El yacimiento de Tebenquiche (Puna de Atacama)", *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 3, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1955.

——— "Arqueología de Cerro Colorado (Departamento de Yavi, Provincia de Jujuy, República Argentina)", *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, Tomo II Antropología (123-148), La Plata, 1977.

Madrazo, Guillermo, "Reapertura de las investigaciones en Alfarcito (Pcia. de Jujuy, Rep. Argentina)", *Monografías del Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce"* 4, Olavarría, Buenos Aires, 1969.

Núñez Regueiro, Víctor, "La cultura Alamito de la subárea Valliserrana del Noroeste Argentino", *Journal de la Société des Americanistes* 60 (7-62), París, 1971.

Olivera, D., "El Formativo en Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). Análisis de sus posibles relaciones con contextos arqueológicos Agroalfareros Tempranos del Noroeste Argentino y Norte de Chile", *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (61-88), Museo Nacional de Historia Natural Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago de Chile, 1991.

Raffino, Rodolfo, "Las aldeas del Formativo Inferior en la Quebrada de Toro", *Estudios Atacameños* 5 (64-100), Museo de Arqueología, San Pedro de Atacama, Universidad del Norte, Chile, 1977.

Scattolín, Cristina, "Dos asentamientos formativos al pie del Aconquija. El sitio Loma Alta (Catamarca-Argentina)", *Gaceta Arqueológica Andina* V, 17 (85-100), 1990.

Sempé, María Carlota, "Caracterización de la cultura Saujil", *Obra del Centenario del Museo de La Plata* 2, Antropología (211-235), La Plata, 1977.

Tarragó, Myriam, "Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del Valle Calchaquí, provincia de Salta, y el desarrollo agrícola posterior", *Estudios Arqueológicos* 5 (29-53), Antofagasta, Chile, 1980.

Tartusi, Marta y Núñez Regueiro, Víctor, Los centros ceremoniales del NOA, *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 5, Universidad Nacional de Tucumán, 1993.

# VI

## *El jaguar en llamas.*

## *(La religión en el antiguo Noroeste argentino)*

por JOSÉ ANTONIO PÉREZ GOLLÁN



*Representación antropomorfa-felina. Arte rupestre de La Tunita, Catamarca.*



"Viniendo uno de los Incas a visitar aqueste templo [de la isla del Sol] el demonio en figura de un gato montés corrió por la peña, despidiendo de si mucho fuego, viendo esto el Inca, la venero más... hizo uno [un edificio] dedicado al Sol. ... Este templo fue el más rico de todos los del Perú, porque como a el concurrían de todo el reino y de todo cuanto a el Inca estaba sujeto". (Fray Antonio Ramos Gavilán. 1621. *Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana.*)

I

Si pasamos revista a los temas que se destacan en los estudios sobre el Noroeste argentino prehispánico, la religión no es uno de ellos. En los últimos veinte años las distintas orientaciones de la arqueología han considerado prioritarios otros problemas: cronología, secuencias culturales, estrategias adaptativas o la domesticación de la llama. Las razones que justifican estas elecciones son tantas como las preferencias teóricas de los investigadores, pero no debemos pasar por alto el peso determinante de los factores

heurísticos. En opinión de algunos arqueólogos, resulta imposible abordar científicamente los aspectos religiosos de las sociedades desaparecidas, dado que sólo ha llegado hasta nosotros una fragmentaria cultura material. Para otros, en cambio, una alternativa es echar mano de la analogía histórica: formular hipótesis explicativas sobre la base de la documentación escrita referida a temas similares a los que estudiamos, pero distantes en el tiempo y en espacio. Se argumenta, y muchas veces no sin razón, que en ocasiones las distancias son muy grandes y hasta insalvables.

Veamos qué nos dice sobre la religión indígena del Noroeste argentino la documentación entre los siglos XVI y XVIII. Tomemos, por ejemplo, las obras de carácter general escritas por jesuitas que se basan en los testimonios orales y los archivos de la orden y que, si bien no dejan de tener una visión apologética de la Compañía, aportan un caudal de información etnográfica confiable. Una de ellas es la *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús* (Lieja, 1673) del padre Nicolás del Techo, quien al referirse a la labor misionera de los jesuitas Romero y Monroy en el valle Calchaquí, expresa: "Investigaron los religiosos qué dogma profesaba aquella gente, y averiguaron que adoraban al Sol, y su culto consistía en rociar con sangre manojos de plumas colocados en los edificios destinados a templos". Más adelante vuelven sobre el tema: "Consideran al sol como el dios más importante, y al trueno y al relámpago como divinidades menores. Los sepulcros son montones de piedras, y con ésto honran a los muertos [...]".

Casi ochenta años después, Pedro Lozano escribió la *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay* (Madrid, 1754-55), donde afirma que los indios calchaquíes "adoraban por Dioses al trueno, y al rayo, á quien tenian dedicadas unas casas pequeñas, en cuya circunferencia interior clavaban unas varas rociadas con sangre de carnero de la tierra [llama], y vestidas de plumages de varios colores, á las quales, por persuasion del padre de la mentira, atribuían virtud de darles quanto bueno posseían. No adoraban solas estas deidades en aquellos sus Templos, pues rendian culto también en ellos á otros Idolos, que llamaban *Caylles*, cuyas Imagenes labradas en láminas de cobre traían consigo, y eran las joyas de su mayor aprecio: y assi dichas laminas, como las varitas emplumadas, las ponian con grandes supersticiones en sus casas, en sus sementeras, y en sus Pueblos, creyendo firmemente,

que con estos instrumentos vinculaban á aquellos sitios la felicidad, sobre que decian notables desvarios, y que era imposible se acercasse por alli la piedra, la langosta, la epidemia, ni otra alguna cosa, que les pudiesse dañar".



*Placa rectangular de bronce con figura humana, Cachi, Salta.*

En la *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (publicada por primera vez en 1874), al ocuparse de la entrada de Almagro al Tucumán, Lozano relata cómo los calchaquíes, reunidos para resistir, hicieron "solemne juramento por el alto y poderoso sol que era su primera deidad, de morir o dar muerte á todos los estranjeros".

El 8 de septiembre de 1594, el jesuita Alonso de Barzana le escribe desde Asunción del Paraguay al padre Juan Sebastián relatando su experiencia entre los indígenas de Santiago del Estero: "Acerca de la religión o culto de todas las naciones que pertenecen a la provincia de Tucumán no he hallado que tengan ídolos ningunos, a quienes hayan adorado; hechiceros, sí, tienen y han tenido muchos, de los cuales algunos les hacían adorar al mismo Demonio, que siempre les aparecía negro, y que les ponía temor. [...] Lo que es cierto de esta gente es que no conocieron Dios verdadero, ni falso, y ansí son fáciles de reducir a la fe y no se teme su idolatría, sino su poco entendimiento para penetrar las cosas y misterios de nuestra fe o el poder ser engañados de algunos hechiceros".

Volvamos al problema de las fuentes. Desde su entrada al Noroeste argentino en la primera mitad del siglo XVI, los europeos encontraron una enconada resistencia de los aborígenes. Esta situación, con variantes, se mantuvo por más de cien años, hasta la derrota de embaucador Pedro Bohorquez, y se resolvió con la desnaturalización y la mestización forzosa de los más importantes

grupos étnicos. En esa época el eje administrativo español estaba en la ciudad de Santiago del Estero, desde donde partían las empresas para la conquista de las tierras situadas más al oeste y que, por su papel de articuladora de diversos paisajes, era el lugar donde se mezclaban indígenas de muy dispares tradiciones: agricultores andinos junto con cazadores-recolectores chaqueños. Al respecto, los distintos grupos aborígenes quedaron incluidos bajo una única categoría —la de indio— que enmascara las enormes diferencias económicas y sociales.

La mayoría de quienes daban testimonio sobre la región noroeste de lo que hoy es la Argentina habían residido en el Perú y esta experiencia, por ser ampliamente compartida, era la que establecía el patrón comparativo. Así se introduce, por una parte, el enunciado *como los del Perú* en la descripción etnográfica, para significar adelanto cultural entre los indígenas del Noroeste y, por otra, con el de *behetría* (confusión o desorden, y también sociedad que no tenía señor) se otorga a la región el estatuto de atraso y salvajismo. Esto último queda reflejado en una carta del provincial de la Compañía de Jesús, Pedro de Oñate, fechada en Córdoba del Tucumán el 17 de febrero de 1620, que relata cómo los sacerdotes que van a evangelizar al valle Calchaquí están en constante riesgo entre los indígenas, "gente muy bárbara y fiera", que a pesar de los años transcurridos los españoles no han podido someter.

El chileno José Luis Martínez en el artículo "Textos y palabras" (1992) analiza las fuentes que expresan la mirada europea sobre un sector de los Andes del sur. En ellas, la simple descripción del paisaje se torna un relato plagado de símbolos y categorías: una topografía cargada de significados. La descripción —nos dice el autor— no alude a un relieve geográfico, sino a la representación simbólica del espacio social y político. En ese sentido, el jesuita Diego de Torres escribe: "Si el fruto de esta misión es a la medida de los trabajos y peligros que en ella pasan el padre Juan Dario y el padre Horacio Moreli, será mucho y muy grande porque los peligros son muy grandes y muchos. [...] su ordinario caminar a pie por caminos y resbaladeros tales que les obliga a hincarse de rodillas a cada paso o decir letanías para que los santos los libren o dar gracias a Dios porque los ha librado, andan en continuo movimiento, subiendo y bajando el valle, al cuan han dado tres vueltas. Los peligros no son menores, porque además de los malos caminos, estaban en perpetuo riesgo entre aquella gente [los calcha-

quíes] que es muy bárbara y fiera, enemiga extrema de los españoles, y entre si tan mal avenidos que casi siempre andan en guerras, matándose y robándose los unos a los otros, y saliendo del valle a otras naciones de paz para hacer mil maldades, sobre todo las borracheras son tantas y tales que les tienen lo más del año sin entendimiento, fieros y hechos fieras". En este texto de 1611, la geografía es una representación del espacio social amenazante poblado de hombres-fieras.

El discurso de los misioneros vuelve una y otra vez sobre la ferocidad de los calchaquíes. El padre Juan Darío, por ejemplo, relata en 1613 que estaba en el pueblo de Pichijao [¿el actual Pichao, Tucumán?] cuando llegaron cinco indios quilmes —en su opinión, la etnia más aguerrida de todo el valle— armados y pintados, a los que todos temían por su imponente y soberbia presencia.

A principios del siglo XVII, sobre la base de la representación de su ferocidad salvaje y que, a la vez, transmite al paisaje significados sociales y políticos, se ha logrado construir la imagen del indio del Noroeste. Si el salvajismo tiñe hasta el espacio geográfico, la religiosidad de los indios debe estar en consonancia: "idólatras de idolatrías no intrincadas", en el decir del conquistador Sotelo de Narváez.

Para la misma época el Inca Garcilaso de la Vega publica *Comentarios reales de los incas* (Lisboa, 1609), un texto que ponía el acento en el análisis del sistema religioso prehispánico andino para argumentar que los miembros de la dinastía incaica —sus parientes— no eran bárbaros idólatras, sino que en materia religiosa habían llegado al más alto desarrollo que era posible esperar de gentiles, hombres que no poseían el conocimiento de la fe cristiana. Los *Comentarios reales* aún gozan de un enorme prestigio entre el público; así, su descripción del templo principal del Cuzco es aceptada por muchos historiadores y arqueólogos, sin que se haya hecho una crítica de los motivos ideológicos que apuntalaban el discurso de Garcilaso de la Vega.

Lo que interesa destacar es que, en el siglo XVII, el tema de la religión es central para la construcción de la imagen del indio en los Andes: en el caso de Garcilaso, para presentar ante los ojos europeos unos incas elegidos por la Providencia para allanar la venida de la auténtica fe; en el de los jesuitas del Tucumán, para remarcar la figura del indio salvaje. Esta imagen, con muy poca crítica, fue incorporada (muchas veces de manera no explícita) al

discurso de arqueólogos e historiadores que daban forma a la historia oficial.

En los estudios arqueológicos argentinos es posible observar, desde hace ya algún tiempo, una creciente preocupación por el mundo simbólico de las sociedades andinas del actual territorio de nuestro país. Es necesario destacar que la recuperación de lo religioso se ha hecho casi por completo a través de las representaciones y, de este modo, está ligado a sus manifestaciones artísticas. Quien más ha aportado en ese sentido ha sido Alberto Rex González: *Arte, estructura y arqueología. Análisis de figuras duales y anatrópicas del NO. argentino* (1974), "Función y significado de un ceramio de la cultura de La Aguada" —en colaboración con M. Baldini— (1991) y *Las placas metálicas de los Andes del sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas* (1992); nosotros también nos hemos ocupado del problema en "Iconografía religiosa andina en el Noroeste Argentino" (1986). Los dos últimos trabajos analizan el significado de las placas de bronce, lo que nos ha llevado a usar fuentes históricas y etnográficas para formular hipótesis explicativas mediante el uso de analogías. Nuestro punto de partida es que las placas metálicas —típicas del Noroeste argentino— adquieren sentido en el marco de una antigua ideología andina fundada en el culto solar y que, en consecuencia, son representación de la deidad principal de los Andes: el Punchao.

Estimamos que para un estudio de la religión prehispánica del Noroeste hay tres temas que merecen ser abordados: la adoración del sol, el uso de alucinógenos y el culto a los antepasados. Pueden ser investigados desde un marco estrictamente arqueológico y a la vez están históricamente vinculados entre sí como parte de los procesos sociales de los Andes, arraigados profundamente en el entramado de la sociedad indígena antes de la invasión europea. Es más, constituyen quizá la parte más importante del poder ideológico en el proceso por el cual surge la desigualdad social hereditaria.

## II

En los Andes el sol era venerado en la figura de un ser humano bajo la advocación del Punchao: el señor del día. Los incas —quienes organizaron el Estado más grande de la América pre-

hispánica— participaban de la religión solar andina y para su culto construyeron en el Cuzco el *Qoricancha*, el templo principal del Estado. Por un testimonio de fines del siglo XVI sabemos que en la sala central del *Qoricancha* había una imagen del Punchao como hombre hecha de oro y con los atributos del poder: estaba vestida con una camiseta o túnica (*uncu*) tejida de oro, lana y "de diversas labores" (*cumbi*), sandalias (*ushutas*) de oro, las orejas horadadas y con aretes (*pacu*), una vincha o diadema (*llauto*) que le ceñía la cabeza, un patena o disco (*canipo*) sobre la frente y sentado en una banqueta (*tiana*) de madera cubierta con plumas de "tornasol". Iba acompañado de dos serpientes o saurios que le salían de los costados y un par de felinos, al parecer, sobre los hombros.

Según el mito, el sol había alumbrado por primera vez desde una peña de la isla Titicaca en el lago que hoy lleva ese nombre. En su *Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana* (1621) el agustino Antonio Ramos Gavilán afirma que antes de la llegada de los españoles el principal santuario de los Andes era el que estaba en la isla Titicaca (hoy conocida como del Sol); allí llegaban peregrinos "desde Quito, Pasto y Chile" —como dice el texto— para rendir culto a la peña sagrada de donde salió el sol, y debía ser tan alto su prestigio que Ramos Gavilán lo compara con el templo de Apolo en Delfos (Grecia). Todo parece indicar que el lago Titicaca y sus islas eran el centro del mundo simbólico de los Andes.

El relato mítico nos dice que sobre la roca sagrada andaba un "gato que despedía fuego" y que estaba en asociación simbólica con el sol. Creemos que *el jaguar en llamas* expresa, mejor que cualquier otra imagen, el siempre presente y renovado juego de la metáfora ("ver una cosa en otra") entre el felino y el dios de los Andes.

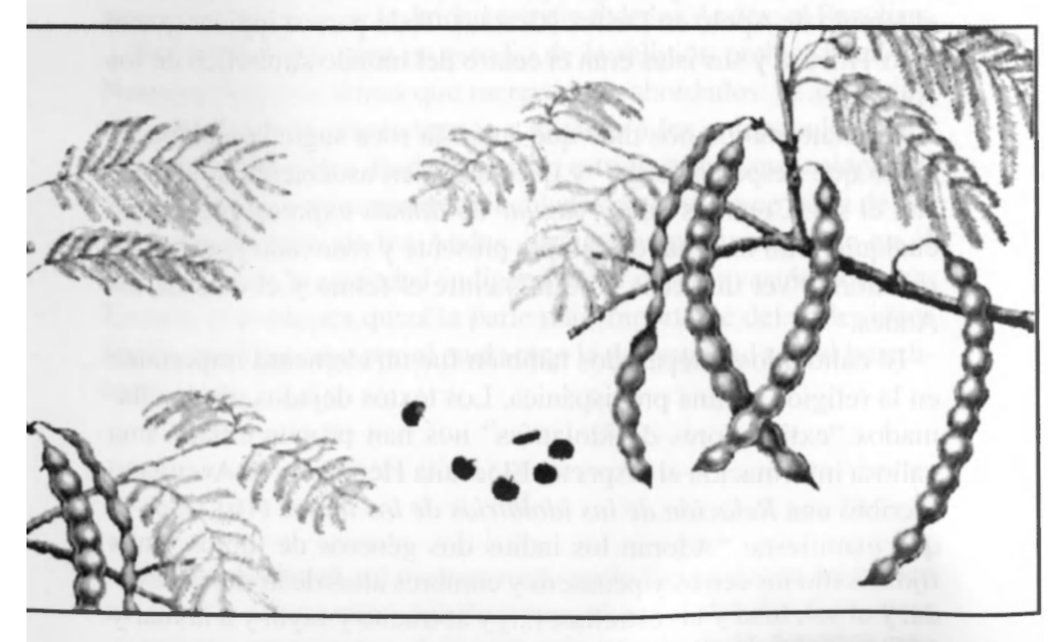
El culto a los antepasados también fue un elemento importante en la religión andina prehispánica. Los textos dejados por los llamados "extirpadores de idolatrías" nos han proporcionado una valiosa información al respecto. El jesuita Hernando de Avendaño escribió una *Relación de las idolatrías de los indios* (1617), en la que manifiesta: "Adoran los indios dos géneros de ídolos, unos fijos, como los cerros y peñascos y cumbres altas de la sierra nevada, y al sol, luna y las estrellas, [...] y al trueno y rayo, y á la mar y á los manantiales; otros son móviles, de los cuales unos tienen en

sus chacras y labranzas en medio, como abogados de los que en su lengua llaman guanca, [...] Adoran también a sus progenitores gentiles, cuyos huesos tenían en mucha veneración y los guardan en unos sepulcros de piedra y les ofrescían sacrificios de conejos [cuyes] y corderos de la tierra [llamas] y ofrendas de chicha y coca."

"Declaran los viejos que antiguamente hubo indios que tenían por oficio hacer y labrar estos dioses con las figuras referidas, y fundidores que los fundían de plata, oro y cobre, [...] Adoran otros ídolos de piedra, por decir que eran los fundadores o patrones de los pueblos, a quien llaman marcayoc, ó marca oparac, [...]".

Conviene aclarar que la palabra huaca o guaca de refería tanto al ídolo —en sus más diversos aspectos— como al lugar donde se desarrollan los rituales o prácticas religiosas. Huanca, por el contrario, era un monolito, labrado o no, clavado en el suelo y que, por lo general, cumplía dos funciones: la de huaca tutelar de la aldea (*marcayoc*) o protectora de los campos de cultivos (*chacrayoc*). Desde el punto de vista religioso, el huanca representaba al ancestro momificado del ayllu (*mallqui*) fundador de la aldea y de las chacras, y que en las relaciones sociales de poder se le concedió una alta jerarquía.

Los antepasados, llamados *mallqui* o *yllapa*, fueron inhumados



*Planta de cebil.*



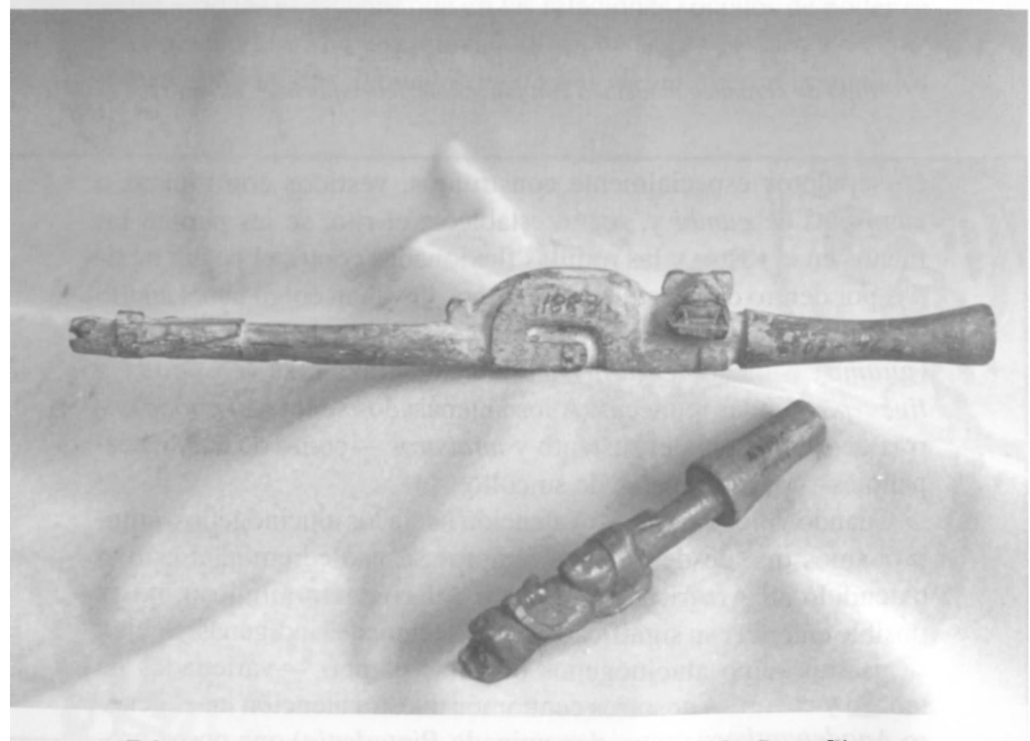
*Pipa de cerámica modelada con fauces, de Tebenquiche, Catamarca.*

en sepulcros especialmente construidos, vestidos con túnicas o camisetas de *cumbi* y, según establecía el rito, se les ponían las manos en el rostro y las rodillas flexionadas contra el pecho metidas por dentro de la camiseta. Algunos llevaban colgada del cuello una bolsa tejida (*chuspa*) con coca, sobre la frente una media luna (*guama*) o disco (*canipu*) metálico y brazaletes (*chipanas* o *tincurpas*) en las muñecas. A los antepasados se les asignaban tierras de cultivo para el sustento y *ministros* —como decían los españoles— para ocuparse de su culto.

Cuando volvemos nuestra atención hacia los alucinógenos, comprobamos que desde tiempos remotos su uso ceremonial estuvo extendido en América, y que fuera del contexto religioso, no es posible entender su significado en las sociedades indígenas. Si bien se usaron como alucinógenos distintas plantas —variedades de tabaco y cactus— nosotros centramos nuestra atención en el género *Anadenanthera* (antes denominado *Piptadenia*) que posee propiedades químicas de efectos alucinógenos por el contenido de

derivados triptamínicos y B-carbolínicos. En las yungas del límite oriental de los Andes y en el sector serrano del parque chaqueño, entre los 350 m y 800 m de altitud, crece la *Anadenanthera colubrina* var. *cebil*. Se trata de un árbol de 10 a 25 m de altura, de amplio follaje de hojas compuestas, semejante a las acacias, y produce unas vainas achatadas de 20 cm de longitud por 3 cm de ancho, que contienen entre 8 y 15 semillas pequeñas, duras y de color marrón. Estas semillas —previamente tostadas y molidas— son las que se consumieron por sus propiedades alucinatorias. El árbol y el polvo se conocieron en el Noroeste argentino con el nombre de "cebil", "sebil" o "cevil"; en el Perú y Bolivia se los designa con la palabra quechua y aymara "vilca", "wilca" o "huilca"; los wichí del Chaco los denominan "jatax" o "jataj", y "paricá" o "curupay" las tribus tupí-guaraní.

Tenemos claras evidencias de que hace más de cuatro mil años el cebil fue usado como alucinógeno por las antiguas sociedades de cazadores-recolectores que poblaban lo que hoy es el Noroeste



*Tubos para aspirar alucinógenos, uno con un felino de La Paya. El otro, fracturado, con figura antropomorfa, quebrada de Humahuaca.*

de la Argentina. Su consumo, en el contexto religioso prehispánico, está atestiguado por las pipas de cerámica, hueso y piedra, tabletas de madera, piedra y metal, tubos de madera y hueso, valvas de moluscos o caracoles, espátulas y cucharitas de madera o hueso, jarros y vasos (*k'eros*) de cerámica, madera y metal, morteros, fuentes y vasos de piedra. Asimismo, su uso está ampliamente documentado por las fuentes etnográficas e históricas, y por ellas sabemos que era inhalado, fumado, bebido en infusiones o inyectado mediante enemas. La forma de consumo más difundida fue la inhalación del polvo de las semillas a través de los orificios nasales y para ello se utilizaron tubos y tabletas ahuecadas, generalmente de madera, o diversos dispositivos tubulares de huesos. Esta costumbre se extendió por la cuenca amazónica y la región andina, incluyendo el Noroeste argentino; en esta última región, las evidencias arqueológicas y etnográficas atestiguan que también se fumaba el cebil en pipas de cerámica, hueso o piedra.

Es probable que la variedad de estos objetos pudiera reflejar una diversidad cronológica de las distintas modalidades de uso. Si bien no debe descartarse el manejo de otros vegetales psicoactivos, o diversas combinaciones de ellos, no es posible pasar por alto en el Noroeste de la Argentina, por un lado, la presencia del cebil en los bosques de la ladera oriental de los Andes y, por otro, los morteros de piedra tallada en los que se molían las duras semillas del cebil para inhalar o fumar.

El uso ceremonial a través de diversas formas de consumo muestra una dispersión que excede sus límites naturales; además, está poniendo énfasis en el alto valor asignado a la planta y a sus derivados, y una compleja dinámica de intercambios con grupos culturales de regiones vecinas. Para el actual Perú, Matienzo escribe que: "[...] las que verdaderamente se dicen huaca, y por otro nombre vilca, son oráculos y adoratorios que comúnmente están en cerros altos, donde adoran por ídolos a piedras y plantas, y allí tienen ídolos de oro y plata [...]". Cristóbal de Albornoz, por su parte, afirma: "Tienen otro genero de guacas que llaman uilcas, que aunque la uilca es un genero de fruta ponçoñosa que nace y se da en los Andes tierra caliente, de hechura de una blanca de cobre de Castilla, cúranse y púrganse con ella y se entierran con ellas en las más provincias deste reino. Ase de advertir que unas figuras como carneros de madera y piedra y [que] tienen un hueco como tintero, ques donde se muele la uilca, se a de procurar buscar y

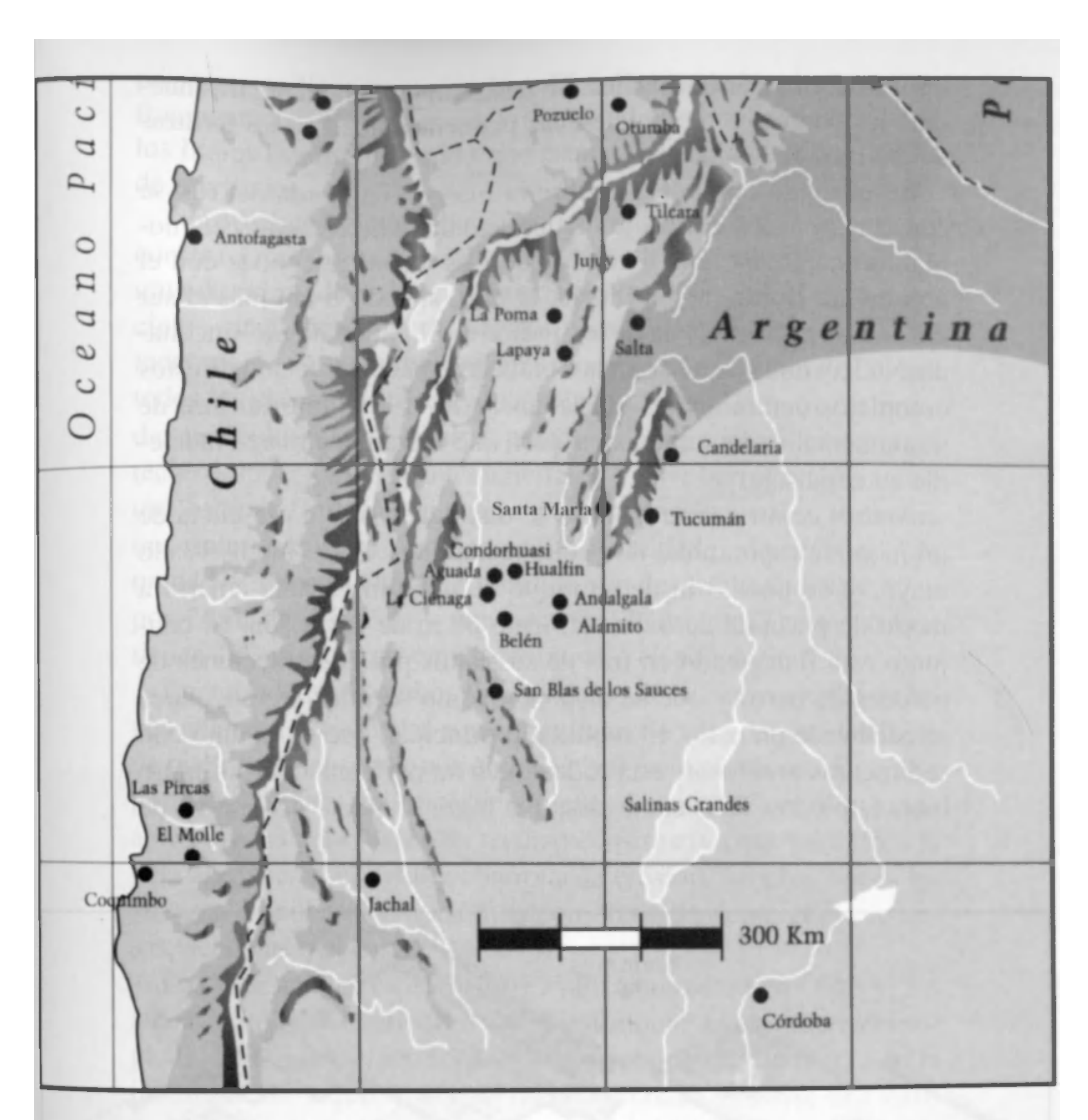
destruir. Llámase el tintero uilcana y la adoran y reverencian. Es esta uilcana hecha de muchas diferencias de piedras hermosas y de maderas fuertes. Tienen, fuera desta uilca, otros muy muchos géneros de medicinas que llaman uilcas, en especial de purgas. Ay muchos géneros de médicos que todos son hechizeros que usan de curar e inbocan al demonio primero que comiencen a curar, [...]".

Nosotros hemos vinculado en el espacio sudandino el uso de los alucinógenos con el culto solar. Encontramos que Ludovico Bertonio en su vocabulario de la lengua aymara define: "Villca; el sol como antiguamente dezian, y agora dizen inti. Villca; adoratorio dedicado al sol u otros idolos. Villcanuta; adoratorio muy celebre entre Sicuani y Chungara; significa casa del sol, según los indios barbaros. Villca; es tambien una cosa medicinal, o cosa se daua a bever como purga, para dormir, y en durmiendo dize que acudia el ladron que auia lleuado la hazienda del que tomo la purga, y cobraua su hazienda: era embuste de hechizeros".

## III

A nuestro juicio, el proceso por el cual las desigualdades sociales se volvieron hereditarias es uno de los temas más cautivantes de la historia prehispánica del Noroeste argentino. Del registro arqueológico de ese momento es posible inferir la intensa y profunda relación entre lo simbólico y lo social: la ideología, para modelar las creencias y el comportamiento social debió adquirir forma material a fin de ser compartida y manipulada.

Todo indica que este proceso ocurrió a comienzos de la Era Cristiana, en un área geográfica que tenía como centro el hoy denominado valle de Ambato. Éste, que es parte del sistema orográfico de la sierra del mismo nombre en la actual provincia de Catamarca, se extiende desde los altos de Singuil, en el norte, hasta algo más la sur de la localidad de Colpes. El río de los Puestos o del Valle lo recorre en toda su extensión hasta que sus aguas van a dar, hacia el sur, a los bañados del bolsón de Catamarca. El valle de Ambato está a una altura media sobre el nivel del mar de 1.000 m y tiene un clima cálido con lluvias de verano de entre 500 y 800 mm por año, si bien en razón de la topografía la distribución de las precipitaciones no es uniforme. En los sectores más húmedos de las laderas crecen quebrachos colorados (*Schinopsis lorentzii*), mistoles




*Mapa del Noroeste argentino y Chile con localidades arqueológicas.*

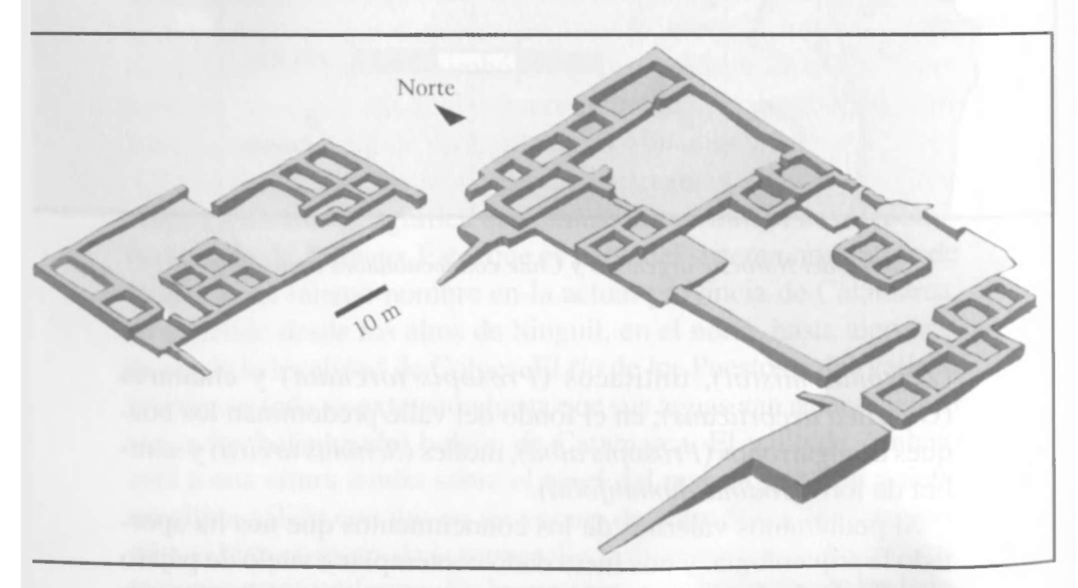
(*Zizyphus mistol*), tintitacos (*Prosopis torcuata*) y chañares (*Gourliea decorticans*); en el fondo del valle predominan los bosques de algarrobos (*Prosopis alba*), molles (*Schinus areira*) y sombra de toro (*Jodina rhombifolia*).

Si pudiéramos valernos de los conocimientos que nos ha aportado la arqueología, y nos fuera dado contemplar a vuelo de pájaro el valle de Ambato en el siglo VI de nuestra era, tendríamos ante nuestra vista un paisaje que, para el ojo entrenado, lleva inscriptas

las transformaciones sociales. Se destacan notablemente tres huellas: los centros ceremoniales, las pequeñas aldeas y las terrazas de cultivos en las laderas.

En el fondo del valle, y sobre la margen izquierda del río, se construyeron dos complejos arquitectónicos de carácter ceremonial: uno, cercano a la localidad de Los Talas, se conoce con el nombre de Bordo de los Indios; el otro, situado 8 km más al sur del anterior, es la Iglesia de los Indios en el paraje de La Rinconada. No hay duda de que quienes planearon la construcción de estos complejos ceremoniales buscaban darle al conjunto un aire de monumentalidad e imponencia para que fueran una marca indeleble en el paisaje.

Ambos centros ceremoniales se distinguen por la presencia de un montículo piramidal de planta rectangular de 20 m en el lado mayor y de unos 3 m de alto, que domina un espacio abierto a modo de plaza de aproximadamente 60 m de extensión. El conjunto está flanqueado en tres de sus lados por construcciones de paredes de barro y que se disponen como recintos rectangulares alrededor de un patio. El montículo principal, que se levantó con sedimentos arcillosos, está rodeado en su perímetro por un muro bajo de piedras lajas canteadas, que logra el efecto decorativo de




*Vista en perspectiva del centro ceremonial La Rinconada, Catamarca, dibujo de Inés Gordillo.*

presentar un lienzo exterior liso. El hallazgo de huesos humanos fragmentados en el relleno del montículo principal de la Iglesia de los Indios estaría indicando que estaba destinado a la realización de sacrificios.

Aprovechando la amplia superficie sedimentaria acumulada se construyeron los núcleos de viviendas en el fondo del valle. Se trata de un módulo de aproximadamente 25 m por 35 m, con recintos cuadrangulares dispuestos paralelamente sobre los lados menores de un rectángulo que conforma el patio central. En casi todos los casos, las habitaciones tienen paredes de barro, reforzadas por columnas de piedras planas en ambos paramentos, y un techo a dos aguas con una cubierta de paja y barro; era frecuente que sobre la fachada que da al espacio abierto central se levantara una galería techada destinada a las actividades domésticas. Las unidades relevadas hasta el presente van desde alrededor de 15 m por 14 m de diámetro y una sola fila de recintos, hasta las que tienen 100 m de largo y más de un patio en su interior.

En las laderas de ambos flancos del valle se construyeron andenes o terrazas destinadas a la agricultura. Se trata de paredes bajas de piedra que, al seguir una cota de nivel en la pendiente del cerro, permiten rellenar una superficie plana. Además de crear un suelo apto para los cultivos, es un recurso constructivo que permite, a la vez, aprovechar el agua y controlar la erosión. Muchas veces las terrazas o andenes se combinan con obras de riego, como represas, acequias o canales.

Las tres huellas en el paisaje —los centros ceremoniales, las aldeas y las obras agrícolas— son testimonio de un orden ideológico, territorial y económico. Hablan, sobre todo, de lo que en la investigación arqueológica se ha denominado *señorío*: una entidad política regional con gobierno institucionalizado y algún tipo de estratificación social, que dirige a una población de miles o decenas de miles de habitantes. En este tipo de organizaciones, el poder político se basa, en última instancia, en el control sobre la producción y el intercambio de la riqueza y de los bienes de subsistencia, a la vez que depende de la fuerza militar para defender los recursos y de la ideología para institucionalizar la desigualdad.

El despliegue ideológico de que hacen gala los señoríos —particularmente los del Noroeste argentino en sus inicios— ha arraigado entre algunos arqueólogos la idea de que se trataba de una teocracia (cuando el poder lo detenta el sacerdocio); pero no hay


*Placa de Lafone Quevedo, con representación antropomorfa central, Andalgalá, Catamarca.*

nada tan terrenal como aquel sistema político.

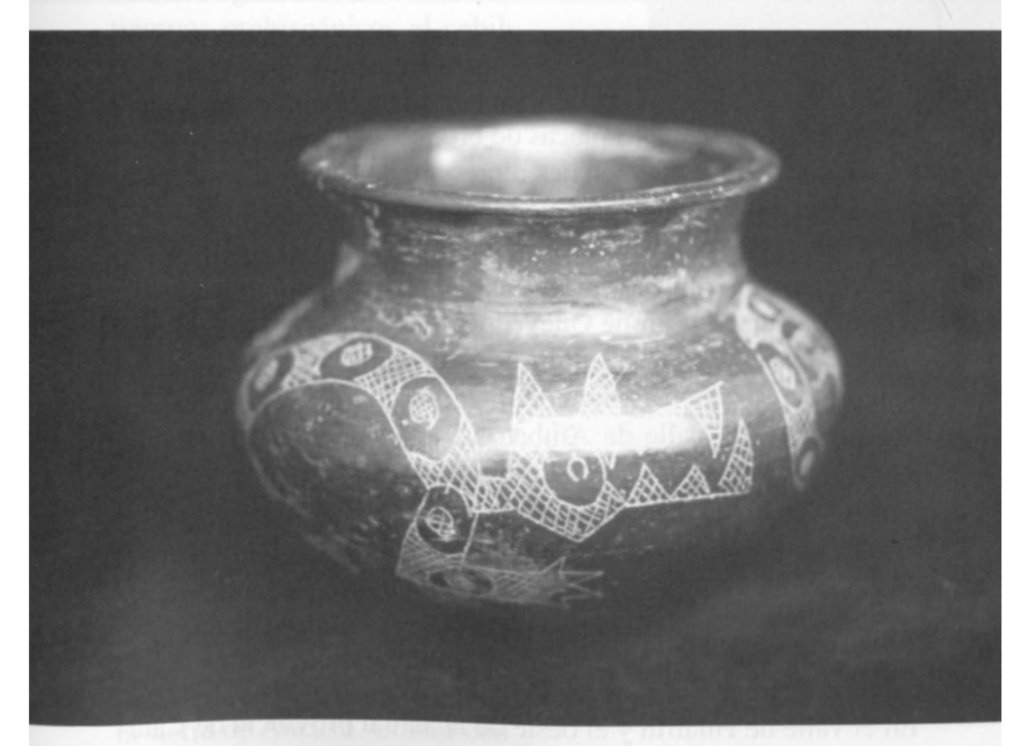
Si analizamos un cierto tipo de placas de bronce originarias del Noroeste argentino —que también circularon en el norte de Chile y Bolivia— es posible reconocer esa antigua tradición religiosa andina, cuyo eje era el culto al Punchao, y del cual nos hemos ocupado antes. En términos generales, las placas tienen unos 15 cm de diámetro y debieron usarse como pectorales. La mayoría presentan un diseño que tiene por personaje central a un ser antropomorfo con un adorno en la cabeza, vestido con una túnica (*uncu*) decorada con escalonados y espirales en diagonal; en algunos ejemplares, el personaje lleva colgando del brazo un hacha. Sobre los hombros del ser antropomorfo central hay un par de felinos figurados por sus manchas, fauces, garras y largas colas enroscadas hacia abajo; en la porción inferior se han representado un par de animales con apariencia de saurios; nosotros creemos que es posible identificar este "ser" con el ídolo de Copacabana que se veneraba en un santuario frente a la isla Titicaca, donde se decía que había aparecido el sol.

Entre las sociedades andinas la metalurgia fue una tecnología de poder, de enorme fuerza comunicativa y uno de los medios privilegiados para expresar y manipular los valores sociales, políticos y religiosos. Las placas metálicas del Noroeste argentino fueron, sin duda alguna, objetos de alto valor simbólico para el uso de quienes detentaban el poder: por un lado, comunicaban la jerarquía social, por el otro, les concedían legitimidad apelando a la imagen del Punchao. Estos artefactos, además, requerían de un alto grado de especialización, pues su elaboración era de una gran

complejidad técnica, todo lo cual facilitaba el control por parte de los señores y explica su distribución restringida.

La metalurgia del bronce posibilitó, de manera paralela, la fabricación de herramientas y armas más eficaces. Los señores pudieron contar con otro emblema del poder: las hachas metálicas. Prueba de ello son las representaciones sobre los vasos de cerámica de individuos que, en algunos casos, van ataviados con elaborados tocados y pieles de jaguar, además de portar hachas y cabezas trofeo; en otros, las hachas se ostentan como pectorales. Estaba en manos de los señores el ejercicio de la violencia, real o potencial, para el control social. Esta coerción es la que permitió la integración territorial de los señoríos, toda vez que se encaminó hacia el control de los recursos humanos y naturales. En ese sentido, es ilustrativa la extensa población aldeana que, entre los siglos IV y VIII de nuestra era, habitaba el valle de Ambato.

Sin abandonar el terreno de lo ideológico, es necesario abordar el tema de la iconografía. La imagen del *uturunco* o jaguar se despliega en todos los campos de la producción social; aparece sobre



*Vasija negra grabada con figura de felino. Estilo Ambato, Catamarca.*



*Vasija policroma con reproducción de un rostro humano, Catamarca.*

las hachas de metal, en las placas de bronce, como tatuajes corporales y faciales de los personajes representados en la alfarería, sobre el borde de los recipientes de piedra, en los escasos textiles y objetos de madera que se han conservado. A fines del siglo XIX la cerámica pintada con la imagen del felino fue denominada draconiana por Samuel Lafone Quevedo; en la actualidad esta alfarería integra el contexto de la cultura de La Aguada (González, 1998), que define el período Medio o de Integración.

La alfarería del valle de Ambato se caracteriza por tener una superficie negra bruñida con temas grabados de personajes humanos profusamente engalanados, felinos ejecutados de manera realista o la combinación de rasgos felinos u humanos. Hay también figuras huecas modeladas con pinturas o tatuajes faciales y complejos tocados que, no dudamos, aluden a los señores. En contraste con otras regiones, aquí las piezas pintadas son casi inexistentes.

En el valle de Hualfín y el oeste de la actual provincia de Catamarca la cerámica es gris con felinos y seres humanos grabados, o

bien beige con motivos policromos. En el actual territorio de La Rioja y hacia el sur, la alfarería presenta como decoración un ave finamente estilizada pintada en negro sobre rojo o marrón claro; también son comunes las vasijas policromadas y grises grabadas generalmente con representaciones del jaguar.

Poca duda cabe de que la imagen del *uturunco* o jaguar está estrechamente vinculada con la deidad solar de los Andes —el Punchao— y el espacio sagrado de la isla Titicaca. Antes habíamos escrito que *el jaguar en llamas* era expresión de la metáfora del sol, si bien ahora podemos situarla en el contexto ideológico del desarrollo de la desigualdad social hereditaria.

En el contexto de las prácticas religiosas, el consumo ritual de sustancias alucinógenas era el vehículo que permitía a los hombres entrar en contacto con el mundo de lo sagrado; para ese fin —como hemos dicho antes— en la región andina de la actual Argentina se usaron en tiempos prehispánicos el cebil o vilca, coro, chamizo, tabaco y el cactus ashuma. Sin descartar el posible uso de otros vegetales que hoy nos son desconocidos, todas las evidencias arqueológicas parecen indicar que el cebil fue el más empleado. Como se sabe, este árbol crece en un territorio que se extiende a modo de franja de norte a sur y que, además, comprende la vegetación tanto de las yungas del borde oriental de los Andes, como de la porción serrana del parque chaqueño. El valle de Ambato, en términos generales, está a unos 20 km del área del cebil sobre la ladera oriental de la sierra de Ancasti. Contar con este recurso aseguraba la esta-



*Suplicante Alamito, Catamarca.*

bilidad de las relaciones entre la sociedad y los seres sagrados; su importancia está atestiguada por el extenso repositorio de arte rupestre con representaciones tanto del jaguar como del señor con sus atributos.

Hay unas esculturas de piedra pulida llamadas por los arqueólogos *suplicantes*, que merecen nuestra atención en el estudio de la religión prehispánica del noroeste argentino. Son piezas que tienen una altura media de 30 cm, si bien se conocen algunas de más de 60 cm; la mayoría de ellas han sido talladas sobre piedras duras que adquieren buen pulimento. Los suplicantes son, sin lugar a dudas, una representación de un ser humano, pues las características anatómicas así lo indican. El rasgo que los distingue es el tratamiento de brazos y piernas: las extremidades han sido talladas como dos arcos perforados y, partiendo de estos elementos, se organiza la composición total de la figura; vistos de perfil tienen la apariencia de una letra B mayúscula. En la mayoría de los suplicantes la cara mira hacia arriba; la boca y los ojos son pequeños cilindros protuberantes, mientras que la nariz es aguileña; algunos tienen indicación de sexo masculino.

A nuestro juicio se trata de representaciones en piedra de los antepasados que, como ya dijimos, fueron amortajados, siguiendo el rito fúnebre andino, con las manos en las mejillas y las rodillas contra el pecho. El suplicante debió ser el ancestro, huaca tutelar del ayllu, fundador de la aldea y de las chacras. Éste es el punto —que nos interesa destacar— donde religión y economía quedaron unidas por las redes del poder. En ese momento, en el valle de Ambato y sus alrededores, se creó un nuevo paisaje. Mientras que antes, en general, las viviendas se construían dentro de los campos de cultivo, ahora se han separado y los núcleos aldeanos ocupan el fondo del valle, entre el bosque de algarrobos, mientras que las chacras están en las laderas. El control sobre el espacio de la reproducción social —la aldea y la chacra— es ejercido por quienes descienden de los fundadores, transformados en piedra y venerados como seres sagrados. La colonización de las faldas de los cerros para la agricultura, mediante la organización del trabajo colectivo, ha puesto la producción en manos de los señores a través del control del trabajo de los productores.

Como ya hemos expresado, el valle goza de un clima continental cálido con la estación seca en el invierno austral y un promedio anual de lluvias de entre los 500 y 800 mm, lo cual es un índice

elevado si consideramos la aridez de los valles y bolsones de más al oeste, que apenas reciben algo más de 400 mm cada año. Sin embargo, por la topografía las condiciones climáticas no son homogéneas y varían según sea la altitud y exposición. Una buena parte de los vientos húmedos y cálidos que soplan desde el nordeste, pasan por arriba de la sierra del Alto o Ancasti y sólo condensan su humedad cuando se topan con esa barrera de piedra de 4.000 m de altura que es la sierra de Ambato. Así, la parte oeste del valle es la más húmeda y la que presenta mejores condiciones para la agricultura: aquí es donde se concentraron las obras comunales, como andenes y represas. La agricultura que se practicó en ese momento estaba basada en variedades del maíz y otras plantas americanas como el zapallo, maní, ají, quínoa, papa y otros tubérculos. En el fondo del valle se recolectó algarroba, mientras que en la cabecera, en los altos de Singuil a unos 1.500 m de altitud, fue posible el pastoreo de llamas y la captura de vicuñas. No debemos olvidar que la recolección de plantas silvestres y la caza también debieron ser una importante fuente de recursos.

Es inevitable que nos preguntemos ¿de dónde emanaba el poder económico de los señores y su séquito? Para los arqueólogos norteamericanos T. Earle y T. D'Altroy la economía política de los señoríos se basa en un sistema de propiedad que impone a los



*Vasija negra grabada con representación de un personaje de Ambato, Catamarca.*

agricultores un *tributo* por el acceso a los recursos de subsistencia. El problema está en cómo ampliar el excedente que puede ser expoliado de la economía de los campesinos para financiar los proyectos de los señores: desde ceremonias y bienes de lujo, hasta las dádivas a los seguidores. Esto supone la existencia de un proceso para crear las condiciones que permitan el control de las tierras. Una estrategia es la ejecución de trabajos destinados a mejorar y ampliar los terrenos agrícolas y la distribución del agua. Las obras marcan la división del paisaje y constituyen la base de un sistema cultural de propiedad de la tierra que hace posible su apropiación y manipulación en el contexto de la economía del señorío.

Al igual que en el resto de los Andes, el tributo fue en trabajo. Un ejemplo ilustrativo —aunque muy tardío— es una información del jesuita Altamirano que describe las actividades agrícolas de los indígenas del valle Calchaquí, quienes una vez finalizado el trabajo, regresan "[...] hasta llegar a la casa del principal curaca cuya es la heredad que se cultiva [...]". El control sobre el trabajo comunitario de los ayllu es la clave del sistema: la comunidad cultiva las tierras para el mantenimiento del señor, el culto y los especialistas; con el trabajo comunitario se construyen los centros ceremoniales, se colonizan nuevas tierras y conservan y mejoran los sistemas de riego ya existentes.

Pero en los señoríos el control sobre los bienes de prestigio también fue un elemento clave para su consolidación y reproducción económica y simbólica. Nosotros juzgamos que en el valle de Ambato hubo dos bienes estratégicos: el bronce y los alucinógenos. El control sobre los accesos al territorio donde crece el cebil les debió permitir a los señores de Ambato organizar su distribución, mediante un sistema de caravanas de llamas, a las regiones ubicadas hacia el oeste. El tráfico debió extenderse hasta los oasis del salar de Atacama, en lo que hoy es el norte de Chile, donde se han hallado materiales procedentes del Ambato.

El bronce arsenical (aleación de cobre con arsénico) es una tecnología que aparece en el Noroeste argentino en los inicios de la Era Cristiana; sin duda se trata de un desarrollo original y muy temprano de la metalurgia en el contexto andino, y que tuvo un notable peso en el desarrollo histórico posterior. Los objetos metálicos representaron en el pasado prehispánico una tecnología vinculada al poder y, en ese sentido, fueron bienes claves en el tráfico caravanero a larga distancia. Una ideología compartida y las redes



*Vasija negra modelada en forma de un personaje sentado, estilo Ambato.*

de intercambio que desarrollaron los señoríos facilitaron el traslado de bienes simbólicos cargados de valor sagrado y, a la vez, estimularon la adopción de una iconografía del poder.

El panorama que hemos dado de la sociedad que pobló el valle de Ambato hacia el siglo VI de la Era Cristiana es sincrónico; pero, en realidad, estamos ante un proceso histórico por el cual las desigualdades sociales se volvieron hereditarias.

A comienzo del primer milenio después de Cristo, las plantas y animales que constituían el fundamento de la economía estaban ya domesticados, salvo, quizá, algunas variedades del maíz. Los elementos simbólicos básicos se encontraban para ese entonces estabilizados: el culto solar y las representaciones del jaguar, el uso de alucinógenos y un incipiente culto a los antepasados. En la metalurgia, el cobre se empleaba en la confección de herramientas simples, y el oro era usado para los bienes de prestigio: vinchas, patenas, discos ovales, pectorales y brazaletes; pero, a la vez, el registro arqueológico muestra los primeros objetos de bronce arsenical.

Sobre esta base se desarrolló el proceso histórico que hemos mencionado antes y que se refiere a la institucionalización de la desigualdad: la propiedad y el rango social hereditarios. Todo indica que en el valle de Ambato el control sobre la producción y el intercambio de riqueza y bienes de subsistencia fue el fundamento sobre el que se construyó el poder político, en tanto que los poderes ideológico y militar quedaron estrechamente vinculados a la economía del señorío.

Como expresa T. Earle, al controlar la producción y distribución de los alimentos básicos y de los bienes de prestigio, los señores podían invertir el excedente para tener de su lado a la fuerza militar y el derecho ideológico; en la medida en que los dirigentes manejaban la producción que daba de comer a guerreros y sacerdotes y fiscalizaban la producción especializada de armas y objetos simbólicos, la coerción militar y la santidad religiosa fue privativa de los gobernantes.

Poco tiempo después, otros señoríos surgieron en distintos valles y bolsones del Noroeste argentino. Todos despliegan una similar iconografía del jaguar y de los señores, si bien se constata una tendencia hacia la concentración de la población y un énfasis en el poder militar.

# BIBLIOGRAFÍA

Albornoz, Cristóbal de, "Instrucciones para descubrir las guacas del Piru y sus camayos y haziendas", Urbano, H. y Duviols, P. (Eds.), *Fábulas y ritos de los incas, Historia* 16, Madrid, 1989.

Bertonio, Ludovico, *Vocabulario de la lengua aymara*. Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social - Instituto Francés de Estudios Andinos, Cochabamba, 1984.

Del Techo, Nicolás, *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, Librería y casa editorial A. de Uribe y compañía. Madrid - Asunción del Paraguay, 1897 [1673].

Duviols, Pierre, "Un symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'explotation de l'espace. Le monolithe 'huanca' et sa fonction dans les Andes préhispaniques", *L'Homme, Revue Française d'Anthropologie*; XIX (2), París, 1979.

Earle, Timothy, *How Chiefs Come to Power; The Political Economy in Prehistory*, Stanford University Press, Stanford, 1997.

Furlong, Guillermo, *Alonso Barzana S.J. y su carta a Juan Sebastián (1594)*, Escritores Coloniales Rioplatenses, Ediciones Theoria, Buenos Aires, 1968.

González, Alberto Rex, *Arte, estructura y arqueología. Análisis de figuras duales y anatrópicas del NO. argentino*, Nueva Imagen, Buenos Aires, 1974.

——— *Las placas metálicas de los Andes del sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas*, Verlag Philip von Zabern, Mainz am Rheim, 1992.

González, A. R. y Baldini, M., "Función y significado de un ceramio de la cultura de La Aguada", *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*; 5, Santiago de Chile, 1991.

Lozano, Pedro, *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, Imprenta de la viuda de M. Fernández, Madrid, 1754-1755.

——— *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Ilustrada con noticias del autor y con notas y suplementos por Andrés Lamas, Casa editora "Imprenta Popular", Buenos Aires, 1874.

Martínez, José Luis, "Textos y palabras. Cuatro documentos del siglo XVI." *Estudios Atacameños*; 10. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo "R. P. Gustavo Le Paige, S. J.", Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, 1992.

Matienzo, J. de, *Gobierno del Perú*, Travaux de l'Institute Française d'Etudes Andines, Lima-París, 1967.

Pérez Gollán, José Antonio, "Iconografía religiosa andina en el Noroeste Argentino", *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*; XV, 4, Lima, 1986.

Ramos Gavilán, Antonio, *Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana*, Transcripción, nota del editor e índices de Ignacio Prado Pastor, Edición de Ignacio Prado Pastor, Lima, 1988 [1621].

# VII

## *Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos*

por MYRIAM NOEMÍ TARRAGÓ



*Representación de guerreros con escudos dibujados en urnas santamarianas, Yocavil, Catamarca.*



Los últimos quinientos años de la historia indígena en el Noroeste de la Argentina, entre los siglos X y XV d.C., se conocen como la época de los "Desarrollos Regionales" y se caracterizan por un fuerte crecimiento demográfico y por la aparición de sociedades pujantes que poseían territorios bien controlados y defendidos desde los *pukara*. Entre ellas, se destacaron las organizaciones de Calchaquí, Tastil, Yocavil y Belén, en las provincias de Salta, Tucumán y Catamarca. Al norte, y en relación más estrecha con el altiplano, se desenvolvían otros sistemas políticos en los núcleos de Tilcara, Humahuaca, Yavi y Casabindo, en la provincia de Jujuy. Más al sur operaban los centros de Sanagasta y Aimogasta, en La Rioja, y de Angualasto, en San Juan.

Al producirse en el siglo X el colapso de las sociedades que concentraban el poder político y religioso de La Aguada en la zona central del Noroeste, y el poder económico y político de Tiwanaku en el gran ámbito sudandino, la situación general de la región fue de profundos cambios y transformaciones. Nuevas formas económicas y políticas se gestaron dando lugar a entida-

des sociales que entraron en competencia con otras organizaciones semejantes, tanto por pastos, agua y rebaños, como por otros factores. En el proceso se entrelazaron los logros tecnológicos previos y las antiguas tradiciones culturales con los nuevos fenómenos demográficos, políticos y económicos. Estos últimos ocurrieron en relación con la aplicación de tecnologías más avanzadas y con la intensificación en el manejo de los recursos naturales y de su reproducción. La agricultura por irrigación, el control de los recursos de diversos pisos ecológicos y una explotación ganadera intensiva estaban bien establecidos. Durante ese desarrollo se acentuaron las relaciones sociales desiguales tanto en la organización del trabajo como en la distribución y el consumo de bienes. La instalación de talleres para la producción de objetos de alto valor social y simbólico por parte de artesanos especializados parece vincularse con el refuerzo y la consolidación de elites dentro de la sociedad.

El tránsito a la nueva época, de índole más civil, a diferencia del carácter teocrático que habían manifestado las sociedades vinculadas con el complejo religioso de La Aguada, implicó profundas transformaciones en la vida de las comunidades. Aunque las expresiones culturales en el arte mueble parecen más simples, el germen de los modernos poblados prehispánicos estaba en marcha hacia el siglo IX d.C. El inicio de los cambios que llevaron al gran desarrollo regional parece que comenzó con pueblos como los de Hualfín, Shiquimil y Molinos, entre los años 850 y 1100 d.C. El rasgo más conocido de esas sociedades fue la inhumación de niños en urnas cerámicas, decoradas mediante la aplicación de caras antropomorfas modeladas o con motivos zoomorfos y geométricos pintados, que se enterraban en parajes especialmente elegidos como áreas funerarias. Los lugares de vivienda parecen haber sido villas con pocas casas, a excepción de algunos pueblos más aglutinados, como el asentamiento de Molinos, donde se dio uno de los primeros casos de concentración de población en los valles Calchaquíes.

A mediados del siglo XIII estaban en funcionamiento "centros poblados" de varios cientos de habitantes y hasta miles, en todos los oasis de Puna y en los valles apropiados para la explotación agropecuaria. Con esos núcleos como cabeceras y una tendencia pronunciada hacia el desarrollo urbano se inició el clímax del florecimiento regional de las poblaciones del Noroeste en el interior

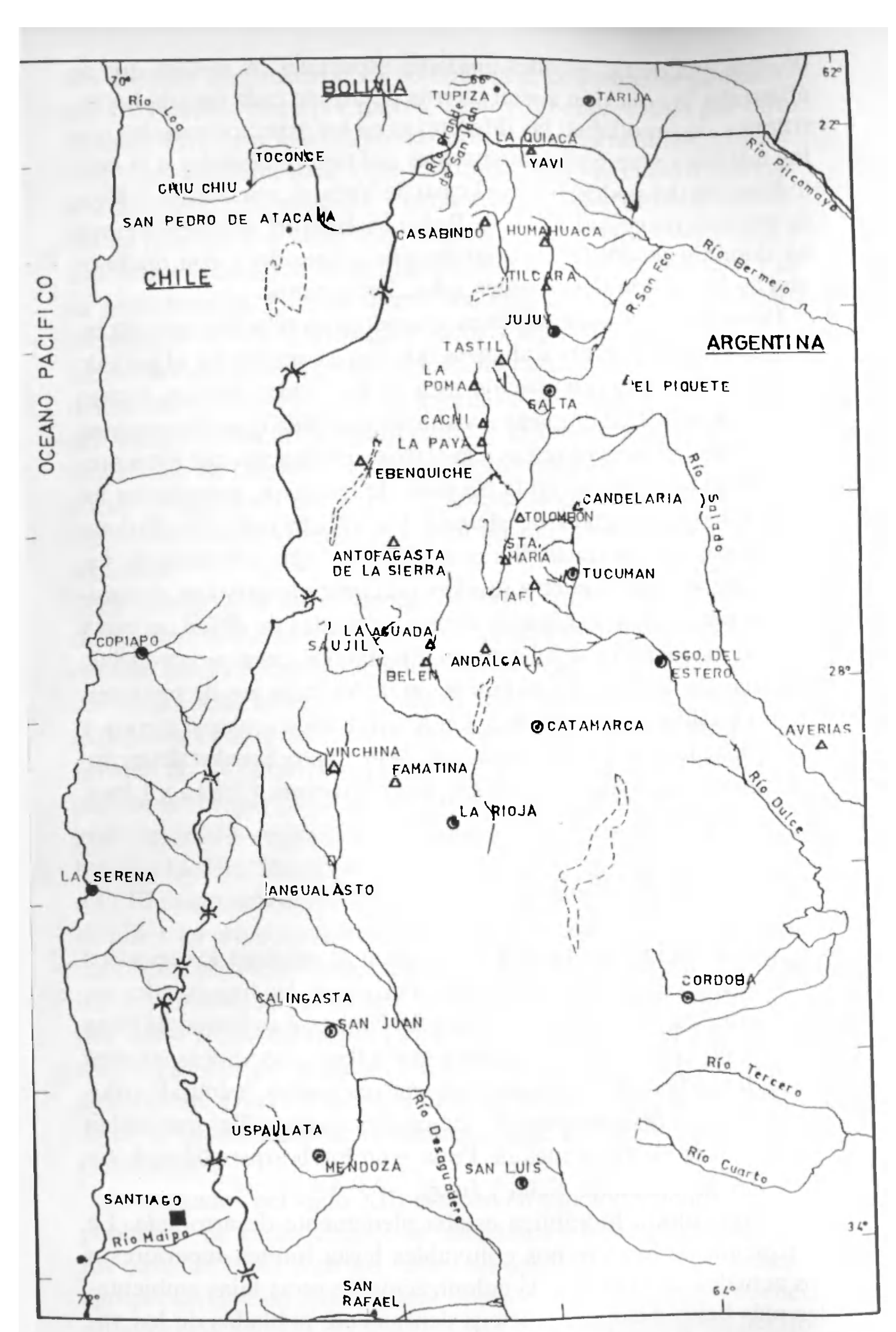
de cada una de las grandes unidades espaciales. A medida que se afianzaba la cohesión social interna dentro de cada uno de los territorios, se ampliaban las diferencias en los aspectos sociales con los restantes y se gestaban sistemas políticos tendientes a la centralización del poder. Tal es el caso de Yocavil, con varios centros de primera magnitud, y los de Belén en Hualfín, que desplegaron un dominio territorial de considerable extensión y con distintos niveles de acción hegemónica sobre los vecinos.

Estos procesos sociopolíticos ocurrieron en relación con una intrincada red de guerras y alianzas que van a caracterizar al período que antecede a la dominación inca en los Andes del sur, y cuya complejidad recién empieza a vislumbrarse dado que sólo se cuenta con fuentes arqueológicas y la clase de evidencias que éstas proporcionan no permite, en la mayoría de los casos, penetrar en las situaciones cambiantes de alianzas y conflicto entre las distintas sociedades involucradas. Sin embargo, un rasgo sobresaliente fue el pukara o pucará, centro residencial con características defensivas, emplazado en la cima de cerros o mesetas de difícil acceso y con amplia visibilidad del entorno. En algunos casos, se agregaban murallas de defensa. La delimitación de los espacios de pertenencia no impidió el intercambio. Un activo tráfico regional a corta y larga distancia articulaba todos los Andes meridionales destacándose entre otras, las redes con Copiapó, Atacama, Chicha y Lípez.

## ECONOMÍA Y DEMOGRAFÍA

Las sociedades de la época utilizaron al máximo los recursos disponibles y las posibilidades productivas de las tres grandes regiones que caracterizan a los Andes del Noroeste argentino: la Puna o altiplano meridional, los valles y quebrabas y las yungas o valles húmedos del oriente. Para ese momento es posible hablar de colonias efectivas dependientes de sociedades de los valles que tenían sus enclaves en ambientes de Puna y en los bosques húmedos y calientes de Tucumán, Salta y Jujuy.

La agricultura hidráulica estaba plenamente desarrollada. La utilización de los terrenos cultivables hasta límites superiores a los actuales, al igual que la colonización de otras fajas ambientales más bajas desde los núcleos densamente poblados de los valles, fue posible gracias al desarrollo tecnológico que había incor-




*Región del Noroeste argentino con localidades arqueológicas.*

porado el regadío en forma sistemática y el control de la erosión edáfica por medio de intrincados sistemas de terrazas y parcelas de cultivo. Tres grandes sistemas se practicaron al mismo tiempo: el cultivo de fondo de valle, el cultivo de ladera en andenes (bancales estrechos y paralelos) y la explotación de cuencas de alto rendimiento. Entre estos campos especiales, sobresalieron las cuencas de Coctaca y de Guasamayo (Alfarcito) en la quebrada de Humahuaca, con 3.900 y 1.200 hectáreas bajo riego, respectivamente. La producción agrícola en la quebrada del Toro se centralizó en las cabeceras con mayores recursos hídricos, totalizando alrededor de 1.000 ha con regadío.

En el valle Calchaquí, Las Pailas representó otro gran sector agropecuario que abarcaba cientos de hectáreas en la zona de Cachi Adentro. Ingresando al valle de Santa María, otros importantes centros se encontraban en Caspinchango, en la banda oriental de Yocavil; Quilmes en la occidental, con una sofisticada represa de piedra provista de un canal derivador; y las parcelas agrícolas de Huasamayo, en El Cajón. Más al sur, las andenerías de Azampay, con sistemas de terrazas regadas por canales que se alimentaban mediante estanques y bocatomas en una extensión de 6 $km^2$, producían los excedentes necesarios para sostener el sistema Belén del valle de Hualfín. En La Rioja había numerosas parcelas de cultivo, como en la zona de Angulos y de Cerrito Solo, Famatina. En Angualasto, al norte de San Juan, las principales actividades agrícolas se realizaban en los campos de la margen oriental del río, para lo cual contaban con un sistema de acequias de riego a partir de un ancho canal troncal. Aguas abajo, en el extenso "barreal" de Pachimoco, Salvador Debenedetti observó en una extensión de 30 $km^2$ una sucesión de terrazas escalonadas para la labranza.

En los ámbitos puneños hubo explotaciones agropecuarias de menor escala, dado que su práctica sólo era posible en las cuencas con recursos hídricos suficientes dentro de un medio desértico muy estricto. Las zonas de mayor envergadura se desenvolvieron en el área de Yavi y en la quebrada de Rachaite o Doncellas, donde existieron instalaciones agrícolas que cubrían 3.000 ha, incluyendo bancales y cuadros de cultivos. Más al occidente también hubo sistemas de parcelas de cultivo en el río Grande de San Juan. En las tres zonas en torno de Casabindo (Sayate, Potrero y Tarante) existieron cerca de 500 ha bajo riego y un monto similar se en-



*Canal de riego en las parcelas de cultivo de Las Pailas, valle Calchaquí, Salta.*

cuentra en estudio en la cuenca del río Punilla, en Antofagasta de la Sierra.

El padre Barzana comentaba, en la segunda mitad del siglo XVI, que las poblaciones indígenas cultivaban maíz en "mucha abundancia", papas, frijoles, quínoa y zapallos. Diversos hallazgos amplían la lista con variedades de ají y maní. Un complemento valioso fue la recolección de la algarroba y de los frutos del chañar para la preparación de panes dulces, arrope y bebidas alcohólicas, lo que motivaba grandes peregrinaciones y fiestas anuales. El excedente agrícola era guardado en silos de varias clases. Las estructuras construidas en paredones rocosos elevados y en los lugares más secos deben haber servido especialmente para el maíz. Las papas y otros tubérculos pudieron guardarse en pozos y la quínoa, por el tamaño reducido del grano, se almacenaría mejor en vasijas y sacos tejidos. Los derechos al acceso y el control de tales espacios productivos debieron generar tanto alianzas como conflictos entre las distintas etnias.

El pastoreo de la llama fue un medio de subsistencia básico. Para el mantenimiento de los rebaños, las poblaciones combina-

ban los pastizales de altura y de los "ciénagos"(vegas) de fondo de valle. Su explotación fue completa, es decir con aprovechamiento de todos los productos y subproductos del animal, a juzgar por los restos óseos de alimentación, las estructuras de corrales, el uso de fibras para textiles y diversos artefactos, como ojotas y bolsas de cuero. Los ganchos de madera para amarrar las cargas a las llamas caravaneras son indicadores de un activo tránsito. Todas las sociedades parecen haber complementado la ganadería con abundante caza de guanacos, vicuñas y tarucas (ciervos andinos) en pampas altas y en ambientes de Puna. Otras especies silvestres de aves y mamíferos debieron jugar un importante papel en la vida social a juzgar por las representaciones en el arte cerámico y en pinturas rupestres, tales como los loros, chinchillones (*Lagidium*), quirquinchos o mulitas, batracios y serpientes.

El acceso a los recursos de los ambientes altoandinos y de las yungas se efectuó, entre otras formas, por medio de la instalación de enclaves de colonos dependientes de los núcleos vallistos. Las sociedades de Yocavil poseían puestos de altura en Tafí del Valle (papa y pastoreo) y en el bosque tropical tucumano (maderas, cera, tintes, plumas, algodón, frutos del bosque). Inclusive es posible que su influjo haya llegado de algún modo hasta el chaco santiagueño. Belén estableció satélites en el valle de Abaucán mientras complementaba productos de altura con La Alumbrera y de valles más bajos, a través de Andalgalá. Las sociedades de la quebrada de Humahuaca aprovechaban las quebradas transversales para acceder a la Puna y a los valles del este. Durante la época inca se optimizó la producción agropecuaria para el Estado, como en el caso de los extensos campos de Rodero y Coctaca, pero las modalidades tecnológicas básicas fueron conquistas de los pueblos locales. En cambio, el colapso del complejo sistema agropecuario indígena sobrevino a medida que se produjo la penetración hispánica en los valles y quebradas del Noroeste.

La población dispuso de una dieta más balanceada que en épocas anteriores, dado que podían cultivar variedades de maíz de buen rinde y practicaban una actividad ganadera intensiva, con abundante provisión de carne de camélidos. Esto no significa que toda la población haya tenido una buena ingestión de proteínas; por el contrario, parece que hubo distinta calidad de dieta según los grupos sociales, tal como se ha podido estudiar en la población del pukara de Tilcara.

El cálculo de la suma total de la población en el momento de la conquista hispánica no es fácil, aun en el Perú, donde los documentos escritos son más abundantes y específicos. Sin embargo, la magnitud de la infraestructura agropecuaria, que superaba a las áreas productivas modernas, y de los asentamientos humanos, que albergaban cientos y miles de personas, permite sustentar una alta densidad demográfica en los valles y quebradas, tal vez en niveles superiores a los actuales. Tomando como caso los valles Calchaquíes, y apoyándonos en las cantidades de individuos por pueblo que se registran en los Autos de Pedro Bohórquez, para 1657-1659, durante la guerra de Mercado y Villacorta contra los calchaquíes, tenemos una estimación mínima de población para el valle de Yocavil de 10.000 habitantes en la segunda mitad del siglo XVII. Hay que considerar las pérdidas demográficas sufridas en las guerras que ya habían sostenido contra los españoles y la ruptura del sistema productivo que éstas provocaron, en particular la imposibilidad de explotar otros pisos ecológicos alejados del núcleo. Esto debió reducir sensiblemente la capacidad de sustento y crear un fuerte estrés en la población residual.

En consecuencia, la referencia del jesuita del Techo respecto de los calchaquíes —"Contabánse treinta mil almas en el campo y en las poblaciones muchísimas"— no resulta descabellada para comienzos del XVII, y en la época prehispánica tardía podría haber alcanzado los 50.000 habitantes. Es posible que una población similar se haya desarrollado en los valles de Hualfín y Abaucán y, con una densidad menor, en los valles preandinos de La Rioja y San Juan. La cuenca de la quebrada de Humahuaca debió poseer una población semejante o algo inferior a la de los valles Calchaquíes. Y en el borde oriental de la Puna existen estimaciones para algunos asentamientos, como es el caso de Agua Caliente de Rachaite, donde habría ascendido a 3.000 habitantes, cifra equivalente a la propuesta para Tastil, en la quebrada del Toro.

## SOCIEDADES Y TERRITORIOS

La extensión espacial de las organizaciones y, por ende, la densidad de instalación, fueron muy variables durante la época prehispánica tardía. Sin embargo, la unidad mínima estaba dada por un asentamiento tipo pukara en lugares altos, desde el cual se ejer-

cía un control del espacio agropecuario circundante, de los recursos de agua y pastos y de las viviendas de los campesinos que se distribuían en los terrenos bajos cercanos a los ambientes productivos. La noción de pukara en los Andes va más allá de la concepción de fortaleza que sin duda implica, dado que en la misma se superponen dos dimensiones simbólicas, una que alude a la Madre Tierra, la Pachamama, y otra que se asocia a los antepasados. De ahí que la conjunción de "chacras", instalaciones básicamente agrícolas y el "pukara" como centro social, político y religioso, constituya una metáfora del período.

En el seno del agreste espacio de la Puna se dieron desarrollos sociales de dominio más limitado que en los valles pero con rasgos singulares, dadas sus afinidades en las prácticas simbólicas y funerarias con otras sociedades altiplánicas de Lípez, Potosí y del alto Loa. Tal vez el caso más característico de un solo pukara y su área de influencia circundante sea el de La Rinconada, que controlaba la cuenca de Pozuelos y los asentamientos bajos como el de Yoscaba y el sitio homónimo, en la provincia de Jujuy. Se trata de un conglomerado con defensas sobre una alta meseta, de acceso restringido. La cuidada arquitectura en piedra estaba regulada a través de vías de circulación interna y una instalación inusual en los Andes meridionales: el trazado de un sistema de canaletas que conducía el agua de lluvia hacia los bordes de la meseta donde se podía recoger en una especie de bateas. En una posición destacada se levantaban dos monolitos cilíndricos, de 2 m de altura.

Al pie de los farallones volcánicos donde se yergue el pukara, los habitantes utilizaron huecos tapiados como tumbas, y otras oquedades como silos o depósitos. En un abrigo vecino, dibujaron bellos frescos rupestres con escenas de figuras humanas vestidas y grupos de llamas en varios colores, que fueron dados a conocer a comienzos del siglo por Eric Boman, uno de los investigadores pioneros de nuestro Noroeste. Las representaciones informan también sobre la circulación de símbolos de índole guerrera en los Andes centro-sur, como las figuras con "escudos" similares al santamariano. Desde el núcleo defensivo se podían controlar las rutas que cruzaban el despoblado puneño. La abundancia de horquetas o ganchos de madera para liar los fardos en las llamas cargueras y las excelentes condiciones para su cría en las aguadas y pastos de la laguna ayudan a comprender el papel jugado por la sociedad de La Rinconada en el tráfico a corta y larga distancia.

Más al sur, en la cuenca del río Miraflores, departamento de Cochinoca, se dio un crecimiento poblacional de mayor escala que tuvo sus focos de desarrollo en la zona de Doncellas y Casabindo. En la primera existió una unidad funcional que se integraba por el poblado de Agua Caliente de Rachaite, de tipo conglomerado sin defensas, con extensas parcelas agrícolas, silos para almacenaje y lugares funerarios muy singulares. El poblado incluyó un mínimo





*Arriba: pukara de La Rinconada, Puna de Jujuy. Abajo: friso con arte rupestre.*

de 270 unidades de vivienda. Tres vías de circulación longitudinal permitían la comunicación con los distintos barrios y con la zona funeraria y ceremonial que se encontraba en los farallones rocosos que limitan el asentamiento, por el norte y el sur. En la escarpa meridional los pobladores construyeron numerosas casas-tumbas conocidas como "chullpas", debajo de aleros, y otras sepulturas en oquedades rocosas tapiadas. Otro aspecto de carácter ceremonial fue la colocación de monolitos cilíndricos en la parte central del poblado. La excavación practicada por Lidia Alfaro en torno a éstos permitió registrar restos de ofrendas y huesos de la cabeza de camélidos. Este asentamiento tuvo un desarrollo prolongado desde por lo menos el siglo IX d.C., con el uso de bienes de filiación Tiwanaku, hasta el XVI y XVII, en la época de contacto con los incas y con los españoles.

El conjunto de asentamientos de Casabindo articulaba áreas agrícolas y pastoriles con zonas residenciales que compartían algunas modalidades con Doncellas. La producción mixta permitió sostener una población que se hallaba estructurada en tres núcleos poblados de posición estratégica, sobre mesetas o macizos elevados del entorno, denominados pucará de Tucute, Toraite y Ojo de Agua. Numerosos silos permitían organizar el consumo en el ciclo anual. Al este de Tambillos, hay huellas del camino prehispánico que atravesaba la Puna en sentido longitudinal dirigiéndose hacia la laguna de Guayatayoc, las Salinas Grandes y las cabeceras de los valles Calchaquíes.

Otro centro de desarrollo estuvo en Yavi, en el borde noreste de la Puna de Jujuy. En ese sector cruzado por los valles de Sansana, Yavi y Yavi Chico, verdaderos oasis en el desierto, se localizó un conjunto social que fue denominado cultura de Yavi por Pedro Krapovickas. Pero fue ésta la expansión más meridional de una entidad cultural extendida por el sur del altiplano boliviano y cuyo foco debió encontrarse en los valles de los afluentes puneños del río Pilcomayo. El pukara de cerro Colorado y el Pueblo Viejo de La Quiaca estaban localizados en puntos estratégicos. A partir de ellos la entidad social controlaba una amplia zona y, entre otros, el denso poblado de Yavi Chico, que se encontraba en el lugar más apto para el desarrollo de los cultivos.

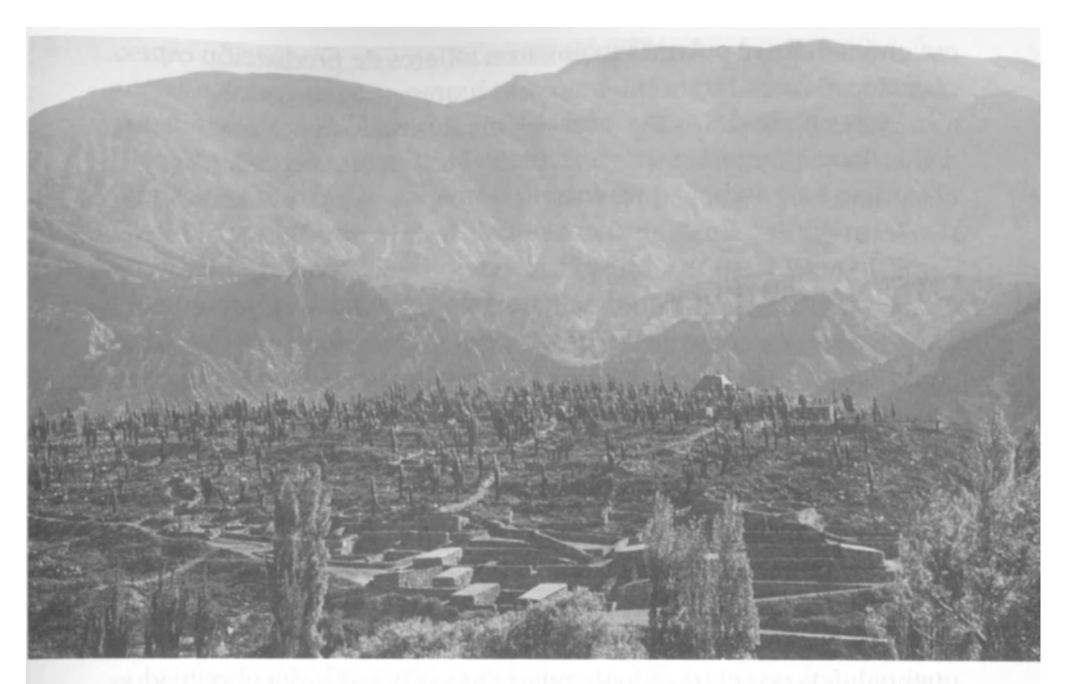
Desde el punto de vista ritual, se ha informado sobre el uso de una mesa altar en Yavi Chico en el interior de un edificio, y de monolitos en forma similar a La Rinconada y Doncellas. Por otro

lado, era una práctica extendida la incorporación de cerámica "matada" entre las ofrendas fúnebres, que consistía en abrir orificios en las bases de las vasijas. Son notables, además, los parajes con arte rupestre que combinaban signos grabados en bloques rocosos al aire libre y pinturas en abrigos en dos modalidades: figuras naturalistas de hombres y camélidos y guardas geométricas complejas, típicas de la cerámica de Yavi. La calidad de esta alfarería, que fue un bien de intercambio en una gran región, desde el Loa a Catamarca, la organización espacial del conjunto de asentamientos, y la variable riqueza en los ajuares mortuorios sugieren una organización sociopolítica con situaciones de especialización laboral y jerarquización social.

## Humahuaca y Tastil

En el ámbito de Humahuaca y quebradas subsidiarias se dio un largo proceso de evolución de las poblaciones hasta alcanzar, en los últimos cinco siglos antes de la entrada de los europeos, uno de los desarrollos sociales y políticos más complejos que ocurrieron en los Andes meridionales. La base de sustento fue un sistema agrícola y ganadero bien implementado, con medios como el regadío, el control de suelos y el uso alternado de pastizales de valle y de altura. La tecnología tuvo avances propios como en los textiles, la lapidaria, una fina industria del hueso y de la madera, la metalurgia y una producción cerámica caracterizada por diseños geométricos en líneas negras sobre un engobe rojo.

En la esfera política parece haber ocurrido un delicado interjuego entre situaciones de conflicto y de alianzas entre las distintas entidades que tuvieron su espacio en dicho ámbito, por lo que se han planteado varias hipótesis en cuanto a las formas de organización, aunque quedan muchas facetas por desbrozar. Con un patrón de poblamiento que articulaba los pukara en cerros y pueblos bajos sin defensas, desde donde se regulaba la producción agrícola y pastoril, había también unidades de viviendas distribuidas en las zonas de producción agraria. Tomando en cuenta las posibles cabeceras en función del tamaño y la distribución de las instalaciones residenciales, habrían existido tres grandes territorios sociopolíticos que implementaron distintas características materiales en el proceso de demarcación del poder. En la parte septentrional se levan-



*Panorámica del pukara de Tilcara, Jujuy.*

taron varios centros defensivos, como el pukara Morado y el de La Cueva en la quebrada de ese nombre, y en Humahuaca, los pukara de Rodero, Peñas Blancas, Calete, La Huerta, Campo Morado y dos núcleos que podrían haber estado articulados entre sí y revestir, por ende, una mayor importancia. Éstos son el pukara de Yacoraite, sobre la ribera del río, y Los Amarillos, al pie del llamativo cerro con formaciones geológicas de ese color. Para el mantenimiento de las poblaciones de ese sector, debió operar el sistema agrícola de Coctaca con sofisticadas instalaciones de cultivo e irrigación, además de la producción de fondo de valle.

Otro de los territorios fue el de Tilcara en la parte media de la quebrada, con un gran centro urbano reconocible como cabecera. Su dominio se habría extendido entre el angosto de Perchel, donde funcionaba un reducto defensivo de cumbre, y Purmamarca. En esta quebrada se desarrollaron el denso poblado de Ciénaga Grande, estudiado en la década del 40 por Alberto Salas, y hacia el norte, en Juella, otro poblado organizado internamente por callejuelas y agrupaciones de viviendas, en la quebrada homónima. Los grandes campos agrícolas de Alfarcito, al este de Tilcara, debieron proporcionar importantes excedentes agrícolas para el soporte de

esa entidad. En el pukara funcionaron talleres de producción especializada, de metalurgia entre otros, así como grandes corrales junto a la vega, al pie del cerro, probablemente usados para el cuidado de las llamas cargueras que sostenían el tráfico de mercaderías por el camino longitudinal que recorría la quebrada, y por otros senderos secundarios. En la primera mitad de este siglo, arqueólogos como Juan Bautista Ambrosetti, Salvador Debenedetti y Eduardo Casanova excavaron estos asentamientos, y ubicaron numerosas tumbas tanto en cementerios como en el interior de viviendas. Los adultos y los niños eran inhumados en cámaras subterráneas con tapa de piedras aunque, a veces, los párvulos también podían ser enterrados en vasijas de los estilos cerámicos Tilcara, Hornillos, Angosto Chico y La Poma negro sobre rojo.

En la parte meridional operaba un complejo social que ejercía su poder desde el elevado pukara de Volcán, asentamiento que en su máxima expansión albergó unos 400 recintos pircados. Desde el punto de vista arquitectónico se diferenciaba de otros pukara quebradeños por el trazado de una gran vía que dividía al poblado en dos mitades —septentrional y meridional— y que regulaba la circulación hacia el gran montículo ritual emplazado al occidente. Aunque la alfarería usada guarda correspondencias estilísticas con las producidas en Tilcara, había una mayor heterogeneidad de fabricación y se consumían vasijas alóctonas procedentes de Tastil y del alto valle Calchaquí, lo que induce a pensar que esta entidad habría actuado como pivote de interacción en los intercambios entre los grupos de la quebrada de Humahuaca y de otros valles.

De esta organización parece que dependían una serie de instalaciones residenciales subsidiarias en quebradas más húmedas, como en Tiraxi. En los valles orientales de las serranías de Santa Victoria y de Zenta, así como en el valle Grande de Jujuy, se desarrollaron asentamientos tipo pukara y numerosas terrazas pára agricultura, lo que ha sido interpretado como instalaciones de colonos que eran controlados o dependían de las cabeceras de Humahuaca, Tilcara y Volcán respectivamente. Sobre el final de la época prehispánica, el sistema político con cabecera en Tilcara parece que alcanzó un mayor predominio.

La quebrada del Toro, en la provincia de Salta, constituyó un espacio económico y social significativo durante el período tardío. Integrada por la quebrada homónima y la de Las Cuevas, desemboca en el valle de Lerma. El conjunto comprendía un gran

centro urbanizado, sito en Santa Rosa de Tastil, otros poblados de segundo y tercer orden como Morohuasi, Puerta de Tastil, Incahuasi y Las Capillas y centros agrícolas en las localidades de Potrero, Pie del Paño y Pie del Acay. Tastil fue una enorme aglomeración de viviendas de piedra que fueron investigadas por Eduardo M. Cigliano y Rodolfo A. Raffino en la década del 70. El cálculo dio algo más de 1.100 recintos en un área de 12 ha. El sistema de circulación se componía por cantidad de callejuelas de acceso a las viviendas y por algunas calles principales que conducían desde la entrada hacia el centro y hacia los espacios públicos que se presentan en forma de cuatro plazas abiertas, ubicadas en el sector central y norte.

Es interesante el patrón funerario de esta población, dada la asociación regular entre los lugares de vivienda y las sepulturas que se construían por medio de círculos de piedras adosados exteriormente al muro o en el interior de los patios. Mientras que la cerámica que acompañaba a los difuntos fue menos variada que en otros centros, estilísticamente estaba vinculada a la modalidad del santamariano de Cachi. Había también vasijas de otros estilos, tales como cuencos Poma negro sobre rojo, otros con el interior negro pulido y vasijas rojas engobadas, obtenidas en esferas de intercambio con la Puna, la quebrada de Humahuaca y el alto valle Calchaquí. En las ofrendas mortuorias abundaban las calabazas pirograbadas, así como diversos objetos de madera, hueso y metal. Una de las manufacturas importantes fue la textil.

La Puerta de Tastil ocupaba una posición estratégica en la unión de las quebradas del Toro y de Las Cuevas. Morohuasi se hallaba a 25 km y la estimación de trescientos recintos lo ubica en una posición intermedia entre el gran centro de Tastil y la Puerta. El tipo de agrupamiento y la densidad de viviendas plantean la existencia de grupos sociales heterogéneos y con actividades diferentes de las agrarias, en algunos sectores de la población. Si bien esta entidad sociopolítica poseía una producción agropecuaria local, su magnitud era reducida en relación con la demografía. Por eso es que ha planteado un aprovisionamiento extrarregional, llegado desde Lerma y de la Puna de Salta. De hecho, la posición del gran centro a la vera del camino que se dirigía a Cobres y a la Puna de Atacama destaca la importancia del sistema político en las redes de distribución de bienes y recursos entre las distintas zonas, como Volcán y La Poma.

## Calchaquí y Yocavil

La región de los valles Calchaquíes fue otro de los territorios de mayor complejidad sociopolítica. Allí establecieron los incas importantes instalaciones administrativas. Del mismo modo, a la caída de la capital cuzqueña, fue el principal escenario de las guerras contra el dominio español. A partir del extremo norte del valle Calchaquí había al menos once núcleos importantes de población, que combinaban los pucarás con poblados bajos, entre otros, Fuerte Alto de La Poma, pukara de Palermo, Payogasta, Cachi Adentro, El Churcal, Molinos y Angastaco. En la zona de Cachi Adentro, el poblado sobre meseta de Las Pailas controlaba el espacio agrario constituido por intrincados canchones y terrazas de cultivo, canales de irrigación y de drenaje. Sin embargo, la producción básica para el sustento de las poblaciones se efectuaba en la faja aluvial del fondo de valle que incluía, además, valiosos bosquecillos de



*Pukara de Quilmes restaurado, valle de Santa María, Tucumán.*

algarrobo y chañares. La cabecera de todo este territorio estuvo, al menos en la época inca, en el centro de La Paya que fuera excavado en 1906 por Juan B. Ambrosetti, con un registro de doscientos hallazgos, en su mayor parte cámaras funerarias, y el sector de Casa Morada en 1981, por Alberto Rex González.

En el espacio del valle de Santa María o Yocavil hubo un desenvolvimiento aun mayor, con el surgimiento de catorce núcleos con alta densidad de viviendas. Las quebradas de Tolombón y Pichao fueron intensamente ocupadas. En la primera el pukara dominaba el área agrícola desde un espolón muy escarpado y protegía la población baja que había ido creciendo al pie del cerro y que fuera investigada por Francisco de Aparicio y equipo en los años 40. A continuación se emplazaba el gran poblado de Quilmes, que según las fuentes tuvo bajo su control a once pueblos. Le seguían los núcleos residenciales fortificados de Fuerte Quemado, Las Mojarras y Rincón Chico. Estos centros se caracterizaron, como todos los emplazados en la sierra del Cajón, por la construcción de las viviendas en un cerro o espolón rocoso muy escarpado, lo que obligó a los habitantes a implementar verdaderas obras de ingeniería para alojar las viviendas en plataformas escalonadas y construir defensas contra los escurrimientos del agua de lluvia de carácter torrencial. Desde esos focos, se articulaban diversas unidades domésticas de carácter rural, así como talleres artesanales. Esta modalidad estaba muy desarrollada en la franja occidental del valle de Yocavil. Río arriba, en el valle del Cajón hubo también asentamientos aglomerados, destacándose, por su gran tamaño, el pukara de Famabalasto.

La formación geológica de las serranías proporcionaba buenos materiales para la construcción de viviendas (lajas de filitas grises, canteras de cuarzo blanco y de feldespato rosado). Bloques de estas tres rocas se imbrican en la construcción de las paredes del área pública y residencial de Rincón Chico, Las Mojarras y Quilmes, poniendo de manifiesto en la arquitectura los tres colores del estilo santamariano, con su profunda carga simbólica.

En el lado oriental del valle se destacaban dos poblaciones en altas mesetas; la principal fue la Loma Rica de Shiquimil y la de segundo orden, la Loma de Jujuil. El trazado de estos poblados gemelos era, por su emplazamiento, en damero más regular, con una vinculación estrecha entre los conjuntos residenciales. La Loma de Shiquimil abarca unos doscientos recintos, dos espacios públi-



*Cerro y pukara de Rincón Chico, valle de Santa María, Catamarca.*

cos en forma de plaza ubicados al oriente —a la salida del sol— y al poniente, y una calzada que divide el poblado en dos partes, oriental y occidental. Otros núcleos más reducidos se dieron en Yasyamayo, Amaicha y Masao hacia el norte y en Ampajango y Pajanguillo en el extremo sur. También se articulaban casas dispersas en el ámbito agrario con agua corriente, como en Caspinchango, Andalhuala y Entre Ríos, en los cuales se han hallado numerosos lugares mortuorios.

En el extremo meridional de los valles, el gran fuerte del Mendocino controlaba la entrada y cerraba la frontera de las entidades sociales santamarianas. Hacia el este, en el valle de Tafí, San Pedro de Colalao y Salí, existen restos de habitaciones y cementerios de urnas santamarianas que sugieren un control de estos espacios productivos desde el eje vallisto. Si bien el panorama sociopolítico preincaico fue muy complejo, es posible que en el ámbito del poder hayan funcionado tres o cuatro organizaciones con una cabecera principal y otra secundaria, como la de Tolombón y Pichao, Quilmes y Las Cañas; y en la parte meridional del valle

Yocavil, al menos dos estructuraciones políticas: una al oriente con la Loma Rica de Shiquimil como cabecera y la otra en el occidente, con el núcleo principal en Rincón Chico. En el Cajón habría funcionado la entidad sociopolítica con cabecera en Famabalasto y un énfasis en la explotación ganadera de la alta cuenca. Es probable, también, que en vísperas de la conquista inca hayan alcanzado un mayor grado de integración a través de un tipo de organización federativa jerarquizada como la que existió entre los aymara.

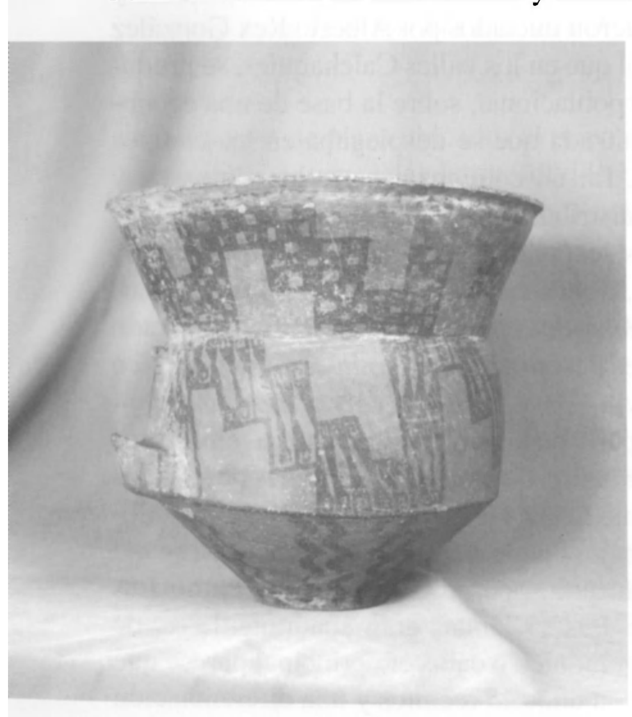
## Belén y su área de influencia

Más al sur vivían otros pueblos, afines con los de Yocavil por sus costumbres y su lengua, el cacán. Sus restos materiales son conocidos como cultura Belén. El centro principal estuvo radicado en el valle del río Hualfín, y extendieron su influjo por el oriente algo más allá de Andalgalá y hacia el occidente, por el valle de Abaucán. Los estudios destinados a excavar los asentamientos y fechar las ocupaciones fueron iniciados por Alberto Rex González a partir de los 50. Al igual que en los valles Calchaquíes, se produjo un sensible desarrollo poblacional, sobre la base de una economía agrícola-pastoril avanzada que se desplegaba en los campos de Azampay y en otros. En un comienzo, entre los siglos IX y X d.C., la población se distribuía en pequeños núcleos constituidos por grandes recintos rectangulares de anchos muros y otros más pequeños adosados, donde habrían residido varias familias. Por esa razón se suele hablar de "casas comunales". En su trazado son semejantes a unidades descriptas para Quilmes, Rincón Chico y otros núcleos de Yocavil.

Avanzado el período, parte de la población se agrupó en centros ubicados en la cúspide de cerros o en mesetas con fines defensivos —tipo pucará— tales como Loma Negra de Azampay, cerro Colorado de la Ciénaga de Abajo, Puerta de Corral Quemado y Eje del Hualfín. Con menor jerarquía, operaban otros sitios como Las Manzas, al sur del valle. Las viviendas eran cuadrangulares, de pirca doble. El centro hegemónico o cabecera principal parece que fue la Loma Negra que, con unos 45 recintos y una diferenciación funcional de las habitaciones, superaba sensiblemente en tamaño y calidad al otro centro de Hualfín.

El desarrollo económico y sociopolítico les posibilitó expandir su influencia en el entorno social, con mayor énfasis en el valle de Abaucán. En dicho ámbito, una economía agropecuaria plena permitió mantener una densidad de población que se instaló en las fajas fluviales de la cuenca formando grupos de aldeas dispersas, verbigracia las zonas de Copacabana y Barranca Larga. A mitad del período, se desarrollaron centros poblados sobre terrazas o cerritos elevados, como Guanchín y Mishma. Próximos a los asentamientos, se ubicaban los cementerios con sepulturas de individuos adultos, mientras los niños pequeños eran colocados en urnas cerámicas de estilo local o con influencias de Sanagasta. El dominio político de Belén dejó sus huellas tanto en los asentamientos de Tatón, Mishma y Batungasta, como en la iconografía cerámica.

Otra probable extensión de la organización Belén ocurrió en Antofagasta de la Sierra con la habilitación de núcleos como el pucará de La Alumbrera y Coyparcito, donde el énfasis se habría dado en la explotación ganadera y la extracción de minerales de la Puna. Ese centro de intercambio y almacenamiento habría proseguido en funcionamiento durante el Belén-inca. Hacia el este, la influencia de Hualfín se extendió al bolsón de Andalgalá. Con un desarrollo autónomo y una tendencia a la expansión hacia otras regiones, la organización de Belén mantuvo relaciones a distancia con Yocavil en una situación de relativo equilibrio, aunque por momentos habría predominado el poder de Yocavil. Los incas construyeron instalaciones imperiales de primer rango, como



*Urna para niños, negro sobre rojo, cultura Belén. Valle de Hualfín, Catamarca.*

Shincal, y en la época de guerras contra los europeos fue uno de los núcleos diaguitas resistentes, sobre todo en el segundo período de las rebeliones, en tiempos de Chelemín, hacia 1636.

## Núcleos de Sanagasta y Angualasto

En ambientes serranos de La Rioja, se desenvolvieron, entre los siglos X y XV d.C., poblaciones en estrecha relación con las contemporáneas de los valles de Hualfín y de Abaucán. Así lo testimonian los numerosos cementerios de párvulos, como los excavados por Eric Boman en San Blas de Los Sauces y en Talacán, donde se usaron vasijas locales de estilo Sanagasta junto con otras de Belén. Otro territorio estuvo ubicado en la cuenca del río Salado, al oriente de la sierra de Famatina, en localidades como Chilecito y centros de tipo defensivo como el pucará del Medio y el de La Puerta, a los que servían de sustento la agricultura en las fajas aluviales con irrigación, la ganadería y la caza. Es posible que la explotación minera haya estado desarrollada en la sierra homónima y que luego fuera amplificada en su escala de producción durante la dominación inca, como indicarían los socavones mineros y los restos de pircas observados por Guillermo Rohmeder y Juan Schobinger en Real Viejo.

Otro proceso ocurrió en la cuenca del río Vinchina, al oeste de la provincia. Las poblaciones construyeron pucarás sobre cerros de difícil acceso como en La Troya, El Carmen y El Toro, y también pueblos bajos en la modalidad constructiva de paredes de barro que caracterizó a esa región con extensos barriales sin piedras. Esa técnica se usó en El Pedregal y Guandacol, y se continuó hacia el sur, en los valles preandinos de San Juan. El de mayor magnitud fue el poblado de Angualasto, ubicado en la margen derecha del río Jáchal, que llegó a extenderse por una superficie de 4 $km^2$. Los restos de habitaciones rectangulares, con un largo pasillo de ingreso y gruesas paredes de tapia, indican una población grande, de mayor densidad que la que existía a comienzos del siglo, cuando estuvo Salvador Debenedetti. Había otras estructuras más grandes al norte, al centro y al sur del sitio, con una gruesa capa de guano. Estos corrales debieron servir de lugar de reposo y de recambio de las llamas "cargueras" en su tránsito hacia el sur y el occidente. Los silos de almacenaje eran subterráneos con techo de

caña y totora, similares a los que estaban en uso a comienzos del siglo XX. El mismo tipo de asentamiento con paredes de tapia se extendió aguas arriba en la localidad de Chinguillos y aguas abajo, en Pachimoco.

Los niños pequeños eran inhumados en cántaros globulares o en grandes cuencos decorados en el estilo Angualasto o Jáchal negro sobre rojo. En cuanto a los adultos, las formas de entierro fueron variadas, y muestran diferencias en el comportamiento ante la muerte. Se descubrieron "osarios" sobre la barranca del río, entierros individuales o múltiples, en posición flexionada o extendida, en fosos directos en la tierra sin ofrendas, o en forma de fardos funerarios, en el interior de estructuras funerarias cuidadosamente construidas en la tierra, como la "momia de Angualasto". El ceremonialismo de estas sociedades se expresó también en el arte rupestre grabado en bloques rocosos aislados o en los "campos de petroglifos" como en Campanas y Cañón Seco, en el departamento de Famatina y en Talampaya. Los diseños no figurativos de motivos curvilíneos son similares en los tejidos y en la cerámica Sanagasta. Otra modalidad se manifestó en Conconta, con la realización de figuras antropomorfas con tocado en forma de tumi o ancla, adorno ampliamente difundido entre las sociedades guerreras de la época.

Un activo comercio parece haberse dado con otros valles andinos, como Belén, Abaucán y Andalgalá en la vertiente oriental, y con los valles de La Serena y Copiapó, en la vertiente pacífica. De esa última región llegaban vasijas de estilo Copiapó y valvas marinas, como caracoles (*Concholepas* sp.) y bivalvos (*Pecten purpuratus* y *Semele* sp.) lo que sugiere un desarrollo poblacional y social de niveles muy similares a otros lugares del Noroeste.

La envergadura y complejidad estructural de los grandes asentamientos del Noroeste argentino como Tilcara, Tastil, La Paya, Quilmes y Azampay permiten plantear la existencia de centros urbanizados donde vivía gente de elite y del común, así como grupos de artesanos que producían bienes de prestigio muy apetecidos por otros grupos. La organización de la vida urbana se manifestó, entre otros rasgos, en la preparación de lugares específicos para alojar la basura producida diariamente por la población, según distintos barrios, tal como ha sido estudiado en el pucará de

Tilcara. Por otro lado, la posición de muchos de ellos en altos riscos o mesetas de difícil acceso, o con un único ingreso como el caso del pucará de La Rinconada en Jujuy, sugiere un sistema de control social pautado y estrategias defensivas ante la eventual penetración de otras sociedades en conflicto.

## LA PRODUCCIÓN ESPECIALIZADA Y LOS ESTILOS REGIONALES

El desarrollo artesanal, de larga data en el Noroeste, había alcanzado niveles de excelencia en la producción de útiles y de bienes suntuarios antes del arribo de los incas. La formación de "especialistas" estuvo vinculada al proceso metalúrgico, la tejeduría y la fabricación cerámica, entre otras manufacturas. Sin embargo, en las sociedades prehispánicas estos productos no pueden ser evaluados exclusivamente desde una perspectiva económica y tecnológica, dado que una parte importante de los bienes producidos estuvo encaminada a usos ceremoniales y de elite, hecho que promovió el surgimiento de estilos artísticos regionales muy estructurados. No hay que olvidar que fundir, entre otros procesos tecnológicos, debió ser considerado como un acto mágico y fuertemente creativo, imbuido de una carga simbólica considerable. A través de la manipulación humana, por parte de trabajadores especializados, se transformaron sustancias naturales, como los minerales y los combustibles, en productos de alto valor cultural, los bienes metálicos.

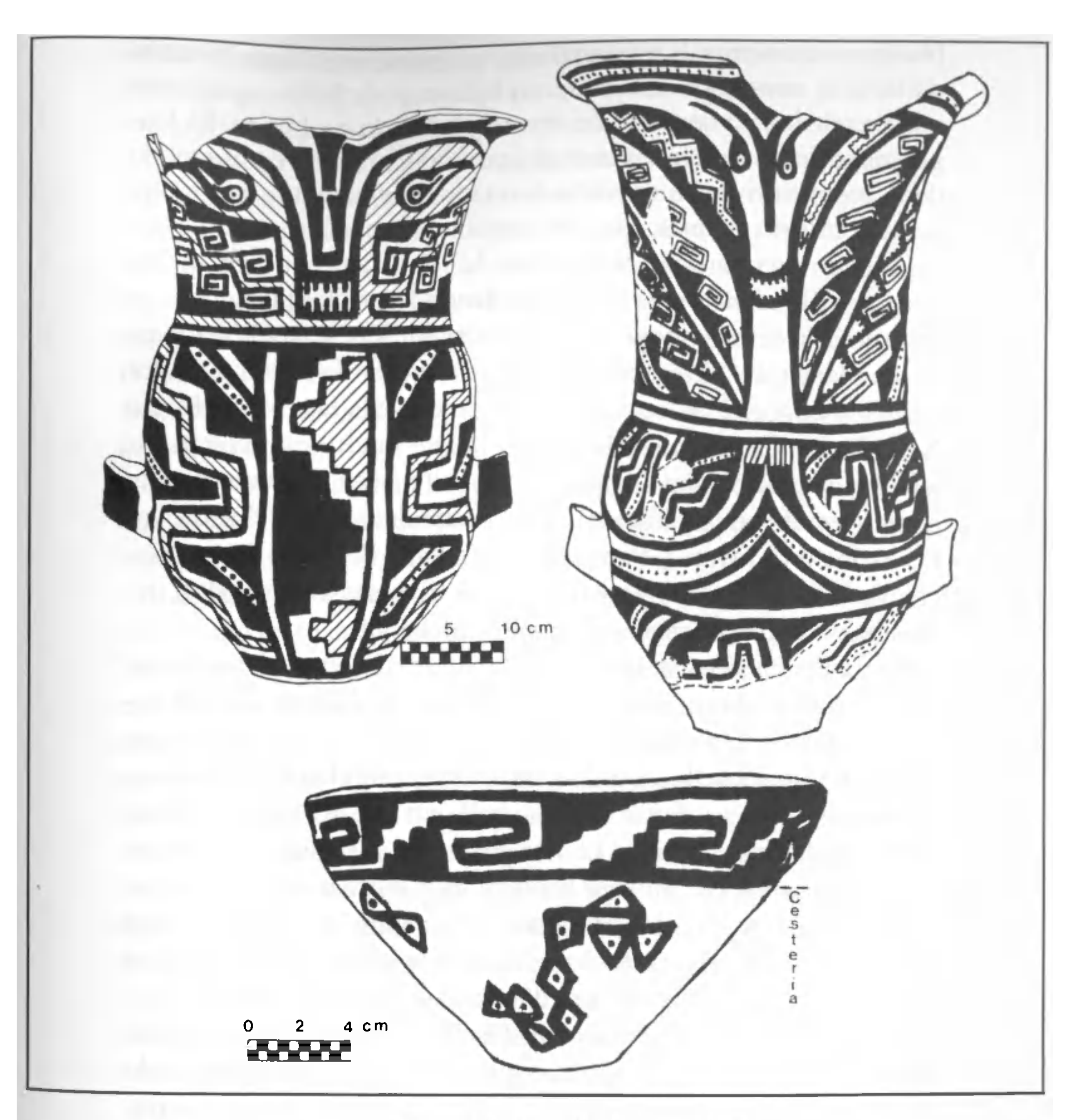
Debió existir una forma de organización desde el poder político que regulaba la obtención, el transporte y la provisión de insumos, tales como el combustible, los fundentes y los minerales para la metalurgia. Las sociedades de los valles Calchaquíes y de Hualfín explotaron hábilmente vetas de mineral de cobre, estaño, plata y oro. Uno de los focos de extracción fueron las sierras de Capillitas y de Atajo en Catamarca, y Famatina en La Rioja, sin desdeñar otros filones más pequeños. Los talleres metalúrgicos que funcionaron en los valles, como los de Rincón Chico en Yocavil, permiten inferir diferentes facetas y fases de la producción metalúrgica en una escala superior a la doméstica. La aleación de bronce de buena calidad, además del oro y la plata, se usó para la obtención de objetos suntuarios y de ornamento corporal, tales como braza-

letes, anillos, colgantes, pinzas depilatorias y campanillas. También se producían herramientas para trabajos especializados, como hachuelas y variados tipos de cinceles para el repujado y la talla de la madera.

Un singular estilo quedó plasmado en las placas y campanas metálicas de Santa María y Belén. La decoración con ofidios (serpientes bicéfalas) y chinchillones, en combinación con caras humanas, fue predominante, así como las figuras de guerreros con grandes escudos. Avanzado el período y durante la dominación inca, se centralizó en la representación de cabezas humanas cercenadas, prosiguiendo su fabricación inclusive durante la época colonial temprana. El complejo ceremonial, probablemente vinculado a sacrificios humanos y de animales, se completaba con hachas que en su mango llevaban grabados de grecas y rostros. Como lo ha señalado Alberto R. González, esas sociedades pusieron la artesanía al servicio del ritual guerrero y religioso. Se hacían además hachas con alvéolo para enmangar y hachas T con orejas. Otro artefacto notable fue la manopla o empuñadura de bronce, cuya función habría sido la de tensor del arco. Algunas veces eran simples, en otras llevaban una porción saliente que podía estar decorada con grecas, escalerados o con dos siluetas zoomorfas y unas protuberancias en su parte superior.

La producción cerámica se diversificó cubriendo, mediante formas específicas, distintas funciones tales como las actividades culinarias, de almacenaje, servicio de vajilla para alimentos y bebidas, y vasos para fines rituales o funerarios, así como vasijas de elaborado diseño para la inhumación de niños pequeños en Santa María y Belén.

El arte santamariano, que tuvo su clímax en el valle de Yocavil, se expresó en distintos soportes, pero sobre todo fue en la cerámica donde se plasmó un complejo juego de imágenes. El estilo es muy conocido debido al alto número de urnas y pucos existentes en colecciones y, en segundo lugar, por el grado de estandarización del patrón formal e iconográfico. Decoradas en negro y rojo, o sólo con líneas negras, sobre un fondo blanco, se componen de tres partes formales: una base tronco-cónica, un cuerpo globular y un cuello evertido que posee siempre la representación de una cara antropomorfa que se desdobla en ambos lados de la vasija. El arco de las cejas, los ojos oblicuos y la boca, así como los brazos en el vientre del recipiente, podían ser aplicados en relieve o pintados.




*Urnas y cuencos Santa María, valle de Yocavil, Catamarca.*

Los paneles que crean la trama del diseño tripartito combinan líneas paralelas o angulares con motas negras, triángulos o rombos, escalonados con volutas y grecas con motivos figurativos. Entre los zoomorfos sobresalen el grácil ñandú o *suri* en actitud de correr, el sapo y la serpiente en forma de S con dos cabezas (*anfisbena*).

Las figuras humanas que suelen aparecer en el cuello están provistas de largas túnicas o cubiertas por grandes escudos. Es posi-

ble que estos temas hayan actuado más como metáforas visuales de ideas o conceptos del mundo religioso y simbólico que como representaciones naturales de seres del mundo biológico. El lenguaje pictórico de este estilo es abigarrado y cerrado, en el sentido de la repetición de un universo limitado de elementos de diseño; pero al mismo tiempo, éstos se combinan en diversas unidades sugiriendo una participación activa de los artistas en la creación de nuevos modos, lo que fue produciendo un paulatino cambio en su seno. El reconocimiento de ese proceso llevó a investigadores de la década del 70 a proponer seis fases estilísticas, con valor cronológico, desde la fase 0, la más antigua, a la fase V en el siglo XVI. Sin embargo, la doble modalidad en que se estructuran los temas y la gran variedad en su distribución espacial (que permite reconocer además de Yocavil, otras tradiciones en Calchaquí, Valle Arriba o Cafayate y Pampa Grande-Santa Bárbara) deben trascender la mera cronología y representar diversas inclusiones y exclusiones sociales dentro del mundo calchaquí.

En la época final del santamariano circularon y se asociaron otros estilos en las ofrendas funerarias de ciertas personas del valle meridional. Uno de ellos fue el Yocavil bicolor y policromo (negro y rojo sobre blanco). Se caracterizó por elementos geométricos y figurativos. Entre éstos se halla un ave estilizada vista de perfil con las alas abiertas. El otro grupo fue el Famabalasto decorado en negro sobre un rojo brillante con motivos de "manos" o triángulos y líneas rectas, entre otros elementos. En ambos se han señalado similitudes, tanto en su excelente manufactura como en los motivos, con la alfarería tardía de Santiago del Estero.

El otro gran estilo de época fue el Belén. Las urnas y los cuencos que le servían de tapa están decorados en negro sobre un fondo rojo morado, que puede estar bruñido. Las primeras son vasijas de ancho cuello y de poca altura que se caracterizan por un contorno compuesto por tres secciones: una base en cono, un cuerpo ovoide y un cuello evertido, a los que corresponden igual número de paneles horizontales con motivos geométricos de líneas onduladas en la base, y de triángulos, espirales, escalonados, losanges encadenados o dameros en las otras dos. En el registro central, o vientre de la urna, podían desplegarse dos representaciones de la serpiente, con una cabeza y dos colas, con dos cabezas y cuerpo en S o en forma de greca y tres cabezas; o podía estar ocupado por una cara de rasgos humanos, modelada con cejas, nariz y ojos por

medio de tiras de arcilla en altorrelieve. En su mayoría, los diseños centrales eran remarcados en su contorno por una gruesa línea grabada. Las escudillas que se usaban como tapa de las urnas o para otros fines rituales solían llevar, en su cara interna, la representación de batracios o de mamíferos de larga cola y cabeza triangular, coronada a veces por dos apéndices en voluta (chinchillones).

El arte cerámico de Abaucán compartió rasgos con el Belén pero mantuvo diferencias en la particular configuración de diseño y en la forma. Las urnas funerarias solían llevar, al igual que los otros dos estilos, caras antropomorfas en relieve. El diseño en líneas negras, sobre un fondo blanquecino, se compone de reticulados, bandas festoneadas, banderines o triángulos concéntricos, volutas dobles en S y cheurones (serie de V), elementos que muestran reminiscencias de la cerámica Sanagasta.

Las fibras de vegetales como la cortadera, el junco y el "chaguar" sirvieron para tejer varios tipos de recipientes en cestería. Del valle de Santa María, del Cajón y de Abaucán proceden bellos cestos con diseños geométricos hechos con lanas de varios colores o con series de figuras de camélidos. De igual modo la tejeduría en lana de camélidos debió estar muy desarrollada, a juzgar por algunos textiles conocidos que llevan guardas con grecas. En madera circularon varias clases de instrumentos utilitarios tales como los "cuchillones" y las palas para tareas textiles, así como otros vinculados con rituales, como las tabletas para la absorción de polvos alucinógenos que fueron talladas en forma de animales, como el quirquincho, o con uno a tres personajes en el mango. Era común la decoración de mates o calabazas mediante la técnica de pirograbado por medio de motivos geométricos o con el típico tema de la serpiente bicéfala, figuras con escudos o rostros antropomorfos y volutas en técnica negativa.

Las expresiones de Belén y Santa María, más allá de sus particularidades, estaban cargadas de un similar simbolismo materializado en una iconografía que se centraba en la figura humana y tenía como acompañantes seres del mundo biológico, como los ofidios, el sapo, el suri y otras aves. Constituyen el más acabado ejemplo de la generación de estilos de época de amplio alcance que, por su mensaje o narrativa tan cristalizada, eran usados por parte de grupos sociales como vehículo de expresión y reproducción de contenidos ideológicos y como forma de apropiación de la

cosmovisión institucionalizada en una de las regiones del Noroeste argentino de mayor desarrollo político y social.

El arte en Sanagasta y Angualasto dejó de lado el carácter figurativo; mantuvo, en cambio, el uso de símbolos abstractos similares a los utilizados en Belén y agregó otros nuevos, como el motivo del "helecho" o línea con doble escalonado, los triángulos y volutas. Las vasijas son de forma ovoide, con pequeña base y dos asas horizontales. De pasta rojiza, han sido decoradas en negro y rojo sobre blanco, o tan sólo con dibujos negros sobre el fondo blanquecino o natural. El diseño se estructuraba en uno o dos paneles por cada campo decorativo mientras que fajas lisas y angostas se intercalaban marcando el ritmo de repetición. Los registros podían estar compuestos por un solo motivo, como rayas o bandas rectas, onduladas o festoneadas, reticulados en "losange" o escalerados; o uno de ellos se conformaba por bandas oblicuas dentadas o en festón y el otro por una serie cheurones de contorno escalerado, triángulos dentados o con volutas simples o dobles. Los cuencos que acompañaban a las urnas como tapa, son similares en pasta y llevan una decoración pintada, análoga a la de las urnas de la misma clase. Las asas de las escudillas son mamelonares y los pequeños cubiletes que solían acompañar al párvulo como ofrenda se particularizaban por hileras similares de pitones cónicos que remarcan la división de las guardas.

La quebrada de Humahuaca y la Puna norte fueron el espacio de circulación de estilos de composición geométrica depurada, que en el caso de la cerámica es de dos colores, negro sobre un engobe rojizo morado o con el agregado de blanco. Característicos jarros con cuello evertido, cántaros ovoides, ollitas y escudillas de varios tamaños cubrían el conjunto de funciones tanto prácticas como ceremoniales. El registro en paneles verticales rellenos con reticulados o cheurones, triángulos espiralados o con proyecciones de rayas, a los que se conoce como el motivo de manos y escalerados triangulares, constituyen los elementos de diseño básicos que se combinaban de varios modos por traslación, rotación y simetría bilateral.

Tradicionalmente se han reconocido aquí dos modalidades estilísticas, el Hornillos y el Tilcara negro sobre rojo, que fueron en gran medida sincrónicas. Otra clase muy singular fue el Poma negro sobre rojo, dado que se compone tan sólo de escudillas convexas, muy bien decoradas en la superficie externa por anchas

bandas curvilíneas de trazado continuo. De amplia popularidad en la parte media de la quebrada (están presentes en el 50% de las tumbas del pucará de Tilcara) se distribuyeron por el tramo meridional, así como en Tastil y en La Poma, alto valle Calchaquí. Debieron desempeñar un papel socialmente emblemático, al mismo tiempo que cumplían una función práctica específica como recipiente para beber chicha y como tapa de los cántaros contenedores de la apreciada e imprescindible bebida en distintos eventos sociales.

En la zona de Yavi y en los territorios vecinos de Bolivia (Chichas) se gestó otra tradición cerámica que produjo en épocas tardías una bella alfarería, de excelente manufactura, con una pasta rosada homogénea. El estilo Yavi policromo incluye entre sus formas botellones con caras modeladas en el cuello, cántaros con dos asas tipo baldes, y escudillas, decoradas con líneas negras sobre superficie beige o anaranjada o sobre un engobe rojo morado, con motivos de triángulo espiralado en diversas combinaciones o con área de dibujos en forma arriñonada, rellenos con reticulados o pintados con línea llena.

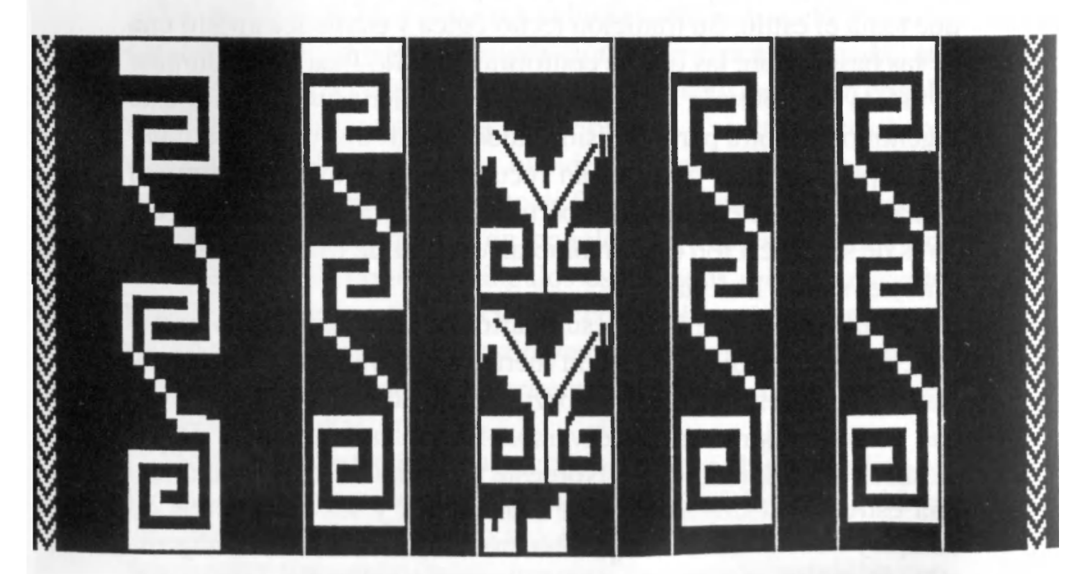
El arte rupestre regional muestra vinculaciones estilísticas con esas manifestaciones. La alfarería Yavi circuló en amplias regiones, en el valle de San Juan Mayo, Lípez y aun en Atacama y el alto Loa, Chile, lo que indica el prestigio y el valor de circulación que tenía el estilo. Su tradición tecnológica y estilística aportó una de las bases sobre las que se conformó el estilo Inca Paya, durante la esfera de dominio incaico sobre las sociedades del Noroeste argentino. Por otra parte, las similitudes de los diseños de las calabazas pirograbadas que se han recuperado en la Puna permiten visualizar una selección del repertorio iconográfico y diversas esferas de significación que involucran el norte de Chile y la Argentina y el sur de Bolivia.

La elaboración de bienes suntuarios o de prestigio y la emergencia de estilos distintivos con fuerte carga simbólica, como es el caso de la representación de cabezas cercenadas, y que se expresaban en soportes materiales diversos, fueron características de los desarrollos regionales en el Noroeste argentino. Existió, sin duda, una estrecha vinculación entre esos bienes y los fenómenos de complejidad social que requerían mecanismos, como la imposición de estilos e instituciones religiosas formalizadas, que sirvieran a los intereses de las elites dominantes contribuyendo a la con-

solidación del poder político en el interior de los grandes conjuntos sociales. Esos bienes también se constituyeron en medios de intercambio de alto valor, que llegaban a circular a grandes distancias, tal vez en la medida del prestigio que tenían para otras elites del mundo sudandino y sus fronteras. Un caso sobresaliente de estos fenómenos fue la circulación del estilo santamariano desde Perú (Cuzco) y Bolivia (Cochabamba) hasta la Patagonia central durante el siglo XVI.

## VESTIMENTA Y JERARQUÍA

La vestimenta puede usarse, además de sus utilidades funcionales, para indicar signos cruciales en las interacciones sociales como género, rango u oficio, así como pertenencia étnica. Los ítem de uso personal actúan como símbolos en la comunicación debido a que son visibles desde la distancia, en contextos sociales grandes como los centros poblados que existieron en todos los Andes meridionales. En la sociedad andina la ropa fue un medio apropiado para los despliegues de ostentación, a través del acceso diferencial a la calidad y el tipo de textiles que podían usar las distintas personas, y fue soporte para la expresión de aspectos simbólicos



*Diseño de un paño con cinco guardas verticales, Lorohuasi, Tinogasta, Catamarca. Dibujo de Susana Renard.*

muy importantes como los conceptos de dualidad, tripartición y cuatripartición.

En el Noroeste argentino se dio un largo desarrollo de la producción textil, de varios miles de años. Las evidencias tardías provienen de lugares con especiales condiciones de preservación como los sitios puneños de Santa Catalina, San Juan Mayo, Sorcuyo, Sayate, Doncellas y Casabindo en Jujuy, y los valles muy secos del occidente de San Juan. En menor proporción han aparecido en valles como Tilcara, Tastil, Santa María, Belén y Chaschuil e inclusive en la ceja de selva, en El Talar.

La indumentaria se componía de camisas o túnicas (*unku*), ponchos o mantas, gorros y fajas, realizados en telar, mediante la técnica de faz de urdimbre en lana hilada de camélidos, en su gran mayoría. Las túnicas eran piezas rectangulares, dobladas por la mitad y cosidas a los costados, dejando una abertura para la cabeza y para los brazos. Su tamaño era bastante regular, entre 1 m y 1,20 m de largo, desde el hombro hasta el ruedo. Para lograr diseños recurrieron al uso de urdimbres transpuestas, de color rojo y azul, que formaba cuñas. En otros casos llevaban bordados multicolores en los laterales y en el extremo inferior, correspondiente al ruedo, en franjas de motivos geométricos. Los ponchos, en cambio, no se cosían a los costados, a fin de usarlos como manto exterior, por encima de la camisa. Eran lisos o con guardas. También había ponchos "peludos" que imitaban la piel de los camélidos, sumamente abrigados para las travesías por los gélidos ambientes del altiplano. Ante la falta de bolsillos, se usaban pequeñas bolsas (chuspa), con tiras que se colgaban del cuello.

Por testimonios del siglo XVI se sabe que el vestido era similar en los diaguitas como en los humahuaca y los chicha, y variaban los estilos de representación. Entre los calchaquíes, los hombres usaban manta y camiseta larga hasta los tobillos. Cuando iban a la guerra, la levantaban con una faja ceñida a la cintura. Acostumbraban a llevar los cabellos largos, sujetos con vinchas de lana adornadas con plumas de colores y se cubrían el rostro con pinturas faciales. Usaban, además, pinzas depilatorias de cobre. Las mujeres vestían igualmente túnicas largas, que en el caso de las doncellas eran de colores. Se arreglaban el cabello por medio de diversas formas de trenzas anudadas con cordeles o cintas de colores. Un buen ejemplo es el peinado de trenzas con moño que muestra la "urna Quiroga" del Museo Etnográfico de Buenos Ai-

res. Las personas, según la jerarquía social, podían portar diversos adornos de metal —aretes y placas con motivos de serpientes, escutiformes y cabezas cercenadas— así como collares de turquesa, malaquita o madreperla. Las inclusiones y exclusiones étnicas se extendían a la biología a partir de la moda de deformar la cabeza a los niños, por medio de tablillas móviles o por bandas circulares, como en Jujuy, o mediante una cuna deformadora como era costumbre en los valles Calchaquíes.

El formato de los sombreros podía variar según las regiones. Tanto de la Puna como de los valles andinos se conocen tipos de boina, tejidas por anudado, y a veces adornadas con un penacho de plumas. En Jujuy se usaban también gorros que constan de un casquete tejido y una corona de paja forrada de piel, al modo de los pueblos de Atacama. Una rareza es un sombrero con copa y ala publicado por Lehmann-Nitsche, que fue confeccionado con capullos de insectos, posiblemente de cigarras.

El atavío se completaba con el calzado típico de la región, las sandalias u "ojotas" de cuero curtido. La suela de los dos pares que tenía la momia de Angualasto, además de estar pintada de rojo, estaba bellamente decorada mediante repujado con el mismo motivo de volutas de la camisa que llevaba puesta. Es interesante que las sandalias muestran huellas de uso y no son meras ofrendas mortuorias. El personaje de atuendo tan importante debió cumplir alguna función ceremonial destacable, durante la cual se ataviaba con la vestimenta que expresaba y remarcaba su especial jerarquía.



*Sandalia de cuero y suela repujada de la Momia de Angualasto, La Rioja.*

Entre otros aspectos, las categorías sociales jerarquizadas del Noroeste argentino se expresaban a través

de la calidad de los tejidos así como por la abundancia y riqueza de los ajuares mortuorios que se exponían en el momento de la inhumación del difunto en estructuras funerarias que se abrían reiteradamente para alojar a otros individuos de la misma estirpe. Otras formas de expresión son las representaciones de personajes vestidos en las urnas Santa María y en pinturas rupestres como las de Carahuasi en Salta, y Rinconada, en Jujuy. Por otro lado, las figuras de personajes portando grandes escudos o petos decorados que les cubrían enteramente el cuerpo sugieren una actividad guerrera institucionalizada. Estos escudos protectores debieron ser de cuero o de tejido grueso. Las armas básicas eran el arco y la flecha, además de hondas, rompecabezas y lanzas. Las distintas parcialidades se distinguían por la decoración y las plumas de sus flechas.

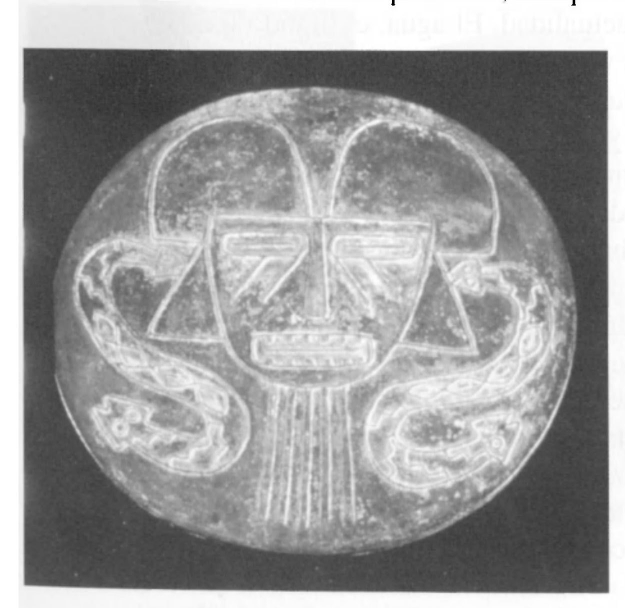
## SOCIEDAD Y RELIGIÓN

Las sociedades andinas concebían al paisaje como algo vivo, animado por las fuerzas sobrenaturales. Las montañas y los altos cerros, llamados *apu* en quechua y *achachila* en aymara, han ejercido una influencia sobre las comunidades cercanas durante milenios, que sigue en la actualidad. El agua, el líquido fundante de la actividad agrícola, es vista como corriendo desde los lagos y vertientes de la alta montaña para eventualmente llegar al mar, desde donde sube al cielo y desde allí es vuelta a distribuir como lluvias estacionales que bañan los cerros sagrados, objeto de veneración de las comunidades. Con esa concepción se vincula la noción de pukara, que debía ocupar un lugar elevado para establecer la relación con los antepasados y con la fertilidad de las tierras de sembríos o chacras. El calendario agrícola requería la predicción de los ciclos anuales de lluvias y del crecimiento de las plantas. Desde larga data se observaban los cambios en las condiciones terrestres, en correlación con modificaciones en los aspectos del cielo, en particular, la Vía Láctea o "río celestial", y el movimiento de cuerpos celestes, como el Sol y la Luna. Entre las ricas supervivencias de la cosmología prehispánica, la más extendida es la veneración por la *Pachamama* (madre tierra) a quien se le ofrendan hojas de coca, alcohol y otros bienes, de acuerdo con el ritual y la plegaria que a ella se eleva, tanto en vinculación con

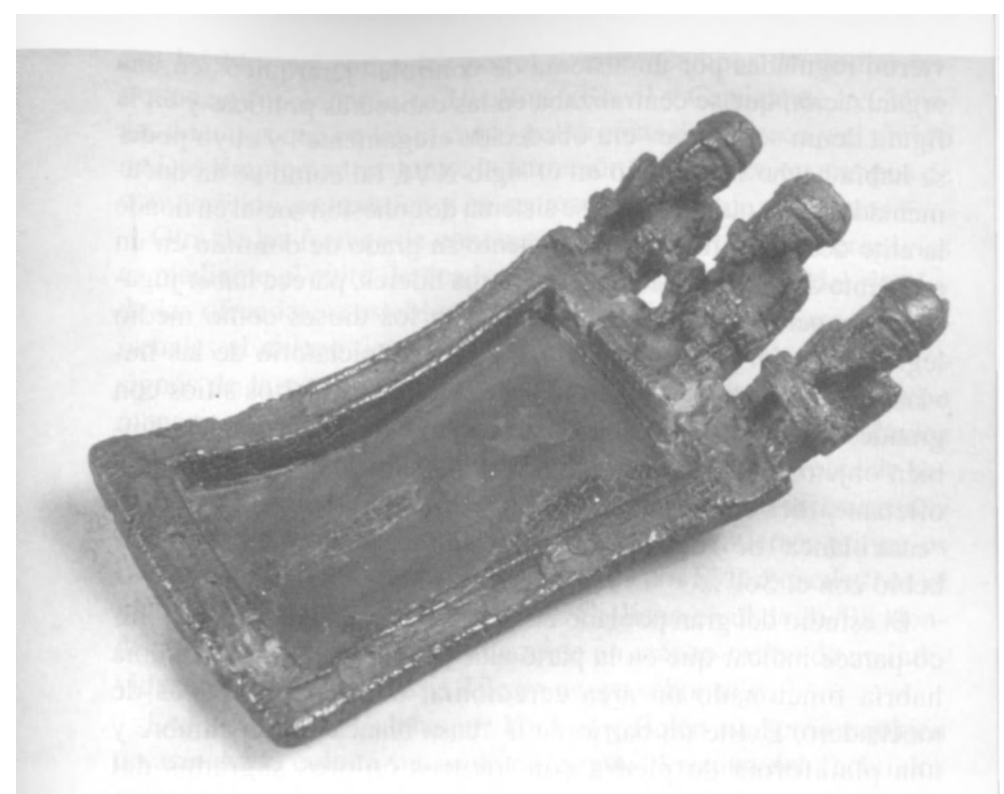
la producción de la tierra como cuando hay situaciones de enfermedad o riesgo.

Si bien los estudios sobre la organización social y las prácticas religiosas de las sociedades prehispánicas del Noroeste argentino son escasos, existe un consenso acerca del funcionamiento en la misma de esta estructura religiosa panandina en la cual el Sol, el trueno y los cerros jugaban un papel primordial, además de los seres animados —en particular, los animales de los diversos ámbitos, tales como los camélidos, los felinos, el avestruz o suri, la serpiente y los batracios—. Hay referencias de los cronistas acerca de estas creencias donde se relatan ritos en lugares especiales con figuras que representarían a los seres o fuerzas sagradas, el Sol, el trueno, la lluvia y el viento. Alberto Rex González se ha interesado por los centros dedicados al culto, denominados "mochaderos", donde se realizaban ceremonias con distintos símbolos materiales, tales como ídolos en forma de tablillas de madera que se clavaban en el suelo de los senderos de ingreso, sonidos metálicos de los "tantanes" y la luz del sol, que se reflejaba en los espejos o *cailles*. En situaciones excepcionales, tal vez en prolongadas sequías o epidemias, se recurría a las ofrendas de la vida de seres humanos y animales.

Los sacrificios de personas, aunque menos frecuentes que en la época de los señores de La Aguada, existieron tanto en sociedades de Jujuy como de los valles Calchaquíes. Testimonian dicha práctica los cráneos-trofeos hallados en contextos fúnebres de Humahuaca, Belén y Andalgalá. Del mismo modo, Eduardo Casanova planteó que las cabezas cercenadas de Sorcuyo habrían resultado de prácticas guerreras de índole ritual, en las cuales pudo conservarse el uso de una antigua arma: el propulsor



*Disco de bronce santamariano con rostro y serpientes, Andalhuala, Catamarca.*



*Tableta para aspirar polvos alucinógenos con tres personajes en cuclillas tocando la flauta. La Paya, valle Calchaquí, Salta.*

o lanzadardos. Otros casos de sacrificios humanos habrían estado relacionados con ritos de fertilidad, de los cuales la fiesta del *chiqui* del siglo pasado en los valles Calchaquíes podría ser una reminiscencia. Una de las maneras de acercarse desde la arqueología es a través de las representaciones expresadas en objetos de culto. En las figuras de las urnas Santa María y Belén, así como en pinturas rupestres, aparecen personajes que exhiben cabezas humanas colgando de su cintura o apoyadas sobre el hombro. Es posible que se refieran a los oficiantes de esos cruentos ritos. Las prácticas chamánicas por inducción a través del consumo de sustancias alucinógenas siguieron en uso aunque en forma reducida con respecto a los siglos previos. Las ofrendas que acompañaban a la persona momificada de Angualasto incluían tubos para aspirar polvos; y en los ajuares de difuntos en Doncellas, Rinconada, Yacoraite, Los Amarillos, La Paya y Yocavil había tabletas de rapé.

Al parecer la vida social y las relaciones entre los grupos estu-

vieron reguladas por un sistema de controles jerárquicos en una organización que se centralizaba en las cabeceras políticas y en la figura de un señor que "era obedecido ciegamente" y cuyo poder se había hecho hereditario en el siglo XVI, tal como se ha documentado en los quilmes. En ese sistema de cohesión social en donde la elite debía reforzar frecuentemente su grado de dominio en un ambiente de alta competencia con otros líderes, parece haber jugado un papel importante la relación con los dioses como medio legitimador del poder terrenal así como propiciatorio de las lluvias, buenas cosechas y pastos para el ganado. Ciertos sitios con grandes rocas y árboles como el algarrobo o *tacu* habrían sido también objeto de veneración junto con los cerros. Los sacerdotes u oficiantes del culto habrían tenido edificios especiales como la "casa blanca" de Yocavil donde el falso Inca Bohórquez "comió y bebió con el Sol"...

El estudio del gran poblado en el "cerro tajado" de Rincón Chico parece indicar que en la parte alta y en la quebrada del Puma habría funcionado un área ceremonial con características de mochadero. Existe un barrio de la "casa blanca" en la cumbre y una plataforma de piedra con los tres colores sagrados del santamariano. Una especial acústica en la quebrada, una arquitectura muy cuidada y conjuntos de plataformas escalonadas al pie, donde se podía reunir la población, contribuyen a conformar un espacio en el cual los "tantanes" (campanas de bronce) y las "varillas con plumas" (figuras humanas talladas en tablas y adornadas) debieron participar en el escenario del culto. Un sistema similar, pero mucho más grande y complejo, puesto que se han constatado edificios incaicos bien definidos, existió al parecer en la gran localidad del antiguo Quilmes.

Además de sitios destinados al templo, había parajes con características especiales por su aislamiento y por la presencia de bloques rocosos aptos para recibir inscripciones y dibujos. Los campos de piedras grabadas o petroglifos debieron ser lugares de peregrinaje y de reunión en relación con las creencias y con la concepción del mundo de los pueblos de los valles Calchaquíes y Hualfín. También debieron cumplir un relevante papel en la comunicación social y en la distribución espacial de bienes y recursos naturales. Famosos son los bloques grabados de Ampajango y Andalhuala. Huellas de suri y otras aves, figuras humanas esquemáticas, camélidos, serpientes y, sobre todo, conjuntos de líneas sinuosas tapi-

zan los bloques patinados por el tiempo. Campos de similar importancia funcionaron en Hualfín, Villavil y Carrizal de la Ciénaga, mientras que en las pinturas policromas de Coctaca y el abrigo de Los Emplumados, Jujuy, la narración se centraba en campos de composición geométrica y en representaciones de camélidos.

Otra de las formas de conocer el contexto ritual y de creencias es mediante el culto dedicado a los difuntos. A través del ritual y de las ofrendas se establecía la vinculación con los seres extraterrenales al mismo tiempo que se efectuaba una exposición de los signos de la persona en su posición dentro de la sociedad como mensaje a los vivos. Los enterratorios de la población Humahuaca fueron de varios tipos: de párvulos en urnas dentro y fuera de habitaciones; de adultos en sepulcros prolijamente confeccionados dentro de recintos, así como densos osarios y entierros primarios fuera de ellas. Tal variedad fue registrada por S. Debenedetti en el pukara de Tilcara y por Eduardo M. Cigliano en el de Juella, donde documentó, además, el entierro de un cráneo-trofeo de un individuo adulto en una vasija Tilcara negro sobre rojo.

Los pueblos de Calchaquí, Yocavil y Belén rindieron también un acendrado culto a sus muertos. Según el jesuita del Techo, los velaban durante varios días, había comidas rituales, danzas y exposición de la ropa del difunto hasta que por último era inhumado con sus vestimentas y ofrendas de alimentos, bebidas y otros bienes, en fosas cubiertas por amontonamientos de piedras. El luto duraba un año y a su término se celebraba un banquete conmemorativo.

El entierro de los difuntos podía efectuarse dentro de las casas o en cementerios separados de la zona residencial. Sobre todo, eran numerosos los cementerios de urnas. Los niños eran colocados en posición fetal en el interior de vasijas ventrudas, ya sea de uso doméstico y utilizadas luego como urnas, o en verdaderos sarcófagos de cerámica preparados específicamente. El caso más notable de ese ritual se dio en los valles Calchaquíes, con las famosas urnas San José y Santa María, dentro y fuera de las cuales colocaban pequeñas ofrendas. Los adultos eran inhumados en cámaras cilíndricas con tapa de lajas o tablas de cardón, que se abrían reiteradamente para alojar a nuevos difuntos de la misma filiación. Un variado ajuar acompañaba a los muertos, según su rango, sexo y edad. Las diferencias en jerarquía social se reflejaban en la disposición y la riqueza de los ajuares fúnebres.

La síntesis de las antiguas creencias con las innovaciones religiosas introducidas por el Estado inca en su expansión territorial se expresó en el culto dirigido al Sol en forma predominante al mismo tiempo que proseguía la veneración a la Madre Tierra, que es lo que a la postre ha sobrevivido hasta hoy en los pueblos andinos del norte argentino.

## RELACIONES TERRITORIALES EN EL ÁMBITO SUDANDINO

La construcción de fortalezas en las fronteras exteriores de los Andes dèl sur, desde el Titicaca hasta los confines meridionales, ocurrió en ambas vertientes andinas. El papel de los "pucarás" citados por Cieza de León y otros para la cuenca lacustre como en las sociedades collas y lupacas ilustra muy bien la situación de conflicto generalizado que predominaba en los Andes durante el período tardío, antes de la dominación inca en la región. Esa condición se extendió hacia el sur por los territorios de Lípez, Chicha, Humahuaca, Atacama, Copiapó, Chicoana y Quirequire, hasta el propio corazón del Noroeste argentino. Verdaderas líneas defensivas de fortalezas se disponían a lo largo de la cordillera occidental y oriental controlando las cabeceras de valles y cuencas como la del salar de Atacama con su pukara en Quitor. Por otra parte, había asentamientos fortificados en las fronteras interiores que demarcaban límites entre organizaciones sociopolíticas vecinas, como los casos de Humahuaca y Tilcara, Calchaquí y Yocavil, Belén y Abaucán, etc. Es posible que esto esté reflejando situaciones cambiantes de alianzas territoriales en un contexto de conflicto social endémico. Pero a su vez, las redes de intercambio muestran que la circulación era posible en forma pautada a través de determinadas rutas y puertos de transacción como los que se siguieron usando entre ambas vertientes de la cordillera, a la altura del trópico.

Las interacciones entre las jefaturas fueron complejas e incluían tanto relaciones positivas de intercambio y reciprocidad como negativas, por intereses en pugna, lo que generó los sistemas de asentamientos en puntos elevados del paisaje que resultan característicos de la época. Dentro del territorio de Calchaquí y Yocavil, los señores habrían mantenido una interacción mutua de alianzas, tanto en la esfera económica como simbólica y social, necesarias para

preservar la cohesión del sistema productivo y su defensa contra otros pueblos foráneos. Esto parece que operó también con el valle de Lerma y quebrada del Toro, dentro del ámbito amplio santamariano. En cambio la relación hacia afuera, con otros señoríos como el de Belén, su vecino más próximo, fue más distante, situación que se trastocó totalmente en el período inca con la presencia de gente de filiación Hualfín en el valle de Yocavil y por la producción de un estilo mixto Santa María-Belén. La capacidad de organización bélica de los pueblos diaguitas, adquirida durante al menos tres siglos de guerras, fue puesta en práctica en forma inteligente y tenaz ante las poderosas huestes del Estado inca y, luego, del español.

En el extremo sur, los sitios defensivos en los valles andinos de La Rioja y San Juan también sugieren que las situaciones de beligerancia rozaron a Cuyo aunque los sistemas sociales de Sanagasta y Angualasto mantenían relaciones fluidas, a través de los pasos cordilleranos, con las formaciones de Coquimbo, en el norte húmedo chileno, así como con núcleos de Abaucán y Andalgalá.

En el borde puneño occidental desarrollaba su poder el señorío de Atacama, sustentándose en un activo comercio de bienes y de materias primas con el altiplano meridional boliviano y jujeño así como con sociedades de la ceja de selva de Cochabamba a Tarija, mientras que mantenía una relación controlada con las organizaciones de los valles Calchaquíes y Belén. Es de destacar que con éstos mantuvieron un intercambio de lo que podríamos denominar símbolos de excelencia, los metales estañíferos en particular, las placas de bronce con los elaborados diseños que particularizan el estilo Santa María o Yocavil. Tampoco es casual que estos bienes tan especiales hayan circulado en redes a larga distancia, llegando en el siglo XVI hasta los territorios de los tehuelches de Chubut, donde un personaje masculino fue acompañado en la ceremonia de inhumación con un rico ajuar en el cual sobresalía una placa santamariana de bronce. Una situación similar se puede señalar entre las sociedades de la quebrada de Humahuaca y los valles Calchaquíes. Parece que aquí el nexo fue el territorio de Tastil, que mantuvo relaciones con la Puna, Tilcara y Volcán y con la zona pular, mientras guardaba distancia con las elites del valle de Yocavil.

A mediados del siglo XV se produjo la penetración incaica en estas provincias meridionales, con los consiguientes fenómenos

de dominación. El impacto debió cambiar aspectos materiales y sociopolíticos; sin embargo, el núcleo cultural fundamental y la lengua no se modificaron hasta la conquista española y después de soportar una situación de guerra durante más de cien años. Aunque oscurecidas por la Conquista y la evangelización, se mantienen en poblaciones de lugares recónditos del Noroeste argentino pautas culturales en modalidades alimenticias, manejo del ganado y de cultivos nativos, así como otras costumbres y creencias cuyas raíces se imbrican profundamente en el pasado aborigen.

# BIBLIOGRAFÍA

Albeck, María E., *Contribución al estudio de los sistemas agrícolas prehispánicos de Casabindo (Puna de Jujuy)*, Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1993.

Berberián, E. y Raffino, R., *Culturas indígenas de los Andes Meridionales*, Alhambra, Madrid, 1991.

Boman, Eric, *Antiquités de la Region Andine de la République Argentine et du Desert d'Atacama*, Imprimérie Nationale, París, 1908.

——— "Estudios arqueológicos riojanos", *Anales del Museo Nacional de Historia Natural Bernardino Rivadavia* 35, págs. 1-308, Buenos Aires, 1927-1932.

Cigliano, Eduardo M. (Dir.), *Tastil. Una ciudad preincaica argentina*, Cabargón, Buenos Aires, 1973.

Debenedetti, Salvador, "Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de San Juan", *Publicaciones de la Sección Antropológica* 15, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1917.

——— "Las ruinas del Pucará, Tilcara, quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy)", *Archivos del Museo Etnográfico* N° 2, Buenos Aires, 1930.

González, Alberto Rex, *Arte precolombino de la Argentina*, Ediciones Valero, Buenos Aires, 1977.

——— *Las placas metálicas de los Andes del Sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas*, KAVA Band 46, Mainz am Rheim, 1992.

González, Alberto R. y Pérez Gollán, José A., *Argentina indígena. Vísperas de la conquista*, Paidós, Colección Historia Argentina 1, Buenos Aires, 1972.

González, Luis R., "Bronce bajo el sol. Metalurgia prehispánica en el Noroeste Argentino", *Etnologiska Studier* 43, págs. 97-131, Goteborg, 1999.

Krapovickas, Pedro y Aleksandrowicz, Sergio, "Breve visión de la cultura de Yavi", *Anales de Arqueología y Etnología* 41-42, págs. 83-127, Mendoza, 1986-1987.

Ottonello, M. y Lorandi, M. A., *Introducción a la arqueología y etnología argentina: 10.000 años de historia*, Buenos Aires, EUDEBA, 1987.

Palermo, Miguel Á. y Boixadós, Roxana, "Transformaciones en una comuni-

dad desnaturalizada: los Quilmes, del valle Calchaquí a Buenos Aires", *Anuario IEHS* 6, págs. 13-42, Tandil, 1991.

Raffino, Rodolfo, *Poblaciones indígenas en Argentina*, 2a. Ed., Editorial TEA, Buenos Aires, 1990.

Renard, Susana F., "Vestimenta y jerarquía. Los tejidos de Angualasto del Museo Etnográfico. Una nueva visión", *Revista Andina* 12(2): 373-401, Cuzco, 1994.

Sempé, M. Carlota, "La cultura Belén", *Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, t. II, págs. 250-258, La Plata, 1999.

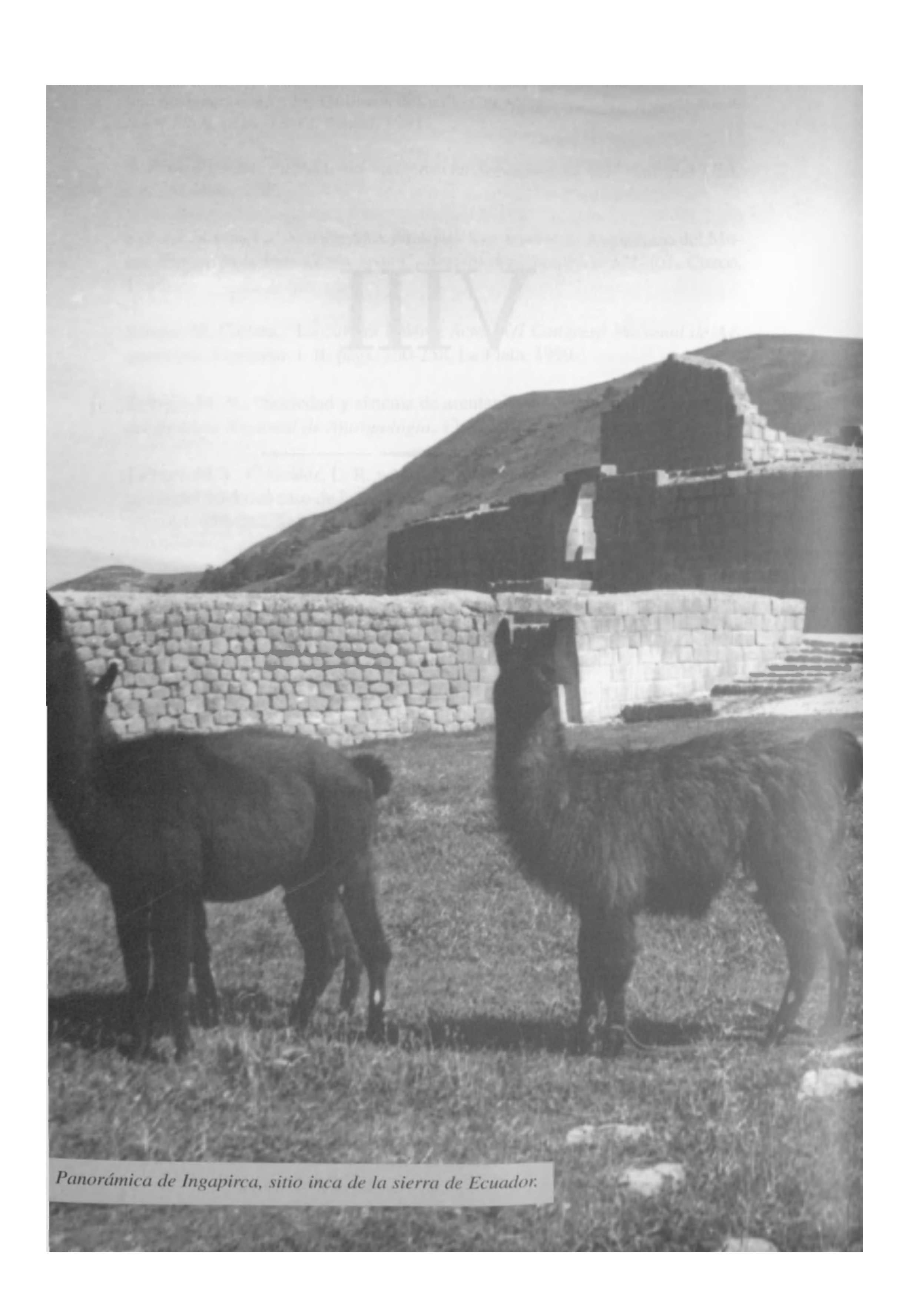
Tarragó, M. N., "Sociedad y sistema de asentamiento en Yocavil", *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 12:179-196, Buenos Aires, 1987.

Tarragó, M.N., González, L. R. y Nastri, J., "Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana", *Estudios Atacameños* 14, págs. 223-242, San Pedro de Atacama, 1999.

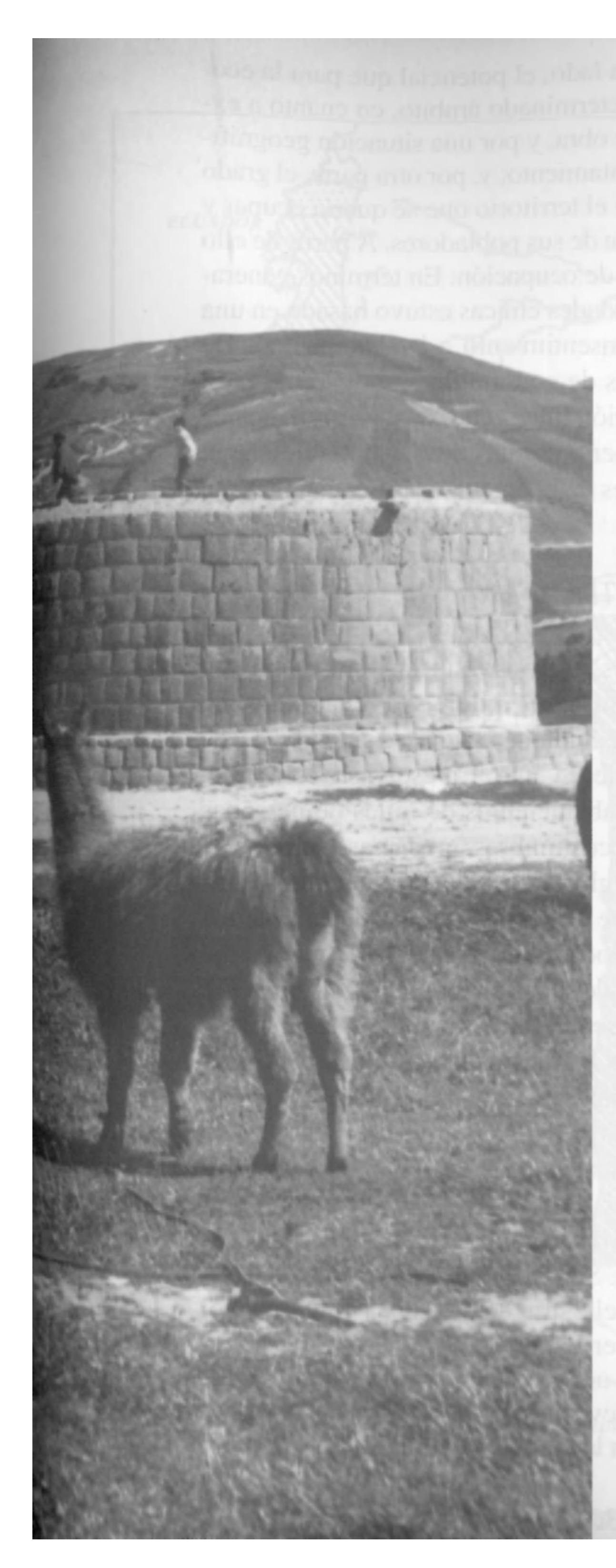
# VIII

## La dominación inca. Tambos, caminos y santuarios

por LUIS R. GONZÁLEZ



*Panorámica de Ingapirca, sitio inca de la sierra de Ecuador.*



A partir de la segunda mitad del siglo XV y hasta por lo menos 1532, cuando los españoles de Pizarro desembarcaron en Perú, gran parte del territorio del Noroeste argentino fue incorporado al imperio incaico o *Tawantinsuyu*. Fue este imperio la organización sociopolítica más compleja desarrollada en los Andes prehispánicos y su corazón era Cuzco, ciudad erigida en un valle a más de 3.000 m, en las sierras centrales peruanas. Más allá de esta aparente marginalidad geográfica respecto del poder central, las sociedades indígenas de las actuales provincias de Catamarca, La Rioja, San Juan, Jujuy y sectores más o menos amplios de Salta, Tucumán y Mendoza, fueron activamente integradas a la organización estatal. Los testimonios arqueológicos muestran que durante el breve tiempo de ocupación, importantes transformaciones tuvieron lugar en la vida de las poblaciones locales.

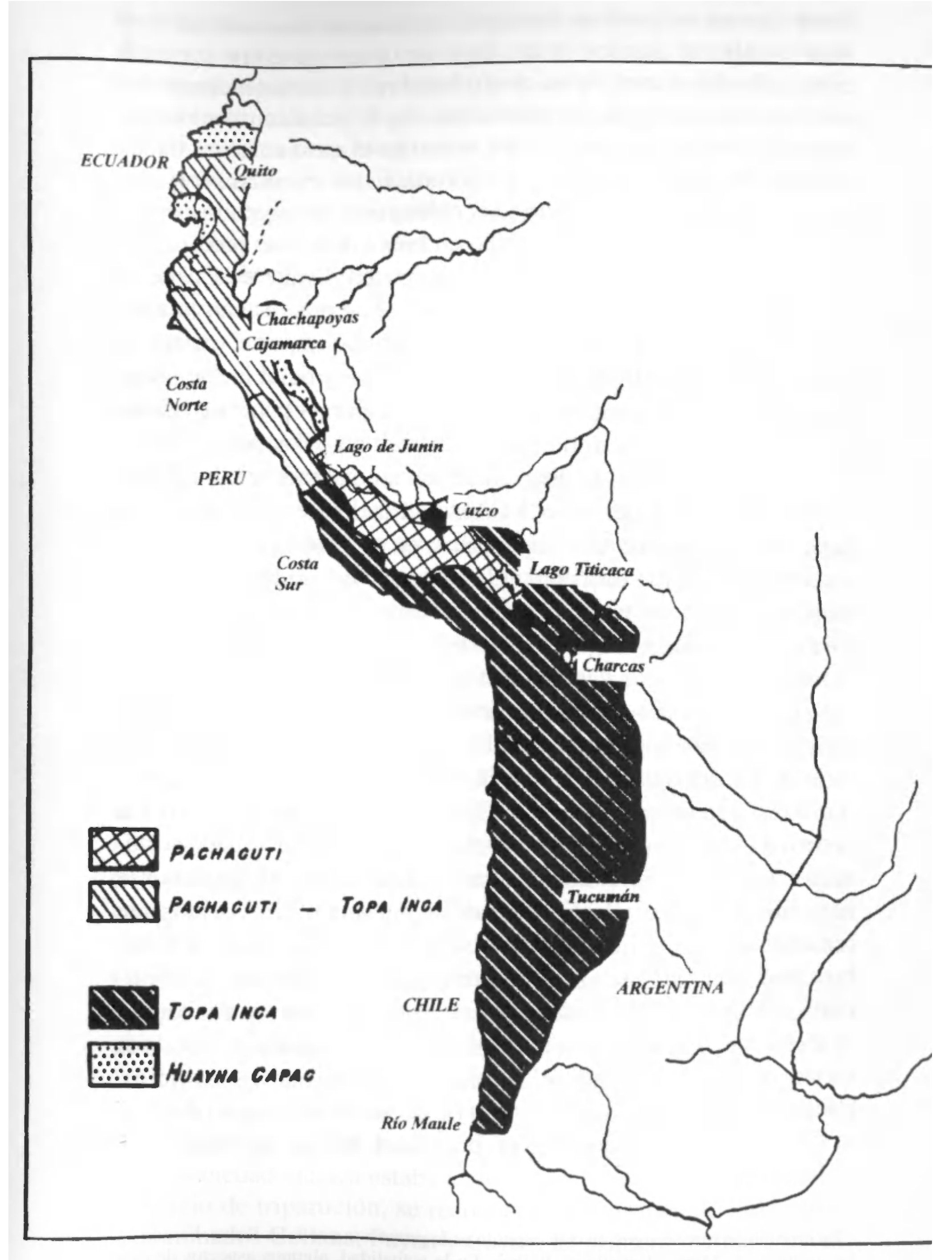
Durante su expansión, el Estado incaico incorporó territorios que ofrecían variadas características ambientales y sociales, lo que llevó a implementar estrategias de dominación particulares para cada región. En este proceso fueron

conjugados dos aspectos. Por un lado, el potencial que para la economía política incaica ofrecía determinado ámbito, en cuanto a explotación de recursos y mano de obra, y por una situación geográfica que aconsejaba un especial tratamiento; y, por otra parte, el grado de desarrollo político vigente en el territorio que se quería ocupar y la resistencia implícita o explícita de sus pobladores. A partir de ello fue diseñada la política efectiva de ocupación. En términos generales, el control de las diversas unidades étnicas estuvo basado en una combinación de violencia y consentimiento a la dominación. De esta manera, los diversos modos de consentimiento dieron lugar a diferentes modelos de colonización. Intepretar la ocupación incaica del Noroeste argentino exige tener presente como marco referencial algunas cualidades sobresalientes de la organización estatal incaica.

## EL IMPERIO DE LOS CUATRO *SUYU*

Cuando llegaron los europeos, el imperio incaico abarcaba una enorme superficie, en torno al millón de kilómetros cuadrados, en una franja ubicada a occidente de Sudamérica que se extendía desde Ecuador hasta el centro de Chile y Cuyo. En ese vasto territorio, de variadísima geografía, habitaban cientos de miles de personas adscriptas a grupos étnicos con costumbres, creencias y modos de vida a veces diferentes. Unos siglos antes, los incas eran una entidad social limitada a la región de Cuzco, de una escala similar a la de otros grupos andinos de la época. El progresivo crecimiento del Estado, basado en la conquista de territorios y en la estimulación de las actividades productivas, se instrumentó sobre los cimientos organizativos de las sociedades estratificadas andinas, distorsionando y rearmando las tradicionales relaciones sociales para amoldarlas a los intereses de las nuevas clases dominantes.

En los orígenes del Estado incaico y de su capital, el Cuzco, se entremezclaban mitos y sucesos históricos. El cronista Garcilaso, en sus *Comentarios reales*, obra de principios del siglo XVII, recogió las leyendas más difundidas. Según una de ellas, Manco Capac y su hermana y esposa Mama Ocllo, tras ser creados por el dios Sol en una isla del lago Titicaca, fueron impuestos de la misión de recorrer la región en procura de un lugar adecuado para fundar la nación y la dinastía incaicas. Llevaban una vara de oro que les había entregado el propio Sol, con la cual deberían probar el terreno:




*Expansión del territorio del Tawantinsuyu desde el Cuzco hacia Quito y hacia el sur hasta Tucumán y Chile.*

donde la vara se hundiera habrían de detenerse. Esto ocurrió en el lugar donde fue alzado Cuzco. Otra historia tenía como protagonistas a los hermanos Ayar, cuatro hombres y cuatro mujeres, los cuales, tras un largo peregrinaje salpicado de acontecimientos, llegaron a un lugar que fue elegido, como en el caso anterior, tras la prueba de hundimiento de la vara dorada. Estas leyendas probablemente resumían sucesos históricos, tales como la migración desde el altiplano boliviano de un pueblo en busca de tierras productivas para asegurar su subsistencia. Para la época, el valle de Cuzco se encontraba ya habitado por comunidades que practicaban la agricultura y en el lugar donde se edificó la capital imperial existía un villorrio denominado Acamama. En la historia oficial incaica, matizada con las leyendas, los Inca se adjudicaron el papel de héroes civilizadores que llevaron el orden, la cultura y las artes. Manco Capac habría iniciado la dinastía de trece emperadores, fundando Cuzco hacia fines del siglo XI. Esta ciudad se constituiría en el lapso de poco más de trescientos años, en el "ombligo del mundo" a partir del cual fue concebido el imperio. No sólo fue una capital administrativa sino también un gigantesco centro ceremonial que simbolizaba tanto la organización del *Tawantinsuyu* como las relaciones sociales a que debían ajustarse sus habitantes.

A comienzos del siglo XV asumió el poder Pachacuti, el noveno Inca[1]. Este soberano, cuyo nombre puede interpretarse como "el reformador del mundo", es considerado como el verdadero fundador de la organización imperial. El acontecimiento que lo llevó a la notoriedad fue el triunfo en un prolongado conflicto armado sostenido contra los chanca, una comunidad vecina que competía por la hegemonía regional. Bajo el reinado de Pachacuti, Cuzco, más que remodelada, fue edificada de nuevo con el trabajo de miles de hombres a lo largo de muchos años. Los dos ríos que llegaban a la ciudad, el Tullumayo y el Huatanay, fueron canalizados para evitar sus desbordes periódicos. La planta urbana fue rediseñada, tomando la figura de un puma tendido. Además de erigir nuevos edificios, Pachacuti reconstruyó en el centro de la ciudad el Templo del Sol, el *Coricancha*, adornándolo con profusión. En sus descripciones,

[1] La cronología que se sigue en este capítulo es la propuesta por J. H. Rowe, basada en las crónicas de Miguel Cabello de Balboa. En la actualidad, algunos aspectos de esta cronología están sometidos a discusión a partir de nuevos datos surgidos de las investigaciones arqueológicas.

los cronistas mencionan el generoso uso de oro para revestir paredes y aun entremezclarlo con la paja de los techos. Se atribuye también a este soberano la construcción de la fortaleza de Sacsahuamán, aledaña a la ciudad. El lugar presentaba murallas en forma de dientes de sierra, con una longitud de 540 m y alturas de 18 m, habiéndose utilizado en su construcción bloques de piedra de tamaños portentosos y perfecto canteado. Además de una fortaleza en el sentido militar, Sacsahuamán constituía un monumento que proclamaba la inexpugnabilidad del Cuzco y de todo el imperio.

Como en otros aspectos de las sociedades andinas, en la planificación de la planta urbana de la capital la división del espacio se ajustó a los principios de cuatripartición y de triparción. De tal forma, Cuzco, a semejanza de todo el territorio imperial, se organizaba en cuatro barrios, a su vez divididos en secciones. La residencia en uno u otro lugar implicaba para los habitantes un específico posicionamiento en la estructura social del Estado. A estas divisiones fundantes se sobreimponía el sistema de *ceque*. Éste estaba constituido por líneas imaginarias que partían radialmente desde el centro de la ciudad, uniendo cada una de ellas a grupos de lugares sagrados (peñascos, fuentes o construcciones con especial significado en la mitología o historia incaica).

Desde el centro de Cuzco también partían las rutas que llegaban hasta los más alejados confines del imperio. Dos líneas imaginarias que se cruzaban dividían el *Tawantinsuyu* en cuatro espacios: al noroeste de la ciudad el *Chinchasuyu*, al sudeste el *Collasuyu*, el *Antisuyu* al nordeste y el *Contisuyu* al sudoeste. El ámbito urbano formaba un territorio de 50 km de radio y alrededor del sector céntrico se ubicaban los palacios de la dinastía incaica, los templos y dependencias del culto y las residencias de la alta nobleza. Ocupando un ámbito más periférico se extendía un cinturón urbano que albergaba al resto de nobles y funcionarios y a los jefes políticos regionales. En los márgenes de la ciudad, una extensa franja rural y de barriadas de casas de adobe era habitada por el pueblo común. Se ha calculado que, incluyendo centro y periferia, en Cuzco residían alrededor de 300.000 personas.

La sociedad incaica estaba altamente jerarquizada. Siguiendo el principio de tripartición, se reconocían tres grupos de individuos, denominados Collana, Payan y Cayao. El primero incluía a los dirigentes, el segundo a sus servidores y el último a los no-incas en general. Las *panaca* formaban la elite y aristocracia cuzqueña. Es-

tos grupos se integraban con los descendientes de ambos sexos de un Inca reinante y tenían por obligación conservar la momia del soberano tras su fallecimiento y guardar el recuerdo de su vida y hazañas. Las *panaca* de los últimos Inca alcanzaron gran importancia política y económica, y eran poseedoras de grandes extensiones de tierras productivas. De estos grupos surgían los sacerdotes, los jefes militares de alto rango y los administradores principales. Por supuesto, en la cúspide de la organización se encontraba, por derecho divino, el soberano Inca. Debajo estaban los *apo*, prefectos de cada uno de los *suyu*, continuando luego los *toqrikoq*, gobernadores provinciales. En un nivel inferior se encontraban los señores de los grupos étnicos dominados, los jefes de las pequeñas comunidades y la gente del común, en su mayor parte campesinos.

Algunos *kuraka*, líderes de las sociedades dominadas más importantes, tenían obligación de mantener una residencia en Cuzco y de permanecer en ella una gran parte del año. Asimismo, los hijos de esta nobleza provincial eran enviados al Cuzco a aprender la lengua oficial, el *runasimi* o *quechua*. La organización estatal era rígida y autoritaria y, si las circunstancias lo requerían, no se dudaba en avanzar sobre la tradicional autonomía de las comunidades. En el nivel social y político, las fuentes del honor y el privilegio se identificaban con la cercanía al gobierno central. Los *kuraka* eran objeto de una especial política de seducción, a través de regalos y reconocimientos, con el propósito de mantener sus lealtades al poder central por encima de los intereses de las comunidades a las cuales representaban. La situación reinante en cada rincón del imperio era permanentemente vigilada y, de ser necesario, el Estado removía a los líderes locales de conducta dudosa, promoviendo a individuos más confiables. No obstante el estricto control, solían estallar rebeliones. Una de las más importantes fue protagonizada por los collas de las cercanías del lago Titicaca, a fines del siglo XV, la cual el décimo Inca, Topa, logró dominar tras varios años de luchas.

Entre los trabajadores se diferenciaban status, los cuales, en algún sentido, se contraponían a la ancestral vida campesina. El núcleo de organización de la vida andina lo constituía el *ayllu*, un grupo que reunía cierto número de linajes, con posesión colectiva de un territorio limitado que era explotado en común. Las fracciones de este territorio para su cultivo efectivo se repartían en forma periódica entre las familias. La institucionalización de aquellos sta-

tus, comenzada al parecer con Pachacuti, fue, tal vez, el principal mecanismo a través del cual el Estado inca interfirió en las lealtades primordiales de los hombres, originariamente dirigidas hacia su comunidad. En los *ayllu*, el ordenamiento de las relaciones entre sus miembros era proporcionado por la reciprocidad, un sistema organizativo socioeconómico que regulaba las prestaciones de servicios a diversos niveles y era el engranaje de la producción y distribución de bienes. En el ámbito de la comunidad campesina, el intercambio de prestaciones era simétrico. El Estado retomó el principio de reciprocidad, pero lo volvió asimétrico y redefinió su alcance y aplicación a medida que se desarrollaba el proceso de expansión. En razón de que el Inca o sus representantes debían mostrarse generosos con los señores de los grupos dominados, la producción y el almacenamiento de bienes para obsequiar constituyó una preocupación de importancia política. Una de las funciones de los centros administrativos que se fundaban en los territorios ocupados fue, precisamente, la de servir de espacio para la congregación de los jefes étnicos locales y realizar ceremonias en las que se renovaban los lazos de reciprocidad con el Estado.

En la organización incaica una categoría especial de trabajadores era la de los *mitmakuna*. Constituían grupos, a veces muy numerosos, de familias con sus jefes, los que eran enviados a trabajar desde sus lugares de origen a tierras distantes. No obstante, mantenían los vínculos de reciprocidad y parentesco con sus centros nativos y conservaban sus costumbres y vestimentas tradicionales. Estos trabajadores podían ser simples rebeldes a los cuales era conveniente remover para dispersar las actitudes hostiles hacia el imperio. También actuaban como colonos a los que se movilizaba para ocupar territorios despoblados que requerían ser fomentados. Muchas veces, la movilización se ligaba a cuestiones de seguridad, fuera en fronteras o al interior de territorios, para apuntalar las lealtades de los habitantes locales.

Distinta era la situación de los *yanacona*, que eran personas extraídas de sus *ayllu* y que perdían los nexos étnicos originales. Cumplían variadas tareas especiales en la estructura estatal, las que iban desde un simple servicio a la clase dirigente hasta la ejecución de trabajos artesanales. De una categoría particular eran los *yanayacu*, emisarios políticos que reemplazaban a jefes locales y a los que se les podía dar órdenes directas sin pasar por las ceremonias de reciprocidad. Otro tipo de *yana* eran las *aclla*, mujeres elegidas para



*Kero de madera laqueada con personajes y representaciones biomorfas.*

cubrir específicos requerimientos. Por ejemplo, las *yurac aclla*, que acreditaban sangre Inca, estaban consagradas a las tareas del culto oficial; las *paco aclla* eran seleccionadas para convertirse en esposas de los *kuraka* aliados; las *yana aclla*, que no se destacaban por su belleza o habilidad, oficiaban como servidoras de las demás. Otras de las importantes labores a cargo de las *aclla* eran las de fabricar *chicha*, una bebida alcohólica derivada de la fermentación del maíz y que era ingrediente principal en fiestas y ceremonias, y la de tejer la ropa fina (*cumbi*) usada por el Inca y los *kuraka*. Las *aclla* solían ser reclutadas por oficiales estatales en las distintas provincias y, al trasladarlas a las capitales, el Estado alteraba las condiciones de la reproducción social y demográfica de las comunidades de las cuales eran separadas.

Otros importantes grupos de trabajadores estaban formados por los *camayo*, productores especializados en diversos oficios (plateros, recolectores de coca, ceramistas, lapidarios, constructores, etc.).

Estos hombres trabajaban exclusivamente en su especialidad sin participar del servicio militar o la producción agrícola, a las órdenes de la autoridad gubernamental. El Estado le otorgó singular importancia a la producción textil, instalando verdaderos talleres en los que se confeccionaban telas y vestimentas de lana de llama, alpaca, vicuña y algodón. El trabajo estaba a cargo de especialistas llamados *cumbicamayoc*, nombre que aludía a uno de los tejidos más apreciados, el ya mencionado *cumbi*. También manufacturaban bolsas tubulares con manijas (*chuspa*), taparrabos (*wara*), fajas (*mamachumpi*), mantas (*yacolla*), camisetas (*uncu*) y gorras. Un caso especial de textilería lo constituyeron los *quipu*, que eran conjuntos de cordeles con nudos de diferentes colores y grosor. Se utilizaban para registrar y contabilizar la producción del imperio y eran herramientas esenciales para su administración.

Pachacuti desarrolló un dinámico gobierno e impulsó la expansión territorial. Fue sucedido por su hijo Topa, el que reinó unas tres décadas desplegando sus dotes de conquistador. A éste lo continuó Huayna Capac, a la muerte del cual sus dos hijos, Huascar y Atahualpa, repitiendo lo que parece era una práctica habitual cuando estaba en disputa el poder imperial, se enfrentaron dando lugar a una guerra civil que no había concluido al arribo de los españoles. El soberano Inca, además de ejercer la autoridad política de su cargo, en su vida cotidiana y pública adoptaba complicados rituales destinados a acentuar su carácter divino. El origen mítico del Inca como hijo del Sol fue institucionalizado por Pachacuti, y el oro actuó como adecua-




Pachacuti, el noveno Inca, *según Guamán Poma de Ayala.*

da simbología de este origen. A partir de esta estructura mítica, la dinastía Inca se presentaba a sí misma como compuesta por héroes predestinados a unificar el mundo a través de la guerra y las conquistas y capaces de modelar el paisaje en esa empresa. El soberano permanecía ataviado con riqueza, cambiaba sus ropas cuatro veces por jornada y utilizaba gran cantidad de joyas de oro. Sus símbolos de mando eran una lanza, una maza o un propulsor. Era servido por su hermana y jóvenes nobles y solía comer en soledad o acompañado por su hijo preferido. Todo lo que el Inca tocaba se guardaba con extremo cuidado y se quemaba en un día determinado del año. En su presencia había que permanecer con la cabeza gacha y llevando un peso sobre la espalda en señal de sumisión. En los comienzos del imperio, los soberanos Inca parecen haber contraído matrimonio con hijas de señores de pueblos vecinos, con el fin de consolidar alianzas políticas. Topa, sucesor de Pachacuti, inauguró una forma de matrimonio endogámico como estrategia para consolidar el poder económico del linaje. El soberano, en suma, era el garante del orden cósmico, legitimaba las acciones que hacían marchar el mundo y actuaba como intermediario entre hombres y dioses. A través de su veneración, los hombres rendían culto a las divinidades que aseguraban el correcto devenir del universo.

Los rituales en torno al Inca incluían expresiones extremas, como los sacrificios humanos. Según consignan las crónicas, el advenimiento de cada soberano era ocasión para inmolar a 200 niños. En la muerte, arrastraba a sus esposas y las ceremonias de luto se prolongaban hasta 8 meses. Se ha citado que al morir Huayna Capac, undécimo Inca, fueron sacrificadas más de 1.000 personas. Aun después de muerto, el Inca continuaba participando del ceremonial. Su cuerpo era embalsamado, su corazón se quemaba y se depositaban las cenizas en una estatua del Sol instalada en el Coricancha. Las momias de los antiguos Inca quedaban al cuidado de sus respectivas *panaca* y los lugares donde eran depositadas se transformaban en espacios sagrados o *huaca*. De allí eran periódicamente retiradas para que estuvieran presentes en determinados rituales. Para la sucesión en el trono nunca fueron establecidas reglas específicas, lo cual aparejó no pocos problemas políticos cuando se producía la muerte del soberano. La tradición indicaba que el poder debía legarse al más hábil de entre varios posibles candidatos, como los hermanos del difunto, los hijos de la hermana y sus propios hijos, pero era inevitable que se generaran situaciones conflictivas,

las que, en algunos casos, se resolvían a través de la violencia o el asesinato. Por otra parte, el nuevo soberano heredaba sólo la función, no los bienes de su antecesor. El líder muerto pasaba a constituir el foco de un culto, a cargo de sus descendientes, que conformaban la correspondiente *panaca* y se servían para ello de los bienes acumulados. En consecuencia, el nuevo soberano debía preocuparse por formar su propio patrimonio, circunstancia que ha sido señalada como uno de los motores para la expansión territorial.

En la edificación del Estado, la religión fue utilizada como un medio para apuntalar los fundamentos del poder central. Se conformó un culto oficial dedicado a misteriosas fuerzas naturales y sobrenaturales, sujeto a la interpretación de sacerdotes que eran agentes del Estado. Entre estos sacerdotes había especialistas en distintas artes adivinatorias, como los *huacarimachic*, quienes tenían el don de comunicarse con las *huaca*; los *ayatapuc*, que recibían mensajes de los difuntos; los *caviacoc*, que emitían oráculos a partir de beber ciertas pócimas; y los *socyac*, que predecían el futuro leyendo granos de maíz. Se elaboró una versión sistemática sobre la creación del universo y la participación de los hombres, en la cual confluían una multitud de creencias de antigua raigambre andina. En términos generales, los hombres se concebían como una emancipación de la naturaleza misma y la forma en que se vinculaban con ella, en especial a través de la tierra, condicionaba todas sus actividades. En este sentido, la tierra era valorizada como un bien colectivo, de características sagradas, y sólo eran de propiedad humana los productos de ella obtenidos. Con la edificación del imperio y su paulatina expansión, el Inca pasaba a ser propietario de cada nuevo territorio por derecho de conquista. Pero de inmediato, apelando al principio de reciprocidad, procedía a una repartición, en la cual se adjudicaban tierras para el Estado, para el culto oficial y para las comunidades. Los *ayllu* involucrados, en devolución, eran los encargados de llevar adelante los turnos rotativos de trabajo en estas propiedades.

Los espíritus superiores que regían las fuerzas de la naturaleza actuaban en diferentes planos y con diferentes funciones. Algunos estaban limitados al plano celeste, otros a la superficie de la tierra y otros más al mundo subterráneo. La base de la religión popular tolerada y manipulada por los Inca eran las *huaca* que representaban a aquellos espíritus superiores. Sobre este universo impusieron una religión oficial definida en torno al culto solar y organiza-

da en un panteón jerárquico que era una metáfora de la organización social. La cosmología imperial proveyó de racionalidad a los nuevos patrones de relaciones sociales, naturalizando las desigualdades y enmascarando la violencia que se percibía en la vida cotidiana. El espacio fue dividido en tres partes, en un sentido vertical: el mundo celeste (*Hanan Pacha*), el de la tierra (*Kai Pacha*) y el del interior (*Ujcu Pacha*). En cada uno de ellos actuaban fuerzas y espíritus diferentes. Para el caso del mundo celeste las principales divinidades eran el Sol (*Inti*), la Luna (*Quilla*) e Illapa, rector de los fenómenos meteorológicos.

Tanto el mundo de la tierra como el mundo interior estaban regidos por las *huaca*. Un fuerte influjo provenía de las montañas, donde residían los espíritus protectores de los hombres, de sus ganados y de sus cosechas. También se consideraban *huaca* las fuentes de agua, como las lluvias, lagunas y ríos. Otro tipo de *huaca* eran las *huanca*, grandes peñascos naturales o monolitos construidos que se identificaban con los espíritus de los antepasados. Por otra parte, en numerosas ocasiones el mismo cadáver del ancestro era momificado y conservado como un símbolo de vital importancia para afirmar la identidad y cohesión del grupo. Estas *huaca*, llamadas *mallqui*, también participaban de la jerarquía de la sociedad, estando en la cúspide las mencionadas momias de los soberanos Inca. Las *conopa*, pequeñas esculturas por lo general de animales, actuaban como ídolos que propiciaban la fecundidad de los seres vivos.

El culto a las divinidades, cualquiera fuera su categoría, incluyó en todos los casos la ofrenda de bienes, suntuarios o de consumo, a veces en grandes cantidades. Estas ofrendas solían consistir en maíz, chicha, tejidos, llamas, hojas de coca y artículos de metal. Esta costumbre, llevada al plano de los festejos y rituales oficiales, entrañó una considerable inversión de recursos, lo cual, a su vez, representó una importante motivación para el auspicio y desarrollo de oficios relacionados con la producción de artículos de lujo. En el plano político, ciertas ceremonias calendáricas, como la Capacocha, eran utilizadas para definir las diferencias de status entre el Inca y los distintos líderes regionales y provinciales. La ritualización de las relaciones de reciprocidad consolidaba los lazos entre el centro de poder y las organizaciones periféricas. Los señores de estas organizaciones tenían, además, la oportunidad de demostrar su lealtad al Inca con la ofrenda de distintos bienes, entre ellos niños para sacrificio.

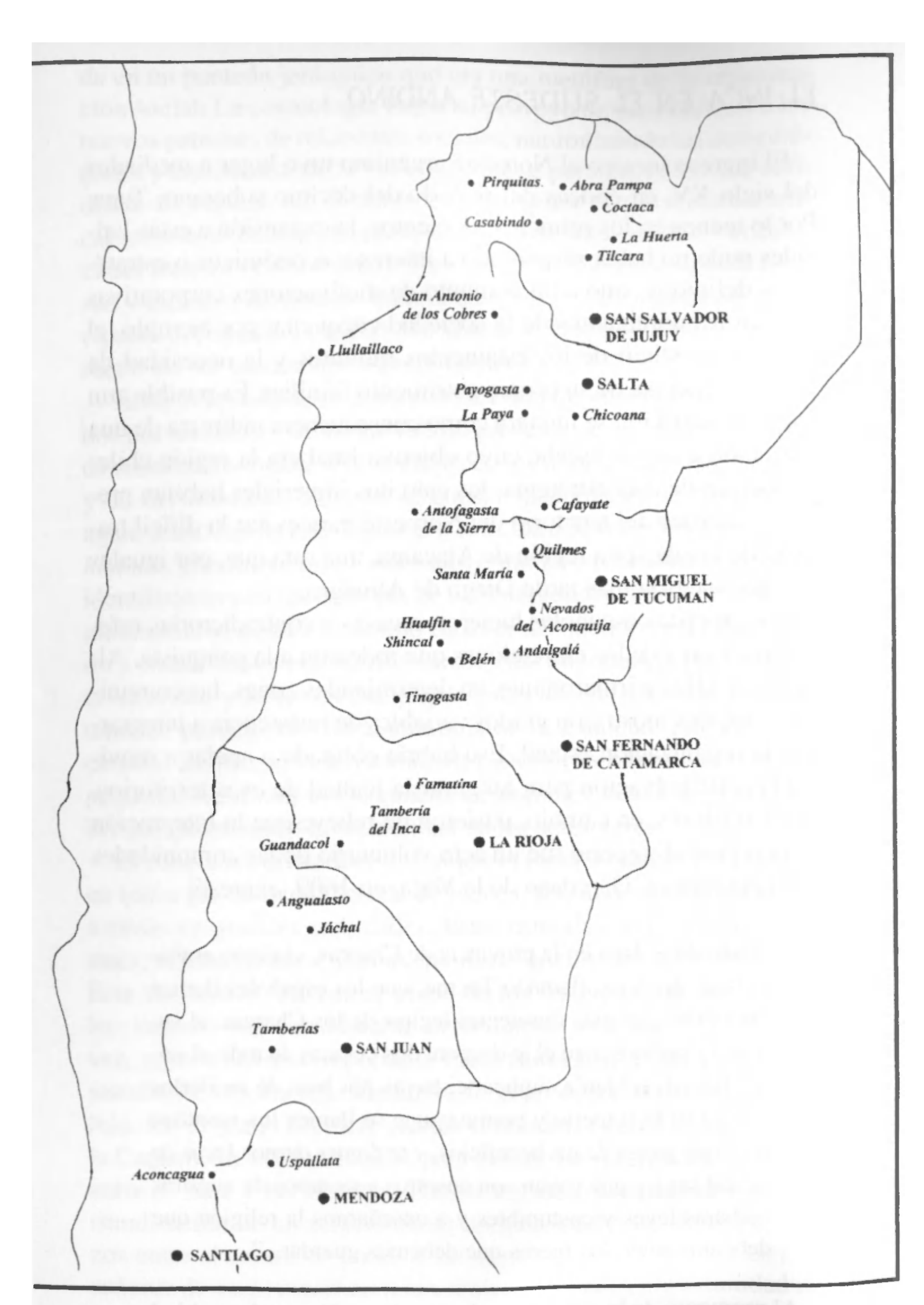
## EL INCA EN EL SUDESTE ANDINO

El ingreso incaico al Noroeste argentino tuvo lugar a mediados del siglo XV, en épocas del reinado del décimo soberano, Topa. Por lo menos en los primeros momentos, la expansión a estas latitudes pudo no haber respondido a intereses económicos o estratégicos definidos, sino a un conjunto de motivaciones corporativas de sectores dominantes de la sociedad cuzqueña: por ejemplo, el ansia de prestigio de los estamentos militares y la necesidad de Topa por hacerse de su propio patrimonio familiar. Es posible aun que la dominación se iniciara como consecuencia indirecta de una operación a mayor escala, cuyo objetivo final era la región chilena. Dentro de esta estrategia, los ejércitos imperiales habrían preferido el cruce del territorio del Noroeste para evitar la difícil travesía de la inhóspita región de Atacama, una ruta que, por iguales razones, elegiría más tarde Diego de Almagro.

Los cronistas españoles hicieron escasas y contradictorias referencias acerca de los entretelones que rodearon a la conquista. Algunos de ellos afirmaron que, en determinadas zonas, las comunidades locales mostraron grados variables de resistencia a integrarse a la organización estatal. Eso habría obligado a apelar a movimientos de población para asegurar la lealtad de esos territorios. Otros relatores, en cambio, pusieron de relieve que la integración de la región al imperio fue un acto voluntario de las comunidades que la poblaban. Garcilaso de la Vega, en 1609, expresó:

> "Estando el Inca en la provincia de Charcas, vinieron embajadores del reino llamado Tucma, que los españoles llaman Tucumán, que está doscientas leguas de los Charcas, al sureste, y puestos ante él le dijeron...los curacas de todo el reino Tucma, envían a suplicarte, hayas por bien de recibirlos debajo de tu imperio y permitas que se llamen tus vasallos, para que gozen de tus beneficios, y te dignes darnos Incas de tu real sangre que vayan con nosotros a sacarnos de nuestras bárbaras leyes y costumbres y a enseñarnos la religión que debemos tener, los fueros que debemos guardar...".

Al momento de los acontecimientos, la región estaba poblada por unidades sociopolíticas con distintos grados de integración y, por lo

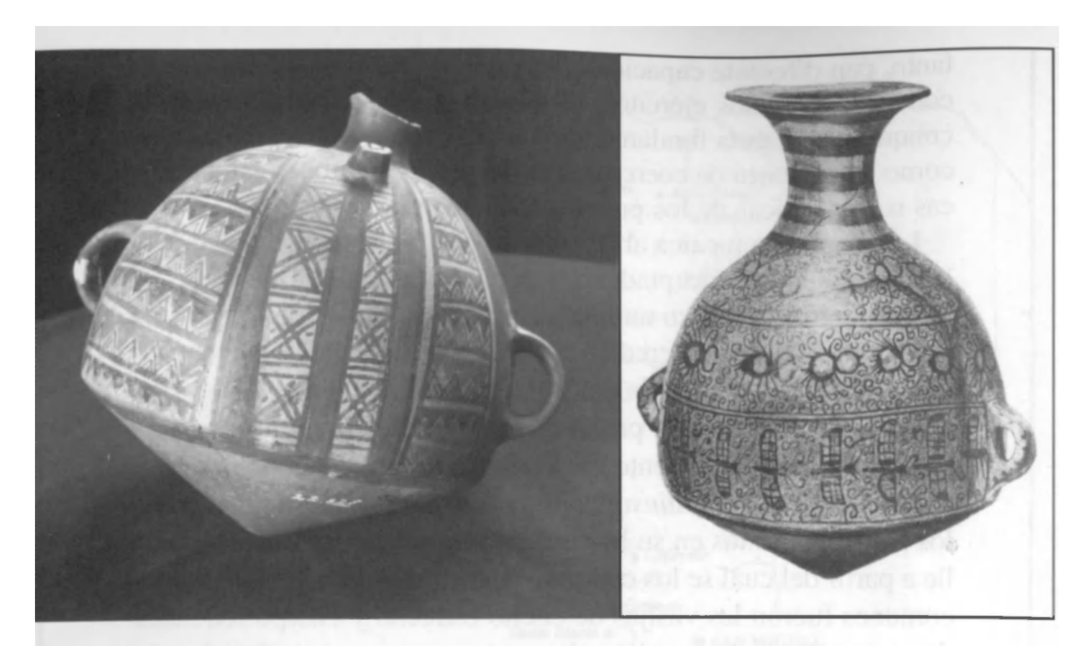



*Algunas instalaciones incaicas en el territorio argentino, enlazadas por la red vial.*

tanto, con diferente capacidad de respuesta ante un enfrentamiento con los entrenados ejércitos cuzqueños. En términos generales, la conquista se habría fundamentado tanto en maniobras diplomáticas como en acciones de coerción directa, según fueran las característi-cas sociopolíticas de los pueblos que iban siendo integrados.

La ocupación incaica abarcó menos de un siglo, de acuerdo con la cronología más aceptada. Sin embargo, en tan breve tiempo la presencia imperial tuvo un fuerte impacto en la vida de las sociedades locales, según lo acredita el rico registro arqueológico de artefactos y restos arquitectónicos. Uno de los elementos diagnósticos más conspicuos de esta presencia es la alfarería. En este sentido, piezas de tipos sumamente característicos ganaron popularidad en el territorio del *Tawantinsuyu*. Entre los más difundidos estuvieron los platos provistos en su borde de un apéndice ornitomorfo, detalle a partir del cual se los conoce como "platos pato". Otras formas comunes fueron las vasijas de cuello estrecho y cuerpo redondeado, con una amplia asa lateral y en ocasiones con pedestal, y los aríbalos, botellones ovoides, con base en punta, cuello estrecho, borde evertido y pequeñas asas laterales. Los aríbalos jugaron un importante papel como contenedores, no sólo para almacenar productos en un asentamiento sino también para su transporte a larga distancia. Las piezas, de paredes finas y superficies pulidas, solían decorarse en colores rojo, negro y blanco, con diseños geométricos conformando triángulos, cruces de malta, rombos, dameros y líneas quebradas, cruzadas o de "helechos". El estilo decorativo impresiona como severo pero realizado con notable precisión.

En la región no circularon muchas piezas que se ajustaran a las típicas del centro del imperio (llamadas de estilo cuzqueño), al igual que otros estilos como el denominado Inca Pacajes, originario de la cuenca sur del lago Titicaca. Por lo general, la alfarería fue realizada localmente, siguiendo los cánones dominantes pero introduciendo elementos decorativos autóctonos que condujeron a fundar estilos mixtos. Uno de los casos más claros para el Noroeste argentino fue el conocido como Inca Paya, identificado en el alto valle Calchaquí y que tuvo una amplia distribución, alcanzando zonas de Chile y Bolivia. La decoración se realizó en negro sobre rojo o sobre un engobe beige, previamente pulido. Los motivos eran triángulos, bandas con espiralados y reticulados y paneles triangulares en cuyo interior se dibujaba un animal con cuernos y cola enroscada. También se pintaban signos parecidos a letras E, cru-



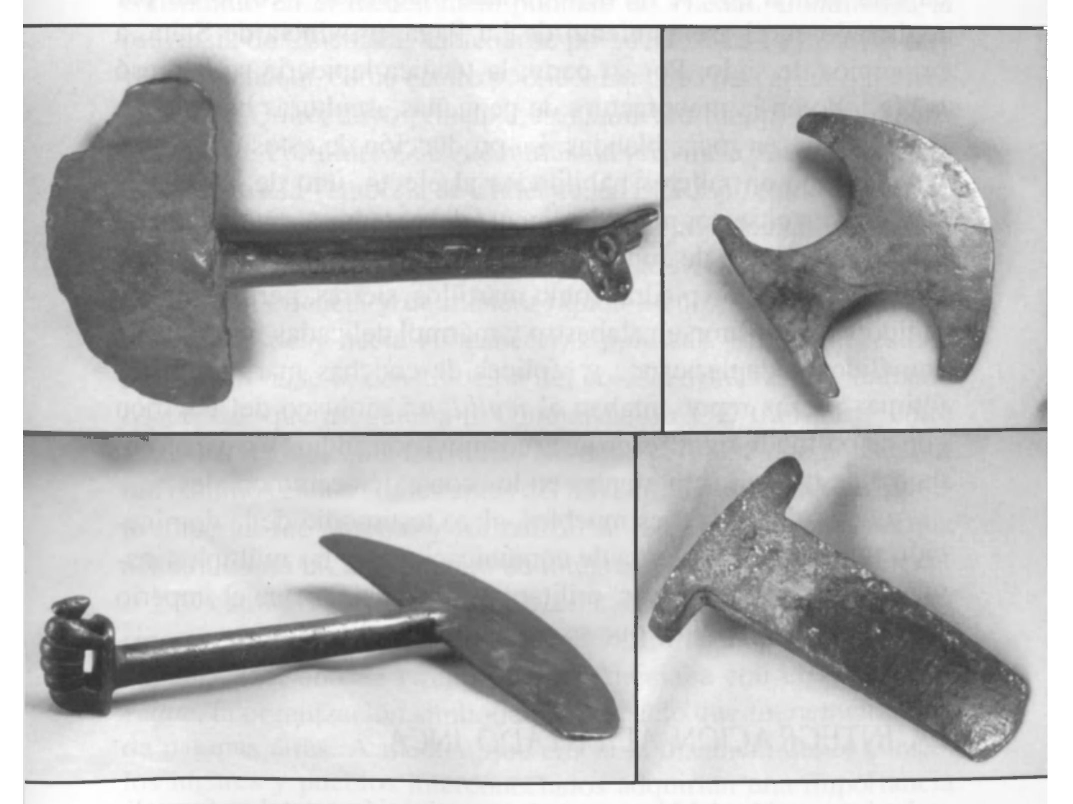
*Aríbalos Inca para transportar chicha en el Noroeste argentino. El vaso negro sobre blanco de la derecha es del pukara de Tilcara.*

ces, círculos y aves estilizadas. En esta época también se popularizaron otros estilos cerámicos basados en tradiciones locales, entre ellos el Famabalasto negro sobre rojo y al Yocavil policromo. Estos estilos, volcados en piezas de excelente factura y fina terminación, serían oriundos de la región santiagueña y habrían ingresado a la región valliserrana a partir del traslado de artesanos, en razón del interés del Inca por la calidad de los productos.

Considerando los metales, la influencia incaica se notó, sobre todo, en la incorporación de modelos nuevos a los locales. Es probable que la escala de producción de objetos de metal fuera incrementada pero no se aportaron innovaciones tecnológicas mayores. Uno de los mecanismos de integración cultural desplegados por el imperio en la región andina fue la difusión del bronce de cobre y estaño, desplazando el predominio del bronce de cobre y arsénico que se había desarrollado en momentos previos, en especial en lo que sería luego la zona septentrional del *Tawantinsuyu*. Además de algunas cualidades físicas y ópticas que acreditaba el nuevo material, el Estado podía controlar con eficacia su producción, a partir del dominio de los yacimientos de estaño. No obstante, el bronce estañífero era conocido y utilizado en el Noroeste argentino desde varios siglos antes. En algunos ámbitos de la región valliserrana

(como los valles de Yocavil y Belén y la quebrada de Humahuaca), los artesanos no sólo dominaban los secretos de la aleación sino que producían piezas de complejidad técnica y de gran tamaño, como discos, campanas y hachas con mango, además de una enorme variedad de herramientas, como cinceles, cuchillos y punzones.

Todas estas piezas continuaron manufacturándose, aunque con algunas modificaciones formales o en el tratamiento de la decoración. En los grandes discos, la ornamentación que incluía serpientes, rostros y figuras humanas y de animales realizados en líneas en relieve, tendió a ser trasladada desde el centro hacia el perímetro, con una reducción en el tamaño de los motivos. La estirpe incaica se manifestó en piezas que hasta ese momento no habían tenido atención en las sociedades locales. Uno de los tipos más característicos fueron los *tumi*, cuchillos de hoja semilunar y mango perpendicular que se desprendía del centro de la hoja. También



*Piezas de metal de la época imperial: tumi con cabecitas zoomorfas, hacha T y tipo ancla.*

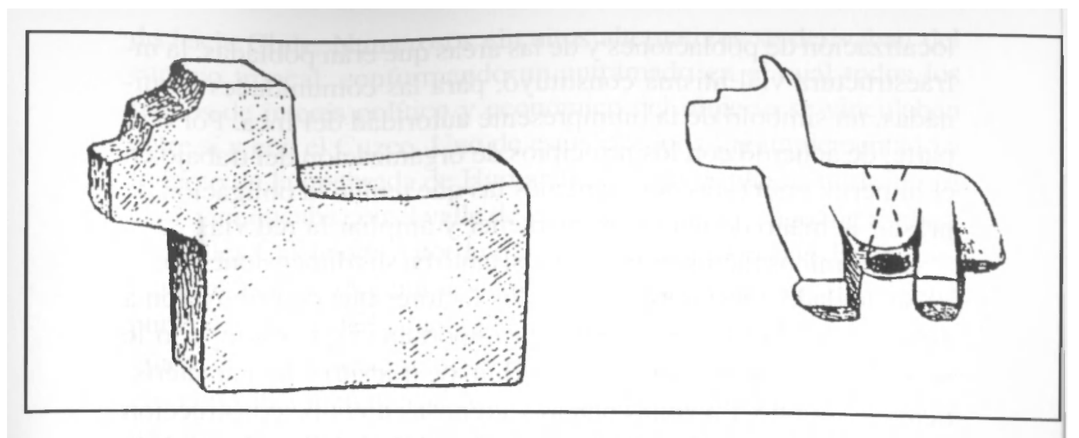
hicieron su aparición los *liwi*, pequeñas esferas sólidas a las que se ataban cordones y se utilizaban en cacería. Entre las hachas aparecieron nuevos sistemas de fijación a los mangos de madera, como en las denominadas "en T" y "en ancla". Otros elementos novedosos fueron las mazas estrelladas y los largos alfileres con cabeza conocidos como *topu*. Asimismo, se distribuyeron pequeñas figurillas zoomorfas y antropomorfas, por lo general realizadas en metales preciosos y que acreditaban un uso ceremonial.

Otros materiales utilizados en las artesanías indígenas fueron la madera y la piedra. Una clase de objeto que estuvo difundida en momentos incaicos fue el *kero*, un vaso de bordes evertidos y base plana, pero cuyo diseño reconocía modelos desarrollados con anterioridad en Tiwanaku. La decoración solía realizarse por grabado de líneas rectas en motivos geométricos y figurativos. En otros casos se aplicaban pinturas de colores verdes, rojos y ocres, en forma directa sobre las paredes lisas o previamente talladas, técnica esta última que se ha denominado "laqueado", como un par registrado en el asentamiento de La Paya, provincia de Salta, a principios de siglo. Por su parte, la técnica lapidaria se expresó sobre todo en la manufactura de pequeñas esculturas humanas o de animales, en rocas blandas. La producción de estos objetos se llevó a cabo en talleres habilitados al efecto, uno de los cuales funcionó en el sector más prominente del extenso asentamiento de Tilcara, provincia de Jujuy. En el lugar los artesanos, valiéndose de herramientas de piedra, como martillos, sierras, perforadores y pulidores, realizaron en alabastro y mármol delicadas figurillas de camélidos sudamericanos y réplicas de conchas marinas. Estas últimas piezas representaban al *mullu*, un molusco del Pacífico con un profundo significado en la cosmovisión andina y cuya ofrenda era de las más importantes en los contextos ceremoniales.

Además de los bienes muebles, claro testimonio de la dominación son la infraestructura de comunicaciones y las múltiples instalaciones administrativas, militares y productivas que el imperio fue fundando a medida que se expandía por el territorio.

## LA INTEGRACIÓN AL ESTADO INCA

La integración del Noroeste a la organización estatal se formalizó, desde lo administrativo, con la creación de cuatro provincias.



*Pequeñas esculturas que se producían en el taller de lapidario del pukara de Tilcara, registradas por P. Krapovickas. Museo Etnográfico.*

La más septentrional era la de Humahuaca, cuya capital se habría constituido en el mencionado poblado de Tilcara. Continuaba la provincia de Chicoana, habiéndose propuesto a La Paya, en el alto valle Calchaquí, como centro político. Un poco más al sur se extendía Quire Quire, cuyo principal asentamiento fue, probablemente, Tolombón. Por último, se encontraba la provincia Austral, que habría tenido a la Tambería de Chilecito, en La Rioja, como epicentro.

La dinámica de una organización compleja y extendida como el imperio Inca dependía, en gran medida, de su capacidad para movilizar con eficacia y de manera rápida bienes, personas e información desde y hacia las cabeceras políticas. En esa necesidad puede valorarse la construcción del colosal sistema vial, llamado *capacñan*, que aseguraba la comunicación y el transporte entre todas las regiones del territorio. No debe pensarse que no existieran caminos en los Andes antes del advenimiento incaico. El aporte imperial fue ampliar y formalizar la red vial de forma tal que actuara como un instrumento de integración política y simbólica.

Los caminos partían desde Cuzco hacia cada uno de los cuatro *suyu* en que estaba dividido el imperio. En las adyacencias de la capital, el diseño de circulación se vinculaba con el sistema de *ceque*, la organización simbólica del espacio que fuera mencionada páginas atrás. A medida que crecía la distancia desde Cuzco, los lugares y pueblos interconectados adquirían una importancia relativa de acuerdo con la posición que ocupaban en el trazado caminero. Además de operar como una estructura definitoria de la

localización de poblaciones y de las áreas que eran pobladas, la infraestructura vial misma constituyó, para las comunidades dominadas, un símbolo de la omnipresente autoridad del Inca. Por otra parte, de acuerdo con los principios de organización del trabajo en el imperio, eran estas comunidades las que tenían la obligación de prestar la mano de obra para mantener y ampliar la red vial.

Los caminos fueron muy variados, tanto en sus dimensiones como en su cuidado constructivo. Entre los factores que contribuyeron a esta variabilidad se encontraban la importancia que el imperio le otorgaba a la región atravesada, el flujo de tránsito y las características del terreno. En zonas planas y arenosas no hubo construcción formal más que una franja despejada, o con límites laterales marcados con alineamientos de postes de madera o piedras. En otros casos, el despedregamiento del trazado fue aprovechado para levantar muros bajos a los costados. También solían erigirse paredes cuando el camino atravesaba laderas o tierras agrícolas y en algunos tramos la calzada se pavimentaba con lajas o rodados de río.

Si bien el trazado ideal se basaba en líneas rectas, la complicada topografía andina no siempre lo permitía. Uno de los mayores desafíos que enfrentaron los ingenieros incaicos fue el de vencer las cuestas, cañadones y otros accidentes geográficos, para lo cual fueron implementadas diversas soluciones y combinaciones de obras. Cuando las pendientes no eran demasiado empinadas, el camino se trazaba linealmente a modo de una rampa. En caso de pendientes fuertes, se planeaba un recorrido en zig-zag o se construían escalerados de piedra o tallados en el terreno. Muchas veces se excavaban o rellenaban las laderas de las montañas. Para el cruce de ríos caudalosos o quebradas profundas, cuando ninguna solución era viable, se apeló a la construcción de puentes de troncos o de cuerdas.

En el Noroeste argentino, la red vial alcanzó alrededor de 2.000 km de extensión y estuvo estructurada en torno a un camino troncal, con tendencia norte-sur, al que accedían caminos secundarios transversales. La ruta principal ingresaba al territorio por las tierras altas puneñas, como continuación del llamado "camino de la sierra" para diferenciarlo del "camino de la costa", que penetraba en Chile desde el sur de Perú. La traza serrana descendía a los valles Calchaquíes en el abra de Acay, en el límite de las provincias de Jujuy y Salta. A partir de allí continuaba con un itinerario muy similar al de la actual ruta 40, a través de sectores de Salta, Tucumán y Catamarca, virando luego hacia la cordillera de los Andes y cruzan-

do hacia Chile. Numerosos circuitos alternativos se derivaban del camino troncal, conformando un entramado en el cual todos los puntos de interés político y económico del imperio se vinculaban entre sí y con el Cuzco. Uno de estos circuitos fue implementado a lo largo de la quebrada de Humahuaca, en la provincia de Jujuy, el cual comunicaba con el valle de Lerma, en Salta y luego ingresaba a los valles Calchaquíes por la quebrada de Las Conchas. En la misma zona, los valles centrales de Salta se conectaban con el altiplano puneño a través de la quebrada del Toro. En Punta de Balasto, provincia de Catamarca, se desprendía un ramal que atravesaba los ricos depósitos metalíferos de la sierra de Capillitas. También había una ruta que conducía a las minas de Famatina, en La Rioja, y que continuaba luego hacia Guandacol y Angualasto en San Juan y más al sur hasta Tambillos y Ranchillos, en Mendoza. Desde allí se cruzaba la cordillera rumbo a Chile, a la altura del imponente Aconcagua.

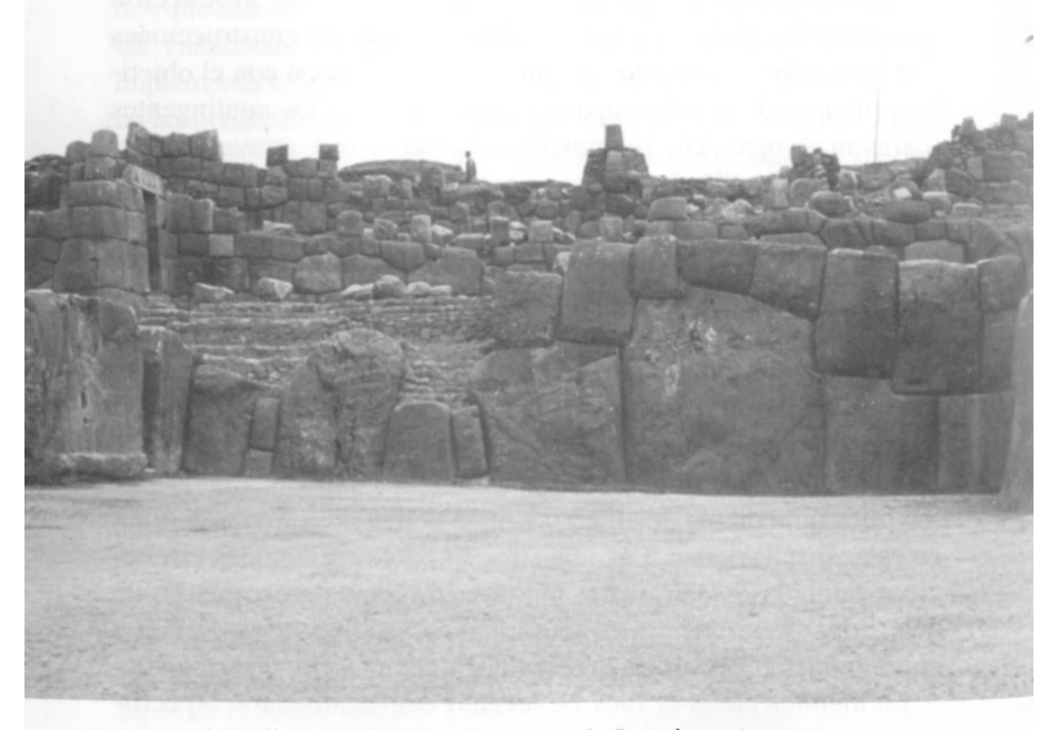
En el diseño de la red vial no sólo fueron atendidos los específicos intereses económicos del gobierno central sino también la importancia estratégica y sociopolítica regional. Instalaciones de distinta envergadura, como *tambo*, guarniciones militares (*pukara*), centros administrativos, de almacenamiento y de producción jalonaban las rutas. Los *tambo* eran conjuntos de construcciones que, al modo de las postas coloniales, se levantaron con el objetivo principal de brindar reparo y aprovisionar a los contingentes (caravanas, ejércitos, funcionarios, correos) que atravesaban el territorio. Más allá de ciertos principios básicos, las características constructivas y la organización interna de estos asentamientos fueron variadas, de acuerdo con la importancia y funciones que, para el Estado, representaba cada una de las instalaciones.

En términos generales, el equivalente a una jornada de marcha separaba a un *tambo* de otro, lo que, según las características del terreno, podía representar una distancia de entre 15 y 25 km. No obstante, no eran raros los casos en los que las instalaciones no se alejaban más de media docena de kilómetros entre sí. Además de los fines inmediatos de albergue, otras actividades tuvieron lugar en estas instalaciones. Los ubicados en puntos regionales estratégicos también constituyeron puestos administrativos a cargo de delegados imperiales e incluso algunos estuvieron asociados a guarniciones militares que controlaban el territorio circundante.

En algunos casos el Inca no levantó emplazamientos específicos sino que se apoderó de sectores de poblados ya existentes, los

que fueron remodelados en parte, como ocurrió en Tilcara y La Huerta, en la provincia de Jujuy. Dentro del extenso asentamiento conglomerado de La Paya, provincia de Salta, fue erigida una construcción conocida como la Casa Morada, aludiendo al uso de piedras rojizas, en la cual se emplearon técnicas que se diferenciaban de las locales aplicadas en el resto del poblado. Asociados a la construcción se habilitaron dos patios y varias unidades de almacenamiento. En el poblado de Fuerte Quemado, valle de Yocavil, un amplio sector de construcciones, adyacente a los edificios autóctonos, fue erigido en la cota más baja del terreno, en directa asociación con la traza del camino imperial. En el mismo valle, unos 40 km al sur, durante la ocupación Inca se levantó una gran plaza amurallada al pie del cerro Mendocino, un poblado fortificado construido en los siglos anteriores.

Los arquitectos incaicos mostraron una gran flexibilidad a la hora de encarar la construcción de los asentamientos. No obstante, se encargaron de difundir por el territorio imperial un conjunto de elementos arquitectónicos que, así como resultaron adecuados a la

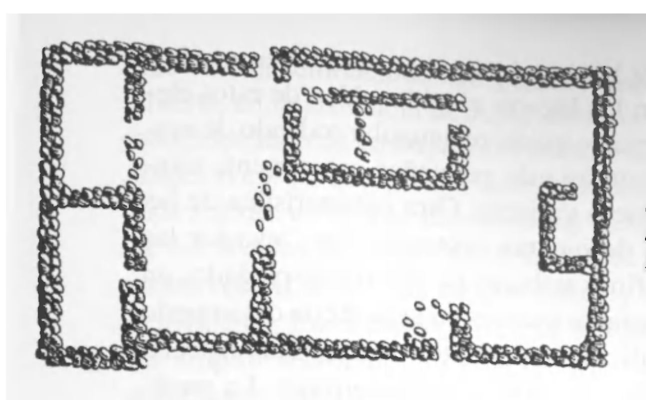


*Murallas ciclópeas de la fortaleza de Sacsahuamán, Cuzco.*

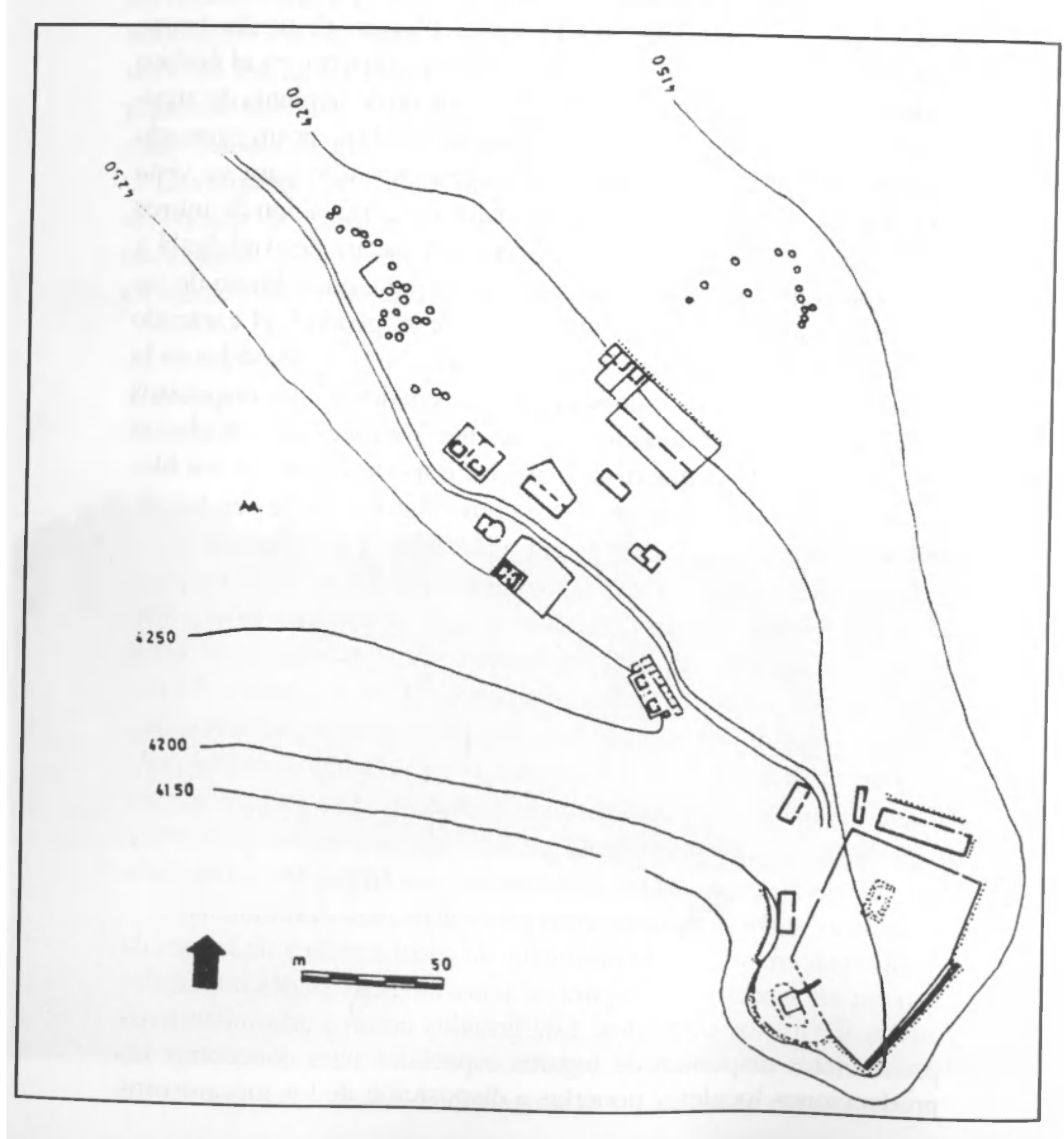
funcionalidad prevista para las instalaciones, contribuyeron a imprimir la marca imperial en los lugares elegidos. Uno de estos elementos fue la *kancha*, un gran espacio rectangular rodeado de muros que solía incluir estructuras más pequeñas, usualmente también rectangulares, en número variable. Otra característica de las construcciones fue el uso de piedras canteadas para levantar las paredes. No obstante, los finos trabajos de sillería desplegados en el área de Cuzco fueron bastante escasos en la periferia del imperio y quedaron limitados a edificios importantes o estructuras especiales como canales o murallas de contención de terrenos. La predilección por la forma trapezoidal para los bloques de piedra manifestada en los muros de la región central del imperio, en el ámbito sudandino parece haberse trasladado al diseño de la planta de algunas edificaciones. Asimismo, la tendencia fue utilizar un canteado expeditivo, con preparación de las superficies sólo para su vista exterior. Algunos de los mejores trabajos de terminación de muros fueron desarrollados en construcciones del pucará de Andalgalá y del establecimiento de Nevados del Aconquija, en el límite de las provincias de Tucumán y Catamarca. Por lo general, el canteado fue combinado con las técnicas constructivas locales, basadas en la confección de gruesos muros a partir de rodados o lajas dispuestos en dos hileras con relleno interior de ripio. A veces se aplicaba un revoque de barro, el que disimulaba las imperfecciones de los bloques de los muros, cuyo perfil, así como algunos nichos en las paredes interiores y los vanos de entrada, tendía a ser trapezoidal.

En algunos edificios se disponían techos a dos aguas de paja, sostenidos interiormente con postes y vigas de madera. Estas construcciones se conocían como *kallanka* y eran características de los *tambo* más importantes y de establecimientos más grandes. Se trataba de recintos rectangulares y sin subdivisiones interiores, que alcanzaban hasta más de 30 m de largo pero con un ancho bastante menor. A partir de la información etnohistórica se conoce que estas construcciones no constituían habitaciones de uso permanente, sino que servían como alojamiento para tropas o contingentes en tránsito y, en ocasiones, eran escenarios para ceremonias.

El almacenamiento de productos de subsistencia y de bienes de uso era un aspecto crítico para sostener las actividades imperiales en los territorios ocupados. Los grandes centros administrativos provinciales disponían de lugares especiales para concentrar las producciones locales y ponerlas a disposición de los mecanismos



A la izquierda: *Planta de edificio inca en el Noroeste argentino, Punta de Balasto, Catamarca, según C. Bruch.* Abajo: *Sitio de los Nevados del Aconquija, planta del sector SE, Catamarca, según Hyslop y Schobinger.*



de movilización de alcance regional o macrorregional previstos al efecto. Disponer de reservas era también una de las funciones de los *tambo* para asistir a los viajeros que accedían a las instalaciones, mantener al personal de servicio permanente y organizar las ceremonias de agasajo a los líderes locales. Las construcciones para almacenaje, denominadas *collca*, con frecuencia adoptaban una planta circular, con un diámetro en torno a los dos o tres metros y se agrupaban en número de unas pocas a cientos.

Algunos depósitos en el Noroeste fueron muy importantes. Las crónicas mencionan que el ejército de Diego de Almagro, formado por 500 españoles y más de 5.000 indios amigos, subsistió dos meses saqueando los alimentos almacenados en las *collca* de Chicoana, en los valles Calchaquíes, y que sumaban 2.000 fanegas de granos. En Los Graneros, provincia de Salta, debajo de un alero de 35 m de largo se edificaron silos de plantas rectangulares y circulares utilizando adobes, los que contuvieron alrededor de 56 $m^3$ de maíz y porotos. En el valle de Lerma, en la misma provincia, se construyó un colosal centro de almacenamiento constituido por cerca de 1.500 estructuras de planta circular. También en Yacoraite, quebrada de Humahuaca, los depósitos alcanzaron una gran capacidad, habiéndose construido quince estructuras de planta rectangular, sin puertas, a las que se accedía por escalerados dispuestos en los costados. Los corrales también fueron construcciones dedicadas al almacenamiento de productos, en este caso de rebaños de llamas. Este animal fue de fundamental importancia en la organización económica del Estado, en especial por su lana y como bestia de carga que permitía instrumentar los extensos circuitos caravaneros que movilizaban productos de un extremo al otro del territorio dominado. Si bien los corrales de momentos imperiales no difirieron en cuanto a sus características constructivas respecto de los que venían utilizando las comunidades locales, hubo una tendencia a edificarlos junto a las vías de tránsito.

Además de los *tambo* y los centros administrativos, establecimientos más pequeños jalonaban los caminos. Por lo general estaban dedicados a una función exclusiva, como los denominados *chaskiwasi*, vinculados con el sistema de correos imperial. Este servicio se basaba en corredores que iban pasando mensajes o pequeños objetos desde y hacia los centros de decisión, en cuestión de pocos días. La combinación de postas y mensajeros permitía cubrir unos 240 km en una jornada. Los *chaskiwasi* solían consis-

tir en unas pocas habitaciones rectangulares, donde vivía un núcleo familiar siempre atento a la llegada de un corredor con su misión. Las postas estaban distanciadas en forma variable, entre 1,5 y 8 km, teniendo en cuenta el esfuerzo que debía desplegar el corredor según el terreno fuera llano o en pendiente.

El incario se preocupó, asimismo, por establecer guarniciones militares que resguardaran los territorios conquistados de intromisiones externas o de rebeliones internas. En el Noroeste argentino se levantaron fortalezas en la frontera oriental que limitaba con las tierras bajas chaco-santiagueñas, habitadas por grupos cazadores seminómades, como los belicosos lules. Una de las instalaciones más importantes fue el pucará de Andalgalá, erigido sobre un cerro que dominaba la planicie del Campo del Pucará, en la provincia de Catamarca. La estratégica localización permitía controlar el tránsito desde las tierras bajas del valle de Catamarca hacia las áreas de Hualfín y Santa María. La fortaleza contaba con 3 km de murallas, que en algunos sectores alcanzaban una altura de 4 m y fueron levantadas con lajas asentadas con barro. Troneras, estrechas puertas y banquetas del lado interior permitían el trabajo eficiente de los guardianes.

Otro extenso poblado que, entre otras actividades, estuvo vinculado con la defensa de la frontera fue el de Nevados del Aconquija, a 4.200 m de altura en las cumbres que separan las provincias de Tucumán y Catamarca. Las edificaciones fueron agrupadas en dos sectores conectados por una calzada empedrada. En uno de ellos, dentro de una gran plaza cuyo flanco oriental se asoma al abismo, fue levantada una imponente plataforma recubierta con piedras trabajadas, que constituyó el *ushnu* del emplazamiento. El *ushnu* era una construcción característica de los establecimientos imperiales más importantes y simbolizaba la autoridad del poder central. En el Cuzco, era el lugar que ocupaba el soberano para conducir las ceremonias calendáricas. Pero otra de sus funciones era la de servir para las observaciones astronómicas que informaban sobre los momentos del año en que debían dar comienzo los trabajos comunitarios. El ciclo agrícola se inauguraba en forma oficial cada 18 de agosto, día en el cual el Sol y la Luna se encontraban en oposición, el uno en el cenit y la otra en el nadir. En esa fecha, al mediodía el Sol pasaba directamente por encima del *ushnu*, mientras que a la medianoche lo hacía la Luna. Hacia 1580, un cronista anónimo señalaba:

"...y entrando el Sol por los dos Pilares de en medio, era el punto y tiempo general de sembrar en el Cuzco, y era siempre en el mes de Agosto. Es ansi, que, para tomar el punto del Sol entre los dos pilares de en medio tenían otro pilar en medio de la placa, pilar de piedra muy labrada, de un estado de alto, en un paraje señalado al propósito que nombraban Osno, y desde allí tomaban el punto del Sol en medio de los dos Pilares, y estando ajustado, era el tiempo general de sembrar en los valles del Cuzco y su comarca..." .

También hubo instalaciones defensivas al interior de las regiones dominadas, destinados al control militar de las sociedades locales. La erección de sitios con características defensivas era una práctica común en momentos previos al Inca, fundamentada en la conflictiva competencia por la hegemonía de territorios entre las distintas unidades sociopolíticas. Al parecer, el Inca prefirió no reocupar estos sitios sino, por el contrario, desalojarlos y fundar nuevas fortalezas, seleccionando terrenos que permitieran un control efectivo de los caminos y de los asentamientos asociados a ellos.

Más dispersos en el territorio pero siempre asociados con las vías de tránsito, fueron erigidos establecimientos de mayor extensión y complejidad edilicia, que funcionaron como centros administrativos y de organización de las prestaciones de trabajo de las comunidades locales. Al modo de pequeñas capitales provinciales, en su construcción se aplicó una planificación que trataba de reproducir, a menor escala, las características del centro cívico de Cuzco. En algunos de estos establecimientos se levantaba más de una *kallanka* y más de una *kancha* e importantes conjuntos de *collca*, además de una variedad de recintos rectangulares en los que se llevaban a cabo distintas actividades. Los centros administrativos constituían piezas clave dentro del andamiaje político y económico estatal. Así como albergaban a los delegados políticos y sus equipos de funcionarios, también operaban como puntos de concentración de los bienes y alimentos producidos por las prestaciones de trabajo en los territorios dominados. A la vera del camino troncal que comunicaba el Noroeste con Chile, el asentamiento de Hualfín incluyó una gran plaza que albergaba varios recintos complejos, un torreón ceremonial, una *kallanka* de 19 m de largo y un *ushnu* con tres escalones de acceso. En otros sectores del

establecimiento, además de varios recintos rectangulares, se construyeron una veintena de *collca* circulares, así como otra *kallanka* un poco más grande que la anterior. Una de las más cuidadas instalaciones administrativas del Noroeste fue Shincal que, con un centenar de edificios levantados con piedra canteada afirmada con barro, llegó a cubrir 21 ha de terreno. La plaza principal, de 190 m de largo, se encontraba sobreelevada respecto del resto de los edificios y se asociaba a cinco *kallanka,* veinte *collca* de planta circular y un acueducto de 3 km de largo. La importancia política que acreditó el asentamiento quedó plasmada en la magnificencia de su *ushnu*, el más grande construido al sur del Cuzco, y que consistía en una plataforma rectangular de 16 m de lado a la que se accedía con una escalinata de nueve peldaños. Dos cerritos cercanos a la plaza fueron transformados en espacios ceremoniales mediante el aplanamiento de sus cimas y la construcción de paramentos y escaleras de piedras en sus flancos.



*Escalera del* unshu *del establecimiento Inca de Shincal, Catamarca.*

## LA PRODUCCIÓN DE ALIMENTOS Y BIENES ARTESANALES

El sostenimiento del personal administrativo del Estado y de los trabajadores temporales afectados a las distintas obras de infraestructura exigía disponer de abundantes excedentes alimentarios. De tal forma, la explotación de los recursos de la tierra fue impulsada con todo vigor en aquellos puntos del Noroeste que presentaban condiciones favorables. En el área de Coctaca-Rodero, al norte de Humahuaca, los cuadros y terrazas de cultivo, canales de riego y represas fueron ampliados hasta cubrir más de 6.000 ha. La atención de las labores estuvo a cargo de trabajadores que acudían en forma estacional desde las comunidades circundantes en cumplimiento de los turnos rotativos de trabajo. El potencial productivo del complejo fue tan grande que no sólo cubría las necesidades de la organización estatal en la región sino que además posibilitaba movilizar alimentos hacia zonas menos productivas. Al igual que en la explotación agrícola, la ocupación imperial implicó también una racionalización de los recursos ganaderos, llama y alpaca. En el extenso asentamiento de La Huerta, ubicado en la porción central de la quebrada de Humahuaca, en momentos preincaicos el manejo de los animales estuvo orientado hacia la matanza para el consumo de la carne. Pero durante la administración cuzqueña, el énfasis se colocó en la explotación del ganado por su lana y para el transporte de cargas. El consumo de carne habría quedado, entonces, restringido a ciertos sectores sociales, como las elites políticas y el ejército.

Algunos centros administrativos también actuaron como sitios de producción de bienes artesanales de interés político y económico, y en ocasiones albergó a cierto número de trabajadores trasladados desde otros lugares para cumplir esas tareas específicas. Entre estos bienes se contaba la alfarería, material que, por su intenso uso y fragilidad, requería de una producción permanente y organizada. Los recipientes de cerámica eran importantes para el almacenamiento y el transporte de variadas sustancias y también como vajilla en las actividades cotidianas. En un aspecto de no menor relevancia, constituían objetos de alto consumo en acompañamientos funerarios y en el sistema de regalos que el imperio implementaba hacia sus leales. Un importante centro de producción cerámica al servicio del Estado fue el de Potrero-Chaquiago, en la pro-

vincia de Catamarca. En el lugar, además de amplios sectores de cuadros de cultivo, canales y represas, se dispusieron tres núcleos de construcciones, en uno de los cuales fue montado un taller alfarero pero en el que también se desarrollaron trabajos de tejeduría y con plumas de falcónidos.

Uno de los principales intereses atendidos durante la ocupación incaica fue el aprovechamiento de los depósitos de minerales metalíferos de la región y, sobre todo, de valerse de la idoneidad técnica de los artesanos locales para procesarlos y producir bienes de excelente factura. En algunos lugares del área valliserrana la producción de objetos de metal se había establecido con firmeza desde varios siglos antes de la formación del *Tawantinsuyu*, con un perfecto dominio de la aleación de bronce estañífero y el Estado sólo necesitó aprovechar el entrenamiento con el que ya contaban los metalurgistas para impulsar un notable aumento en la escala de producción. Con este objetivo se impuso el uso de un horno de fundición, conocido como *huayra* (viento), sobre el que varios cronistas dejaron referencias y que acreditaba un singular rendimiento, al punto que durante los primeros años de explotación del cerro Rico de Potosí, miles de estos aparatos fueron utilizados por la administración colonial.

El mayor volumen del metal obtenido fue utilizado en la manufactura de objetos suntuarios. Estos objetos acreditaban un alto valor político y simbólico que residió no sólo en sus aspectos formales sino también en la inversión de trabajo que requería su producción, tanto en la obtención de las materias primas y su transformación como en el entrenamiento y la dedicación que acreditaban los especialistas que intervenían en las labores. Para las elites dominantes de las sociedades estratificadas andinas, de las cuales el imperio fue la versión más elaborada, el control de la producción y de la distribución social de estos bienes constituyó un objetivo principal a los fines de apuntalar la creación, legitimación y reproducción de las condiciones de dominación. El oro y la plata eran de propiedad "natural" del Inca pero también el cobre y el bronce ingresaron al sistema redistributivo imperial como bienes especiales, aptos para intervenir en el intercambio de dones y contradones que establecían y reforzaban alianzas y lealtades con los líderes de las distintas parcialidades sometidas. Uno de los mitos fundacionales de la saga incaica decía que el Sol había puesto tres huevos, uno de oro, otro de plata y un tercero de cobre, los que habían dado origen,

respectivamente, a la clase gobernante, sus mujeres y la gente del común. El trabajo metalúrgico estaba cargado de simbolismos y conexiones con el mundo sobrenatural. El término *mama*, que en los idiomas quechua y aymara se relacionaba con la maternidad de las cosas, también significaba metal precioso. Las minas eran consideradas *huaca* de extremo poder. Hacia 1580, Cristóbal de Albornoz dejó constancia del comportamiento ritual de los mineros:

> "Han escogido las más hermosas piedras de los metales y los han guardado y guardan y los mochan llamándolas madres de tales minas. Y, primero que los vayan a labrar, el día que han de trabajar mochan y beben a la tal piedra llamándola mama de lo que trabajan, he descubierto muchos de ellos en todas las partes donde hay minas, en tierras de Guamanga".

El trabajo en las minas formaba parte de los turnos rotativos a los que estaban sujetos todos los habitantes del imperio. La mano de obra podía estar provista tanto por las poblaciones locales como por contingentes especialmente movilizados desde otras regiones pero, en todos los casos, inspectores del imperio supervisaban la producción. Así lo consignó Polo de Ondegardo en 1561:

> "Cuando los indios iban a las minas, había personas que los acompañaban con el objeto de recolectar el oro que encontraban, no importaba cuan pequeña o grande fuera la cantidad, debido a que ellos sólo estaban obligados a proporcionar su trabajo, y los indios entonces nunca sabían cuanto oro amontonaban y ninguno osaba tomar el más pequeño trozo para sí mismo".

La apertura de las galerías para extraer los minerales era una tarea dura y peligrosa. Si bien en algunas localidades el largo de los túneles superaba el medio centenar de metros, por lo general la incomodidad y la falta de iluminación y de aire fresco limitaban la escala de la explotación. Una descripción legada por Sancho de la Hoz, de 1534, es ilustrativa al respecto:

> "Están las minas en la caja de un río, a la mitad de altura, hechas a modo de cuevas, a cuya boca entran a escarbar la tierra y la escarban con cuernos de ciervo y la sacan afuera

con ciertos cueros cosidos en forma de sacos o de odres de pieles de obejas...Las minas entran mucho en la tierra, unas diez brazas (18 m) y otras veinte (36 m). Y la mina mayor que se llama Guarnacabo entra cuarenta brazas (72 m). No tiene luz ninguna, ni más anchura para que pueda entrar una persona agachada y hasta que ésta no sale no puede entrar ningún otro".

Uno de los centros metalúrgicos más activos fue Quillay, en el valle de Hualfín, erigido en las cercanías de potentes depósitos de cobre, oro, plata y estaño, como Capillitas y La Alumbrera. Contaba con catorce hornos de fundición con paredes de adobe, planta circular y una altura que llegaba a los 2 m. Los operarios que allí trabajaban, alrededor de medio centenar, residían en el mismo lugar. En las cercanías del *tambo* de Punta de Balasto también operó una planta de procesamiento metalúrgico, para la cual se construyó un canal empedrado de casi un kilómetro de largo que captaba las aguas del río Santa María y las llevaba hasta la fundición para utilizarlas en el lavado y concentración de los minerales. En La Encrucijada, al norte de La Poma, en Salta, a la vera del "camino de la sierra" se levantó un conjunto de cuatro hornos de fundición, realizados con piedras unidas con barro. Las estructuras, circulares y con algo menos de 1 m de altura, disponían en sus paredes de agujeros de ventilación para inducir las altas temperaturas que requería la reducción de los minerales metálicos.

La información histórica colonial con frecuencia menciona que algunos ricos yacimientos minerales, como los de las zonas de Famatina en La Rioja, Capillitas e Incahuasi en Catamarca, y San Antonio de los Cobres, en Salta, fueron explotados por los Inca. En la mayoría de los casos, las labores fueron reocupadas en los siglos que siguieron y la explotación industrial destruyó las evidencias arqueológicas. Las menas metálicas eran procesadas y una parte del metal obtenido se convertía en objetos en los talleres locales. Pero otra importante porción era trasladada hacia el centro del imperio. En Potrero de Payogasta, provincia de Salta, donde fue instalado uno de estos talleres y en el cual se trabajaba oro y cobre, se moldeaban pequeñas barras para su posterior transporte. Otro taller operó en Rincón Chico, valle de Yocavil. En este caso, la producción metalúrgica en el lugar se remontaba a algunos siglos antes de la ocupación incaica. Los administradores cuzqueños sólo incre-

mentaron la escala de actividades y, si bien continuaron fabricándose piezas de estilo local, fue incorporada la manufactura de lingotes que se movilizaban a través de caravanas. Un registro de este movimiento de metales fue realizado hacia 1587 por el entonces Gobernador del Tucumán, Juan Ramírez de Velazco:

> "De estos Ingas de César he oído decir que eran los que estaban poblados en Londres, que cobraran en oro y plata los tributos y los mandaban al Inga del Cuzco sacados de las minas de este Londres y que al tiempo que pasó el adelantado Almagro al reino de Chile, estos Ingas enviaban una parte del tributo a su señor el Inga en noventa andas, que llaman acá anganillas y cada anganilla llevaban en hombros veinte o treinta indios y para remuda y su guarda llevaban cuatro veces tantos indios. Que el oro lo llevaban en tejuelos marcados con la marca del Inga y cada tejuelo pesaba sesenta y dos pesos de oro. Y marchaban por el camino real Inga de cincuenta pies de ancho, labrado a mano y pasaba por el tambo del Toro."

## LAS CUMBRES SAGRADAS

La dominación del territorio por parte del Estado no sólo se basó en el despliegue de instalaciones y la implantación de su organización económica y administrativa. También se acudió a la manipulación del sistema de representaciones de la realidad para naturalizar y legitimar aquella dominación. Muchos de los elementos de la nueva ideología se encontraban ya vigentes en las sociedades andinas. El Inca redefinió y reorganizó estos elementos, otorgándoles una nueva significación funcional a los intereses estatales. Era costumbre de las comunidades sudandinas levantar apachetas, montículos de piedras emplazados en ciertos puntos de los circuitos de tránsito cargados de sacralidad, como intersecciones o pasos montañosos. En estas construcciones los caminantes efectuaban pequeñas ofrendas (hojas de coca, bebidas, alimentos) a su paso. La organización política cuzqueña sistematizó estas prácticas, incorporándolas al repertorio de mecanismos tendientes a homogeneizar las manifestaciones culturales del vasto imperio. Como consecuencia, en los puntos más conspicuos de la red vial los apilamientos de piedras llegaron a alcanzar grandes dimensiones y, por asocia-

ción, contribuyeron a manifestar la omnipresencia del poder central.

De mayor escala y trascendencia fueron las actividades ceremoniales que tuvieron como escenario a los picos más elevados de los Andes meridionales, en las que, además de las ofrendas de valiosos objetos, en ocasiones se sacrificaban personas. Las montañas constituían elementos de gran peso en el universo mítico sudandino. Fernando de Avendaño, en 1617, informaba que:



*atuillas antropomorfas, manufacturadas en etales preciosos, que se ofrendaban en los itios ceremoniales de altura, cerro Galán. Museo Etnográfico.*

> "Adoran los indios dos géneros de ídolos, unos fijos como son cerros y peñascos y cumbres altas de la sierra nevada...ofrecían sacrificios de conejos, que llaman 'cuy', y corderos de la tierra, y asperjaban al ídolo con la sangre de ellos, y con la uña del dedo pulgar degollaban un 'cuy', para ver como porque parte de las entrañas corría la sangre, de donde tomaban indicio los hechiceros".

Cada comunidad reconocía una elevación particular a la cual se le atribuía ser la morada de sus antepasados. Pero, además, las cumbres eran el ámbito de un conjunto de seres sobrenaturales, como *Pachamama*, *Anchanchu* y *Awichi*, todos los cuales podían intervenir en los asuntos cotidianos, tanto de forma beneficiosa como dañina. Los hombres se conectaban con estas potencias siguiendo los principios de reciprocidad que regían en las relaciones de todos los días. Las actitudes respetuosas para con ellas y las ofrendas eran la manera de ganar su voluntad y colaboración en los emprendimientos personales o comunitarios.

Por otro lado, se les otorgaba a las montañas un protagonismo

central en el devenir de los ciclos de la naturaleza, promoviendo la reproducción de los seres vivos, en especial como fuente generadora del agua. A comienzos del mes de agosto, cuando en la región sudandina finaliza la temporada de seca y se inicia la de las lluvias, se consideraba que las montañas estaban "vivas". Era necesario, entonces, implementar elaboradas ceremonias que aseguraran la renovación de las aguas imprescindibles para los cultivos y, por extensión, para multiplicar el ganado. Estas ceremonias solían incluir peregrinajes hasta las cimas de los cerros sagrados. Sobre este sustrato de creencias, el Estado cuzqueño impuso las formas religiosas oficiales que, además del Sol, reconocían el culto a Illapa, la deidad que controlaba los fenómenos meteorológicos como las lluvias, los rayos y las nevadas.

Para transformar la ideología sudandina en otra herramienta de dominación, el incario amplificó el ceremonialismo y se apropió del papel de intermediario ante las potencias del más allá. El sacrificio humano, en particular de niños, representaba el máximo regalo que podía ser elevado a los regidores del universo. En el centro del imperio, era el mismo soberano Inca el que conducía los rituales calendáricos, como los de la época de siembra y de cosecha. Antonio de Herrera comunicaba en 1610 lo siguiente:

> "Estos indios...acostumbraban asimismo sacrificar niños inocentes cuando acababan de coger la sementera, que es en el mes de Agosto los de la sierra...en el cual tiempo se disponían para cultivar la tierra para el año futuro, y esto no todos los años, sino cuando habían que el tiempo no era bueno y a su propósito, y entre el año ofreciéndose alguna adversidad grande, o cuando iban a visitar algún adoratorio que los tenían en lo más alto de sus tierras, en los montes, en los desiertos y en los picos de las sierras altas".

El cerro Aconcagua, por su imponencia y ubicación junto a un tramo de camino que conectaba los territorios a ambos lados de los Andes, fue uno de los picos elegidos para una de estas ofrendas. A 5.300 m de altura, dentro de un círculo de piedras, fue depositado un niño de 7 u 8 años, cuyo cuerpo fue pintado de rojo utilizando un pigmento vegetal. La víctima fue cuidadosamente envuelta en camisetas, mantos de lana y de algodón, taparrabos y cordones de gasa. Los pies fueron calzados con sandalias de fibras vegetales y

la cabeza fue adornada con un tocado de plumas de tucán. Para su viaje al otro mundo se lo proveyó con dos bolsitas; una de ellas contenía porotos cocidos y como ajuar contaba con pequeños pero significativos objetos, como estatuillas antropomorfas y zoomorfas manufacturadas en metales preciosos y *mullu*. Otros cerros sudandinos en los cuales se llevaron a cabo ofrendas similares fueron El Plomo, El Toro, Chuscha, Chañi, Quehuar y Llullayllaco. En este último lugar los sacrificados fueron tres, siendo acompañados por una veintena de estatuillas. Por lo general se elegía a individuos jóvenes, de ambos sexos, y sus muertes fueron provocadas por exposición al frío, estrangulamiento o traumatismos craneanos. Una de las celebraciones más trascendentes que se realizaba en el Cuzco y en la que con mayor frecuencia se sacrificaban humanos, era la denominada Capacocha, a la cual asistían representantes de todos los rincones del imperio. El soberano Inca, al conducir los rituales, adoptaba el principal papel entregando a los dioses la vida de las víctimas. Por tanto, de acuerdo con los principios de reciprocidad, se esperaba que las divinidades lo retribuyeran con dones de valor equivalente (salud, fecundidad, prosperidad, etc.). Pero al mismo tiempo y bajo similares principios, el gobernante adquiría una deuda con las jerarquías sociales de las distintas provincias que habían entregado a los sacrificados, la que se saldaba no con virtudes sino con bienes materiales y simbólicos, como regalos y reconocimiento político. Cristóbal de Molina manifestaba en 1573:

> "La capacocha inventó también Pachacuti Inca Yupanqui, la cual era de esta manera: las provincias de Collasuyu y Chinchasuyu y Contisuyu, traían a esta ciudad (Cuzco), de cada pueblo y generación de gentes, uno o dos niños y niñas pequeños y de edad de diez años...se asentaba en la plaza de Aucaypata ...que es la plaza grande del Cuzco y allí aquellos niños y demás sacrificios andaban alrededor de las estatuas del Hacedor, Sol, Trueno y Luna...Y daban dos vueltas, y después de acabado, el Inca llamaba a los sacerdotes de las provincias y hacía partir los sacrificios en cuatro partes para los cuatro Suyus...y les decía: 'Vosotros tomad cada uno su parte de esas ofrendas y sacrificios y llevadla a la principal huaca vuestra y allí los sacrificad'. Y tomándolos, llevaban hasta la huaca y allí ahogaban a los niños y los enterraban conjuntamente con las figuras de plata de ovejas y personas,

de oro y plata...los que habían de hacer los sacrificios, los guacamayos, que quiere decir guarda de las guacas y que a su cargo las tenían, recibían cada uno el sacrificio que a su guaca cabía y los sacrificaba y ofrecía, enterrando los sacrificios de oro y plata y mollo y otras cosas que ellos usaban y las criaturas habiéndolas ahogado primero...Es de notar que no a todas las guacas sacrificaban criaturas, sino sólo a las guacas principales que cada provincia o generaciones tenían.

Y por esta orden iban caminando por toda la tierra que el Inca conquistado tenía...".

La cita anterior deja a las claras que no siempre las ceremonias en estos santuarios de altura incluían la inmolación de personas, estando estas prácticas reservadas para ocasiones o lugares especiales. Con mayor frecuencia se ofrecía a los dioses estatuillas como las mencionadas líneas atrás. Las de apariencia humana solían ser ataviadas con todo lujo, con sandalias, mantos tejidos y tocados de plumas. Los materiales en que se manufacturaban, oro, plata y *mullu*, contenían un profundo simbolismo, al relacionarse con el Sol, la Luna y el océano, respectivamente. Tanto las figuras como sus vestimentas eran producidas en talleres especializados ubicados en lugares centrales del imperio. Las estatuillas de metal, con alturas promedio entre 6 y 8 cm y que podían ser huecas o macizas, se manufacturaban siguiendo precisas normas técnicas. A las femeninas se las dotaba con un peinado dividido al medio y que caía por la espalda sujeto con un broche. Las masculinas, por su parte, contaban con un tocado circular que dejaba al descubierto largas orejas. Es posible que la fabricación de estos materiales estuviera a cargo de los afamados artesanos Chimú, quienes fueron trasladados al Cuzco para producir al servicio del Estado.

## LA MEMORIA DEL INCA

La integración de la región sudandina al Estado cuzqueño fue un proceso lento en el cual las líneas de frontera y las relaciones con las comunidades dominadas cambiaron de una generación a otra. Finalmente, la férrea administración, la manipulación de las elites políticas locales y la fuerza del aparato ideológico desplegado hicieron que la huella del imperio calara profundamente en las

poblaciones. La posterior ocupación efectiva del territorio por parte de los europeos también demandó un largo período, durante el cual el legado de la organización estatal se mantuvo presente en las sociedades indígenas. Los nuevos patrones de organización que se trataba de imponer, basados en el sistema de encomiendas y una muy diferente concepción religiosa, se alejaban en mucho de las costumbres ancestrales con el *ayllu* como unidad social y económica, los principios de reciprocidad y el sistema de creencias, todo lo cual había sido respetado por el Estado cuzqueño.

En la alfarería del contacto hispano-indígena ciertos elementos formales y decorativos conservaron las modalidades popularizadas por el incario. De igual modo, los contextos funerarios que incluyeron elementos europeos, como cuentas de vidrio y objetos de hierro, también asociaron materiales de raíz incaica, como *topu* y aribaloides. Pero de mayor profundidad fue la capacidad de cohesión social que tuvo el recuerdo del *Tawantinsuyu* durante aquellos dramáticos tiempos en los que los pueblos indígenas veían desaparecer día a día sus modos de vida tradicionales. Aquella integración política sirvió como modelo para sustanciar alianzas entre las distintas unidades étnicas con el objeto de llevar adelante los últimos y desesperados enfrentamientos con el conquistador español.

Las primeras expediciones europeas al territorio, enviadas desde el Perú, siguieron el trazado de las rutas imperiales. Más allá de estas incursiones y del programa de fundación de ciudades implementado por los españoles, durante 130 años después de derrumbado el imperio una gran porción del Noroeste combatió con tenacidad la intrusión foránea. En el postrer episodio de resistencia, el liderazgo de los indígenas fue asumido por un aventurero español que se hacía llamar Pedro Bohorquez, quien se presentó ante ellos como descendiente de la familia real Inca. La aceptación de su autoridad deja a las claras que el prestigio del Cuzco continuaba vigente más de un siglo después del fin del imperio. Por último, las tropas coloniales fueron venciendo, una a una, a las distintas parcialidades rebeldes, las que fueron desterradas de los valles para evitar nuevas insurrecciones. Las comunidades indígenas se vieron, así, obligadas a instrumentar otras formas de articulación con la nueva sociedad dominante. A pesar de ello, aún en nuestros días, el *quechua*, la palabra imperial, sigue resonando en los valles y quebradas.

# BIBLIOGRAFÍA

Conrad, G. y Demarest, A., *Religion and empire. The dynamics of Aztec and Inca expansionism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

González, A. R., "Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del imperio. Implicancias socio-culturales", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XIV, 1, págs. 63-81, Buenos Aires, 1980.

González, L. R., "El bronce que sonríe. Metalurgia prehispánica en el Noroeste argentino", *Ciencia Hoy* 27, págs. 25-31, Buenos Aires, 1994.

Hyslop, J., *The Inka road system*, Academic Press, Orlando, 1984.

Krapovickas, P., "Un taller de lapidario en el Pucara de Tilcara", *Runa* IX, Partes 1-2, págs. 137-159, Buenos Aires, 1958-59.

Lorandi, A., "Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto", BAR International Series 442, págs. 235-259, Oxford, 1988.

Madero, C., "Ganadería incaica en el Noroeste argentino: análisis de la arqueofauna de dos poblados prehispánicos", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 19, págs. 145-170, Buenos Aires, 1993.

Mendonca, O. *et al.*, "Collares de vidrio y ollas de barro. Comportamiento ante la muerte en el Tilcara hispanoindígena inicial (Jujuy, Argentina)", *Cuadernos* 9, págs. 175-202, Universidad Nacional de Jujuy, 1997.

Montes, A., "El gran alzamiento diaguita (1630-1643)", *Revista del Instituto de Antropología* 1, págs. 81-159, Universidad Nacional de Tucumán, 1959.

Murra, J., *La organización económica del estado Inca*, Siglo Veintiuno, México, 1980.

Nielsen, A., "Aporte al estudio de la producción agrícola inka en la Quebrada de Humahuaca", *Hombre y Desierto* 9, págs. 245-260, Universidad de Antofagasta, Antofagasta, 1995.

Raffino, R., *Los Inkas del Kollasuyu*, Ramos Americana, La Plata, 1981.

Raffino, R. *et al.*, "Quillay: centro metalúrgico Inka en el Noroeste argentino", *Tawantinsuyu* 2, págs. 59-69, Canberra, 1996.

Schobinger, J., "La red de santuarios de alta montaña en el Contisuyu y el Collasuyu: evaluación general, problemas interpretativos", *Comechingonia* número especial, págs. 197-307, Córdoba, 1986.

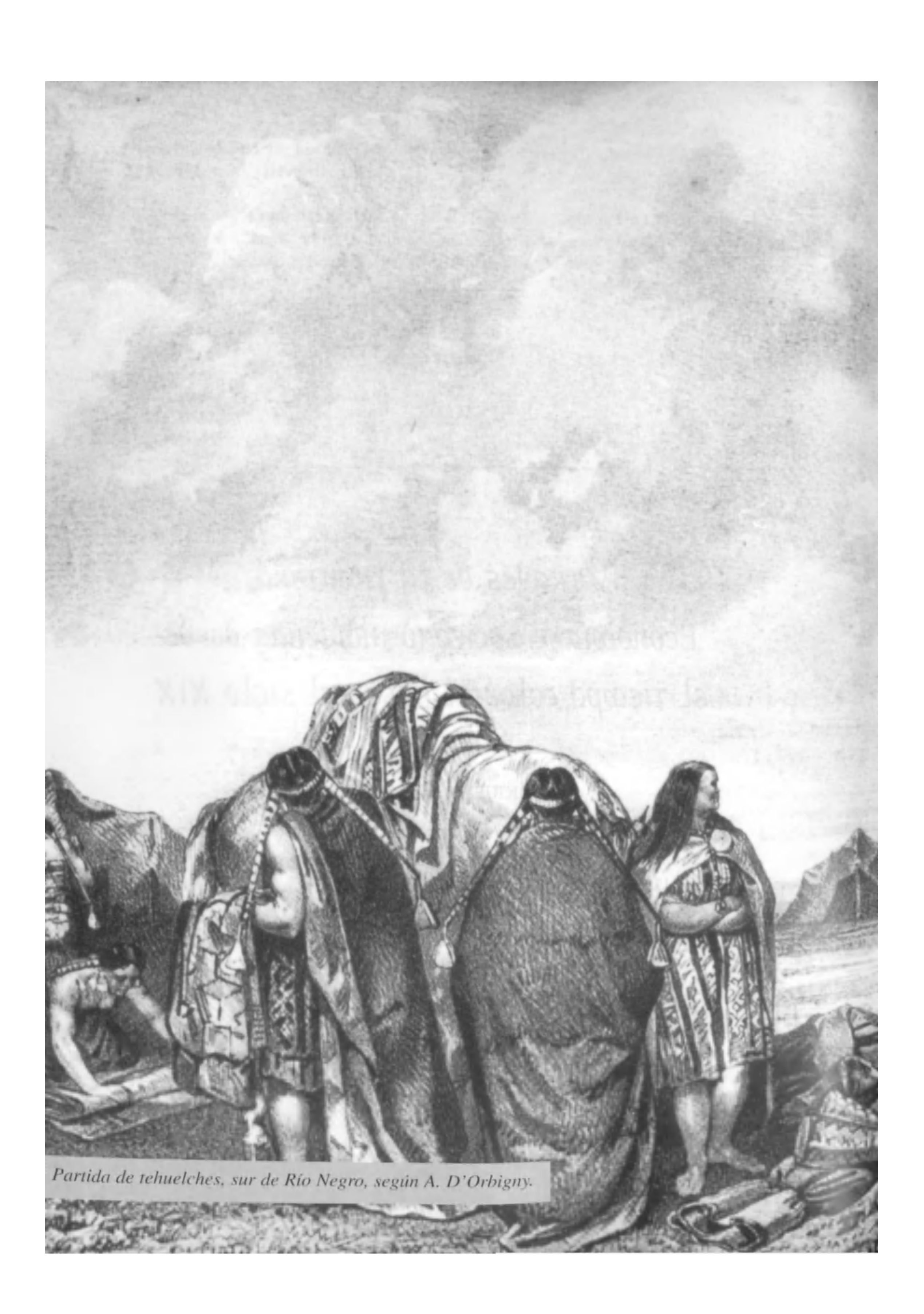
Tarragó, M. N. y De Lorenzi, M., "Arqueología del valle Calchaquí", *Etnia* 23-24, págs. 1-35, Olavarría, 1976.

Williams, V., "Control estatal incaico en el Noroeste argentino. Un caso de estudio: Potrero-Chaquiago (provincia de Catamarca)", *Arqueología. Revista de la Sección Prehistoria* 1, págs. 75-103, Instituto de Ciencias Antropológicas, Buenos Aires, 1991.

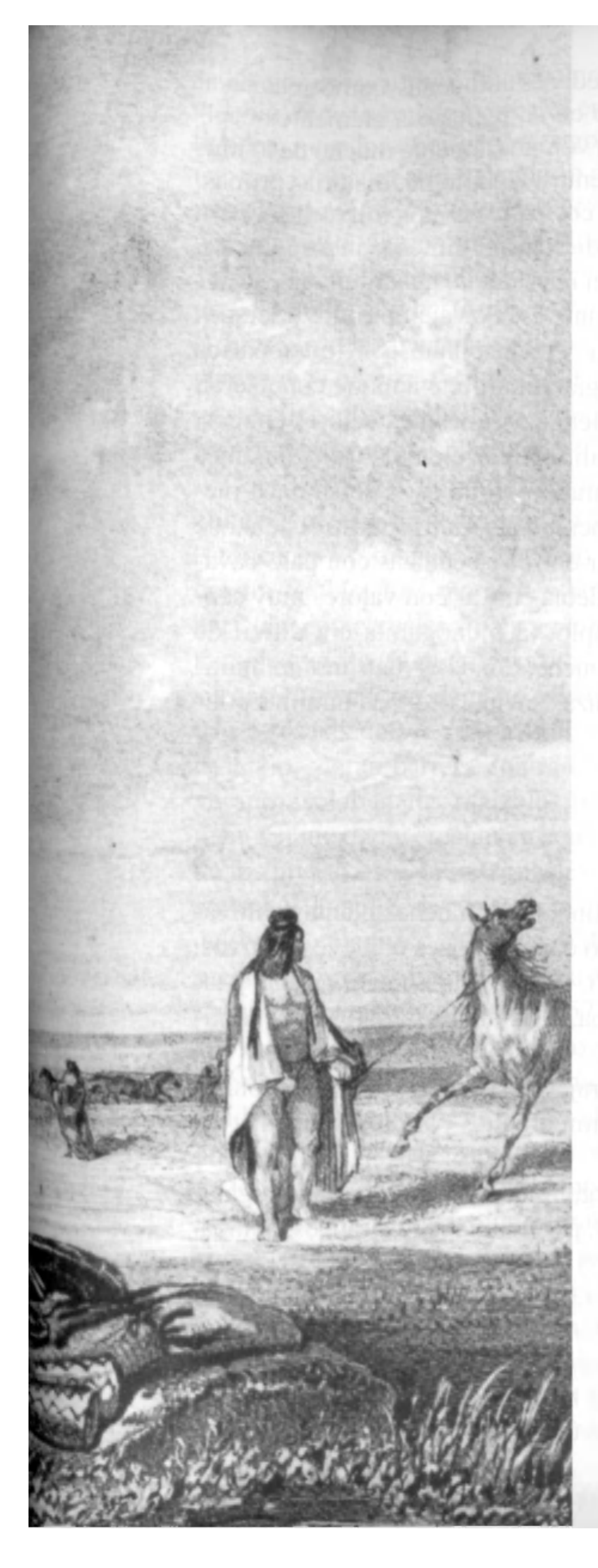
# IX

## A través de la frontera. Economía y sociedad indígenas desde el tiempo colonial hasta el siglo XIX

por MIGUEL ÁNGEL PALERMO



*Partida de tehuelches, sur de Río Negro, según A. D'Orbigny.*



De las sociedades indígenas que en el siglo XVI los conquistadores encontraron en el actual territorio argentino, muchas sucumbieron pronto. Algunas, arrasadas por epidemias llegadas con los europeos; otras, exterminadas al resistir la Conquista. Más frecuentemente, sufrieron drásticas bajas de población debidas a las condiciones laborales con los encomenderos, y su cultura se diluyó junto con la sociedad tradicional. Así ocurrió en Córdoba, Santiago del Estero, el Litoral fluvial y con muchos grupos del Noroeste que no llegaron al siglo XVII como entidades socioculturales diferenciables.

Pero otras sociedades conservaron la independencia, gracias a la resistencia guerrera o a desinterés colonial por el área. Así ocurrió hasta 1667 con los calchaquíes, y hasta la década de 1880 con las tribus pampeano-patagónicas, centrochilenas y chaquenses. Pero su autonomía no significó quedar al margen de las novedades europeas, o no participar de la historia regional.[1]

[1] Es necesario considerar también a pueblos de zonas limítrofes: en la época colonial las actuales fronteras internacionales no existían.

Solemos imaginar a las sociedades indígenas como reacias al cambio, y ver conservadurismo en su rechazo a elementos occidentales. En realidad, adoptaron voluntariamente mucho de lo traído por los conquistadores: alimentos, tecnología, materias primas, modos de transporte, recetas de cocina y cuentos folklóricos. Para eso se necesitaron ciertas condiciones. Primero: incorporación autónoma de estas novedades; la resistencia, generalmente, se debió a odiosas imposiciones coloniales. Por ejemplo, los caciques pampeanos se negaban a hablar en castellano con funcionarios coloniales o republicanos y exigían intérprete aunque conocieran ese idioma. El uso de la propia lengua reafirmaba valores étnicos. Segundo requisito, obvio: la utilidad; por ejemplo, los guaraníes de las misiones rechazaban el arado porque en la selva daba menos resultados que el aparentemente más rudimentario sistema de quemar la vegetación y sembrar entre sus cenizas con palo cavador. Por último: la novedad no debía chocar con valores muy centrales de la sociedad. Un ejemplo: la monogamia era difícil de aceptar en pueblos como el mapuche, donde el matrimonio múltiple proporcionaba valiosas alianzas sociales con las familias políticas.

## INNOVACIÓN AGRÍCOLA

En América, los españoles conocieron muchas plantas cultivadas, que llevaron a Europa como exportaciones o nuevos cultivos. Maíz, zapallo, poroto, pimiento, tomate, papa, maní, cacao y tabaco serían populares en Europa, y de allí pasaron a otros continentes.

Pero los españoles también trajeron sus cultivos a las colonias, y muchos de éstos se hicieron importantes para los indígenas independientes.

El Noroeste argentino, de larga tradición agrícola, hizo lugar a nuevas plantas entres sus maíces, porotos, zapallos y ancos, quínoa, papas y otros tubérculos. Fue probablemente temprano el uso de hortalizas europeas (difundidas en otras áreas andinas, en el siglo XVI), especialmente arvejas y habas, que —según microclimas y altitudes— aventajan a los porotos, que no toleran grandes heladas; y quizá también la cebolla haya ingresado en el siglo XVI, como en Perú. Pero no hay datos claros en los cronistas, desintere-

sados por esos cultivos de poco precio en el mercado colonial. En cambio, registraron dos cereales europeos de valor comercial, cultivados entre los aborígenes: trigo y cebada, que se pueden alternar con el maíz en el calendario agrícola, aprovechando más las parcelas. En 1583, Sotelo Narvaez los observó en el valle Calchaquí, y su uso siguió entre pueblos independientes de la zona; en 1657 y 1658, los jesuitas los mencionan en Tolombón y otros sitios del valle, aún bastiones de *indios de guerra*.

Entre los aborígenes mendocinos, el cultivo de ambos cereales parece más precoz —antes de instalarse allí los españoles—, con granos llegados desde Chile, donde se cosechaban desde 1542 en los establecimientos hispanos.

Con Pedro de Valdivia, en 1540 los españoles emprendieron la conquista de Chile, que halló el obstáculo de las tribus de "araucanos" o mapuches, que no les permitieron dominar el sur del río Bíobío. Los mapuches también tenían una rica tradición agrícola, con cereales (maíz y *mangu*, similar al centeno), quínua, una oleaginosa (el *madi*), porotos, papas, etc. Pronto fueron entusiastas cultivadores de trigo y cebada, sembrados al comenzar el frío y cosechados en primavera, cuando los ríos —crecidos por el deshielo— eran barrera contra las incursiones españolas, que en verano asolaban los maizales indígenas. Además, necesitaban menos humedad y crecían en zonas altas, lejos de las rutas usuales de los invasores. Según González de Nájera, que a comienzos del siglo XVII analizó la resistencia mapuche, la introducción de esos cultivos se planificó, con acopio de semillas para sembrar (aun en medio de grandes hambrunas) hasta lograr el stock que permitiera un cultivo generalizado; en 1557, soldados de Villagra hallaron silos indígenas ocultos, con trigo y cebada. Crónicas de 1629 explicaban que la cebada constituía —con las papas— el alimento fundamental de las tribus pobres al sur de Cautín, y en ese siglo ya era principal materia prima de la harina tostada, casi única comida de los guerreros durante sus campañas (si no, se hacía con trigo o maíz). Mientras, el trigo prosperaba en comunidades ricas de Imperial, donde se lo consumía de muchas formas.

Los mapuches aprovecharon vides, manzanos y durazneros que abandonaron los españoles al huir de la ofensiva aborigen sobre Osorno y Villarrica. Pero no intentaron su cultivo, aunque algunos indígenas habían estado al servicio de europeos y conocían la tecnología necesaria. Posiblemente, la abundancia de frutos silves-

tres —autóctonos y europeos, especialmente manzanas— hizo antieconómico invertir esfuerzos en ello. En cambio —al menos a mediados del siglo XVIII—, adoptaron las sandías introducidas en Chile por los españoles.

De legumbres y hortalizas, hallamos el primer dato en 1621: en el valle de Cután un grupo de la parcialidad huilliche tenía "mucho trigo y cebada y habas, lentejas y alverjas". Pero las lentejas no siempre fueron aceptadas, por su fama de ser simiente de la fatal viruela. Por eso, en 1611, cuando el gobernador Jara Quemada llegó a Chile y corrió la noticia de que traía una carga de lentejas, el temor a una guerra bacteriológica trajo un levantamiento que costó la vida de algunos españoles. Y a fines del siglo XVII hubo arrieros asesinados en Chile al descubrirse que llevaban lentejas. (Una pequeña digresión: el temor a una guerra biológica finalmente no fue infundado: un parte de Napoleón Uriburu, jefe de la Cuarta División del Ejército, que operaba en la cordillera neuquina durante la campaña de 1879, explicaba la captura de gente del cacique Marillán entre el 1 y el 2 de julio de ese año, y aclaraba: "Los indios vienen con mucha viruela; los pocos a quienes no les ha dado antes la tienen ahora y les sigue a todos; es una verdadera epidemia entre ellos. Voy a mandarle una remesa de esa gente a Purrán", importante cacique de la zona. Y así fue, porque 15 días después informaba que "el 2 del corriente mandé al cacique Painé —prisionero— con su familia y diez apestados de viruela llevando una comunicación a los indios de Purrán")[2].

Al este de la cordillera, los nuevos cultivos también se extendían. A mediados del siglo XVII, el padre Rosales anotaba que los pehuenches, vecinos de los mapuches en la cordillera, eran poco adictos a la agricultura pero sembraban algo de trigo y cebada. Ésta —y presuntamente también el trigo— se cosechaba en primavera, complementando otros recursos: las ya abundantes manzanas silvestres y los piñones de araucaria, ambos recolectados a comienzos del otoño.

Un siglo después, misioneros jesuitas informaban que picunches, ranqueles y moluches del oeste pampeano sembraban algo de trigo y también habas, junto con otras plantas. En la cordillera neuquina se agregarían otros vegetales europeos. En 1782, por

[2] Los partes de Napoleón Uriburu están reproducidos en *Olascoaga 1939-40*, t. II.

ejemplo, Basilio Villarino descubrió que en llanos y cerros cercanos al lago Huechulafquen (Neuquén) se sembraba no sólo el tradicional maíz, sino trigo, cebada, habas, chícharos de dos tipos, garbanzos y lentejas.

Los pehuenches que en la cordillera del Neuquén vio De la Cruz en 1806 estaban ya muy influidos por los mapuches, cuyo idioma habían adoptado, pero no eran agricultores sino pastores trashumantes, que compraban granos en Chile. Sin embargo, las zonas por ellos recorridas se reconocían porque allí crecían matas de trigo, cebada, ají y tomate (planta americana pero llevada a Chile por los españoles, desde el Perú, adonde a su vez llegó desde Mesoamérica). ¿Cultivo o propagación accidental de semillas como restos de comida? Al menos, evidencia de su uso.

Al este, entre los ranqueles de la zona de Curalauquen, el mismo autor vio chacritas con zapallos y dos plantas exóticas: melones y sandías.

En siglo XIX se incrementó la agricultura aborigen pampeana. Al oeste, los ranqueles empleaban tanto especies americanas —maíz, zapallo, ají— como foráneas —trigo y cebolla—, mientras que en los valles neuquinos abundaban los sembrados de trigo, cebada y garbanzos junto con maíz, papas y porotos.

Como vimos, los indígenas no cultivaron manzanos, pero los aprovecharon silvestres, en Chile y en zonas cordilleranas del Neuquén y Río Negro, al punto que en el siglo XIX este ámbito se conocía como "las Manzanas" y a las tribus locales se las llamaba "los manzaneros". Su explotación se remonta por lo menos a las primeras décadas del siglo XVII, como vieron en 1622 los miembros de la expedición de Cabrera que llegaron hasta el río Limay en busca de la Ciudad de los Césares.

## CAMBIOS EN LA CRÍA DE ANIMALES

Antes de los europeos, América tuvo pocos animales domésticos. Algunos grupos —no todos— tenían perros. En Chile central y otras zonas había una gallina del mismo género pero otra especie que la europea (*Gallus inauris*, aún existente entre mapuches chilenos); guaraníes, mapuches y otros tenían patos (el pato criollo o almizclero, *Cairina moschata*) y los mesoamericanos criaban pavos. Los pueblos andinos tenían llamas, alpacas y cobayos.

Pero no había ganados de gran porte para carne, ni mucha oferta en bestias de carga. Por eso, la influencia europea fue más notable en este rubro que en los cultivos.

En el país, uno de los primeros animales europeos adoptados por aborígenes fue el perro, en el litoral del Paraná. En 1527, documentos de la expedición de Gaboto señalan que los aborígenes locales no cazaban con perros, ya que los únicos que allí había eran mastines españoles. Pero en 1548 el cronista Fernández de Oviedo explicaba que los timbúes del Paraná inferior y los mocoretaes de algo más al norte tenían muchos perros de caza, descendientes de animales europeos; en un par de décadas se había generalizado una novedosa técnica de caza. Otros grupos, en Santa Cruz, Tierra del Fuego y la pampa, también tuvieron perros de caza, pero su origen es dudoso; pudieron ser de razas tanto europeas como prehispánicas.

Los españoles llevaron los primeros caballos a Asunción en 1541 y, aunque eran escasos, los guaraníes consiguieron algunos antes de 1544. Así, al menos, dice Álvar Núñez Cabeza de Vaca, al denunciar que partidarios de Irala daban armas y caballos a los aborígenes, a cambio de mujeres. En años siguientes hubo trueques similares, posiblemente con guaraníes y guaycurúes (pueblos del grupo lingüístico que abarcaba a mbayás, tobas, mocovíes, abipones y otros chaquenses). Los últimos, además, pudieron apoderarse de animales escapados de establecimientos asunceños y de la región chaqueña y su periferia, fundados a partir de 1550: El Barco, Santiago del Estero, Cañete, San Miguel de Tucumán, Esteco, Concepción del Bermejo, Santa Fe, etc. El hecho es que, en 1582, Juan de Garay ordenó en Asunción un censo de las cabalgaduras de los guaycurúes cercanos y resultó que tenían más que los españoles. Pronto se sucedieron informes sobre jinetes de esas tribus, que hostigaban las localidades hispanocriollas y a indígenas sometidos a éstas, y se llevaban caballos y vacas, y en 1629 nos enteramos de que la carne de caballo integraba la dieta de algunas tribus de *frentones* (tobas, mocovíes y abipones), que además usaban cueros equinos para hacer sus toldos: dos usos distintos a los que daban los europeos a esos animales.

Pronto fue típica la imagen de los *frentones* a caballo. Pero no eran los únicos, porque —al menos en el siglo XVIII— también montaba gente de habla mataco-mataguaya y lule-vilela; los documentos históricos no resaltan su carácter ecuestre porque no era

peligroso para poblados y estancias hispano-criollas como la caballería de sus vecinos, que en los siglos XVII y XVIII eran el terror de estancias y pueblos fronterizos con el Chaco, donde caían para arrebatar caballos y vacas. Estos animales eran en parte consumidos en las tribus, pero quizá su principal destino fuera la venta a hispanocriollos de localidades alejadas.



*El uso del caballo entre los mocovíes del Chaco, según Florián Paucke, siglo XVIII.*

El occidente chaqueño fue en parte territorio de los *ava* o *chiriguanos*, temido grupo guaraní que incursionaba en áreas andinas. La zona de Tarija era asolada por estos guerreros, que ya en la década de 1570 se llevaban ganado de las estancias y veinte años después se lucían a caballo, con sillas españolas tomadas en la guerra. Aquí, el caballo reforzaba las distinciones sociales, porque los chiriguanos, que dominaban y obligaban al vasallaje a los indígenas chanés de la región, no los dejaban montar, y los mestizos chiriguano-chané que los acompañaban en la guerra debían ir a pie, como arqueros auxiliares de la caballería.

También los montañeses del Noroeste usaron caballos, al menos en la guerra. En 1566 se produjeron los primeros robos de caballos a los españoles, y poco antes de 1573, cuando Luis de Fuentes asaltó el pueblo de Purmamarca, halló jinetes con lanzas entre los defensores de esta comunidad. Durante el Gran Alzamiento del Noroeste iniciado en 1630, se multiplicaron los casos

de calchaquíes a caballo (como los que atacaron La Rioja intentando incendiarla, en 1632). Hubo robos de estos animales —y también de mulas— durante las ofensivas indígenas en pueblos y estancias, y cuando los españoles asaltaron Famatina, Single, Tinogasta y Valle Fértil, saquearon buena cantidad de cabalgaduras que encontraron allí. Además, el caballo se integró al ceremonial; en 1610 los jesuitas vieron jinetes en una fiesta religiosa realizada en Huachipas.

Al sur, charrúas y otros pueblos de Entre Ríos y la Banda Oriental han de haber conseguido sus primeros equinos a fines del siglo XVI, con las primeras estancias españolas en la región. Es seguro que eran de a caballo en 1624, cuando enfrentaron a los soldados del gobernador Céspedes, y en la década siguiente disponían de tantas caballadas que las vendían a las misiones jesuíticas.

La zona bonaerense fue una de las áreas de difusión del caballo en las pampas. Los primeros llegaron con Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires en 1536. Al abandonar ese caserío en 1541, se perdieron entre una y cuatro decenas de caballos, que hallaron hábitat propicio en el pastizal pampeano y se reprodujeron asombrosamente, quizá con posterior aporte de animales huidos de establecimientos de Santa Fe, Cuyo, Chile, etc. En 1582, Juan de Garay avistó numerosas yeguadas cimarronas cerca de Cabo Corrientes (actual Mar del Plata), y posteriormente la cuenca del Salado fue lugar de abundantes *baguales* o caballos salvajes.

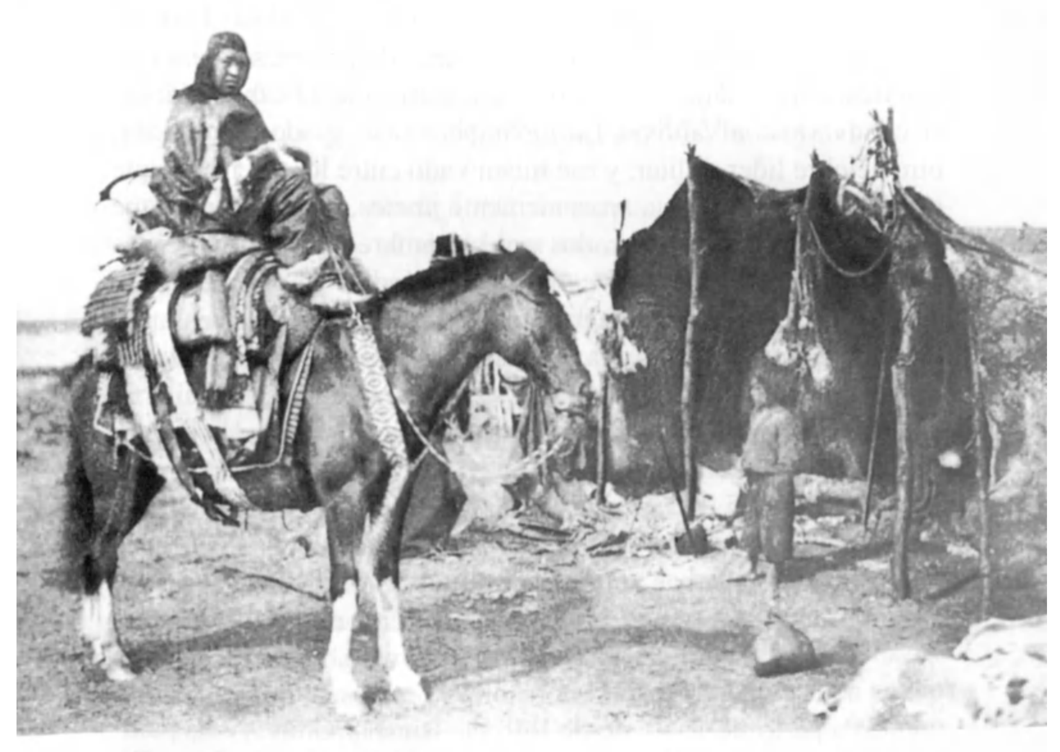
En algún momento, los aborígenes aprendieron a usarlos, y a fines del siglo XVI los *pampas* cercanos a la segunda Buenos Aires ya eran expertos jinetes, canjeaban caballos por cuchillos y otras mercaderías, y también los comían, como informaba en 1599 el gobernador Rodríguez Valdés y de la Banda. En 1607, prisioneros indígenas trabajaban en el matadero de Buenos Aires, para lo cual se requería gran habilidad ecuestre; un documento de 1609 reconocía que los pampas ya eran mejores jinetes que los españoles.

En el norte de la Patagonia es posible que los indígenas aprendieran a montar en la segunda mitad del siglo XVI, gracias a sus contactos e incursiones en la Araucanía, donde españoles y mapuches se enfrentaban a caballo. Documentos coloniales señalan que ya eran jinetes los tehuelches del sur del Limay y los pehuenches de la cordillera neuquina entre 1621 y 1628, año en que pampas o puelches de San Luis también aparecían a caballo y con toldos de cuero equino. Durante las cuatro décadas siguientes el caballo se

integró en distintas actividades de las tribus entre el río Turbio mendocino y el norte de la Patagonia; su gente se untaba el cuerpo con grasa de estos animales y los sacrificaba en las tumbas, donde colocaba aperos de montar, uso fúnebre que revela la importancia que ya tenía la equitación.

Entre los tehuelches con territorios al sur del río Chubut no hay constancia segura hasta 1746, cuando un grupo de ellos llega al río Negro en busca de yeguas. Probablemente fueran jinetes desde hacía bastante.

El uso del caballo introdujo costumbres españolas e invenciones propias entre los pueblos pampeano-patagónicos. La silla de montar hispana se aligeró para permitir más velocidad al animal; se tejieron piezas de lana para el apero; se inventó un modelo propio de espuelas y las *botas de potro* para montar, hechas con cuero de las patas traseras de estos animales (calzado copiado por los criollos); se ideó una forma especial de montar para las mujeres, sobre las cargas y con un estribo tejido y pendiente del pescuezo



*Mujer tehuelche. Con un recado especial, monta sobre la carga; el estribo es un lazo tejido en el cuello del animal.*

del caballo; aparecieron nuevas formas de domar los potros; se los entrenó para habilidades especiales, como correr con las patas enredadas en boleadoras o galopar en médanos y pantanos; se los convirtió en comida y en formidable elemento de guerra (en el siglo XIX algunos expertos en temas militares sostuvieron que la caballería del cacique Calfucurá era una de las mejores del mundo). Fueron un bien de cambio y para el pago de dotes matrimoniales, y en ellos ostentaban su riqueza los hombres más acaudalados, con sus frenos, estribos, cabezadas y adornos para riendas, de plata. Además, como vimos, se los sacrificó en honor de los difuntos y para que los acompañaran en el viaje al más allá, y en los enterratorios suelen aparecer frenos, espuelas y otros elementos de equitación.

Lo mismo pasaba en la Araucanía chilena, donde la incorporación del caballo fue muy temprana. Ya en las hostilidades comenzadas en 1541, apenas instalados los españoles en Chile central, los mapuches empezaron a capturar caballos. Quizás al principio sólo trataran de quitar un recurso a los soldados españoles, pero pronto hubo guerreros montados. En 1554, el famoso Lautaro marchó sobre Santiago con 500 hombres y diez jinetes; él era uno de ellos, como comandante y por su experiencia de caballerizo en su cautiverio con Valdivia. En 1557 aparecía montado Caupolicán, otro célebre líder militar, y ese mismo año entre los guerreros que sitiaban Villarrica había aparentemente jinetes, porque consta que algunos soldados, exasperados por el hambre, salían a riesgosos combates para matar algún caballo de los indios y comérselo. Entre 1563 y 1568, los mapuches tomaron buenas caballadas a los españoles que, sumadas a la reproducción de animales en sus tierras, permitió en 1571 el debut de su primer cuerpo de caballería, contra los españoles de Purén. Desde entonces, hubo cada vez más mapuches montados en las batallas; en 1597, por ejemplo, combatieron en Purén 5.000 infantes y 3.000 jinetes.

El papel del caballo fue tan llamativo en distintas sociedades indígenas, que muchas veces hizo olvidar la importancia que allí tuvieron las vacas, como proveedoras de carne, cuero y astas, y —muy especialmente— como bien de cambio. Los vacunos entraron a la actual Argentina y territorios vecinos en diferentes momentos a partir de 1550, desde Bolivia, Brasil y Chile. A las pampas llegaron en 1573, con los asunceños fundadores de Santa Fe. En el siglo siguiente, los vacunos *alzados*, es decir huidos de las

precarias estancias coloniales sin cercos, originaron una gran abundancia de vacas *cimarronas*, nacidas en libertad.

En la zona de Asunción, los guaycurúes descubrieron pronto el valor de los vacunos que merodeaban los establecimientos hispanos, a veces acimarronándose por imposibilidad de cuidarlos. Hacia 1590 había frecuentes saqueos de estos animales durante las incursiones aborígenes, y en Concepción del Bermejo —a orillas de ese río, entre tribus no sometidas— el gobernador Céspedes reconocía en 1629 que los guaycurúes tenían más control sobre las vacas que los españoles y criollos del lugar. Por fin, en 1634 éstos abandonaron el lugar, dejando su ganado a los indígenas. En ese siglo y el siguiente, abipones, tobas, mocovíes y otros indígenas del norte santafesino se llevaron gran cantidad de ganado vacuno y caballar de las estancias de Santiago del Estero, Santa Fe, Córdoba y Corrientes, ganado que alternativamente —según cambiaban las relaciones con los criollos de diferentes áreas— llevaban de una zona para vender en otras; acusaciones de compra de animales robados menudeaban entre las ciudades hispanas. La pericia de los indígenas al arrear ganado era tal, que lo hacían cruzar a nado el río Paraná, cerca de Corrientes. Por otro lado, hacia el occidente del Chaco, al menos a comienzos de la década de 1570, los chiriguanos ya se apoderaban de vacunos de las estancias de Tarija.

En el Noroeste, desde 1550 abundaron los animales extraviados por los colonos al abandonar sus ciudades ante la resistencia de calchaquíes y otros pueblos. En 1583 Sotelo de Narvaez vio que los diaguitas del valle Calchaquí tenían *ganado de Castilla* y aunque es posible que esto incluyera vacunos, para tener seguridad debemos esperar hasta el Gran Alzamiento iniciado en 1630, cuando los rebeldes se llevaron grandes cantidades de vacas de las estancias locales. En 1659, durante el último alzamiento, celebraron su plan de lucha con numerosos sacrificios de vacas y ovejas.

Mientras tanto, en Chile, en 1554, aparentemente los mapuches se llevaron los primeros vacunos durante ataques a los españoles, y a fines del siglo ya atrapaban vacas cimarronas. En poco tiempo las importarían de las pampas argentinas —junto con muchos caballos— para consumo propio y venta a los chilenos: a mediados del siglo XVII eran frecuentes los arreos de 4.000 y 5.000 animales por los pasos más bajos de la cordillera, a la altura del Neuquén y Río Negro.



*Guerrero mapuche a caballo, con casco y coraza de cuero, fines del siglo XVI.*

En el área pampeano-patagónica, en la década de 1620 las autoridades coloniales informaban que los indígenas comían carne vacuna y usaban el cuero para hacer coletos (corazas), mientras que en 1628 grupos pampas de San Luis aparecían cuidando el ganado vacuno y ovino de un español de la zona de Villa Mercedes. Esto podría ser una situación excepcional, pero para 1640 sabemos que los vacunos salvajes abundaban en el Neuquén, donde los indígenas hacían boleadoras con sus tendones y toldos con sus cueros; tiempo después, el padre Rosales presenció el sacrificio de vacas para sellar tratados.

A partir de esa época hubo capturas y arreos de ganado cimarrón en las pampas que —a veces por intermedio de los pehuenches cordilleranos— se entregaban a los mapuches de Chile a cambio de armas, tejidos, etc. En pocos años, los mapuches comenzaron a incursionar para buscar ganado pampeano, situación que —en los dos siglos siguientes— derivó en la instalación permanente de tribus de origen chileno en Norpatagonia y la región pampeana, con fuerte araucanización de pueblos locales. Cuando en el siglo XVIII el ganado salvaje escaseó (sobreexplotado por las vaquerías criollas en busca de cuero y grasa), los indígenas lo buscaron en las estancias de la línea de fronteras que avanzaba hacia el sur, sobre territorios tribales, y allí se aprovisionaron violentamente de vacas. En el siglo XIX, durante algunos malones excepcionales en momentos de grandes fricciones interétnicas, llegaron a hacer arreos de 100.000 cabezas de ganado.

Pero los indígenas no se limitaron a una práctica extractiva, por captura de animales salvajes o saqueos de las estancias durante la guerra: a comienzos del siglo XIX aparece un importante centro

pastoril, estudiado por Mandrini. En la llanura comprendida entre las sierras bonaerenses se criaba ganado vacuno, equino y ovino para la venta. Eran rodeos bien cuidados y vigilados; hasta se aprovechaba la leche, lo que demuestra la domesticidad de los animales, en contraste con la peligrosidad de los cimarrones. También los pehuenches neuquinos se especializaron en pastoreo, de caballos y ovejas, combinado con la intensa actividad mercantil que veremos más adelante. Por su parte, los tehuelches del extremo sur patagónico manejaban ganado vacuno silvestre posiblemente hacia 1740, y cuarenta años después es seguro que cazaban vacas cimarronas y usaban su cuero para hacer sandalias.

Las ovejas merecen atención especial; al ser tan dependientes del hombre, tenerlas significa adquisición de tecnología pastoril (vacas y caballos, en cambio, admiten explotación en estado silvestre). A veces, como veremos, esa tecnología fue tan afinada que logró notables mejoras de los rodeos.

El área de los agricultores andinos fue propicia al ingreso de lanares, por la experiencia previa de pastoreo de llamas y —quizás— alpacas. En Cuyo, hacia 1557 (antes de fundarse Mendoza en 1561), indígenas de la zona compraron ovejas en Chile. Más al norte, en los valles Calchaquíes, es probable que los primeros ovinos cayeran en manos indígenas durante los alzamientos de la década de 1560 y con los abandonos de poblados españoles; pero no hay constancia precisa. Como mencionamos antes, en 1583 se hablaba de *ganado de Castilla* en los valles, y es posible que esto incluyera ovejas, animales que seguramente interesaban por su lana a estos indígenas tejedores. En 1591, por ejemplo, los conetas catamarqueños cedieron tierras y parte del agua de su río a un español, a cambio de 300 ovejas y otros artículos. Y dos años más tarde el cacique Viltipoco, líder de la resistencia, ofreció a las autoridades coloniales la paz a cambio de no tener encomenderos particulares, aceptando tributo a la corona en maíz, gallinas, *carneros de la tierra* (es decir, llamas) y *de Castilla*, evidenciando que el pastoreo de los nuevos lanares tenía ya cierta envergadura, capaz de generar un excedente para pagar tributos.

Los mapuches chilenos también tenían experiencia en pastoreo con sus camélidos (llamas y tal vez también alpacas), que criaban para tener lana, llevar cargas y hacer sacrificios rituales. Pero pronto adoptaron las ovejas españolas, más rendidoras en lana y más resistentes a las epidemias. Probablemente en la década de 1570

consiguieron las primeras y desde entonces se multiplicaron tanto que treinta años después era excepcional la familia sin su rebaño de ovejas y también de cabras. Mientras, la llama perdió importancia como animal de carga —reemplazada eficazmente por caballos y mulas— y a fines del siglo XVIII desapareció de la región.

Al oriente de la cordillera, el ovino también avanzó, desde Cuyo y Chile. En 1628 los ya mencionados pampas de San Luis cuidaban majadas de un español junto con otros ganados. Pero el verdadero progreso de la cría de ovinos fue de la mano de la araucanización de la pampa y del norte de la Patagonia, que introdujo el tejido. El primer dato concreto de ovejas en la Patagonia es de 1703, cuando el jesuita Van der Meeren las llevó a las ruinas de la vieja misión de Mascardi, donde inició una acción misional. Sin embargo, pudo haber antecedentes de cría, quizá por los pehuenches, en contacto con los mapuches de Chile (pastores de ovejas desde el siglo XVI, como vimos). La presunción se refuerza si recordamos que el padre Cardiel informaba en 1746 que las tribus de la cordillera y sus cercanías tenían ovinos con lana más larga que entre los criollos, observación que repetían otras fuentes en 1760 y 1776; los indígenas habían mejorado las ovejas churras españolas, logrando ejemplares con fibra más larga, mejor para el tejido. Esto hace razonable suponer un proceso de selección relativamente prolongado, anterior a las majadas de Van der Meeren.

En el siglo XVIII, al crecer la influencia mapuche, se multiplican los datos sobre cría de ovejas —a veces en cantidades importantes— en tribus cercanas a la cordillera neuquina. Es interesante la cantidad de restos de estos animales descubiertos en el cementerio de Caepe Malal (departamento Chos Malal, Neuquén), donde el ajuar fúnebre de varias tumbas de fines de ese siglo presenta patas, cuartos y costillares ovinos. También en esa época se repite información sobre pastoreo de ovejas en el sur mendocino y en grupos de las sierras bonaerenses, y en 1802 se sabe que criaban ovinos los pehuenches, los chiquillanes del sur de Mendoza y los puelches pampeanos, que vendían sus majadas en las localidades chilenas de Maule y Chillán, desde donde pasaban a Santiago, Coquimbo, Copiapó, etc. En ese mismo siglo XIX, entre indígenas ganaderos de las sierras de Buenos Aires vuelven a registrarse las ovejas de vellón largo, que además tenían mayor tamaño, con lo cual se convertían en una raza de doble propósito: carne y lana. Los criollos reconocían la calidad de estas ovejas *pampas* al punto

que las primeras estancias de ovinos de la provincia de Buenos Aires se nutrieron con majadas de esa raza, compradas expresamente a los indígenas para mestizarlas con merinos importadas.

Por su parte, también los tobas del Chaco aprendieron a criar ovejas, de las que —al menos en el siglo XVIII— usaban la lana. Según el diario del padre Patino, cuando en 1721 remontó el Pilcomayo, en una toldería toba le ofrecieron —a cambio de sus regalos— algunos tejidos de algodón y lana, y dos carneros. Patiño no aclara si había grandes majadas, pero dar dos machos de esta especie por unos pocos regalos hace pensar en una cantidad respetable de ovejas y, por consiguiente, en buenos conocimientos de su pastoreo, notables porque la cría de ganado no figuraba entre las tradiciones locales. En la región, además, tribus mataco-mataguayas del Bermejo aparecían con ovejas entre 1780 y 1790, según vio fray Francisco Morillo en sus recorridas evangelizadoras.

El caso de los cerdos presenta situaciones extremas. Los mapuches parecen pioneros en aprovecharlos; desconocemos su primera experiencia, pero sabemos que en 1558 Caupolicán sostuvo una encarnizada batalla con soldados españoles, tratando de apoderarse de 1.500 cerdos que éstos llevaban de Imperial a la asediada Cañete. Pudo ser sólo el intento de quitar provisiones a los sitiados, y lo mismo podría pensarse cuando en 1561 los indígenas se llevaron todos los cerdos y cabras de los alrededores de dicha localidad, que dos años después debió ser abandonada. Pero en 1629 Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, cautivo en Imperial y el sur de Cautín, observó el generalizado consumo de esos animales, con los que hasta hacían tocino, morcillas y longanizas a la manera española, seguramente por enseñanza de los muchos cautivos y refugiados en las tribus.

Al otro lado de la cordillera el cerdo tuvo igual aceptación. En el siglo XIX los consumían algunas tribus, probablemente mapuches, porque hay datos de arreos de cerdos durante ciertos malones. Pero donde era fuerte la tradición cultural tehuelche o pampa, la situación era diferente, por un tabú alimentario. En 1740 el padre Strobel —buen conocedor de los pampas de Buenos Aires por los intentos misionales de su orden— explicaba que no probaban carne porcina por pensar que esos animales "habían sido en otro tiempo hombres pésimos que después se convirtieron en cerdos", creencia también registrada por el padre Lozano. Los indígenas de la zona del Salado, en la pampa, según observó De la Cruz en su

viaje de 1806, tampoco comían cerdos y rechazaron el jamón que él les ofreció. Evidentemente, a pesar de la araucanización en otros aspectos de su cultura, subsistían creencias antiguas, quizá relacionadas con la actitud de los tehuelches santacruceños, quienes a fines del siglo XIX se negaban a comer cerdos, considerados como "animales inmundos" (actitud que se mantuvo hasta época contemporánea, según Rodolfo Casamiquela, quien la atribuye a la extensión de un viejo tabú inicialmente aplicado a los pecaríes que en una época llegaban hasta el río Negro).

## *LA NECESIDAD DEL INTERCAMBIO*

Nuevos cultivos y ganados fueron importantes cambios económicos y se caracterizaban por ser generalmente reproducidos en las mismas sociedades indígenas. Pero paralelamente las tribus comenzaron a consumir artículos importados, imposibles de reproducir localmente por falta de materia prima o tecnología. Uno de los primeros casos fue el del hierro.

Es una idea popular que los conquistadores aprovecharon la supuesta ingenuidad de los indígenas para obtener productos valiosos a cambio de cuentas de colores y espejitos.

En la práctica y según se miren, esos trueques no eran tan ruinosos: una cuenta de vidrio veneciano, de extraños colores y total rareza, debía de ser, por su escasez, un artículo muy valioso en la Sudamérica del siglo XVI, y resultaría muy conveniente adquirirla a cambio de leña, un canasto de mandiocas o unas pieles fácilmente accesibles para un indígena.

*Collares de vidrio del cementerio de Cachi Adentro, Salta.*

Pero en realidad, cuentas y

espejos —efectivamente presentes en los primeros contactos— no eran el principal rubro de intercambio. Si leemos los documentos de la expedición de Gaboto en 1527, encontramos el detalle de los trueques que hicieron los europeos con los indios. Enrique Montes, náufrago portugués hallado en la isla de Santa Catalina (Brasil), fue intérprete y encargado de los negocios con los indígenas locales, para conseguir carne, pescado, productos agrícolas y servicios, y anotó minuciosamente todas las transacciones. A cambio de las provisiones necesarias, Montes entregó algo menos de mil artículos suntuarios (cuentas de vidrio, 12 espejos y 20 peines) pero muchísimos más —concretamente 4.480— productos de hierro: 1 hachuela, 246 cuchillos, 2 dagas, 23 tijeras, 873 punzones, 2.094 anzuelos y 431 cuñas (que podían usarse como tales, para separar tablas de los troncos, o enmangarse como hachas). Probablemente, buena parte de estos objetos fueron hechos en el lugar, en la fragua de los expedicionarios.

En 1541, Álvar Núñez Cabeza de Vaca fue por tierra desde Santa Catalina hasta Asunción. Consiguió víveres para el viaje haciendo funcionar una fragua que produjo azuelas, escoplos, cuñas, cuchillos, agujas y anzuelos para las tribus del lugar. Poco después, el grupo de Hernando de Ribera, que exploró el alto Paraná, lograría objetos de oro a cambio de "hocecillas, cuchillos, cuentas, tenazas y otras cosas semejantes", y también obtendría plata y mantas de algodón pagadas con cuchillos y cuentas.

Gracias a su filo o su punta, para un cazador los utensilios de hierro son mucho más ventajosos que los de hueso, concha o piedra (materia prima ésta, por otra parte, no siempre abundante en zonas del chaco y del Nordeste argentino). Vuelven más fácil y veloz el laboreo de la madera y de los cueros, más limpio y rápido el despiece de presas de caza, etc. Y, por supuesto, con hierro se hacen buenas puntas de flecha. Por eso, en el siglo XVII abipones, mocovíes y otros chaquenses se afanaron por ofrecer ganado (conseguido en sus incursiones por las estancias) a cambio de cuchillos, puntas de lanza, hachas y lengüetas para hacer puntas de flechas. Mientras tanto, los yaros del Litoral canjeaban caballos y vacas por agujas, anzuelos y cuchillos, además de yerba y tabaco.

Pero quizás el hierro fue aun más revolucionario para los agricultores tropicales, que cultivaban en la selva con el método de *roza*, cortando los árboles grandes para luego incendiar los claros y así despejar las parcelas. El agotamiento del suelo en unos tres a

cinco años forzaba a repetir pronto la tarea, lenta y difícil, con hachas de piedra que hacían cortes imprecisos, se desafilaban fácilmente y se rompían con frecuencia. Para colmo, la piedra adecuada a veces debía importarse de zonas lejanas. Era cara y escasa.

Por otra parte, en la selva el mejor método de transporte es el fluvial, rápido y más descansado que el trabajoso avance entre la maleza. Las canoas se hacían con cortezas o troncos ahuecados a fuerza de fuego y hacha: otro trabajo arduo con instrumental de piedra. Y lo mismo puede decirse de la construcción de casas con armazón de postes, y con las empalizadas que protegían las aldeas.

El hacha de hierro no evitaba esfuerzos, pero acortaba la tarea: se estima que ahorraba un tercio del tiempo antes empleado: días enteros que así podían destinarse a ceremonias, a la guerra, etc. Por eso, los indígenas se apuraron a conseguir objetos de metal, que les facilitaron la vida; pero, por otro lado, se las complicaron. Primero, porque los españoles empezaron a pedir cada vez más a cambio de las herramientas, y esto obligaba a producir excedentes cada vez mayores. En segundo lugar porque los objetos de hierro son resistentes pero no irrompibles, y una vez hecho un gran desembolso para obtenerlos, los indígenas necesitaban el *service* técnico. Por eso, con frecuencia se establecieron cerca de poblados hispanos con herreros capaces de arreglar las herramientas, lo que permitió un gran control sobre la población indígena y el dominio de muchos grupos.

En la segunda mitad del siglo XVI, los *ava* o chiriguanos incrementaron la captura de prisioneros de otros pueblos. Esta actividad tradicional tenía nuevo incentivo: vender los cautivos a los españoles de la región potosina, a cambio de armas de hierro y herramientas de cultivo. Mientras, aumentaban sus ataques a los europeos buscando un botín del mismo tipo.

En la década de 1570, los chichas de la Puna se vieron doblemente expoliados. Ya debían pagar tributo a los españoles, y ahora sufrían las partidas de chiriguanos que llegaban hasta sus pueblos a exigirles otro tributo... en "hachas, azuelas, escoplos de hierro, ropa" y otras cosas. El hierro penetraba tempranamente en el Noroeste, como vemos, por ejemplo, en una tumba de la zona de Pampa Grande que Ambrosetti atribuye a momentos anteriores a la fundación de Salta (1582): incluía un hacha tradicional de bronce, con una barra de hierro vizcaíno como mango.

En el siglo XVII los jesuitas instalaron sus misiones en área guaraní, y —conocedores de las sociedades locales— se valieron del hierro para atraer adeptos; el reparto de cuñas y cuchillos, y el funcionamiento de fraguas para repararlos, fue indispensable en su proyecto. Por eso, en 1611 el padre Diego de Torres —misionero en el Guayrá— escribía a sus superiores que "con una cuña se puede ganar un linaje de indios con que hacen sus rozas para sembrar" y ocho años después, el padre Pedro de Oñate explicaba la tarea de la Compañía de Jesús en el Paraná comentando que "dicen muy bien los padres que las almas aquí valen a cuña de hierro".



*Indios abipones, según Dobrizhoffer, portando lanz con punta de hierro.*

Pero había grupos indómitos, también deseosos de metal. En los planes de los guaraníes conjurados para echar a los jesuitas del Tape en 1637 estaba el control de la metalurgia: pensaban atrapar y mantener vivo un tiempo al padre Francisco Díaz, hasta que les enseñara los secretos de la herrería.

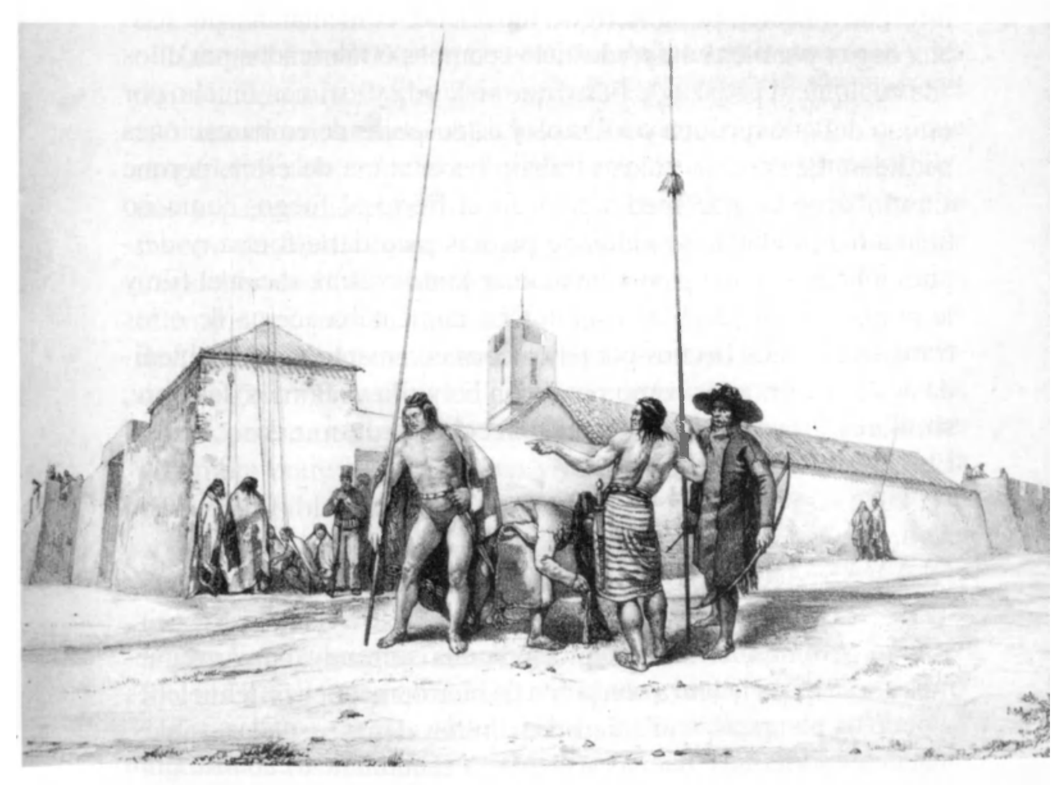
Al otro lado de la cordillera, y desde la segunda mitad del siglo XVI, Chile era testigo de la cruenta *Guerra de Arauco*. Los mapuches no sólo formaron su propia caballería; además, incorporaron hierro a su armamento: erizaron con clavos de herrar sus *lumas* o mazas de madera; quebraron espadas para convertir los trozos en puntas de lanzas y también aprendieron a forjarlas, para reemplazar las viejas lanzas de punta de cobre o de madera endurecida a

fuego. Una de las primeras menciones a la transformación de objetos de hierro en armas es de 1554, cuando indígenas de Imperial —forzados por Francisco Villagra a explotar minas de oro— se rebelaron e hicieron lanzas con los almocafres (escardaderas) del trabajo. Pero el hierro también les sirvió para otros fines: con herraduras adelgazadas reforzaron sus palas de madera, y usaron hoces de hierro en las cosechas y hachas europeas para cortar árboles. Esto último era muy importante porque con madera hacían mucho: leña, el armazón de las casas, fortificaciones, mazas de guerra, *rewes* o postes ceremoniales de los chamanes, indicadores de tumbas, útiles de labranza, platos y fuentes. Y a veces cortaban gruesos troncos para arrojarlos a los enemigos por las laderas o utilizarlos como arietes o escalas contra los fuertes hispanos.

A pesar de la guerra, muchos de estos objetos de hierro llegaban por trueque con los extranjeros (a veces, las mismas tropas sitiadas entregaban armas y otros utensilios metálicos a cambio de comida). Pero pronto comenzaron a fabricarse en fraguas de los poblados mapuches. Generalmente, desertores refugiados entre ellos se ocupaban de este oficio, y más de un prisionero logró trato diferencial con sus conocimientos de herrería. Hacia fines del siglo XVI, por ejemplo, era famoso como herrero un refugiado mestizo apellidado Nieto, quien a su vez salvó la vida al capitán Pedro Alcaide asegurando que lo necesitaba para el mantenimiento de los fuelles. Y fue notable el caso de Gregorio de Inistroza, un noble español cautivo largo tiempo al sur del río Bíobío. Según el padre Rosales, "en su cautiverio fue bien tratado y respetado de los indios, y él, para tener más cabida entre ellos, por su propio ingenio, sin haberle aprendido, dio en herrero, y por este oficio, que entre ellos es de grande estimación, tuvo tanta que le traían de unas partes en otras y le regalaban y daban mucha hacienda y ofrecían muchas mujeres para perpetuarle consigo". En 1620 Inistroza huyó, y tiempo después fue gobernador del Tucumán. Algún paralelo tiene la historia del capitán Francisco de Almendrar, cautivo desde muy joven a fines del siglo XVI, quien "se crió entre los indios y para buscar la vida y tener cabida se dio a herrero, con que ganó mucho y tuvo muchas mujeres, como los indios, y gran número de hijos y nietos". En poco tiempo, había también herreros mapuches.

Todos estos artesanos necesitaban materia prima, y para conseguirla no descartaban operaciones complicadas, como el desguace

de barcos españoles. En 1647 el cacique Alcapangui, de la zona de Osorno, capturó una embarcación española que navegaba por un río y sus hombres la desarmaron totalmente para llevarse todas las partes de hierro, incluidos los clavos más chicos. En 1651 un navío naufragado y otro barco con españoles que pescaban fueron asimismo íntegramente desmontados para sacarles pernos y clavos. Y en 1667, durante el asalto al fuerte español del río Tolpán, algunos guerreros arriesgaron la vida tratando de llevarse el yunque del establecimiento. Ochenta y nueve años más tarde, el padre Miguel de Olivares informaba que las lanzas de los araucanos "no son otra cosa que unas varas mal armadas de puro hierro que ellos, ignorantes del arte de fabricarlo, recuecen y requeman en sus míseras fraguas"; pero esta situación no era general, ya que en algunas localidades había herreros al parecer muy activos y eficientes: en 1767 un documento —citado por León Solis— informaba que "en el paraje de Rucalgue están cuatro herreros indios trabajando



*Fuerte de Carmen de Patagones, lugar de intercambio entre indígenas y criollos, siglo XIX, según A. D'Orbigny.*

porción de lanzas de las barretas, azadones, hachas y hoces que quitaron a los pueblos y misiones".

Bastante más tarde, en 1810, Pedro Agustín García informaba a las autoridades porteñas que los mapuches de la pampa "fabrican machetes y moharras de lanza con bastante perfección", ya sin necesidad de herreros extranjeros. Y en 1829 el naturalista francés Alcides D'Orbigny era quien comentaba la existencia de largas puntas de lanza y otros objetos forjados por los mapuches, entre quienes había ya muchos herreros.

Los tehuelches de la Patagonia no se quedaron sin hierro. Cuando a fines de marzo de 1753 los tripulantes del *San Martín* depositaron en la costa de San Julián un cargamento de víveres mientras se dedicaban a buscar sal, doscientos tehuelches lo saquearon "y deshicieron los barriles de carne salada, tocino y agua para aprovecharse solo de los arcos de fierro". Poco después, en la toldería cercana, los marinos descubrirían su destino: los habían usado para hacer cuchillos y sables. Treinta años más tarde, Viedma también informaba acerca de la herrería tehuelche, comentando que usaban dagas y sables comprados a los pampas o fabricados por ellos "de cualquiera pedazo de fierro que se les da y estiman mucho por esto, o del que recogen por las playas, despojos de embarcaciones perdidas. Les cuesta mucho trabajo hacer arma de estas, porque sin embargo de que medio caldean el fierro al fuego, como no tienen herramientas se valen de piedras para darle forma, y después a brazo en una piedra de amolar lo desbastan, sacan el filo y la punta". Y en 1863, el viajero Cox comentaba acerca de otros trabajos en metal hechos por tehuelches con materia prima obtenida de los naufragios, como pipas con boquilla y adornos de cobre, similares a las que hay en las colecciones de museos como el Etnográfico de Buenos Aires.

## NUEVAS ARMAS

Como vemos, el armamento indígena se renovaba. Agreguemos ahora que a la lanza con punta de hierro, mapuches, tehuelches y pueblos pampeanos añadieron cuchillos, dagas, espadas, sables, machetes y alfanjes, buenas armas para el combate a caballo. Eran objetos comprados en las fronteras, botín de guerra o —como recién comentamos— fabricados en las fraguas indígenas y, junto

con las boleadoras, se convirtieron desde el siglo XVII en el tipo de arma más difundida desde la Araucanía a la pampa. En muchos casos, a ambos lados de la cordillera, algunos jefes no despreciaron tampoco el uso de cotas de malla y corazas de metal, junto con los coletos y morriones de cuero, de posible tradición aborigen pero ahora frecuentemente hechos con cuero crudo de vaca y adornados —y reforzados— con planchitas de latón (aleación de cobre y cinc) adquirido en las fronteras.

Los grupos del Noroeste hicieron algunas innovaciones (ya mencionamos a los purmamarcas peleando a caballo y con lanzas españolas antes de 1570). No obstante, flechas, piedras y otras armas tradicionales siguieron siendo las favoritas, quizá por su mayor adaptabilidad al terreno, donde era ventajosa la pelea a distancia, disparando desde las alturas.

También hay testimonios sobre algunos jefes chiriguanos con coraza y espada española, a fines del siglo XVI; pero seguramente el caso tiene más de ostentación de trofeos de guerra que de práctica cotidiana.

Hasta el siglo XIX, la poca calidad de las armas de fuego y las dificultades para el aprovisionamiento de pólvora hicieron raro el uso de este armamento entre los indígenas. Sin embargo, aunque no generalizado, no faltó entre guerreros de distintos grupos chilenos y pampeano-patagónicos. Hacia 1558, por ejemplo, tras la muerte de los famosos líderes Caupolicán y Turcupichum, los mapuches de Chile eligieron como general a Lemucaguin, quien intentó *aggiornar* sus fuerzas con armas de fuego. Tenía una modesta dotación de veinte arcabuces y dos piezas de artillería tomadas en 1554 a Francisco Villagra, pero le faltaba pólvora. Para eso, tomó contacto con algunos yanaconas (indios sometidos a la servidumbre entre los españoles) y les encomendó comprar toda la pólvora posible, a cambio de alimentos y otros bienes, con el pretexto de su uso medicinal, entonces frecuente. Hecho esto, Chillicán (ex compañero de Lautaro) y dos cautivos españoles enseñaron tiro a los guerreros mapuches, y se formó un cuerpo de veinte arcabuceros a los que Lemucaguin apostó en una fortificación sobre el camino que unía las localidades hispanas de Tucapel y Arauco. Allí se emplazaron también las dos piezas de artillería, y algunos de los flamantes tiradores se lucieron en distintos enfrentamientos contra las tropas españolas. Otros caciques, cuenta el padre Rosales, quisieron imitar a Lemucaguin y pronto se apode-

raron de pólvora y arcabuces en algunas batallas. No es de extrañar, entonces, que durante el ataque al fuerte de Arauco, liderado por el jefe Colocolo en 1562, catorce guerreros portaran arcabuces, los que no sólo usaron para tirotear con eficacia a los soldados: también los adaptaron para lanzar saetas incendiarias a los techos del fuerte. Al año siguiente, en la batalla de la cuesta de Marigüenu, la gente del líder Antehuenu tomó más de 60 arcabuces y algunos barriles llenos de cartuchos, y hacia 1570, al capturar a un grupo mapuche que planeaba el asalto a la localidad de Angol, los españoles le quitaron —además de caballos, lanzas y otras armas— cotas españolas y arcabuces. En lo sucesivo, los guerreros no perdieron ocasión de apoderarse de armas de fuego; en 1610, por ejemplo, en varios ataques a las colonias españolas se llevaron más de ochenta y muchas municiones.

A fines del siglo siguiente, en 1788, encontramos armas de fuego entre los pehuenches neuquinos, aliados de las autoridades cuyanas. Ese año, entre 427 guerreros de la zona de Ranquilcam, el comandante del fuerte de San Carlos (sur mendocino) contó a 27 armados con fusiles, seguramente obtenidos en su condición de protectores de la línea fronteriza según los tratados vigentes.

En 1810, el informe del coronel Pedro Andrés García mencionaba al cacique pampa Oaquin, quien "posee el uso de las armas de fuego, que le he visto hacer con arma suya propia", y destacaba el interés de los indígenas locales por conseguir ese armamento. En 1822, durante una expedición del mismo García en cercanías de la sierra de la Ventana, llegó la comitiva del cacique Lincón, armada mayoritariamente con sables, dagas y boleadoras y en menor medida, lanzas. Pero además, varios de ellos portaban carabinas, tercerolas (fusiles cortos para caballería) y pistolas, en opinión de García inservibles pero ostentadas como trofeos de guerra. En cambio, entre 1880 y 1885 los guerreros que enfrentaron al ejército en zona cordillerana, usaron los más modernos fusiles de ese tiempo.

Las observaciones del inglés Fitz-Roy entre 1826 y 1836 no registran armas de fuego entre los tehuelches australes, aunque sí buena cantidad de espadas europeas y machetes caseros, usados como armamento junto con lanzas, boleadoras, arcos, flechas y coletos. En esa época, sin embargo —más exactamente en 1833—, según los misioneros estadounidenses Arms y Coan, los tehuelches de Bahía Gregores (Santa Cruz) eran diestros con las boleadoras y las flechas pero "se hallan deseosos de obtener escopetas,

municiones y cuchillos, aunque poseen poco conocimiento respecto al uso de las primeras"; no obstante, Luis —su cacique— acostumbraba cazar guanacos con perros y fusil. Y en la segunda mitad de ese siglo, los tehuelches meridionales, ya en fluida relación comercial con las colonias galesas y Punta Arenas, tenían abundantes escopetas, rifles y revólveres de las mejores marcas y últimos modelos, con los cuales eran hábiles tiradores en la caza y los combates. En otros casos, como los que menciona Cox en 1862 y 1863, en tribus de Norpatagonia aparecían antiguas escopetas de caza y fusiles de chispa; sus dueños rechazaban armas más modernas, con encendido por fulminante, con el argumento irrefutable de que los pedernales eran fabricables *in situ* y los fulminantes resultaban caros y difíciles de conseguir (sin embargo, se interesaron mucho por el funcionamiento de un trabuco naranjero ofrecido por el viajero). De todos modos, para cazar animales grandes la boleadora era insuperable porque no estropeaba el cuero de la presa, y el arco y la flecha siguieron vigentes como alternativa barata para cazar animales menores y también como arma de guerra.

## UN ANTIGUO INTERCAMBIO INDÍGENA

El uso de artículos importados no se reducía a las armas, al hierro y a los objetos con él fabricados. Y tampoco fue en absoluto una novedad de tiempos coloniales, aunque el contacto con la sociedad hispano-criolla incrementó la escala del fenómeno. Los arqueólogos han comprobado la importancia de antiguas redes de intercambios que involucraban a las sociedades del Noroeste, por cuyos territorios circulaban caravanas de llamas con productos de la Puna, los valles y la selva. El hallazgo de valvas de moluscos usados ceremonialmente y en adornos muestra largas y quizá complejas rutas de circulación: en un sitio arqueológico de La Rioja, por ejemplo, se halló una cáscara de *Spondylus crassiquama*, que vive en costas del Pacífico desde Panamá hasta el norte del Perú (según nos informa la Dra. Myriam Tarragó, la similar *Spondylus princeps* se usaba antiguamente en Ecuador como *mullu*, es decir alimento de los dioses). En Jujuy, Salta y San Juan aparecen valvas de *Pecten purpuratus* chilenas; en Santiago del Estero, caracoles *Oliva peruviana* llegados —vía Puna— también desde la costa de Chile; conchas de *Diplodon* —especie de aguas dulces patagóni-

cas y chilenas— se registran en San Juan; y valvas de los caracolitos marinos *Urosalpinx* parecen haber irradiado por acción humana desde costas bonaerenses y uruguayas hasta el Litoral fluvial y desde allí hasta Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y Mendoza.

Otros casos alejan las fantasías sobre un supuesto aislamiento indígena. Los cazadores de las llanuras eran afectos a los productos de sus vecinos agricultores. Por ejemplo, las mujeres querandíes de la zona bonaerense usaban delantales de algodón, posiblemente obtenidos de los guaraníes del Delta o del Paraná. Además, comían maíz cultivado por este u otros pueblos litoraleños; en 1537 los españoles de Buenos Aires saquearon una toldería querandí y entre otras cosas se llevaron de ella diez fanegas (volumen equivalente a unos 550 litros) de ese grano, mientras que los expedicionarios de Ortiz de Zárate en 1572 compraron maíz a indígenas de esa etnia.

La tradición de uso de cereales entre no agricultores continuó en el siglo siguiente: en 1611 el jesuita Juan Romero testimoniaba que los pampas (nuevo nombre dado a los querandíes) trabajaban en los alrededores de Buenos Aires a cambio de trigo y lana, y un año después, en 1612, fray Sebastián Lozano comentaba la participación indígena en las cosechas de la misma zona, pagada con trigo. En 1678, el gobernador Andrés de Robles informaba al rey que intentaba concentrar a los pampas de Buenos Aires en la laguna de Aguirre (a 8 leguas de la ciudad), en el río Areco y en el río Luján, y para hacerlos sedentarios había dispuesto sembrarles maíz, "mantenimiento muy de su deseo y conveniencia".

También el uso, por pueblos cazadores, de productos hechos por agricultores explicaría la presencia de antiguas cerámicas (de un millar de años) en la cordillera neuquina, probablemente procedentes de los antepasados de los mapuches chilenos. Y al intercambio pueden deberse muchos casos de cerámica más reciente, de tipo araucano, en yacimientos pampeanos; por su parte, en 1582 Juan de Garay encontró tejidos finos de Chile en tolderías cercanas a la actual Mar del Plata. No es extraño: más allá de posibles incursiones de pobladores trasandinos, está registrada la presencia de indígenas de norpatagónicos en Chile, donde, al menos en 1558, ya participaban en ferias locales para comprar —entre otras cosas— maíz.

Los cazadores del sur del Chubut eran asimismo afectos a los

productos agrícolas. Por ejemplo, en 1794 el cacique Vicente, de Puerto Deseado, atesoró especialmente una bolsa de maíz junto con un barril de aguardiente recibido en pago por servicios a la gente del capitán Gutiérrez de la Concha. En 1859 Teófilo Schmid, después de sus andanzas misionales entre los tehuelches del Sur, explicaba que eran "muy afectos al arroz, los porotos [y] harina" y que solían hacer unos panes cocidos sobre las cenizas, dato confirmado en 1866 por el galés Matthews, quien habla de las "tortas ácimas" de los tehuelches.

Pero este último dato debe entenderse en un contexto mayor. El mismo Schmid nos menciona que los panes tehuelches se comían, si era posible, con azúcar, y nos describe un desayuno entre estos indígenas, consistente en ¿carne de guanaco? ¿huevos de *avestruz*? no... té con bizcochos.

Lo anterior no era ninguna rareza; es sorprendente la cantidad y la variedad de artículos de otras áreas coloniales, de Europa y aun de Oriente que llegaban a las tolderías indígenas.

Entre los mapuches de Chile, desde la segunda mitad del siglo XVI se usaban artículos de origen español: ya en 1556, para suspender la guerra, el jefe Lautaro exigía al gobernador Pedro Villagra un tributo anual que incluía desde mujeres hasta caballos, mastines y capas de grana, prendas éstas también exigidas por el líder Colocolo en 1562 para levantar el asedio al fuerte de Arauco.

Con el período de paz iniciado en Chile en el siglo XVII, la afluencia de productos extranjeros se acentuó. Los mercaderes indígenas acudían a los fuertes españoles y se llevaban no sólo herramientas sino telas, ropas y sombreros. El interés por estos últimos explica el curioso caso de Gaspar Álvarez, español desertor del fuerte de Arauco, quien se refugió entre los indígenas y reapareció en 1641, al celebrarse un tratado de paz; en sus años de exilio se había dedicado a hacer sombreros, oficio —cuenta el padre Rosales— que le había valido la estima de las tribus, donde se había enriquecido y casado con muchas mujeres.

En esa época era usual que los caciques usaran ropas europeas, al menos en ceremonias y actos especiales, y también ingresaban a las comunidades vinos, granos, frenos para caballos, estribos de hierro, bronce o latón, plata, cuentas de vidrio, cintas, peines, etc., además de las ya mencionadas armas. Y siempre se buscaba el añil de la India, el tinte preferido para los tejidos.

Los pueblos de las pampas recibían textiles y platería mapu-



*Indígenas pampeanos, ca. 1870. El intercambio fronterizo es evidente en la vestimenta.*

ches; pero desde el siglo XVII, en los establecimientos de los *blancos* conseguían yerba mate, azúcar, aguardiente cuyano, ropas... En 1619 sabemos que los querandíes o pampas de los caciques Bagual y Tubichaminí recibían yerba paraguaya que —junto con el tabaco misionero y luego brasileño— se hizo artículo de consumo diario de las tribus pampeano-patagónicas en siglos siguientes (también los charrúas del Litoral y la Banda Oriental tomaban mate, al menos desde el siglo XVII, y lo mismo hacían otros pueblos indígenas de Corrientes). Del siglo XIX nos sobran testimonios al respecto; entre otros, son muy ilustrativos los de Mansilla, quien cuenta cómo los ranqueles que visitó en 1870 consumían yerba, aguardiente y vino, azúcar, café, tabaco y papel para fumar, acordeones, cubiertos, manteles, vajilla de vidrio, hierro y loza, espejos, cintas, carmín como maquillaje femenino, agujas, herramientas de joyero, fuegos artificiales, pañuelos y, entre los más ricos, gran variedad de ropas. Por ejemplo, Epumer —hermano del cacique Panguetrusgnerr o "Mariano Rosas"— usaba "un gran facón con vaina de plata [...], un rico sombrero de paja de Guayaquil, adornado con una ancha cinta encarnada, pintada con flores blancas", mientras que el cacique "se viste como un gaucho, paquete pero sin lujo. A mí me recibió con camiseta de Crimea, mordoré, adornada con trencilla negra, pañuelo de seda al cuello, chiripá de poncho inglés, calzoncillo con fleco, bota de becerro, tirador con cuatro bo-

tones de plata y sombrero de castor fino, con ancha cinta colorada".

También los tehuelches del sur usaban productos importados. Además de tejidos y platería mapuches, desde al menos la segunda mitad del siglo XVIII eran afectos al tabaco, la yerba, el aguardiente, las telas y las prendas de vestir europeas, las espuelas chilenas, las palanganas de latón, etc.; en 1833 los misioneros Arms y Coan los vieron con ollas de hierro, jabón y ron.

Por otra parte, desde el siglo XVIII circulaba dinero en las tribus. Por ejemplo, en 1740 eso exigieron los pampas de Cangapol como rescate de cautivos tomados ese año en Quilmes. Los mercaderes pampas acostumbraban operar con dinero cuando traficaban en la ciudad de Buenos Aires hacia 1786, y en la feria indígena de Chapaleufú algunas décadas después. Y en el siglo XIX abundan los casos de venta de bienes y cautivos por dinero. Un caso extremo: el cacique Cipriano Catriel, aliado de las autoridades porteñas, tenía cuenta bancaria en Azul.

## A DOS PUNTAS: ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ

¿Cómo llegaban estas mercancías a las tribus? El comercio se abría paso entre indígenas e hispano-criollos en tiempos de paz, pero también en épocas de guerras. A veces, los aborígenes explotaban los contradictorios intereses locales de distintas jurisdicciones para ofrecer sus productos en una zona mientras guerreaban en otra, y hasta vendían así sus botines de guerra. Por ejemplo, los abipones del Chaco tuvieron años de paz con la ciudad de Corrientes, adonde entraban habitualmente para comerciar, recibidos "con toda liberalidad" por habitantes y autoridades, según contaba el jesuita Martín Dobrizhoffer, y obtenían muchos bienes a cambio de ganado arrebatado a hispano-criollos de otras zonas. Pero en la primera mitad del siglo XVIII el asesinato de un cacique en una de esas visitas rompió las relaciones, mientras comenzaba un período de paz con Santa Fe, hasta entonces víctima de los ataques abipones. Aliados a veces con los mocovíes, aquéllos empezaron a llegar a esa ciudad con ganado, para canjearlo por lanzas, cuchillos y otras cosas, mientras —como informaba Dobrizhoffer— arreciaban las quejas de cordobeses, correntinos, paraguayos y santiagueños "de que la ciudad de Santa Fe se había convertido en

refugio de bárbaros ladrones y su emporio, en donde éstos compraban el hierro que usarían para asesinarlos". Por su lado los mocovíes —que, aliados con los tobas, saqueaban campos del oriente de Salta y Jujuy— solían ser intermediarios ante los paraguayos, vendiéndoles caballos que conseguían los abipones, en momentos en que ambas partes estaban en malas relaciones.

En la Araucanía, ya en el siglo XVI los *indios de paz* o *amigos* eran intermediarios ante los españoles, encargándose de los intercambios que no podían efectuar los *indios de guerra* o rebeldes. En el siglo XVII se inició una época de paz en Chile y el comercio fluyó más libremente, posibilitándose el acceso de muchos grupos a los mercados coloniales, donde además de producción textil y otras cosas ofrecían también ganado de las pampas transcordilleranas, cimarrón o tomado a las estancias pampeanas. De esa manera, quienes al este de la cordillera eran para los *blancos* peligrosos enemigos, podían ser pacíficos vendedores al otro lado de los Andes.

Tiempo después, en el siglo XVIII, los pehuenches se convirtieron en custodios de las fronteras en Chile y en el sur de Mendoza, y en razón de los tratados con las autoridades coloniales consiguieron en Chile el monopolio de la venta de sal extraída en la Argentina. Así se especializaron cada vez más en el comercio; como demostraron León Solis y otros autores, buena parte de las mercaderías que llegaban desde Chile a las tribus de la Araucanía, la pampa y la Patagonia, había pasado antes por manos pehuenches. Éste era uno de los modos por los que tribus en conflicto con los hispano-criollos de ambos lados de la cordillera se abastecían de mercaderías provenientes de los *blancos*. Otra vía eran los *mercachifles* y *conchavadores* criollos que, gracias a sus conocimientos territoriales y a sus buenas relaciones con los aborígenes, recorrían las tolderías para comprar y vender.

A mediados del siglo XVIII el intercambio fronterizo pesaba tanto en la vida de los indígenas, que cuando se interrumpía llevaba a crisis económicas; por eso, las autoridades chilenas amenazaban con suspender la actividad mercantil para presionar sobre los mapuches.

Los mercaderes pampas llegaban periódicamente a la ciudad de Buenos Aires y a localidades cercanas (así como a Carmen de Patagones), trayendo no sólo sus productos sino también los de tribus chilenas o cordilleranas argentinas. Y cuando en 1780 el vi-

rrey Vértiz prohibió ese comercio, las tribus lanzaron una serie de malones sobre estancias y pueblos bonaerenses, buscando recuperar el mercado perdido: de lo contrario, se quedaban sin colocar sus excedentes y sin muchos productos de consumo diario.

Como consecuencia de estos intercambios constantes y complejos (ya que a veces las mercancías pasaban por varias manos antes de llegar a sus consumidores), mucha gente circulaba entre una toldería y otra, y se formaban ferias estacionales. En la zona de las Manzanas (pasos cordilleranos del centro neuquino) en marzo se concentraban indígenas de distintas zonas: los de la pampa llegaban con arreos de ganado; los tehuelches meridionales ofrecían cueros, bolas de boleadora, etc.; los mapuches de Chile aparecían con tejidos y mercaderías de los *blancos*; los pobladores locales negociaban sus productos agrícolas, sus piñones y sus manzanas silvestres; y algunos comerciantes chilenos venían expresamente para vender aguardientes y otros artículos. Por otra parte, en el



*Mercaderes pampas en Buenos Aires, una presencia habitual en los siglos XVIII y XIX. Acuarela de E. E. Vidal, 1822.*

arroyo Chapaleufú, en plena pampa, se reunía otra feria anual, donde indígenas de distinta procedencia y comerciantes criollos compraban y vendían textiles indígenas, ganado y bebidas alcohólicas.

Como vimos, los productos importados tenían varias vías de entrada a las tribus —botín de guerra, intercambio en fuertes, ciudades y ferias, mercachifles criollos—; a ellas hay que agregar el cobro de rescates por prisioneros y los regalos hechos por las autoridades en ocasión de los tratados de paz.

¿Qué ofrecían los indígenas en los mercados *blancos*? Los chaquenses, fundamentalmente ganado vacuno y equino. Los chiriguanos del siglo XVI llevaban especialmente cautivos, usados por los españoles como sirvientes. Los charrúas, ganado y cautivos para rescatar. Los yaros de Corrientes, caballos. Para los mapuches —que unían mucha mano de obra y tecnología eficiente— los tejidos eran uno de sus rubros más importantes de intercambio: en el siglo XVII, según el padre Rosales, alrededor de 60.000 ponchos cruzaban anualmente las fronteras chilenas; a eso había que agregar cestos, fuentes de madera, sal y ganado. En Carmen de Patagones los indígenas ofrecían caballos, vacas y ganado menor, además de tejidos. En Buenos Aires, vendían piezas de talabartería, plumas, cueros y tejidos hechos por los mapuches o por grupos araucanizados. Justamente, en esta última localidad era muy importante la cantidad vendida de esos textiles; aunque faltan registros precisos, Garavaglia muestra que a principios del siglo XIX comprar a los indígenas un lote de 2.000 ponchos parecía algo normal. Estos ponchos *pampas* tenían trama tan apretada que no dejaban pasar el agua de lluvia y por eso, junto con los muy laboreados ponchos de Santiago del Estero, eran los más caros y apreciados entre los criollos de la época.

Por su lado, en el sur, los tehuelches proveían carne de caza a los establecimientos coloniales, y cueros a los galeses de la costa atlántica y luego a los comerciantes de Punta Arenas.

## LA VIEJA GLOBALIZACIÓN

En 1869, el cacique Foyel, de la cordillera neuquina, comentaba al inglés George Musters: "Nuestro contacto con los cristianos en los últimos años nos ha aficionado a la yerba, al azúcar, a la

galleta, a la harina y a otras regalías que antes no conocíamos, pero que nos han sido ya casi necesarias. Si hacemos la guerra a los españoles, no tendremos mercado para nuestras pieles, ponchos, plumas, etc.; de modo que en nuestro propio interés está mantener con ellos buenas relaciones". En esa misma década, el gobernador de Buenos Aires Adolfo Alsina estudiaba el tema del cuatrerismo en la zona fronteriza de Azul y, como la compra de cueros vacunos a los *indios amigos* locales parecía un incentivo, propuso prohibir tales transacciones; un comerciante local le explicó: "Señor, si se prohíbe totalmente la compra de cueros a los indios, el comercio del Azul se arruina".

Los dos comentarios dan la clave para comprender lo que hemos visto en este capítulo: más allá de detalles pintorescos, las sociedades indígena e hispano-criolla dependían mutuamente entre sí para su supervivencia. Para ubicarnos más en el tema, hay que retroceder en el tiempo.

El sistema de la economía colonial española creció a partir de distintos centros o polos de desarrollo, cada uno con intereses y características propias. En América del Sur, uno de los principales polos era el Potosí, en el Alto Perú (hoy Bolivia), con su fabuloso yacimiento de plata, descubierto por los españoles en 1545. Su explotación convirtió el lugar en una metrópoli colonial y concentró mucha población: europeos, indígenas forzados al trabajo y cuentapropistas, comerciantes, sacerdotes, soldados, funcionarios, etc.; hacia 1560 había unos 50.000 habitantes en el lugar, pero a fin de siglo ya eran 160.000. Semejante masa humana y la industria minera en sí necesitaban muchos alimentos, ropas, bestias de carga, cera y sebo para velas, sogas, cueros, maderas, etc., atrayendo la producción de otras zonas. Del Noroeste argentino, Córdoba, Santa Fe y en parte Buenos Aires, salían para el Alto Perú ganados en pie y sus derivados (obtenidos muchas veces en las abundantes manadas de animales cimarrones de la pampa), así como mulas especialmente criadas. Buenos Aires tenía además otros mercados, gracias a su puerto: sus carnes saladas, cueros y sebos iban al Brasil, las Antillas, etc., no pocas veces gracias al contrabando. Y Chile se desarrolló como satélite económico del Alto Perú, aunque con el problema de no tener ganado suficiente para exportar.

Mientras, en las llanuras pampeanas los indígenas controlaban gran parte del territorio donde se reproducía el ganado salvaje, al

tiempo que —como vimos— algunas tribus incrementaban cada vez más la cría de animales. Y paralelamente, la producción de distintas áreas coloniales buscaba compradores: tabaco, yerba y azúcar en el Nordeste; vinos y aguardientes en Cuyo, etc. Las tribus del sur podían proveer el ganado que todos necesitaban —además de otros bienes como sal, pieles, artículos de cuero y textiles— y también estaban en condiciones de comprar muchas mercaderías. Así ocurrió y, finalmente, la sociedad indígena y la hispano-criolla se integraron, aun a pesar de las tensiones y las guerras; por lo menos, esto es claro en el caso de los pueblos de la gran área que comprendía la Araucanía chilena, la pampa y la Patagonia. Lo hicieron, eso sí, con un carácter contradictorio, cargado de enfrentamientos y de competencias, donde las partes se enfrentaban y se necesitaban. Y donde, por otra parte —como bien señala Pinto Rodríguez—, en función del carácter colonial de este desarrollo histórico, la sociedad *blanca* tenía más intención y capacidad de transformar a su oponente. Porque aunque durante mucho tiempo se vio impotente para dominar a las tribus, estaba en mejor situación relativa: necesitaba a los *indios*, pero éstos se encontraban en mayor dependencia. En última instancia, eran españoles y criollos quienes manejaban el comercio con el Alto Perú, el contrabando rioplatense, etcétera.

Entre grupos indígenas y sociedad *blanca* la integración se centró principalmente en el mercado. Hubo muchos casos de *indios* que se instalaban entre los hispano-criollos, y de *blancos* que por persecuciones políticas o policiales, o por hallar más libertad en el modo de vida de las tolderías, se iban a vivir en ellas. Pero la mayor parte de la organización socio-cultural permanecía independiente en cada caso: gobierno, ideología, formas de familia, etc. conservaban características distintivas entre ambas sociedades.

En cambio, en el nivel tribal se llegó a una integración mucho mayor, en buena parte atribuible a la existencia de las redes de intercambio que hemos estado viendo. El mundo indígena de la región era étnicamente muy heterogéneo, con mapuches; grupos en distintos grados de araucanización, como los ranqueles; tehuelches *aonik'enk* y *gunun a küna*; pampas descendientes de querandíes; pehuenches; chiquillanes y otros grupos surcuyanos. Había pueblos de raigambre cazadora-recolectora y otros de tradición agrícola, y se hablaban allí distintos idiomas, a partir de los siglos XVII y XVIII, con el mapuche como lengua franca. Pero

este mosaico tendió cada vez más a imbricar sus diferentes partes.

La circulación de personas muy lejos de sus sitios de origen, con mercaderías o arreos de ganado, era problemática: requería conocimiento de las rutas y ayuda de los pobladores locales (alojamiento o autorización para acampar, permiso de tránsito y de uso de aguadas, etc.). Y, si no amistad, al menos neutralidad, porque los viajeros transportaban tentadores bienes. En muchos casos, gente de distintas etnias se alió temporariamente para alguna de estas empresas (lo hacían grupos del chaco y también del sur), tanto para grandes arreos de ganado cimarrón como para ataques a estancias en tiempos de guerra. Pero en el área pampeano-patagónica se fue más allá, estableciéndose entre gente de diferentes pueblos una gran cantidad de alianzas matrimoniales —los lazos más sólidos posibles en un mundo sin Estado— que garantizaban seguridad y apoyo logístico. De ese modo fue común la aparición de grupos mixtos, cuyos integrantes podían llegar a hablar tres lenguas distintas; los parentescos saltaban las barreras culturales, a veces contrariando viejas enemistades étnicas. El fenómeno era posible, además, en función de la típica laxitud de los cacicazgos, que congregaban a la gente sólo mientras le aseguraran seguridad, bienestar y distribución de bienes. En ese esquema político, cualquiera podía abandonar su grupo e instalarse donde prefiriese, hasta entre gente de otros grupos étnicos.

Por otra parte, la circulación de bienes y las posibilidades de intercambio desembocaron en la aparición de sectores especializados (indígenas ganaderos bonaerenses, mercaderes pehuenches) y en que ningún grupo fuera autosuficiente: quien más, quien menos, todos necesitaban ubicar sus excedentes y conseguir cosas de otros, incluyendo especialmente lo mucho que llegaba del mundo de los *blancos*. Y éstos necesitaban el mercado indígena para vender excedentes y comprar ganados y otros productos de los indios.

## EL FIN DE UN EQUILIBRIO

Esta compleja situación que se extendió por lo menos desde el siglo XVII, se empezó a resquebrajar al acabar el período colonial y concluyó hacia fines del XIX. En la Argentina casi desapareció el comercio con el Alto Perú; la exportación, cada vez más orientada a Europa, incluía ya no sólo derivados del ganado vacuno,

sino lana. Fue imperioso cortar el flujo indígena de vacas a Chile y también conquistar territorios tribales y convertirlos en estancias de ovinos y vacunos; las tierras habían adquirido un valor antes inexistente, y la presión sobre las tolderías creció. Cuando en la década de 1870 los primeros buques frigoríficos permitieron exportar carne congelada, aquella presión produjo las campañas militares de 1879 en adelante, que catapultaron al ministro de Guerra, Julio A. Roca, hasta la Presidencia de la República. Poco después, la consolidación de un nuevo modelo de país basado en la agroexportación y en la política inmigratoria para proveer de mano de obra al "granero del mundo" trajo la conquista del último baluarte indígena: los montes del chaco.

Mientras, en Chile, a la Independencia siguió un período de indiferencia por los territorios de la Araucanía; pero en la segunda mitad del siglo XIX éstos se valorizaron por nuevos intereses empresariales, al tiempo que la región cobraba nueva importancia en función de conflictos de límites con la Argentina. El ejército chileno avanzó simultáneamente con las campañas de Roca en la Argentina, y en la década de 1880 las tribus habían perdido su autonomía a ambos lados de la cordillera. Les esperaba un duro futuro de reclusión en reservas generalmente insuficientes en extensión y calidad agropecuaria, de desmembramientos familiares (con abundantes casos de reclutamientos forzosos a las fuerzas armadas, prisiones y servidumbres en estancias y casas de familia), de pobreza y de discriminación.

# BIBLIOGRAFÍA

Bengoa, José, *Historia del pueblo mapuche (siglos XIX y XX)*, Ediciones Sur, Santiago, 1985.

Crivelli Montero, Eduardo, "Malones: ¿saqueo o estrategia?", en *Todo es Historia*, 283: 6-32, Buenos Aires, 1991.

Dobrizhoffer, Martín, *Historia de los Abipones*, Universidad del Nordeste, Resistencia, 1967.

"Extracto de los diarios de los señores Arms y Coan - Noviembre 14 de 1834", en *Revista de la Biblioteca Nacional*, III (9):104-152, Imprenta de la Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 1939.

Garavaglia, Juan Carlos, "Los textiles de la tierra en el contexto colonial rioplatense: ¿una revolución industrial fallida?", en: *Anuario IEHS*, I: 45-87, Instituto de Estudios Histórico-Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 1986.

Hayduk, Adán y Biset de Muñoz, Ana María, "Principales características del sitio arqueológico 'Caepe Malal I' - Valle del río Curi Leuvu - Departamento Chos Malal (Provincia de Neuquén)", en María Teresa Boschín (comp.), *Arqueología y Etnohistoria de la Patagonia Septentrional*, Cuadernos de Investigación, Instituto de Estudios Histórico Sociales, ídem, 1991.

*Información de los méritos y servicios de Luis de Fuentes en la Conquista del Perú y población de la Villa de Tarija, frontera de los indios Chiriguanaes. 1604.* Archivo General de Indias (Sevilla), I, Patronato, 1604 y 1605, 1, 3, copia del Museo Etnográfico "J.B. Ambrosetti", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

León Solis, Leonardo, "Las invasiones indígenas contra las localidades fronterizas de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", en *Boletín Americanista*, 36: 75-104, Edicions i Publicacions de la Universitat de Barcelona, 1987.

——— "Comercio, trabajo y contacto fronterizo en Chile, Cuyo y Buenos Aires, 1750-1800", en: *Runa*, XIX: 177-221, Instituto de Ciencias Antropológicas / Museo Etnográfico, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1989-90.

Mandrini, Raúl José, "La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX)". En *Anuario IEHS*, 1: 11-43, ídem, 1986.

——— "Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense", en *Anuario IEHS*, 2: 71-98, ídem, 1987.

Mansilla, Lucio V., *Una excursión a los indios ranqueles*, CEAL, Buenos Aires, 1980.

Martínez Soler, Benigno J., "Conchyliologia ethnologica. El uso ornamental y ceremonial de algunas especies de moluscos en territorio argentino, en relación con los desplazamientos étnicos y el comercio indígena prehispánico" en *Runa*, IX: 267-322, ídem, 1958-9.

Olascoaga, Manuel J., *Estudio topográfico de la pampa y río Negro*, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca, Buenos Aires, 1939-40.

Palermo, Miguel Ángel, "El hierro, factor de innovación tecnológica entre los horticultores tropicales de la antigua provincia del Paraguay (siglos XVI y XVII)", en *Cuadernos de Historia Regional*, III (7): 28-40, Universidad Nacional de Luján, 1986.

——— "Reflexiones acerca del llamado 'complejo ecuestre' en la Argentina", en *Runa*, XVI: 157-178, ídem, 1986.

——— "La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos", en *Anuario IEHS*, 3: 43-90, ídem, 1988.

——— "La compleja integración hispano-indígena del sur argentino y chileno durante el período colonial", en *América Indígena*, LI (1): 153-192, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1991.

Pinto Rodríguez, Jorge (ed.), *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur*: 11-46, Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1996.

Rosales, Diego de, *Historia general del Reyno de Chile*, Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1877-8.

Villalobos, Sergio R., *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1988.

Esta edición de 5.000 ejemplares
se terminó de imprimir el mes
de mayo de 2000
en Liberduplex, S. L.
Constitució, 19 (Barcelona)

Este volumen de la Nueva Historia Argentina estudia el pasado prehispánico. A lo largo de nueve capítulos se pone de relieve el poblamiento y la ocupación de los diversos territorios desde hace 13.000 años por poblaciones nativas que desplegaron un aprovechamiento creativo de ambientes y recursos, generando modalidades y formas de vida diferentes. También se pone énfasis en las transformaciones representadas por la incorporación, entre 4.000 y 2.000 años atrás, de la producción de alimentos en amplias regiones del norte y centro de nuestro país, así como la creciente complejidad social desarrollada en el último milenio anterior a la llegada de los españoles.

La conquista se refiere particularmente a la penetración y dominación europea a partir del siglo XVI. Pero también alude a la conquista previa de los territorios del norte por parte del Inca, el gran estado andino que se expandió por las tierras de Chile y de Argentina hasta Santiago y Mendoza. Finalmente, se considera el proceso colonial que poco a poco fue avanzando sobre los pueblos nativos hasta incorporarlos a su sistema económico, con todos los efectos de desestructuración y cambio que esto implica. Por estas razones, el volumen finaliza con un capítulo destinado a destacar el dinamismo y la creatividad de la sociedad y la economía indígenas a través de la frontera.



